

A painting depicting two men in a vast, golden wheat field. The man in the foreground is wearing a light-colored shirt and a wide-brimmed hat, leaning over and using a scythe to cut the wheat. The second man, in a dark shirt, stands slightly behind him, holding a large bundle of harvested wheat. The background shows a line of trees and a distant building under a pale, overcast sky. The overall mood is one of quiet, traditional labor.

Lejos del mundanal ruido

Thomas Hardy



Bathsheba Everdene, una muchacha con una sonrisa «de las que sugieren que los corazones son cosas que se pierden y se ganan», hereda, a la muerte de su tío, la mayor granja del pueblo de Weatherbury. Tres hombres rondan a esta joven propietaria, «fuerte e independiente», que sin duda está en situación de elegir: el pastor Gabriel Oak, empleado suyo tras un desafortunado intento de independizarse, y que padece con silencioso aplomo su diferencia de posición; el hacendado Boldwood, un rico y maduro solterón, algo oscuro y poco delicado, pero capaz de amar con una intensidad imprevisible; y el sargento Francis Troy, apuesto, acostumbrado a los favores del mundo, conquistador. Bathsheba puede elegir, pues, y elige... aunque en poco tiempo habrá de descubrir que ha renunciado «a la sencillez de su vida de soltera para convertirse en la humilde mitad de un indiferente todo matrimonial».

Lejos del mundanal ruido (1874) no es sólo un formidable retrato de una heroína victoriana que sabe que «es difícil para una mujer definir sus sentimientos en un lenguaje creado principalmente por el hombre para expresar los suyos». Es también un fresco pastoril de resonancias shakespearianas, donde el paisaje y la historia, la naturaleza y la cultura, mantienen un diálogo tenso y complejo, lleno de pequeñas sutilezas e ironías. Thomas Hardy alcanzó con esta novela su primer gran éxito, y también la que quizá sea la más amable de sus obras maestras.



Thomas Hardy

Lejos del mundanal ruido

ePub r1.0

Antwan 19.07.13

Título original: *Far from the Madding Crowd*

Thomas Hardy, 1874

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Retoque de portada: Antwan

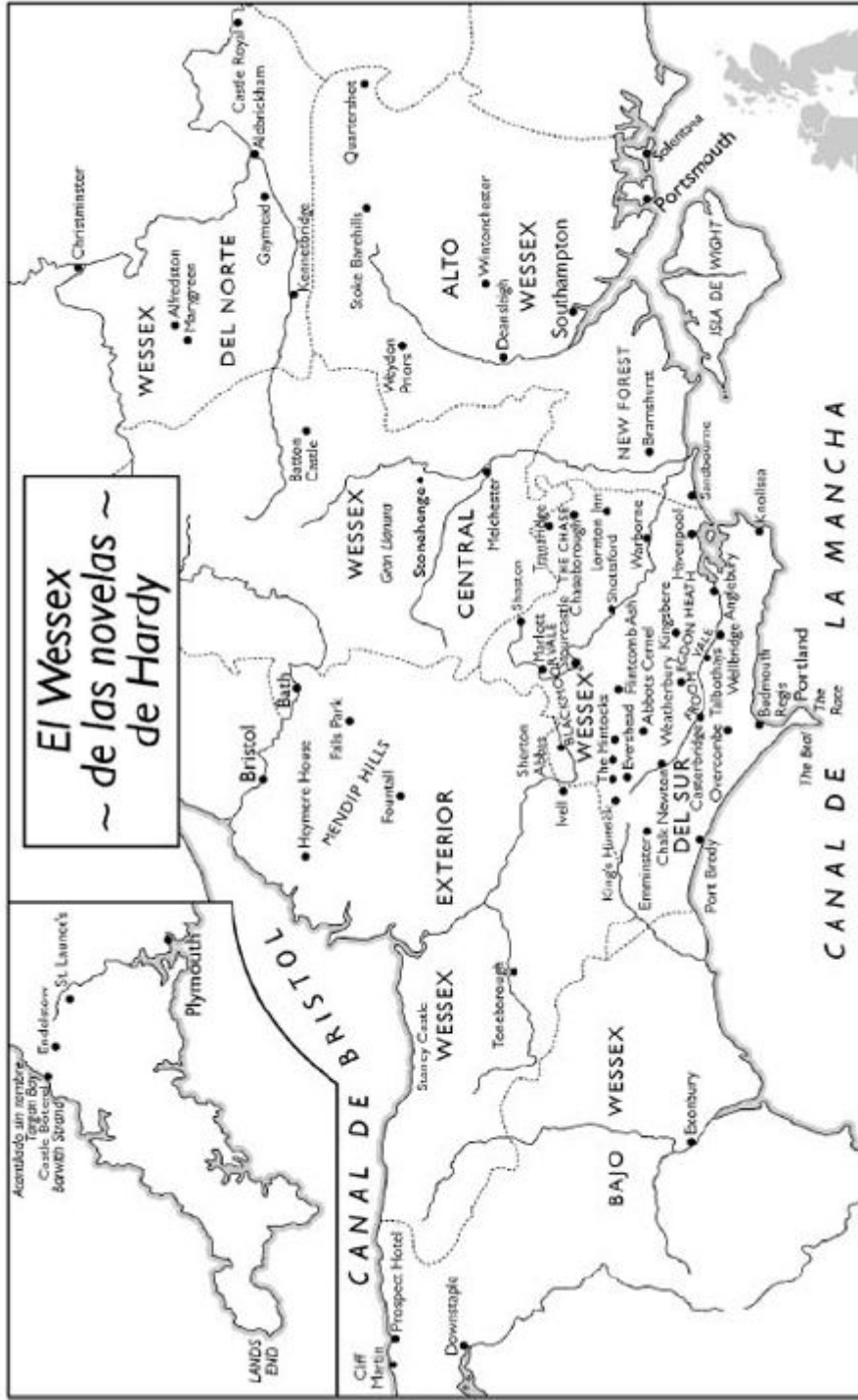
Editor digital: Antwan

ePub base r1.0



Nota al texto

Lejos del mundanal ruido se publicó por entregas en la revista *Cornhill*, de enero a diciembre de 1874. En noviembre apareció en forma de libro, en dos volúmenes (Smith, Elder and Co., Londres), y fue reimpresa siete veces antes de que acabara el año. Hardy reunió y revisó sus novelas dos veces en su vida: la primera, en la edición conocida como *Wessex Novels* (1895-1896), en dieciséis volúmenes; posteriormente, en la llamada *Wessex Edition* (1912), en veinticuatro volúmenes, donde incluyó su obra completa en prosa y verso. Sobre el texto de esta última edición se basa la presente traducción.



El Wessex
 ~ de las novelas ~
 de Hardy

Acontubú un nombre
 Castle Eggen Boy
 between Stony
 St. Laurence's



Guía de topónimos de Wessex

TOPÓNIMO DE HARDY

Abbot's-Cernel

Abbotsea

Aldbrickham

Alfredston

Anglebury

Badbury Rings

Budmouth

Bulbarrow

Casterbridge

Chalk-Newton

Chaseborough

Christminster

Cresscombe

Damer's Wood

Dogbury

Durnover

Egdon Heath

TOPÓNIMO REAL

Cerne Abbas

Abbotsbury

Reading

Wantage

Wareham

Colina cercana a Wimborne
Minster

Weymouth

Colina cercana a Sturminster
Newton

Dorchester

Maiden Newton

Cranborne

Oxford

Letcombe Basset

Came Wood, cerca de
Dorchester

Colina cercana a High Stoy

Fordington

Conjunto de los brezales
entre Bournemouth y

Emminster

Evershead

Exonbury

Fensworth

Flintcomb-Ash

Greenhill

Hope Cove

Kennetbridge

Kingsbere y King's-Bere

Leddenton

Longpuddle

Lulwind Cove

Lumsdon

Marlott

Marygreen

Melchester

Mellstock

Middleton Abbey

Nether-Moynton

Norcombe Hill

Nuttlebury

Oxwell Hall

Port-Bredy

Pos'ham

Quartershot

Rainbarrow

Dorchester

Beaminster

Evershot

Exeter

Letcombe Regis

Nettlecombe-Tout

Woodbury Hill, cerca de Bere
Regis

Church Hope

Newbury

Bere Regis

Gillingham

Piddlehinton (también llamado
por Hardy *Upper Longpuddle*)

Lulworth Cove

Cumnor

Marnhull

Fawley

Salisbury

Stinsford y Lower y Higher
Bockhampton

Milton Abbas

Overmoigne

Colina cercana a Toller Down

Hazelbury Brian

Poxwell

Bridport

Portisham

Aldershot

Rainbarrows, montículo al
norte de la carretera que va
de Dorchester a Wareham

<i>Ridgeway</i>	Carretera entre Dorchester y Weymouth
<i>Roy-Town</i>	Troy Town
<i>St Aldhelm's Head</i>	St Alban's Head
<i>Sandbourne</i>	Bournemouth
<i>Shaston</i>	Shaftesbury
<i>Sherton</i>	Sherborne
<i>Shottsford y Shottsford Forum</i>	Blandford
<i>Stoke-Barehills</i>	Basingstoke
<i>Stourcastle</i>	Sturminster Newton
<i>Upper Longpuddle</i>	Piddlehinton
<i>Weatherbury</i>	Puddletown
<i>Wellbridge</i>	Wool
<i>Wintonchester</i>	Winchester
<i>Yalbury Wood</i>	Yellowham Wood

Prólogo del autor a la edición de 1912

Llegado el momento de reimprimir esta historia para una nueva edición, se me recuerda que en los capítulos de *Lejos del mundanal ruido* publicados mensualmente en una revista muy popular^[1], me aventuré por vez primera a extraer el nombre de «Wessex» de las páginas de la temprana historia de Inglaterra y concederle una importancia ficticia como nombre real del distrito antaño incluido en el extinto reino^[2]. Comoquiera que la serie de novelas que yo tenía en mente correspondía al género llamado local, me veía obligado a encontrar definición territorial que dotase de unidad al escenario. Tras comprobar que un único condado no proporcionaba un lienzo de dimensiones adecuadas para mis propósitos, y vistas las objeciones al nombre inventado, opté por exhumar el antiguo. La región era sólo remotamente conocida, e incluso personas cultas me preguntaban a menudo dónde se encontraba. La prensa y el público tuvieron no obstante la amabilidad de acoger con entusiasmo el extravagante plan, y aceptaron de buen grado el anacronismo de concebir una población de Wessex durante la época de la reina Victoria: un Wessex moderno, con ferrocarril y banco, con máquinas para la siega y la cosecha, con sedes sindicales, fósforos, trabajadores que no sabían leer ni escribir y niños que asistían a las escuelas públicas. Y creo no equivocarme al afirmar que, hasta el momento en que la existencia de este Wessex contemporáneo que ocupaba el lugar de los antiguos condados fue anunciada en la

presente historia, en 1874, rara vez se había mencionado el nombre, en la ficción o en la vida real, y que la expresión «un campesino de Wessex» o «una costumbre de Wessex» nunca se había usado para referirse a nada posterior a la conquista normanda.

No imaginé que este uso del término en la historia moderna pudiera extenderse más allá de las páginas de estas crónicas. Pero lo cierto es que no tardó en ser adoptado por otros, en primer lugar por el hoy difunto *Examiner*, que, en su edición del 15 de julio de 1876, titulaba como «El trabajador de Wessex» un artículo que resultó ser no una disertación sobre las tareas agrícolas durante la Heptarquía^[3], sino sobre el campesino moderno de los condados del suroeste del país.

Desde ese momento, el nombre que yo había pensado reservar para los horizontes y paisajes de un territorio en parte real, en parte imaginario, se ha popularizado cada vez más como definición provincial, mientras que la región imaginada se ha ido solidificando gradualmente hasta convertirse en un espacio que la gente puede visitar, en el que puede instalarse y desde el que puede escribir cartas a los periódicos. Pido no obstante a los lectores amables e idealistas que olviden este hecho y rechacen la creencia de que hubo habitantes de un Wessex victoriano fuera de estas páginas en las que se detallan sus vidas y sus conversaciones.

Por otro lado, el pueblo llamado Weatherbury, en el que transcurren la mayoría de las escenas de la presente historia de esta serie de novelas, difícilmente podría reconocerlo el explorador, sin ayuda, en alguno de los lugares existentes en la actualidad, si bien, en el momento en que esta narración fue escrita, habría sido sencillo reproducir con realismo tanto los lugares como a los personajes que en ella se describen. Por fortuna, la iglesia se conserva intacta y en su estado original, al igual que algunas de las casas antiguas; pero la vieja destilería, tan característica de la antigua parroquia, ha desaparecido en el curso de los últimos veinte

años, tal como ha sucedido con la mayoría de las casitas con buhardillas y tejados de paja que en otro tiempo fueron viviendas. La casa de la heroína, que data de la época jacobea, se desplaza en la ficción como por arte de magia algo más de dos kilómetros con respecto a su ubicación actual, pese a lo cual sus características se describen tal como siguen viéndose a la luz del sol y de la luna. El juego del rescate, que hasta hace no mucho tiempo parecía gozar de una vitalidad eterna, a diferencia de otros ya caídos en desuso, es hoy, por lo que he podido comprobar, absolutamente desconocido para las nuevas generaciones infantiles. La práctica de la adivinación a través de la Biblia, la enorme importancia que se atribuía a las tarjetas de amor que se enviaban el día de san Valentín, la fiesta del esquileo, los vestidos largos de las campesinas, decorados con nido de abeja, y la cena de celebración del fin de la cosecha, casi han desaparecido por completo, al igual que las casas. Y se dice que con todo ello se ha perdido también en buena medida ese gusto por el beber en exceso que en otro tiempo hiciera famoso a este pueblo. Todo ello ha acarreado la reciente suplantación de la clase de los campesinos estables, portadores de las tradiciones y del temperamento local, por una población de trabajadores más o menos itinerantes, con lo que se ha abierto una brecha en la continuidad de la historia local de fatales consecuencias para la conservación de la leyenda, el folklore, los estrechos vínculos sociales y los personajes pintorescos, pues la condición indispensable para la pervivencia de estos factores es el arraigo a la tierra generación tras *generación*.

Capítulo I

Descripción del Hacendado Oak — Un incidente

Cuando el Hacendado Oak sonreía, las comisuras de los labios se le abrían hasta quedar a una insignificante distancia de las orejas; los ojos se le achinaban y aparecían en torno a éstos arrugas divergentes que se extendían por el rostro como los rayos de un tosco boceto del sol naciente. Su nombre de pila era Gabriel, y en los días laborables era un joven de creencias sólidas, disposición favorable, indumentaria decorosa y, en general, de buen carácter. Los domingos, sus ideas se tornaban difusas, se mostraba proclive a posponer las cosas y se encontraba incómodo con su paraguas y sus mejores ropas: en conjunto, se sentía llamado a ocupar moralmente ese vasto territorio intermedio de neutralidad laodicea^[4] que se extiende entre los fieles de Comunión y los bebedores; es decir, que Gabriel iba a la iglesia, pero bostezaba con disimulo cuando la congregación recitaba el Credo Niceno^[5], y pensaba en lo que habría para cenar en lugar de escuchar el sermón. Sucedió que, según la opinión pública, cuando sus amigos y sus detractores se cogían un berrinche, Gabriel era más bien un mal hombre, mientras que cuando estaban de buenas era más bien un buen hombre; y cuando no sentían ni lo uno ni lo otro, era un hombre cuyo tinte moral podía considerarse una mezcla de sal y pimienta.

Comoquiera que vivía seis veces más días laborables que domingos, la apariencia de Oak, con sus ropas viejas, resultaba de lo más peculiar, y la imagen mental que de él se formaban sus

vecinos correspondía siempre a este modo de vestir. Llevaba un sombrero de fieltro de copa baja que se desplegaba en la base ciñéndose firmemente a la cabeza para mayor seguridad en los días de viento, y un abrigo como el del doctor Johnson^[6]; enfundaba las piernas en pantalones y botas de cuero de extraordinario tamaño que ofrecían a cada pie un espacioso habitáculo, construido de tal modo que quien lo calzase podía permanecer el día entero dentro de un río sin notar en absoluto la humedad, pues su fabricante era un hombre riguroso y empeñado en compensar cualquier defecto del corte con solidez y dimensiones generosas.

Oak usaba, a modo de reloj de pulsera, lo que podría llamarse un pequeño reloj de plata; dicho de otro modo, que era un reloj de pulsera en cuanto a su forma y su función, y un pequeño reloj de consola en cuanto a su tamaño. El objeto en cuestión era varios años mayor que el abuelo de Oak y tenía la peculiaridad de adelantar en exceso o de no funcionar. La manecilla más pequeña se salía a veces del pivote, de tal suerte que, si bien marcaba los minutos con precisión, nadie podía tener la certeza de la hora a la cual correspondían. Oak remediaba la tendencia de su reloj a pararse con golpes y sacudidas, y evitaba las consecuencias nocivas de los otros dos defectos mediante continuas comparaciones y observaciones del sol y las estrellas, además de pegando la cara a las ventanas de sus vecinos, hasta que lograba discernir la hora señalada por los relojes de esfera verde que había en las viviendas. Es preciso mencionar que el reloj de bolsillo de Oak no era de fácil acceso, en razón de su elevada posición en la cinturilla de los pantalones (situada a su vez a una altura excesiva por debajo del chaleco), y que para sacarlo se veía obligado a echar el cuerpo hacia un lado, apretar los labios y la cara hasta formar una masa informe de carne rubicunda, como consecuencia del esfuerzo, y tirar del reloj sujetándolo de la cadena, tal como se saca un cubo de un pozo.

Pero las gentes serias, las que lo habían visto pasear por alguna de sus tierras determinada mañana de diciembre, en un día soleado y en exceso suave, eran capaces de apreciar otros aspectos de su persona. Se advertía en su rostro que muchos de los tonos y los rasgos de la juventud habían quedado grabados hasta la edad adulta, e incluso conservaba ciertas reliquias de la niñez en los lugares más recónditos. Su estatura y ancha complexión bastaban para que su presencia resultase imponente, caso de ser expuestas con el debido respeto. Pero hay algo que distingue a ciertos hombres, campesinos y urbanos por igual; algo de lo que su espíritu es más responsable que su cuerpo o su fuerza: y es la manera de reducir sus dimensiones por el modo de mostrarlas, y esa callada modestia que podría convertirse en vestal y que parecía imprimir de continuo en su físico la idea de que Gabriel carecía de grandes ambiciones mundanas. Caminaba con sencillez, con una inclinación apenas perceptible, aunque apreciable en el arco de los hombros. Esto podría pasar por un defecto en un hombre cuando su valía depende más de su aspecto que de su capacidad para vestir bien, capacidad de la cual Gabriel carecía.

Había alcanzado ese momento de la vida en que «joven» deja de ser el calificativo de «hombre» cuando se habla de uno. Se encontraba en la plenitud de su desarrollo masculino, pues su intelecto y sus emociones se hallaban claramente diferenciadas: había pasado la edad en la que la influencia de la juventud mezcla indiscriminadamente ambas cosas, produciendo un carácter impulsivo, pero aún no había alcanzado esa otra en la que vuelven a conciliarse para producir un carácter aprensivo, por la influencia de la esposa y la familia. En resumidas cuentas, tenía veintiocho años y estaba soltero.

El campo en el que se encontraba esa mañana ascendía hasta un risco llamado Norcombe Hill. Por un espolón de la colina discurría la carretera entre Emminster y Chalk-Newton. Al mirar distraídamente por encima del seto, Oak vio un carro que bajaba por

la pendiente, pintado de amarillo y alegremente decorado, tirado por dos caballos, y al carretero que caminaba junto al carro y sostenía un látigo en posición perpendicular. El carro iba cargado de macetas y enseres domésticos, y en lo alto iba sentada una mujer, joven y atractiva. No llevaba Gabriel más de medio minuto contemplando esta imagen cuando el vehículo se detuvo justo delante de sus ojos.

—La puerta trasera se ha caído, señorita —anunció el carretero.

—Creo que la oí caer —respondió la muchacha, con voz suave aunque no especialmente baja—. Mientras subíamos por la colina oí un ruido que no pude identificar.

—Iré a buscarla.

—De acuerdo.

Los obedientes caballos permanecían completamente inmóviles, y los pasos del carretero sonaban cada vez más débiles en la distancia.

La muchacha no se movía del sitio, rodeada de mesas y sillas con las patas hacia arriba, recostada en un respaldo de roble, entre macetas de geranios, mirtos y cactus, además de un canario enjaulado, todo lo cual probablemente había ocupado las ventanas de la casa que acababa de abandonar. Había también un gato en una cesta de mimbre, que atisbaba con los ojos entornados por entre la tapa ligeramente abierta y observaba con interés los pajarillos que revoloteaban alrededor.

La atractiva muchacha esperó con aire ausente y sin moverse, mientras el único sonido audible en la quietud del lugar eran los brincos del canario por los barrotes de su prisión. De pronto, la muchacha bajó la vista con gran interés. No miraba el pájaro, ni el gato, sino un paquete oblongo envuelto en papel. Volvió la cabeza para comprobar si el carretero estaba de vuelta. Aún no se le veía. Los ojos de la muchacha volvieron a deslizarse hacia el paquete, al parecer pensando en su contenido. Finalmente se lo puso en el regazo y desató el envoltorio de papel; el paquete contenía un

pequeño espejo basculante, donde la joven se observó con atención. Separó los labios y sonrió.

Era una hermosa mañana, y el sol teñía con un brillo escarlata la chaqueta carmesí de la muchacha, bañando con un lustre suave su rostro luminoso y su pelo oscuro. Los mirtos, los geranios y los cactus amontonados a su alrededor eran frescos y verdes, y en una estación tan desnuda dotaban al conjunto integrado por los caballos, el carro, los muebles y la muchacha de un peculiar encanto primaveral. Nadie sabe qué era lo que la incitó a realizar tales aspavientos ante la visión de los gorriones, los mirlos y el invisible granjero, que eran los únicos espectadores, ni tampoco si la sonrisa empezó siendo artificial, con la intención de comprobar sus facultades en este arte, aunque ciertamente terminó siendo auténtica. Se ruborizó y, al darse cuenta, se ruborizó aún más.

El cambio del lugar habitual y la ocasión oportuna para realizarla —desde la hora de vestirse en un dormitorio hasta la hora de salir por la puerta— confiere a una acción tan intrascendente como ésta una novedad que no está implícita en su naturaleza. Era una imagen delicada. La irrefrenable debilidad de la mujer creció como un tallo hacia el sol, que vistió la escena con una original frescura. Gabriel Oak no pudo resistirse a sacar ciertas conclusiones mientras la observaba, por más que su talante lo inclinara a mostrarse comprensivo. La muchacha no tenía necesidad alguna de mirarse en el espejo. No se ajustó el sombrero, ni se alisó el pelo, ni se explotó un granito; no hizo nada que indicase que eso fuera lo que la motivó a sacarlo. Se limitó a observarse como un buen espécimen de la naturaleza del género femenino, mientras sus pensamientos parecían discurrir hacia lejanos aunque probables dramas en los que los hombres interpretarían un papel principal: imágenes de posibles triunfos, pues la sonrisa era de las que sugieren que los corazones son cosas que se pierden y se ganan. Pero todo eran meras conjeturas, pues la acción se encadenó con una indiferencia

que no permitía precipitarse a afirmar que la intención tuviese cabida en ella.

Se oyeron los pasos del carretero que regresaba. La muchacha envolvió el espejo en el papel y volvió a colocarlo en su sitio.

Cuando el carro hubo pasado, Gabriel abandonó su lugar de espionaje y echó a andar carretera abajo, seguido del vehículo, hasta la puerta del camino, un poco más allá del pie de la colina, donde el objeto de su contemplación se detuvo para pagar el derecho de tránsito. Se encontraba a unos veinte pasos de la puerta cuando oyó una disputa. Había una diferencia de dos peniques entre las personas que viajaban en el carro y el guardia del peaje.

—La sobrina del ama es la que manda, y dice que en su opinión lo que le he ofrecido es suficiente, miserable avaro, y que no está dispuesta a pagar más —fueron las palabras del carretero.

—Muy bien; en ese caso la sobrina del ama no puede pasar —dijo el guardián, cerrando la puerta.

Oak miró uno por uno a los contendientes y le pareció como si estuviera soñando. Dos peniques era una cantidad insignificante. Tres peniques tenían definitivamente un valor monetario, suponían una mengua considerable del jornal diario y, como tal, el regateo estaba justificado, pero, dos peniques...

—Tenga —dijo, dando un paso al frente y ofreciéndole al guardia una moneda de dos peniques—. Deje pasar a la joven. —Fue entonces cuando la miró; ella escuchó sus palabras y bajó la vista.

Los rasgos de Gabriel se aferraban con absoluta exactitud a la línea que separa la belleza de san Juan de la fealdad de Judas Iscariote, tal como se les representaba en una de las vidrieras de la iglesia local, de manera que ninguno de ellos por separado podía considerarse digno de distinción o de notoriedad. La muchacha de la chaqueta roja y el pelo oscuro parecía pensar lo mismo, pues lo miró con indiferencia y le ordenó al cochero que continuase. Tal vez pensara en darle las gracias a Gabriel discretamente, pero no lo hizo; lo más probable es que no sintiera ninguna de las dos cosas,

pues al facilitarle el paso él le había quitado la razón, y ya sabemos cómo se toman las mujeres esa clase de favores.

El guardia observó el carro que se alejaba.

—Una muchacha muy atractiva —le dijo a Oak.

—Pero tiene sus defectos —dijo Gabriel.

—Cierto, Hacendado.

—Y el mayor de todos es que... bueno, lo de siempre.

—¿Pisotear a los demás?

—No, no.

—¿Cuál, entonces?

Acaso resentido por la indiferencia de la viajera, Gabriel miró hacia el lugar desde donde había presenciado la representación de la muchacha por encima del seto y dijo:

—La vanidad.

Capítulo II

Noche — El rebaño — Un interior — Otro interior

Era casi la media noche de la víspera de santo Tomás, el día más corto del año. Un viento desolador vagaba desde el norte barriando la colina donde Oak había visto el carro amarillo y a su ocupante a la luz del sol, pocos días antes.

Norcombe Hill —no lejos de Toller-Down— era uno de los lugares que producen en quien por allí pasa la impresión de estar en presencia de algo que se aproxima a lo indestructible tanto como cualquier cosa que pueda encontrarse en la tierra. Era una extensión abrupta e informe de tierra y caliza: una de esas protuberancias del planeta, de líneas suaves, que pueden permanecer impertérritas ante los cataclismos, cuando cumbres más altas y vertiginosos precipicios de granito se desploman bruscamente.

La ladera norte de la colina se hallaba cubierta por una antigua y decrepita plantación de remolachas que en el extremo superior formaba una línea sobre la cresta, bordeando el cielo con su arco como una melena. De noche, los árboles protegían la ladera sur de las embestidas del viento, que azotaba el bosque y luchaba por abrirse camino a través de los árboles emitiendo una especie de gemido, o rozaba las ramas más altas con un leve lamento. Las hojas secas de la cuneta se agitaban y bullían con la brisa, levantadas por alguna ráfaga de aire ocasional que las hacía girar sobre la hierba. Si bien la mayoría había caído, algunas se habían

mantenido en sus ramas hasta entonces, en mitad del invierno, produciendo al caer levísimos golpes secos en los troncos de los árboles.

Entre esta colina, medio boscosa medio desnuda, y el difuso y sereno horizonte vagamente dominado por su cima, se extendía una misteriosa sábana de sombra de tamaño indefinido, cuyos sonidos insinuaban ocultar algo distinto al resto del entorno. La fina hierba que cubría la colina recibía la caricia del viento con brisas de intensidad variable y aun de naturaleza distinta, pues unas veces éste barría las briznas con fuerza y otras las rozaba como una escoba suave. El instinto de las gentes era detenerse y escuchar para aprender cómo los árboles de la derecha y los árboles de la izquierda se comunicaban con gemidos y cantos, con la antifonía propia de un coro catedralicio; cómo los setos y otras especies a sotavento captaban la nota y la hacían descender hasta el más tierno sollozo; y cómo la presurosa ráfaga se zambullía en dirección sur para no volver a oírse.

El cielo estaba claro, asombrosamente claro, y el parpadeo de las estrellas semejaba los latidos exactos de un cuerpo, sincronizados por un pulso común. La Estrella Polar se encontraba justo en el ojo del viento, y, desde el atardecer, la Osa Mayor había girado hacia el este, hasta formar un ángulo recto con el meridiano. En verdad se apreciaba allí una diferencia de color en las estrellas más acusada de lo que era habitual en Inglaterra. El majestuoso brillo de Sirio perforaba la visión con sus destellos de acero; Capella era amarilla; Aldebarán y Betelgeuse brillaban con un rojo intenso.

Para quienes se detienen a solas en una colina, en una noche clara como aquélla, el movimiento de rotación de la tierra hacia el este resulta casi tangible. La sensación puede obedecer al deslizamiento panorámico de las estrellas sobre los objetos terrestres, que resulta perceptible al cabo de unos minutos de quietud, o a la mejor vista del espacio que ofrece la colina, o al viento, o a la soledad; mas sea cual fuere su origen, la impresión de

movimiento es nítida e inconfundible. Se habla mucho de la poesía del movimiento, mas para gozar de la forma épica de este placer es preciso situarse en una colina a altas horas de la noche y, luego de haberse ensanchado en uno la sensación de ser diferente de la masa civilizada, que a esas horas se encuentra envuelta en el sueño y ajena a todo cuanto sucede alrededor, observar larga y serenamente el majestuoso avance de uno a través de las estrellas. Es difícil regresar a la tierra tras uno de estos encuentros con la noche y creer que la conciencia de tan grandiosa aceleración surge de un insignificante molde humano.

De pronto, una inesperada serie de sonidos se alzó contra el cielo. Había en ellos una claridad imposible de hallar en el viento, y una secuencia imposible de hallar en la naturaleza. Eran las notas de la flauta de Gabriel Oak.

La melodía no fluía libremente por el aire: parecía en cierto modo amortiguada, su fuerza demasiado sofocada en su conjunto para extenderse en dirección alguna. El sonido procedía de una silueta pequeña y oscura situada bajo el seto de la plantación, de la choza de un pastor, cuyo perfil en ese momento podía desconcertar a cualquier extraño hasta el punto de impedirle descubrir su sentido o su finalidad.

La imagen era la de una pequeña Arca de Noé sobre un pequeño Ararat, lo que hacía que la silueta y la forma tradicional del Arca, tal como la representan los fabricantes de juguetes —siendo así que la imagen en cuestión queda profundamente grabada en las mentes de los hombres, por ser una de las más tempranas—, pasaran por una forma aproximada. La choza se alzaba sobre unos pequeños pilares, a unos cuarenta centímetros de la tierra. Este tipo de chozas se construyen en los campos cuando llega la época del nacimiento de los corderos, para dar cobijo al pastor durante su obligada vigilia nocturna.

No había pasado mucho tiempo desde que la gente empezara a llamar a Gabriel «Hacendado» Oak. Durante los doce meses

precedentes, gracias a su laboriosidad y a su imperturbable buen humor, Oak había logrado arrendar la pequeña explotación bovina de la cual formaba parte Norcombe Hill, y criar allí doscientas ovejas. Anteriormente había trabajado algún tiempo como capataz, y antes aún había sido un simple pastor, ayudando a su padre desde niño a cuidar de los rebaños de los grandes propietarios de ganado, hasta que el anciano descansó para siempre.

Esta incursión, en solitario y sin ayuda, por los senderos de la cría de ganado como amo y no como criado, con un rebaño que aún estaba por pagar, colocaba a Gabriel Oak en una situación crítica, de la cual era perfectamente consciente. La primera ocupación en su nueva empresa fue el alumbramiento de sus ovejas, y como los corderos habían sido su especialidad desde que era niño, se abstuvo sabiamente de delegar esta tarea durante la primera temporada en un asalariado o en un novato.

El viento seguía azotando los rincones de la choza, pero el sonido de la flauta había cesado. Un espacio de luz rectangular apareció en un costado de la cabaña, y la silueta del Hacendado Oak se dibujó en la abertura. Llevaba un farol en la mano y, tras cerrar la puerta a sus espaldas, se dispuso a trabajar en este rincón de la finca por espacio de veinte minutos, mientras la luz del farol aparecía y desaparecía alternativamente, iluminando u oscureciendo su silueta según se colocara delante o detrás de aquél.

Los movimientos de Oak, aunque dotados de una serena energía, eran lentos, y su deliberación casaba bien con su quehacer. Siendo la salud la base de la belleza, nadie habría podido negar que había cierta gracia en sus permanentes giros y vueltas en torno al rebaño. Empero, y aunque si la ocasión así lo exigía era capaz de hacer o de pensar algo con un empuje tan vivo como el de los hombres de las ciudades, que parecen haber nacido para ello, esa fuerza especial suya, moral, física y mental, era estática y, por lo general, poco o nada debía al impulso.

Una observación atenta del terreno circundante, incluso a la pálida luz de las estrellas, revelaba que Oak se había apropiado ese invierno, para sus propios fines, de una parte de lo que podría llamarse una abrupta pendiente. Vallas derribadas y cubiertas de paja se clavaban en el suelo en diversos puntos, y entre ellas, además de por debajo, se movían y susurraban las formas blanquecinas de las mansas ovejas. El tintineo de los cencerros, que había cesado en ausencia de Oak, se reanudó entonces con tonos más dulces que claros, merced a la abundancia de la lana, y así continuó hasta que el hombre se hubo alejado del rebaño. Regresó a la choza, llevando en los brazos a un cordero recién nacido, un bulto con cuatro patas del tamaño de las de un cordero adulto, unidas por una membrana en apariencia insignificante e inferior en sustancia a la mitad de las cuatro patas juntas, que a la sazón constituían el cuerpo íntegro del animal.

Colocó la motita de vida sobre un montón de heno delante de la estufa, donde hervía un puchero de leche. Oak apagó el farol de un soplido, cogió un pellizco de rapé e iluminó la cuna con una vela que colgaba de un alambre retorcido. Un lecho más bien duro, formado por varios sacos de maíz tirados de cualquier manera, cubría la mitad del suelo de la pequeña estancia, y allí se tendió el joven, aflojó su bufanda de lana y cerró los ojos. En el tiempo en que cualquiera no acostumbrado al trabajo físico tardaría en decidir de qué lado acostarse, Oak ya estaba dormido.

El interior de la choza, tal como ahora se presentaba, era agradable y acogedor, y el puñado de fuego escarlata, además de la vela, reflejaba su genial color sobre todas las cosas, derramando asociaciones de alegría en útiles y herramientas. En un rincón se encontraba el cayado, y sobre una estantería lateral se alineaban botellas y frascos que contenían los sencillos preparados necesarios para la cirugía y la medicina bovina: alcohol de vino, aguarrás, alquitrán, magnesio, jengibre y aceite de linaza eran los principales. Sobre la estantería triangular adosada a una esquina había pan,

tocino, queso y una taza para la cerveza o la sidra, que suministraba una jarra colocada debajo. Junto a las provisiones yacía la flauta, cuyas notas acababan de ser descritas por un observador solitario para pasar más gratamente un momento de tedio. La vivienda se hallaba ventilada por dos huecos redondos, como los ojos de buey de un barco, con correderas de madera.

El cordero, reanimado por el calor, empezó a balar, y el sonido penetró en los oídos de Gabriel y llegó hasta su cerebro con instantáneo significado, tal como sucede con los sonidos esperados. Pasando del sueño más profundo a la más atenta de las vigiliass con la misma facilidad con que había realizado la operación inversa, Gabriel miró su reloj, comprobó que la manecilla de las horas había vuelto a soltarse, se caló el sombrero, tomó al cordero en los brazos y lo sacó a la oscuridad. Tras colocar a la criatura junto a la madre, se detuvo y observó el cielo atentamente con idea de averiguar la hora guiándose por la altitud de las estrellas. El Perro y Aldebarán, que apuntaban hacia las inquietas Pléyades, se encontraban en la mitad del cielo, en dirección sur, y entre ellas colgaba Orión, que jamás había brillado con tanta vivacidad como en ese momento, mientras ascendía por un extremo del paisaje. Cástor y Pólux, con su sereno resplandor, se encontraban casi en el meridiano; el árido y triste carro de Pegaso trepaba hacia el noroeste; lejos de la hacienda, Vega centelleaba como una lámpara suspendida entre los árboles desnudos, y la silla de Casiopea se alzaba delicadamente apoyada sobre las ramas más altas.

—La una en punto —dijo Gabriel.

Siendo un hombre habitualmente convencido del encanto de la vida que llevaba, se quedó quieto después de mirar al cielo como a un instrumento útil, y lo contempló con agradecimiento, como una obra de arte de belleza superlativa. Por un momento pareció impresionado por la elocuente soledad de la escena, o más bien por su completa abstracción de las visiones y los sonidos humanos. Formas humanas, interferencias, preocupaciones y alegrías

parecían no existir, y era como si no hubiese en el hemisferio oscurecido del planeta ningún otro ser sintiente aparte de él: se los imaginaba a todos en el lado iluminado por el sol.

Ocupado en tales asuntos, con los ojos bien abiertos, Oak advirtió gradualmente que lo que antes tomara por una estrella baja, tras el linde de la finca, no era tal cosa. Era una luz artificial, casi al alcance de la mano.

Algunos sienten miedo al encontrarse profundamente solos en la noche, cuando la compañía es deseable y esperable, pero mayor prueba para los nervios es descubrir la presencia de una misteriosa compañía cuando la intuición, la sensación, la memoria, la analogía, la evidencia, la probabilidad y la inducción —cada una de las pruebas que componen la clasificación del lógico— se alían para persuadir a la conciencia de que se encuentra tranquila en el aislamiento.

Oak se encaminó hacia los campos, abriéndose camino entre las ramas más bajas, hacia el lado del viento. Una masa tenue al pie de la pendiente le recordó la existencia de una cabaña, adosada de tal modo a la falda de la colina que en la parte trasera el tejado quedaba casi al ras del suelo. Por delante constaba de tablones clavados a varios postes y revestidos de alquitrán como aislante. Por las grietas del tejado y los laterales se derramaban franjas y puntos de luz, y era aquella combinación la causa del resplandor que lo había atraído. Oak se acercó por detrás y, apoyándose sobre el tejado al tiempo que acercaba un ojo a un agujero, pudo ver el interior con claridad.

Había en la cabaña dos mujeres y dos vacas. Junto a estas últimas unas gachas de salvado humeaban en un balde. Una de las mujeres ya había pasado la mediana edad. Su compañera era aparentemente joven y agraciada. Oak no podía formarse una opinión clara de su aspecto, pues la mujer estaba casi debajo de él y la veía a vista de pájaro, tal como el Satán de Milton vio por primera vez el Paraíso^[7]. No llevaba gorro ni sombrero, pero iba

envuelta en una gran capa, colgada de cualquier manera sobre la cabeza.

—Es hora de irnos a casa —decía la mayor de las mujeres, apoyando los nudillos en las caderas y observando el trajín en su conjunto—. Espero que Daisy se recupere pronto. En la vida había pasado tanto miedo, pero no me importa interrumpir mi descanso si ella se recupera.

La joven, con los párpados al parecer proclives a cerrarse ante la más mínima provocación del silencio, bostezó sin separar los labios más de lo necesario, contagiando a Gabriel, que bostezó ligeramente por simpatía.

—Me gustaría que fuéramos ricas y pudiéramos pagar a un hombre para que se ocupara de estas cosas —dijo.

—Pero, como no lo somos, tenemos que hacerlo nosotras —dijo la otra—, y si te quedas tienes que ayudarme.

—He perdido el sombrero —continuó la más joven—. Creo que salió volando por encima del seto.

La vaca que estaba en pie era de la raza Devon y se hallaba enfundada en un cálido y terso pellejo cobrizo, tan uniforme de la cabeza a la cola como si la hubiesen sumergido en tinte, con el lomo largo y matemáticamente nivelado. La otra era manchada, gris y blanca. Oak advirtió entonces que junto a ella había un ternero de apenas un día, que miraba con expresión idiota a las dos mujeres, dando muestras de no haberse acostumbrado todavía al fenómeno de la visión y volviéndose con frecuencia hacia el farol, que al parecer confundía con la luna, pues el instinto heredado aún no había tenido tiempo de ser modificado por la experiencia. Entre el ternero y las vacas, Lucina^[8] había estado últimamente muy atareada en Norcombe Hill.

—Creo que deberíamos encargarnos un poco de avena —dijo la mujer mayor—; el salvado se ha terminado.

—Sí, tía; iré a buscarla con el caballo en cuanto amanezca.

—Pero no tenemos silla de mujer.

—Puedo montar con la otra; no tengas cuidado.

Tras escuchar estos comentarios, Oak sintió mayor curiosidad por observar los rasgos de la joven, deseo éste que le fue negado por el efecto de capucha que creaba el capote, además de por su propia posición, y tuvo que conformarse con encomendar los detalles a su fantasía. Cuando miramos con claridad desde un plano horizontal y uniforme, damos color y forma a las cosas según los deseos de nuestros ojos. Si Gabriel hubiese podido desde un primer momento obtener una visión clara del rostro de la mujer, su valoración de éste como muy atractivo o sólo un poco habría dependido de que su alma necesitase en aquel momento una divinidad o de que ya tuviese una. Habiendo conocido desde hacía algún tiempo la necesidad de una imagen convincente que colmase su creciente vacío interior, y habida cuenta de que su posición necesariamente abría las puertas de su fantasía, Oak se la representó como una belleza.

Por una de esas caprichosas coincidencias de la naturaleza, cuando ésta parece olvidarse de su infatigable labor y otorgarse un momento de descanso para hacer sonreír a sus hijos, la muchacha dejó caer el capote y unos alborotados mechones de pelo negro sobre una chaqueta roja. Oak la reconoció al punto como la heroína del carro amarillo, los mirtos y el espejo: más prosaicamente, como la mujer que le debía dos peniques.

Llevaron nuevamente al ternero junto a la madre, cogieron el farol y salieron de la cabaña mientras la luz se hundía colina abajo hasta convertirse en nada más que una nebulosa. Gabriel Oak volvió con su rebaño.

Capítulo III

Una muchacha a caballo — Conversación

Rompía el día perezosamente. Su sola llegada a la tierra es motivo de un nuevo interés, y por ninguna razón en particular, salvo porque el incidente de la noche había ocurrido allí, Oak se adentró de nuevo en los campos. Deteniéndose para reflexionar, oyó los pasos de un caballo al pie de la colina y no tardó en ver un poni rojizo montado por una muchacha, subiendo por el sendero que conducía hasta más allá de la choza del pastor. Era la joven de la noche anterior. Gabriel pensó al instante en el sombrero que ella dijo haber perdido con el viento; tal vez fuera en su busca. Rastreó rápidamente la zanja y, luego de caminar unos diez metros, halló el sombrero entre las hojas. Gabriel lo recuperó y regresó a su choza. Se instaló cómodamente y observó por la tronera el avance de la muchacha.

La joven se acercó y miró a su alrededor, luego hacia el otro lado del seto. Gabriel estaba a punto de salir para restituir el objeto perdido, cuando un hecho inesperado lo indujo a suspender la acción por el momento. Más allá de la choza, el sendero cortaba en dos la finca. No era un camino de herradura, sino una mera senda pedestre, y las ramas se extendían horizontalmente a pocos metros del suelo, haciendo imposible cabalgar erguidos bajo ellas. La muchacha, que no llevaba un sayo de jinete, miró un instante a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que la humanidad entera estuviese fuera de la vista, y se tumbó con destreza sobre el lomo del poni, apoyando la cabeza en la cola del animal, los pies

contra sus flancos delanteros, los ojos vueltos hacia el cielo. Cambió de posición con la rapidez de un martín pescador y el sigilo de un halcón. Gabriel apenas pudo seguirla con la mirada. El alto y desgarrado poni parecía acostumbrado a estas prácticas, y siguió amblando despreocupadamente. De este modo pasó la muchacha bajo las ramas bajas.

Parecía la artista sentirse a sus anchas entre la cabeza de un caballo y su cola, y, una vez superada la necesidad de tan extraña postura, habiendo dejado atrás la finca, adoptó otra nueva, mucho más cómoda que la anterior. No usaba silla de mujer, y era evidente que resultaba imposible encontrar firme asiento en posición lateral sobre el cuero liso de su montura. Regresando de un salto a la perpendicular, como un árbol joven y combado, y satisfecha de que no hubiera nadie a la vista, la joven se sentó tal como la silla exigía, que no como cabría esperar de una mujer, y salió al trote en dirección de Tewnell Mill.

Oak se sintió divertido, acaso un punto perplejo, y, tras colgar el sombrero en la choza, regresó con sus ovejas. Una hora después la joven regresaba, correctamente sentada esta vez, con un saco de salvado delante de ella. Cuando se aproximaba a la choza se encontró con un niño que llevaba un cántaro de leche y acudió a sujetar las riendas del poni mientras la joven desmontaba. El niño se llevó el caballo, dejando el cántaro junto a la muchacha.

Una sucesión de sonidos suaves alternados con otros más fuertes salió de la choza, indicando sin ningún género de dudas que alguien estaba ordeñando una vaca. Gabriel cogió el sombrero perdido y esperó junto al camino que habría de tomar la joven para bajar la colina.

La vio llegar, el cántaro en una mano, balanceándose contra su rodilla. Llevaba el brazo izquierdo extendido para mejor equilibrio y mostraba una extensión de carne desnuda suficiente para que Oak deseara que eso mismo hubiese ocurrido en verano, cuando se habría visto el brazo entero. Había en el aspecto y en los modales

de la muchacha una viveza que mostraba a las claras su satisfacción con la propia existencia; y esta insolente suposición en modo alguno resultaba ofensiva, pues quien la albergaba sentía que era, en conjunto, cierta. Como sucede cuando se detecta un acento excepcional en el tono de un genio, lo que podría haber tornado ridícula la mediocridad era en este caso una muestra más de su evidente poder. Con cierta sorpresa vio la muchacha asomar el rostro de Gabriel como la luna por detrás del seto.

El cambio que se produjo en la confusa idea que el ganadero se había formado de los encantos de la muchacha, ahora que su verdadero retrato se presentaba ante él, no supuso tanto una decepción como una diferencia. El punto de partida seleccionado por el juicio fue la estatura. Parecía alta, aunque el cántaro era pequeño y el seto diminuto, de ahí que dejando un margen para el error resultante de la comparación con estos objetos, la joven acaso no superase la talla apetecida como óptima por las mujeres. Sus principales rasgos eran severos y regulares. Quienes recorren los condados en busca de belleza, quizá hayan observado que en el caso de las mujeres inglesas un rostro clásico rara vez va unido a una figura del mismo corte, siendo así que los rasgos más perfectos suelen resultar demasiado grandes en relación con el conjunto; y que una figura graciosa y proporcionada de ocho cabezas termina normalmente en unas líneas faciales más bien caprichosas. Sin convertir a una ordeñadora en una ninfa, cabría decir que la crítica estaba fuera de lugar en ese caso, y Oak observó con largo y consciente placer las proporciones de la muchacha. El contorno superior de su figura permitía inducir que la joven tenía un cuello y unos hombros bonitos, aunque nadie los había visto desde su infancia. Caso de haberla vestido con un traje escotado, habría echado a correr para esconderse entre los arbustos. Mas no era en modo alguno una muchacha tímida; tan sólo tenía el instinto de trazar la línea que separa lo que se ve de lo que no se ve un poco más arriba de lo que acostumbra a hacerse en las ciudades.

Que los pensamientos de la muchacha asomaran a su rostro no bien captó los atentos ojos de Oak era natural y casi inevitable. La afectación que demostró podría pasar por vanidad, de haber sido un poco más pronunciada, o por dignidad, de haberlo sido un poco menos. Los rayos de la visión masculina parecen producir una suerte de cosquilleo en los rostros de las vírgenes de los distritos rurales, y la muchacha se frotó la cara con la mano, como si Gabriel hubiese irritado su superficie rosácea con una caricia real, y la libertad de sus movimientos quedó de inmediato reducida por el recato. Empero, fue el hombre quien se ruborizó; la muchacha en absoluto.

—He encontrado un sombrero —dijo Oak.

—Es mío —respondió ella; y, por sentido de la proporción, contuvo las ganas de reír, no pasando de esbozar una ligera sonrisa—. Se me voló anoche.

—¿A la una de la madrugada?

—Pues sí —se mostró sorprendida—. ¿Cómo lo sabe?

—Estaba allí.

—Es usted el Hacendado Oak, ¿no es cierto?

—Más o menos. Vivo aquí desde hace no mucho.

—¿Es grande su granja? —preguntó, redondeando los ojos y echando hacia atrás el pelo, que era negro en las zonas más oscuras de su melena; pero como hacía ya una hora que los rayos del sol tocaban sus abundantes rizos, tenían éstos un color particular.

—No. No es grande. Unos cien acres.

—Quería encontrar mi sombrero esta mañana. He tenido que ir a caballo hasta Tewnell Mill.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la vi.

—¿Dónde? —inquirió ella, mientras un asomo de duda inmovilizaba por completo cada músculo de su rostro y de su

cuerpo.

—Aquí, cruzando la finca y bajando la colina —explicó Oak, con aire de estar demasiado seguro sobre algo que tenía en mente, mientras miraba a un punto remoto en la dirección mencionada, y volviéndose a continuación para encontrar los ojos de su interlocutora.

Algo le hizo apartar sus ojos de los de ella, tan deprisa como si lo hubiesen sorprendido robando. El recuerdo de las extravagancias que se había permitido al pasar entre los árboles dio paso en la muchacha a una punzante palpitación y, acto seguido, a un intenso rubor. Ya era hora de ver sonrojarse a una mujer que por lo general no se sonrojaba; su tez cobró por entero un profundo tono rosado. El semblante de la joven fue pasando poco a poco desde el rubor virginal por todas las variedades provenzales del encarnado, hasta alcanzar el carmesí toscano, mientras Oak, por consideración, volvía la cabeza.

El comprensivo hombre siguió mirando hacia otro lado y preguntándose cuándo se recuperaría ella lo suficiente para volver a mirarla. Oyó entonces algo que parecía el revoloteo de una hoja en la brisa, y enfocó la mirada. La muchacha había desaparecido.

Con un aire entre lo trágico y lo cómico, Gabriel volvió al trabajo.

Pasaron cinco mañanas y cinco noches. La joven acudía regularmente a ordeñar la vaca sana o a ocuparse de la enferma, sin consentir jamás que su vista se desviase hacia Oak. Se sentía profundamente ofendido por su falta de tacto; no por el hecho de que hubiera visto algo sin poder evitarlo, sino por hacerle saber que lo había visto. Pues, así como no hay pecado sin ley, no hay sin ojos impudicia, y ella parecía sentir que la secreta observación de Gabriel la convertía en una mujer indecorosa sin su connivencia. Esto fue causa de gran pesar en él, además de un *contretemps* que produjo en la vida un calor latente y ya experimentado en otras ocasiones. El encuentro bien podría haber terminado en lento olvido de no haber sido por un incidente que ocurrió al final de esa misma

semana. Una tarde empezó a helar, y la escarcha arreció con la noche, que cayó como una furtiva tensión de cuerdas. Era esa hora en la que en las casas de campo la respiración de los que duermen se congela entre las sábanas; la hora en la que, en torno al fuego de la sala de estar de una mansión de gruesos muros, las espaldas de quienes están sentados se quedan frías, aunque sus rostros resplandezcan. Más de un pajarillo se había acostado sin cenar esa noche entre las ramas desnudas.

A medida que se acercaba la hora del ordeño, Oak acudió como de costumbre a vigilar el establo de las vacas. Finalmente, sintió frío y, tras proporcionar a las ovejas preñadas un lecho más abrigado de lo habitual, entró en su choza y avivó el fuego con combustible. El viento se colaba por debajo de la puerta y, para impedirlo, Oak colocó un saco y movió el catre un poco más hacia el sur. Pero el viento entró entonces por una de las ventanas situadas a ambos lados de la choza.

Gabriel sabía desde siempre que cuando el fuego estaba encendido y la puerta cerrada, era preciso mantener abierto uno de los dos orificios, siendo el elegido aquel que se encontraba más alejado del viento. Tras cerrar la tronera del lado donde soplaba el viento, se volvió para abrir la contraria; pero, pensándolo mejor, Oak consideró que primero se sentaría y esperaría un par de minutos, hasta que la choza se hubiese caldeado un poco. Tomó asiento.

Empezó a dolerle la cabeza inusitadamente y, achacándolo al cansancio por el descanso interrumpido de las noches precedentes, decidió levantarse, abrir la tronera y echarse a dormir. Pero se quedó dormido antes de realizar los preliminares necesarios.

Nunca supo Gabriel cuánto tiempo permaneció inconsciente. Cuando volvió en sí, resultó que estaban ocurriendo una serie de hechos curiosos. El perro ladraba, Gabriel tenía un terrible dolor de cabeza y alguien se estaba ocupando de él: unas manos aflojaban su bufanda.

Al abrir los ojos reparó en que la tarde se había hundido en la noche extraña e inesperadamente. La joven de los labios tan bonitos y los dientes tan blancos estaba sentada junto a él. Más asombrosamente aún, increíblemente, la cabeza de Gabriel reposaba en el regazo de la muchacha, con una desagradable sensación de humedad en el rostro y el cuello, mientras los dedos de ella le desabrochaban el cuello de la camisa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel, con expresión ausente. Ella parecía vagamente entretenida, sin llegar a estar contenta.

—Por el momento nada, puesto que aún no ha muerto. Es un milagro que no se haya asfixiado en esta choza.

—¡Ah, la choza! —musitó Gabriel—. He pagado diez libras por esta choza. Pero la venderé y me sentaré bajo un techo de paja como se hacía antiguamente, y dormiré sobre un montón de heno. El otro día estuvo a punto de jugarme la misma pasada —concluyó, enfatizando sus palabras con un puñetazo en el suelo.

—No ha sido exactamente culpa de la choza —observó ella, en un tono que revelaba su diferencia respecto a las demás mujeres: la de concluir un pensamiento antes de disponerse a transmitirlo—. En mi opinión debería haber tenido usted más cuidado, y no cometer la tontería de dejar las ventanas cerradas.

—Sí, supongo que sí —respondió Oak, en tono distraído. Se esforzaba por retener y apreciar la sensación de estar con ella, la cabeza sobre su vestido, antes de que la situación cayera en el montón de los hechos pasados. Deseaba que ella captase sus sensaciones, pero antes intentaría transportar un olor en una red que comunicarle sentimientos tan intangibles con la tosca red del lenguaje. Y optó por guardar silencio.

Ella lo ayudó a sentarse, y Oak comenzó a frotarse la cara y a sacudirse como un Sansón.

—¿Cómo puedo darle las gracias? —dijo, finalmente agradecido, cuando su rostro ya había recuperado parte de su natural tono rojo

oxidado.

—No se preocupe por eso —respondió ella, sonriendo y manteniendo la sonrisa hasta que Gabriel hiciera otro comentario, fuera el que fuese.

—¿Cómo me encontró?

—Oí a su perro ladrar y arañar la puerta de la choza cuando venía a ordeñar; por fortuna el ordeño de Daisy está a punto de terminar por esta temporada, y dentro de una o dos semanas ya no tendré que volver por aquí. El perro me vio, se abalanzó sobre mí y me agarró de la falda. Me acerqué para echar un vistazo a la cabaña, y lo primero que vi es que las ventanas estaban cerradas. Mi tío tiene una choza como ésta, y le he oído decir a sus pastores que no se duermen sin dejar una ventana abierta. Abrí la puerta y me encontré con usted, como muerto. Le tiré la leche por encima, porque no tenía agua; no caí en la cuenta de que sería inútil, pues la leche estaba caliente.

—Me pregunto si podría haber muerto —dijo Gabriel en voz baja, más para sus adentros que para la muchacha.

—¡Nada de eso! —replicó ella. Parecía preferir una probabilidad menos trágica. Haber salvado a un hombre de la muerte requería una conversación acorde con la magnitud de la hazaña, y rechazó la idea.

—Creo que me ha salvado usted la vida, señorita. No conozco su nombre. Conozco el de su tía, pero no el suyo.

—Preferiría no decírselo, de momento. Por otro lado, no hay razón para hacerlo, pues no creo que vaya a tener usted mucho trato conmigo.

—Me gustaría saberlo, de todos modos.

—Pregúntele a mi tía; ella se lo dirá.

—Mi nombre es Gabriel Oak.

—El mío no. Parece usted orgulloso del suyo, puesto que lo dice con tanta decisión: Gabriel Oak.

—Ya lo ve; es el único que tendré en la vida, y debo sacarle el mayor provecho.

—A mí siempre me ha parecido que mi nombre suena extraño y desagradable.

—Creo que no tardará en cambiar.

—¡Hay que ver cuántas opiniones tiene usted sobre los demás, Gabriel Oak!

—Bueno, señorita, disculpe el atrevimiento. Pensé que le agradaría. Sé que no puedo igualarla a la hora de expresar mis pensamientos con palabras. Nunca he sido muy listo. Pero le estoy muy agradecido. ¡Deme la mano!

Ella vaciló, ligeramente desconcertada por el modo serio y anticuado con que Oak ponía fin a una conversación que había transcurrido con tanta naturalidad.

—Muy bien —dijo, y le ofreció la mano; apretando los labios con impasibilidad y recato. Gabriel la retuvo sólo un momento y por miedo a resultar demasiado efusivo, se volvió bruscamente hacia el lado contrario, apenas rozando los dedos de ella, como hace la gente mezquina.

—Lo siento —dijo al instante.

—¿A qué se refiere?

—Siento haberle soltado la mano tan deprisa.

—Puede volver a estrecharla, si lo desea. Aquí la tiene. —Y le ofreció de nuevo la mano.

Oak la retuvo más tiempo esta vez; de hecho la retuvo demasiado.

—¡Qué suave es! No está seca ni cuarteada, ni nada, a pesar de que estamos en invierno —observó.

—Bueno, ya es suficiente —dijo ella, aunque sin retirar la mano—. Supongo que está pensando usted que le gustaría besarla. Puede hacerlo, si lo desea.

—No estaba pensando nada por el estilo —dijo Gabriel con naturalidad—, pero lo haré...

—¡No lo hará! —dijo ella, retirando la mano bruscamente.

Gabriel volvió a sentirse culpable por su falta de tacto.

—Ahora, averigüe cómo me llamo —le desafió con sorna. Y se marchó.

Capítulo IV

La determinación de Gabriel — La visita — El error

La única superioridad femenina tolerada por el sexo opuesto es, por lo general, de tipo inconsciente; pero la que se manifiesta a las claras puede a veces resultar grata en tanto que insinúa para el hombre subordinado posibilidades de captura.

Esta muchacha linda y bien parecida no tardó en realizar notables incursiones en la constitución emocional del joven Oak.

Y como el amor es un usurero implacable (la sensación de obtener un beneficio espiritual desorbitado merced al intercambio de corazones es lo que subyace a las pasiones puras, tal como la del beneficio desorbitado, físico o material, es lo que subyace a otras de menor calado), los sentimientos que Gabriel experimentaba cada mañana eran tan sensibles como los del mercado de valores en lo que al cálculo de sus posibilidades se refiere. El perro aguardaba su comida de un modo tan parecido a como Oak aguardaba la presencia de la muchacha, que el hacendado, sorprendido por la similitud, lo encontraba degradante y evitaba mirar al animal. No obstante, seguía vigilando el seto para verla pasar, y sus sentimientos hacia ella iban ahondándose sin que en la joven se produjese un efecto correspondiente. Oak no tenía nada definitivo y concluyente que decir, y puesto que no era capaz de formular frases de amor, que terminan allí donde empiezan, ni historias apasionadas

*Llenas de ruido y furia
Que nada significan,^[9]*

no decía palabra alguna.

Tras realizar algunas averiguaciones supo que el nombre de la muchacha era Bathsheba Everdene^[10], y que la vaca se secaría en el plazo de siete días. Gabriel temió al octavo día. Y al fin el octavo día llegó. La vaca había dejado de dar leche para el resto del año, y Bathsheba Everdene no volvería a subir a la colina. Gabriel había alcanzado un punto en su existencia que jamás habría podido imaginar poco antes. Disfrutaba diciendo «Bathsheba» en privado, en lugar de silbar, y empezó a gustarle más el pelo negro, pese a que desde niño se había jurado fiel al castaño, distanciándose de los demás hasta ocupar a sus ojos un espacio insignificante. El amor es una fuerza posible que nace de una debilidad real. El matrimonio transforma la distracción en apoyo, y su fuerza debería ser, tal como a menudo felizmente sucede, directamente proporcional al grado de estupidez que viene a reemplazar. Oak comenzaba a ver la luz en esta dirección, y se decía a sí mismo:

—¡O me caso con ella o juro por mi alma que seré un inútil!

Y entretanto, sumido en el desconcierto, buscaba una excusa consistente para visitar la casa de la tía de Bathsheba. La muerte de una oveja, tras dar a luz a un cordero, le proporcionó la oportunidad. Un día de rostro veraniego, pero de constitución invernal, una hermosa mañana de enero, cuando la cantidad visible de cielo azul bastaba para que la gente de disposición alegre desease más, y el sol lanzaba ocasionalmente destellos de plata, Oak colocó el cordero en una decorosa cesta de domingo y atravesó los campos en dirección a la casa de la señora Hurst, seguido por el perro George, con aire de gran preocupación ante el grave cariz que parecían tomar los asuntos pastoriles.

Sumido en una extraña meditación, Gabriel había observado las volutas de humo azul de la madera que ascendían desde la

chimenea. Había fantaseado con su recorrido en sentido descendente hasta su lugar de origen, y había visto a Bathsheba junto al hogar, con su vestido de calle; pues la ropa que usaba para subir a la colina quedaba, por asociación con el resto de su persona, incluida en la esfera afectiva de Gabriel, siendo en este primer momento de su amor un ingrediente necesario de esa dulce mezcla llamada Bathsheba Everdene.

Se había aseado en consonancia con la ocasión, esmerándose en la pulcritud, aunque descuidando los detalles, con una indumentaria que quedaba a medio camino entre la propia del día de mercado y buen tiempo y la adecuada para el domingo lluvioso. Limpió a conciencia la cadena de plata de su reloj con albayalde, puso cordones nuevos en las botas, pulió los remaches de latón, se adentró hasta el corazón de la finca en busca de una nueva vara que le sirviera de bastón y la recortó enérgicamente a su regreso; sacó un pañuelo limpio del fondo de su baúl de ropa, se puso el chaleco claro estampado con ramitos de una elegante flor que aunaba la belleza de la rosa y el lirio sin los defectos de ninguna de ellas, y empleó todo el aceite de que disponía en su pelo normalmente seco, arenoso e imposiblemente rizado, hasta oscurecerlo con un tono original y espléndido, entre el guano y el cemento romano, pegado a la cabeza como la macis que cubre la nuez moscada o el alga húmeda enredada en una roca con la marea baja.

Nada turbaba la quietud de la granja salvo el parloteo de un grupo de gorriones en los aleros, y cabía imaginar que el escándalo y el rumor eran la materia prima de las tertulias que se celebraban tanto en los tejados como debajo de éstos. El presagio parecía poco propicio y su aparición más bien desafortunada, pues no bien llegó a la cancela del jardín vio un gato que adoptó distintas formas de arco y realizó diabólicas contorsiones ante la visión del perro George. El perro no reparó en el gato, pues había llegado a una edad en la que evitaba cínicamente ladrar en situaciones innecesarias,

considerándolo un derroche de aliento; lo cierto es que ni siquiera les ladraba a los corderos salvo para llamarlos al orden, y adoptaba en tales circunstancias una actitud completamente neutral, como una suerte de servicio conminatorio que, pese a lo ofensivo, era preciso realizar de cuando en cuando para asustar al rebaño por su propio bien.

Una voz salió de entre los laureles donde se había refugiado el gato:

—¡Pobrecito! Un perro malo ha querido matarlo. ¡Pobrecito!

—Disculpe —le dijo Oak a la voz—, pero George venía detrás de mí más suave que una malva.

Casi antes de terminar su frase, Oak fue presa del recelo pensando en quién podría ser su interlocutor. Nadie salió de allí, pero se oyó que la persona retrocedía entre los arbustos.

Gabriel reflexionó con una intensidad que surcó su frente de pequeñas arrugas, de tan absorto como estaba. Cuando el desenlace de un encuentro tiene tantas posibilidades de cambiar drásticamente las cosas tanto a mejor como a peor, cualquier incidente inicial que se aleje de las expectativas produce una punzante sensación de fracaso. Oak subió hasta la puerta ligeramente avergonzado: su representación mental y la realidad no se encontraban en un terreno común.

La tía de Bathsheba estaba en casa.

—¿Podría decirle a la señorita Everdene que alguien desea hablar con ella? —dijo el señor Oak. (Llamarse a sí mismo alguien, sin decir su nombre, no debe interpretarse como un ejemplo de la mala educación de la gente del campo; antes bien, es fruto de una exquisita modestia que las gentes de la ciudad, con sus tarjetas y sus anuncios, no conocen ni por asomo.)

Bathsheba estaba fuera. La voz que había oído Gabriel era obviamente la suya.

—¿Quiere pasar, señor Oak?

—Sí, gracias —dijo Gabriel, siguiendo a la mujer junto al hogar—. He traído un cordero para la señorita Everdene. He pensado que le gustaría criarlo; a las muchachas suele gustarles.

—Tal vez —dijo la señora Hurst dubitativamente—, aunque Bathsheba sólo está de visita. Si hace el favor de esperar un minuto, Bathsheba vendrá en seguida.

—Sí, esperaré —dijo Gabriel, tomando asiento—. En realidad no vengo por el cordero, señora Hurst. Lo cierto es que quería preguntarle si le gustaría casarse.

—¿Y a usted le gustaría?

—Sí. Si ella acepta me sentiré muy feliz de casarme con ella. ¿Sabe usted si algún otro joven la está cortejando?

—Déjeme pensarlo —dijo la señora Hurst, atizando innecesariamente el fuego—. Pues sí. ¡Jesús! Un montón de jóvenes. Ya ve usted, señor Oak, que es muy bien parecida, además de una excelente estudiante; iba para gobernanta, pero es demasiado rebelde. No quiero decir que esos jóvenes hayan venido por aquí, pero ¡por Dios que por lo menos llegan a la docena!

—Qué mala suerte —dijo Oak, observando con tristeza una grieta en el suelo de piedra—. Yo no soy más que un hombre corriente, y mi única oportunidad estaba en ser el primero... No tiene sentido que espere, pues sólo he venido para eso, de modo que volveré a casa, señora Hurst.

Cuando Gabriel había recorrido cosa de doscientos metros, oyó a sus espaldas un «¡eh-eh!», pronunciado en un tono aflautado y más tembloroso de lo que la exclamación suele significar cuando se lanza a través de un campo. Se dio la vuelta y vio a una muchacha que corría tras él, agitando un pañuelo blanco.

Oak se detuvo, y la muchacha se acercó. Era Bathsheba Everdene. Gabriel se sonrojó; ella ya lo estaba, al parecer no tanto de la emoción como de la carrera.

—Hacendado Oak..., yo... —dijo, deteniéndose ante él para tomar aliento con la cara ladeada y llevándose una mano al costado.

—He venido para verla —dijo Gabriel, en espera de que ella dijera algo más.

—Sí, lo sé —dijo, jadeando como un petirrojo, el rostro congestionado y húmedo a consecuencia del esfuerzo, como un pétalo de peonía antes de que el sol seque el rocío—. No sabía que había venido usted para pedir mi mano, de lo contrario habría vuelto del jardín al instante. He venido corriendo para decirle... que mi tía ha cometido un error al disuadirle de que me corteje.

Gabriel se creció.

—Siento haberla hecho correr tanto, querida —dijo, con una grata sensación de los favores por venir—. Esperaré un poco hasta que recupere el aliento.

—Ha sido un error... que la tía le diga que ya tengo un pretendiente —continuó Bathsheba—. Nunca he tenido novio, y me ha parecido una pena, teniendo en cuenta cómo están los tiempos para las mujeres, que mi tía lo despachara haciéndole creer que ya tenía varios.

—¡De veras que me alegro de oír eso! —dijo Oak, ofreciéndole una de sus largas sonrisas especiales y ruborizándose de alegría. Extendió una mano para tomar la de ella que, después de haber aliviado con la presión el dolor del costado, reposaba abierta sobre su pecho para contener los latidos de su corazón. No bien lo hubo conseguido, se llevó la mano a la espalda, deslizándose ésta entre los dedos de Gabriel como una anguila—. Tengo una granja pequeña y acogedora —dijo Gabriel, con algo menos de confianza que cuando le había agarrado la mano.

—Sí, lo sé.

—Un hombre me prestó algún dinero para empezar, pero no tardaré en devolvérselo y, como soy un hombre austero, he ido ahorrando un poco desde que era niño —Gabriel pronunció el «un poco» en un tono tal que ella pudiese interpretarlo como el modo de decir «una buena suma» con displicencia. Y acto seguido añadió—:

Cuando estemos casados, estoy seguro de que puedo trabajar el doble de lo que trabajo ahora.

Dio un paso al frente y volvió a extender la mano. Bathsheba lo había obligado a acercarse hasta un lugar junto al cual se erguía una raquílica mata de acebo, cargada de frutos rojos. Viendo que el acercamiento de él adoptaba la forma de una amenaza de posible encierro, cuando no de invasión, la joven se apartó, rodeando el arbusto.

—Bueno, señor Oak —dijo por encima del arbusto, mirándolo con los ojos muy abiertos—; yo no he dicho que vaya a casarme con usted.

—¡Vaya! ¡Ésta sí que es buena! —dijo Oak, decepcionado—. ¡Salir corriendo así detrás de alguien para luego decir que no lo acepta!

—Yo sólo quería decirle —dijo Bathsheba con vehemencia, y al mismo tiempo consciente de la absurda posición en la que se había colocado—, que hasta el momento nadie ha conseguido mi amor, y que no he tenido una docena de novios, como dijo mi tía. Detesto que se me considere propiedad de los hombres, aunque es posible que acabe siéndolo algún día. Y si hubiese querido casarme con usted, no habría salido corriendo así. ¡Eso habría sido el mayor de los descaros! Pero no veo mal alguno en el hecho de apresurarse en desmentir una información falsa.

—Desde luego que no hay mal alguno. Pero sí lo hay en el hecho de ser demasiado generoso a la hora de expresar un juicio impulsivamente y, con una visión más ponderada de las circunstancias, Oak añadió—: Bueno, no estoy seguro de que no lo haya.

—Lo cierto es que no he tenido tiempo de pensar si quería casarme o no, porque usted se ha marchado.

—Bueno —dijo Gabriel, animándose de nuevo—. Piénselo unos minutos. Esperaré un rato, señorita Everdene. ¿Quiere usted

casarse conmigo? Dígame que sí, Bathsheba. ¡La amo mucho más de lo común!

—Lo pensaré —dijo ella, en tono bastante más tímido—; cuando pienso al aire libre se me ensancha el pensamiento.

—Pero podría darme alguna pista.

—Deme un poco de tiempo —Bathsheba miró pensativamente hacia lo lejos, apartando la vista de Gabriel.

—Puedo hacerla feliz —dijo él a sus espaldas, a través del arbusto—. Dentro de uno o dos años tendrá usted un piano... A las mujeres de los propietarios les ha dado últimamente por tener pianos; y yo practicaré con la flauta para tocar con usted por las noches.

—Sí; eso me gustaría.

—Y tendremos una calesa pequeña para ir al mercado, y flores bonitas, y aves, quiero decir gallos y gallinas; nos serán muy útiles —continuó Gabriel, sintiendo haber hallado un buen equilibrio entre la poesía y el sentido práctico.

—Me gustaría mucho.

—Y un espacio para los pepinos... como los caballeros y las damas.

—Sí.

—Y, cuando se haya celebrado la boda, la publicaremos en la lista de enlaces matrimoniales de los diarios.

—¡Eso me encantaría!

—Y a los niños en la lista de nacimientos... a todos sin excepción. Y cuando estemos en casa, junto a la chimenea, cada vez que usted levante la vista yo estaré allí, y cada vez que yo levante la vista usted estará allí.

—Espere, espere, ¡y no sea indecoroso!

Bathsheba parecía preocupada, y guardó silencio durante un rato. Él miró una y otra vez las bayas rojas que los separaban, hasta tal punto que el acebo parecía haberse reencarnado, en otra existencia, para convertirse en un número que simbolizaba una

proposición de matrimonio. Bathsheba se volvió hacia él con decisión.

—No; es inútil —dijo—. No quiero casarme con usted.

—Piénselo.

—Ya lo he pensado bien. El matrimonio puede ser muy bonito en cierto sentido. La gente hablaría de mí y pensaría que he ganado mi batalla, y yo me sentiría victoriosa, y todo eso. Pero un marido...

—¡Qué!

—Pues que siempre estaría allí, tal como usted ha dicho; cada vez que levantase la vista, estaría allí.

—Claro que sí. Eso es.

—Lo que quiero decir es que no me importaría ser la novia y celebrar una boda, si pudiera hacerlo sin tener un marido. Pero como una mujer no puede hacerlo sola, no me casaré... al menos por el momento.

—¡Eso suena demasiado implacable!

Al oír esta crítica a su declaración, Bathsheba optó por reforzar su dignidad alejándose un poco más de él.

—Le juro por mi corazón y por mi alma que ninguna muchacha podría decir mayor estupidez —dijo Oak—. Pero, querida —continuó en tono paliatorio—, ¡no sea usted así! —lanzó un suspiro, hondo y sincero, un suspiro que, como el rumor de un pinar, turbó sensiblemente el ambiente—. ¿Por qué no quiere usted casarse conmigo? —insistió, rodeando el arbusto para acercarse a ella.

—No puedo —dijo ella, retrocediendo.

—Pero ¿por qué? —insistió él, quedándose finalmente inmóvil y desesperado por conseguirla, frente a la mata de acebo.

—Porque no lo amo.

—Sí, pero...

Ella disimuló un bostezo hasta convertirlo en un gesto insignificante e inofensivo, de tal modo que no resultase grosero.

—No lo amo —dijo.

—Pero yo sí la amo... y, por lo que a mí respecta, me contento con que me aprecie.

—¡Ah, señor Oak... eso está muy bien! Llegaría usted a despreciarme.

—Jamás —dijo Oak con tal ardor que con la sola fuerza de sus palabras pareció atravesar directamente el arbusto para abrazarla—. Haré una cosa en esta vida, una cosa con total seguridad. Y esa cosa es amarla, y anhelarla y seguir deseándola hasta el día en que me muera. —Había en su voz verdadera angustia en ese momento, y sus grandes manos tostadas temblaban visiblemente.

—Parece un error terrible no aceptarlo a usted, dada la intensidad de sus sentimientos —dijo ella, con cierto pesar, al tiempo que miraba desesperadamente alrededor buscando la manera de salir de aquel dilema moral—. Ojalá no hubiera salido corriendo detrás de usted. —Sin embargo, parecía conocer el atajo para recuperar la alegría y adoptar un aire de superioridad—. No saldría bien, señor Oak. No quiero que nadie me domestique. Soy demasiado independiente; y usted nunca lo conseguiría. Estoy segura.

Oak dirigió la vista hacia el campo, insinuando que era inútil discutir.

—Señor Oak —dijo Bathsheba, con luminosa claridad y sentido común—, está usted en mejor posición que yo. No tengo un penique; vivo con mi tía a cambio de sustento. Yo tengo mejor educación que usted, y no lo quiero ni una pizca: ésa es mi postura. Ahora la suya: usted está empezando como propietario, y por mera prudencia debería casarse (cosa en la que ciertamente sería preferible no pensar en este momento) con una mujer que tenga dinero y le permita adquirir una granja más grande.

Gabriel la miró con un punto de sorpresa y gran admiración.

—¡Eso es precisamente lo que he pensado!

Oak tenía demasiados rasgos cristianos para triunfar con Bathsheba: humildad y una honradez superflua. Bathsheba estaba

decididamente desconcertada.

—Entonces, ¿por qué ha venido a molestarme? —preguntó, casi enfadada, aunque no del todo, mientras una mancha roja se extendía por sus mejillas.

—No puedo hacer lo que considero que sería... que sería...

—¿Lo correcto?

—No: lo sensato.

—Eso sí que es un reconocimiento, señor Oak —exclamó ella, aún con mayor altivez y sacudiendo desdeñosamente la cabeza—. ¿Y piensa que sabiéndolo podría casarme con usted?

Oak la interrumpió apasionadamente:

—¡No me interprete mal! Estoy dispuesto a aceptar lo que cualquier hombre en mi situación habría imaginado. Usted se ha ruborizado y se ha puesto a rezongar. Eso de que no es usted suficiente para mí es una tontería. Habla usted como una gran señora; todo el mundo se da cuenta, y he oído decir que su tío, el de Weatherbury, tiene una granja importante. Mucho más grande de lo que yo llegaré a tener nunca. ¿Puedo pasar a verla por la noche? ¿Querrá usted salir a pasear conmigo los domingos? No es necesario que me conteste inmediatamente, si lo prefiere.

—No... no... no puedo. No siga insistiendo. No lo quiero, de modo que... por eso sería ridículo —dijo Bathsheba, soltando una risotada.

A ningún hombre le gusta ver que sus emociones se presentan como un veleidoso carrusel.

—Muy bien —dijo Oak con firmeza y aire de estar dispuesto a entregar para siempre al Eclesiastés sus días y sus noches—. No volveré a pedírselo.

Capítulo V

La partida de Bathsheba — Una tragedia en el rebaño

La noticia de que Bathsheba Everdene había abandonado el vecindario, que cierto día llegó a oídos de Gabriel, tuvo en él una influencia sorprendente para quien no advierte que cuanto más enfático es el rechazo menor es la determinación.

Cabría observar que no hay un camino habitual para salir del amor, tal como sí lo hay para entrar en él. El matrimonio es para algunos un atajo en esa dirección, pero fracasa como es bien sabido. La distancia, que en este caso fue la oportunidad que la desaparición de Bathsheba proporcionaba a Gabriel, aunque eficaz en personas de cierto talante, tiende a idealizar el objeto perdido y a sustituirlo por otros, sobre todo en el caso de aquellos cuyo afecto, por más que sea sereno y normal, se prolonga y fluye con hondura. Oak pertenecía al género de los seres ecuánimes y sentía que la secreta fusión de sí mismo en Bathsheba ardía con una llama aún más hermosa, ahora que ella se había marchado. Y eso era todo.

Su incipiente amistad con la tía de la muchacha se había visto interrumpida por el fracaso de su petición de mano, y todo cuanto Oak sabía sobre las andanzas de Bathsheba le llegaba por vía indirecta. Al parecer se había marchado a un lugar llamado Weatherbury, situado a más de 30 kilómetros, pero en qué calidad, si como visitante o con la intención de instalarse definitivamente, era algo que Gabriel no tenía manera de averiguar.

Gabriel tenía dos perros. George, el más viejo, lucía un hocico con la punta negra como el ébano, rodeado por un estrecho círculo de carne rosada, y la piel caprichosamente salpicada de manchas de un color aproximado entre el blanco y el gris pizarra; pero el gris, tras años de sol y lluvia, se había chamuscado y aclarado en los mechones más largos, cobrando un tono marrón rojizo, como si el componente azul del gris se hubiera esfumado, tal como ocurre con el índigo en los cuadros de Turner. En esencia y originalmente era pelo, pero el prolongado contacto con las ovejas parecía convertirlo progresivamente en lana fibrosa y de mala calidad.

El perro en cuestión había pertenecido anteriormente a un pastor de dudosa catadura moral y terrible carácter, a resultas de lo cual George entendía el grado exacto de condena que significaban las maldiciones y los juramentos de toda clase mejor que el hombre más viejo y perverso del vecindario. La experiencia le había enseñado al animal la diferencia precisa entre exclamaciones como «¡Entra!» y «¡Entra ya!», de tal suerte que con un solo matiz comprendía la urgencia de apartarse corriendo de las ovejas que cada orden implicaba, si quería evitar una paliza con el cayado. Aunque viejo, era muy listo, y aún se podía confiar en él. El perro joven, hijo de George, había salido probablemente a la madre, pues apenas se observaba parecido alguno entre él y George. Estaba aprendiendo a cuidar del rebaño, para poder dirigirlo cuando el otro muriera, pero aún no conocía más que los rudimentos de su tarea, y seguía resultándole insuperable la dificultad de distinguir entre hacer las cosas pasablemente y hacerlas bien. Tan concienzudo y al mismo tiempo tan obstinado era este perro (no tenía nombre y respondía con absoluta prontitud a cualquier llamamiento agradable), que cuando se le ordenaba colocarse detrás del rebaño, ponía tanto empeño que era capaz de conducir a las ovejas por todo el país con el mayor entusiasmo si no se le ordenaba que se detuviese o se le recordaba cuándo debía hacerlo, siguiendo el ejemplo del viejo George.

Esto por lo que respecta a los perros. En el extremo más alejado de Norcombe Hill había una cantera de caliza, de la cual las sucesivas generaciones habían extraído la piedra, diseminándola por las granjas adyacentes. Dos setos convergían en la cantera formando una V, aunque sin llegar a encontrarse. La estrecha abertura de la izquierda, situada justo encima de la cantera, se hallaba protegida por una tosca verja de hierro.

Una noche, cuando Oak volvía a casa, convencido de que su presencia en la colina ya no era necesaria, llamó a los perros como de costumbre, antes de encerrarlos en su caseta hasta la mañana siguiente. Sólo uno respondió: el viejo George. El otro no daba señales de vida, ni en casa, ni en el prado, ni en el jardín. Gabriel recordó entonces que había dejado a los dos perros en la colina comiéndose un cordero muerto (carne que por lo general les negaba, salvo cuando escaseaban otros alimentos), y, concluyendo que el perro aún no había dado cuenta de su comida, se marchó a casa para gozar del lujo de una cama, cosa que últimamente sólo ocurría los domingos.

Era una noche serena y húmeda. Poco antes del amanecer le despertó el eco extraño de una música familiar. El sonido de los cencerros era para el pastor lo que para otros es el tic-tac del reloj, un sonido constante que sólo se hace notar cuando cesa o se ve inesperadamente alterado en ese conocido y perezoso tintineo que para el oído acostumbrado indica que todo está en orden, allá en el redil. En la calma solemne de la mañana, Gabriel oyó aquel sonido con una violencia y una rapidez desacostumbradas. El tintineo excepcional podía responder a dos razones: bien a que las ovejas que llevan el cencerro se disponen a comer adentrándose en nuevos pastos y seguidas por el rebaño, lo que acelera la musiquilla intermitentemente, bien a que el rebaño sale en estampida, lo que conlleva en el sonido una palpitación regular. El experto oído de Oak sabía que lo que estaba oyendo en ese momento era una estampida del rebaño a gran velocidad.

Saltó de la cama, se vistió, echó a correr por el camino entre la bruma del amanecer y subió a la colina. Las hembras que ya habían parido habían sido separadas de las que aún tardarían en parir, y había doscientas de estas últimas en el rebaño de Gabriel. Las doscientas parecían haberse esfumado. Estaban las otras cincuenta, con sus corderos, en el otro extremo del redil, donde él las había dejado, pero el grueso del rebaño había desaparecido. Gabriel lanzó a pleno pulmón la llamada del pastor.

—¡Oey, oey, oey!

Ni un balido. Se acercó hasta el seto; vio un agujero entre la maleza y las huellas de las ovejas debajo. Sorprendido por el hecho de que rompieran la valla en esa época del año, aunque atribuyéndolo inmediatamente a lo mucho que les gustaba en invierno la hiedra que crecía en los campos, se coló por el hueco del seto. No estaban allí. Volvió a llamar: los valles y las colinas más alejadas retumbaron como cuando los marinos invocaban al perdido Hylas en la costa de Misia, pero ni rastro de las ovejas. Pasó entre los árboles y ascendió por la cresta de la colina. Una vez en la cima, allí donde los extremos de los setos convergentes antes mencionados quedaban interceptados por la parte superior de la cantera, vio al perro joven, de pie contra el fondo del cielo: inmóvil y oscuro como Napoleón en Santa Elena.

Un terrible presentimiento se apoderó de Oak. Avanzó con sensación de debilidad corporal: la verja de hierro estaba rota en un punto, donde distinguió las huellas de sus ovejas. El perro se le acercó, le lamió la mano e indicó con diversas señales que esperaba una importante recompensa por los servicios prestados. Oak miró hacia el barranco. Las ovejas yacían muertas y agonizantes a sus pies: un montón de doscientos cuerpos destrozados que en su actual condición representaban como mínimo doscientos más.

Oak era un hombre profundamente humano: de hecho, su humanidad a menudo despedazaba sus intenciones estratégicas,

arrastrándolo como la gravitación. La posibilidad de que el rebaño terminase convertido en piel era una sombra que había oscurecido su vida en todo momento: que llegase el día en que todos los pastores se convirtiesen en traidores consumados de su ganado indefenso. El primer sentimiento que tuvo en ese momento fue de piedad por el triste destino de sus dulces ovejas preñadas.

Tardó un segundo en recordar otro aspecto de la cuestión. Las ovejas no estaban aseguradas. Todos los ahorros de una vida de austeridad se esfumaban con un soplo de aire: sus esperanzas de ser un propietario independiente se desmoronaban, acaso para siempre. La fuerza de Gabriel, su paciencia y su laboriosidad habían sido duramente puestas a prueba entre los dieciocho y los veintiocho años, hasta alcanzar ese estado de relativo progreso del que parecía no quedar ya nada. Se inclinó sobre la verja y se cubrió el rostro con las manos.

El estupor, empero, no dura eternamente, y Oak se recuperó del suyo. Tan significativo como característico fue el hecho de que su única frase fuera de agradecimiento:

—Gracias a Dios que no estoy casado. ¡Cómo habría encarado ella la pobreza que ahora se cierne sobre mí!

Levantó la cabeza y, preguntándose qué hacer, observó la escena con desánimo. En el margen exterior de la cantera había un estanque ovalado, sobre el que colgaba el esqueleto atenuado de una luna amarilla como el cromo que sólo habría de durar unos cuantos días más: el lucero del alba la acompañaba a la izquierda. El estanque resplandecía como el ojo de un hombre muerto, y, a medida que el mundo despertaba, comenzó a soplar una brisa que agitó y prolongó el reflejo de la luna sin distorsionarlo, transformando la imagen de la estrella en una franja fosforescente sobre el agua. Esto es lo que Oak vio y recordó.

Todo parecía indicar que el desdichado perro, convencido de que su misión era la de correr en pos de las ovejas, cuanto más mejor, y habiendo dado cuenta del cordero muerto, lo que quizá le

proporcionó el ánimo y el empuje necesarios, reunió a las hembras preñadas en un rincón, condujo a las tímidas criaturas primero a través del seto, luego campo arriba, y luego, por pura inquietud, les proporcionó el impulso suficiente para romper un trozo de la valla podrida y precipitarse hacia el abismo.

El hijo de George había cumplido con su trabajo tan a conciencia que se le consideró excesivamente bueno para seguir con vida, y lo cierto es que fue trágicamente apresado y abatido de un disparo a las doce de ese mismo día: un ejemplo más del adverso destino que con frecuencia aguarda a los perros y otros filósofos que siguen una cadena de pensamiento hasta su conclusión lógica e intentan conducirse con absoluta coherencia en un mundo hecho en tan amplia medida de compromisos.

Gabriel le había comprado la granja a un tratante de ganado, quien, confiando en el prometedor aspecto de Oak y en su buen carácter, recibiría como pago un porcentaje hasta la definitiva liquidación del préstamo. Oak consideró que el valor del ganado, las tierras y los utensilios de su entera propiedad bastarían para pagar sus deudas y convertirlo en un hombre libre sin nada más que las ropas que llevaba puestas.

Capítulo VI

La feria — El viaje — El incendio

Pasaron dos meses. Nos encontramos en un día de febrero en el que se celebra la feria anual para la contratación de trabajadores del campo en la ciudad-condado de Casterbridge.

En un extremo de la calle, un grupo de entre doscientos y trescientos trabajadores risueños y bullangueros aguarda su oportunidad: todos son hombres de fuste para quienes el trabajo no es peor que la lucha contra la fuerza de la gravedad y el placer no es mejor que la renuncia a él mismo. Los carreteros y los cocheros se distinguían por llevar la tralla arrollada al sombrero, los empajadores mostraban un trozo de paja tejida y los pastores se apoyaban en sus cayados, de tal modo que quienes acudían a contratarlos podían reconocerlos de un golpe de vista.

Había entre la multitud un joven de porte atlético y apariencia superior a la de la mayoría: de hecho, su superioridad era tan manifiesta que algunos de los rubicundos campesinos que se encontraban en el grupo se dirigían a él inquisitivamente, como si fuera el amo, y concluían sus frases con un «Señor». Su respuesta era siempre:

—Yo también estoy buscando trabajo... como capataz. ¿Sabe usted de alguien que necesite uno?

Gabriel se había vuelto más pálido. Sus ojos parecían más pensativos y su expresión más triste. Había pasado un auténtico calvario de desgracias que le había dado más de lo que le había

quitado. Había caído desde su modesta cumbre como rey de los pastores hasta los mismísimos pozos de betún de Sidón^[11]; pero aquello le había proporcionado una digna serenidad desconocida hasta la fecha y esa indiferencia hacia el destino que, si bien en algunas ocasiones convierte a un hombre en villano, constituye en otras la base de su grandeza. Y así es como la humillación se había tornado en exaltación, y la pérdida en ganancia.

Esa misma mañana, un regimiento de caballería había salido de la ciudad, y un sargento con sus hombres había batido las cuatro calles en busca de reclutas. A medida que avanzaba el día sin que nadie lo contratase, Gabriel casi lamentó no haberse unido a ellos para servir a su país. Cansado de estar de pie en el mercado y sin importarle gran cosa el tipo de trabajo que pudiera surgir, decidió ofrecerse en calidad de algo que no fuera capataz.

Todos los propietarios parecían andar necesitados de pastores. La cría de las ovejas era la especialidad de Gabriel. Girando por una calle oscura y adentrándose en un callejón aún más oscuro, entró en el establecimiento de un herrero.

—¿Cuánto tardaría en construir un cayado?

—Veinte minutos.

—¿Qué me cobra?

—Dos peniques.

Se sentó en un banco mientras se hacía el cayado, y obtuvo un bastón de caña a cambio del trato.

A continuación se dirigió a una tienda de ropa cuyo propietario había tenido una gran vinculación con el mundo rural. Comoquiera que Gabriel se había gastado la mayor parte de su dinero en el bastón, intentó y consiguió cambiar su abrigo por un sayo de pastor.

Una vez concluida la transacción, se apresuró de nuevo hacia el centro de la ciudad y se detuvo en la acera, vestido de pastor, con su cayado en la mano.

Ahora que se había convertido en pastor, le parecía a Oak que era mayor la demanda de capataces. No obstante, dos o tres

patrones se fijaron en él y se le acercaron. El subsiguiente diálogo se desarrolló más o menos en estos términos:

—¿De dónde eres?

—De Norcombe.

—Eso está muy lejos.

—Treinta kilómetros.

—¿En qué granja trabajaste por última vez?

—En la mía propia.

Esta respuesta caía invariablemente como un rumor de cólera. El patrón se alejaba, sacudiendo la cabeza con desconcierto. Gabriel, como su perro, valía demasiado para ser de fiar, y no logró superar este contratiempo.

Es más seguro aceptar cualquier ocasión que se presente e improvisar un procedimiento para adaptarse a ella que elaborar un buen plan, madurarlo y esperar la oportunidad de ponerlo en práctica. Gabriel lamentó haberse condenado presentándose como pastor, pese a que estaba dispuesto a aceptar cualquiera de los empleos requeridos en la feria. Anochecía. Algunos hombres silbaban y cantaban alegremente junto a la lonja. La mano de Gabriel, que desde hacía algún tiempo descansaba perezosamente en el bolsillo de su sayo, palpó la flauta que guardaba allí. Había llegado el momento de poner en práctica esos conocimientos adquiridos con tanto cariño.

Sacó su flauta y empezó a tocar *Jockey to the Fair*, como un hombre que jamás hubiera conocido un solo instante de dolor. Tocaba con arcádica dulzura, y el sonido de las notas familiares alegró su corazón y el de la concurrencia. Tocaba con brío y, en menos de media hora, había ganado un penique, cantidad que representaba una pequeña fortuna para un hombre desposeído.

Haciendo averiguaciones, supo que había otra feria en Shottsford al día siguiente.

—¿A qué distancia está Shottsford?

—A quince kilómetros, más allá de Weatherbury.

¡Weatherbury! Era allí adonde Bathsheba se había marchado hacía dos meses. Al recibir esta información se sintió como si pasara de la noche al mediodía.

—¿Y a qué distancia está Weatherbury?

—A ocho o nueve kilómetros.

Era probable que Bathsheba hubiese abandonado Weatherbury por aquel entonces, pero el lugar encerraba el interés suficiente para que Oak decidiese elegir la feria de Shottsford como próximo lugar de búsqueda, sólo por estar cerca de Weatherbury. Además, las gentes de Weatherbury no carecían ni mucho menos de interés. Si lo que de ellos se decía era cierto, formaban un conjunto fuerte, alegre, próspero y pícaro como no lo había en todo el país. Oak decidió hacer noche en Weatherbury de camino a Shottsford y de inmediato echó a andar por la empinada carretera que le habían recomendado como la ruta más directa hasta el pueblo en cuestión.

La carretera discurría entre vegas surcadas por pequeños arroyos, cuyas trémulas superficies se trenzaban en el centro y se plegaban formando arrugas en las orillas; allí donde el flujo era más rápido, la corriente se mezclaba con la espuma blanca que corría con imperturbable serenidad. En las zonas más elevadas, los esqueletos muertos y secos de las hojas golpeaban levemente el suelo al caer en desbandada empujados por el viento, mientras los pajarillos en los setos producían un frufú de plumas y se acomodaban para pasar la noche, sin abandonar sus puestos mientras Oak se movía, pero alzando el vuelo si se detenía para mirarlos. Pasó por Yalbury Wood, donde los gallos de pelea se encaramaban a sus palos, y oyó el quebrado «cu-cú» de los faisanes y el cloqueo espasmódico de las gallinas.

Cuando ya había recorrido unos cinco o seis kilómetros cada silueta del paisaje se tiñó de una negrura uniforme. Bajó Yalbury Hill y distinguió frente a sí un carro arrimado bajo un gran árbol que colgaba a un lado del camino.

Acercándose un poco más vio que no había caballos atados al carro y que el lugar estaba aparentemente desierto. A juzgar por su posición, parecía que alguien había dejado allí el carro para pasar la noche pues, salvo por un haz de heno amontonado en el fondo, el vehículo estaba vacío. Gabriel se sentó en los ejes del carro y consideró su situación. Calculó que había recorrido buena parte del camino y, como llevaba en pie desde el alba, sintió la tentación de tumbarse sobre el heno en lugar de llegar hasta Weatherbury y pagar un alojamiento.

Luego de comerse las últimas rebanadas de pan con jamón y de beber de la botella de sidra que había tenido la precaución de llevar consigo, se subió al carro solitario. Esparció la mitad del heno hasta formar un lecho y, como buenamente pudo en la oscuridad, se echó por encima la otra mitad a modo de sábana, cubriéndose por completo y sintiéndose físicamente más cómodo de lo que jamás se había sentido. Era imposible para un hombre como Oak, mucho más introspectivo que sus vecinos, desterrar por completo la melancolía al estudiar la infortunada página de su historia actual. Y así, pensando en sus desventuras amorosas y pastoriles, se quedó dormido, pues gozan los pastores, en común con los marinos, del privilegio de saber llamar a Dios en lugar de esperarlo.

Despertando con cierta brusquedad, y sin tener idea de cuánto había dormido, Oak descubrió que el carro se estaba moviendo. Era transportado por la carretera a una velocidad ciertamente considerable para un vehículo sin muelles y en circunstancias de incomodidad física, pues su cabeza rebotaba contra el suelo del carro como el palo de un timbal. Distinguió entonces voces en conversación, procedentes de la parte delantera del carro. Preocupado por el dilema (que podría haber sido alarma, caso de ser él un hombre próspero; aunque el infortunio es un buen narcótico para el terror personal), atisbó con cautela escondido entre el heno, y lo primero que vio fueron las estrellas sobre él. El Carro se desplazaba en ángulo recto con la Estrella Polar, y Gabriel

concluyó que debían de ser las nueve de la noche; dicho de otro modo, que había dormido dos horas. Este pequeño cálculo astronómico no requería para él esfuerzo alguno y, mientras lo realizaba, intentó descubrir a hurtadillas, en la medida de lo posible, en manos de quién había caído.

Discernió vagamente dos siluetas en el pescante, sentadas con las piernas colgando; una de ellas conducía. Gabriel no tardó en descubrir que se trataba del carretero, y al parecer los dos venían de la feria de Casterbridge, igual que él.

Conversaban en los siguientes términos:

—En todo caso, es muy atractiva, en lo que al físico se refiere. Pero eso no es más que la piel, y este tipo de mujeres ideales tienen el alma orgullosa como Lucifer.

—Sí, eso parece, Billy Smallbury... eso parece. —Semejante afirmación era por su propia naturaleza inconsistente y aún lo era más por las circunstancias, pues el traqueteo del carro no carecía de efecto en la laringe del que así hablaba. Era el hombre que sostenía las riendas.

—Es una mujer muy vanidosa... eso dicen en todas partes.

—Ya lo creo que lo es. Yo no puedo mirarla a la cara. Dios me libre: yo... je, je, je. ¡Con lo tímido que soy!

—Sí, es muy vanidosa. Dicen que todas las noches, antes de acostarse se mira en el espejo para ponerse el gorrito de dormir como es debido.

—Y no está casada. ¡Qué mundo éste!

—Y dicen que sabe tocar la pianola. La toca tan bien que la melodía de un salmo suena como la canción más alegre que se pueda imaginar.

—¡Qué suerte tenemos! ¡Me siento un hombre nuevo! ¿Y qué tal paga?

—Eso no lo sé, señor Poorgrass.

Al oír estos y otros comentarios similares, a Gabriel se le pasó repentinamente por la cabeza que los dos hombres podían estar

hablando de Bathsheba. No había sin embargo razón alguna que avalase tal suposición, pues el carro, si bien se dirigía hacia Weatherbury, bien podría ir más lejos de allí, y la mujer en cuestión parecía ser la dueña de cierta finca. Aparentemente estaban cerca de Weatherbury y, para no alarmar innecesariamente a los conversadores, Gabriel saltó del carro sin ser visto.

Se dirigió hacia una abertura del seto que resultó ser una cancela y, encaramándose a ella se sentó a meditar si debía buscar un alojamiento barato en el pueblo o procurarse otro más económico bajo un montón de heno o de maíz. El chirriante sonido del carro se desvaneció en sus oídos. Estaba a punto de reanudar su camino cuando advirtió a la izquierda una luz extraña, a cosa de medio kilómetro. La observó, y su resplandor se hizo más intenso. Algo estaba ardiendo.

Gabriel volvió a subirse a la cancela y, saltando hacia el otro lado sobre un campo de labranza, echó a correr en la dirección del fuego. El resplandor, que se duplicaba tanto por la fuerza del propio fuego como por el acercamiento de Gabriel, reveló la silueta de unos almiarés claramente iluminados. El origen del incendio era un almiar. El rostro cansado de Gabriel se tiñó entonces de un brillo naranja intenso y la parte delantera de su sayo y sus polainas quedó cubierta por una sombra danzante de ramitas de espino —la luz le alcanzaba a través de un seto sin hojas—, mientras la curva metálica de su cayado brillaba como la plata por el efecto de los mismos rayos. Se acercó hasta la valla y se detuvo para tomar aliento. Parecía no haber ni un alma en el lugar.

El fuego salía de un gran montón de paja que había ardido hacía ya demasiado tiempo para que hubiera posibilidad de evitarlo. Un almiar arde de un modo distinto a como lo hace una casa. A medida que el viento desplaza el fuego hacia el interior, la zona que está en llamas se consume por completo como el azúcar derretido, y la silueta desaparece de la vista. Sin embargo, un almiar de heno o de

trigo bien compacto puede resistir la combustión durante bastante tiempo si el fuego empieza desde el exterior.

Lo que Gabriel tenía ante sus ojos era un almiar de paja suelta, y las llamas se abalanzaban sobre él a la velocidad del rayo. Brillaba por el lado de donde venía el viento, ganando y perdiendo intensidad como la brasa de un cigarro. Un inoportuno haz de paja cayó rodando con una brusca sacudida; las llamas se alargaron y se doblaron con un tranquilo rugido, pero sin crepitar. Las masas de humo ascendían horizontalmente por detrás del montón como nubes de paso, y tras ellas ardían las piras ocultas, iluminando la cortina de humo semitransparente con un luminoso y uniforme tono amarillo. La paja suelta que había delante se consumía con un escalofriante movimiento de calor rojizo, como un montón de lombrices rojas sobre el que brillaran feroces rostros imaginarios, lenguas colgando de los labios, ojos vidriosos y otras formas malignas de las que, a intervalos, las chispas escapaban arracimadas como los pájaros de un nido.

Oak dejó de ser un mero espectador al tomar conciencia de que la situación era más grave de lo que en un principio había imaginado. Una voluta de humo se apartó a un lado, revelando otro almiar de trigo alarmantemente cerca del que estaba ardiendo, tras el cual había otros del maíz que se producía en la granja; y así, en lugar de un único almiar de paja relativamente aislado, según había supuesto Gabriel, había varios montones unidos.

Saltó por encima del seto y vio que no estaba solo. El primer hombre con el que tropezó corría a toda prisa, como si sus pensamientos fueran varios metros por delante de su cuerpo y tuviese que esforzarse por alcanzarlos.

—¡Ay, señor! ¡Fuego, fuego! ¡Un buen amo y un mal criado significa fuego, fuego! Quiero decir un mal criado y un buen amo. ¡Ven, Mark Clark! ¡Y tú también, Billy Smallbury! ¡Y tú, Maryann Money! ¡Y tú, Jan Coggan! ¡Y Matthew! —Aparecieron entonces otras siluetas detrás del hombre que gritaba y en medio del humo, y

Gabriel comprendió que, lejos de estar solo, se encontraba en numerosa compañía (sus sombras bailaban alegremente arriba y abajo, en sincronía con los brincos de las llamas, sin que intervinieran en modo alguno los movimientos de sus propietarios), perteneciente a esa clase social que modela sus pensamientos dándoles forma de sentimientos y sus sentimientos dándoles forma de conmoción, y que ponía manos a la obra con notable confusión en lo tocante a su objetivo.

—¡Hay que bloquear la corriente por debajo del almiar de trigo! —les gritó Gabriel a los que estaban más cerca. El maíz se apilaba sobre estructuras de piedra elevadas, entre las cuales las lenguas amarillas de la paja en llamas lamían y se disparaban como flechas juguetonas. Si el fuego llegase a colarse por debajo de aquel montón, todo estaría perdido—. ¡Rápido, traigan una lona! —dijo Gabriel.

Trajeron la lona y la colgaron como una cortina para cubrir el paso. Las llamas cesaron inmediatamente de colarse por debajo del almiar y se alzaron en vertical.

—¡Quédense aquí con un cubo de agua y mantengan la lona húmeda! —ordenó Gabriel.

Las llamas, que ahora ascendían hacia lo alto, empezaron a atacar los ángulos del enorme tejado que cubría el almiar de trigo.

—¡Una escalera! —gritó Gabriel.

—La escalera estaba apoyada en el almiar de paja y se ha convertido en cenizas —dijo una forma espectral envuelta entre el humo.

Oak agarró los extremos de las gavillas, como si fuera a construir una techumbre, hundió los pies en el suelo y, agarrándose de vez en cuando al palo de su cayado, trepó hasta el saliente. De un salto, se sentó a horcajadas justo en el vértice y se dispuso a empujar con el cayado las brasas acumuladas, sin dejar de pedir a gritos una rama, una escalera y un poco de agua.

Billy Smallbury —uno de los hombres que viajaba en el carro— había encontrado una escalera, y Mark Clark la subió, apoyándola junto a Oak en la techumbre de paja. El humo era sofocante en aquel rincón, y Clark, un hombre diestro, bañó el rostro de Oak con el cubo de agua que le pasaron, rociándole el cuerpo entero, mientras Gabriel, que en ese momento sostenía una gran rama de haya en una mano, además del cayado en la otra, seguía atizando el montón y desprendiendo todas las partículas encendidas.

Abajo, los grupos de vecinos continuaban ocupados en hacer cuanto podían por sofocar el incendio, que no era grande. Estaban todos teñidos de naranja, con un fondo de sombras de cambiante dibujo. Tras la esquina del almiar más grande, fuera del alcance directo del fuego, un poni transportaba a una muchacha. Junto a ella se veía a otra mujer, a pie. Parecían mantenerse a cierta distancia del fuego, para que el animal no se impacientase.

—Es un pastor —dijo la mujer de a pie—. Sí. Mira cómo brilla su cayado cuando golpea el almiar. Y el fuego le ha hecho dos agujeros en el sayo. Un pastor joven y apuesto, señora.

—¿Para quién trabaja? —preguntó la jinete con voz clara.

—No lo sé, señora.

—¿Lo saben los demás?

—Nadie... lo he preguntado. Dicen que no es de por aquí.

La joven salió de su refugio, mirando ansiosamente en derredor.

—¿Crees que el granero está a salvo? —preguntó.

—¿Crees que el granero está a salvo, Jan Coggan? —dijo la otra mujer, trasladando la pregunta al hombre que se encontraba más cerca.

—Creo que sí... al menos de momento. Si llega a arder el almiar, el granero habría ido detrás. Ese valiente pastor que está ahí arriba es quien lo ha impedido, sentándose en lo alto del almiar y agitando los brazos como un molino de viento.

—Es muy dispuesto —dijo la muchacha del poni, mirando a Gabriel a través de su grueso velo de lana—. Ojalá trabajase como

pastor aquí. ¿Alguien sabe cómo se llama?

—En la vida he oído su nombre, ni lo he visto antes.

El incendio ya estaba sofocado, y Gabriel hizo gesto de bajar, una vez dejó de ser necesario continuar en el tejado.

—Maryann —dijo la muchacha del poni—, acércate a él y dile que el patrón quiere darle las gracias por el servicio prestado.

Maryann se acercó al almiar sin decir palabra y abordó a Oak al pie de la escalera. Allí le transmitió el mensaje.

—¿Y dónde está el patrón? —preguntó Gabriel, ilusionado ante la idea de encontrar un empleo.

—No es un patrón; es una patrona, pastor.

—¿Una mujer?

—Ya lo creo, y muy rica —dijo uno de los vecinos—. Llegó hace poco, desde muy lejos. Heredó la granja de su tío, que murió de repente. El hombre medía su dinero en jarras de media pinta. Dicen que la joven tiene ahorros en todos los bancos de Casterbridge, y se juega una libra de oro con tanta alegría como usted y yo nos jugamos medio penique. Y no le importa una pizca, pastor.

—Es ésa, la que va en el poni —dijo Maryann—. La que lleva en la cara un velo negro con agujeros.

Con la cara tiznada, sucia e irreconocible a causa del humo y el calor, con el sayo agujereado y chorreando agua, el mango de su cayado carbonizado y veinte centímetros más corto, se acercó a la delgada muchacha, con esa humildad que la dura adversidad le había impuesto. Se levantó el sombrero con respeto y no sin galantería y, acercándose a los pies de la joven, dijo con voz vacilante:

—¿Por casualidad necesita usted un pastor, señora?

Ella se levantó el velo que le cubría el rostro y lo miró atónita. Gabriel y su cruel enamorada, Bathsheba Everdene, se encontraban cara a cara.

Bathsheba no respondió, y Oak repitió mecánicamente la pregunta con voz avergonzada y triste.

—¿Necesita un pastor, señora?

Capítulo VII

El reconocimiento — Una muchacha tímida

Bathsheba retrocedió hacia la sombra. No sabía si alegrarse por lo singular del encuentro o preocuparse por su propia torpeza. Había espacio para un poco de compasión, y también para un poco de exultación: lo primero por la situación de él, lo segundo por la de ella. No se sintió violenta Bathsheba, y si recordó la declaración de amor que Gabriel le había hecho en Norcombe fue tan sólo para pensar que casi la había olvidado.

—Sí —murmuró, adoptando un aire de dignidad y volviéndose de nuevo hacia él con algo de calor en las mejillas—. No necesito un pastor. Pero...

—Es el hombre perfecto —dijo uno de los vecinos en voz baja.
La convicción llama a la convicción.

—Sí que lo es —dijo un segundo, con decisión.

—¡Es el hombre, sin ninguna duda! —dijo un tercero, con entusiasmo.

—¡Es muy capaz! —dijo un cuarto, fervientemente.

—¿Le diréis entonces que hable con el capataz? —preguntó Bathsheba.

Todo volvía a ser práctico. Habían sido necesarios un atardecer de verano y un poco de soledad para dotar al encuentro de la plenitud de un romance.

Se informó a Gabriel de quién era el capataz, y constatando la palpitación que sentía en su pecho al descubrir que este encuentro

fortuito y de desconcertante evaluación no era sino designio de la famosa y admirada Ashtoreth^[12], se retiró con el encargado para discutir las condiciones básicas del contrato.

El fuego se extinguió.

—Necesitáis todos un refresco después del esfuerzo —dijo Bathsheba—. ¿Queréis venir a la casa?

—Estaremos más a nuestras anchas en la destilería de Warren, señorita —respondió el portavoz.

Bathsheba cabalgó hacia la oscuridad, y los hombres se encaminaron hacia el pueblo en grupos de dos y tres. Oak y el capataz se quedaron a solas junto al almiar.

—Bueno —dijo finalmente el capataz—, creo que ya está todo acordado. Me voy a casa. Buenas noches, pastor.

—¿Podría proporcionarme un alojamiento? —inquirió Gabriel.

—Ciertamente, no me es posible —dijo el capataz, pasando junto a Oak como pasa un cristiano junto al cepillo cuando no tiene intención de contribuir—. Si continúa por la carretera hasta la destilería de Warren, adonde han ido todos a recuperar fuerzas, estoy seguro de que alguien podrá ayudarle. Buenas noches, pastor.

El capataz, que daba muestras de verdadero pavor ante la idea de amar al prójimo como a sí mismo, echó a andar colina arriba, mientras Oak se encaminaba hacia el pueblo, aún desconcertado por el reencuentro con Bathsheba, contento de estar cerca de ella y perplejo por la rapidez con que una inexperta muchacha de Norcombe se había convertido en la fría y supervisora mujer que era en aquel lugar. Pero algunas mujeres sólo necesitan una emergencia para demostrar que son capaces de manejarla.

Obligado en cierto modo a salir de su ensoñación para encontrar el camino, llegó al patio de la iglesia, rodeándolo bajo el muro donde crecían algunos árboles muy antiguos. Una ancha franja de hierba blanda amortiguaba el sonido de los pasos de Gabriel, incluso en una época del año tan inclemente como aquélla. Al llegar junto a un tronco que parecía ser el más viejo, distinguió una figura apostada

detrás del árbol. Gabriel no se detuvo y, poco después, dio accidentalmente una patada a una piedra suelta. El ruido bastó para incomodar al extraño que permanecía inmóvil y, al oírlo, se sobresaltó y adoptó una actitud de cautela.

Era una joven delgada, vestida muy pobremente.

—Buenas noches tenga usted —dijo Gabriel, efusivamente.

—Buenas noches —respondió la muchacha.

Su voz resultó ser inesperadamente agradable: tenía esa nota queda y dulce, propia del amor, frecuentemente descrita pero rara vez escuchada.

—¿Tendría la bondad de decirme si voy bien encaminado para la destilería de Warren? —continuó Gabriel, ante todo para recibir la información, pero también para disfrutar un poco más de la música.

—Perfectamente. Está al pie de la colina. ¿Y sabe usted...? —la muchacha vaciló, antes de continuar—. ¿Sabe usted hasta qué hora está abierta la posada de Buck's Head? —Parecía agradecerle la efusividad de Gabriel tanto como a él le había agradado su tono de voz.

—No sé dónde está la posada, ni sé nada de ella. ¿Piensa usted pasar la noche allí?

—Sí... —La joven volvió a detenerse. No había necesidad de seguir conversando, y el hecho de que lo hiciera parecía obedecer al deseo inconsciente de mostrar despreocupación haciendo cualquier comentario, lo cual es notorio en las personas ingenuas cuando actúan movidas por el romanticismo—. ¿No es usted de Weatherbury? —preguntó, tímidamente.

—No. Soy el nuevo pastor... acabo de llegar.

—No es más que un pastor... pero parece usted el amo, por sus modales.

—No soy más que un pastor —repitió Gabriel, tajantemente y con apagada cadencia. Sus pensamientos se dirigieron al pasado, sus ojos a los pies de la muchacha; y, por primera vez, vio una

especie de fardo en el suelo. La joven debió de percibir el movimiento de su rostro, pues dijo, en tono persuasivo:

—Por favor no le diga a nadie que me ha visto aquí... al menos hasta que pasen uno o dos días.

—No lo haré, si así lo desea —respondió Gabriel.

—Gracias, de verdad —repuso ella—. Soy muy pobre y no quiero que la gente sepa nada de mí. —Luego guardó silencio y se estremeció.

—Debería llevar usted una capa, en una noche tan fría —observó Gabriel—. Le aconsejo que se ponga a cubierto.

—No. ¿Le importaría dejarme sola? Le agradezco mucho lo que me ha dicho.

—Me iré —asintió Gabriel; y, vacilante, añadió—: Puesto que no anda usted sobrada de recursos, tal vez quiera aceptar esta insignificancia. Es sólo un penique, pero no me sobra nada más.

—La aceptaré —dijo la desconocida, con agradecimiento.

La joven extendió la mano; Gabriel extendió la suya. Al rozarse las palmas en la oscuridad, antes de transferir el dinero, ocurrió un incidente nimio, pero muy significativo. Los dedos de Gabriel ardieron al rozar la muñeca de la desconocida. Su pulso latía con trágica intensidad. Él había sentido con frecuencia el mismo latido, intenso y rápido, en la arteria femoral de sus corderos cuando estaban agotados. Indicaba un excesivo consumo de vitalidad que, a juzgar por el peso y la estatura de la muchacha, en su caso resultaba excesivo.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—Algo ocurre.

—¡No, no, no! ¡Guarde el secreto de haberme visto!

—De acuerdo; lo haré. Buenas noches, otra vez.

—Buenas noches.

La joven permaneció inmóvil junto al árbol, y Gabriel bajó hasta el pueblo de Weatherbury o Lower Longpuddle, como a veces se le

llamaba. Pensó que se había sentido sumido en la penumbra de una tristeza muy honda al tocar a aquella menuda y frágil criatura. Pero la sabiduría consiste en moderar las impresiones, y Gabriel se esforzó en no pensar en ello.

Capítulo VIII

La destilería — La conversación — Novedades

La destilería de Warren estaba rodeada por un antiguo muro tapizado de yedra, y aunque su exterior no resultaba visible a esa hora, tanto el carácter como la finalidad del edificio se revelaban con suficiente claridad por la forma de su silueta contra el cielo. Una techumbre de paja que sobresalía de los muros ascendía en pendiente hasta un punto en el centro y sobre ella se alzaba un pequeño farol de madera, con tableros de respiración en los cuatro costados, y a través de sus aberturas se percibía vagamente una neblina que escapaba hacia el aire de la noche. No había ninguna ventana en la fachada frontal, pero el vano cuadrado de la puerta estaba acristalado por un único vidrio a través del cual se filtraban en ese momento los rojizos y acogedores rayos que iluminaban el muro de yedra. Se oían voces en el interior. La mano de Oak rozó la superficie de la puerta con los dedos abiertos como los de Elymas el Hechicero^[13], hasta que encontró una cinta de cuero y tiró de ella. La cinta levantó un pestillo de madera, y la puerta se abrió.

La habitación estaba únicamente iluminada por el resplandor rojizo del horno, que hacía brillar el suelo derramando su luz horizontalmente, como el sol del ocaso, y lanzaba hacia arriba las sombras de todas las irregularidades faciales de los allí reunidos. El suelo de piedra se veía desgastado, formando un sendero desde la puerta hasta el horno, con ondulaciones por todas partes. Un banco de roble, de respaldo alto, se extendía a uno de los lados, y en un

rincón alejado había una cama pequeña y un catre, propiedad del destilador y destinados a su uso personal.

Este hombre entrado en años se encontraba sentado frente al fuego, con el pelo blanco como la escarcha y una barba que cubría su rostro nudoso como el musgo gris y el liquen revisten al manzano desnudo. Llevaba unos bombachos y unos zapatos de cordones como los del valet de la baraja; no dejaba de mirar el fuego.

Un ambiente cargado del olor dulce de la malta nueva saludó el olfato de Gabriel. La conversación (que al parecer versaba sobre el origen del incendio) cesó al punto, y todos lo escudriñaron con la mirada hasta el punto de contraer la frente y entrecerrar los párpados, como si se tratara de una luz demasiado intensa para su vista. Algunos exclamaron meditativamente, una vez concluida esta operación:

—¡Vaya, creo que es el nuevo pastor!

—Nos había parecido oír una mano que toqueteaba la puerta en busca del tirador, pero pensamos que podía ser una hoja muerta que caía —dijo otro—. Entra, pastor; eres bienvenido, aunque no sabemos tu nombre.

—Gabriel Oak es mi nombre, vecinos.

El viejo destilador, sentado en el centro del grupo, volvió entonces la cabeza, haciéndola girar como una grúa oxidada.

—¡No puede ser el nieto de Gabriel Oak, el de Norcombe! —exclamó, a modo de expresión de sorpresa que nadie debía interpretar literalmente.

—Mi padre y mi abuelo también llevaban el nombre de Gabriel —dijo el pastor, tranquilamente.

—A mí me pareció reconocer su cara cuando lo vi en el almiar... sí que me lo pareció. ¿Y dónde piensas trabajar ahora, pastor?

—Estoy pensando en intentarlo aquí —dijo Oak.

—Conocí a tu abuelo hace muchos años —continuó el destilador; y las palabras surgían por sí solas, como si el impulso previo bastase para ello.

—¿Ah, sí?

—Y también conocí a tu abuela.

—¡También a ella!

—Igual que conocí a tu padre cuando era un niño. Mi hijo Jacob y tu padre eran hermanos de juramento. ¿Verdad que sí, Jacob?

—Sí —asintió el hijo, un hombre de unos sesenta y cinco años, con la cabeza casi calva y un diente en el centro izquierdo de la encía superior que sobresalía exageradamente, como un mojón en el camino—. Pero Joe era quien tenía más trato con él. Sin embargo, mi hijo William tiene que haber conocido al hombre que ahora tenemos delante. ¿No es verdad, Billy, antes de que te fueras de Norcombe?

—No, ése fue Andrew —dijo Billy, el hijo de Jacob, un muchacho de unos cuarenta años que presentaba la peculiaridad de poseer un alma alegre en un cuerpo lúgubre, con unos bigotes teñidos aquí y allá de color chinchilla.

—Recuerdo a un Andrew que vivía allí cuando yo era niño —dijo Oak.

—El otro día estuve allí con Liddy, mi hija menor, en el bautizo de mi nieto —continuó Billy—. Precisamente estuvimos hablando de esta familia, y fue el día de la Purificación cuando el dinero de la colecta se repartió entre los segundos más pobres, como bien sabes, pastor. Me acuerdo del día porque todos subieron a la sacristía... sí señor, la familia de este mismo hombre.

—Ven a beber algo, pastor. Echa un trago con nosotros, aunque no es gran cosa —dijo el destilador, apartando del fuego sus ojos, que eran rojo bermellón y estaban empañados de tanto mirar las llamas durante años—. Saca el Dios-me-perdone, Jacob. Mira a ver si está tibio.

Jacob inclinó el Dios-me-perdone, que era una jarra alta, con dos asas, apoyada sobre las cenizas, agrietada y carbonizada por el calor y revestida por una materia extraña, sobre todo en los intersticios de las asas, que, en las curvas más recónditas, no

habían visto la luz del día durante años a causa de esta incrustación, formada por cenizas accidentalmente humedecidas con sidra y endurecidas en el horno; pero a ojos de cualquier bebedor sensato la jarra no era peor por ese motivo, pues tanto su interior como el borde estaban indiscutiblemente limpios. Es preciso aclarar que este tipo de jarra, por razones inciertas, recibe en Weatherbury y en sus inmediaciones el nombre de Dios-me-perdone, acaso porque su tamaño hace que cualquier bebedor se avergüence de sí mismo al ver su fondo tras haberla vaciado.

Al recibir la orden de comprobar si el licor estaba tibio, Jacob sumergió tranquilamente el dedo índice en el líquido a modo de termómetro y, tras comprobar que su temperatura era casi perfecta, levantó la jarra y muy cortésmente intentó eliminar algunas de las cenizas del fondo con el faldón de su sayo, porque el pastor Oak era un desconocido.

—Una jarra limpia para el pastor —ordenó el destilador.

—No... de ningún modo —dijo Gabriel en tono reprobador al tiempo que considerado—. Nunca me ha molestado la suciedad en estado puro y cuando sé cuál es su origen. —Tomando la jarra, bebió tres centímetros de su contenido y se la pasó obedientemente al hombre que tenía al lado—. No quiero dar la molestia de lavar cuando ya hay tanto que hacer en el mundo —continuó Oak, una vez se hubo recuperado de la pérdida de aliento ocasionada al beber de jarras grandes.

—Un hombre en verdad juicioso —dijo Jacob.

—Cierto, cierto. ¡Eso es indiscutible! —observó un enérgico joven llamado Mark Clark, un genial y agradable caballero a quien conocer durante un viaje significaba saber y saber significaba beber con él, y para beber con él por desgracia había que pagar.

—Toma un poco de este pan con panceta que han preparado las mujeres, pastor. La sidra entrará mejor con un poco de comida. Ten cuidado, pastor, no muerdas con mucha fuerza porque se me cayó la panceta en el camino cuando la traía, y puede que esté algo

sucia. Pero es suciedad limpia, como tú dices, y no pareces hombre quisquilloso.

—Cierto, cierto... no lo soy —dijo el amigable Oak.

—Si no aprietas demasiado con los dientes no sentirás la tierra. ¡Ah, es fantástico lo que se puede hacer con una pequeña treta!

—Eso mismo pienso yo, vecino.

—¡Sin duda es el nieto de su abuelo! Su abuelo era un hombre de lo más sencillo y agradable —dijo el destilador.

—Bebe, Henry Fray... bebe —invitó magnánimo Jan Coggan, un hombre que observaba las ideas de Saint-Simon sobre el compartir y compartía igualmente en lo tocante al alcohol, a medida que la jarra daba muestras de acercársele en su ronda gradual en torno al grupo.

Concluyendo en ese instante una nostálgica mirada al vacío, Henry no rechazó la invitación. Era un hombre de más que mediana edad, con las cejas altas en una frente que mostraba su desacuerdo con las leyes del mundo y contemplaba con dolor el mundo en cuestión a través de sus interlocutores, tal como éste se presentaba en su imaginación. Firmaba siempre como «Henery» —insistía enérgicamente en esa ortografía, y si algún maestro de escuela se atrevía a señalar que la segunda «e» era superflua y anticuada, recibía la respuesta de que «H-e-n-e-r-y» era el nombre con que se le había bautizado y al que se mantenía fiel— con el aire de quien considera que las diferencias ortográficas son asuntos muy relacionados con el carácter personal.

El señor Jan Coggan, que le pasó la jarra a Henery, era un hombre rubicundo, de rostro amplio y con un brillo privilegiado en la mirada, cuyo nombre figuraba en el registro matrimonial de Weatherbury y las parroquias circundantes como padrino y testigo principal de innumerables uniones contraídas en el curso de los últimos veinte años; con gran frecuencia había actuado también como padrino en los bautismos más joviales.

—Vamos, Mark Clark... vamos. Queda mucho más en el barril —dijo Jan.

—Pues tomaré más. Es mi mejor medicina —replicó el señor Clark, quien, veinte años más joven que Jan Coggan, giraba en la misma órbita. Se regocijaba en secreto siempre que tenía ocasión de desahogarse en las fiestas populares.

—¡Pero bueno, Joseph Poorgrass! ¡Ni siquiera has bebido una gota! —le dijo Coggan a un hombre tímido sentado en un rincón, pasándole la jarra.

—¡Qué hombre tan prudente! —observó Jacob Smallbury—. Me han dicho que no te has atrevido a mirarle al ama a la cara. ¿Es eso cierto, Joseph?

Todos miraron a Joseph Poorgrass con una mezcla de reproche y compasión.

—No... apenas la he mirado —respondió Joseph con una sonrisa tonta, encogiendo el cuerpo al hablar, como si creyera estar mostrando un exceso de protagonismo—. ¡Y cuando la vi me puse todo rojo!

—Pobre hombre —dijo el señor Clark.

—Tiene un carácter muy curioso este hombre —dijo Jan Coggan.

—Sí —continuó Joseph Poorgrass. Y su timidez, que era un defecto tan doloroso, lo llenó de una amable complacencia ahora que se le consideraba como un caso de estudio interesante—. Me puse rojo, rojo rojo, todo el tiempo, mientras ella me hablaba.

—Te creo, Joseph Poorgrass. Todos sabemos que eres un hombre muy tímido.

—Es duro para un hombre ser así —observó el destilador—. Todos sabemos lo que padeces.

—Soy así desde niño... A mi madre le preocupaba mucho. Pero daba lo mismo.

—¿Has intentado alguna vez salir al mundo para superarlo, Joseph Poorgrass?

—Lo he intentado con toda clase de compañía. Me llevaron a la feria de Greenhill, y a una gran fiesta de saltimbanquis, donde había mujeres que montaban a caballo y se ponían de pie encima, vestidas con poco más que un blusón; pero no me curé ni una pizca. Luego me pusieron de recadero en la Bolera de las Mujeres, en Casterbridge. Era un lugar horriblemente pecaminoso y extraño para un buen hombre. Me obligaban a mirar a la cara de toda esa gente obscena desde la mañana hasta la noche; pero nada. Todo siguió como siempre. El rubor ha sido una característica de mi familia durante muchas generaciones. Tengo que agradecerle a la Providencia que la cosa no vaya a peor.

—Sin duda —asintió Jacob Smallbury, ahondando en sus pensamientos para obtener una visión más profunda del tema—. Hay que tener en cuenta que podría haber sido peor; de todos modos, es una desgracia terrible para ti, Joseph. ¿Te das cuenta, pastor? Aunque la timidez está muy bien tratándose de una mujer, qué diantres, es un fastidio para un hombre como él.

—Lo es... lo es —dijo Gabriel, saliendo de su meditación—. Es un fastidio para el hombre.

—Y además es muy asustadizo —observó Jan Coggan—. Una vez se quedó trabajando hasta tarde en Yalbury Bottom. Echó un par de tragos y se perdió volviendo a casa por el bosque de Yalbury. ¿Verdad que sí, Poorgrass?

—No, no no. No fue así la cosa —protestó el hombre apocado, forzando una sonrisa para ocultar su inquietud.

—Se perdió —continuó el señor Coggan con gesto impasible, insinuando que la historia era cierta, tal como el tiempo y la marea deben seguir su curso sin respetar a nadie—. Y cuando volvía solo a media noche, muy asustado, incapaz de orientarse en el bosque, se puso a gritar: «¡Hombre perdido! ¡Hombre perdido!». Y resultó que una lechuza estaba ululando en un árbol, «¡Uuuu, uuuu, uuuu!», como hacen las lechuzas, pastor (Gabriel asintió), y Joseph, todo tembloroso, dijo: «Soy Joseph Poorgrass, de Weatherbury, señor».

—No, no... ¡eso es una exageración! —dijo el hombre apocado, transformándose de pronto en un hombre de arranque y coraje—. No dije «señor». Juro que no dije «Joseph Poorgrass, de Weatherbury, señor». No, no. Lo que es cierto es cierto, y no le llamé señor a la lechuza, pues sabía muy bien que ningún caballero podía andar gritando por ahí a esas horas de la noche. «Joseph Poorgrass de Weatherbury»... fue lo único que dije, y tampoco lo habría dicho si no hubiera sido el día de la fiesta de la hidromiel... Fue una bendición que todo terminara como terminó.

Una vez la concurrencia hubo renunciado tácitamente a dirimir quién de los dos tenía razón, Jan continuó meditativamente:

—Es el hombre más asustadizo del mundo, ¿verdad que sí, Joseph? Otra vez te perdiste en Lambing-Down Gate, ¿verdad que sí, Joseph?

—Me perdí —replicó Poorgrass, como si hubiera situaciones demasiado graves para recordarlas incluso con modestia, y ésta fuera una de ellas.

—Y también fue a media noche. La puerta no se abría, por más que lo intentaba, y convencido de que era cosa del Demonio, Poorgrass se arrodilló.

—Sí —admitió Joseph, cobrando confianza gracias al calor del fuego, a la sidra y a la sensación del impacto que el relato de la aludida experiencia podía tener—. Ese día se me paró el corazón; pero me arrodillé y recé el Padre Nuestro, y luego el Credo, de principio a fin, y después los Diez Mandamientos, con absoluta devoción. Pero nada, que la puerta seguía sin abrirse; y entonces recité el «Amadísimos Hermanos», y me dije que iba por la cuarta y que ya no me sabía ninguna otra oración, y que si ésa tampoco servía era hombre perdido. Y cuando llegué a «Repetid conmigo», me puse en pie y vi que la puerta se había abierto. Sí, vecinos, la puerta se abrió como siempre.

Se pusieron todos a meditar sobre las obvias deducciones del caso, dirigiendo la mirada hacia el horno que brillaba como un

desierto bajo el sol vertical, con los ojos alargados y entrecerrados, en parte por la luz, en parte por la hondura del asunto.

Gabriel rompió el silencio.

—¿Qué tal se vive aquí, y qué tal se trabaja con el ama? —sintió que el pecho le temblaba ligeramente cuando de este modo puso veladamente en conocimiento de la concurrencia los más íntimos sentimientos de su corazón.

—Sabemos poco de ella... nada. Apareció por aquí hace sólo unos días. El tío cayó enfermo, y llamaron al médico para que hiciese uso con él de sus conocimientos; pero no pudo salvarlo. Tengo entendido que ella va a ocuparse de la granja.

—Eso es lo que se dice, más o menos —explicó Jan Coggan—. Son una familia muy buena. Yo trabajaría para ellos con tanto gusto como para cualquiera de por aquí. El tío era un hombre muy honrado. ¿Lo conocías, pastor? Era soltero.

—No, no lo conocía.

—Yo pasaba a menudo por su casa para cortejar a mi primera mujer, a Charlotte, que era su ordeñadora. Un hombre de muy buen corazón, el Hacendado Everdene. Y como yo era un joven respetable, se me permitía ir por allí para ver a Charlotte y beber toda la cerveza que quisiera, pero sin llevarme nada... aparte de lo que me llevaba en la piel, claro está.

—Ya, ya, Jan Coggan. Sabemos de qué estás hablando.

—La cerveza era estupenda, y yo quería agradecer su amabilidad en la medida de lo posible y no ser tan grosero como para beber sólo un poquito, pues eso habría sido un insulto a la generosidad de aquel hombre...

—Muy cierto, Coggan. Lo habría sido —corroboró Mark Clark.

—Y por eso me tomaba un buen plato de pescado salado antes de salir para allí, y cuando llegaba estaba seco como un cesto de tierra. Seco, seco, seco... y la cerveza entraba... ¡entraba bien dulce! ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Era el paraíso! ¡Qué buenas

borracheras he pillado en esa casa! ¿Te acuerdas, Jacob? A veces venías conmigo.

—Me acuerdo... Me acuerdo —dijo Jacob—. Y la que cogimos en Buck's Head un lunes de Pentecostés también fue de las buenas.

—Sí que lo fue. Pero aunque la melopea fuese de primera, no podías evitar la distancia con el amo; eso no pasaba en la cocina del Hacendado Everdene. No se permitía un solo juramento, por pequeño que fuese, ni siquiera en el momento de mayor alegría, cuando todos estaban más ebrios, pese a que la palabra «pecado», lanzada de vez en cuando en semejantes ocasiones, es un gran consuelo para un alma alegre.

—Cierto —dijo el destilador—. Nater necesita maldecir de cuando en cuando; de lo contrario no es ella misma. La blasfemia es una necesidad vital.

—Pero Charlotte —prosiguió Coggan—, ella no se permitía una palabra así, jamás tomaba en vano... Ah, pobre Charlotte. Me gustaría saber si habrá tenido la fortuna de ir al Cielo cuando murió. Pero nunca tuvo demasiada suerte, y tal vez la pobre se haya venido abajo después de todo.

—¿Alguien conoce al padre y a la madre de la señorita Everdene? —inquirió el pastor, que encontraba cierta dificultad en conseguir que la conversación discurriera por los cauces deseados.

—Yo los conocí un poco —dijo Jacob Smallbury—, pero eran gentes de ciudad, y yo no vivía allí. Murieron hace años. ¿Qué clase de personas eran el padre y la madre del ama, padre?

—Bueno —dijo el destilador—, él no valía gran cosa, pero ella era una mujer adorable. Él estaba muy enamorado de ella.

—Dicen que la besaba cientos y cientos de veces —observó Coggan.

—He oído decir que cuando se casaron él estaba muy orgulloso de ella —dijo el destilador.

—Sí —asintió Coggan—. La admiraba tanto que encendía la vela tres veces durante la noche para mirarla.

—Un amor infinito. ¡No imaginaba que pudiera existir algo así en el universo! —murmuró Joseph Poorgrass, quien por lo general levantaba la voz para expresar sus reflexiones morales.

—Desde luego que lo parece —dijo Gabriel.

—Es completamente cierto. Yo los conocí muy bien a los dos. Levi Everdene: así se llamaba el hombre. He dicho «hombre» con cierto apuro, pues en realidad pertenecía a una clase superior. Era un auténtico caballero, que tenía cientos de libras. Fue famosa su bancarrota en dos o tres ocasiones.

—¡Yo pensaba que era un hombre muy corriente! —dijo Joseph.

—¡Qué va! Ese hombre perdió montañas de dinero; cientos en oro y plata.

Comoquiera que el destilador se estaba quedando sin aliento, el señor Coggan, luego de escudriñar con aire ausente una brasa que había caído entre las cenizas, reanudó el relato, dándole un giro de su propia cosecha:

—No lo creeríais, pero ese hombre, el padre de nuestra señorita Everdene, se convirtió poco después en un marido de lo más veleidoso. Claro está que él no quería ser así, pero no podía evitarlo. El pobre hombre se proponía serle fiel a su mujer, pero se le desviaba el corazón, hiciera lo que hiciera. Me lo confesó muy preocupado en una ocasión. «Coggan —me dijo— jamás podría aspirar a tener una mujer más hermosa que la que tengo, pero cuando pienso en que es mi legítima esposa no puedo impedir que este malvado corazón se me desvíe, haga lo que haga.» Pero creo que al final lo superó pidiéndole a ella que se quitase la alianza y llamándola por su nombre de soltera cuando se sentaban juntos después de cerrar la tienda; de ese modo se imaginaba que era su novia y que no estaba casada con él. Y en cuanto se imaginaba que estaba obrando mal y pecando contra el séptimo mandamiento, volvía a gustarle tanto como siempre, y vivían sobre una imagen perfecta de amor mutuo.

—El remedio es de lo más impío —murmuró Joseph Poorgrass—, pero debemos alegrarnos de que una feliz providencia lo apartase de hacer algo peor. Podría haber tomado el mal camino y haber cedido completamente a lo ilícito... ir contra la moral pública, por decirlo así.

—Ya lo veis —dijo Billy Smallbury—. No cabe duda de que el hombre tenía la intención de obrar bien, pero su corazón no lo secundaba.

—Luego se volvió mucho mejor por haber sido impío en los últimos años, ¿verdad, Jan? —dijo Joseph Poorgrass—. Se ratificó una y otra vez con mayor seriedad, y tomó la costumbre de decir «Amén» casi tan alto como el cura, y le gustaba copiar versos reconfortantes de las lápidas. También pasaba el cepillo mientras se recitaba «Brille así vuestra luz delante de los hombres»^[14] y apadrinó a varios niños pobres nacidos de manera imprevista. Tenía siempre encima de la mesa una hucha misionera para pescar a la gente desprevenida cuando llegaba. Les tiraba de las orejas a los niños de la beneficencia si se reían en la iglesia, con tanta fuerza que apenas podían mantenerse derechos, y hacía otras obras piadosas propias de los inclinados a la santidad.

—Ah, por aquel entonces sólo pensaba en cosas nobles —añadió Billy Smallbury—. Un día, Parson Thirdly se encontró con él y le dijo: «Buenos días, señor Everdene. ¡Hace un día espléndido!». Y él respondió: «Amén», completamente ausente, pues cuando veía a un clérigo sólo pensaba en la religión. Sí, era un hombre muy cristiano.

—Su hija no era una niña guapa por aquel entonces —dijo Henery Fray—. Nadie habría imaginado que iba a desarrollar un cuerpo tan bonito.

—Esperemos que tenga tan buen carácter como apariencia.

—Bueno, sí; pero será el capataz quien se encargue del negocio y de nosotros —Henery miró al horno, sonriendo con ironía a raudales.

—Un cristiano extraño, como el lobo con piel de cordero — apuntó Mark Clark.

—Sí lo es —intervino Henery, insinuando la necesidad de dejar a un lado la ironía—. Entre nosotros, de hombre a hombre, lo creo capaz de decir que es mentira que los domingos sean días laborables.

—¡Habláis vecinos con mucha fe! —dijo Gabriel.

—Sin duda —dijo el hombre huraño, mirando a los allí reunidos con esa antítesis de la risa fruto de una comprensión más cabal de las miserias de la vida de lo que es habitual en el común de la gente—. Hay gente de una clase y gente de otra, pero ese hombre... ¡válgame Dios!

Gabriel pensó que era el momento de cambiar de tema.

—Debe de ser usted un hombre muy anciano, destilador, para tener hijos tan mayores.

—Padre es tan viejo que no recuerda cuántos años tiene, ¿verdad, padre? —intervino Jacob—. Y últimamente se ha vuelto un sinvergüenza —continuó, observando con atención la figura de su padre, mucho más encorvada que la suya—. En verdad podría decirse que tiene muchos dobleces.

—Los sinvergüenzas viven mucho más —dijo el destilador en tono grave y no precisamente del mejor humor.

—Al pastor le gustaría escuchar la historia de tu vida, padre. ¿Verdad, pastor?

—Sí que me gustaría —dijo Gabriel, con el entusiasmo de quien lleva meses aguardando el momento—. ¿Cuál podría ser su edad, destilador?

El destilador carraspeó exageradamente para mayor énfasis y, prolongando la mirada hasta el lugar más recóndito del horno, en ese tono bajo que sólo se justifica cuando la importancia del asunto es tan evidente que admite cualquier manierismo con tal de llegar al grano, dijo:

—Bueno, no recuerdo en qué año nací, pero tal vez recuerde los lugares donde he vivido. Estuve en Upper Longpuddle, por allí (señalando al norte), hasta que cumplí once años. Pasé siete años en Kingsbere (señalando hacia el este), donde empecé a destilar. De allí me fui a Norcombe, y allí trabajé veintidós años; veintidós años estuve allí sembrando nabos y cosechando. Conocí ese lugar tan antiguo, Norcombe, mucho antes que tú, señor Oak. (Oak sonrió, sinceramente convencido de que así era.) Luego trabajé como destilador en Durnover cuatro años, y cuatro años estuve sembrando nabos; y en catorce ocasiones pasé once meses en Millpond St. Jude's (señalando al noroeste y al norte). Los Twill nunca me contrataban más de once meses seguidos, para que no resultase una carga para la parroquia, caso de quedar incapacitado. Luego pasé tres años en Mellstock, y aquí llevo treinta y un años. ¿Cuánto suma eso?

—Ciento diecisiete —rió entre dientes otro de los vecinos, que tenía tendencia al cálculo mental pero no a la conversación y que hasta entonces había pasado desapercibido en un rincón.

—Pues esos años tengo —dijo el destilador, enfáticamente.

—¡Oh no, padre! —dijo Jacob—. Sembrabas nabos en verano y destilabas en invierno. No puedes contar cada año por dos.

—¡Todo cuenta! ¿Vivía los veranos, o no? Eso es lo que importa. Supongo que ahora diréis que no tengo edad.

—Desde luego que no —dijo Gabriel, en tono conciliador.

—Eres muy viejo, destilador —atestiguó Jan Coggan, en el mismo tono—. Todos lo sabemos, y debes tener una constitución asombrosa para vivir tantos años. ¿No os parece, vecinos?

—Cierto, cierto. Asombrosa, destilador —dijeron todos al unísono.

El destilador, ya más apaciguado, se sentía libre para menospreciar hasta cierto punto el mérito de haber vivido tantos años, observando que la jarra de la que estaban bebiendo era tres años mayor que él.

Mientras los demás examinaban la jarra, el extremo de la flauta de Gabriel asomó por el bolsillo de su sayo, y Henery Fray exclamó:

—¿No te he visto tocar la flauta en Casterbridge?

—Seguramente —dijo Gabriel, con ligero sonrojo—. Me he visto en un gran aprieto, vecinos, y no me ha quedado más remedio. Antes no era tan pobre como ahora.

—¡No te preocupes por eso! —dijo Mark Clark—. Tú tranquilo, pastor, y ya verás cómo llega tu momento. Pero te agradeceríamos mucho que tocaras algo, si no estás demasiado cansado.

—Ni tambor ni trompeta he oído desde las Navidades —dijo Jan Coggan—. ¡Vamos, toca algo, señor Oak!

—De acuerdo —concedió Gabriel, sacando su flauta y disponiéndose a montarla—. No es un buen instrumento, vecinos, pero con mucho gusto os ofreceré lo que buenamente pueda.

Interpretó Oak *Jockey to the Fair*, y tocó la alegre melodía tres veces seguidas, acentuando las notas en la tercer ronda de la manera más artística y vital, inclinando el cuerpo con ligeras contorsiones y marcando el compás con el pie.

—Toca muy bien la flauta... muy bien —dijo un joven casado que, careciendo de la menor característica digna de mención, era conocido como el «marido de Susan Tall»—. Ya quisiera yo tocar la flauta así de bien.

—Es un hombre listo, y es un consuelo para nosotros tener a un pastor así —murmuró Joseph Poorgrass con suave cadencia—. Deberíamos dar las gracias porque sabe tocar estas alegres melodías, en lugar de canciones subidas de tono, pues a Dios le habría resultado igual de fácil hacer al pastor un hombre disoluto, un hombre inicuo, en lugar de como es. Sí, debemos dar las gracias sinceramente, por el bien de nuestras mujeres y nuestras hijas.

—¡Sí, sí... dar las gracias sinceramente! —intervino Mark Clark de manera concluyente, sin pensar que el hecho de no haber oído más que una palabra y tres cuartas partes de lo que Joseph había dicho pudiera tener consecuencias a la hora de expresar su opinión.

—Sí —añadió Joseph, empezando a sentirse como un personaje bíblico—, porque el mal prospera tanto en estos tiempos que hasta el hombre mejor afeitado y con la camisa más blanca puede engañarte igual que el harapiento del camino, si se me permite decirlo así.

—Ahora recuerdo tu cara, pastor —dijo Henery Fray, observando a Gabriel con ojos empañados cuando éste acometió su segunda melodía—. Sí, ahora que te veo tocando la flauta sé que eres el mismo hombre que vi en Casterbridge, pues tenías la boca apretada y los ojos abiertos como un hombre estrangulado, igual que ahora.

—Es una lástima que por tocar la flauta un hombre se parezca a un espantapájaros —observó Mark Clark escudriñando de nuevo el rostro de Gabriel, mientras éste ofrecía, sin abandonar el gesto espectral exigido por el instrumento, el estribillo de *Dame Durden*:

*Allí estaban Moll y Bet, y Doll y Kate,
y Dorothy arrastraba la cola.*

—Espero que no te importen los malos modos de este hombre al definir tus rasgos —le susurró Joseph a Gabriel.

—En absoluto —dijo Oak.

—Eres por naturaleza un hombre muy apuesto, pastor —continuó Joseph Poorgrass con exquisita dulzura.

—Muchas gracias —dijo Oak, con la modestia que las buenas costumbres exigían, pero pensando al mismo tiempo que jamás permitiría que Bathsheba lo viese tocando la flauta, mostrando con ello una discreción equiparable a la sagacidad inventiva de la mismísima diosa Minerva.

—Pues cuando mi mujer y yo nos casamos en la iglesia de Norcombe —dijo el destilador, disgustado por el cambio operado en la conversación— todo el mundo dijo que éramos la pareja más guapa del vecindario.

—¡Diantre lo que has cambiado desde entonces, destilador! —dijo una voz, dándole al enunciado la fuerza natural de la más notable perogrullada. Procedía del hombre del rincón, cuyas maneras rencorosas y ofensivas apenas fueron tenidas en cuenta, a juzgar por cómo contribuyó a la carcajada general con alguna que otra risotada.

—Ah, no, no —dijo Gabriel.

—No toques más, pastor —dijo el marido de Susan Tall, el joven casado que antes interviniera en otra ocasión—. Tengo que marcharme, y si hay música me siento como enganchado de un alambre. Cuando pienso que la música continúa después de que yo me haya marchado me pongo muy melancólico.

—¿Qué prisa tienes, Laban? —inquirió Coggan—. Siempre te quedas hasta el final.

—Bueno, vecinos, ya sabéis que acabo de casarme con una mujer, y ahora ella es mi vocación —respondió el joven con escasa convicción.

—Nuevos amos, nuevas leyes, como dice el dicho —observó Coggan.

—Así es... Ja, ja —dijo el marido de Susan Tall en un tono que intentaba insinuar que él recibía habitualmente las bromas sin que éstas le importasen en absoluto. El joven dio entonces las buenas noches antes de retirarse.

Henery Fray lo siguió poco después. Luego fue Gabriel quien se levantó y se marchó con Jan Coggan, el cual le había ofrecido alojamiento. Minutos después, cuando los demás ya se habían puesto en pie y se disponían a partir, Fray regresó a toda prisa. Señalando inquietantemente con un dedo, los miró al tiempo que comunicaba las noticias de las que había tenido conocimiento de manera accidental y fijaba la vista por azar en el rostro de Joseph Poorgrass.

—¿Qué pasa... qué pasa, Henery? —preguntó Joseph, sobresaltado.

—¿Qué es lo que se está cocinando, Henery? —preguntaron Jacob y Mark Clark.

—Benjy Pennyways... Benjy Pennyways... os lo dije; os lo dije.

—¿Lo han pillado robando?

—Robando. Lo que me han contado es que la señorita Everdene llegó a casa y luego volvió a salir para asegurarse de que todo estaba en orden, como tiene por costumbre, y al regresar sorprendió a Pennyways bajando sigilosamente las escaleras del granero con media fanega de cebada. Saltó sobre él como un gato, más varonil que nunca, hablando de puertas adentro, claro está.

—Claro, claro, Henery.

—Salió tras él y, en resumen, el ladrón confesó haberse llevado cinco sacos, bajo la promesa de que ella no lo denunciase. El caso es que lo ha puesto de patitas en la calle, y mi pregunta es: ¿quién va a ser ahora el capataz?

La situación era tan grave que Henery se vio obligado a beber de la jarra hasta que el fondo se distinguió claramente en su interior. Antes de que tuviera tiempo de dejarla de nuevo sobre la mesa, entró el marido de Susan Tall, aún más agitado.

—¿Habéis oído la noticia que circula por la parroquia?

—¿Lo de Pennyways?

—Además de eso.

—¡No, no sabemos nada! —respondieron, clavando la vista justo en el centro de Laban Tall, como si quisieran descubrir sus palabras a medida que éstas pasaban por la garganta.

—¡Vaya noche de desgracias! —murmuró Joseph Poorgrass, moviendo las manos espasmódicamente—. Me han zumbado los oídos como si se hubiera cometido un crimen, y he visto a una urraca completamente sola.

—Fanny Robin, la criada más joven de la señorita Everdene, ha desaparecido. Llevan dos horas queriendo cerrar la puerta, pero la muchacha no aparece. Y no saben si meterse en la cama, por miedo a dejarla fuera. No estarían tan preocupados si no se la

hubiese visto tan alicaída durante los últimos días, y Maryann cree que el juez de instrucción ya ha abierto el caso de la chica.

—Vaya, ésa se ha quemado... ésa se ha quemado —dijeron los secos labios de Joseph Poorgrass.

—¡No, se ha ahogado! —dijo Tall.

—¡O ha cogido la navaja de su padre! —sugirió Billy Smallbury con nítido sentido del detalle.

—Bueno... la señorita Everdene quiere hablar con alguno de nosotros antes de irse a dormir. Entre lo del capataz y lo de la chica, está desesperada.

Corrieron camino arriba en dirección a la granja, todos menos el destilador, a quien ni las noticias, ni el fuego, ni la lluvia, ni el trueno lograban sacar de su agujero. Allí, mientras los pasos de los vecinos se apagaban en la distancia, volvió a sentarse y, como de costumbre, continuó contemplando el horno, con sus ojos rojos y empañados.

Desde la ventana del dormitorio se perfilaba tenue la cabeza y los hombros de Bathsheba, vestida de blanco místico.

—¿Hay entre vosotros algunos de mis hombres? —preguntó con inquietud.

—Sí, señora. Varios —respondió el marido de Susan Tall.

—Quiero que dos o tres de vosotros salgáis mañana por los pueblos de los alrededores para averiguar si han visto a alguien llamado Fanny Robin. Debéis ser discretos; no hay razón de momento para sembrar la alarma. Seguramente se marchó mientras estábamos todos apagando el fuego.

—Disculpe, pero ¿sabe usted si algún joven de la parroquia la ha estado cortejando, señora? —preguntó Jacob Smallbury.

—No lo sé —dijo Bathsheba.

—Yo no he oído ningún comentario por el estilo, señora —dijeron dos o tres de los hombres.

—Es poco probable —continuó Bathsheba—. Si alguien la cortejara, habría venido a la casa, si fuera un muchacho respetable.

Lo más misterioso de su desaparición, de hecho lo único que de verdad me preocupa, es que Maryann la vio salir de la casa sólo con su bata de trabajo... ni siquiera llevaba un gorro.

—Y lo que usted quiere decir, señora, si me lo permite, es que una muchacha nunca saldría a ver a su novio sin vestirse debidamente —observó Jacob, dirigiendo su visión mental hacia experiencias pasadas—. Eso es cierto, señora. No lo haría.

—Me pareció que llevaba un hatillo, pero no lo vi bien —dijo una voz femenina, que parecía la de Maryann, desde otra ventana—. Pero no había ningún joven con ella. Su novio vive en Casterbridge, y creo que es soldado.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Bathsheba.

—No, señora. Era muy reservada.

—A lo mejor puedo averiguarlo en el cuartel de Casterbridge —apuntó William Smallbury.

—Muy bien: si mañana no ha vuelto, id a averiguar quién es y hablad con él. Me siento más responsable porque no tiene amigos ni parientes vivos. Espero que no le haya ocurrido nada malo por culpa de un hombre... Y para colmo está ese desafortunado asunto del capataz... no puedo hablar de él en este momento.

Eran tantas las razones que Bathsheba tenía para sentirse inquieta que no le parecía que valiese la pena detenerse en ninguna en particular.

—Haced lo que os he dicho —dijo, a modo de conclusión, cerrando la ventana.

—Sí, señora; así lo haremos —respondieron los hombres. Y se marcharon.

Esa noche, en casa de Coggan, Gabriel Oak se hallaba ocupado en numerosas fantasías y lleno de movimiento bajo la pantalla de sus párpados cerrados, como un río que fluye veloz bajo el hielo. La noche había sido siempre el momento en que veía a Bathsheba con mayor claridad, y ahora, en las largas horas de sombra, contemplaba su imagen con ternura. No es frecuente que los

placeres de la imaginación logren compensar el dolor del insomnio, aunque esa noche tal vez lo hicieran en el caso de Oak, pues el mero deleite de verla borraba en ese instante su idea de la enorme diferencia que existe entre ver y poseer.

Pensó también en el modo de recoger sus escasas pertenencias y sus libros en Norcombe. *El manual del hombre joven, La guía del herrador, El cirujano veterinario, El paraíso perdido, El viaje del peregrino, Robinson Crusoe, el Diccionario de Ash y la Aritmética de Walkingame*, constituían su biblioteca, y, aunque limitada, había obtenido de ella más provecho, mediante una lectura atenta, que el que tantos hombres de recursos extraen de una estantería de dos metros repleta de libros.

Capítulo IX

La casa — Una visita — Pequeñas confidencias

A la luz del día, la casa de la nueva ama, Bathsheba Everdene, se presentó a los ojos de Oak como un edificio vetusto, de estilo renacentista temprano y de proporciones que, a simple vista, como suele suceder, indicaban que la construcción había sido en otro tiempo la casa señorial de una pequeña hacienda, hoy convertida en solar e integrada en la vasta propiedad, que comprendía varias casas de campo modestas, de un terrateniente que no vivía en el lugar.

Una hilera de columnas estriadas, de piedra maciza, decoraba el frente del edificio, y las chimeneas del tejado aparecían revestidas con paneles o columnas, gabletes con aguilonos, cubiertos de piedra, y otros elementos similares que aún conservaban trazos de su origen gótico. El musgo suave y marrón, como el terciopelo desvaído, formaba almohadillas sobre la piedra, y las matas de siemprevivas brotaban en los aleros de los bajos edificios circundantes. El sendero de gravilla que conducía desde la puerta hasta el camino se hallaba incrustado de musgo en ambos lados, en este caso de una variedad verde plata, de tal suerte que el marrón castaño de la gravilla sólo resultaba visible a uno o dos metros del centro. Esta circunstancia, sumada al aire somnoliento del conjunto y al animado contraste de la fachada trasera, parecía insinuar que, en el momento de adaptar el edificio a las necesidades de la granja, los principios fundamentales de la casa habían sido completamente

transformados en su esencia. Este tipo de cambios, extrañas deformidades, tremendas parálisis, son las que a menudo inflige la industria a edificios como éste —ya se trate de construcciones aisladas o adosadas, como ocurre en las calles y en las ciudades—, pensados en su origen exclusivamente para el placer.

Se oían aquella mañana vivas voces en la planta superior, a la que se accedía por una escalera de roble macizo con balaustres sólidos como postes de cama, torneados y modelados según los pintorescos gustos del siglo, el pasamanos recio como un parapeto y las propias escaleras retorcidas como quien intenta volverse para mirar por encima del hombro. Los suelos de la planta superior presentaban una superficie irregular que trepaba hasta riscos y se hundía en valles, y, al estar desprovista de alfombras, la cara de los tablones se veía devorada por la carcoma. Cada una de las ventanas respondía con un estruendo a las puertas que se abrían y se cerraban, un temblor sucedía a cada movimiento y un crujido acompañaba las pisadas por la casa, como un espíritu, en cualquier parte.

En la habitación de donde procedía la conversación, Bathsheba y su doncella, Liddy Smallbury, se encontraban sentadas en el suelo, clasificando un sinfín de papeles, libros, botellas y basura desperdigada: restos del almacén de su anterior ocupante. Liddy, bisnieta del destilador, tenía más o menos la edad de Bathsheba, y su rostro era un claro ejemplo del carácter alegre de las muchachas campesinas de Inglaterra. La belleza formal de la que sus rasgos podrían haber carecido se compensaba ampliamente por la perfección de su tinte, que en aquel momento del invierno presentaba esa atenuada rubicundez que incontestablemente encontramos en un Terburg o en un Gerard Douw^[15]; y, como las representaciones de estos grandes coloristas, era un rostro que se mantenía absolutamente alejado de la frontera entre el encanto y el ideal. Aunque de carácter abierto, no era tan atrevida como Bathsheba, y en ocasiones mostraba cierta seriedad, mitad

sinceramente sentida, mitad fruto de la buena educación que el deber exigía.

A través de una puerta entreabierta llegaba el ruido de la escoba que manejaba la mujer de la limpieza, Maryann Money, una mujer que tenía por rostro un disco circular, arrugado no tanto por el tiempo como por las largas miradas de perplejidad dirigidas a objetos distantes. Pensar en ella y ponerse de buen humor era todo uno; hablar de ella era evocar la imagen de una manzana seca.

—Deja de barrer un momento —le ordenó Bathsheba a través de la puerta—. He oído algo.

Maryann detuvo la escoba.

Se oían los cascos de un caballo que se acercaba hacia la casa. Los pasos aflojaron el ritmo, giraron al llegar al portillo y, cosa de lo más insólita, subieron por el musgoso sendero en dirección a la puerta. El extremo de una fusta o de un bastón golpeó la puerta.

—¡Qué impertinencia! —dijo Liddy en voz baja—. ¡Cabalgar por el sendero de esa manera! ¿Por qué no se ha detenido en la cancela? ¡Señor, si es un caballero! Veo la copa de su sombrero.

—¡Cállate! —ordenó Bathsheba.

Liddy expresó acto seguido su preocupación, no con palabras sino con el gesto.

—¿Por qué no abre la puerta la señora Coggan? —continuó Bathsheba.

El toc-toc-toc resonó con mayor contundencia en la madera de roble.

—¡Maryann, ve a abrir! —dijo el ama, agitada por el comienzo de un sinfín de posibilidades románticas.

—¡Pero señora... estoy hecha un asco!

Bastaba con mirar a Maryann para comprender que el argumento era irrefutable.

—Liddy, ve tú —dijo Bathsheba.

Liddy levantó las manos y los brazos, cubiertos del polvo de la basura que estaban clasificando, y miró suplicante a su señora.

—¡Escuchad... ya va la señora Coggan! —dijo Bathsheba, manifestando su alivio con una larga exhalación, tras retener el aire en el pecho durante más de un minuto.

La puerta se abrió y una voz profunda dijo:

—¿Está en casa la señorita Everdene?

—Iré a ver, señor —dijo la señora Coggan, y en un minuto apareció en la habitación—. ¡Ay, Señor, qué hostil es este mundo! —continuó la señora Coggan, una mujer de aspecto saludable que tenía un tono de voz distinto para cada comentario según el grado de emoción del caso, que era capaz de lanzar al aire una tortita o retorcer una bayeta con impecable precisión matemática, y que en ese momento tenía las manos machadas de masa y los brazos cubiertos de harina—. Nunca me mancho hasta los codos para hacer un budín, señora, pero siempre pasan dos cosas: o me empieza a picar la nariz, y me muero si no me rasco, o alguien llama a la puerta. El señor Boldwood desea verla, señorita Everdene.

Comoquiera que la vestimenta de una mujer forma parte de su apariencia, y cualquier defecto en la una equivale a una malformación o una herida en la otra, Bathsheba se apresuró a decir:

—No puedo verlo en este estado. ¿Qué hago?

El «no está en casa» resultaba difícilmente creíble en las granjas de Weatherbury, por lo que Liddy sugirió:

—Di que está hecha un adefesio y no puede bajar.

—Sí... eso suena muy bien —observó la señora Coggan en tono crítico.

—Dile que no puedo recibirlo... con eso bastará.

La señora Coggan bajó las escaleras para transmitir la respuesta acordada, añadiendo no obstante, bajo su propia responsabilidad:

—La señora está limpiando botellas, señor, y no puede recibirlo.

—Muy bien —dijo la voz en tono indiferente—. Sólo quería preguntar si alguien sabe algo de Fanny Robin.

—Nada, señor... pero tal vez lo sepamos esta noche. William Smallbury ha ido a Casterbridge, donde se supone que vive su novio, y los otros hombres están preguntando por todas partes.

Se reanudaron los pasos del caballo que se alejaba, y la puerta se cerró.

—¿Quién es el señor Boldwood? —preguntó Bathsheba.

—Un hacendado de Little Weatherbury.

—¿Casado?

—No, señora.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta, creo. Muy atractivo... de aspecto severo... y rico.

—¡Qué fastidio todo este polvo! Siempre estoy en un aprieto, por hache o por be —se quejó Bathsheba—. ¿Por qué habrá preguntado por Fanny?

—Porque como ella no tenía amigos cuando era niña, él la llevó a la escuela y luego la colocó aquí, en casa de su tío. Es un hombre muy bondadoso, pero, ¡Dios mío!

—¿Qué?

—¡Jamás he visto hombre más imposible para una mujer! Lo han cortejado a docenas, todas las jóvenes, las sencillas y las de alcurnia, en muchos kilómetros a la redonda. Jane Perkins trabajó para él durante dos meses como una esclava, y las dos señoritas Taylor pasaron un año con él, y a la hija de Farmer Ives le costó noches de lágrimas y veinte libras en ropa nueva; pero, lo mismo hubiera dado que tirase el dinero por la ventana.

Apareció entonces un niño, y se quedó mirándolas. Era uno de los chicos de los Coggan, quienes, junto con los Smallbury, eran tan conocidos en el distrito como el Avon y el Derwent entre nuestros ríos. Tenía siempre un diente flojo o un dedo cortado que mostrar a sus amigos, y lo hacía con aire de elevarse por encima del vulgo que ningún mal padecía, con la esperanza de que la gente reaccionase a su exhibición exclamando «¡Pobrecillo!», con una pizca de alegría además de compasión.

—He ganado un penique —dijo el chico Coggan.

—¿Y quién te lo ha dado, Teddy? —preguntó Liddy.

—El señor Boldwood. Me lo dio por abrir la cancela.

—¿Qué te dijo?

—Dijo: «¿Adónde vas, hombrecito?». Y yo le dije: «A casa de la señorita Everdene». Y él dijo: «Es una mujer seria, ¿verdad?». Y yo dije: «Sí lo es».

—¡Serás sinvergüenza! ¿Por qué dijiste eso?

—Porque me dio el penique.

—¡Cómo se complican las cosas! —observó Bathsheba con disgusto cuando el niño se hubo marchado—. ¡Lárgate, Maryann, o sigue con tu escoba, o haz lo que quieras! ¡Tendrías que haberte casado ya, en lugar de estar aquí causándome problemas!

—Ay, señora... eso quisiera yo. Pero a los pobres no los quiero y los ricos no me quieren a mí; me quedo más sola que la una.

—¿Le ha pedido alguien alguna vez que se casara con él, señorita? —se atrevió a preguntar Liddy, cuando se quedaron de nuevo a solas—. Seguro que montones de hombres.

Bathsheba se detuvo, como si fuese a negarle la respuesta, pero la tentación de decir que sí, pues en su mano estaba, resultaba irresistible para afirmar su virginidad, a pesar de su empeño en presentarse como vieja.

—Un hombre me lo pidió una vez —dijo, en el tono de quien tiene mucha experiencia; y ante ella se alzó la imagen de Gabriel Oak cuando era un pequeño propietario.

—¡Debe de ser tan bonito! —dijo Liddy, con ese gesto fijo propio de la plena comprensión—. ¿Y usted no quiso?

—No era suficiente para mí.

—Es una suerte poder desdeñar a alguien cuando la mayoría de nosotras se contenta con decir «¡Gracias!». Es como si lo oyera: «No, señor... valgo más que usted» o «Bésemelos pies; mi cara es sólo para bocas importantes». ¿Y lo amaba usted, señorita?

—No. Pero me gustaba bastante.

—¿Y le sigue gustando?

—Claro que no... ¿Qué son esos pasos?

Liddy miró por una ventana hacia el patio trasero, donde los tonos se apagaban en ese momento, atenuándose con los primeros velos de la noche. Una fila de hombres airados se acercaba a la puerta de atrás. La cadena humana se aproximaba como un reguero con la mayor de las determinaciones, como esas extrañas criaturas marinas llamadas salpas, que forman una cadena y, aun cuando en otros aspectos presentan una clara organización, tienen una voluntad común al conjunto de la familia. Algunos vestían, como de costumbre, sayos de lino ruso blancos como la nieve, y otros de color hueso, de lino natural, con las muñecas, el pecho, la espalda y las mangas decoradas con nido de abeja. Dos o tres mujeres con zuecos cerraban la retaguardia.

—Los filisteos sobre ti^[16] —anunció Liddy, apretando la nariz contra el cristal hasta dejarla blanca.

—Muy bien. Maryann, baja y entreténlos en la cocina hasta que me haya vestido. Luego diles que les espero en la sala.

Capítulo X

El ama y los hombres

Media hora más tarde, Bathsheba, perfectamente vestida y seguida de Liddy, entró en la vieja sala por el extremo superior y se encontró con que los hombres aguardaban en fila en el lado contrario. Se sentó a la mesa y abrió el libro de asientos, pluma en mano, con una bolsa de dinero al lado. De ésta sacó un montón de monedas. Liddy se colocó junto al ama y empezó a coser, a veces deteniéndose para mirar a un lado y a otro, con aire de privilegiada, tomando una de las medias libras de oro que tenía delante y observándola como si fuese una obra de arte, al tiempo que se esforzaba en evitar que su rostro delatase deseo alguno de poseer el objeto por su valor monetario.

—Antes de empezar —dijo Bathsheba—, tengo dos asuntos que comunicaros. El primero es que el capataz ha sido despedido por robar, y he tomado la decisión de prescindir de este cargo y dirigirlo todo yo misma, con mi cabeza y con mis manos.

Los hombres soltaron un sonoro soplido de asombro.

—El segundo es: ¿alguien sabe algo de Fanny?

—Nada, señora.

—¿Habéis hecho algo?

—Me encontré con el hacendado Boldwood —dijo Jacob Smallbury— y fui con él y dos de sus hombres. Estuvimos dragando el estanque de Newmill, pero no encontramos nada.

—Y el nuevo pastor ha estado en Buck's Head, cerca de Yalbury, pensando que tal vez habría ido allí. Pero nadie la ha visto —explicó Lab Tall.

—¿No ha ido a Casterbridge William Smallbury?

—Sí, señora; pero aún no ha regresado. Prometió estar de vuelta a las seis.

—Son ya las seis y cuarto —observó Bathsheba, mirando su reloj—. Supongo que estará a punto de llegar. Bueno, vayamos al grano —dijo, consultando su libro—. Joseph Poorgrass, ¿estás ahí?

—Sí, señor... quiero decir, señora. Yo soy Poorgrass.

—¿Y qué eres?

—En mi opinión nada. En la de otros... bueno, no lo diré.

—¿Qué haces en la granja?

—Manejo la carreta todo el año, y en la época de la siembra, disparo a los grajos y a los gorriones, y ayudo en la matanza del cerdo, señora.

—¿Cuánto se te paga?

—Dieciocho peniques, y medio más cuando ha sido un mal año, señor... quiero decir, señora.

—Perfecto. Aquí tienes diez chelines más, como gratificación, porque acabo de llegar.

Bathsheba se sonrojó ligeramente al sentir que era generosa en público, y Henery Fray, que se había acercado a su silla, levantó las cejas y los dedos para expresar su asombro.

—¿Cuánto te debo a ti, el de la esquina? ¿Cómo te llamas? —continuó Bathsheba.

—Matthew Moon, señora —dijo una curiosa armazón de ropa con nada de sustancia debajo, que avanzó con las puntas de los pies en ninguna dirección definida, volviéndose hacia dentro o hacia fuera a medida que cambiaba el paso.

—¿Matthew Mark, has dicho? Habla. No voy a hacerte daño —dijo amablemente el ama.

—Matthew Moon, señora —corrigió Henery Fray desde detrás de la silla, pues allí se había colocado.

—Matthew Moon —murmuró Bathsheba, volviendo hacia el libro sus ojos brillantes—. ¿Doce peniques y medio es tu salario?

—Sí, señora —dijo Matthew, como el rumor del viento entre las hojas muertas.

—Aquí tienes, y diez chelines. El siguiente... Andrew Randle. He oído que eres nuevo. ¿Por qué dejaste la última granja?

—G-rrr-aaa-ccc-ias señora, gracias, señora, gracias señora.

—Es tartamudo, señora —dijo Henery Fray, en tono confidencial —, y lo despidieron porque la única vez que habló claro le dijo al patrón que su alma sólo le pertenecía a él, y otras iniquidades. Es capaz de maldecir, como usted o como yo, pero no de pronunciar un discurso para salvar su vida.

—Andrew Randle, aquí tienes lo tuyo. Ya terminarás de darme las gracias dentro de uno o dos días. Temperance Miller... ah, aquí hay otra: Soberness... las dos mujeres, ¿supongo?

—Sí, señora. Aquí estamos —dijeron al unísono, con voz chillona.

—¿A qué os dedicáis?

—Atendemos la trilladora y hacemos pacas de heno, y ahuyentamos los gallos y las gallinas cuando se comen las semillas, y sembramos patatas.

—Entiendo. ¿Son buenas? —le preguntó en voz baja a Henery Fray.

—Ay, señora... ¡no me pregunte eso! Son muy complacientes... ¡dos mujeres de la vida! —refunfuñó entre dientes Henery.

—Siéntate.

—¿Quién, señora?

—Siéntate.

Joseph Poorgrass, que estaba en el fondo, dio un respingo y sus labios se secaron a causa de un temor de terribles consecuencias,

al ver a Bathsheba hablando sumariamente y a Henery escabulléndose hacia un rincón.

—El siguiente. Lab Tall. ¿Piensas seguir trabajando para mí?

—Para usted o para cualquiera que me pague bien, señora —replicó el joven casado.

—Cierto... ¡la gente tiene que vivir! —dijo una mujer que acababa de entrar, taconeando con los zuecos.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Bathsheba.

—¡Soy su legítima esposa! —continuó la voz, con mayor rotundidad de modo y tono. Esta mujer decía tener veinticinco años, aparentaba treinta, pasaba por treinta y cinco, y tenía en realidad cuarenta. Era una mujer que nunca, como algunas recién casadas, mostraba su ternura conyugal en público, acaso porque no la tuviera en absoluto.

—Ya veo —dijo Bathsheba—. Y bien, Lab, ¿piensas continuar?

—Continuará, señora —intervino de nuevo con estridencia la legítima esposa de Lab.

—Bueno, supongo que sabe hablar por sí mismo.

—¡Ay, Dios! ¡Claro que no, señora! Es un simplón. Bueno, pero bobalicón —repuso la mujer.

—¡Eh, eh, eh! —rió el hombre casado, con terrible esfuerzo de agradecimiento, pues tenía un buen humor irrefrenable bajo aquella apariencia de desdén, como los candidatos a parlamentarios en la tribuna electoral.

A los restantes se les llamó del mismo modo.

—Creo que ya he terminado con vosotros —dijo Bathsheba, cerrando el libro y echándose hacia atrás un ensortijado mechón de pelo—. ¿Ha regresado William Smallbury?

—No, señora.

—El nuevo pastor necesitará alguien que le ayude —sugirió Henery Fray, acercándose de nuevo a la silla de Bathsheba en un intento por adoptar de nuevo una postura oficial.

—Sí. ¿Quién podría ser?

—El joven Cain Ball es un buen chico —dijo Henery—, si al pastor Oak no le importa su juventud —añadió, volviéndose con una sonrisa de disculpa hacia el pastor, que acababa de entrar en escena y estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—No me importa —dijo Gabriel.

—¿Por qué lo llaman Cain? —preguntó Bathsheba.

—Verá, señora; su pobre madre, que apenas conoce la Biblia, cometió un error al bautizarlo; creía que fue Abel quien mató a Caín, y lo llamó Cain, pensando todo el tiempo en Abel. El párroco se lo explicó, pero ya era demasiado tarde, porque la gente ya se había acostumbrado. Es una desgracia para el muchacho.

—Es una desgracia.

—Sí. De todos modos, lo suavizamos cuanto podemos, llamándolo Cainy. ¡Pobre viuda! Casi se le sale el corazón del pecho de tanto llorar. Fue educada por unos padres paganos, que nunca la enviaron a la escuela ni a la iglesia, y ya se sabe que los pecados de los padres se transmiten a los hijos, señora.

El señor Fray recompuso el gesto hasta alcanzar el grado de melancolía exigido cuando la gente afectada por la desgracia no pertenece a la propia familia.

—Muy bien; en ese caso, Cainy Ball estará a las órdenes del pastor. ¿Y tú, sabes cuáles son tus responsabilidades? Hablo de ti, Gabriel Oak.

—Perfectamente. Gracias, señorita Everdene —dijo Gabriel Oak desde la puerta—. En caso de duda, preguntaré. —Gabriel estaba pasmado por la frialdad de Bathsheba. Ciertamente, nadie que no dispusiera de información podría adivinar que Oak y la atractiva mujer hubieran sido en algún momento algo más que extraños. Pero acaso la actitud de ella fuese el resultado inevitable del ascenso social, que la había trasladado desde una casita de campo a una mansión con sus tierras. Casos así se han visto anteriormente. Cuando, en los textos de los poetas clásicos, Júpiter y su familia se

trasladan desde los abarrotados barrios de la cima del Monte Olimpo al vasto cielo, se observa en sus palabras arrogancia y cautela.

Se oyeron en el pasillo pasos más caracterizados por su pesadez y su contención que por su rapidez.

(Todos:)

—Ya está aquí Billy Smallbury, que viene de Casterbridge.

—¿Qué noticias hay? —dijo Bathsheba, mientras William, tras detenerse en el centro de la sala, se sacó un pañuelo de debajo del sombrero y se secó la frente desde la mitad hacia los extremos.

—Habría llegado antes, señora, de no haber sido por el mal tiempo —pateó con fuerza con ambos pies y se miró las botas, cubiertas de nieve.

—El caso es que ya estás aquí —dijo Henery.

—Y bien, ¿qué se sabe de Fanny? —preguntó Bathsheba.

—Bueno, señora. En resumidas cuentas, se ha escapado con los soldados —explicó William.

—¡No es posible! ¡Una chica tan formal como Fanny!

—Le contaré los detalles. Cuando llegué al cuartel de Casterbridge me dijeron que el «Undécimo Regimiento de Dragones» se había marchado, y habían llegado nuevas tropas. Partieron la semana pasada en dirección a Melchester. La orden del gobierno llegó como un ladrón en plena noche^[17], tal como suele ocurrir, y el regimiento se puso en camino no bien tuvo noticia de ella. Pasaron cerca de aquí.

Gabriel había escuchado con interés.

—Yo los vi pasar —dijo.

—Sí —continuó William—. Desfilaron por la calle cantando *La chica a la que dejo atrás*, con aire triunfal. Todos los que los vieron se emocionaron hasta lo más hondo con el estruendo del tambor, y no había en la ciudad un solo ojo sin lágrimas, entre el público del bar y las prostitutas.

—Pero no se han ido a ninguna guerra.

—No, señora. Pero sí han partido para ocupar los puestos de los que tal vez tengan que ir, lo cual es muy parecido. Y entonces me dije, el muchacho de Fanny era miembro del regimiento, y ella se ha ido con él. Así de simples son las cosas.

—¿Sabes quién es él?

—No; nadie lo sabía. Creo que tenía mayor rango que soldado raso.

Gabriel siguió cavilando, sin decir nada, pues tenía sus dudas.

—En cualquier caso, no creo que podamos averiguar nada más esta noche —dijo Bathsheba—. Alguien tendrá que ir a casa del hacendado Boldwood para comunicarle lo que sabemos.

Se levantó entonces; pero antes de retirarse les dirigió unas palabras con una dignidad acentuada por la sobriedad de su vestido de luto y que no cabía encontrar en las propias palabras:

—Recordad que ahora tenéis un ama en lugar de un amo. Todavía no sé si tengo talento para dirigir una granja, pero lo haré lo mejor posible, y si vosotros me servís bien, sabré recompensaros. Si hay entre vosotros algún desleal (espero que no sea así), que no piense que porque soy mujer no entiendo la diferencia entre los tejemanejes y lo que está bien.

(Todos:)

—¡No, señora!

(Liddy:)

—Bien dicho.

—Me levantaré antes de que os despertéis; estaré en los campos antes de que os hayáis levantado; y habré desayunado antes de que lleguéis a los campos. En resumen: os asombraré a todos.

(Todos:)

—¡Sí, señora!

Acto seguido, la pequeña tesmotetes^[18] se alejó de la mesa y abandonó la sala, barriendo con su vestido de seda negra algunas briznas de paja y arañando el suelo al arrastrarlas. Liddy, en

consonancia con la ocasión, elevó sus sentimientos hasta la grandeza y se marchó flotando detrás de Bathsheba con dignidad no del todo desprovista de parodia. La puerta se cerró.

Capítulo XI

Fuera del cuartel — La nieve — Una reunión

Ningún paisaje superaba en lobreguez al que a esa hora de la misma noche de nieve se divisaba en los alrededores de determinada ciudad y plaza militar situada a muchos kilómetros al norte de Weatherbury: cabría decir que el elemento principal de este paisaje era la oscuridad.

Era una noche en la que la tristeza podía alcanzar cotas máximas sin producir la menor sensación de incongruencia: cuando, como sucede con las personas impresionables, el amor se torna en preocupación, la esperanza en recelo y la fe en esperanza; cuando el ejercicio de la memoria no estimula sentimientos de pesar ante las oportunidades perdidas, y la anticipación no propicia la actividad.

El escenario era un sendero público bordeado a la izquierda por un río, tras el cual se alzaba un alto muro. A la derecha había una franja de tierra, mitad pradera mitad páramo, que en su extremo más alejado enlazaba con una pendiente ondulada.

Los cambios estacionales son menos notables en lugares así que en mitad del bosque. Siguen siendo, empero, perceptibles para el observador atento, con la diferencia de que los medios por los que se manifiestan son menos trillados y familiares que otros tan conocidos como la eclosión de los brotes o la caída de la hoja. Muchos no son tan sigilosos y graduales como cabría imaginar cuando pensamos en el letargo de un páramo o un erial. Cuando llegaba a estas regiones, el invierno avanzaba en etapas bien

definidas, con lo que era posible observar la retirada de las serpientes, la transformación de los helechos, el llenado de las charcas, la aparición de las nieblas, la decoloración producida por el hielo, la desaparición de los hongos y la devastación de la nieve.

Este clímax se había alcanzado aquella noche en el mencionado páramo y, por primera vez en la temporada, sus irregularidades eran formas desprovistas de rasgos, que nada sugerían, nada proclamaban, y con la sola característica de marcar el límite de algo: la capa inferior de un firmamento de nieve. Y en medio de este creciente caos de copos de nieve, la pradera y el páramo recibían momentáneamente una vestidura adicional, de tal suerte que parecían momentáneamente más desnudos. El vasto arco de nubes se encontraba extrañamente bajo, formando como la techumbre de una caverna grande y oscura que se hundía paulatinamente en el suelo; instintivamente, hacía pensar que la nieve que cubría los cielos y se incrustaba en la tierra no tardaría en unirse para formar una masa sin un solo estrato de aire.

Centramos la atención en las características del lado izquierdo, que eran la horizontalidad respecto al río, la verticalidad respecto al muro y la oscuridad respecto a ambos. Estos rasgos constituían la masa. Si había algo más oscuro que el cielo, era la pared, y si había algo más lúgubre que la pared era el río. La difusa cumbre de la fachada se veía hendida y prolongada por chimeneas desperdigadas aquí y allá, y en su rostro se apreciaban vagamente las formas oblongas de las ventanas, aunque sólo en la parte superior. Debajo, hasta la orilla del agua, ningún agujero ni saliente rompía la horizontalidad.

Una indescriptible sucesión de ráfagas sordas, asombrosas en su regularidad, enviaba con dificultad su sonido a través de la sedosa atmósfera. Un reloj del vecindario daba las diez. La campana se encontraba a cielo abierto y, estando cubierta por varios centímetros de nieve, había perdido por el momento su voz.

Más o menos a esa hora, la nevada amainó: cayeron entonces diez copos donde antes caían veinte, hasta que uno solo ocupó el espacio de diez. Poco después, una forma se movió junto al borde del río.

A juzgar por la silueta que dibujaba sobre el fondo incoloro, un buen observador la habría considerado pequeña. Eso era cuanto cabía discernir con seguridad, aunque parecía humana.

La silueta se alejó lentamente, aunque sin excesivo esfuerzo, pues la nieve, aunque repentina, no superaba los cinco centímetros de grosor. De pronto, alguien dijo en voz alta:

—Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

La pequeña silueta avanzaba media docena de metros entre cada palabra. Era evidente que estaba contando las ventanas de la pared. La palabra «Cinco» correspondía a la quinta ventana, situada en un extremo.

La mancha se detuvo entonces y menguó. La figura se había parado. Una bola de nieve voló por encima del río en dirección a la quinta ventana. Se estrelló contra la pared a varios metros de su objetivo. El lanzamiento era idea de un hombre, pero su ejecutante era una mujer. Ningún hombre que en su infancia hubiese visto un pájaro, un ratón o una ardilla, podría haber disparado con tan notoria torpeza.

Otro intento, y otro, hasta que, poco a poco, la pared quedó salpicada de pegotes de nieve. Al fin una bola alcanzó la quinta ventana.

De día se apreciaba que el río era de los que presentan la misma velocidad uniforme en el centro que en las orillas, deslizándose con la misma precisión y corrigiendo de inmediato cualquier alteración de la velocidad con un pequeño remolino. Nada respondió a la señal sino el borboteo y el chasquido de esas ruedas invisibles —junto con una serie de sonidos leves que un hombre triste habría tomado por gemidos y un hombre alegre por risa— provocado por el aleteo

del agua al chocar contra pequeños objetos en otras zonas de la corriente.

La ventana fue alcanzada de nuevo.

Entonces se oyó un ruido, al parecer el de la ventana al abrirse. El ruido fue seguido de una voz, procedente del mismo lugar.

—¿Quién anda ahí?

La voz era masculina, y no parecía sorprendida. La pared correspondía a un cuartel, y comoquiera que el matrimonio no era visto con buenos ojos en el ejército, era probable que este tipo de comunicaciones a través del río ya hubiera tenido lugar antes de esa noche.

—¿Es el sargento Troy? —dijo trémulamente la mancha borrosa de la nieve.

La persona en cuestión era poco más que una mera sombra sobre la tierra, y su interlocutor un elemento más del edificio, hasta el punto que se podría decir que la pared estaba conversando con la nieve.

—Sí —se oyó desde la sombra, con recelo—. ¿Quién eres?

—Ay, Frank... ¿es que no me conoces? —dijo la mancha—. Soy tu mujer, Fanny Robin.

—¡Fanny! —exclamó la pared, con profundo asombro.

—Sí —asintió la muchacha, sofocando apenas su emoción.

Había algo en el tono de la joven impropio de una esposa, y algo en las maneras del hombre extraño en un marido. El diálogo continuó:

—¿Qué haces aquí?

—He preguntado cuál era tu ventana. Perdóname.

—No te esperaba esta noche. A decir verdad, no creía que vinieras nunca. Es un milagro que me hayas encontrado. Tengo orden de partir mañana.

—Me pediste que viniera.

—Bueno... te dije que podías venir.

—Sí, eso quiero decir. ¿Te alegras de verme, Frank?

—Claro... desde luego.

—¿Puedes... venir conmigo?

—Mi querida Fan, no puedo. Ya han tocado la corneta y las puertas del cuartel están cerradas; no puedo salir. Estamos todos encerrados como en la cárcel del condado hasta mañana por la mañana.

—¡Entonces no te veré hasta ese momento! —Había en las palabras una nota de titubeo y decepción.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, desde Weatherbury?

—Andando la mitad del camino; el resto en carro.

—Me sorprende.

—Sí; a mí también. ¿Y cuándo será, Frank?

—¿Qué?

—Lo que prometiste.

—No recuerdo.

—¡Claro que lo recuerdas! No hables así. Me entristece. Me obligas a decir lo que deberías decir tú en primer lugar.

—No importa... dilo.

—¿Quieres que lo diga yo? Pues... ¿que cuándo nos casaremos, Frank?

—Ah, ya entiendo. Bueno... tendrás que conseguir ropa decente.

—Tengo dinero. ¿Será con amonestaciones o con licencia especial?

—Con amonestaciones, supongo.

—Pero vivimos en parroquias distintas.

—¿Sí? ¿Y entonces?

—Mi domicilio está en St. Mary's, y éste es otro distrito. Tendrán que publicarlas en los dos sitios.

—¿Eso dice la ley?

—Sí. ¡Ay, Frank! Te parezco una fresca. ¡Temo que sí! No lo pienses, Frank, por favor... te quiero tanto... Y tú has dicho montones de veces que querías casarte conmigo, y... y... yo... yo... yo...

—¡No te pongas a llorar! ¡Es ridículo! Si lo he dicho, ten por seguro que lo haré.

—¿Me ocupo yo de poner las amonestaciones en mi parroquia, y tú en la tuya?

—Sí.

—¿Mañana?

—No. Mañana, no. Lo haremos dentro de unos días.

—¿Tienes permiso de los oficiales?

—No... todavía no.

—¿Y cómo es eso? Antes de irte de Casterbridge me dijiste que ya casi lo habías conseguido.

—Lo cierto es que me olvidé de solicitarlo. Tu visita es de lo más inesperada y repentina.

—Sí... sí... lo es. Siento haberte preocupado. Me iré en seguida. ¿Vendrás a verme mañana a casa de la señora Twills, en North Street? No me gusta venir al cuartel. Hay mujeres malas por aquí, y podrían tomarme por una de ellas.

—De acuerdo. Iré a verte, cariño. Buenas noches.

—Buenas noches, Frank... ¡buenas noches!

Y volvió a oírse el ruido de una ventana al cerrarse. La pequeña mancha se alejó. Al doblar la esquina, se oyó una exclamación contenida al otro lado de la pared.

—Ja... ja... Sargento... ja... ja —y a continuación se oyó un reproche, aunque poco claro, que se perdió entre las carcajadas, apenas distinguibles del borboteo de los diminutos remolinos del río.

Capítulo XII

Propietarios — Una regla — Una excepción

La primera muestra pública de la decisión de Bathsheba de dirigir la granja por sí misma y sin representante alguno fue su aparición el siguiente día de mercado en la lonja de Casterbridge.

La baja aunque amplia sala, sustentada por vigas y columnas y recientemente dignificada con el nombre de mercado de granos, estaba abarrotada de hombres fogosos que conversaban entre sí en grupos de dos y tres. El que hablaba miraba de soslayo a la cara de su interlocutor y se concentraba en su exposición contrayendo uno de sus párpados. La mayoría llevaba en las manos retoños de fresno que usaba en parte como bastón y en parte para atizar a los cerdos, las ovejas y los vecinos vueltos de espaldas, así como cualquier objeto en posición de descanso que diera muestras de requerir semejante tratamiento en el curso de su peregrinación. Durante la conversación, cada cual empleaba su retoño con muy diversos fines: unos lo doblaban en la espalda, formando un arco entre las dos manos, o lo apoyaban en el suelo, sobrecargándolo hasta convertirlo casi en un semicírculo; o bien se lo metían apresuradamente bajo el brazo mientras sacaban el saco de muestra y se vertían un puñado de grano en la palma que, luego de ser analizado, se tiraba al suelo siguiendo un encadenamiento de acciones totalmente familiar para la media docena de hombres sagaces de la ciudad que, como de costumbre, habían entrado sigilosamente en el edificio y aguardaban el momento en que sus

expectativas se vieran cumplidas, con el cuello bien estirado y la mirada sesgada.

Entre estos fornidos pequeños propietarios rurales se deslizaba una figura femenina, la única de su sexo en toda la sala. Vestía agradablemente, incluso con finura. Se movía entre los hombres como un calesín entre los carros, sonaba entre ellos como un romance después de un sermón y se dejaba sentir como la brisa entre los hornos. Requería cierta determinación —mucho más de la que en un principio había imaginado— ocupar una posición en aquel lugar, pues, no bien entró en la sala, cesaron los torpes diálogos y casi no faltó rostro que se volviese hacia ella, y se quedaron rígidamente inmóviles los que ya estaban vueltos.

Sólo a dos o tres de los propietarios conocía Bathsheba personalmente, y hacia ellos se dirigió. Mas para ser la mujer práctica que se había propuesto demostrar que era, no le quedaba otro remedio que hacer negocios, con presentaciones o sin ellas, y finalmente adquirió la confianza suficiente para hablar y responder con audacia a hombres a los que sólo conocía de oídas. También Bathsheba llevaba su bolsa de muestras, y de cuando en cuando procedía a realizar el profesional vertido en la mano, sosteniendo los granos para su inspección sobre la palma menuda al más perfecto estilo de Casterbridge.

En el impecable arco de su intacta dentadura superior, así como en las afiladas comisuras de los labios rojos cuando, al separarlos, Bathsheba alzaba el rostro con un punto de desafío para discutir determinado asunto con un hombre alto, algo insinuaba que había en aquella joven potencial suficiente para alarmantes hazañas sexuales y osadía suficiente para llevarlas a cabo. Pero tenían sus ojos una dulzura —decididamente una dulzura— que, de no ser por su oscuridad, podría pasar por una especie de neblina; siendo como eran, atenuaban una expresión que podría resultar hiriente por su simple claridad.

Cosa rara en una mujer en plena juventud y llena de vigor, siempre dejaba que sus interlocutores concluyesen su exposición antes de presentar ella sus argumentos. Llegado el momento de discutir los precios, se ceñía con firmeza al propio, como es natural en los comerciantes, y rebajaba con insistencia los ajenos, como es inevitable en una mujer. Pero había en su firmeza una flexibilidad que la alejaba de la obstinación, tal como había en su regateo una ingenuidad que lo salvaba de la mezquindad.

Aquellos propietarios con los que Bathsheba no tenía tratos (con mucho la mayoría) se preguntaban de continuo unos a otros «¿Quién es esa mujer?». Y la respuesta era:

—La sobrina de Everdene. Se ocupa de la finca de Weatherbury. Ha despedido al capataz y ha jurado que se ocupará de todo sola.

El que preguntaba sacudía la cabeza.

—Sí, es una lástima que sea tan testaruda —decía el primero—. Pero deberíamos estar orgullosos de ella, porque anima mucho este lugar. Es una muchacha tan atractiva que no tardarán en cazarla.

Sería descortés insinuar que la novedad de que Bathsheba se dedicara a semejante ocupación tenía casi tanto que ver con el magnetismo como la belleza de su rostro y de sus movimientos. No obstante, el interés era general, y su debut del sábado en el foro, al margen de lo que para ella pudiera significar como propietaria que compra y vende, era incuestionablemente una victoria como mujer soltera. La sensación fue ciertamente tan notable que, en dos o tres ocasiones, su instinto le aconsejó limitarse a caminar como una reina entre aquellos dioses del barbecho, como la hermana menor de un pequeño Júpiter, negándose rotundamente a cerrar precios.

Las numerosas pruebas de su poder de atracción cobraban una fuerza aún mayor por lo excepcional del caso. Las mujeres parecen tener ojos en los lazos para este tipo de asuntos. Bathsheba, sin mirar directamente, era consciente de la presencia de una oveja negra en el rebaño.

En un principio la desconcertó. La situación habría sido natural si hubiera habido una minoría respetable en ambos bandos. Si nadie la hubiese mirado, se habría tomado el asunto con indiferencia: esas cosas pasaban. Si todo el mundo la hubiese mirado, incluido aquel hombre, lo habría tomado como algo normal: no era la primera vez. Pero era la insignificancia de la excepción lo que constituía el misterio.

Pronto supo bastante más sobre aquel que se resistía. Era un caballero, con rasgos clara e inconfundiblemente latinos, que destacaban con el brillo del sol cobrando un tono bronceado. Su porte era erguido y sus maneras tranquilas. La dignidad era su característica dominante.

Aparentaba haber alcanzado hacía algún tiempo esa edad en la que, de manera natural, el aspecto de un hombre deja de manifestar alteraciones por espacio de más o menos una docena de años, y en la que la mujer hace lo mismo por medios artificiales. Se movía entre los treinta y cinco y los cincuenta: podía tener lo uno, lo otro o cualquier edad comprendida entre ambas.

Se dice a veces que los hombres casados de cuarenta años generalmente están dispuestos a lanzar fugaces miradas a cualquier ejemplar de discreta belleza que se cruce en su camino. Probablemente, como ocurre con quienes juegan al *whist* por placer, la conciencia de su inmunidad a la peor de las posibilidades en cualesquiera circunstancias, la obligación de pagar, los vuelve en exceso especulativos. Bathsheba supo al instante que aquel hombre indiferente no estaba casado.

Una vez hubo terminado en el mercado, corrió a encontrarse con Liddy, quien la esperaba junto a la calesa amarilla en la que habían viajado hasta la ciudad. El caballo estaba enganchado, y salieron al trote, con las provisiones de Bathsheba —el azúcar, el té y las telas— empaquetadas detrás e insinuando de un modo indescriptible, por su color, forma y características generales, que habían dejado

de ser propiedad del tendero para pasar a serlo de la joven hacendada.

—Ya está, Liddy. Ya he pasado por ello. No me importará repetir, pues se irán acostumbrando a verme. Pero esta mañana ha sido tan horrible como si me casara: ¡había ojos por todas partes!

—Ya lo suponía —dijo Liddy—. Los hombres son terribles cuando miran un cuerpo.

—Había un hombre que tenía demasiado sentido común para desperdiciar su tiempo conmigo —transmitió la información de tal modo que Liddy no pudiera suponer ni por un momento que su señora estaba en absoluto herida en su orgullo—. Un hombre muy atractivo —continuó—, de unos cuarenta años. ¿Sabes quién puede ser?

Liddy no lo sabía.

—¿No lo imaginas? —preguntó Bathsheba, con cierta decepción.

—No tengo la menor idea; además, no tiene importancia, si se fijó en usted menos que los demás. Si hubiera sido al revés, la cosa sería muy distinta.

Bathsheba experimentó entonces el sentimiento contrario, que se abrió camino en silencio. Un carruaje de suelo bajo, que ganaba velocidad tirado por un caballo de espléndida raza, las alcanzó y las dejó atrás.

—¡Pero si es él! —exclamó Bathsheba.

Liddy miró.

—¡Ah! Es el señor Boldwood. El hombre al que usted no pudo recibir el otro día.

—¡El señor Boldwood! —musitó Bathsheba, y lo miró mientras las adelantaba. El hombre en cuestión no había vuelto la cabeza ni una sola vez y, con la mirada fija en un lejano punto del camino, pasó tan inconsciente y abstraído como si Bathsheba y sus encantos fuesen tan sólo aire—. Es un hombre interesante... ¿no te parece? —observó.

—Sí que lo es; mucho. Todo el mundo lo dice —contestó Liddy.

—Me gustaría saber por qué es tan retraído y tan indiferente; por qué parece estar tan lejos de todo.

—Dicen, aunque no se sabe a ciencia cierta, que sufrió un gran desengaño cuando era joven y alegre. Dicen que una mujer lo dejó plantado.

—La gente siempre dice lo mismo... pero todos sabemos que las mujeres rara vez dejan plantado a un hombre. Son los hombres los que nos dejan plantadas. Espero que sea sólo un hombre reservado por naturaleza.

—Reservado por naturaleza. Yo también lo espero, señorita... que no sea nada más.

—Aunque es más romántico pensar que lo han tratado con crueldad. ¡Pobrecillo! A lo mejor es cierto.

—Yo diría que es posible. Sí, señorita. Casi estoy segura.

—Sin embargo, siempre tendemos a pensar cosas extremas de los demás. La verdad es que no me sorprendería que tuviera un poco de las dos cosas, que esté en un término medio: que lo hubiesen tratado con crueldad y que fuese un poco reservado.

—¡Eso no, señorita! No creo que sean las dos cosas.

—Me parece lo más probable.

—Sí, eso es. Seguramente es lo más probable. Créame, señorita, que eso es lo que le pasa a este hombre.

Capítulo XIII

La buenaventura — San Valentín

Era un domingo por la tarde en la granja, el trece de febrero. Después del almuerzo, y necesitada de mejor compañía, Bathsheba le pidió a Liddy que se sentase con ella. El húmedo edificio resultaba terrible en invierno, antes de encender las velas y cerrar los postigos. El ambiente del lugar parecía tan viejo como sus muros; detrás de los muebles cada rincón tenía su propia temperatura, pues el fuego no se había encendido en esa zona de la casa a primera hora del día. Y el piano nuevo de Bathsheba, que en realidad era viejo, aparecía especialmente inclinado sobre la alfombra antes de que la noche suavizase sus ángulos y ocultase sus imperfecciones. Liddy, como un arroyuelo, no paraba de moverse.

Sobre la mesa había una vieja Biblia en cuarto, con las tapas de piel. Liddy la miró y dijo:

—¿Ha intentado saber alguna vez con quién va a casarse, usando la Biblia y una llave, señorita?

—No seas boba, Liddy. Como si eso fuera posible.

—Bueno, yo creo que hay bastante de cierto en ello.

—Eso son tonterías, niña.

—El corazón se te acelera de temor. Unos lo creen; otros no. Yo sí lo creo.

—De acuerdo, vamos a probarlo —dijo Bathsheba, saltando de su asiento con esa total despreocupación que uno puede permitirse

con un criado, y accediendo de golpe al espíritu de la adivinación—. Ve a por la llave de la puerta principal.

Liddy volvió con ella.

—Ojalá no fuera domingo —dijo a su regreso—. A lo mejor no está bien.

—Lo que está bien cualquier día de la semana está bien los domingos —replicó su ama en tono claramente probatorio.

Abrieron el libro, gastado por el tiempo, bastante deteriorado en los versículos más leídos por los índices de antiguos lectores poco habituados a la lectura, a fuerza de desplazar el dedo sobre la línea como guía visual. Bathsheba abrió la Biblia por ese versículo tan especial del Libro de Ruth, y las sublimes palabras aparecieron ante sus ojos. Se sintió ligeramente estremecida y avergonzada. Era Sabiduría abstracta frente a Locura concreta. La locura de lo concreto la hizo sonrojarse, persistir en su intención y colocar la llave sobre el libro. Una mancha herrumbrosa justo encima del versículo, producida por la presión de algún objeto de hierro, indicaba que no era ésta la primera vez que el volumen se usaba con este fin.

—Ahora no te muevas y guarda silencio —dijo Bathsheba.

Se repitió el versículo; se dio la vuelta al libro; Bathsheba se ruborizó de culpabilidad.

—¿Por quién ha preguntado? —dijo Liddy, con curiosidad.

—No pienso decírtelo.

—¿Se ha fijado en lo que hizo el señor Boldwood en la iglesia esta mañana, señorita? —continuó Liddy, insinuando con este comentario el camino que habían tomado sus pensamientos.

—Pues la verdad es que no —dijo Bathsheba, con serena indiferencia.

—Su banco está justo en frente del suyo, señorita.

—Ya lo sé.

—¡Y no vio lo que hacía!

—Ya te he dicho que no.

Liddy contrajo el rostro y cerró los labios con decisión.

Su gesto fue tan inesperado como desconcertante.

—¿Qué hizo? —preguntó Bathsheba, ineludiblemente.

—Volvió la cabeza para mirarla a usted una vez durante el servicio.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó de nuevo el ama, con sonrisa de irritación—. Yo no se lo pedí.

—Claro que no. Pero todo el mundo la estaba mirando; y era extraño que él no lo hiciera. Así es él. Rico y educado. ¿Qué puede importarle?

Bathsheba se sumió en un silencio destinado a expresar que tenía opiniones sobre el particular demasiado abstrusas para la comprensión de Liddy, y no que no tuviese nada que decir.

—¡Vaya por Dios! Casi había olvidado la tarjeta de san Valentín que compré ayer —exclamó al fin.

—¡Una tarjeta de san Valentín! ¿Para quién, señorita? —preguntó Liddy—. ¿Para el señor Boldwood?

Fue justo ese nombre, entre todos los menos indicados, el que en ese momento le pareció a Bathsheba más pertinente que el verdadero.

—Claro que no. Es para el pequeño Teddy Coggan. Le había prometido algo, y ésta será una buena sorpresa para él. Liddy, tráeme papel y pluma, y se la escribiré ahora mismo.

Bathsheba sacó de su escritorio una tarjeta en octavo espléndidamente iluminada y grabada, que había comprado el último día de mercado en la mejor papelería de Casterbridge. En el centro había un pequeño compartimento ovalado. Este espacio estaba en blanco, para que el destinatario escribiese dulces palabras más adecuadas para la ocasión que cualesquiera de las generalidades que el impresor pudiera decir.

—Aquí hay espacio para escribir —dijo Bathsheba—. ¿Qué le digo?

—Algo más o menos así —respondió rápidamente Liddy.

*La rosa es roja,
La violeta, azul,
El geranio es dulce,
Dulce como tú.*

—Sí, eso está bien. Es perfecto para un chico de cara rechoncha como él —dijo Bathsheba. Escribió las palabras en letra pequeña aunque legible; guardó la tarjeta en un sobre y mojó la pluma para escribir la dirección.

—¡Qué divertido sería enviársela a ese idiota de Boldwood! ¡Menuda sorpresa se llevaría! —dijo la incontenible Liddy, alzando las cejas y dejándose llevar por un alborozo que rayaba en el temor, al pensar en la magnitud moral y social del hombre en cuestión.

Bathsheba se detuvo para considerar la idea con atención. Boldwood había empezado a ser una imagen turbadora, una especie de Daniel en el reino de Bathsheba, empeñado en arrodillarse mirando al este cuando la razón y el buen juicio aconsejaban hacer lo mismo que los demás, y otorgarle a ella esa mirada oficial de admiración que no costaba nada en absoluto. A Bathsheba no le preocupaba seriamente su indiferencia. Con todo, era deprimente que el hombre más digno y válido de la parroquia le negase la mirada y que una muchacha como Liddy hablase de ello. Por eso la idea de Liddy le resultó al principio más intimidante que atrevida.

—No pienso hacerlo. No creo que le pareciera divertido.

—Se preocuparía muchísimo —dijo la pertinaz Liddy.

—La verdad es que tampoco me hace una ilusión especial enviársela a Teddy —observó su ama—. A veces es muy desagradable.

—Sí que lo es.

—Echémoslo a suertes, como hacen los hombres —dijo Bathsheba despreocupadamente—. Cara, Boldwood; cruz, Teddy.

Bueno, no podemos lanzar una moneda en domingo; eso sería tentar al diablo.

—Lancemos este libro de salmos; no creo que eso sea pecado, señorita.

—De acuerdo. Abierto, Boldwood; cerrado, Teddy. No; hay más posibilidades de que caiga abierto. Abierto, Teddy; cerrado, Boldwood. Ahora, enciende una vela, Liddy. ¿Qué sello usaremos? Aquí hay una cabeza de unicornio... eso no dice nada. ¿Y éste? Dos palomas: tampoco. Debería ser algo especial, ¿no crees, Lidd? Aquí hay otro con un lema... recuerdo que decía algo divertido, pero no consigo leerlo. Bueno, probaremos con éste y si no va bien buscaremos otro.

Montaron un gran sello rojo. Bathsheba miró con atención la cera caliente, para desentrañar las palabras.

—¡Mayúsculas! —exclamó, estampando el sello juguetonamente—. Ofendería la solemnidad de un párroco, y la de un empleado.

Liddy miró las letras del sello y leyó:

CÁSATE CONMIGO

Esa misma tarde enviaron la tarjeta, que por la noche fue debidamente clasificada en la oficina de correos de Casterbridge para ser devuelta a Weatherbury a la mañana siguiente.

Con tal descuido y falta de reflexión se envió la tarjeta. Del amor como espectáculo tenía Bathsheba un buen conocimiento; pero nada sabía del amor por experiencia propia.

Capítulo XIV

El efecto de la tarjeta — Amanecer

En el crepúsculo de la tarde de san Valentín, Boldwood se sentó a cenar como de costumbre, junto a un radiante fuego de leños viejos. Sobre la repisa de la chimenea, delante de él, había un reloj coronado por un águila con las alas extendidas, y sobre éstas estaba la tarjeta que Bathsheba había enviado. La mirada del hombre soltero se fijaba de continuo en ella, hasta que el gran sello rojo se transformó en una mancha de sangre en su retina; mientras comía y bebía leía imaginariamente las palabras de la tarjeta, pese a estar demasiado lejos de su vista:

CÁSATE CONMIGO

La descarada petición era como esas sustancias de cristal que, por ser incoloras, adoptan el tono de los objetos que las rodean. Allí, en la quietud del salón de Boldwood, donde todo lo que no fuese grave no tenía cabida y el ambiente era el de un domingo puritano que se prolongaba durante toda la semana, la tarjeta y su sentencia se desprendían de su origen irreflexivo para imbuirse de la profunda solemnidad que le conferían sus actuales complementos.

Desde que recibiera la misiva, esa mañana, Boldwood sentía que la simetría de su existencia se distorsionaba lentamente en la dirección de una pasión ideal. La alteración fue como las primeras

algas flotantes para Colón: una despreciable pequeñez que insinuaba la posibilidades de una grandeza infinita.

La tarjeta debía tener un origen y un motivo. El hecho de que este último fuese de ínfima importancia para su propia existencia era algo que Boldwood, claro está, no sabía. Y semejante explicación no se le ocurrió siquiera como posibilidad. Es impropio en los momentos de perplejidad, para quien está perplejo, comprender que los procesos de aprobar un camino sugerido por las circunstancias y de emprenderlo a instancias de un impulso interior, son iguales en lo que a sus resultados se refiere. La enorme diferencia entre iniciar una sucesión de hechos y dirigir hacia un surco determinado una serie ya iniciada, rara vez es advertida por la persona confundida por la cuestión.

En el momento de irse a la cama, Boldwood colocó la tarjeta en una esquina del espejo. Era consciente de su presencia, aun cuando se encontraba de espaldas a ella. Jamás había ocurrido algo así en la vida de Boldwood. La misma fascinación que le hacía entenderlo como un acto ocasionado por una motivación deliberada, le evitaba considerarlo como una impertinencia. Miró de nuevo la tarjeta. Las misteriosas influencias de la noche instilaban en el texto la presencia de su desconocido autor. Alguien —una mujer— había deslizado suavemente la mano sobre el papel que llevaba su nombre; los ocultos ojos de ella habían observado cada curva de las letras, mientras el cerebro se lo había imaginado a él. ¿Y por qué habría de imaginárselo? ¿Había dibujado su boca —de labios rojos o pálidos, carnosos o agrietados— cierta expresión a medida que avanzaba la pluma, y se habrían movido las comisuras con todo su temblor natural? ¿Cuál habría sido la expresión?

La visión de la mujer escribiendo, como complemento de las palabras escritas, carecía de individualidad. Era una forma nebulosa, y bien podría serlo habida cuenta de que en ese momento dormía profundamente, ajena a todo el amor y todas las cartas bajo el cielo. Cada vez que Boldwood echaba una cabezadita, ella

coabraba una forma y cesaba por un momento de ser una visión; cuando se despertaba, allí estaba la tarjeta para justificar el sueño.

Esa noche brillaba la luna, y no era su luz la habitual. La ventana de Boldwood no admitía sino un reflejo de sus rayos, y el pálido resplandor era como el reflejo de la nieve, ascendiendo hasta iluminar el techo de un modo antinatural, proyectando sombras en lugares extraños y cubriendo de luz los lugares ocupados por las sombras.

El contenido de la tarjeta le había ocupado poco en comparación con el hecho de su llegada. Se preguntó de pronto si habría algo más en el sobre. Saltó de la cama bajo la extraña luz, cogió la tarjeta, agitó el sobre y buscó en su interior. No había nada más. Boldwood tenía el mismo aspecto que había tenido cien veces el día anterior, ante la visión del insistente sello. «Cásate conmigo», dijo en voz alta.

El solemne y reservado propietario volvió a cerrar la tarjeta y a pegarla en el marco del espejo. Al hacerlo entrevió su reflejo, pálido en su expresión e insustancial en su forma. Vio lo apretada que tenía la boca, los ojos muy abiertos y vacíos. Incomodado y molesto por su agitación, volvió a la cama.

Más tarde amaneció. Toda la fuerza del cielo claro no igualaba a la de un cielo cubierto a mediodía, cuando Boldwood se levantó y se vistió. Bajó las escaleras y se dirigió hacia la puerta de uno de los campos, situados al este, donde se apoyó y se detuvo a contemplar cuanto lo rodeaba.

Era uno de esos amaneceres lentos característicos de esa época del año, y el cielo, violeta puro en su cenit, se veía plumizo al norte y turbio al este, donde, sobre la hondonada cubierta de nieve o en los pastos de las ovejas de la Granja Alta de Weatherbury, y al parecer apoyado sobre el risco, la única mitad del sol que aún resultaba visible ardía sin rayos como una hoguera roja y desprovista de llamas sobre la piedra blanca del hogar. El efecto en su conjunto se

asemejaba más al crepúsculo, tal como la niñez se asemeja a la vejez.

En otras direcciones, los campos y el cielo tenían el mismo color a causa de la nieve, de tal suerte que era difícil determinar con una mirada apresurada dónde se encontraba el horizonte; y había en general esa misma inversión sobrenatural antes mencionada de la luz y las sombras que altera la perspectiva cuando el estridente brillo natural del cielo se advierte sobre la tierra y las sombras de la tierra se reflejan en el cielo. Al oeste colgaba la luna inútil, apagada y teñida de un color amarillo verdoso, como el latón bruñido.

Boldwood advirtió con indiferencia que el hielo había endurecido y satinado la superficie de la nieve, hasta hacerla brillar como el mármol pulido bajo la roja luz del este; que en algunas zonas de la ladera, la hierba marchita, encerrada entre carámbanos, asomaba bajo el suave y pálido manto retorciéndose y entrelazándose como el cristal de Venecia; y que las huellas de algunas aves que habían correteado sobre la nieve mientras ésta caía blanda como la lana, se habían congelado para cobrar una breve permanencia.

El sonido semiamortiguado de una ruedas interrumpió su contemplación. Boldwood se volvió hacia el camino. Era el carro del correo: un destartado vehículo de dos ruedas, apenas suficiente para resistir una ráfaga de viento. El conductor le entregó una carta. Boldwood la cogió y la abrió, esperando otro anónimo, pues en gran medida es la idea que la gente tiene acerca de la probabilidad una mera sensación de que lo anterior volverá a repetirse.

—Me parece que no es para usted, señor —dijo el cartero, al ver la actitud de Boldwood—. Aunque no va dirigida a nadie, creo que es para su pastor.

Boldwood miró entonces la dirección:

Para el nuevo pastor
Granja de Weatherbury,
Junto a Casterbridge

—¡Se trata de un error! No es para mí. Ni tampoco para mi pastor. Es para el pastor de la señorita Everdene. Será mejor que se la entregue a él. Se llama Gabriel Oak. Dígale que la he abierto por error.

Justo en ese momento, sobre el risco y contra el encendido cielo, se divisó una figura, como el humo negro en el centro de la llama de una vela. La figura se movió y comenzó a trajinar enérgicamente de un lado a otro, transportando esqueletos cuadrados a los que los rayos daban un aspecto enigmático. Una pequeña silueta, a cuatro patas, seguía a la primera. La figura alta era la de Gabriel Oak; la pequeña la de George; lo que transportaban eran vallas.

—Aguarde —dijo Boldwood—. Es ese hombre que está en la colina. Yo mismo le entregaré la carta.

Para Boldwood había dejado de ser una simple carta dirigida a otro hombre. Era una oportunidad. Con el rostro cargado de intención, se adentró en el campo nevado.

En ese momento, Gabriel bajaba por la colina hacia la derecha. El resplandor lo alcanzó entonces, extendiéndose hasta el lejano tejado de la destilería de Warren; el pastor parecía haberse agachado. Boldwood lo siguió a cierta distancia.

Capítulo XV

Un encuentro matinal — Otra vez la carta

La luz escarlata y naranja que iluminaba la destilería no penetraba en su interior, que se encontraba como de costumbre iluminado por un brillo rival de parecido tono: el que salía del horno.

El destilador, luego de echarse a descansar unas horas sin desnudarse, estaba ahora sentado a una mesa de tres patas, desayunando pan y tocino. Comía sin platos, colocando una rebanada de pan sobre la mesa y la carne encima, cubierta con una capa de mostaza y una pizca de sal, y cortaba en vertical de arriba abajo con una gran navaja hasta alcanzar la madera, empalando luego el bocado con la punta del cuchillo.

El hecho de que el destilador no tuviera dientes no parecía limitar de manera apreciable sus facultades para la masticación. Llevaba tantos años sin ellos que no le parecía un defecto carecer de dientes, ni haber endurecido tanto las encías. Daba ciertamente la impresión de acercarse a la tumba tal como una hipérbole se acerca a la línea recta, desviándose a medida que se aproxima, hasta poner en duda si alguna vez llegaría a conseguirlo.

Sobre el hogar se asaban un montón de patatas y hervía una cazuela de pan quemado, al que llamaban «café», para ofrecer a quien acertase a pasar por allí, pues la destilería de Warren era una especie de club social que se usaba como alternativa a la posada.

—Digo que hace un buen día y por la noche se pone malo —fue el comentario que llegó a la destilería desde la puerta, que acababa

de abrirse un momento antes. La silueta de Henery Fray avanzó hacia el fuego, manchando el suelo con la nieve acumulada en las botas. Ni el comentario ni la manera de entrar le parecieron en absoluto abruptos al destilador, pues en el vecindario se obviaban siempre las introducciones, tanto de palabra como de obra, y, siendo el destilador de la misma latitud, no necesitaba apresurarse en responder. Cogió un trozo de queso, pinchándolo con la navaja, tal como el carnicero ensarta las brochetas.

Llevaba un sobrio abrigo largo de lana de Kersey por encima del sayo, cuyos faldones blancos asomaban un buen trecho por debajo del abrigo, pero, una vez se acostumbraba uno a esta indumentaria, resultaba natural, incluso agradable, y desde luego era cómoda.

Matthew Moon, Joseph Poorgrass y otros carreteros le pisaban los talones, con grandes faroles colgando de las manos, pues acababan de salir de los establos, donde habían estado atareados desde las cuatro de esa mañana.

—¿Y cómo se desenvuelve ella sin capataz? —preguntó el destilador.

Henery sacudió la cabeza y esbozó una de esas sonrisas amargas que arrastraban por completo la carne de su frente hasta formar un arrugado montón en el centro.

—Lo lamentaré. ¡Seguro, seguro! —dijo—. Benjy Pennyways no era hombre de fiar, ni un capataz honrado: era un traidor como el mismísimo Judas Iscariote. ¡Pero pensar que ella puede hacerlo sola! —inclinó la cabeza hacia un lado tres o cuatro veces, en silencio—. ¡En la vida he visto cosa igual!

Todos reconocieron estas palabras como la conclusión de un discurso sombrío que sólo se había expresado mentalmente mientras Henery sacudía la cabeza; retuvo no obstante algunas muestras de desesperación en su rostro, insinuando que las necesitaría en cuanto volviese a hablar.

—Todo se irá a la ruina, y nosotros también. ¡O no se come carne en las casas de los amos! —dijo Mark Clark.

—Es una testaruda; eso es lo que es... y no va a escuchar ningún consejo. El orgullo y la vanidad han arruinado al perro de más de un zapatero. ¡Ay, señor! Cuando lo pienso me apeno como un hombre cuando está trabajando.

—Eso es verdad, Henery. Lo sé —dijo Joseph Poorgrass con voz profundamente autorizada y una sonrisa triste, como accionada por un alambre.

—A ningún mortal le vendría mal tener lo que ella tiene debajo del sombrero —dijo Billy Smallbury, que acababa de llegar, con su único diente por delante—. Habla que da gloria, y estoy seguro de que tiene juicio en alguna parte. ¿Os dais cuenta?

—Sí; pero no tenemos capataz... y yo merecía el puesto —se lamentó Henery, insinuando el derroche de talento con una mirada ausente hacia visiones de altísimos designios al parecer visibles para él en el sayo de Billy Smallbury—. Supongo que tenía que ser así. El destino es el destino, y de nada sirven las Escrituras, pues aunque hagas el bien no recibes una recompensa acorde con tus obras, sino que te la quitan mediante algún truco mezquino.

—No, no. No estoy de acuerdo —intervino Mark Clark—. Dios es un perfecto caballero en ese sentido.

—Buenas obras, buena paga; por así decir —aseveró Joseph Poorgrass.

Siguió una breve pausa, y a modo de entreacto Henery se volvió y apagó de un soplido los faroles, que gracias a la luz del día ya no eran necesarios ni siquiera en la destilería, con su única ventana.

—¿Quisiera saber para qué quiere una hacendada un clavicordio, un dulcemele, un piano, o cómo se llame ese chisme —dijo el destilador—. Liddy me ha dicho que se ha comprado uno.

—¿Un piano?

—Sí. Al parecer los trastos de su tío no tienen suficiente categoría para ella. Se lo ha comprado todo nuevo. Hay sillas sólidas para los más robustos y sillas finas para los más delgados; y

relojes de consola grandes como los de pared apoyados en la repisa de la chimenea.

—Y cuadros; la mayoría espléndidos.

—Y largos divanes de pelo de caballo para los borrachos, con almohadas de pelo de caballo en los extremos —dijo Mark Clark—. Igual que hay espejos para las mujeres guapas y libros que mienten para los malvados.

Se oyó entonces una sonora pisada en el exterior; la puerta se abrió unos quince centímetros, y alguien al otro lado exclamó:

—Vecinos, ¿hay lugar para unos corderos recién nacidos?

—Claro que sí, pastor —respondió el cónclave.

La puerta batió hasta golpear la pared, temblando de arriba abajo con el impacto. El señor Oak apareció con la cara sudorosa, vendas de heno en los tobillos para protegerse de la nieve y un cinto de cuero sobre el sayo, con aspecto de ser el epítome mundial de la salud y la fuerza. Cuatro corderos colgaban sobre sus hombros en extrañas posiciones, y el perro George, a quien Gabriel había traído de Norcombe, acechaba solemnemente detrás.

—Bueno, pastor Oak, ¿cómo van los corderos este año, si me permites la pregunta? —inquirió Joseph Poorgrass.

—Está resultando muy duro —respondió Oak—. Me he calado dos veces al día, con la lluvia o con la nieve, esta última quincena. Cainy y yo no hemos pegado ojo esta noche.

—Me han dicho que hay unos cuantos gemelos.

—Demasiados. Sí. Este año todo es muy raro. No creo que hayamos terminado para la Anunciación.

—El año pasado nacieron todos el segundo domingo antes de la Cuaresma —observó Joseph.

—Trae a los demás, Cain —dijo Gabriel—, y luego vuelve con las madres. Iré contigo en seguida.

Cainy Ball, un muchacho de rostro alegre con un pequeño orificio circular a modo de boca, se adelantó para dejar otros dos corderos, y se retiró al instante como si lo hubiesen despedido. Oak bajó los

corderos de su antinatural y elevada posición, los envolvió en heno y los dejó junto al fuego.

—Aquí no tenemos una choza para los corderos, como la que tenía yo en Norcombe —dijo Gabriel—, y es un incordio traer los más débiles a una casa. Si no fuese por usted, destilador, no sé qué haría con este tiempo. ¿Cómo le va hoy, destilador?

—Ni enfermedad ni pena, pastor; pero no soy más joven.

—Ya... entiendo.

—Siéntate, pastor Oak —continuó el anciano—. ¿Cómo andaban las cosas por Norcombe cuando fuiste a buscar a tu perro? Me gustaría volver a visitar ese lugar; pero seguro que ya no conozco a un alma.

—Supongo que no. Ha cambiado mucho.

—¿Es cierto que han derruido la sidrería de Dicky Hill?

—Ah, sí... hace años. Y la casa de Dicky, que estaba justo encima.

—¡Hay que ver!

—Sí, y el viejo manzano de Tompkins lo han arrancado de raíz, cuando daba dos toneles de sidra y sin ayuda de otros árboles.

—¿Lo han arrancado? ¡No me digas! ¡Ay, qué tiempos tan revueltos vivimos... qué tiempos tan revueltos!

—¿Se acuerda usted del pozo que había en el centro del pueblo? Pues lo han convertido en una bomba de hierro con un gran agujero de piedra, y listo.

—Hijo mío... ¡cómo cambia el rostro de las naciones, y lo que hay que ver hoy en día! Sí; y aquí pasa igual. Ahora mismo estaban hablando de las cosas tan raras que hace la señora.

—¿Qué habéis dicho? —inquirió Oak, volviéndose bruscamente hacia el resto y animándose al instante.

—La han puesto de vuelta y media, por su orgullo y vanidad —informó Mark Clark—; pero yo digo que la dejemos hacer. ¡Bendita sea su cara! ¡Cuánto me gustaría bendecir esos labios de cereza! —

El galante Mark Clark hizo entonces un peculiar y conocido chasquido con los labios.

—Mark —dijo Gabriel muy seriamente—, ten en cuenta lo que te digo. Nada de hablar de devaneos... nada de besuqueos y carantoñas... con la señorita Everdene. No lo consiento. ¿Me oyes?

—Perfectamente... ¡cómo si tuviera alguna oportunidad! —replicó cordialmente Clark.

—Supongo que habéis estado hablando mal de ella —dijo Oak, volviéndose hacia Joseph Poorgrass con cara de pocos amigos.

—No, no... nada de eso. Lo que he dicho es que es una suerte que no sea peor —dijo Joseph, temblando y sonrojándose de terror—. Matthew ha dicho...

—¿Matthew Moon, qué has dicho? —preguntó Oak.

—¿Yo? Sabes que no le haría daño a una hormiga... ni siquiera a una hormiga —dijo Matthew Moon, con aire de estar muy incómodo.

—Pues alguien ha sido... de modo que tenedlo en cuenta, vecinos. —Aunque era uno de los hombres más tranquilos y amables de la tierra, Gabriel reaccionó con prontitud y vigor marcial—. Aquí está mi puño —y colocó su puño, bastante más pequeño que una hogaza de pan, en el centro matemático de la mesita del destilador, asestando un par de puñetazos, como si quisiera asegurar que los ojos de todos captasen plenamente la idea antes de que continuara hablando—. El primero que se atreva a hablar mal de nuestra ama —levantó entonces el puño y lo dejó caer, como haría Tor con su martillo para comprobar su resistencia— sabrá lo que es este puño, o yo soy holandés.

La gravedad de los rostros de los vecinos revelaba que ni por un momento pensaron en Holanda a cuenta de esta advertencia, sino que lamentaban el malentendido que la había propiciado; y Mark Clark exclamó:

—Lo veis, lo veis... justo lo que yo había dicho.

El perro levantó la vista tras la amenaza del pastor y, aunque entendía el inglés, imperfectamente, empezó a ladrar.

—Vamos, pastor; no te lo tomes a mal y siéntate —dijo Henery, con la tranquilidad reprobatoria propia de un cristiano.

—Hemos oído decir que eres un hombre extraordinariamente bueno y listo, pastor —dijo Joseph Poorgrass muy nervioso desde detrás del catre del destilador, donde se había refugiado en busca de seguridad—. Y es cosa buena ser listo —añadió, con una serie de movimientos más relacionados con su estado de ánimo que con su cuerpo—. Ojalá nosotros también lo fuésemos, ¿verdad, vecinos?

—Desde luego —dijo Matthew Moon, dirigiendo una risa inquieta a Oak para mostrar su cordialidad a pesar de todo.

—¿Quién os ha dicho que soy listo? —preguntó Oak.

—Ha corrido la voz, como es natural —dijo Matthew—. Hemos oído decir que sabes la hora por las estrellas, como nosotros por la luna y el sol, pastor.

—Sí, de eso sé algo —dijo Gabriel, como hombre de opiniones moderadas sobre el particular.

—Y que sabes fabricar relojes de sol y grabar el nombre de la gente en sus carros como si fuera una placa de cobre, con elegantes florituras y largas colas. Es estupendo que seas tan listo, pastor. Joseph Poorgrass era quien grababa el carro del amo James Everdene antes de que tú llegaras, y nunca sabía hacia qué lado escribir las «jotas» y las «es», ¿verdad, Joseph? —Joseph sacudió la cabeza para expresar que no lo sabía en absoluto—. Y las hacías siempre al revés, ¿verdad, Joseph? —Matthew dibujó sobre el polvo del suelo con el mango del látigo:

L A M E S

—Y el amo maldecía y te llamaba tonto, ¿verdad, Joseph?, cuando veía su nombre escrito al revés —continuó Matthew Moon,

con mucho sentimiento.

—Ya lo creo que sí —dijo Joseph, dócilmente—. Pero tampoco es mía la culpa, porque es endiabladamente difícil recordar si las «jotas» y las «es» tienen que mirar a un lado o a otro, y además siempre he tenido muy mala memoria.

—Es una desgracia para ti; ya pasas bastantes calamidades por otros motivos.

—Sí que lo es; pero una feliz Providencia ha querido que las cosas no sean peores, y doy gracias por ello. En cuanto al pastor, estoy seguro de que la señorita debería nombrarlo capataz... eres el hombre indicado.

—No me importa admitir que lo esperaba —dijo Oak, hablando con franqueza—. Ésa es la verdad. Pero al mismo tiempo, creo que la señorita Everdene tiene derecho a ser la administradora, si lo desea... y a decidir que yo siga siendo un simple pastor —soltó el aire despacio, miró tristemente el horno brillante y pareció perderse en pensamientos no precisamente esperanzados.

El buen calor del fuego estimuló a los corderos casi inertes a balar y agitar enérgicamente las patas sobre el heno, reconociendo por primera vez el hecho de haber nacido. El ruido fue en aumento hasta formar un coro, mientras Oak cogía el cántaro de leche de delante del fuego y, sacándose una pequeña tetera del bolsillo del sayo, la llenaba y enseñaba a aquellas criaturas indefensas que no volverían junto a sus madres a beber del pitorro, habilidad ésta que adquirieron con asombrosa celeridad.

—He oído decir que ella ni siquiera te deja quedarte con las pieles de los corderos muertos —dijo Joseph Poorgrass, observando las operaciones de Oak con la necesaria melancolía.

—No las quiero —dijo Gabriel.

—Creo que están abusando de ti, pastor —se aventuró a decir Joseph, con la esperanza de lograr que Oak se aliase con él en sus lamentaciones—. Creo que la ha tomado contigo... eso es lo que creo.

—Ah, no... nada de eso —se apresuró a responder Gabriel, y se le escapó un suspiro que difícilmente podía ser causado por el hecho de quedarse sin las pieles de los corderos.

Antes de que fuese posible añadir ningún otro comentario, una sombra oscureció la puerta y Boldwood entró en la destilería, saludando a cada uno de los presentes con una inclinación de cabeza entre cordial y condescendiente.

—¡Ah! Oak, pensé que le encontraría aquí —dijo—. Me encontré con el cartero hace diez minutos. Me entregó una carta y la abrí sin mirar la dirección. Creo que es suya. Le ruego que disculpe el error.

—Desde luego... no tiene la menor importancia, señor Boldwood —respondió Gabriel al punto. Nadie le escribía cartas y tampoco era posible recibirlas sin que los vecinos quisieran examinar su contenido con atención.

Oak se apartó a un lado y leyó, en una caligrafía desconocida.

Estimado amigo:

No sé cuál es su nombre, pero espero que lleguen a sus manos estas líneas que le escribo para agradecer su amabilidad la noche que salí de Weatherbury de un modo tan imprudente. Le devuelvo también el dinero que le debo, y le pido disculpas por no aceptarlo como un regalo. Todo ha terminado bien, y me alegra decirle que voy a casarme con el joven que ha estado cortejándome durante algún tiempo: el sargento Troy, del Undécimo Regimiento de Dragones, ahora acuartelado en la ciudad. Sé que él se opondría a que yo lo aceptara si no es como un préstamo, pues es un hombre de gran respetabilidad y honor... De hecho tiene sangre noble.

Le quedaría muy agradecida si mantuviese por el momento en secreto el contenido de esta carta, mi querido amigo. Queremos sorprender a Weatherbury no tardando en regresar allí como marido y mujer, aunque lo cierto es que me produce rubor comunicar la noticia a alguien que es casi un desconocido.

El sargento se crió en Weatherbury. Gracias de nuevo por su amabilidad.

Con mis mejores deseos,
FANNY ROBIN

—¿La ha leído, señor Boldwood? —preguntó Gabriel—. Si no lo ha hecho, creo que debería hacerlo. Sé que a usted le preocupa Fanny Robin.

Boldwood leyó la carta y pareció muy apenado.

—¡Fanny... pobre Fanny! Ese desenlace en el que tanta confianza tiene aún no se ha producido..., debería tenerlo en cuenta. Y tal vez no llegue a producirse. Veo que no indica ninguna dirección.

—¿Qué clase de hombre es ese sargento Troy? —preguntó Gabriel.

—Ummm... Temo que no sea muy de fiar en un caso como éste —murmuró el hacendado—, aunque es un hombre listo y capaz de cualquier cosa. Es el fruto de un pequeño romance. Su madre era una gobernanta francesa, que al parecer mantenía una relación secreta con el difunto lord Severn. Se casó con un pobre médico, y poco después nació un hijo. Mientras el dinero seguía llegando, las cosas marcharon bien. Desgraciadamente para el hijo, los mejores amigos de la madre murieron, y entonces encontró un empleo como segundo ayudante de un abogado en Casterbridge. Pasó algún tiempo allí, y podría haber alcanzado una posición digna si no hubiera incurrido en la extravagancia de alistarse en el ejército. Dudo mucho de que la pequeña Fanny pueda darnos la sorpresa que anuncia, lo dudo mucho. ¡Qué chica tan tonta... qué chica tan tonta!

La puerta se abrió de nuevo apresuradamente, y por ella entró corriendo Cainy Ball, sin aliento, la boca roja y abierta, como la campana de una trompeta, tosiendo con ruidosa fuerza y gran distensión en el rostro.

—Cain Ball —dijo Oak, con severidad—, ¿por qué corres tanto y pierdes el aliento de ese modo? Te lo digo siempre. —Bueno... yo... se me ha ido el aire... por mal sitio, señor Oak, y me ha entrado tos.

—Bueno, ¿para qué has venido?

—He venido para decirle —dijo el joven pastor, descansando el cuerpo exhausto en la jamba de la puerta— que tiene que venir en seguida. Otras dos ovejas han parido gemelos... eso es lo que pasa, pastor Oak.

—Vaya —dijo Oak, dando un respingo y olvidándose por el momento de la pobre Fanny—. Has hecho bien en venir a avisarme, Cain, y un día de estos recibirás por ello un buen budín de ciruela. Pero antes de que nos vayamos, Cainy, trae el bote de alquitrán y vamos a marcar éstos, para terminar con ellos.

Oak sacó un hierro de uno de sus múltiples bolsillos, lo hundió en el bote y estampó en los flancos de los corderos las iniciales de la mujer en la que tanto le agradaba pensar: «B. E.», lo que significaba que en lo sucesivo, los corderos pertenecían a la propietaria Bathsheba Everdene, y a nadie más.

—Y ahora, Cainy, carga los tuyos y salgamos. Buenos días, señor Boldwood. —El pastor levantó las dieciséis piernas y los cuatro cuerpos que había traído y desapareció con ellos en dirección al campo, en un estado mucho más sano y esperanzador que media hora antes, cuando se encontraban a las puertas de la muerte.

Boldwood lo siguió un momento campo arriba, vaciló y se dio la vuelta. Volvió a seguirlo, movido por una resolución definitiva que impedía el regreso. Al acercarse al rincón donde se encontraba el redil, el hacendado sacó su libreta, soltó las gomas y la dejó abierta sobre su mano. Apareció una carta: la de Bathsheba.

—Quería preguntarle, Oak —dijo, con fingida despreocupación—, si reconoce usted esta letra.

Oak miró el cuaderno y, ruborizándose, respondió de inmediato.

—Es de la señorita Everdene.

Oak se sonrojó por el mero hecho de pronunciar su nombre. Sintió entonces una duda angustiosa. La carta no podía ser otra cosa que un anónimo, de lo contrario la pregunta no habría sido necesaria.

Boldwood interpretó mal la confusión de Gabriel: las personas sensibles reaccionan siempre con un «¿Qué habré hecho?», en lugar de razonar de manera objetiva.

—La pregunta es del todo justificada —explicó. Y hubo algo incongruente en la seriedad con que se empeñaba en discutir sobre una tarjeta de san Valentín—. Ya sabe que es normal hacer averiguaciones privadas. En eso reside la diversión del asunto. —Si en lugar de decir «diversión» hubiese dicho «tortura», Boldwood no habría pronunciado la palabra con mayor inhibición y expresión más inquieta.

Alejándose en seguida de Gabriel, el hombre solitario y reservado regresó a su casa para desayunar, sintiendo punzadas de vergüenza y remordimiento por haber revelado su estado de ánimo a un extraño con tan febriles preguntas. Colocó de nuevo la tarjeta sobre la repisa de la chimenea, y se sentó a pensar en las circunstancias del caso a la luz de la información de Gabriel.

Capítulo XVI

Todos los Santos y Todos los Difuntos

Una pequeña congregación, formada principalmente por mujeres y niñas, se levantó esa mañana, luego de haber estado arrodillada en la húmeda nave de una iglesia llamada de Todos los Santos, en la lejana ciudad-cuartel de la que ya se ha hablado, tras asistir a un servicio en el que no hubo sermón. A punto estaban de dispersarse cuando un ruido de secas pisadas, que entraron por el pórtico y avanzaron por el pasillo central, llamó su atención. El eco metálico de aquellos pasos resultaba extraño en una iglesia; era el tintineo de unas espuelas. Todos se volvieron a mirar. Un joven soldado, vestido con uniforme rojo, los tres galones de sargento en la manga, recorría la nave con un pudor aún más acentuado por el vigor de sus pisadas y la clara determinación de no mostrar expresión alguna en el rostro. Un ligero rubor cubrió sus mejillas al saberse observado por aquellas mujeres, no obstante lo cual, pasó bajo el arco del coro y no se detuvo hasta alcanzar la barandilla del altar. Allí quedó inmóvil un momento.

El sacerdote que oficiaba el servicio, que aún no se había quitado la túnica, reparó en el recién llegado y lo siguió hasta el lugar donde se dispensaba la eucaristía. Le susurró algo al soldado, le hizo señas al actuario, quien a su vez le susurró algo a una anciana, al parecer su mujer, y ambos subieron también las escaleras del altar.

—¡Es una boda! —murmuró una de las mujeres—. Vamos a esperar.

La mayoría volvió a sentarse.

Se oyó un crujir de máquinas detrás, y algunos de los jóvenes volvieron la cabeza. De la cara interior del muro oeste de la torre sobresalía un pequeño baldaquín, en el que cada cuarto de hora aparecía un autómeta con una campanita debajo, accionado por el mismo mecanismo del reloj que hacía sonar la gran campana de la torre. Entre la torre y la iglesia había una cortina y una puerta que se mantenía cerrada durante el servicio, ocultando el grotesco reloj. En ese momento, empero, la puerta se abrió, y la aparición del hombrecillo, el tañido de la campana y la posterior retirada del autómeta a su rincón, resultaron visibles para muchos de los presentes y audibles en toda la iglesia.

El reloj acababa de dar las once y media.

—¿Dónde está la novia? —susurraban algunos de los espectadores.

El joven sargento se sentó y permaneció inmóvil, tan rígido como las columnas que lo rodeaban. Miró hacia el sureste y quedó tan callado como quieto estaba.

El silencio se hizo más ostensible a medida que pasaban los minutos sin que apareciese nadie y sin que se moviese un alma. El traqueteo del autómeta al salir de su nicho, sus campanadas de los tres cuartos y su nerviosa retirada, sobrevinieron con brusquedad casi dolorosa, ocasionando que muchos de los congregados se sobresaltaran visiblemente.

—¿Dónde estará la novia? —susurró de nuevo una voz.

Dio comienzo entonces ese ligero movimiento de pies y esa tos artificial que delata una nerviosa espera. Finalmente se oyó una risita ahogada. Pero el soldado no se movió. Permaneció en pie, el rostro vuelto hacia el sureste, erguido como una columna, la gorra en la mano.

Se oía el tic-tac del reloj. Las mujeres se despojaron de su nerviosismo, y las risitas se hicieron más frecuentes. Sobrevino a continuación un silencio sepulcral. Todos aguardaban el desenlace. Algunos tal vez reparasen en cuán extraordinariamente el anuncio de los cuartos de hora parecía acelerar el paso del tiempo. Costaba creer que el autómatas no se hubiese equivocado con los minutos cuando volvió a oírse el ruido mecánico, apareció la marioneta y sonaron los cuatro cuartos con la misma irregularidad que anteriormente. Casi podía tenerse la certeza de que había una sonrisa lasciva en el rostro del hombrecillo mecánico, y un malicioso deleite en sus movimientos. Sonaron entonces, sordas y distantes, las doce campanadas en lo alto de la torre. Las mujeres estaban impresionadas, y no hubo esta vez risitas.

El sacerdote se escabulló en la sacristía, y el alguacil desapareció. El sargento aún no se había dado la vuelta; todas las mujeres presentes en la iglesia esperaban para ver su cara, y él parecía saberlo. Finalmente se volvió y recorrió la nave con decisión, enfrentándose a todas, apretando los labios. Dos ancianos encorvados y sin dientes intercambiaron una mirada y soltaron una risita inocente que sonó extraña en aquel lugar.

Frente a la iglesia había una plaza adoquinada en torno a la cual varios edificios de madera bastante antiguos proyectaban una pintoresca sombra. El joven salió de la iglesia y se dispuso a cruzar la plaza, cuando, en el centro, se encontró con una mujer menuda. Había en el rostro de ella una expresión de profunda angustia que se tornó casi en terror al verlo a él.

—¿Y bien? —preguntó el sargento, conteniendo la ira y mirándola fijamente.

—¡Ay, Frank! ¡Me he equivocado! Creía que la iglesia de la aguja era la de Todos los Santos, y he estado esperando en la puerta desde las once y media, como tu dijiste. Esperé hasta las doce menos cuarto y entonces me di cuenta de que era la iglesia de

Todos los Difuntos. Pero tampoco me preocupé demasiado, porque pensé que igualmente podría ser mañana.

—Eres tonta, por burlarte de mí de esa manera. No digas nada más.

—¿Nos casaremos mañana, Frank? —preguntó ella, desconcertada.

—¡Mañana! —exclamó él, soltando una áspera carcajada—. Creo que no volveré a pasar por esto durante algún tiempo. ¡Te lo garantizo!

—¡Tampoco es para tanto! —se excusó ella, con voz temblorosa—. ¿Cuándo, entonces, querido Frank?

—¿Cuándo? ¡Dios sabe cuándo! —dijo, con ligera ironía, y dándose la vuelta se alejó rápidamente.

Capítulo XVII

En el mercado

El sábado, Boldwood se encontraba como de costumbre en el mercado de Casterbridge cuando apareció la perturbadora de sus sueños. Adán había sido despertado de su profundo sueño y ¡atención!, allí estaba Eva. Boldwood hizo acopio de valor y se atrevió a mirarla de verdad por primera vez.

Las causas materiales y los efectos emocionales no pueden disponerse en una ecuación regular. El resultado del capital invertido en la producción de cualquier movimiento de naturaleza mental es a veces tan tremendo como diminuta y absurda es su causa. Cuando las mujeres están de un humor imprevisible, su habitual intuición, ya sea por descuido o por defecto inherente, no parece ser capaz de enseñarles esto, y hete aquí que Bathsheba estaba ese día destinada a dejarse asombrar.

Boldwood la miró —no con malicia, ni con crítica, ni con comprensión, sino con expresión ausente, tal como el cosechador mira al tren que pasa— como si fuera un ser extraño, y sin embargo vagamente comprendido. Las mujeres siempre habían sido para él fenómenos remotos más que complementos necesarios, cometas de aspecto, movimiento y permanencia tan inciertos que jamás se había sentido en la obligación de considerar si sus órbitas eran tan geométricas, inmutables y estaban tan sujetas a ciertas leyes como la suya propia, o bien eran tan absolutamente erráticas como parecían a simple vista.

Contempló el pelo negro de Bathsheba, las perfectas curvas de su rostro y su perfil, y la redondez de su barbilla y su garganta. Se fijó luego en sus párpados, ojos y pestañas, y en la forma de su oreja. Por último observó su figura, su falda y hasta las suelas de sus zapatos.

Boldwood la encontraba hermosa, pero se preguntaba si no se equivocaría, pues parecía imposible que aquella personificación del amor, si en verdad era tan dulce como él imaginaba, no hubiera provocado una conmoción de placer entre los hombres y creado más dudas de lo que había hecho Bathsheba, y eso que no era poco lo que había hecho. A juicio de Boldwood, ni la naturaleza ni el arte podían mejorar a ese ser perfecto entre muchos imperfectos. El corazón empezó a latirle con fuerza. Conviene recordar que, pese a tener cuarenta años, nunca se había fijado en una mujer con toda la atención y fuerza de su mirada; las mujeres sólo habían llegado a sus sentidos de una manera amplia y general.

¿De verdad era hermosa? No estaba seguro de que su opinión fuese cierta. Le preguntó a un vecino:

—¿La señorita Everdene es considerada atractiva?

—Desde luego; todo el mundo se fijó en ella cuando vino por primera vez. Una muchacha muy atractiva.

Nunca recibe un hombre con mayor credulidad las opiniones favorables sobre la belleza de una mujer como cuando está medio enamorado o completamente enamorado de ella; hasta la palabra de un niño sobre el particular tiene tanto peso como la de un académico. Boldwood se sintió entonces satisfecho.

Y aquella encantadora mujer le había dicho «Cásate conmigo». ¿Por qué habría hecho algo tan extraño? La ceguera de Boldwood ante la diferencia entre aceptar lo que sugieren las circunstancias y propiciar lo que no sugieren, casaba bien con la insensibilidad de Bathsheba hacia las consecuencias posiblemente importantes de un comienzo sin importancia.

En ese momento, Bathsheba negociaba fríamente con un joven y apuesto hacendado, cuadrando cuentas con él con tanta indiferencia como si su rostro fueran las páginas de un libro de asientos. Era evidente que el joven carecía del menor atractivo para una mujer como Bathsheba. Pero Boldwood ardía de celos de la cabeza a los pies; acababa de cruzar el umbral del «infierno del amante herido». Su primer impulso fue acercarse e interponerse entre ellos. Sólo tenía un modo de hacerlo: solicitar ver una muestra de su trigo. Renunció a la idea. No podía pedirselo; ponerse a comprar y vender suponía envilecer todo el encanto, y desentonaba con la idea que tenía de ella.

Bathsheba era consciente en todo momento de haber derribado al fin aquella majestuosa fortaleza. Se daba cuenta de que los ojos de Boldwood la seguían a todas partes. Era una victoria; y, de haberse producido naturalmente, esa victoria le habría resultado aún más dulce, precisamente por su demora. Pero todo había ocurrido por no saber encauzar su ingenio, y no valía más para ella que una flor artificial o una fruta de cera.

Como mujer con buena capacidad de raciocinio sobre cuestiones que no afectasen a su corazón, Bathsheba se arrepentía sinceramente de que un capricho del que tan culpable era ella como Liddy, hubiese alterado la tranquilidad de un hombre al que respetaba demasiado para burlarse de él deliberadamente.

Ese día se propuso pedirle perdón en cuanto volviese a encontrarse con él. Lo malo del plan es que si él realmente creía que ella lo había puesto en ridículo, las disculpas no harían sino acrecentar la ofensa, al no ser tomadas en serio; y si pensaba que ella quería que la cortejase, sería una muestra más de su descaro.

Capítulo XVIII

Boldwood reflexiona — Lamentaciones

Boldwood era el propietario de la llamada Little Weatherbury Farm, y guardaba con la aristocracia el parentesco más próximo del que podía jactarse este remoto rincón de la parroquia. Desconocidos de elegante condición, fieles al dios de su ciudad y obligados por azar a permanecer tan sólo un día en aquel apartado lugar, oían el sonido de una calesa y rezaban para encontrarse con algún miembro de la buena sociedad, siquiera fuese un lord solitario o un señor del lugar, pero no era sino el hacendado Boldwood que salía de buena mañana. Volvían a oír más tarde el sonido de las ruedas y se animaban, presas de una gran expectación: pero no era sino el hacendado Boldwood que regresaba a casa.

Su vivienda se encontraba alejada del camino, y los establos, que son a una granja lo que el fuego del hogar es a una estancia, se hallaban detrás, perdidos entre arbustos de laurel. Al otro lado de la puerta azul, abierta en su mitad inferior, se veían a esa hora los lomos y las colas de media docena de caballos abrigados y satisfechos en sus cuadras, alternándose los ruanos con los zainos hasta formar una especie de arco morisco, y trazando sus colas una línea descendente en el centro de cada arco. Un poco más arriba, y ocultas a quien mirase desde la luz del exterior, las bocas de los animales preservaban su calor y su reciedumbre, triturando sonoramente grandes cantidades de avena y heno. La inquieta y sombría figura de un potro deambulaba en una cuadra al fondo, de

tal modo que al rechinar constante de los dientes se sumaba de cuando en cuando el chasquido de una cuerda o el estampido de un casco.

Paseando arriba y abajo junto al calcañal de los animales se encontraba el propio Boldwood. Las cuadras eran a un tiempo su almoneda y su claustro: allí, luego de ocuparse de la alimentación de sus cuadrúpedos, el soltero paseaba y meditaba desde la caída de la tarde hasta que los rayos de la luna entraban por las ventanas cubiertas de telarañas, o hasta que una oscuridad total envolvía la escena. Su robusta complexión se revelaba ahora con mayor claridad que entre el gentío y el bullicio de la lonja. Durante su meditativo paseo, el pie apoyaba en el suelo dedos y talón al mismo tiempo, y su rostro agradable, de tinte encarnado, se inclinaba hacia abajo lo suficiente para oscurecer la boca serena y la barbilla amplia y redondeada, aunque prominente. Unas cuantas líneas, claras y horizontales como hebras eran lo único que interrumpía la superficie lisa de su ancha frente.

Era la de Boldwood una vida totalmente ordinaria, mas no así su naturaleza. Esa serenidad, que chocaba a quienes ocasionalmente la observaban más que ningún otro rasgo de su carácter o sus costumbres, y que parecía fruto del agotamiento, bien podría ser un perfecto equilibrio de poderosas fuerzas antagónicas en la búsqueda de un ajuste adecuado entre lo positivo y lo negativo. Cuando su equilibrio se veía alterado, caía de inmediato en uno u otro extremo. Cuando una emoción se apoderaba de él, lo gobernaba por completo; y siempre había en su ánimo un sentimiento latente que no llegaba a dominarlo. Podía quedar bloqueado o mostrarse veloz, pero nunca era lento. O se le hería de muerte, o no se le alcanzaba.

No había en su constitución ligereza o descuido, ni para bien ni para mal. Riguroso en sus líneas de acción, flexible en los detalles, se tomaba muy en serio todas las cosas. No veía el lado absurdo de las locuras de la vida, y por ende, pese a no ser una compañía grata

para hombres frívolos y socarrones, y para aquellos que en todo ven el lado bufonesco de la vida, en modo alguno desagradaba a los más serios y familiarizados con el dolor. Como hombre que interpretaba con seriedad los dramas de la vida, si bien no lograba complacer cuando de comedias se trataba, no podía tachársele de banal cuando éstas terminaban en tragedia.

Lejos estaba Bathsheba de saber que ese personaje oscuro y silencioso sobre el que tan irreflexivamente había arrojado una simiente era un semillero de intensidad tropical. De haber conocido el talante de Boldwood, su culpa habría sido aterradora e indeleble la mancha sobre su corazón. Y más aún, de haber intuido su poder sobre aquel hombre, para lo bueno y para lo malo, habría temblado ante su responsabilidad. Por fortuna para el momento presente y por desgracia para su futura tranquilidad, su comprensión aún no le había revelado quién era Boldwood. Nadie lo sabía a ciencia cierta, pues si bien era posible intuir sus asombrosas facultades a partir de antiguas marcas de la marea apenas visibles, jamás se le había visto en el momento de la crecida que las había producido.

Boldwood se acercó hasta la puerta del establo y miró hacia los campos. Más allá del primer recinto había un seto y al otro lado un prado que pertenecía a la granja de Bathsheba.

Acababa de empezar la primavera: el momento de subir a los pastos con las ovejas, para que se alimentasen por primera vez antes de la siega. Los vientos, que desde hacía semanas soplaban del este, habían rolado hacia el sur, y la primavera se había instalado bruscamente, casi sin previo aviso. Era esa época del cuarto vernal en la que imaginamos a las dríades saliendo de su sueño. El mundo vegetal despierta y crece, la savia fluye, hasta que en el silencio absoluto de jardines solitarios y plantaciones inexploradas, donde todo parece inerte y mudo tras el yugo y la esclavitud de la helada, hay bullicio, tensión, embestidas colectivas y tirones todos a una; comparada con esto, la poderosa fuerza de

las grúas y las poleas en una ciudad ruidosa no es sino un esfuerzo de pigmeos.

Boldwood divisó tres figuras en los lejanos prados. Eran las de la señorita Everdene, el pastor Oak y Cainy Ball.

La figura de Bathsheba brilló en los ojos del hacendado, iluminándolo como la luna ilumina una gran torre. El cuerpo de un hombre es como el caparazón o el esqueleto de su alma, ya sea reservado o ingenuo, expansivo o callado. Hubo en Boldwood un cambio respecto a su natural impassibilidad, y en su rostro se adivinaba que no era ésta la primera vez que vivía sin control sobre sus defensas y con temor a la exposición. Eso es lo que habitualmente experimentan los caracteres fuertes cuando aman.

Había llegado finalmente a una conclusión. Acercarse hasta allí y abordarla sin reparos.

El aislamiento en el que había vivido su corazón durante tantos años, sin vías de ninguna clase para la emoción, había dejado su huella. Más de una vez se ha señalado que las motivaciones del amor son principalmente subjetivas, y Boldwood era la prueba viviente de la veracidad de tal aserto. No tenía una madre en la que depositar su devoción, una hermana para manifestar su ternura, ni relaciones triviales para sus sentidos. Y se había dejado sobrecargar por la mezcla de todo ello, que era el auténtico amor de amante.

Se acercó hasta la cancela del prado. Al otro lado, la tierra se llenaba de melodías de ondas, y el cielo de alondras; el sordo lamento de la manada se mezclaba con ambas. El ama y el pastor estaban ocupados en trasladar un cordero, operación necesaria siempre que una hembra perdía su cría, que era sustituida por uno de los gemelos de otra oveja. Gabriel había desollado el cordero muerto y cubría con su piel el cordero vivo del modo acostumbrado, mientras Bathsheba mantenía abierto el pequeño redil que albergaría a la madre y el cordero suplente para que siguiesen allí

hasta que la oveja manifestase un mínimo de afecto por la joven criatura.

Bathsheba levantó la vista para observar el final de la maniobra y vio al hacendado junto a la cancela, bajo un sauce en plena floración. Gabriel, para quien el rostro de Bathsheba era como la gloria incierta de un día de abril, se mostraba atento al menor de sus cambios, y al punto captó en él la marca de cierta influencia exterior que cobró la forma de un intenso y tímido rubor. Gabriel se volvió entonces y vio a Boldwood.

Relacionando de inmediato estos síntomas con la carta que Boldwood le había mostrado, Gabriel sospechó que por tales medios había iniciado Bathsheba algún coqueteo, continuándolo desde entonces, no sabía cómo.

Boldwood detectó que eran conscientes de su presencia, y esta percepción cayó como un exceso de luz sobre su nueva sensibilidad. Seguía en el camino, sin cruzar la cancela, y pensó que si se marchaba nadie sospecharía que su intención original era entrar en el campo. Pasó de largo con una profunda y abrumadora sensación de ignorancia, timidez y duda. Tal vez había advertido en Bathsheba indicios de que deseaba verlo; tal vez no. No sabía leer en una mujer. La intriga de esta filosofía erótica parecía consistir en significados sutilísimos expresados de engañosas maneras. Cada giro, mirada, palabra y acento contenían un misterio enteramente distinto de su origen evidente, y hasta ese momento él no había ponderado estos detalles.

En cuanto a Bathsheba, no se dejaba engañar por la creencia de que el hacendado Boldwood pasaba por allí casualmente o llevado por sus ocupaciones. Sopesó las posibilidades del caso y concluyó que ella era la causa de la aparición de Boldwood. Le preocupaba sobremanera comprobar cuán grande era la llama que un pequeño reguero de pólvora podía prender. Bathsheba no era una intrigante en busca de marido, ni jugaba con los sentimientos de los hombres, y la posibilidad de que pudiese considerársela una coqueta habría

sido una gran sorpresa para ella, pues Bathsheba era todo lo contrario y al mismo tiempo justo lo que se supone que ha de ser una coqueta.

Decidió que nunca más, ni con miradas ni con señal alguna, interrumpiría el flujo natural de la vida de aquel hombre. Pero la decisión de evitar un mal rara vez se toma hasta que el mal está tan avanzado que resulta imposible evitarlo.

Capítulo XIX

El baño de las ovejas — La petición

Boldwood se decidió finalmente a visitar a Bathsheba. No estaba en casa. «Claro que no estaba», se dijo. Al contemplar a Bathsheba como mujer, había olvidado los pormenores de su posición como agricultora, el hecho de que siendo una hacendada de cierta importancia, como lo era él, sus ocupaciones la mantendrían fuera de casa en esa época del año. Estos y otros errores de los que Boldwood era responsable eran naturales dado su estado de ánimo, y aún lo eran más dadas las circunstancias. Todo lo que tanto ayuda a idealizar el amor se daba cita en este caso: verla sólo de lejos y de tarde en tarde, no tener trato social con ella; que hubiera familiaridad visual, pero no contacto verbal. Los pequeños detalles humanos quedaban fuera de la vista; las trivialidades que en tan gran medida configuran la vida y los actos terrenales quedaban disimuladas por el hecho de que amante y amada no se encontrasen, y difícilmente se despertaba en Boldwood el pensamiento de que ella pudiera vivir una triste realidad cotidiana o que, como todo el mundo, tuviera momentos banales, pues no verla significaba recordarla de un modo más hermoso. Y así tuvo lugar en su fantasía una ligera apoteosis, mientras Bathsheba vivía y respiraba en el horizonte de un ser atormentado como él.

Era final de mayo cuando el hacendado resolvió no dejarse intimidar por pequeñeces ni distraerse por la incertidumbre. Para entonces se había acostumbrado ya a estar enamorado; la pasión lo

sobresaltaba menos, aun cuando lo torturaba más, y se sentía más a la altura de las circunstancias. Cuando preguntó por ella en casa le dijeron que estaba bañando las ovejas, y fue en su busca.

La alberca donde se sumergía a los animales era una estructura de ladrillo circular llena de agua clara, construida en mitad de los prados. Su vítrea superficie, donde se reflejaba el cielo claro, debía ser visible para los pájaros en vuelo desde muchos kilómetros a la redonda, como el brillante ojo de un Cíclope en un rostro verde. La hierba que en esa época del año crecía en los márgenes era una visión inolvidable, pese a su sencillez. Sus esfuerzos por succionar la humedad de la tierra empapada y fértil eran un proceso casi observable. Los ondulados pastos se extendían en los alrededores de la vega, y lo que no eran ranúnculos eran margaritas. El río se deslizaba silencioso como una sombra, las altas cañas y las juncias formaban una empalizada flexible en la orilla húmeda. Al norte del prado había árboles con las hojas frescas, tiernas y húmedas, no endurecidas y rígidas por el sol y la sequía estival, las amarillas junto a las verdes, las verdes junto a las amarillas. Desde los recovecos del follaje, el estridente canto de tres cucos resonaba en el aire tranquilo.

Boldwood bajaba meditando por la ladera con la mirada puesta en las botas, que el polen amarillo de los ranúnculos había cubierto con artísticas gradaciones. Un afluente del río principal fluía a través de la alberca mediante un orificio de entrada y otro de salida abiertos en extremos opuestos de su perímetro. El pastor Oak, Jan Coggan, Moon, Poorgrass, Cain Ball y algunos otros se hallaban allí reunidos, calados hasta los huesos, y Bathsheba observaba la escena con un traje de montar nuevo —el más elegante que jamás había tenido— y las riendas de su caballo enrolladas en el brazo. Botellones de sidra yacían desperdigados sobre la hierba. Coggan y Matthew Moon, apostados junto al orificio inferior y sumergidos hasta la cintura, introducían en la alberca las mansas ovejas. Gabriel, subido en el borde, las sujetaba por debajo mientras

nadaban con una especie de muleta que servía también para ayudar a los animales exhaustos cuando la lana se empapaba y empezaban a hundirse. Las colocaban a contracorriente junto al orificio superior, para que el agua arrastrase las impurezas. Cainy Ball y Joseph, que eran los encargados de realizar esta última operación, estaban aún más empapados si cabía; parecían delfines bajo una fuente, y de cada bulto y ángulo de su ropa chorreaba un pequeño reguero.

Boldwood se acercó y le dio los buenos días a Bathsheba con tanta contención que ella no pudo sino pensar que se presentaba allí por algún asunto propio y con la esperanza de no encontrarse con ella; su frente se le antojó severa y su mirada desdeñosa. Bathsheba se las ingenió para retirarse de inmediato, y se alejó por la orilla del río. Oyó pisadas que aplastaban la hierba y tuvo la conciencia de que el amor la envolvía como un perfume. En lugar de volverse o esperar, se adentró entre las altas juncias, pero Boldwood parecía determinado, y la siguió hasta que hubieron pasado el recodo del río. Desde allí, sin ser vistos, oían el chapoteo y los gritos de quienes seguían bañando las ovejas.

—¡Señorita Everdene! —llamó el hacendado.

Bathsheba tembló, se dio la vuelta y dijo:

—Buenos días.

El tono de Boldwood no coincidía en absoluto con lo que ella había esperado como comienzo. Tenía un acento tranquilo y quedo, un énfasis pleno de significado que sin embargo no llegaba a expresarse. El silencio tiene a veces el notable poder de revelarse como el alma incorpórea del sentimiento que vaga sin su envoltura y resulta entonces más impresionante que las palabras. Del mismo modo en que diciendo sólo un poco a menudo se dice más que diciendo demasiado. Boldwood lo dijo todo con esas dos palabras.

Y así como la conciencia se amplía y constata que lo que uno imaginaba como un estruendo de ruedas es la reverberación del trueno, tuvo Bathsheba conocimiento de su intuitiva convicción.

—Me pesa... casi demasiado... pensar —dijo, con solemne sencillez—. He venido a hablarle sin preámbulos. Mi vida no es la misma desde que la vi por primera vez, señorita Everdene... He venido a pedirla en matrimonio.

Bathsheba intentó conservar una expresión del todo neutral, limitándose a cerrar los labios que antes tenía ligeramente entreabiertos.

—Tengo cuarenta y un años —continuó Boldwood—. Puede que me hayan tomado por un soltero empedernido, y he sido un soltero empedernido. Nunca me vi como marido cuando era joven, ni he hecho cálculo alguno sobre el particular siendo ya adulto. Pero todos cambiamos, y mi cambio se ha producido al verla a usted. Durante las últimas semanas he sentido cada vez con mayor fuerza que mi vida actual no vale nada en ningún sentido. Quiero que sea usted mi esposa, por encima de todo.

—Me parece, señor Boldwood, que aunque lo respeto mucho, no siento por usted... lo que justificaría... que aceptase su ofrecimiento —balbució Bathsheba.

Este intercambio de dignidad pareció abrir las compuertas del sentimiento que Boldwood hasta entonces no había abierto.

—Mi vida sin usted es una carga —exclamó en voz baja—. Quiero... quiero que me permita decirle que la quiero una y otra vez.

Bathsheba no respondió, y la yegua sobre la que iba montada parecía tan impresionada que en lugar de mordisquear la hierba levantó la vista.

—Creo y espero importarle lo suficiente para que escuche lo que tengo que decirle.

El primer impulso de Bathsheba al oír estas palabras fue preguntar por qué pensaba tal cosa, hasta que recordó que, lejos de ser una pretensión por parte de Boldwood, no era sino la consecuencia natural de una reflexión seria basada en las engañosas premisas de su propio ofrecimiento.

—Me gustaría saber halagarla —continuó el hacendado en tono más resuelto—, y dar una forma agradable a mis toscos sentimientos, pero no tengo ni capacidad ni paciencia para aprender tales cosas. La quiero por esposa... con tanta intensidad que no hay en mí cabida para ningún otro sentimiento. Y no le habría dicho nada si usted no me hubiese dado esperanzas.

«¡Otra vez la tarjeta! ¡Ay, esa tarjeta!», se dijo para sus adentros, pero sin dirigirle una palabra a Boldwood.

—Si puede usted amarme, señorita Everdene, dígalo. De lo contrario... no diga que no.

—Señor Boldwood, es doloroso tener que decir que estoy tan sorprendida que no alcanzo a responderle con propiedad y respeto... Sólo puedo hablarle de mis sentimientos... quiero decir de mis intenciones. Temo que no puedo casarme con usted, por mucho que lo respete. No estoy a la altura de su dignidad, señor.

—¡Pero señorita Everdene!

—Yo... yo no... no debería haberle enviado esa tarjeta. Perdóneme, señor. Es una licencia que ninguna mujer que se respete a sí misma debería permitirse. Si al menos pudiera usted perdonar mi irreflexión, le prometo que nunca más...

—No, no, no. ¡No lo llame irreflexión! Déjeme creer que ha sido algo más... que ha sido una especie de instinto profético... el principio del sentimiento de que usted podría llegar a amarme. Me tortura cuando dice que lo hizo sin pensar. En ningún momento lo he visto así, y no puedo soportarlo. ¡Ojalá supiera conquistarla! Pero no sé... sólo puedo preguntarle si al menos me aprecia. En caso contrario, y si no es cierto que usted se ha acercado a mí sin pensarlo, igual que yo, no puedo decir nada más.

—No estoy enamorada de usted, señor Boldwood... tengo que decírselo. —Permitió por primera vez que una leve sonrisa iluminase su rostro grave, y la blanca hilera de dientes, los labios bien perfilados, insinuaron una crueldad que sus amables ojos contradijeron de inmediato.

—Le suplico que piense... con amabilidad y condescendencia... si no me soporta como marido. Temo ser demasiado viejo para usted, pero créame que la cuidaré mucho mejor que cualquier hombre de su misma edad. La protegeré y la mimaré con todas mis fuerzas... ¡lo prometo! No tendrá usted que preocuparse de nada... no pasará estrecheces, y podrá vivir con toda comodidad, señorita Everdene. Un hombre se ocupará del quehacer diario, puedo permitírmelo, y usted no tendrá que salir de casa en la época de la siega, ni pensar en el tiempo cuando llegue el momento de la cosecha. He conservado este calesín porque es el que conducían mis pobres padres, pero si no le gusta lo venderé para comprarle un carruaje y un poni. No alcanzo a decirle hasta qué punto la veo a usted por encima de cualquier otra idea o cualquier otro objeto sobre la tierra. Sólo Dios sabe... ¡lo mucho que usted significa para mí!

Bathsheba tenía un corazón joven, y rebosaba simpatía por aquel hombre de fuerte personalidad que se expresaba de un modo tan sencillo.

—No diga eso, por favor. No soporto que usted sienta tantas cosas y yo no sienta nada. Y temo que todo el mundo se fije en nosotros, señor Boldwood. ¿Lo dejará estar por el momento? No puedo pensar con claridad. No esperaba que usted me dijera todo esto. ¡Soy ruin por haberle hecho sufrir así! —Se sentía amedrentada y nerviosa ante la vehemencia de Boldwood.

—Dígame al menos que su negativa no es definitiva. Que no me rechaza rotundamente.

—No puedo hacer nada. No puedo responder.

—¿Puedo volver a hablarle de este asunto?

—Sí.

—¿Puedo pensar en usted?

—Sí. Supongo que puede pensar en mí.

—Y albergar la esperanza de conquistarla.

—No... no espere nada. Deje que las cosas marchen por sí solas.

—Iré a verla mañana.

—No... por favor. Deme tiempo.

—De acuerdo... le daré tiempo —dijo con sinceridad y agradecimiento—. Ahora me siento más feliz.

—¡No... se lo suplico! No se sienta más feliz si esa felicidad es sólo fruto de mi aceptación. ¡Sea usted ecuánime, señor Boldwood! Necesito pensar.

—Esperaré —dijo él.

Ella se dio la vuelta. Boldwood clavó su mirada en el suelo y la mantuvo allí como un hombre que no sabe dónde está. La realidad volvió entonces a él como el dolor de una herida recibida en un momento de enardecimiento que lo eclipsa todo, y también él siguió su camino.

Capítulo XX

Perplejidad — El esquiteo — Una disputa

—Es de lo más generoso y amable al ofrecerme todo cuanto puedo desear —musitó Bathsheba.

Pero el hacendado Boldwood, bien por su naturaleza amable o por todo lo contrario, no estaba dando muestras de amabilidad en este caso. Los más insólitos ofrecimientos del amor más puro son enteramente egoístas, y no hay en ellos generosidad alguna.

Bathsheba, que en ningún caso estaba enamorada de él, debía considerar su ofrecimiento con calma. Era éste un ofrecimiento que muchas mujeres de los contornos, de su misma condición, aceptarían con entusiasmo y publicarían con orgullo. Desde cualquier punto de vista, desde el político hasta el pasional, era deseable que ella, una muchacha solitaria, se casase, y que lo hiciera con un hombre serio, adinerado y respetable como aquél. Vivía cerca de ella; su posición era más que suficiente; sus cualidades incluso excedían las expectativas. Si Bathsheba hubiese sentido, cosa que no ocurría, algún deseo de matrimonio en abstracto, habría sido una insensatez rechazar a Boldwood, como mujer que solía recurrir a su buen juicio para liberarse de sus caprichos. Boldwood era un candidato excepcional: ella lo estimaba y lo apreciaba, aunque no lo quisiera. Suele ocurrir que los hombres corrientes se casan porque la posesión no es posible fuera del matrimonio, y que las mujeres corrientes los aceptan porque el matrimonio no es posible sin posesión. Aunque con objetivos

claramente distintos, el método es el mismo en ambos casos. Pero este incentivo estaba ausente en el caso de Bathsheba. Además, su posición como dueña y señora de una granja y una casa, era para ella una novedad que aún no había perdido su atractivo.

Fue presa de una inquietud que en cierto sentido hablaba en su favor, pues pocos la habrían experimentado. Más allá de las razones ya expuestas para combatir sus objeciones, tenía la fuerte sensación de que, al haber iniciado el juego, debía por honradez aceptar las consecuencias. Pero su recelo no se disipaba. Se decía por igual que era una falta de generosidad no casarse con Boldwood, y al mismo tiempo que no podía hacerlo para salvar su propia vida.

Bathsheba tenía un carácter impulsivo bajo una apariencia reflexiva. Era una Isabel en lo cerebral y una María Estuardo en lo espiritual, y a menudo emprendía acciones de lo más temerarias con extrema discreción. Muchos de sus pensamientos eran silogismos perfectos: por desgracia nunca pasaban de ser pensamientos. Sólo algunos eran suposiciones irracionales, mas, tristemente, eran precisamente éstos los que con mayor frecuencia terminaban dando paso a los actos.

El día siguiente a la declaración se encontró con Gabriel Oak en un rincón del jardín, afilando las tijeras para esquilar a las ovejas. En todas las granjas circundantes se repetía más o menos la misma operación: un sonido chirriante se esparcía por el cielo desde todos los rincones del pueblo, como en una armería antes de la batalla. La paz y la guerra se besan en sus horas de preparación: hoces, guadañas, tijeras de esquila y tijeras de poda se situaban a la altura de las espadas, bayonetas y lanzas, en su común búsqueda de filo y punta.

Cainy Ball accionaba la manivela de la muela con un melancólico movimiento de cabeza ascendente y descendente, como una sierra, cada vez que la rueda giraba. Oak se hallaba de pie junto a él, con un aire parecido al de Eros tal como se le representa afilando sus

flechas: su figura ligeramente inclinada, el peso del cuerpo cargado sobre las tijeras y la cabeza ladeada, rematando su expresión con los labios apretados y los párpados contraídos.

Apareció el ama, y los miró en silencio por espacio de un par de minutos; luego dijo:

—Cain, ve al prado bajo y trae a la yegua zaina. Yo me ocuparé de la manivela. Quiero hablar contigo, Gabriel.

Cain se marchó y Bathsheba accionó la muela. Gabriel había levantado la vista, enormemente sorprendido y conteniendo el gesto, y había vuelto a bajarla. Bathsheba giró la manivela y Gabriel puso encima las tijeras.

El peculiar movimiento necesario para mover la rueda tiene la asombrosa propiedad de embotar la cabeza. Es como una versión atenuada del castigo de Ixion^[19], que introduce un lúgubre capítulo en la historia de los encarcelamientos. La mente se torna borrosa, la cabeza pesada y el centro de gravedad corporal parece localizarse por momentos en un punto plomizo situado entre las cejas y la coronilla. Bathsheba sintió estos desagradables síntomas luego de dar dos o tres docenas de vueltas.

—¿Quieres hacer el favor de girar la manivela, Gabriel, mientras yo sostengo las tijeras? —dijo—. Tengo un torbellino en la cabeza y no puedo hablar.

Gabriel giró la manivela y Bathsheba dejó entonces, no sin cierta dificultad, que sus pensamientos se alejasen momentáneamente de su propia historia para centrarse en las tijeras, que precisaban un buen afilado.

—Quería preguntarte si los hombres hicieron algún comentario ayer, mientras estaba al otro lado del seto con el señor Boldwood.

—Sí, lo hicieron —dijo Gabriel—. No está usted sosteniendo las tijeras correctamente, señorita... Ya sabía yo que no sabría... Tiene que sujetarlas así.

Soltó el torno y, envolviendo por completo las manos de Bathsheba con las suyas (sujetándolas como a veces agarramos la

mano de un niño para enseñarle a escribir), la ayudó a sostener las tijeras.

—Hay que inclinar el filo así —dijo.

Manos y tijeras parecían adecuarse a las palabras, y así permanecieron durante un buen rato mientras el instructor hablaba.

—Ya es suficiente —exclamó Bathsheba—. Suéltame. ¡No quiero sujetarlas! Yo daré vueltas a la manivela.

Gabriel le soltó las manos tranquilamente, se acercó a la manivela y continuó afilando.

—¿Les pareció extraño a los hombres? —continuó.

—Extraño no es la palabra, señorita.

—¿Qué dijeron?

—Que el nombre del señor Boldwood y el suyo resonarían sobre el púlpito antes de que termine el año.

—¡Eso me imaginé a juzgar por su aspecto! Pues no hay nada de eso. En la vida he oído comentario más tonto, y quiero que tú lo desmientas: para eso he venido.

Gabriel parecía incrédulo y triste, aunque aliviado en medio de su incredulidad.

—Seguramente oyeron nuestra conversación —continuó.

—¡Verá, Bathsheba! —exclamó Oak, deteniendo la manivela y mirándola a la cara con asombro.

—Querrás decir señorita Everdene —dijo ella muy dignamente.

—Lo que quiero decir es que si es cierto que el señor Boldwood le ha hablado de matrimonio, no pienso decir lo contrario para complacerla a usted. ¡Ya he intentado complacerla demasiado para mi propio bien!

Bathsheba lo miró perpleja, con los ojos muy abiertos. No sabía si compadecerlo por la decepción amorosa que había sufrido con ella, o enfadarse con él por haberla superado, pues el tono de Oak era ambiguo.

—Lo único que te pido es que digas que no es cierto que vaya a casarme con él —murmuró, con ligera merma de su confianza.

—Puedo decir eso, si usted lo desea, señorita Everdene. Y también puedo darle mi opinión sobre lo que ha hecho.

—Seguro. Pero no quiero conocer tu opinión.

—Ya me lo imagino —dijo Gabriel amargamente y volviendo a girar la manivela; sus palabras subían y bajaban con regular cadencia según si se mantenía en pie o se elevaba con los movimientos del torno, dirigiéndolas, de acuerdo con la posición de Oak, bien en perpendicular hacia la tierra, bien en horizontal a través del jardín, mientras su mirada se hallaba detenida en una hoja del suelo.

Un acto rápido era con Bathsheba un acto precipitado, pero, aunque no siempre ocurre, ganar tiempo equivalía a garantizar prudencia. Es preciso añadir, no obstante, que muy rara vez se ganaba tiempo. Por aquel entonces, la única opinión que Bathsheba valoraba más que la suya propia sobre lo que de ella o de sus actos pudiera pensarse en la parroquia era la de Gabriel Oak. Y era tal la franqueza y honestidad de su persona que en cualquier materia, aun en el caso de que ella amase a otro hombre o contrajera matrimonio, la opinión de Gabriel podía tomarse por igualmente desinteresada. Plenamente convencido de no ser el hombre adecuado, había tomado la firme decisión de no perjudicar a ningún otro. Es ésta la virtud más estoica de un amante, tal como su carencia es su pecado más venial. Sabedora de que él respondería con sinceridad, Bathsheba se había atrevido a preguntarle, por más dolorosa que fuera la cuestión. Tal es el egoísmo de algunas mujeres encantadoras. Su lacerante franqueza acaso pudiera justificarse por el hecho de carecer de cualquier otra opinión fiable.

—¿Qué opinión te merece mi conducta? —preguntó tranquilamente.

—Me parece indigna de una mujer seria, amable y bonita.

En un instante, el rostro de Bathsheba cobró el furioso color escarlata de un atardecer de Danby. Pero se guardó de manifestar

sus sentimientos, y la reticencia de su lengua no hizo sino intensificar la locuacidad de su gesto.

Lo que Gabriel hizo a continuación fue cometer un error.

—Puede que mi reprimenda le parezca una grosería. Sé que es una grosería, pero he pensado que le vendría bien.

Ella replicó al instante, sarcásticamente:

—Al contrario, tengo una opinión tan baja de ti que en tu ultraje veo el elogio de una persona educada.

—Me alegro de que no le moleste, pues lo he dicho sinceramente y con absoluta seriedad.

—Lo sé. Pero sucede, por desgracia, que cuando intentas no bromear resultas divertido... igual que cuando te propones evitar la seriedad a veces dices una palabra sensata.

Fue un golpe bajo; era obvio que Bathsheba había perdido el temple, a cuenta de lo cual Gabriel conservó el suyo mejor que nunca. No dijo nada. Ella contraatacó:

—Supongo que puedo preguntarte en qué reside mi indignidad exactamente. ¿Acaso en el hecho de no casarme contigo?

—En absoluto —dijo Gabriel, muy tranquilo—. Hace mucho tiempo que dejé de pensar en ese asunto.

—O de desearlo, supongo —dijo Bathsheba; y era evidente que esperaba una vacilante negativa a esta suposición.

Al margen de cuales fuesen los sentimientos de Gabriel, se limitó a repetir fríamente sus palabras.

—O de desearlo.

A una mujer se la puede tratar con una amargura que resulte dulce, o con una dureza que no resulte ofensiva. Bathsheba habría aceptado cualquier castigo por su frivolidad si Gabriel hubiese manifestado que la amaba al mismo tiempo; el ímpetu de la pasión no correspondida es tolerable, aun cuando duele y anatematiza, pues hay victoria en la humillación y ternura en la lucha. Esto es lo que ella esperaba y lo que no encontró. Recibir una lección, dado que quien la impartía la veía bajo la fría luz matinal de la más abierta

desilusión, resultaba exasperante. Tampoco él había terminado. En tono más agitado, continuó diciendo:

—Mi opinión, ya que lo pregunta, es que es usted culpable de gastarle bromas a un hombre como el señor Boldwood, por mera diversión. Insinuarse a un hombre por el que no siente nada no es una acción digna de elogio. Por otro lado, señorita Everdene, si de verdad siente alguna inclinación seria por él, tendría que haber dejado que él lo descubriera de un modo amable y cariñoso, y no enviándole una tarjeta de san Valentín.

Bathsheba soltó las tijeras.

—¡No consiento que ningún hombre... critique mi conducta privada! —exclamó—. No lo consentiré ni un minuto. ¡De manera que haz el favor de abandonar la granja este fin de semana!

Tal vez fuese una peculiaridad —en cualquier caso era un hecho— que cuando Bathsheba se veía dominada por alguna emoción de naturaleza terrenal le temblaba el labio inferior; cuando la emoción era más refinada, el que temblaba era el superior. No fue el inferior el que tembló en esta ocasión.

—Muy bien; así lo haré —dijo Gabriel tranquilamente. Había estado ligado a ella por un hermoso vínculo que le dolía romper, más que por una cadena que no fuese capaz de romper—. Aunque creo que prefiero marcharme en este mismo momento.

—¡Pues vete ahora mismo, por el amor de Dios! —exclamó ella, buscando rápidamente con sus ojos los de Gabriel, pero sin llegar a encontrarlos—. No quiero volver a verte nunca.

—Muy bien, señorita Everdene. Así será.

Y, cogiendo sus tijeras, se alejó de ella con serena dignidad, tal como Moisés se retiró de la presencia del Faraón.

Capítulo XXI

Problemas en el redil — Un mensaje

Hacía cosa de veinticuatro horas que Gabriel Oak había dejado de alimentar al rebaño de Weatherbury cuando, el sábado por la tarde, los ancianos Joseph Poorgrass, Matthew Moon, Fray y otra docena de hombres subieron corriendo hasta la casa del ama.

—¿Qué sucede? —preguntó Bathsheba al encontrarse con ellos en la puerta justo cuando salía para ir a la iglesia, y dejando por un momento de apretar con fuerza los labios rojos, gesto con el que acompañaba el esfuerzo de calzarse un ceñido guante.

—¡Sesenta! —dijo Joseph Poorgrass.

—¡Setenta! —dijo Moon.

—¡Cincuenta y nueve! —dijo el marido de Susan Tall.

—... Ovejas han roto la valla —dijo Fray.

—... Y se han metido en un campo de trébol joven —dijo Moon.

—... ¡De trébol! —dijo Joseph Poorgrass.

—¡Se les llenará el abdomen de gases! —dijo Henery Fray.

—Eso —dijo Joseph.

—¡Y morirán todas como liendres, si no las sacan de allí y las curan! —añadió Tall.

Joseph tenía el rostro arrugado por la preocupación. La frente de Fray aparecía fruncida perpendicular y transversalmente, como el dibujo de un rastrillo, denotando su doble desesperación. Laban Tall tenía los labios finos y la cara rígida. Matthew mostraba las

mandíbulas caídas y volvía los ojos allá donde el músculo más fuerte quisiera dirigirlos.

—Sí —dijo Joseph—. Yo estaba sentado en casa, buscando la epístola a los Efesios, y me dije: «No hay más que Corintios y Tesalonicenses en este condenado Testamento», cuando de pronto llega Henery y dice: «Joseph, las ovejas se están atiborrando».

Hubo un momento en el que el pensamiento de Bathsheba se tornó en habla y el habla en exclamación. Apenas había recobrado la calma desde el disgusto que se llevó con los comentarios de Oak.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Seréis idiotas! —exclamó, tirando la sombrilla y el libro de oraciones en medio del pasillo, y echando a correr en la dirección de la desgracia—. ¡A quién se le ocurre venir a buscarme en lugar de sacarlas de allí directamente! ¡Hatajo de zoquetes!

Tenía los ojos más oscuros y brillantes que nunca. Comoquiera que la belleza de Bathsheba pertenecía más a la escuela demoníaca que a la angelical, nunca estaba tan hermosa como cuando se enfadaba, sobre todo cuando el efecto se veía realzado por un elegante vestido de terciopelo, esmeradamente colocado ante un espejo.

Los hombres salieron corriendo tras ella en tropel, hacia el campo de trébol. Joseph se quedó sin aliento más o menos a mitad del camino, como quien se marchita en un mundo crecientemente insoportable. Una vez recibido el estímulo que la presencia del ama les proporcionaba, se metieron entre las ovejas con determinación. La mayor parte de los animales enfermos estaban tumbados, y no se movían cuando se les animaba a hacerlo. Cargaron a estos en brazos y condujeron a los demás al campo contiguo. Una vez allí, y transcurridos varios minutos, otras ovejas cayeron, quedando inertes y lívidas como las demás.

Bathsheba, con el corazón a punto de estallar, contemplaba los mejores ejemplares de su rebaño tirados por el suelo:

Hinchadas por el viento y el fétido vaho que expulsaban^[20].

Muchas ovejas echaban espuma por la boca; su respiración era rápida y entrecortada, y todas tenían el cuerpo alarmantemente hinchado.

—¡Ay, qué puedo hacer! ¡Qué puedo hacer! —exclamaba Bathsheba con desesperación—. ¡Qué desgraciadas son las ovejas! ¡Siempre les pasa algo! No he conocido un solo rebaño que sobreviva más de un año sin meterse en apuros.

—Sólo hay un modo de salvarlas —dijo Tall.

—¿Cuál? ¡Dímelo, de prisa!

—Hay que perforarlas en el costado con un instrumento especial.

—¿Sabes cómo se hace? ¿Lo sé yo?

—No, señora. Nosotros no sabemos, y usted tampoco. Hay que hacerlo en un punto muy preciso. Si te desvías un centímetro a la derecha o a la izquierda, matas a la oveja. Normalmente, ni siquiera los pastores saben hacerlo.

—Entonces morirán —dijo Bathsheba con resignación.

—Sólo hay un hombre en los contornos que sepa hacerlo —dijo Joseph, que acababa de llegar en ese momento—. Si estuviera aquí las curaría a todas.

—¿Quién es? ¡Vayamos a buscarlo!

—El pastor Oak —dijo Matthew—. Es un hombre de mucho talento.

—¡Ya lo creo que lo es! —asintió Joseph Poorgrass.

—Cierto... es el hombre —dijo Laban Tall.

—¡Cómo os atrevéis a nombrar a ese hombre en mi presencia! —exclamó Bathsheba, con gran excitación—. Os advertí que no lo mencionaseis si queréis seguir trabajando para mí. ¡Ah! —añadió entonces, mucho más animada—. ¡Seguro que el hacendado Boldwood sabe hacerlo!

—No, señora —dijo Matthew—. Dos de sus ovejas para engorde estuvieron comiendo algarrobas el otro día, y les pasó lo mismo que a éstas. Envió a un hombre a caballo en busca de Gabriel, y Gabriel

las salvó. El hacendado Boldwood tiene el instrumento necesario. Es un tubo hueco, con un pincho afilado dentro. ¿Verdad, Joseph?

—Sí... un tubo hueco —repitió Joseph—. Eso es.

—Seguro que ésa es la máquina —intervino Henery Fray muy pensativo, con oriental indiferencia al paso del tiempo.

—Bueno —gritó Bathsheba—. No os quedéis ahí con vuestros «ays» y vuestros «seguros». ¡Buscad a alguien que pueda curar a las ovejas inmediatamente!

Se marcharon consternados en busca de alguien, tal como se les había ordenado, pero sin la menor idea de a quién buscar. En menos de un minuto se perdieron de vista al otro lado de la cancela, y Bathsheba se quedó sola con el rebaño agonizante.

—¡Jamás lo llamaré a él! ¡Jamás! —dijo Bathsheba con firmeza.

Una de las ovejas empezó a contraer exageradamente los músculos, se tensó y saltó por los aires. El salto fue asombroso. El animal cayó a plomo y quedó inmóvil.

Bathsheba se acercó. La oveja estaba muerta.

—¡Qué voy a hacer! ¡Qué voy a hacer! —exclamó de nuevo, retorciéndose las manos—. ¡No pienso llamarlo! ¡No pienso!

La expresión más enérgica de una decisión no siempre coincide con la firmeza de la propia decisión. A menudo se lanza como una especie de puntal para respaldar una convicción debilitada que, pese a su fuerza, no precisa formularse para demostrar nada. El «No pienso» de Bathsheba significaba literalmente «Creo que debo».

Siguió a sus hombres a través de la cancela y llamó a uno de ellos levantando la mano. Laban respondió a su señal.

—¿Dónde está Oak?

—Al otro lado del valle, en Nest Cottage.

—Coge a la yegua zaina y ve en su busca. Dile que vuelva inmediatamente... que lo he dicho yo.

Tall echó a correr campo a través y en cuestión de dos minutos ya estaba a lomos de Poll, la yegua zaina, con tan sólo un ronzal a

modo de riendas. Desapareció colina abajo.

Bathsheba se quedó mirando. Lo mismo hicieron los demás. Tall cabalgaba a medio galope por el camino de herradura, cruzando Sixteen Acres, Sheeplands, Middle Field, The Flats, Cappel's Piece, hasta convertirse en un punto diminuto; luego cruzó el puente y desde el valle ascendió por Springmead y Whitepits al otro lado. La granja donde Gabriel se había instalado antes de su partida definitiva se veía como una mancha blanca en la colina de enfrente, rodeada de abetos azules. Bathsheba paseaba arriba y abajo. Los hombres se dirigieron al campo para aliviar la angustia de las mudas criaturas, frotándoles el cuerpo. No sirvió de nada.

Bathsheba seguía paseando. El caballo bajaba ahora la colina, y la tediosa serie se repetía ahora en orden inverso: Whitepits, Springmead, Cappel's Piece, The Flats, Middle Field, Sheeplands, Sixteen Acres. Confiaba en que Tall hubiera tenido la cordura suficiente para ofrecerle la yegua a Gabriel y regresar a pie. El jinete se aproximaba. Era Tall.

—¡Qué idiota! —exclamó Bathsheba.

No se veía a Gabriel por ninguna parte.

—A lo mejor ya se ha marchado —dijo.

Tall entró en el recinto y saltó del caballo, con expresión trágica como la de Morton tras la batalla de Shrewsbury.

—¿Cómo? —inquirió Bathsheba, negándose a creer que su orden de arresto verbal no hubiese llegado a su destino.

—Ha dicho que quien pide no está en situación de elegir —replicó Laban.

—¡Qué! —exclamó Bathsheba, abriendo los ojos y soltando aire como si fuese a lanzar un improperio. Joseph Poorgrass se retiró unos pasos, detrás de una valla.

—Dice que no volverá a menos que usted se lo pida civilizadamente y como es debido, como debe hacerlo una mujer cuando pide un favor.

—¡Cómo, cómo! ¡Que ha dicho eso! ¿De dónde le vienen esas ínfulas? ¿Quién soy yo para que me trate así? ¿Es que tengo que suplicarle a un hombre que me ha suplicado a mí?

Otra oveja saltó por los aires y cayó muerta.

Los hombres parecían circunspectos, como si se reservasen su opinión.

Bathsheba se hizo a un lado, los ojos llenos de lágrimas. No podía seguir disimulando el aprieto en el que se encontraba, por culpa de su orgullo y su mal genio. Y rompió a llorar amargamente; todos lo vieron; y ella no hizo nada por ocultarlo.

—No llore por eso, señorita —dijo William Smallbury compasivamente—. ¿Por qué no se lo pide con más amabilidad? Estoy seguro de que si lo hace, vendrá. Gabriel es un hombre leal.

Bathsheba sopesó su angustia y se secó los ojos.

—¡Esto es una crueldad! —murmuró—. Me empuja a hacer algo que no quiero hacer. ¡Eso es lo que hace! Tall, ven conmigo a la casa.

Tras su desmoronamiento, impropio del ama de una finca, entró en la casa, con Tall pisándole los talones. Tomó asiento y garrapateó una nota apresurada entre los convulsivos sollozos que siguen a un ataque de llanto, igual que la tierra se hincha después de la tormenta. La nota no era en absoluto descortés, pese a su apresuramiento. La apartó, y estaba a punto de doblarla cuando decidió añadir al pie las siguientes palabras:

¡No me abandones, Gabriel!

Se ruborizó ligeramente mientras la doblaba, y cerró los labios como si con ello pudiera aplazar indefinidamente el acto de conciencia destinado a revisar si tal estrategia estaba justificada. Se despachó la nota como antes se hiciera con el mensaje, y Bathsheba aguardó en casa el resultado.

Fue un angustioso cuarto de hora el que medió entre la partida del emisario y el momento en que volvieron a oírse los cascos del caballo. Esta vez Bathsheba no tenía fuerzas para mirar y permanecía inclinada sobre el viejo escritorio en el que había escrito la carta, con los ojos cerrados, como si quisiera ahuyentar tanto la esperanza como el temor.

La situación prometía solucionarse. Gabriel no estaba enfadado: sencillamente se había mostrado ecuánime, pese a la altivez de Bathsheba en su primer requerimiento. Tanta severidad la habría condenado, de haber sido menor su belleza; y a la inversa, tanta belleza la habría absuelto, de haber sido menor su severidad.

Salió a mirar cuando oyó el caballo. Un jinete cruzó entre ella y el cielo, en dirección al campo de las ovejas, volviendo el rostro mientras se alejaba. Gabriel la miró. Fue uno de esos momentos en el que los ojos de una mujer y su lengua cuentan historias contradictorias. Llena de gratitud, Bathsheba dijo:

—¡Ay, Gabriel! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Un reproche tan tierno por su anterior negativa era lo único que podía hacer que Gabriel perdonara que no se elogiase ahora su prontitud.

Gabriel murmuró una respuesta confusa, y aceleró el ritmo. Por su aspecto, supo ella qué frase de la nota le había hecho volver. Bathsheba se dirigió al campo.

Gabriel estaba ya entre los animales hinchados e inertes. Se había quitado el abrigo, se había remangado la camisa y había sacado del bolsillo su instrumento de salvación. Era una cánula con una lanceta en su interior que comenzó a usar con la destreza propia de un cirujano. Pasando la mano por el flanco izquierdo de la oveja y seleccionando el punto adecuado, punzó la piel y el primer estómago con la lanceta, retirando súbitamente ésta y conservando el tubo en su posición. Una corriente de aire recorrió el tubo, con fuerza suficiente para haber apagado una vela situada en su extremo.

Suele decirse que el mero alivio después de la tempestad es puro deleite durante algún tiempo; y eso era lo que denotaba la expresión de los pobres animales. Se realizaron con éxito cuarenta y nueve operaciones. La celeridad que exigía el grave estado de algunas ovejas hizo que Gabriel no lograra su objetivo en un caso, y sólo en esta ocasión no alcanzó a practicar la punción en el punto preciso, causando al instante la muerte de la oveja enferma. Cuatro de ellas ya habían muerto; tres se recuperaron sin necesidad de intervención. El número total de ovejas descarriadas y enfermas se elevaba así a cincuenta y siete.

Cuando aquel hombre, movido por el amor, hubo concluido su tarea, Bathsheba se acercó y lo miró a la cara.

—¿Te quedarás conmigo, Gabriel? —preguntó, sonriendo con un encanto irresistible y sin preocuparse de volver a cerrar los labios, pues pronto esbozaría otra sonrisa.

—Me quedaré —dijo Gabriel.

Y Bathsheba volvió a sonreír.

Capítulo XXII

El granero grande y los esquiladores

Con demasiada frecuencia, los hombres acaban pareciendo insignificantes y cayendo en el olvido cuando, teniendo el mejor de los ánimos, no lo demuestran, tanto como cuando no lo tienen en el momento en que lo necesitan. En los últimos tiempos, y por primera vez desde que la desgracia se cebase en él, Gabriel había dado más que notables muestras de pensamiento independiente y de energía en la acción, aptitudes que, inútiles si no existe la oportunidad de demostrarlas, como estéril resulta la oportunidad sin ellas, podrían darle un fuerte empujón en presencia de una coyuntura favorable. Pero su incurable anhelo por Bathsheba Everdene llevaba a Gabriel a perder el tiempo de un modo desastroso. Las mareas vivas de la primavera pasaron sin arrastrarlo, y no tardarían en llegar las mareas muertas, sin fuerza para hacerlo.

Era el primer día de junio, culminaba la temporada del esquila, y el paisaje, aun en el más pobre de los pastos, era todo salud y color. El verde era joven, cada poro estaba abierto y cada tallo hinchado con veloces corrientes de savia. La presencia de Dios se palpaba en los campos, y el diablo se había retirado con el mundo a la ciudad. Vistasas candelillas, retoños de helecho como báculos de obispo, la hierba del almizcle de cabeza cuadrada, la extraña dragontea, como un santo apoplético en un nicho de malaquita, el berro de prado, blanco como la nieve, la escumaria, con aspecto

de carne humana, la mandrágora del mago y la fritilaria, figuraban entre los más pintorescos ejemplos del mundo vegetal de Weatherbury y sus contornos en esta época de esplendor, mientras que en el mundo animal destacaban las figuras metamorfoseadas del señor Jan Coggan, maestro esquilador, del segundo y el tercer esquilador, que viajaban de un lugar a otro para ejercer su oficio y no precisaban más definición nominal, de Henery Fray, el cuarto esquilador, del marido de Susan Tall, el quinto, de Joseph Poorgrass, el sexto, del joven Cain Ball como ayudante de esquilador, y de Gabriel Oak como supervisor general. Ninguno de ellos iba vestido de manera digna de mención, sino que en materia de vestimenta parecían haberse decantado por el punto medio de decoro situado entre una casta alta hindú y una baja. La dureza de las facciones y la inmovilidad general de la maquinaria facial proclamaban la seriedad de la tarea.

Esquilaban en el granero grande, al que por el momento llamaban granero de esquileo, de planta semejante a una iglesia con crucero. La construcción no sólo emulaba la forma de la iglesia local, sino que rivalizaba con ésta en antigüedad. Nadie parecía saber si el granero había formado antaño parte de un conjunto conventual, pues no quedaban restos en el entorno. Los grandes pórticos a ambos lados, con altura suficiente para que bajo ellos pasase un carro cargado de maíz hasta los topes, constaban de arcos de piedra apuntados, amplia y audazmente esculpidos, en cuya sencillez residía una grandeza de la que carecían otras construcciones con mayor profusión ornamental. El oscuro techo de castaño, soportado por enormes abrazaderas, curvas y diagonales, era mucho más noble en su diseño, merced a la riqueza del material, que las nueve décimas partes de nuestras iglesias modernas. A lo largo de cada una de las paredes laterales había una hilera de contrafuertes que proyectaban densas sombras sobre los espacios intermedios, perforados éstos con ventanas ojivales que aunaban belleza y ventilación en sus exactas proporciones.

Cabría decir de este granero lo que difícilmente podría decirse de la iglesia o del castillo, de estilo o época similar: que el propósito que originalmente animó su construcción hallaba continuidad en su función actual. A diferencia de estos otros edificios emblemáticos del medievo, el viejo granero encarnaba prácticas que no habían sido mutiladas a manos del tiempo. Al menos en este caso, el espíritu de los antiguos constructores era el mismo que el de los observadores modernos. Frente a esta erosionada mole de piedra, la vista contemplaba su presente utilidad, mientras el pensamiento se demoraba en su historia pasada con una satisfecha sensación de continuidad funcional, un sentimiento casi de gratitud y en buena medida de orgullo, ante la permanencia de la idea que había inspirado su edificación. El hecho de que cuatro siglos no hubiesen demostrado el error de su construcción, creado animadversión hacia su finalidad, ni suscitado reacción alguna que justificase su derribo, confería a este sencillo esfuerzo de mentes antiguas una serenidad, si no una grandeza, de la que carecían sus equivalentes eclesiástico y militar, no bien se observaban con un mínimo de atención. Por una vez medievalismo y modernismo compartían un mismo punto de vista. Las ventanas lanceoladas, la piedra de arcos y biseles, devorada por el tiempo, la orientación del eje, las difusas tallas de las vigas de castaño, no aludían a ningún desacreditado arte de la fortificación ni a ninguna gastada creencia religiosa. La defensa y la salvación del cuerpo mediante el pan de cada día sigue siendo una ciencia, una religión y un deseo.

Ese día, las grandes puertas laterales estaban abiertas al sol, proporcionando abundante luz al lugar donde faenaban los esquiladores, sobre la era de robusta madera de roble que había en el centro, ennegrecida por la edad y pulida tras muchas generaciones de trilladores hasta tornarse tan resbaladiza y cobrar un color tan intenso como los suelos del salón de una mansión isabelina. Allí se arrodillaban los esquiladores, mientras el sol caía sobre sus camisas descoloridas, sus brazos bronceados y las

afiladas tijeras de esquilar, arrancando de éstas mil rayos suficientes para cegar a un hombre débil de vista. Junto a ellos yacía en el suelo la oveja cautiva, jadeando, acelerando la respiración a medida que su recelo se mezclaba con el terror, hasta echarse a temblar como el paisaje calentado por el sol.

Esta escena actual en un marco de cuatrocientos años de antigüedad no producía ese claro contraste entre lo antiguo y lo moderno implícito en el paso del tiempo. En comparación con las ciudades, Weatherbury era inmutable. El «entonces» del ciudadano es el «ahora» del campesino. Lo ocurrido en Londres hace veinte o treinta años forma parte de la antigüedad; en París basta con cinco o diez años. En Weatherbury los tres o cuatro últimos años formaban parte del presente y hacía falta como mínimo un siglo para dejar algún rastro en la faz o en el pulso del lugar. Cinco décadas apenas modificaban el corte de unas polainas o el bordado de un vestido, siquiera mínimamente. Diez generaciones no bastaban para alterar el significado de una frase. En estos rincones de Wessex, lo que para el forastero atareado son tiempos antiguos, aquí tan sólo son viejos; sus viejos tiempos siguen siendo nuevos; su presente es futuro.

Por eso el granero era natural para los esquiladores, y los esquiladores se hallaban en armonía con el granero.

Los espaciosos extremos del edificio, que correspondían a los extremos de la nave y al coro de una iglesia, se encontraban vallados, y las ovejas apiñadas en estos dos recintos; en una esquina se había habilitado un redil en el que en todo momento aguardaban tres o cuatro ovejas para ser esquiladas sin pérdida de tiempo. En el fondo, bañadas por una sombra rojiza, se hallaban las tres mujeres, Maryann Money, Temperance y Soberness Miller, reuniendo la lana y haciendo cuerdas con ayuda de un torno. Recibían con indiferencia la ayuda del anciano destilador, quien, una vez concluida la temporada de trabajo, de octubre a abril, quería ser útil en cualquiera de las granjas circundantes.

Tras todo ello estaba Bathsheba, observando atentamente a los hombres para asegurarse de que nadie se cortaba o hería por descuido y de que los animales quedaban bien esquilados. Gabriel, que revoloteaba bajo los vivos ojos de Bathsheba como una polilla, no esquilaba de continuo sino que dedicaba la mitad del tiempo a ayudar a los otros y seleccionaba las ovejas. En ese momento estaba ocupado llenando una jarra de licor suave, suministrado por un barril que había en un rincón, y cortando trozos de pan y queso.

Luego de lanzar una mirada aquí, una advertencia allá, y de instruir a los jóvenes operarios que permitían a las ovejas esquiladas regresar con el rebaño sin volver a marcarlas con las iniciales del ama, se acercó de nuevo a Gabriel mientras éste dejaba un momento el almuerzo para empujar a una oveja asustada, agarrándola por el lomo con un diestro giro del brazo. Le recortó los mechones de la cabeza y le estiró el cuello bajo la atenta mirada de Bathsheba.

—Se ruboriza ante este insulto —murmuró Bathsheba, observando la coloración rosada que se extendió por el cuello y los hombros de la oveja, allí donde las tijeras habían dejado la carne al descubierto; un rubor que por su delicadeza envidiarían muchas reinas de los círculos de sociedad y que cualquier mujer de mundo elogiaría por su prontitud.

La pobre alma de Gabriel rebosaba alegría ante la proximidad de Bathsheba, mientras los ojos de ésta observaban su habilidad con las tijeras, que parecían ir a cortar un trozo de carne cada vez que se acercaban, pero nunca llegaban a hacerlo. Como Guildenstern^[21], Oak se sentía feliz por no sentirse feliz en exceso. No sentía deseos de conversar con ella: le bastaba con que su luminosa dama y él formasen un grupo exclusivamente propio, en el que nadie más tenía cabida.

Por eso ella era la única que hablaba. Hay una locuacidad que no dice nada, y ésa era la de Bathsheba; hay un silencio que dice mucho, y ése era el de Gabriel. Pleno de esta tenue y moderada

dicha, Gabriel siguió empujando a la oveja hacia el otro lado, cubriéndole la cabeza con la rodilla, desplazando poco a poco las tijeras sobre la papada del animal, luego por los flancos y el lomo, para terminar en la cola.

—¡Bien hecho! ¡Y muy deprisa! —observó Bathsheba, mirando el reloj cuando sonó el último tijeretazo.

—¿Cuánto he tardado, señorita? —preguntó Gabriel, enjugándose la frente.

—Veintitrés minutos y medio desde que empezó con el primer mechón de la frente. Es la primera vez que lo veo hacer en menos de media hora.

La acicalada criatura salió de entre la lana —perfecta como Afrodita surgiendo de la espuma—, con aspecto asustado y tímido por la pérdida de su vestido, que yacía en el suelo formando una nube suave y compacta de la que sólo resultaba visible la superficie interior, nunca hasta entonces revelada, blanca como la nieve, sin la menor tacha o imperfección.

—¡Cain Ball!

—¡Sí, señor Oak! ¡Aquí estoy!

Cainy llega corriendo con la lata de alquitrán. Vuelven a estamparse las iniciales «B. E.» en la piel esquilada y la madre se aleja de un salto, jadeando, hasta perderse entre el desnudo rebaño. Luego aparece Maryann, arroja los mechones sueltos al montón de lana, los enrolla, los carga y los transporta al campo de batalla convertidos en dos kilos de tibieza sin adulterar para disfrute invernal de gentes desconocidas y lejanas, que sin embargo jamás experimentarán la superlativa suavidad de la lana en aquel estado, nueva y pura —antes de que la untuosidad de su naturaleza viva se haya secado, acartonado y lavado—, superior a cualquier producto de lana tal como la nata es superior a la leche con agua.

Pero una cruel circunstancia no permitió a Gabriel disfrutar plenamente de su felicidad esa mañana. Una vez los carneros, las hembras viejas y dos ovejas preñadas hubieron recibido el

preceptivo esquila, los hombres pasaron a ocuparse de los corderos jóvenes, los que sólo habían sido esquilados una vez y los que aún no lo habían sido. Las esperanzas de Oak de que Bathsheba pasaría gratamente la mañana a su lado mientras continuaban con estas tareas, se vieron dolorosamente frustradas por la aparición de Boldwood en el extremo opuesto del granero. Nadie parecía haber advertido su llegada, pero allí estaba. Boldwood siempre llevaba consigo una atmósfera social propia, perceptible para todos los que se acercaban a él; y la conversación, en cierta medida inhibida por la presencia de Bathsheba, se paralizó entonces por completo.

Cruzó el granero en dirección a Bathsheba, quien se volvió para saludarlo con un porte completamente natural. Boldwood le habló en voz baja, y ella instintivamente moduló su tono hasta alcanzar la misma intensidad e incluso la misma inflexión que la de él. Ni mucho menos deseaba Bathsheba insinuar la existencia de una relación misteriosa con él, pero cualquier mujer en edad impresionable tiende, ante la presencia de un varón, no sólo a elegir sus palabras, cosa que hace todos los días, sino incluso los matices de su tono y su humor, cuando la influencia de aquél es notable.

Lo que decían no resultaba audible para Gabriel, demasiado independiente para acercarse, aunque demasiado interesado para desentenderse. El diálogo concluyó cuando el cortés hacendado tomó de la mano a Bathsheba para ayudarla a caminar sobre el tablón donde se esquilaba a las ovejas y salir al radiante sol de junio. La pareja se situó junto a las ovejas que ya habían sido esquiladas y continuó con su conversación. ¿Hablaban del rebaño? Aparentemente no. Gabriel teorizaba, no precisamente sin razón, que cuando alguien discute sobre cualquier asunto que se encuentra al alcance de la vista siempre dirige la mirada hacia el objeto en cuestión. Bathsheba observaba con recato un insignificante montón de paja que había en el suelo, no tanto con interés bovino como con femenino rubor. Sus mejillas se

arrebolaban con mayor o menor intensidad mientras la sangre titubeaba en un incierto flujo y reflujo sobre el delicado espacio comprendido entre la línea de la marea alta y la marea baja. Gabriel seguía esquilando, coaccionado y triste.

Bathsheba se alejó de Boldwood y éste estuvo paseando arriba y abajo por espacio de casi un cuarto de hora. Poco después, la joven apareció con su nuevo traje de montar, de color verde mirto, ceñido en la cintura como la cáscara ciñe su fruto; Bob Coggan traía la yegua, y Boldwood sacó su caballo de debajo del árbol dónde lo había atado.

Oak no podía apartar sus ojos de ellos. Y empeñado en continuar con su tarea al tiempo que observaba la actitud de Boldwood, clavó las tijeras en la ingle del cordero. El animal cayó al suelo; Bathsheba se volvió de inmediato y vio la sangre.

—¡Pero Gabriel! —exclamó con severo reproche—. ¡Ya que eres tan estricto con los demás, podrías mirar lo que haces!

Quien observara la escena desde fuera no detectaría excesiva protesta en este comentario, mas para Oak, que sabía que Bathsheba era consciente de ser la causa de la herida infligida al pobre animal, puesto que había herido al esquilador en una zona mucho más vital, sus palabras fueron como un aguijón que ni siquiera la plena conciencia de su propia inferioridad, tanto respecto a Bathsheba como a Boldwood, lograba ocultar. Sin embargo, la determinación masculina de mostrar con audacia que ya no la amaba acudió inesperadamente en su ayuda para esconder sus sentimientos.

—¡El frasco! —gritó, con voz rutinaria y desprovista de emoción. Cainy Ball acudió corriendo; se limpió la herida y se reanudó el esquileo.

Boldwood ayudó gentilmente a Bathsheba a subir a la silla y, antes de marcharse, ella volvió a dirigirse a Oak con la misma gracia dominante y seductora.

—Voy a ver las ovejas del señor Boldwood. Ocupa mi lugar en el granero, Gabriel, y vigila que los hombres hagan bien su trabajo.

Enfilaron a los caballos y salieron al trote.

El compromiso definitivo de Boldwood era asunto que interesaba sobremanera a cuantos lo rodeaban, pero tras haber sido señalado durante años como el perfecto ejemplo de soltero con posibles, su resistencia era un anticlímax comparable en cierto sentido a la muerte por tuberculosis del doctor St. John Long, cuando en medio de sus investigaciones afirmaba que ésta no era una enfermedad incurable.

—Esto huele a matrimonio —dijo Temperance Miller, siguiéndolos con la mirada.

—Eso mismo pienso yo —dijo Coggan, sin apartar la vista de su faena.

—Más vale boda con propios que con extraños —observó Laban Tall, dándole la vuelta a su cordero.

Habló entonces Henery Fray, poniendo unos ojos muy tristes:

—No sé por qué ha de buscar marido una muchacha que tiene la valentía suficiente para librar sus propias batallas y no desea un hogar. Eso significa que otra se queda sin él. Pero que sea como haya de ser, pues es una lástima que tanto él como ella causen problemas en dos casas.

Como suele ocurrir con las personas de carácter resuelto, Bathsheba suscitaba invariablemente las críticas de individuos como Henery Fray. El defecto más emblemático de esta mujer era su excesiva dureza al criticar y su escasa tendencia a elogiar. Sabemos que no son los rayos que absorben los cuerpos, sino aquellos que reflejan, los que les confieren su tonalidad; del mismo modo, se conoce a la gente por su disgusto y su antagonismo, mientras que se desprecia su buena fe como si este atributo no contara.

Henery continuó con ánimo más complaciente:

—Una vez le insinué mis opiniones sobre ciertos asuntos, todo lo más que alguien como yo se atreve a hacer con alguien como ella.

Todos sabéis, vecinos, qué clase de hombre soy, y que no me muerdo la lengua cuando mi orgullo se siente herido.

—Lo sabemos, lo sabemos, Henery.

—Pues bien, le dije: «Señorita Everdene; hay puestos vacantes y hay hombres dispuestos a ocuparlos; pero la maldad —no, no dije maldad—, pero la villanía de la especie contraria —dije (refiriéndome a las mujeres)— se lo impide». ¿Os parece demasiado fuerte para ella?

—No está mal expresado.

—Sí; y lo habría dicho aunque con ello perdiese la vida y la salvación. Así soy, cuando se me mete algo en la cabeza.

—Un hombre sincero, y orgulloso como Lucifer.

—¿Os dais cuenta de la astucia? Lo que quería decirle es que yo quería ser capataz, pero no quería decírselo directamente, para que entendiera mis intenciones. ¡Para que veáis lo listo que soy!... Pero que se case si quiere. Puede que ya sea hora. Creo que el hacendado Boldwood la besó detrás del carrizo el otro día, cuando estábamos bañando las ovejas... Eso creo.

—¡Eso es mentira! —dijo Gabriel.

—Ay, vecino Oak... ¿Cómo lo sabes? —preguntó amablemente Henery.

—Porque me contó lo que había pasado —dijo Oak, con la farisaica sensación de no ser como los demás esquiladores en ese punto.

—Tienes derecho a creerlo —dijo Henery con indignación—. Tienes todo el derecho. ¡Pero yo pondría un poco más de distancia entre las cosas! Tener cabeza suficiente para ocupar el puesto de administrador es una nimiedad... aunque más vale poco que nada. Sin embargo, yo contemplo la vida con frialdad. ¿Os dais cuenta, vecinos? Mis palabras, aunque sean simples, resultan demasiado profundas para algunos.

—Claro que nos damos cuenta, Henery.

—¡Una pieza de cuidado, amigos! ¡Dando vueltas de acá para allá como si yo no fuera nadie! Un poco retorcida, además. Pero yo soy listo; ja, incluso muy listo. Podría entenderme bien con cierto pastor, de cerebro a cerebro. Pero no, ¡claro que no!

—¡Una pieza de cuidado, dices! —intervino el destilador, con voz quejumbrosa—. ¡Y tú un viejo indigno de ser nombrado! ¡No eres nadie! Aún no se te han caído los dientes. ¿Y qué hace un viejo cuando aún no se le han caído los dientes? ¡Yo ya me había apoltronado en el matrimonio cuando tú saliste del ejército! Sesenta años no son nada, cuando hay quien tiene ochenta... una fanfarronada, sin ningún valor.

Era costumbre en Weatherbury dejar a un lado las pequeñas diferencias cuando había que apaciguar al destilador.

—¡Sí, sin ningún valor! —asintió Jan Coggan—. Todos sabemos que eres un espléndido veterano, y eso nadie puede negarlo.

—Nadie —dijo Joseph Poorgrass—. Eres un caso de lo más extraño, destilador, y todos te admiramos por ello.

—Y cuando era joven, cuando tenía los sentidos bien despiertos, era igual de apreciado por los que me conocían —dijo el destilador.

—No lo dudo. No lo dudo.

El encorvado anciano se sintió satisfecho, y lo mismo parecía Henery Fray. Y para que todos se sintieran cómodos, intervino Maryann, quien con su cutis tostado y su vestido de lienzo, del color de la herrumbre, parecía en ese momento un viejo boceto al óleo, como los de Nicholas Poussin:

—¿Sabéis de algún sinvergüenza, o algún lisiado, o algún hombre de segunda mano que se interese por una pobre mujer como yo? —dijo Maryann—. A estas alturas ya no espero al hombre perfecto. Eso me sentaría mucho mejor que el pan y la cerveza.

Coggan ofreció la respuesta adecuada. Oak continuó esquilando y no volvió a decir palabra. Estaba de un humor de perros, y su tranquilidad se había esfumado. Bathsheba había dado muestras de considerarlo superior a sus compañeros al pedirle que asumiera las

funciones de capataz imprescindibles en la granja. No anhelaba el puesto por la granja; por ella, como su amada y por el momento sin casar con otro, lo había anhelado. Ahora la veía bajo una luz turbia y vaga. La lección que intentó darle había sido el más absurdo de los errores. Lejos de coquetear con Boldwood, Bathsheba había jugado con los sentimientos de Gabriel, fingiendo así que había coqueteado con otro. Estaba profundamente convencido de que, tal como pensaban sus sencillos e incultos compañeros, llegaría el día en que Boldwood se convertiría en el marido de la señorita Everdene. En aquel momento de su vida, Gabriel ya había superado el rechazo instintivo que todo muchacho cristiano siente hacia la Biblia, y la leía a menudo con detenimiento. Y se decía para sus adentros: «Más amarga que la muerte es la mujer que alberga cepos y trampas en su corazón»^[22]. Una mera exclamación: la espuma de la tempestad. Adoraba a Bathsheba pese a todo.

—¡Creo que los trabajadores nos merecemos una buena juerga esta noche! —dijo Cainy Ball, formulando sus pensamientos en una nueva dirección—. Esta mañana he visto que estaban haciendo enormes budines en el balde de ordeñar... ¡con bolas de grasa tan gordas como su dedo pulgar, señor Oak! En la vida había visto unos trozos de grasa tan espléndidos. Nunca son mayores que un haba. Y había un gran caldero negro encima del trébedes con las patas sacadas, pero no sé lo que tenía dentro.

—Y dos fanegas de manzanas rojas para hacer tarta —dijo Maryann.

—Pues espero cumplir debidamente con todo ello —dijo Joseph Poorgrass, anticipándose con deleite a la degustación—. Sí; la comida y la bebida son cosa buena, y dan fuerza a los débiles. Éste es el evangelio del cuerpo, sin el cual perecemos, por así decir.

Capítulo XXIII

El manto de la noche — La segunda declaración

Para celebrar la cena del esquila se dispuso una larga mesa en la hierba, junto a la casa, con uno de los extremos apoyado en el alféizar de la amplia ventana del salón y metida casi un metro en la casa. La señorita Everdene se sentó dentro, presidiendo el banquete. De esta manera estaba a la cabeza sin mezclarse con los hombres.

Esa tarde, Bathsheba sentía una extraña inquietud, sus labios y sus mejillas rojas contrastaban vivamente con la enmarañada madeja de su pelo oscuro. Parecía esperar ayuda, y el asiento situado al otro extremo quedó libre, a petición del ama, hasta que se sentaron a la mesa. Fue entonces cuando le pidió a Gabriel que ocupase el puesto y desarrollase las funciones propias de él, cosa que éste hizo con prontitud.

En ese momento, el señor Boldwood apareció en la cancela y cruzó el césped hasta la ventana donde se encontraba Bathsheba. Pidió disculpas por su tardanza. Era evidente que había sido invitado.

—Gabriel —dijo Bathsheba—, ¿quieres hacer el favor de cambiarte y cederle el puesto al señor Boldwood?

Oak volvió a ocupar en silencio su puesto anterior.

El hacendado iba alegremente vestido, con un traje nuevo y chaleco blanco, un atuendo que contrastaba con sus habituales y sobrios trajes grises. También por dentro estaba risueño y se

mostraba excepcionalmente conversador. Lo mismo le ocurría a Bathsheba ahora que Boldwood había llegado, si bien la indeseada presencia de Pennyways, el capataz despedido por robo, ensombreció durante algún tiempo su buen humor.

Una vez concluida la cena, Coggan comenzó a recitar, sin previo aviso:

*He perdido a mi amor, mas no me importa,
He perdido a mi amor, mas no me importa;
Pronto encontraré otro
mejor que el anterior.
He perdido a mi amor, mas no me importa.*

Las palabras fueron recibidas con una elocuente mirada a la mesa para indicar que la actuación, como la obra de autores consagrados y ajenos a las críticas de la prensa, era un bocado bien conocido que no requería aplauso.

—¡Ahora tu canción, señor Poorgrass! —dijo Coggan.

—He bebido demasiado y no estoy en condiciones —respondió Joseph, minusvalorando su capacidad.

—Tonterías; nunca has sido así de desagradecido, Joseph... nunca —dijo Coggan, mostrando sus sentimientos heridos con cierta inflexión de la voz—. Y el ama te está mirando fijamente, como si dijera: «Canta de una vez, Joseph Poorgrass».

—Cierto que sí. De acuerdo, tendré que pasar por ello... Pero miradme y decidme si se me nota demasiado que me hierve la sangre, vecinos.

—No; sólo estás un poco colorado —dijo Coggan.

—Intento que no se me suban los colores cuando una belleza me mira —dijo tímidamente Joseph—, pero si se empeñan en hacerlo yo no lo puedo remediar.

—Venga, Joseph, canta, por favor —dijo Bathsheba desde la ventana.

—Verá usted, señora —replicó en tono complaciente—. No sé qué decir. Sería una modesta balada de mi propia cosecha.

—¡Vamos, vamos! —animaron los comensales.

Cobrando así confianza, Poorgrass entonó una temblorosa aunque loable balada sentimental, cuya melodía consistía tan sólo en la nota tónica y otra nota adicional, con predominio de la segunda. Tuvo tanto éxito que rápidamente entonó una segunda melodía del mismo estilo, tras varios comienzos en falso:

Sembré las...

Sembré...

*Sembré las semillas del amor,
al llegar la primavera,
en abril, mayo y bajo el sol de junio,
cuando cantan los pajarillos.*

—Excelente composición —dijo Coggan al terminar el poema—. «Cuando cantan los pajarillos» es un verso muy bonito.

—Sí; y también es muy bonito «las semillas del amor»; muy logrado. Aunque el «amor» sea una nota muy difícil y al hombre se le quiebre la voz. Otra estrofa, señor Poorgrass.

Pero, durante la interpretación, el joven Bob Coggan dio muestras de una de esas anomalías que afectan a los más jóvenes cuando los demás se ponen especialmente serios; en un intento por ocultar la risa, se metió en la garganta todo el mantel que pudo y, cerrando así herméticamente la boca durante un tiempo, el regocijo acabó saliendo por la nariz. Joseph se dio cuenta y, con las mejillas encendidas de indignación, dejó de cantar al instante. Coggan se apresuró a dar un buen tirón de orejas a Bob.

—Sigue, Joseph... sigue. No tengas en cuenta a este granuja — dijo Coggan—. Es una balada muy bonita. Empieza otra vez... el siguiente compás; yo te ayudaré con los agudos cuando te quedes sin aire:

*Ay, el sauce se retorcerá,
el sauce se enroscará.*

Pero no hubo manera de convencer al cantante. A Bob Coggan lo mandaron a casa, por sus malos modales, y la tranquilidad volvió gracias a Jacob Smallbury, quien se ofreció a cantar una balada tan completa e interminable como aquella que el bueno de Sileno interpretó borracho en una ocasión similar para entretener a Chromis y a Mnasyllus^[23], así como a otros alegres camaradas de su tiempo.

Aún había luz en el cielo, aunque empezaba a ser visible el descenso de la noche, y los rayos de luz que llegaban del oeste rastrillaban la tierra sin llegar a encenderla o a iluminar los planos sombríos. El sol se había agazapado detrás de un árbol en su último esfuerzo antes de morir, y poco después comenzó a hundirse, bañando en un crepúsculo marrón la mitad inferior de los cuerpos de los esquiladores mientras sus cabezas y hombros aún disfrutaban de la luz del día, tocadas por un resplandor amarillo intenso que parecía más innato que adquirido.

El sol descendió en medio de una neblina ocre, pero todos continuaron sentados, charlando y cada vez más alegres, como los dioses en el cielo de Homero. Bathsheba no se movió en su trono, al otro lado de la ventana, y se entretenía tejiendo, apartando de cuando en cuando la vista de su labor para observar la escena cada vez más oscura. El lento crepúsculo se extendió hasta envolverlos por completo antes de que nadie diera muestras de querer marcharse.

Gabriel advirtió de pronto que el hacendado Boldwood había abandonado su puesto en un extremo de la mesa. Oak no sabía cuándo, pero parecía haberse sumido en la oscuridad circundante. Mientras pensaba en esto, Liddy encendió unas velas en el salón, y sus vivas llamas iluminaron la mesa y a los comensales, dispersándose entre las sombras verdes del fondo. La silueta de Bathsheba, que seguía en su posición original, volvía a verse claramente a la luz, y ésta revelaba que Boldwood había entrado en la habitación y estaba sentado junto a ella.

Se planteó entonces la pregunta de la noche. ¿Cantaría la señorita Everdene para ellos esa canción que entonaba con tanta dulzura —*Las riberas de Allan Water*— antes de que todos se fueran a casa?

Luego de pensarlo un momento, Bathsheba asintió, indicándole a Gabriel mediante señas que se acercara. Gabriel se dirigió apresuradamente hacia ese espacio tan codiciado.

—¿Has traído tu flauta? —le susurró.

—Sí, señorita.

—Acompáñame, entonces.

Se puso en pie junto a la ventana, mirando a los hombres y con las velas a sus espaldas, Gabriel a su derecha, justo fuera del marco. Boldwood se encontraba a la izquierda, más dentro de la habitación. Comenzó a cantar en tono dulce y trémulo, pero fue creciéndose hasta alcanzar firmeza y claridad. Lo que sucedió a continuación hizo que los versos fueran recordados durante muchos meses, y aun años, por más de uno de los presentes:

*Un soldado la eligió por esposa,
y era un hombre de verbo irresistible.
No había en la ribera de Allan Water
Nadie tan feliz como ella.*

A la dulzura de la flauta de Gabriel sumó Boldwood su profunda voz de bajo, cantando sin embargo muy suavemente y absteniéndose de hacer un dúo. Sus notas eran más bien como una sombra rica e inexplorada que refrescaba el canto de Bathsheba. Los esquiladores se recostaban los unos en los otros, como los comensales en las tempranas épocas del mundo, tan silenciosos y absortos que casi se les oía respirar entre compás y compás; y al término de la balada, cuando la última nota quedó suspendida en un indescriptible final, sobrevino ese murmullo de satisfacción que es la esencia del aplauso.

Huelga decir que Gabriel no podía dejar de reparar en el comportamiento de Boldwood con su anfitriona. Pero no había en sus gestos nada excepcional, salvo el momento elegido para realizarlos. Boldwood sólo observaba a Bathsheba cuando los demás no miraban; cuando los demás miraban, él se daba la vuelta; cuando daban las gracias o hacían algún elogio, guardaba silencio; cuando estaban distraídos, murmuraba su agradecimiento. El significado estaba en la diferencia entre estos actos que en sí mismos carecían de significado; y los inevitables celos, esos que tanto afligen a los amantes, no permitían a Gabriel subestimar estos detalles.

Bathsheba dio entonces las buenas noches, se alejó de la ventana y se retiró al fondo del salón. Boldwood cerró entonces la ventana y los postigos, y se quedó dentro con ella. Oak se marchó a pasear bajo los serenos y perfumados árboles. Los esquiladores, una vez recuperados de la dulce sensación que la voz de Bathsheba les había producido, se levantaron para marcharse. Coggan se volvió hacia Pennyways mientras retiraba el banco para salir:

—Me gusta alabar cuando la alabanza es merecida, y el hombre la merece..., no cabe duda —observó, mirando al ladrón como si fuera la obra maestra de un artista de renombre mundial.

—Si no lo hubiéramos comprobado —dijo Joseph Poorgrass, con voz entrecortada por el hipo—, nunca habríamos creído que no falta

ni una taza, ni uno de los mejores cubiertos, y que cada botella vacía sigue en su lugar, como al principio; que no se ha robado nada.

—Creo que no merezco ni la mitad de los elogios que me haces —dijo en tono grave el virtuoso ladrón.

—Bueno, yo diría algo en favor de Pennyways —dijo Coggan—. Y es que cuando se decide a hacer algo noble, como he visto en su cara que estaba dispuesto a hacer esta noche antes de sentarse, normalmente lo consigue. Pero tengo el orgullo de decir, vecinos, que no ha robado nada.

—Sí, ha sido una buena acción, Pennyways, y te damos las gracias —dijo Joseph; y la opinión fue unánimemente compartida por el resto de la compañía.

A la hora de partir, cuando sólo se veía una fina e inmóvil grieta de luz entre los postigos, una apasionada escena se desarrollaba en el salón.

La señorita Everdene y Boldwood estaban solos. Bathsheba había perdido gran parte del saludable fuego de sus mejillas, dada la gravedad de su situación; pero había en su mirada un brillo triunfal, si bien se trataba de un triunfo más contemplado que deseado.

Bathsheba estaba de pie, tras el sillón del que acababa de levantarse, y Boldwood estaba arrodillado junto a éste, inclinado sobre el respaldo hacia ella, sosteniendo una de sus manos entre las suyas. No dejaba de moverse con gran inquietud, con eso que Keats delicadamente llama una felicidad demasiado feliz. Tan insólito abandono de la dignidad —fruto del amor— en un hombre como Boldwood, en quien la dignidad siempre había sido un atributo esencial, producía en Bathsheba, por lo angustioso de su incongruencia, un dolor sólo mitigado por el placer que le causaban estas muestras de idolatría.

—Intentaré amarlo —decía, con voz temblorosa, impropia de su confianza habitual—. Y, si por alguna razón llego a creer que puedo

ser una buena esposa, accederé a casarme con usted. Pero, señor Boldwood, creo que la duda en asuntos tan importantes honra a cualquier mujer; por eso no quiero hacer ninguna promesa solemne esta noche. Le pediría que esperase unas semanas, hasta que vea mi situación con mayor claridad.

—Pero tiene usted sobradas razones para creer que «entonces»...

—Tengo sobradas razones para confiar en que cuando pasen las cinco o seis semanas que faltan para la cosecha y que usted pasará fuera de casa, yo pueda prometerle que me casaré con usted.

—Me basta con eso; no pido más. Esperaré con ansiedad el momento de oír esas palabras tan anheladas. ¡Y ahora, señorita Everdene, buenas noches!

—Buenas noches —dijo ella gentilmente, casi con ternura; y Boldwood se retiró con serena sonrisa.

Bathsheba sabía ahora más cosas de él; Boldwood le había mostrado su corazón sin reservas, casi hasta el punto de aparecer a ojos de ella con el triste aspecto de un ave de gran tamaño, desprovista de las plumas que le confieren su grandeza. Ella estaba asustada por la temeridad con que se había conducido en el pasado y luchaba por enmendarse sin pararse a pensar si el pecado realmente merecía el castigo que se estaba infligiendo. Oír todo lo que había oído era terrible, pero la situación no carecía de alegría. Es maravillosa la facilidad con la que incluso las mujeres más tímidas desarrollan a veces cierto gusto por el horror cuando éste se combina con una pequeña victoria.

Capítulo XXIV

La misma noche — Entre los abetos

Entre las múltiples obligaciones que Bathsheba se había impuesto al prescindir de los servicios de un capataz figuraba la de inspeccionar la finca antes de acostarse, para comprobar que todo estaba en orden. Gabriel casi siempre la precedía en su ronda, velando por los intereses de Bathsheba con la minuciosidad propia de un vigilante especial. Pero la tierna devoción del pastor era en gran medida desconocida para el ama, y lo poco que llegaba a saberse era recibido con escaso agradecimiento. Las mujeres nunca se cansan de lamentar la inconstancia de los hombres en el amor, y sin embargo desprecian su constancia.

Puesto que para vigilar es preferible no ser visto, Bathsheba solía llevar un farol en la mano que encendía de vez en cuando para examinar recovecos y rincones con la frialdad de un policía metropolitano. Esta frialdad obedecía no tanto a la ausencia de temor ante un peligro esperado como al convencimiento de que dicho peligro no existía; el peor de sus descubrimientos podría ser que un caballo no estuviese en el establo, que faltase algún ave en el corral o que se hubiese quedado una puerta sin cerrar.

Esa noche inspeccionó las dependencias de la granja como de costumbre y dio una vuelta por el prado. Los únicos sonidos que turbaban la quietud eran el rumiarse de muchas bocas y la estentórea respiración de hocicos casi invisibles, que culminaba con soplos y bufidos. Luego volvía a oírse el ruido de la masticación, cuando la

imaginación acudía en ayuda de la vista para discernir un montón de hocicos blancos y rosados en forma de cavernas, húmedas y pegajosas en su superficie, no exactamente agradables al tacto hasta que uno se acostumbraba a ellas. Las bocas mostraban una notable tendencia a cerrarse sobre cualquier extremo de la ropa de Bathsheba que se encontrase al alcance de sus lenguas. Mirando con mayor atención se detectaba sobre los hocicos una frente marrón y un par de ojos fijos, aunque no hostiles, y más arriba un par de cuernos blancuzcos como dos lunas crecientes, y un impasible ¡muuu! proclamaba sin lugar a dudas que estos fenómenos correspondían a los rasgos y las personas de Margarita, Patas Blancas, Zagala, Alegre, Manchada, Ojos Vivos, etc., etc.: la respetable cabaña de vacas Devon propiedad de Bathsheba.

De vuelta a casa pasaba por un sendero que atravesaba una joven plantación de espigados abetos, plantados hacía años para protegerse del viento del norte. La densidad del follaje hacía que el lugar resultase sombrío incluso a mediodía y con el cielo despejado, crepuscular a primera hora de la tarde, oscuro como la noche en el crepúsculo y negro como la novena plaga de Egipto a medianoche. Podría describirse aquel espacio como un amplio vestíbulo natural, con su techo de plumas soportado por esbeltas columnas de madera viva y el suelo cubierto por una suave alfombra parda de pinocha muerta y piñas enmohecidas, salpicado aquí y allá por penachos de hierba.

Esa parte del camino era la más delicada de la ronda nocturna, aunque, antes de empezar, Bathsheba no sentía tanta aprensión al peligro como para pedir a alguien que la acompañase. Deslizándose tan imperceptiblemente como el tiempo, Bathsheba creyó oír pasos que se adentraban por el extremo opuesto del sendero. Sin duda era un rumor de pasos. Al punto, sus propias pisadas se tornaron suaves como copos de nieve. Se infundió confianza recordándose que era una senda pública, y que quien transitaba por allí sería un vecino del pueblo de vuelta a casa, lamentando al mismo tiempo

que el encuentro fuera a producirse en el punto más oscuro del camino, aunque estuviese a la puerta de su propia casa.

El ruido se aproximó, y una figura estaba a punto de pasar junto a ella cuando algo le agarró de la falda y tiró de ella hacia el suelo. A punto estuvo de perder el equilibrio con el brusco frenazo. Al recuperarse chocó con ropas tibias y botones.

—¡Dios Santo! ¡Qué extraño comienzo! —dijo una voz masculina, situada a unos treinta centímetros por encima de la cabeza de Bathsheba—. ¿Te he hecho daño, compañero?

—No —dijo Bathsheba, intentando escabullirse.

—Parece que nos hemos enganchado por alguna razón.

—Sí.

—¿Es usted una mujer?

—Sí.

—Debería haber dicho, una señora.

—No importa.

—Yo soy un hombre.

—¡Ah!

Bathsheba volvió a dar un suave tirón, pero nada.

—¿Lleva usted un farol? Me lo ha parecido —dijo el hombre.

—Sí.

—Si me lo permite, lo encenderé para soltarla.

Una mano agarró el farol, la portezuela se abrió, los rayos salieron de su prisión, y Bathsheba contempló su posición con asombro.

El hombre al que se había enganchado resplandecía de medallas y escarlata. Era un soldado. Su repentina aparición fue a la oscuridad lo que el son de una trompeta es al silencio. La penumbra, el espíritu del lugar desde siempre y hasta ese preciso instante, habían sido definitivamente derrotados, no tanto por la luz del farol como por lo que éste iluminaba. El contraste de esta revelación con la idea previa de toparse con una figura siniestra y de

oscuro atuendo fue tan intenso para Bathsheba que tuvo en ella el efecto de una transformación mágica.

Pudo entonces comprobarse que la espuela del soldado se había enganchado en la cinta que decoraba el bajo de la falda de Bathsheba. El soldado la miró.

—La soltaré en un minuto, señorita —dijo, con súbita galantería.

—No se preocupe... yo puedo. Gracias —se apresuró a replicar ella, agachándose para su actuación.

Desengancharse no era cosa fácil. La rueda de la espuela se había enroscado de tal modo entre los hilos de la cinta que soltarla iba a llevar su tiempo.

El soldado también se agachó, y el farol, que estaba en el suelo entre ambos, iluminaba por su portezuela abierta las agujas de los abetos y las largas brizas de hierba húmeda, como una enorme luciérnaga. Los rayos de luz les alumbraban la cara, proyectando sobre la plantación las gigantescas sombras del hombre y la mujer, distorsionando las formas crepusculares y estrellándolas contra los troncos de los árboles hasta su total destrucción.

El soldado miró fijamente a los ojos de Bathsheba cuando ésta alzó la mirada un momento; Bathsheba le devolvió la mirada, pues era la de él demasiado intensa para sentirla a quemarropa. Pero se había fijado, mirando de soslayo, en que el hombre era joven y delgado, y en que llevaba tres galones en la manga.

Bathsheba volvió a tirar.

—Está usted prisionera, señorita; no se puede negar la situación —dijo el soldado secamente—. Si tiene usted tanta prisa tendré que cortarle el vestido.

—¡Sí, por favor! —exclamó, con impotencia.

—No será necesario si espera usted un momento —dijo, disponiéndose a soltar la cinta de la espuela. Bathsheba retiró la mano, pero bien por accidente bien con intención, el soldado la rozó. Bathsheba se sintió humillada, aunque no sabía por qué.

El hombre continuó con su tarea, pero ésta parecía no tener fin. Bathsheba volvió a mirarlo.

—¡Gracias por la visión de un rostro tan hermoso! —dijo el joven sargento sin ceremonia.

Bathsheba se ruborizó de inmediato.

—No lo muestro por propia voluntad —replicó ásperamente y con la poca dignidad que podía sentir en aquella situación de cautividad.

—Su falta de amabilidad hace que me guste aún más, señorita —dijo él.

—¡Preferiría no haberme tropezado con usted nunca! —volvió a tirar, y los frunces del vestido empezaron a ceder como diminutos mosquetes.

—Merezco el castigo que pretenden imponerme sus palabras. Pero ¿qué razón tiene una muchacha hermosa y responsable para sentir aversión por el sexo de su padre?

—Haga el favor de seguir su camino.

—¡Cómo, belleza! ¿Y arrastrarla detrás de mí? Fíjese un poco; ¡en la vida he visto lío igual!

—¡Esto es vergonzoso de su parte! ¡Lo ha enredado más todavía para retenerme aquí!

—La verdad, no lo creo —dijo el sargento, con un alegre guiño.

—¡Pues yo le digo que sí! —exclamó, con mucho genio—. Insisto en deshacerlo yo misma. ¡Ahora, permítame!

—Desde luego, señorita. No soy de acero —añadió un suspiro que contenía toda la picardía que un suspiro puede contener sin perder por completo su verdadera esencia—. Siempre aprecio la belleza, aunque se me lance como un hueso a un perro. ¡Esto pasará pronto!

Bathsheba apretó los labios, decidida a guardar silencio.

Se preguntaba si con un tirón seco y desesperado podría liberarse, aun a riesgo de dejar allí su falda. La idea era demasiado aterradora. El vestido —que se había puesto para estar elegante

durante la cena— era la perla de su guardarropa; ningún otro le sentaba igual de bien. ¿Qué mujer, en la situación de Bathsheba, que no era tímida por naturaleza y que podía llamar a sus criados, habría pagado tan alto precio para escapar de un apuesto soldado?

—Todo a su debido tiempo. Creo que pronto habremos terminado —dijo su imperturbable amigo.

—Esta absurda situación me irrita... y... y...

—¡No sea tan cruel!

—... Me insulta.

—Ha ocurrido para que yo pueda tener el placer de disculparme ante una mujer tan encantadora, cosa que me apresuro a hacer con la mayor humildad, señora —dijo el sargento, haciendo una reverencia.

Bathsheba no sabía qué decir.

—He visto a muchas mujeres en mi vida —continuó el joven con un murmullo y mayor consideración que hasta ese momento, mientras estudiaba atentamente la cabeza inclinada de Bathsheba —, pero ninguna tan hermosa como usted. O lo toma o lo deja... Puede ofenderse o puede sentirse halagada... Me da igual.

—¿Quién es usted, para permitirse despreciar la opinión de los demás?

—No soy un forastero. Soy el sargento Troy. Estoy de permiso en casa. ¡Vaya! Al fin se ha soltado. ¿Lo ve? Sus finos dedos han sido más hábiles que los míos. ¡Ojalá hubiera sido un lazo de lazos, ese que no hay manera de desatar!

La situación empeoraba por momentos. Bathsheba se movió, y él también. Su dificultad estribaba entonces en cómo separarse de él con dignidad. Se apartó centímetro a centímetro, con el farol en la mano, hasta que dejó de ver su levita roja.

—¡Adiós, belleza! —dijo él.

Bathsheba no respondió y, tras recorrer unos veinte o treinta metros, se dio la vuelta y entró en casa corriendo.

Liddy acababa de retirarse a descansar. De camino a su habitación, Bathsheba abrió un par de centímetros la puerta de Liddy y, resollando, dijo:

—Liddy, ¿sabes si hay algún soldado en la ciudad? ¿Un sargento... no sé cuántos... muy elegante para ser un sargento, y bien parecido, con levita roja y vueltas azules?

—No, señorita... No lo hay. Pero podría ser el sargento Troy que está de permiso, aunque no lo he visto. Vino otra vez cuando el regimiento se encontraba en Casterbridge.

—Sí, así se llama. ¿Tenía bigote... pero sin barba ni patillas?

—Sí.

—¿Qué clase de persona es?

—¡Ay, señorita! Me da vergüenza decirlo... Un hombre frívolo. Pero dicen que es vivo y elegante, y que podría tener sus buenos miles, como un señorito. ¡Ese joven es muy listo... todo un dandi! ¡Lleva el apellido de un médico, y eso ya es mucho! ¡Pero es hijo de un conde!

—Y eso es mucho más. ¿Verdad que sí?

—Sí. Y ha tenido una educación muy buena. Fue muchos años a la escuela en Casterbridge. Aprendió todas las lenguas mientras estuvo allí; y dicen que hasta aprendió a escribir el chino en taquigrafía; pero eso no puedo afirmarlo, porque sólo lo sé de oídas. Pero ha desperdiciado su talento. Se alistó como soldado, y llegó a sargento como si tal cosa. ¡Es una bendición ser de buena cuna! ¡La nobleza de sangre se te nota aunque seas soldado! ¿De verdad dice que ha venido a casa, señorita?

—Eso creo. Buenas noches, Liddy.

A fin de cuentas, ¿cómo podía una muchacha de buen talante seguir ofendida con un hombre así? Hay ocasiones en que las jóvenes como Bathsheba son capaces de aceptar conductas poco convencionales. Cuando quieren recibir halagos, lo cual sucede a menudo; cuando quieren ser dominadas, lo cual sucede a veces; y cuando no quieren tonterías, lo cual rara vez sucede. En ese

momento era el primer sentimiento el que crecía en ella, mezclado con una pizca del segundo. Además, por azar o por brujería, el joven resultaba de antemano interesante por el hecho de ser un extraño muy atractivo que sin duda había conocido tiempos mejores.

Por eso Bathsheba no llegaba a concluir si aquel joven la había insultado o no.

«¡Ha sido todo tan extraño! —exclamó para sí, una vez llegó a su habitación—. ¡Y he obrado muy mal al tratar de escabullirme de ese modo de un hombre tan amable y educado!» Era obvio que en aquel momento el franco elogio de su persona no le parecía un insulto.

Boldwood había cometido el error fatal de no haberle dicho nunca que era hermosa.

Capítulo XXV

Descripción del nuevo conocido

El carácter y las circunstancias se habían aliado para convertir al sargento Troy en un ser excepcional.

Era un hombre para quien los recuerdos resultaban una carga y la anticipación algo superfluo. Limitándose a sentir, pensar y preocuparse de lo que tenía delante de sus ojos, sólo era vulnerable en el presente. Su actitud frente al tiempo era una mirada fugaz de cuando en cuando: esa proyección de la conciencia hacia los días pretéritos y los días por venir, que convierte lo pasado en sinónimo de lo patético y el futuro en una palabra que exige cautela, era desconocida para Troy. Para él, pasado era ayer; el futuro, mañana; nunca, el día siguiente.

En este sentido, y bajo cierta luz, podría considerársele como uno de los hombres más afortunados de su género. Pues cabe afirmar con cierta plausibilidad que los recuerdos no son tanto un legado como una enfermedad y que las expectativas en su única forma grata — la de la fe absoluta son casi un imposible, mientras que bajo la apariencia de la esperanza y sus variantes secundarias —la paciencia, la impaciencia, la resolución o la curiosidad—, producen una continua fluctuación entre el dolor y el placer.

El sargento Troy, que era del todo inocente en lo que al cultivo de la expectación se refiere, jamás se sentía decepcionado. A esta ganancia negativa podrían oponérsele ciertas pérdidas positivas, fruto de la limitación de los gustos y sensaciones superiores que ello

entrañaba. Pero el perdedor jamás reconoce como pérdida la limitación de su capacidad; en este sentido, la pobreza moral o estética acaso contrasta con la material, pues quienes sufren no lo lamentan y quienes lo lamentan no tardan en dejar de sufrir. Es imposible verse privado de algo que no se ha tenido nunca, y Troy no echaba en falta aquello de lo que nunca había disfrutado. Mas, como era plenamente consciente de disfrutar de eso que la gente sería echaba en falta, su capacidad, aunque en realidad menor, parecía mayor que la del resto.

Era razonablemente leal con los hombres, pero con las mujeres mentía como un cretense: poseía un sistema ético por encima de cualquier otro, calculado para cosechar popularidad a la menor muestra de ser admitido en sociedad; y la posibilidad de que el favor ganado fuese transitorio sólo afectaba al futuro.

Jamás cruzaba la línea que separa los vicios refinados de los vulgares, de ahí que, si bien su moral rara vez era aplaudida, la censura de sus costumbres se atenuaba normalmente con una sonrisa. Este tratamiento lo había llevado a convertirse en una especie de minorista de los galanteos de otros hombres, más para su propio engrandecimiento como petimetre que para beneficio moral de quienes lo escuchaban.

Rara vez había equilibrio entre su razón y sus inclinaciones, separadas de mutuo acuerdo hacía mucho tiempo. Ocurría a veces que, si bien sus intenciones eran todo lo honorables que puede desearse, una acción determinada podía oscurecerlas hasta conferirles un relieve especial. Las fases en las que el sargento se entregaba al vicio eran fruto del impulso, mientras que sus momentos de virtud eran resultado de la fría meditación, circunstancia ésta que presentaba una modesta tendencia a dejarse oír más que ver.

Troy rebosaba actividad, pero sus actividades eran más propias de una naturaleza vegetativa que locomotriz, y como nunca respondían a la elección de una base o una dirección, se ejercitaban

sobre cualquier objeto que el azar pusiera en su camino. Así, aunque a veces resultaba un orador brillante, por su espontaneidad, quedaba muy por debajo de la media en sus acciones, por su incapacidad para orientar el esfuerzo incipiente. Era rápido de entendimiento y tenía una notable fuerza de carácter; pero, a falta de capacidad para combinar ambas cualidades, el entendimiento se enzarzaba en trivialidades en espera de que la voluntad lo guiase, y la fuerza se derrochaba inútilmente por desoír al entendimiento.

Tenía una educación bastante notable para un miembro de la clase media, y excepcional para un soldado. Hablaba con fluidez y sin cesar. De este modo, podía ser una cosa y pasar por otra; por ejemplo, podía hablar de amor y pensar en la cena; visitar al marido para observar a la esposa; mostrarse impaciente por pagar una deuda pero estar decidido a no hacerlo.

El asombroso poder que el halago tiene en las mujeres, cuando se practica como una estocada en esgrima, es una idea tan universal que muchos lo señalan casi automáticamente, tal como repiten un refrán o dicen que son cristianos y cosas por el estilo, sin pensar demasiado en las enormes implicaciones del enunciado. Y desde luego esto no le hace ningún bien a la mujer. Para la mayoría esta opinión se almacena junto a los trillados aforismos que exige una catástrofe para que su tremendo significado alcance su destino. Cuando se formula con cierta seriedad, parece coordinarse con la creencia de que el halago ha de ser razonable para que resulte eficaz. Hay que decir en favor de los hombres que pocos se proponen resolver el asunto lanzándose a la experimentación, y que el azar, acaso felizmente para ellos, jamás lo ha resuelto. Pese a todo, el que un impostor que astutamente abrumba a la mujer con indefendibles fantasías para cautivarla pueda alcanzar poderes que llegan al extremo de la perdición, es una verdad que muchos han aprendido sin buscarla en situaciones difíciles. Otros afirman haber alcanzado dicho conocimiento merced a la experimentación, como

ya se ha indicado, practicándola de continuo con desenfado y terribles consecuencias. El sargento Troy era de estos últimos.

Decía haber observado accidentalmente que, al tratar con el género femenino, la única alternativa al halago eran la maldición y la blasfemia. No había un tercer método. «Trátalas bien y estás perdido», solía decir.

La pública aparición de este filósofo en Weatherbury se produjo inmediatamente después de su llegada al lugar. Una o dos semanas después del esquila, Bathsheba, que se sentía indeciblemente aliviada por la ausencia de Boldwood, se acercó a los campos de heno y se quedó mirando a los campesinos por encima del seto. Formaban un conjunto homogéneo de cuerpos nudosos y flexibles; los primeros correspondían a los hombres y los segundos a las mujeres, que llevaban un gorrito ladeado y cubierto por una gasa que colgaba como una cortina sobre los hombros. Coggan y Mark Clark segaban en un prado cercano, este último tarareando al compás de su guadaña una melodía que Jan no se esforzaba en seguir. En el primer campo ya estaban cargando el heno: las mujeres lo rastrillaban y amontonaban, y los hombres lo cargaban en el carro.

Una brillante mancha escarlata surgía detrás del carro, trabajando despreocupadamente junto a los demás. Era el galante sargento, que ayudaba a los campesinos por puro placer; y nadie podía negar que le estaba prestando al ama un servicio de auténtico caballero feudal con esta contribución voluntaria en un momento de mucho trabajo.

Troy vio a Bathsheba en cuanto ésta entró en el campo y, después de clavar su horca en el suelo para recoger su cosecha, se acercó a ella. Bathsheba se ruborizó, un poco enfadada por su turbación, y centró la mirada, además de sus pasos, en la línea correcta del camino.

Capítulo XXVI

Escena en el linde del henar

—¡Ah, señorita Everdene! —dijo el sargento, tocándose la gorra diminuta—. ¡Cómo iba a saber yo que era usted con quien estuve hablando la otra noche! Pero si hubiera pensado en «la reina de la lonja» (la verdad es la verdad a cualquier hora del día o de la noche, y ayer oí que así era como la llamaban en Casterbridge), «la reina de la lonja», digo, si lo hubiera pensado, me habría dado cuenta de que no podía tratarse de otra mujer. Ahora quiero suplicar mil veces su perdón por haber dejado que mis sentimientos me llevaran a expresarme con demasiada brusquedad, siendo un desconocido. A decir verdad, no soy extraño en el lugar... Soy el sargento Troy, como ya le dije, y he ayudado a su tío en estos campos en infinidad de ocasiones cuando era un muchacho. Hoy estoy haciendo lo mismo para usted.

—Supongo que debo darle las gracias por ello, sargento Troy —dijo la reina de la lonja en tono indiferente.

El sargento pareció herido y triste.

—No tiene por qué hacerlo, señorita Everdene. ¿Qué le hace pensar que es necesario?

—Me alegro de que no lo sea.

—¿Por qué? Si puedo preguntarlo sin ofenderla.

—Porque no deseo tener que darle las gracias por nada.

—Me temo que tengo un agujero en la lengua que mi corazón nunca será capaz de cerrar. ¡Qué tiempos tan terribles estos en los

que la mala suerte se ceba en un hombre por decirle sinceramente a una mujer que es hermosa! Es lo máximo que dije..., téngalo en cuenta; y lo mínimo que podía decir..., eso lo sé muy bien.

—Hay cierto tipo de conversación de la que puedo prescindir más fácilmente que del dinero.

—Seguro. Ese comentario es una especie de inciso.

—No. Significa que prefiero quedarme con su casa que con su compañía.

—Y yo prefiero sus desaires a los besos de cualquier otra mujer; de manera que me quedaré aquí.

Bathsheba se quedó sin habla. Al mismo tiempo, no podía dejar de sentir que la ayuda que estaba prestando el sargento le impedía mostrar un rechazo tan abierto.

—Bien —continuó Troy—, supongo que hay un elogio que resulta una grosería, y ése puede ser el mío. Por otro lado, hay un tratamiento injusto, y ése puede ser el suyo. Porque un hombre sencillo y natural, a quien nunca se le ha enseñado a ocultar nada, dice lo que piensa sin proponérselo exactamente, y lo que recibe es una bofetada como el hijo de un pecador.

—No creo que ése sea el caso entre nosotros —dijo ella, dándose la vuelta—. No consiento a los desconocidos que sean insolentes o impúdicos... ni siquiera a los que me halagan.

—Creo que no es el hecho sino el método lo que la ofende —dijo él con desenfado—. Pero tengo la triste satisfacción de saber que mis palabras, ya sean agradables u ofensivas, son inconfundiblemente ciertas. ¿Pretende que yo la mire y les diga a mis conocidos que es usted una mujer de lo más corriente para que no se sienta incómoda cuando ellos la observen si la ven? No puedo. No podría decir una mentira tan ridícula sobre una belleza para incitar a una sola mujer en Inglaterra a mostrarse excesivamente modesta.

—¡Lo que dice es puro fingimiento! —exclamó Bathsheba, riendo a su pesar ante el astuto método del sargento—. Tiene usted una

extraña inventiva, sargento Troy. ¿Por qué no pasó la otra noche de largo, sin decir nada...? Eso es lo único que tengo que reprocharle.

—Porque no tenía ninguna intención. Parte del placer de un sentimiento reside en la posibilidad de expresarlo al calor del momento, y yo expresé el mío. Habría ocurrido lo mismo si usted fuera todo lo contrario, fea y vieja; se lo habría dicho igualmente.

—¿Cuánto tiempo hace que sufre usted de tanta intensidad emocional?

—Desde que tuve edad suficiente para distinguir el encanto de la deformidad.

—Cabe esperar que esa capacidad para apreciar la diferencia de la que habla usted no termine en los rostros, sino que se extienda también a la moral.

—No me gusta hablar de moral ni de religión... ni de la mía ni de la de nadie. Aunque puede que hubiera sido un buen cristiano si ustedes, las mujeres hermosas, no me hubieran convertido en un ídola.

Bathsheba se movió para ocultar los irrefrenables hoyuelos de alegría en las mejillas. Troy siguió hablando, mientras removía heno.

—Pero ¿me perdona... señorita Everdene?

—Difícilmente.

—¿Por qué?

—¡Dice usted unas cosas...!

—He dicho que es usted hermosa y lo seguiré diciendo... porque lo es. ¡La mujer más hermosa que he visto en mi vida, o que me caiga muerto en este instante! Además...

—No... no. No quiero escucharlo. ¡Es usted un irreverente! — dijo, debatiéndose entre el desconsuelo que le producían sus palabras y las ganas de escuchar más.

—Vuelvo a decir que es usted una mujer fascinante. No hay nada extraordinario en que lo diga, ¿o sí? Me parece que es un hecho evidente. Señorita Everdene, puede parecerle que expreso mi opinión con demasiada fuerza para complacerla y, por eso mismo,

que es demasiado insignificante para convencerla, pero le aseguro que es sincera. ¿Por qué no puede excusarme?

—Porque... porque no es cierto —murmuró con aire femenino.

—¡Ay, qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Soy peor por violar el tercero de los Diez Mandamientos que usted por violar el noveno?

—Bueno, no me parece del todo cierto que yo sea fascinante —replicó ella evasivamente.

—No se lo parece. Debo decir entonces, con el debido respeto, que si no se lo parece es por su modestia, señorita Everdene. Pero en ese caso debe dejar que todo el mundo le diga lo que ve. Y dar por buena su palabra.

—Nadie dice eso exactamente.

—¡Seguro que sí!

—Bueno, me refiero a mi cara, como usted dice —continuó, dejándose atrapar en una conversación que se había propuesto prohibir rigurosamente.

—Pero ¿usted sabe que lo piensan?

—No... es decir... bueno, le he oído decir a Liddy que la gente lo dice, pero... —se detuvo.

Capitulación: ése era el sentido de aquella simple respuesta, pese a su cautela. Una capitulación desconocida para Bathsheba. Nunca una frase tan simple y frágil había transmitido un significado tan perfecto. El despreocupado sargento sonrió para sus adentros, y puede que también el diablo sonriera desde algún agujero de Tophet^[24], pues el momento era el punto de partida de una carrera. El tono y el semblante de Bathsheba indicaban sin lugar a error que la semilla destinada a levantar los cimientos había arraigado debidamente; el resto era sólo cuestión de tiempo y cambios naturales.

—¡Al fin sale a la luz la verdad! —dijo el soldado, a modo de respuesta—. Que no me digan que una dama puede vivir rodeada de admiración sin darse cuenta. Bueno, señorita Everdene, es

usted... perdone la tosquedad... es usted más un perjuicio para nuestra especie que lo contrario.

—¿Cómo...? ¿Qué quiere decir? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Lo que digo es cierto. Lo mismo me da que me ahorquen por una oveja que por un cordero (un viejo dicho campesino, que no tiene mucha importancia pero que le va bien a un tosco soldado); por eso diré lo que pienso con independencia de que a usted le guste o no, y sin esperar ni pretender obtener su perdón. Por eso digo, señorita Everdene, que su belleza puede hacer más mal que bien al mundo —el sargento miró hacia el campo con expresión absorta y crítica—. Lo normal es que un hombre normal se enamore de una mujer normal. Ella se casa con él; él está contento y lleva una vida normal. Las mujeres como usted son codiciadas por cien hombres (sus ojos pueden hacer que docenas y docenas de hombres queden irremediabilmente prendados de usted), pero usted sólo puede casarse con uno. Digamos entonces que unos se verán abocados a ahogar su pena de amor en la bebida; otros vivirán abatidos, sin ilusión ni ganas de hacer nada en el mundo, pues no tienen más ambición que la de unirse a usted; otros (acaso yo entre ellos) siempre seguirán detrás de usted, contentándose tan sólo con verla, haciendo cosas desesperadas. ¡Los hombres son muy constantes en su estupidez! El resto puede intentar superar su pasión con mayor o menor éxito. Pero todos estos hombres quedarán entristecidos. Y no sólo esos noventa y nueve hombres, sino también las noventa y nueve mujeres con las que podrían casarse vivirán con tristeza. Esta es mi visión. Por eso digo que una mujer tan encantadora como usted, señorita Everdene, no es precisamente una bendición para su especie.

Los atractivos rasgos del sargento permanecieron mientras pronunciaba su discurso tan rígidos y severos como los de John Knox^[25] al dirigirse a su alegre y joven reina.

Como viera que ella no respondía, Troy añadió:

—¿Lee usted en francés?

—No; empecé a estudiarlo, pero mi padre murió cuando llegué a los verbos —dijo con naturalidad.

—Yo sí... cuando tengo ocasión, cosa que últimamente no ocurre a menudo. Mi madre era parisina. Y hay un proverbio francés que dice *Qui aime bien châtie bien*, que significa «Quien bien te quiere te hará llorar». ¿Me comprende?

—¡Ay! —dijo Bathsheba, y se advirtió un ligero temblor en su voz normalmente fría—. ¡Si luchara usted sólo la mitad de bien de lo que habla convertiría una herida de bayoneta en un placer! —Fue entonces cuando la pobre Bathsheba reparó en el error que acababa de cometer, y apresurándose a enmendarlo, fue de mal en peor—. No piense por eso que lo que usted me dice me agrada en modo alguno.

—Lo sé... lo sé perfectamente —dijo Troy, con rostro sinceramente convencido; y ensombreciendo su expresión, añadió —: Cuando una docena de hombres están dispuestos a hablarle a usted con ternura y a profesarle la admiración que merece sin incluir la advertencia que usted necesita, es evidente que mi tosca mezcla de elogio y censura no puede proporcionar mucho placer. ¡Aunque sea tonto, no soy tan engreído como para suponer algo así!

—Creo que es usted engreído, de todos modos —dijo Bathsheba, mirando con recelo una caña de la que tiraba fuertemente con una mano, pues los procedimientos del sargento la habían puesto nerviosa, no porque su zalamería le pasara enteramente desapercibida sino porque tenía una fuerza arrolladora.

—Eso nunca lo reconoceré ante nadie... ni siquiera ante mí mismo. Sin embargo, puede haber cierto engreimiento en mi estúpida suposición de la otra noche. Sé que lo que dije con admiración puede ser una opinión que ya le han transmitido demasiadas veces para que siga resultándole agradable, pero lo cierto es que pensé que su amable naturaleza le impediría juzgar duramente una lengua descontrolada —como así ha sido— y pensar

mal de mí hasta el punto de herirme esta mañana, cuando estoy recogiendo el heno para usted.

—Bueno, no piense más en ello: tal vez no pretendiera usted ser grosero conmigo al decir lo que pensaba sinceramente; de hecho, creo que no es así —dijo la mujer domesticada, con dolorosa inocencia y seriedad—. Y le agradezco su ayuda en el campo. Pero... pero no quiero que vuelva a hablarme de ese modo, ni de ningún otro, a menos que yo me dirija a usted.

—¡Ah, señorita Bathsheba! ¡Eso es demasiado duro!

—No, no lo es. ¿Por qué?

—Nunca volverá a dirigirme la palabra, porque no estaré aquí demasiado tiempo. Pronto tendré que volver a la miserable monotonía del cuartel, y es posible que nuestro regimiento no tarde en partir. Y para colmo usted me priva del único placer que puedo tener en esta vida tan triste. Bueno, puede que la generosidad no sea la característica más destacada de la mujer.

—¿Cuándo se marchará de aquí? —preguntó Bathsheba, con cierto interés.

—Dentro de un mes.

—¿Y por qué le agrada tanto hablar conmigo?

—¿Cómo puede preguntar, señorita Everdene, sabiéndolo como lo sabe, por qué me siento ofendido?

—Si una nimiedad así es tan importante para usted, no me importará hacerlo —respondió dubitativamente—. Pero ¿de veras es tan importante una palabra mía? No dice otra cosa... parece que no dice otra cosa.

—Eso es injusto... pero no pienso repetir ese comentario. Me siento demasiado agradecido por esta muestra de amistad a cualquier precio para reparar en el tono. Es muy importante para mí, señorita Everdene. Puede pensar que un hombre es tonto por conformarse con una simple palabra... con un simple «buenos días». A lo mejor está en lo cierto... no lo sé. Pero usted nunca ha

sido un hombre y nunca se ha fijado en una mujer, cuando esa mujer es usted.

—Cierto.

—Por lo tanto no sabe usted lo que eso significa, ¡y ojalá no llegue a saberlo nunca!

—Tonterías. Es usted un adulator. ¿Qué significa? Me interesa saberlo.

—Dicho brevemente, significa no ser capaz de pensar, oír o mirar más que en una dirección sin sufrimiento, y tampoco en ésta sin tortura.

—¡Ah, sargento, no le creo! ¡Está usted fingiendo! —dijo Bathsheba, sacudiendo la cabeza—. Sus palabras son demasiado galantes para ser ciertas.

—Le aseguro que no, por mi honor de soldado.

—Pero ¿cómo es posible? Se lo pregunto por mera curiosidad.

—Porque usted es demasiado fascinante... y yo estoy demasiado fascinado.

—Sí lo parece.

—Lo soy de verdad.

—¡Pero si sólo me vio la otra noche!

—Eso no importa. El flechazo es algo instantáneo. La amé desde ese momento... igual que la amo ahora.

Bathsheba lo miró con curiosidad, de abajo arriba, lo más arriba que se atrevió a lanzar su mirada, sin llegar hasta sus ojos.

—Eso no es posible, y no es cierto —dijo recatadamente—. Esos sentimientos no se despiertan así de repente. No quiero seguir escuchándolo. Me gustaría saber qué hora es. Me voy. ¡Ya he perdido demasiado tiempo aquí!

El sargento miró su reloj y dijo:

—¿Es que no tiene usted reloj, señorita?

—En este momento no. Voy a comprarme uno nuevo.

—No. Se lo van a regalar. Sí. Será un regalo, señorita Everdene.
Un regalo.

Y antes de que pudiera darse cuenta de las intenciones del joven, Bathsheba tenía en la mano un pesado reloj de oro.

—Es demasiado valioso para un hombre como yo —dijo tranquilamente—. Este reloj tiene su propia historia. Apriete el muelle y ábralo por detrás.

Bathsheba obedeció.

—¿Qué ve?

—Un penacho y una inscripción.

—Una corona, con cinco puntas. Y debajo: *Cedit amor rebus*^[26]. «El amor se rinde ante las circunstancias.» Es el lema de los condes de Severn. Este reloj perteneció al último lord, y le fue regalado al marido de mi madre, que era médico, para que lo usara hasta que yo tuviera edad suficiente para llevarlo. Es la única herencia que he recibido. Este reloj reguló en su día los intereses imperiales: ceremonias señoriales, citas amorosas, espléndidos viajes y sueños aristocráticos. Ahora le pertenece a usted.

—¡Pero sargento Troy! ¡No puedo aceptarlo! No puedo —exclamó, con los ojos abiertos de asombro—. ¡Un reloj de oro! ¿Cómo se le ocurre? ¡No sea usted tan lisonjero!

El sargento se apartó para evitar que Bathsheba le devolviese el regalo, mientras ella se lo ofrecía insistentemente. La joven fue tras él.

—Acéptelo, señorita Everdene. Acéptelo —dijo el errático hijo del impulso—. El mero hecho de que sea suyo hace que para mí valga diez veces más. A mí me vale igual otro más plebeyo, y la satisfacción de saber junto a qué corazón está latiendo mi viejo reloj... bueno, prefiero no hablar de eso. Está en mejores manos que nunca.

—¡De verdad que no puedo aceptarlo! —dijo, con un perfecto arranque de desesperación—. No sé cómo puede hacer una cosa así, si es que de verdad quiere hacerla. ¡Darme el reloj de su padre, y siendo tan valioso! ¡No debería ser usted tan imprudente, sargento Troy!

—Yo quería mucho a mi padre: eso es bueno. Pero a usted la quiero más: y eso es mejor. Por eso lo hago —dijo el sargento, con una entonación de tan exquisita fidelidad a la naturaleza no del todo fingida en ese momento. La belleza de Bathsheba, que en un principio el sargento había alabado en broma, se había activado de manera que ahora lo movía a expresarse en serio. Y aunque su seriedad era menor de lo que ella imaginaba, acaso fuera mayor de lo que imaginara él.

Bathsheba no cabía en sí de asombro y agitación, y con un acento sentimental, ligeramente sospechoso, dijo:

—¡Es posible! ¡Cómo es posible que se interese usted tanto por mí tan repentinamente! Si apenas me ha visto. A lo mejor no soy así realmente... tan guapa como le parezco a usted. Por favor, quédesele. ¡Se lo ruego! No puedo aceptarlo y no lo aceptaré. Créame que su generosidad es excesiva. No he tenido la menor amabilidad con usted. ¿Por qué ha de tenerla usted conmigo?

El sargento Troy tuvo en los labios una respuesta artificial, pero volvió a dominarla, y miró a Bathsheba detenidamente. Lo cierto era, tal como la veía en ese momento —nerviosa, desaforada y franca como el día—, que su encantadora belleza merecía plenamente los epítetos que él le había otorgado, y ahora estaba bastante sorprendido por su temeridad al haberlos formulado antes de manera falsa. Se limitó a decir mecánicamente:

—¿Ay, por qué? —y siguió mirándola.

—Mis trabajadores me están viendo seguirlo por el campo y se estarán preguntando qué ocurre. ¡Esto es espantoso! —continuó diciendo Bathsheba, sin ser consciente de la transformación que se estaba operando en ella.

—En un primer momento no tenía verdadera intención de que usted lo aceptara, porque es mi única y humilde patente de nobleza —dijo sin rodeos—, pero le juro por mi alma que ahora sí la tengo. ¡Sin ninguna vergüenza, por favor! ¡No me niegue la felicidad de

llevarlo en mi lugar! Aunque es usted demasiado encantadora para molestarse en ser tan amable como los demás.

—No; no. ¡No diga eso! Tengo otras razones para mostrarme reservada que no puedo explicarle.

—En ese caso, de acuerdo —dijo él, recuperando finalmente el reloj—. Tengo que marcharme. ¿Querrá usted hablar conmigo durante las pocas semanas que pasaré aquí?

—Desde luego que sí. ¡Aunque lo cierto es que no lo sé! ¡Ay, por qué ha aparecido usted para alterarme así!

—Puede que haya caído en mi propia trampa. Estas cosas pasan. ¿Me permitirá usted trabajar en sus campos?

—Sí, supongo que sí; si eso le agrada.

—Se lo agradezco, señorita Everdene.

—No, no.

—¡Adiós!

El sargento se llevó una mano a la gorra que llevaba ladeada en la cabeza, saludó y regresó junto al lejano grupo de campesinos.

Bathsheba no podía acercarse a los trabajadores en ese momento. Su corazón saltaba caprichosamente de acá para allá, cargado de perplejidad, de agitación, de calor y casi al borde del llanto. Se retiró hacia casa, murmurando:

—¡Qué he hecho! ¡Qué significa todo esto! ¡Ojalá supiera hasta qué punto es cierto!

Capítulo XXVII

Las colmenas

Las abejas tardaron en hacer su aparición en Weatherbury ese año. Terminaba el mes de junio, y al día siguiente de su conversación con Troy en el henar, Bathsheba se encontraba en su jardín, observando un enjambre que revoloteaba por allí e intentando adivinar dónde se habría instalado. Ese año no sólo habían llegado tarde sino que además se comportaban de un modo extraño. A veces, durante toda una temporada, los enjambres se acomodaban en las ramas más bajas: en una mata de grosellas o en la espaldera de un manzano, y al año siguiente, con idéntica unanimidad, se decantaban desde el principio por las ramas altas de otras variedades de manzano más esbeltas, desafiando desde allí a los invasores que no acudiesen armados de escaleras.

Eso era lo que ocurría en aquel momento. Bathsheba, protegiéndose los ojos con la mano, siguió con la mirada a la multitud de abejas que ascendía hacia el inexplorable azul, hasta que finalmente se detuvieron en uno de los mencionados árboles.

Se observaba un proceso análogo al que supuestamente tuvo lugar durante la formación del universo, en tiempos inmemoriales. El bullicioso enjambre había cubierto el cielo como una nebulosa desperdigada y uniforme, que ahora se concentraba en un punto; este punto se deslizaba hacia una rama y allí se tornaba aún más denso, hasta formar una sólida mancha negra sobre la luz.

Los hombres y las mujeres seguían ocupados con el heno — hasta Liddy había salido de casa para echar una mano—, y Bathsheba decidió ocuparse ella misma de las abejas, si era posible. Había cubierto el panal con hierbas y miel, había cogido una escalera, una escoba y un cayado, y se había pertrechado con guantes de cuero, un sombrero de paja y un largo velo de gasa, antaño verde y hoy desvaído hasta cobrar un color indefinido, y había subido una docena de peldaños. De pronto, a menos de diez metros, oyó una voz que empezaba a tener el extraño poder de inquietarla.

—Señorita Everdene, permítame que la ayude; no es prudente hacer una cosa así sin ayuda de nadie.

Troy estaba abriendo la cancela del jardín.

Bathsheba soltó el cepillo, el cayado y el panal vacío, se ciñó bien la falda alrededor de los tobillos con tremenda precipitación, y bajó la escalera como buenamente pudo. Cuando llegó al suelo, Troy ya estaba allí, estirándose para recoger el panal.

—¡Qué suerte haber llegado justo en este momento! —exclamó el sargento.

Bathsheba recuperó la voz en cuestión de un minuto.

—¡Cómo! ¿Es que piensa usted meterlas en la colmena? —preguntó con voz sorprendentemente insegura en una muchacha tan decidida como ella, aunque en una joven más tímida su tono habría tenido la fuerza necesaria.

—¡Eso haré! —dijo Troy—. Sin duda. ¡Está usted radiante esta mañana! —Troy se deshizo de su bastón y puso un pie en la escalera.

—¡Tiene que ponerse el velo y los guantes, para que no lo piquen!

—Ah, sí. Tengo que ponerme el velo y los guantes. ¿Tendrá usted la amabilidad de indicarme cómo debo ponérmelos?

—Y también el sombrero de paja. Su gorra no tiene ala para sujetar el velo, y podrían picarle en la cara.

—Y también el sombrero de paja, desde luego.

Un caprichoso destino quiso así que Bathsheba se desprendiese del sombrero —con su correspondiente velo— y lo colocase en la cabeza de Troy, que tiró su gorra a una mata de grosellas. Luego había que atar el extremo inferior del velo alrededor del cuello y ponerse los guantes.

Troy tenía un aspecto tan extraordinario con aquella indumentaria que, pese a su aturullamiento, Bathsheba no pudo contener la risa. Y con ello derribó una nueva estaca en la empalizada de frialdad que hasta el momento había mantenido a Troy a cierta distancia.

Bathsheba lo observó desde abajo mientras él ahuyentaba las abejas del árbol, sosteniendo la colmena con la otra mano para obligarlas a entrar. Aprovechó un minuto en el que la atención de Troy estaba absorta en la operación que realizaba para arreglarse un poco. El sargento bajó con el brazo extendido, la colmena en la mano y una nube de abejas detrás.

—Le aseguro —dijo Troy a través del velo—, que sujetar esta colmena es más duro para el brazo que una semana de ejercicios con la espada. —Concluida la maniobra se acercó hasta ella—. ¿Tendría la bondad de desatarme y sacarme de aquí? Me estoy asfixiando en esta jaula de seda.

Para ocultar el apuro que le producía desatarle el nudo del cuello, Bathsheba dijo:

—Nunca le había oído hablar de eso.

—¿De qué?

—De las prácticas con la espada.

—¡Ah! ¿Le gustaría?

Bathsheba vaciló. Había oído alguna que otra vez asombrosos relatos de la gente de Weatherbury que por casualidad había pasado algún tiempo en Casterbridge, cerca del cuartel, sobre la extraña y gloriosa actuación que entrañaba el ejercicio con la espada. Hombres y niños que se habían acercado a atisbar entre

las grietas de los muros del patio del cuartel regresaban diciendo que aquél era el asunto más impresionante que había concebido; guarniciones y armas que brillaban como estrellas —aquí, allá y por todas partes—, todo ello según unas normas y siguiendo un compás. Por eso dijo con tibieza lo que deseaba con intensidad:

—Sí, me gustaría mucho.

—Pues lo verá; me verá practicar.

—¡No! ¿Cómo?

—Deje que lo piense.

—No será con un bastón... eso no me interesa. Tiene que ser una espada real.

—Sí, lo sé. Y aquí no tengo espada; pero creo que puedo conseguir una para esta noche. ¿Me hará usted un favor?

Troy se inclinó sobre ella y murmuró cierta sugerencia en voz baja.

—¡No, no, de ningún modo! —dijo Bathsheba, ruborizándose—. Muchas gracias, pero no podría de ningún modo.

—Claro que sí. No se enterará nadie.

Ella sacudió la cabeza, pero su negativa no fue consistente.

—En caso de hacerlo, tengo que llevar conmigo a Liddy. ¿Puedo?

Troy miró a lo lejos.

—No sé por qué quiere usted llevarla —dijo fríamente.

Una inconsciente mirada de asentimiento en los ojos de Bathsheba delató que algo más que su frialdad le hacía pensar también a ella que la presencia de Liddy en el plan sugerido sería superflua. Se había dado cuenta incluso en el momento de proponerlo.

—De acuerdo, no llevaré a Liddy... y estaré allí. Pero muy poco tiempo —añadió—. Muy poco tiempo.

—No durará ni cinco minutos —dijo Troy.

Capítulo XXVIII

Una hondonada entre los helechos

La colina situada frente a la casa de Bathsheba se extendía, a un kilómetro y medio de distancia, hasta una franja de tierras cultivadas, punteada en aquella estación por altos matorrales de helechos, carnosos y traslúcidos debido a su reciente y rápido crecimiento, resplandecientes de matices verdes claros e intactos.

A las ocho de esa tarde de verano, mientras la erizada bola de oro aún barría las puntas de los helechos desde el oeste, con sus largos y exuberantes rayos, se oyó un suave frufú de telas, y Bathsheba apareció en el centro de los helechos; sus brazos tiernos y plumosos la acariciaban hasta los hombros. Se detuvo, se dio la vuelta y regresó por la colina hasta la mitad del camino de su casa, desde donde se despidió con la mirada del lugar que acababa de abandonar tras decidir finalmente que no iba a quedarse en él.

Vio un pálido punto rojo artificial que avanzaba por el collado y desaparecía al otro lado.

Esperó un minuto... dos minutos... Pensó en la decepción de Troy al ver que ella no cumplía con el compromiso adquirido y echó a correr de nuevo campo a través, trepó por la pendiente y continuó en la dirección original. Temblaba y jadeaba literalmente sólo de pensar en su temeridad al embarcarse en tan descabellada empresa; tenía la respiración agitada y un brillo infrecuente en los ojos. Pero debía acudir. Alcanzó el extremo de la hondonada en mitad de los helechos. Troy estaba allí, mirándola.

—La he oído llegar entre los helechos antes de verla —dijo, acercándose y ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar la pendiente.

La hondonada era una depresión natural en forma de plato, de unos diez metros de diámetro y escasa profundidad, de tal modo que el sol brillaba sobre las cabezas de ambos. Al situarse en su centro, el cielo se fundía con un horizonte circular de helechos que llegaba casi hasta el fondo de la depresión y se interrumpía bruscamente. El centro de aquel cinturón de verdor estaba alfombrado por una densa y esponjosa capa de musgo entremezclada con hierba, tan blanda que los pies se hundían en ella.

—Empecemos —dijo Troy, sacando la espada, que brilló como si tuviera vida propia al levantarla bajo el sol, en ademán de saludo—. En primer lugar tenemos cuatro ataques a derecha y cuatro a izquierda; cuatro defensas a derecha y cuatro a izquierda. En mi opinión, los ataques y las defensas de la infantería son más interesantes que los nuestros, pero no tienen el mismo brío. Ellos tienen siete ataques y tres defensas. Esto es lo esencial. A continuación, nuestro primer ataque se hace como si estuvieras sembrando maíz... así. —Bathsheba vio una especie de arco iris que ascendió y descendió por el aire, y el brazo de Troy volvió a quedar inmóvil—. El segundo es como si levantas una cerca... así. El tercero como si cosecharas... así. El cuarto como si trillarás... así. Y lo mismo a la izquierda. Éstas son las defensas: uno, dos, tres, cuatro, derecha; uno, dos, tres, cuatro, izquierda — las repitió—. ¿Quiere verlo otra vez? Uno, dos...

Bathsheba se apresuró a interrumpirlo.

—No, gracias. Aunque el dos y el cuatro me gustan; pero el uno y el tres son terribles.

—De acuerdo, dejaremos fuera el uno y el tres. Luego vienen los ataques, los amagos y las defensas juntos —Troy los mostró como correspondía—. Luego está el avance... así —volvió a realizar los

movimientos—. Son formas estereotipadas. La infantería tiene dos ataques hacia arriba que son infernales, pero nosotros somos demasiado humanos para utilizarlos. Así... tres, cuatro.

—¡Qué asesino y sanguinario!

—Son mortales. Ahora le enseñaré algo más interesante, una especie de juego que consiste en realizar los ataques y amagos de la infantería y la caballería a la velocidad del relámpago y todos mezclados, con el orden justo para dominar el instinto pero sin llegar a subyugarlo. Usted es mi adversario, y la diferencia con la guerra real es que fallaré por los pelos cada vez que ataque. No se mueva.

—¡Entendido! —dijo Bathsheba, con aire invencible.

Troy apuntó a un metro frente a sí.

El espíritu aventurero de Bathsheba empezaba a encontrarle el sabor a estos novedosos procedimientos. Adoptó su posición frente a Troy, tal como se le indicaba.

—Ahora basta con saber si tiene usted valor suficiente para dejarme hacer lo que quiera. Haremos una prueba.

Hizo una floritura con la espada a modo de introducción del número dos, y lo siguiente que vio Bathsheba fue que la punta y la hoja de la espada se lanzaban como un dardo brillante hacia su costado izquierdo, justo encima de la cadera; luego aparecieron en el derecho, como si le salieran de las costillas después de haberle atravesado el cuerpo. Después volvió a ver la misma espada, completamente limpia y libre de sangre, sostenida en vertical en la mano de Troy, en la posición que técnicamente se conoce como «recobrar espadas». Fue todo tan rápido como la electricidad.

—¡Ay! —gritó, aterrorizada, llevándose una mano al costado—. ¿Me ha atravesado? ¡No, claro que no! ¡No sé qué ha hecho!

—No la he tocado —dijo Troy, tranquilamente—. Ha sido un simple juego de manos. La espada le ha pasado por detrás. No tiene miedo, ¿verdad? Porque si tiene miedo no puedo hacerle la demostración. Le doy mi palabra no sólo de que no le haré daño sino de que no la tocaré ni una vez.

—Creo que no tengo miedo. ¿Está seguro de que no me hará daño?

—Completamente.

—¿Es una espada muy afilada?

—No, no... pero quédese quieta como una estatua. ¡Vamos!

En un instante todo se transformó a ojos de Bathsheba. Los haces de luz que se desprendían de los rayos solares más bajos, por arriba, alrededor de ella, delante, casi cerraban tierra y cielo, y todos emitían los maravillosos movimientos de la fulgurante espada de Troy, que parecía estar en todas partes a la vez y en ninguna en concreto. Estos destellos circulares iban acompañados de una fuerza entusiasta que era casi como un silbido y que brotaba del cuerpo de Bathsheba. En resumidas cuentas, se encontraba encerrada en un firmamento de luz y de agudos siseos, como una lluvia de meteoros al alcance de la mano.

Nunca, desde que la espada se convirtiera en el arma nacional, se había visto tanta destreza en su manejo como en las manos del sargento Troy, y nunca se había sentido él tan magníficamente predispuesto para la exhibición como en ese momento, bajo el sol de la tarde, entre los helechos y junto a Bathsheba. Cabría afirmar sin temor a equivocarse respecto a la exactitud de sus golpes que, si el filo de la espada pudiera dejar en el aire una sustancia permanente allá por donde pasara, el espacio intacto formaría casi un molde perfecto de la silueta de Bathsheba.

Tras los luminosos riachuelos de esta *aurora militaris*, Bathsheba vio el brazo de Troy, bañado por una neblina escarlata sobre el espacio cubierto por sus movimientos, como la vibración de la cuerda de un arpa, y detrás de todo ello al propio Troy, casi siempre frente a ella; a veces, para mostrar los ataques por detrás, un poco ladeado, vigilando atentamente con la mirada en todo momento la extensión y el perfil de Bathsheba y apretando fuertemente los labios a causa del esfuerzo. Sus movimientos se tornaron entonces

más lentos, y Bathsheba pudo apreciarlos individualmente. El silbido de la espada cesó, y Troy se detuvo.

—Se le ha soltado un mechón de pelo —dijo, antes de que ella pudiera moverse o hablar—. Espere: yo lo arreglaré.

Un arco de plata brilló en el costado derecho de Bathsheba: la espada había descendido. El mechón de pelo cayó a tierra.

—¡Valiente como nadie! —dijo Troy—. No se ha movido un ápice. ¡Asombroso en una mujer!

—Porque no me lo esperaba. ¡Pero si me ha cortado el pelo!

—Una vez más.

—¡No! ¡No! Tengo miedo de usted... ¡de veras!

—No la tocaré... ni siquiera el pelo. Sólo quiero matar a esa oruga que se le ha posado. ¡Quieta!

Al parecer una oruga había salido de entre los helechos y había elegido el corpiño de Bathsheba para descansar. Vio la punta de la espada brillar hacia su pecho y, aparentemente, hundirse en él. Cerró los ojos, plenamente convencida de que al fin la había matado. Pero, sintiéndose como de costumbre, volvió a abrirlos.

—Ahí está, mire —dijo el sargento, sosteniendo la espada ante los ojos de ella.

La oruga estaba ensartada en la punta de la espada.

—¡Es magia! —exclamó Bathsheba, llena de asombro.

—No... es destreza. He apuntado hacia su pecho, donde estaba la oruga, y en lugar de tocarla he calculado la distancia a una milésima de centímetro de distancia del cuerpo.

—¿Cómo puede cortarme un mechón de pelo con una espada sin filo?

—¡Sin filo! Esta espada corta como una cuchilla. Mire.

Se rozó la palma de la mano con la hoja y, levantando la espada, le mostró una delgada tira de piel.

—¡Pero antes de empezar usted dijo que no tenía filo y no podía cortarme!

—Lo dije para que se estuviera quieta, y tener la seguridad de que no le pasaría nada. El riesgo de hierla si se hubiera movido era demasiado grande, y he tenido que mentirle para evitarlo.

Bathsheba se estremeció.

—¡He estado a punto de perder la vida y ni siquiera me he dado cuenta!

—Más exactamente, ha estado a punto de ser cortada viva doscientas cincuenta y nueve veces.

—¡Esto es una crueldad!

—Pero está usted sana y salva, a pesar de todo. Mi espada nunca falla. —Y envainó la espada.

Abrumada por un sinfín de sensaciones tumultuosas, Bathsheba se sentó distraídamente sobre un penacho de brezo.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Troy suavemente—. Y me permitiré llevarme esto como recuerdo suyo.

Lo vio agacharse sobre la hierba, recoger el mechón de pelo que le había cortado de sus trenzas, enroscarlo entre sus dedos, desabrochar un botón del pecho de su levita y guardarlo allí cuidadosamente. Ella no tenía fuerzas para oponerse o negárselo. Aquel hombre era demasiado para Bathsheba, quien parecía como quien se enfrenta a un viento revitalizante y lo encuentra tan fuerte que se le corta la respiración.

Troy se le acercó y dijo:

—Tengo que dejarla. —Se acercó un poco más. Un minuto más tarde, Bathsheba vio su silueta escarlata desaparecer entre los helechos, casi como un relámpago, como una antorcha que se mueve rápidamente.

En ese intervalo de un minuto la sangre latió en el rostro de Bathsheba, y sintió un escozor, como si estuviera ardiendo, que le llegaba hasta los pies y amplificaba su emoción a un ritmo que anegaba el pensamiento. A consecuencia del impacto recibido, como cuando Moisés golpeó una roca en el Horeb y de ella manó

una fuente, Bathsheba se convirtió en una fuente de lágrimas. Sentía que acababa de cometer un gran pecado.

El impacto fue el dulce descenso de la boca de Troy sobre la suya. La había besado.

Capítulo XXIX

Pormenores de un paseo crepuscular

Estamos viendo ahora cómo la esencia de la locura se mezcla claramente con las múltiples variantes que constituían el carácter de Bathsheba Everdene. Era algo casi ajeno a su naturaleza intrínseca. Introducida en forma de linfa en las flechas de Eros, terminó por impregnar y teñir por entero su constitución. Pese a tener demasiado juicio para dejarse gobernar completamente por su feminidad, tenía demasiada feminidad para sacar partido de su buen juicio. Puede que no haya ningún detalle en el que una mujer asombre tanto a la abnegada esposa que lleva dentro como el del extraño poder que posee para creer en zalamerías que sabe que son falsas, salvo quizá el de mostrarse profundamente escéptica ante afirmaciones que sabe que son verdaderas.

Bathsheba amaba a Troy como sólo las mujeres independientes son capaces de amar cuando renuncian a su independencia. Cuando una mujer fuerte se despoja imprudentemente de su fuerza, es peor que una mujer débil que jamás ha tenido fuerza de la que despojarse. Una de las razones de su impropia conducta es lo novedoso de la ocasión. Nunca ha pasado por la experiencia de sacar el mayor provecho de tal condición. La debilidad es doblemente débil cuando es nueva.

Bathsheba no era consciente de astucia alguna en este sentido. Aunque en cierto modo podía considerársela una mujer de mundo, éste era, a fin de cuentas, el mundo de los círculos al aire libre y las

alfombras verdes sobre las que el ganado hace las veces de multitud y los vientos de murmullo; el mundo donde una tranquila familia de conejos o de liebres vive al otro lado de la pared donde transcurre la fiesta, donde tu vecino es cualquier miembro de la parroquia y el cálculo se limita a los días de mercado. De los gustos artificiales y la buena sociedad sabía más bien poco, y de la indulgencia hacia el mal, nada en absoluto. Si hubiera formulado con otras palabras sus sentimientos más íntimos en esta dirección (lo que en su caso no había ocurrido jamás), no habría logrado sino sentir que sus impulsos eran más gratos de seguir que su discreción. Su amor era enteramente igual al de un niño, y aunque tibio como el verano, era también fresco como la naturaleza. Su culpa residía en no hacer el menor intento de controlar sus sentimientos mediante un análisis sutil y atento de las consecuencias. Podía mostrar a otros el camino abrupto y espinoso, pero no lo tenía en cuenta cuando de ella se trataba.

Los defectos de Troy se hallaban bien ocultos a los ojos de una mujer, mientras que sus cualidades se revelaban en la superficie; contrastaba en esto con el hogareño Oak, cuyos defectos eran patentes incluso para un ciego, mientras que sus virtudes eran metal oculto en una mina.

La diferencia entre el amor y el respeto se ponía claramente de manifiesto en la conducta de Bathsheba. Le había hablado a Liddy de su interés por Boldwood con la mayor libertad, pero en lo que a Troy se refería sólo se confesaba con su propio corazón.

Gabriel había caído en la cuenta de este encaprichamiento y pensaba en ello con preocupación desde el momento en que salía a los campos hasta el momento en que regresaba, y hasta bien entrada la madrugada durante más de una noche. Su mayor pesar hasta entonces había sido no ser amado; que Bathsheba cayera en las redes de otros era una pena mayor que la primera, hasta el punto de eclipsarla. El resultado era comparable a la tan conocida observación de Hipócrates sobre los dolores físicos.^[27]

Noble, aunque quizá poco prometedor, es el amor al que ni siquiera el miedo a despertar la aversión del ser amado disuade de combatir los errores de éste. Oak tomó la decisión de hablar con el ama. Fundamentaría su petición en lo injustamente que Bathsheba trataba a Boldwood, ausente entonces de casa.

La ocasión se presentó una tarde en que Bathsheba había salido a pasear por un camino que cruzaba los maizales. Anochecía cuando Oak, que ese día no se había adentrado en los campos, emprendió el mismo camino y se encontró con ella a su regreso, bastante pensativa a decir de él.

El maíz estaba alto y el camino era estrecho, apenas una abertura hundida entre la abovedada frondosidad que lo flanqueaba. No había espacio para que pasasen dos personas sin pisar la cosecha, y Oak se hizo a un lado para dejarle vía libre.

—¿Eres tú, Gabriel? Estás dando un paseo. Buenas noches.

—Me pareció que debía salir a su encuentro, porque es bastante tarde —dijo Oak, dándose la vuelta y echando a andar tras Bathsheba, que había pasado junto a él apresuradamente.

—Muchas gracias, pero no soy miedosa.

—Eso ya lo sé. Pero hay mala gente por ahí.

—Yo nunca me encuentro con ella.

Con asombrosa ingenuidad, Oak intentaba presentar al galante sargento como «mala gente». Pero el plan se hizo añicos no bien se le ocurrió que aquél era un comienzo bastante torpe y demasiado directo. Probó con otro preámbulo.

—Y como el hombre que de manera natural vendría a buscarla está lejos de casa... me refiero al hacendado Boldwood... me dije que debía venir.

—Sí, claro. —Siguió andando sin volver la cabeza y durante un buen rato no se oyó nada más que el frufrú de su vestido contra las gruesas vainas. Luego, con cierta acritud, dijo—: No entiendo qué quieres decir con eso de que el señor Boldwood vendría a buscarme de manera natural.

—Lo digo por la boda que según dicen se celebrará entre ustedes, señorita. Discúlpeme por hablar claramente.

—Lo que dicen no es cierto —respondió rápidamente—. No está previsto que contraigamos matrimonio.

Gabriel sintió que había llegado el momento de expresar su opinión sin rodeos.

—Verá, señorita Everdene. Al margen de lo que diga la gente, si él no la está cortejando, en la vida he visto a nadie hacer la corte.

Es probable que Bathsheba hubiera dado por concluida la conversación en ese punto, prohibiendo tajantemente hablar de la cuestión, si no hubiera sido porque la conciencia de su débil posición la inducía a equivocarse y a poner todo su empeño en mejorarla.

—Puesto que sacas el asunto a colación —dijo, con mucho énfasis—, me alegra tener la oportunidad de aclarar un error muy común y muy ofensivo. Yo no le he hecho ninguna promesa definitiva al señor Boldwood. Nunca he sentido nada por él. Lo respeto, y él insiste en que me case con él. Pero no le he dado una respuesta clara. Lo haré en cuanto regrese; y la respuesta es que no puedo pensar en casarme con él.

—Al parecer, la gente está muy equivocada.

—Así es.

—El otro día dijeron que usted estaba jugando con él, y usted casi demostró que no era cierto; más tarde dijeron que no, y entonces usted empezó a dar muestras...

—De que sí era cierto... Supongo que eso es lo que ibas a decir.

—Bueno, espero que digan la verdad.

—Claro, pero se equivocan. Yo no estoy jugando con él; pero tampoco tengo nada con él.

Después de todo, Oak se vio en la desagradable obligación de hablar mal del rival de Boldwood.

—Ojalá no hubiera conocido usted nunca a ese joven sargento Troy, señorita —dijo, con un suspiro.

Bathsheba dio ligeras muestras de perder el paso.

—¿Por qué?

—No es la persona indicada para usted.

—¿Te ha dicho alguien que me hables así?

—Nadie en absoluto.

—En ese caso, creo que el sargento Troy no nos concierne — dijo ella tajantemente—. Aunque debo decirte que el sargento Troy es un hombre educado y más que digno de cualquier mujer. Es de buena familia.

—El que sea superior en educación y origen al resto de los soldados es cualquier cosa menos una prueba de su valía. Lo único que demuestra es que va a menos.

—No entiendo qué tiene que ver esto con nuestra conversación. El señor Troy no va a menos en absoluto. ¡Y su superioridad «es» una prueba de su valía!

—Creo que el sargento es un inconsciente. Y no puedo sino suplicarle, señorita, que no se relacione en ningún modo con él. Escúcheme por esta vez... ¡sólo por esta vez! No digo que sea tan mala persona como yo imagino... le pido a Dios que no sea así. Pero, puesto que no sabemos exactamente cómo es, ¿no es mejor actuar como si «pudiera» ser una mala persona, simplemente por su propia seguridad? No se fíe de él, señorita; le pido que no se fíe de él.

—¿A qué viene eso?

—Me gustan los soldados, pero éste no me da buena espina — dijo Gabriel, enérgicamente—. Es posible que su habilidad profesional lo haya tentado hacia el mal camino, y lo que es alegría para los vecinos es desgracia para la mujer. Cuando intente hablar con usted, usted se da la vuelta con un escueto «Buenos días». Y cuando lo vea venir por un sitio, usted se va por otro. Cuando diga algo gracioso, no le haga caso y no sonría, y si habla de él llámelo «ese hombre tan estrafalario» o «ese sargento cómo se llame». «Ese hombre de buena familia venido a menos.» No se muestre

usted descortés con él, sino inofensivamente seca, y así se libraré de él.

Ningún petirrojo posado junto a una ventana había palpitado jamás como Bathsheba en ese momento.

—Te digo, y te repito, que no eres quién para hablar de él. ¡No consiento que se le mencione! —exclamó, con desesperación—. Sé que... que es un hombre responsable, a veces un poco tosco, incluso maleducado... ¡pero siempre dice lo que piensa a la cara!

—¡Ah!

—¡Vale tanto como el que más de esta parroquia! Y además es muy maniático con lo de ir a la iglesia... ¡sí que lo es!

—Me temo que nadie lo ha visto nunca por allí. Yo desde luego que no.

—Eso es porque lo hace en secreto. Entra por la puerta de la torre vieja, justo cuando empieza el servicio, y se sienta al fondo de la galería. Me lo ha contado.

Aquel supremo ejemplo de la bondad de Troy cayó en los oídos de Gabriel como la enésima campanada de un reloj enloquecido. No sólo fue recibido con la más absoluta incredulidad, sino que puso en cuestión todas las garantías precedentes.

Oak se apenaba al ver que Bathsheba confiaba plenamente en aquel hombre. Sintió un hondo pesar al decir con una firmeza que quedó anulada por el evidente esfuerzo por conservarla:

—Usted sabe, señorita, que yo la amo, y la amaré siempre. Sólo le digo esto para que piense que jamás podría desearle ningún mal; por lo demás, lo dejo al margen. He perdido en la carrera por ganar dinero y bienes, y no soy tan tonto como para cortejarla ahora que soy pobre y usted está muy por encima de mí. Pero Bathsheba, querida señorita, le ruego que tenga en cuenta lo que le digo... que, por el bien de su honor ante sus trabajadores, y por generosidad hacia un hombre honorable que la ama igual que yo, debería ser más discreta en su relación con ese soldado.

—¡No, no y no! —exclamó Bathsheba, con voz contenida.

—¡Usted significa para mí más que nada en el mundo, incluso más que mi vida! ¡Por favor, escúcheme! Soy seis años mayor que usted, y el señor Boldwood es diez años mayor que yo. Y creo... le suplico que lo considere antes de que sea demasiado tarde... que estaría usted segura con él.

La alusión de Oak al amor que sentía por ella atenuó en cierto modo la rabia que en Bathsheba produjo su intromisión; pero no podía perdonarlo por consentir que el deseo de casarse con ella quedara eclipsado por el deseo de hacerle un bien, como tampoco le perdonaba su despectiva manera de tratar a Troy.

—Quiero que te vayas de aquí —le ordenó, insinuando con cierto temblor en la voz una palidez que no llegó a ser visible—. No quiero que continúes en esta finca. No te quiero aquí... ¡te ruego que te marches!

—Eso es absurdo —dijo Oak sin alterarse—. Es la segunda vez que finge despedirme. ¿Y de qué sirve?

—¡Que finjo! Ya lo creo que te marcharás... ¡No consentiré que me des lecciones! Yo soy quien manda aquí.

—Siga, adelante. ¿Cuál será la próxima tontería que dirá a continuación? ¡Cómo puede tratarme así sabiendo que hasta hace poco mi posición era tan buena como la suya! ¡Por mi vida, Bathsheba, que me parece una insolencia! Además, usted sabe muy bien que no puedo irme sin dejar las cosas en una situación desesperada, de la que usted tardaría en salir Dios sabe cuánto. A menos que prometa contratar a un hombre válido como capataz o como administrador o como lo que sea. Me marcharé en seguida si lo promete.

—No quiero capataz. Seguiré administrando la finca yo sola —dijo, con decisión.

—Muy bien; en ese caso me agradecerá que espere el momento oportuno. ¿Cómo cree que irá la granja si sólo se ocupa de ella una mujer? Tenga en cuenta una cosa: no quiero que sienta que me debe usted nada. Ni yo tampoco. Lo que hago lo hago porque

quiero. A veces digo que debería alegrarme de irme de aquí... no se piense que me contento con ser un don nadie. Yo he nacido para cosas mejores. Sin embargo, no me gustaría ver cómo se arruina usted, y eso es lo que pasará si se empeña en esto... Detesto hablar con tanta claridad, pero ¡es que su provocación hace que un hombre llegue a decir cosas que ni siquiera se le pasarían por la cabeza en otros momentos! Soy consciente de estar entrometiéndome. Pero usted sabe cómo son las cosas, y quién es esa persona que tanto me importa, ¡y me siento como un imbécil si me muestro cortés con ella!

Es más que probable que íntima e inconscientemente Bathsheba lo respetase un poco por su inquebrantable fidelidad, algo que se manifestaba en su tono más que en sus palabras. En todo caso, murmuró que podía quedarse si lo deseaba. Y de manera más clara, dijo:

—¡Ahora, por favor, déjame sola! No te lo ordeno como ama... te lo pido como mujer, y espero que no seas tan descortés como para negármelo.

—Desde luego que sí, señorita Everdene —dijo amablemente Gabriel. Se asombró de que la petición llegara en ese momento, pues la discusión había concluido y se encontraban en mitad de una colina desolada, lejos de cualquier morada humana; además, empezaba a ser tarde. Se detuvo y la dejó alejarse hasta que sólo vio su silueta contra el cielo.

Se produjo entonces una terrible explicación del porqué de tanta ansiedad por deshacerse de él. Una figura surgió junto a Bathsheba. No cabía duda de que era Troy. Oak ni siquiera podía permitirse escuchar, y de inmediato se dio la vuelta para poner más de doscientos metros de distancia entre sí y los enamorados.

Gabriel se fue a casa pasando por el patio de la iglesia. Al llegar junto a la torre pensó en el virtuoso hábito del sargento de entrar sin ser visto y cuando el servicio ya había comenzado. Pensando que la puerta de la pequeña galería no se usaba, subió por la escalera

exterior y allí se detuvo para examinarla. El pálido resplandor que aún llegaba desde el noroeste bastaba para mostrar que una rama de yedra había crecido en la pared y atravesado la puerta hasta alcanzar una longitud de casi medio metro, sujetando delicadamente el panel a la jamba de piedra. Era una prueba concluyente de que Troy no había abierto esa puerta al menos desde su llegada a Weatherbury.

Capítulo XXX

Mejillas encendidas y ojos llorosos

Media hora más tarde, Bathsheba llegaba a casa. Al acercarse a la luz de las velas le ardió el rostro con un rubor y una excitación que para entonces eran casi crónicos en ella. Las palabras de despedida de Troy, que la había acompañado hasta la puerta de la casa, aún resonaban en sus oídos. Se había despedido de ella por espacio de dos días, que según dijo pasaría en Bath visitando a ciertas amistades. Y la había besado por segunda vez.

Es justo explicar, llegado este momento, en favor de Bathsheba un detalle que no saldría a la luz hasta mucho tiempo después: que la oportuna aparición de Troy esa noche junto al camino no respondía a ninguna cita previamente concertada. Él lo había insinuado... ella se lo había prohibido; y al verlo llegar por casualidad, ella había despedido a Oak, temiendo un inoportuno encuentro entre ambos.

Se dejó caer en una silla, inquieta y desorientada por todas aquellas situaciones desconocidas y febriles. De pronto se puso en pie de un salto con gran decisión, y cogió papel y pluma de una mesita auxiliar.

En cuestión de tres minutos, sin pausas ni modificaciones, le había escrito una carta a Boldwood, a su dirección de más allá de Casterbridge, en la que le decía con tacto pero con firmeza que había considerado a fondo la cuestión que él le había propuesto y que tan amablemente le había permitido decidir con tiempo. Su

decisión final era que no podía casarse con él. Le había comunicado a Oak su intención de esperar el regreso de Boldwood antes de transmitirle una negativa rotunda. Pero comprendió que no podía esperar.

Era imposible enviar la carta antes del día siguiente, mas para sofocar su ansiedad por desprenderse de ella, y así poner la situación en marcha de una vez por todas, se levantó para entregársela a cualquiera de las mujeres que estuvieran en la cocina.

Se detuvo en el pasillo. Una conversación transcurría en la cocina, y versaba sobre Bathsheba y Troy.

—Si se casa con ella, dejará la granja.

—Será una vida galante, pero tendrá sus sinsabores además de sus alegrías... os lo aseguro.

—Bueno, yo me conformaría con medio marido como ése.

Bathsheba tenía demasiado sentido común para tomarse en serio lo que sus criadas decían de ella, pero también demasiada locuacidad femenina para dejar que lo que se decía muriese de muerte natural como sucede con las cosas sin importancia. Las interrumpió bruscamente.

—¿De quién habláis? —preguntó.

Hubo un silencio antes de que nadie respondiera. Finalmente, Liddy dijo sinceramente:

—¡Estábamos comentando algo sobre usted, señorita!

—¡Eso me ha parecido! Maryann, Liddy y Temperance... os prohíbo suponer tales cosas. Sabéis que el señor Troy no me interesa lo más mínimo. Todo el mundo sabe cuánto lo desprecio. Sí —repitió, llena de impetuosidad juvenil—, ¡lo desprecio!

—Lo sabemos, señorita —dijo Liddy—. Y nosotras sentimos lo mismo.

—Yo también lo desprecio —dijo Maryann.

—¡Serás mentirosa... Maryann! ¡Cómo te atreves a contar semejante patraña! —exclamó Bathsheba, con visible agitación—.

Esta misma mañana lo admirabas desde lo más profundo de tu corazón. ¡Lo sabes muy bien, Maryann!

—Sí, señorita, igual que usted. Ahora es un granuja redomado, y tiene usted derecho a despreciarlo.

—¡No es ningún granuja redomado! ¡Cómo te atreves a decir eso delante de mí! No tengo ningún derecho a despreciarlo, ni a ti, ni a nadie. ¡Pero soy tonta! ¿Qué significa él para mí? Sabéis que no significa nada. No me importa; y no pretendo defender su buen nombre. ¡Pero oídme lo que os digo: si alguna de vosotras vuelve a decir algo en contra de él, la despediré instantáneamente!

Tiró la carta y volvió al pasillo, con el corazón a punto de estallar y los ojos llenos de lágrimas. Liddy la siguió.

—¡Ay, señorita! —dijo la dulce Liddy, mirando compasivamente a Bathsheba—. Le pido disculpas por haberla interpretado mal. Yo creía que a usted le gustaba; pero ahora veo que no.

—Cierra la puerta, Liddy.

Liddy cerró la puerta y siguió diciendo:

—La gente siempre anda diciendo tonterías así, señorita. De ahora en adelante saldré al paso cuando lo oiga. «Por supuesto que una dama como la señorita Everdene no puede estar enamorada de él.» Lo diré así de claro.

Bathsheba no pudo contenerse.

—¿De verdad eres tan simplona, Liddy? ¿No sabes resolver enigmas? ¿No te das cuenta? ¿Es que tú no eres también mujer?

Liddy abrió los ojos llena de asombro.

—¡Sí, debes de estar ciega, Liddy! —dijo, con irreprimible abandono y dolor—. ¡Lo amo, hasta el punto del abandono y de la miseria y de la agonía! No te asustes de mí, aunque quizá asustaría a cualquier mujer inocente. Ven, acércate, acércate —rodeó el cuello de Liddy con sus brazos—. Necesito contárselo a alguien. ¡Me está consumiendo! ¿Aún no me conoces lo suficiente para saber interpretar este rechazo tan miserable? ¡Dios mío! ¡Qué gran mentira! ¡Que el Cielo y mi Amor me lo perdonen! ¿No sabes que

una mujer enamorada no piensa en el perjurio cuando su amor está en juego? Ahora, sal de la habitación; quiero estar sola.

Liddy se dirigió a la puerta.

—Ven aquí, Liddy. ¡Jura solemnemente que no es un hombre frívolo! ¡Dime que todo lo que cuentan de él es mentira!

—Pero, señorita, ¿cómo voy a decirle que no lo es si...?

—¡Desgraciada! ¿Cómo puedes tener la crueldad de repetir lo que ellos dicen? Eres una insensible. Pero ¡estaré atenta para saber si tú o cualquiera del pueblo, o incluso de la ciudad, se atreve a decir tal cosa! —Se puso a andar, fue de la chimenea a la puerta y volvió a la chimenea.

—No, señorita. Yo no... ¡Yo sé que no es verdad! —dijo Liddy, asustada por una vehemencia impropia de Bathsheba.

—Supongo que me das la razón para complacerme. Liddy, ese hombre no puede ser tan malo como dicen. ¿Lo oyes?

—Sí, señorita. Sí.

—¿Y tú no crees que lo sea?

—No sé qué decir, señorita —dijo Liddy, echándose a llorar—. Si digo que no, usted no me cree. Y si digo que sí usted se enfada conmigo.

—¡Di que no lo crees! ¡Di que no!

—No creo que sea tan malo como dicen.

—No es malo en absoluto... ¡Mi pobre vida, mi pobre corazón! ¡Qué débil me siento! —gimió, con apatía y desgana, sin importarle la presencia de Liddy—. ¡Ojalá no lo hubiera conocido! Amar es siempre una desgracia para las mujeres. Nunca le perdonaré a Dios que me haya hecho mujer. ¡Estoy pagando muy caro el privilegio de tener una cara bonita! —se tranquilizó y se volvió bruscamente hacia Liddy—. Escucha lo que te digo, Liddy Smallbury: si repites en alguna parte una sola palabra de lo que acabo de decirte en esta habitación, no volveré a confiar en ti, ni a quererte ni a tenerte conmigo un minuto más... ¡ni un minuto!

—No diré nada —dijo Liddy, con modesta dignidad femenina—, pero no deseo seguir con usted. Y, si le parece bien, me iré cuando termine la cosecha, o esta semana, o hoy mismo... ¡No creo que merezca ser tratada así por nada! —concluyó grandemente la pequeña mujer.

—No, no, Liddy. ¡Tienes que quedarte! —exclamó Bathsheba, pasando de la altivez a la súplica con caprichosa inconsecuencia—. No tengas en cuenta lo que acabo de decirte, porque estoy muy alterada. Tú no eres una criada para mí... eres una compañera. ¡Ay, ay... no sé lo que hago desde que este miserable dolor de corazón me está devorando! ¡No sé adónde me llevará! Supongo que tendré cada vez más problemas. A veces me pregunto si mi destino será morir en un asilo. ¡Dios sabe que no tengo amigos!

—No lo tendré en cuenta y no me marcharé —sollozó Liddy, acercando impulsivamente sus labios a los de Bathsheba y besándola.

Bathsheba besó a Liddy y todo volvió a tranquilizarse.

—Yo no suelo llorar, ¿verdad, Lidd? Pero me has llenado los ojos de lágrimas —dijo, con una radiante sonrisa—. Intenta pensar en él como un buen hombre, por favor, querida Liddy.

—Lo haré, señorita. De verdad.

—Sabes que es un hombre serio a su manera alocada. Eso es mejor que ser alocado de una manera seria. Me temo que yo soy igual. ¡Prométeme que guardarás mi secreto, Liddy, por favor! ¡Que no le dirás a nadie que he estado llorando por él, porque sería terrible para mí y a él, pobrecillo, no le haría ningún bien!

—Ni la mismísima muerte podrá sacármelo, señorita, si es que tengo cabeza para recordar algo. Y siempre seré su amiga —replicó enfáticamente, al tiempo que a sus ojos volvían a asomar las lágrimas, no por una necesidad particular, sino por ese sentido artístico de estar a la altura de la escena que en ocasiones demuestran las mujeres—. Creo que Dios quiere que seamos buenas amigas, ¿no le parece?

—Claro que sí.

—¡Y, querida señorita, le suplico que no se enfade conmigo, ni me grite, porque se crece usted como un león y me da mucho miedo! Cuando le da uno de esos ataques me parece que está usted a la altura de cualquier hombre.

—¡No! ¿De verdad? —dijo Bathsheba, riendo y al mismo tiempo alarmada por aquella descripción de sí misma como una amazona—. Espero no ser una mujer descarada... o masculina —añadió, con cierta ansiedad.

—No, no; nada de masculina. Pero tiene usted tanta fuerza femenina que a veces se pone así. ¡Ay, señorita! —exclamó, después de haber tomado aire con gran tristeza y haberlo expulsado con gran tristeza—. ¡Ojalá tuviese yo la mitad de ese defecto! ¡Es una gran defensa para una pobre chica en estos tiempos tan falsos!

Capítulo XXXI

Acusación — Ira

Con idea de no encontrarse con Boldwood en el supuesto de que regresara para contestar personalmente a su carta, la noche siguiente Bathsheba se comprometió con Liddy. Como muestra de su reconciliación, la compañera de Bathsheba fue recompensada con una semana de vacaciones para visitar a su hermana, casada con un próspero ganadero que vivía en un delicioso laberinto de avellanos no lejos de Yalbury. El acuerdo fue que la señorita Everdene los honraría con una visita de un par de días para estudiar los ingeniosos artilugios que este hombre del bosque había construido.

Dejando a Gabriel y a Maryann instrucciones de cerrar todo por la noche, salió de casa cuando escampó el chaparrón que había purificado el aire y bañado con delicadeza la superficie de la tierra, aunque debajo todo seguía igual de seco. La frescura llegaba como un perfume desde los variados contornos del río y del valle, la tierra parecía exhalar un aliento de doncella, y los pájaros, complacidos, ofrecían su himno a la escena. A lo lejos, entre las nubes, guaridas de intensa luz contrastaban con la proximidad de un sol oculto, detenido en el rincón más alejado del noroeste que el verano permitía.

Había caminado casi cinco kilómetros, observando cómo se retiraba el día y pensando en cómo el tiempo de la actividad se fundía tranquilamente con el tiempo de la reflexión, para dar paso

más tarde al tiempo de la oración y el sueño, cuando vio que por la colina de Yalbury avanzaba precisamente el hombre al que tan ansiosamente deseaba eludir. Boldwood no caminaba con la serenidad de la fuerza contenida propia de él, y daba siempre la impresión de buscar el equilibrio entre dos pensamientos. Parecía lento y aturdido.

Acababa de descubrir por primera vez en su vida los privilegios femeninos para cambiar de opinión, aun cuando ello afecte a la posible felicidad de otra persona. Había fundado sus esperanzas en que Bathsheba era una muchacha firme y positiva, mucho menos incoherente que las demás, convencido de que estas cualidades le harían emprender el camino de la sensatez y aceptarlo por marido, aunque su fantasía no lo pintase con los espléndidos tonos del amor sin reservas. Pero este argumento volvía ahora como vuelve la pena en un espejo roto. El descubrimiento fue más una embestida que una sorpresa.

Caminaba mirando al suelo y no vio a Bathsheba hasta tenerla a tiro de piedra. Levantó la vista al oír el sonido de sus pasos, y su expresión bastó para indicar la hondura y la fuerza de los sentimientos paralizados por la carta de ella.

—¡Vaya, es usted, señor Boldwood! —balbució Bathsheba, sintiendo en el rostro el latido de la culpa.

Quienes tienen la facultad de reprochar en silencio saben que éste puede ser un medio más eficaz que las palabras. Hay acentos en la mirada que la lengua no es capaz de transmitir, y unos labios pálidos dicen mucho más de lo que un oído es capaz de escuchar. Es la grandeza y el dolor de los sentimientos más recónditos lo que los lleva a evitar la senda del sonido. La mirada de Boldwood no permitía respuesta.

Al ver que ella se apartaba un poco, preguntó:

—¿Es que tiene miedo de mí?

—¿Por qué dice eso? —preguntó Bathsheba.

—Me lo ha parecido. Y es de lo más extraño, sabiendo cuáles son mis sentimientos hacia usted.

Bathsheba cobró confianza, sostuvo la mirada tranquilamente y esperó.

—Usted sabe cuáles son esos sentimientos —continuó Boldwood con decisión—. Implacables como la muerte. No les afecta el rechazo manifestado en una carta escrita apresuradamente.

—Me gustaría que no tuviera usted esos sentimientos tan fuertes hacia mí —murmuró—. Es muy generoso de su parte, y es más de lo que merezco, pero no quiero escucharlo en este momento.

—¿Escucharlo? ¿Qué puedo decir? No voy a casarme con usted, y eso es suficiente. Su carta era extraordinariamente clara. No quiero que escuche usted nada.

Bathsheba no era capaz de dirigir su voluntad hacia ningún lugar en concreto para salir de su terrible e incómoda posición. Pronunció un confuso «Buenas noches» y echó a andar. Boldwood se acercó a ella cansinamente y sin fuerzas.

—Bathsheba... cariño... ¿de verdad es el final?

—De verdad lo es.

—¡Por favor, Bathsheba... ten piedad de mí! —estalló Boldwood—. ¡Por el amor de Dios, he llegado al extremo más bajo... al de implorarle compasión a una mujer! Y esa mujer eres tú... eres tú...

Bathsheba logró dominarse, pero no acertó a expresar con claridad lo que le vino instintivamente a los labios:

—Eso no es ningún honor para una mujer. —Fue apenas un susurro, pues en la visión de un hombre tan completamente dominado por la pasión había algo indeciblemente triste y angustioso que debilitaba el meticuloso instinto femenino.

—Estoy fuera de mí, me he vuelto loco. No tengo estoicismo para suplicarte; pero te suplico. Me gustaría que supieras la devoción que siento por ti, pero eso es imposible. Por pura piedad con un hombre solitario, ¡no me rechaces!

—¿Cómo voy a rechazarlo si nunca he llegado a aceptarlo? — Pese a la sensación, clara como el día, de no haberlo amado nunca, Bathsheba olvidó por un momento su irreflexiva actuación de aquel día de febrero.

—¡Fuiste tú quien se acercó a mí antes de que yo pensara en ti! No te lo reprocho, pues incluso ahora siento que la fría e ignorante oscuridad en la que habría vivido si esa tarjeta de san Valentín no me hubiese atraído hacia ti habría sido mucho peor que el hecho de conocerte, aunque me haya causado tanto dolor. Pero digo que hubo un tiempo en el que yo no sabía nada de ti, ni sentía nada por ti, y fuiste quien me buscó. Y si ahora dices que no me has dado esperanzas, no puedo sino negarlo.

—Lo que usted llama esperanzas fue un juego infantil en un momento ocioso. Me he arrepentido profundamente... sí, profundamente, y he llorado. ¿Cree que puede seguir recordándomelo?

—No te acuso por ello... lo lamento. Me tomé en serio algo que tú insististe en que era broma, y ahora que rezo para que esto sea una broma dices que es completa y tristemente serio. Nuestros estados de ánimo no coinciden. ¡Ojalá tus sentimientos se parecieran más a los míos o los míos más a los tuyos! ¡De haber previsto la tortura que iba a producirme una broma sin importancia, te habría maldecido! ¡Pero entonces no fui capaz de verlo y ahora no puedo, porque te amo demasiado! Es inútil seguir diciendo tonterías... Bathsheba, eres la primera mujer de cualquier clase o naturaleza en la que mi amor se ha fijado, y que hayas estado tan cerca de aceptarme hace que esta negativa resulte tan dura de soportar. ¡Casi me lo prometiste! No lo digo para conmoverte o para responsabilizarte de mi dolor; eso no sirve de nada. Y debo tenerlo en cuenta; mi dolor no será menor si tú también sufres.

—Yo lo compadezco... profundamente. ¡Profundamente, de verdad! —dijo con sinceridad.

—No me compadezcas... no me compadezcas. Tu amor, Bathsheba es algo mucho más grande que tu compasión, tanto que la pérdida de tu compasión, además de tu amor, no supone una carga mayor para mi pena, ni obtener tu compasión me hace sentir menos desgraciado. ¡Ay, cariño, qué encantadora fuiste conmigo ese día cuando me hablaste junto a la alberca, y en el granero durante el esquila, y en esa última velada tan grata en tu casa! ¿Adónde han ido a parar tus dulces palabras... tu sincera esperanza de ser capaz de amarme? ¿Dónde está esa firme convicción de llegar a sentir algo por mí? ¿De verdad lo has olvidado...? ¿De verdad?

Bathsheba controló su emoción, lo miró serena y abiertamente a la cara, y en voz baja y firme dijo:

—Señor Boldwood, yo no le prometí nada. ¿Me toma usted por una mujer de barro? ¿Qué cree que sucede cuando un hombre le hace a una mujer el mayor cumplido que puede hacerle... decirle que la ama? Yo debería haber sentido algo, si no fuera una bruja despiadada. Pero esos placeres fueron flor de un día... un día entregado al placer. ¿Cómo iba yo a saber que lo que para otros hombres es un pasatiempo para usted es la muerte? Piénselo, por favor, ¡y no me juzgue con tanta dureza!

—Bueno, discutir no sirve de nada... de nada. Una cosa está clara: has estado a punto de ser mía, y ahora ya no lo eres. Todo ha cambiado, y eres tú quien lo ha cambiado. Recuérdalo. Tú no eras nada para mí, y yo vivía contento; ahora vuelves a no ser nada para mí, pero ¡qué distinto es lo segundo de lo primero! ¡Ojalá Dios no hubiera querido que te acercaras a mí para despreciarme después!

A pesar de su entereza, Bathsheba empezaba a sentir síntomas inequívocos de ser el elemento más débil. Luchaba desesperadamente contra esa feminidad que insiste en proporcionar emociones incontrolables con la fuerza de un torrente. Intentaba combatir su agitación fijándose en los árboles, en el cielo, en

cualquier objeto trivial que hubiera ante sus ojos mientras recibía los reproches de Boldwood, pero la ingenuidad ya no podía salvarla.

—¡Yo no me acerqué a usted! ¡Eso no es cierto! —respondió con toda la fuerza de que fue capaz—. No se ponga así conmigo. ¡Puedo aceptar que me diga que estoy equivocada si me lo dice amablemente! ¿No puede usted perdonarme y ver las cosas con alegría?

—¡Con alegría! ¿Puede un hombre engañado hasta que el corazón le abrasa encontrar alguna razón para sentirse alegre? He perdido. ¿Cómo quieres que actúe como si hubiera ganado? ¡Por el amor de Dios, no tienes corazón! Si hubiera sabido que algo tan dulce podía ser tan amargo, te habría evitado, no te habría visto nunca, me habría mostrado sordo ante ti. ¡No te importa nada lo que digo! No te importa.

Respondió a sus acusaciones con silenciosas y débiles negativas, sacudió la cabeza desesperadamente, como si quisiera expulsar las palabras que llovían en sus oídos desde los labios de un hombre tembloroso en la plenitud de su vida, con su cara de bronce romano y su atractivo porte.

—Querida mía, querida mía. Sigo debatiéndome entre los sentimientos contrarios de renunciar a ti para siempre o de esforzarme humildemente en conquistarte. Olvida que has dicho «No» y dejemos las cosas como estaban. Dime que tu negativa ha sido una broma... ¡vamos, dímelo!

—Sería falso y doloroso para los dos. Sobreestima usted mi capacidad de amar. No poseo ni la mitad de la ternura que usted cree adivinar en mí. Una infancia difícil en un mundo frío me ha privado de esa dulzura.

Con mayor resentimiento, Boldwood se apresuró a decir:

—Eso puede ser cierto. Pero, ay, ¡no me vale como razón! Tú no eres la mujer fría que intentas hacerme creer. ¡No, no! No es que no me ames porque no tengas sentimientos. Naturalmente quieres que yo lo piense... quieres ocultarme que tienes un corazón ardiente

como el mío. Tienes amor de sobra, pero lo has depositado en otra parte. Y sé dónde.

La cambiante música que sonaba en el corazón de Bathsheba se convirtió entonces en estruendo, haciéndola vibrar hasta el extremo. Boldwood se estaba acercando a Troy. ¡Sabía lo ocurrido! Y el nombre salió de sus labios un instante después.

—¿Por qué no habrá respetado Troy mi tesoro? —preguntó, lleno de ira—. ¿Por qué ha querido llamar tu atención, si yo no tenía la menor intención de hacerte daño? Antes de que él enredase las cosas, tú estabas inclinada a aceptarme; y tu respuesta a mi regreso habría sido «Sí». ¿Te atreves a negarlo... te pregunto... te atreves a negarlo?

Tardó en responder, pero era demasiado honrada para mentir.

—No —susurró.

—Ya lo sé. Pero entró como un ladrón en mi ausencia, para robármelo todo. ¿Por qué no te conquistó antes, cuando nadie hubiera sufrido? ¿Cuando nadie pudiera estar en boca de todos? Ahora la gente me desprecia... hasta el cielo y las montañas parecen reírse de mí hasta hacerme sonrojar de vergüenza por mi estupidez. He perdido mi respeto, mi buen nombre, mi posición... lo he perdido para siempre. ¡Cásate con ese hombre... cástate!

—¡Ah... señor Boldwood!

—Eres libre. No pienso molestarte más. Por lo que a mí respecta, me marcharé a algún lugar para estar solo, escondido... y rezaré. Una vez amé a una mujer. Ahora me avergüenzo. Cuando haya muerto, todos dirán: Era un desgraciado, enfermo de amor. ¡Ah... si al menos lo hubiera dejado plantado en secreto, si no hubiera conocido el deshonor y hubiera conservado su posición! Pero lo perdió todo y tampoco ganó a la mujer. ¡Qué vergüenza para él... qué vergüenza!

Bathsheba estaba aterrorizada por aquel ataque de furia, y se apartó de él sin moverse de manera apreciable, al tiempo que decía:

—¡Soy una muchacha... no me hable usted así!

—Tú sabías en todo momento... lo sabías muy bien... que tu capricho sería mi ruina. ¡Deslumbrada por unos galones y una levita escarlata...! ¡Ay, Bathsheba... de verdad que es una locura!

Bathsheba se encendió de inmediato.

—¡Se preocupa demasiado de sí mismo! —dijo con vehemencia—. Todo el mundo está en mi contra... todo el mundo. ¡Es mezquino atacar así a una mujer! No tengo a nadie que libre mis batallas, y nadie me muestra piedad. Pero, aunque mil personas como usted me desprecien y me calumnien, no me destruirán.

—Seguro que has hablado con él de mí. Le habrás dicho «Boldwood daría la vida por mí». Sí, y le has dado pie a todo, a sabiendas de que ese hombre no te conviene. Te ha besado... considera que eres suya. ¿Lo oyes? Te ha besado. ¡Niégalo!

Incluso la más trágica de las mujeres se acobarda ante un hombre trágico, y aunque Boldwood era por su vehemencia y su brillantez casi idéntico a ella, aunque de sexo opuesto, a Bathsheba le temblaron las mejillas. Con voz entrecortada, dijo:

—¡Déjeme, señor... déjeme! No soy nada suyo. ¡Deje que me vaya!

—Niega que te ha besado.

—No lo negaré.

—¡Ja! ¡Te ha besado! —espetó, con aspereza.

—Sí, me ha besado —dijo ella, despacio y con desafío, a pesar de su temor—. No me avergüenza decir la verdad.

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! —dijo Boldwood, susurrando su ira—. ¡Yo habría dado el mundo entero por tocar tu mano, y tú dejas que un vividor aparezca sin derecho ni ceremonia... y te bese! ¡Por el amor de Dios... que te bese! Ya le llegará la hora de arrepentirse por el dolor que le ha causado a otro hombre; y entonces a lo mejor sufre, y desea y maldice y anhela... como yo ahora.

—¡No, no, por favor, no le desee ningún mal! —imploró, lanzando un grito lastimero—. Cualquier cosa menos eso...

cualquier cosa. ¡Sea benévolo con él señor, pues lo amo sinceramente!

Las ideas de Boldwood habían alcanzado ese punto de fusión en el que su perfil y su consistencia desaparecen por completo. La noche inminente parecía concentrarse ante sus ojos. Había dejado de oírla.

—Lo castigaré... ¡por mi alma que sí! Iré a buscarlo, soldado o no, y azotaré a ese mocoso inoportuno que me ha robado con tanta desfachatez mi único placer. Y aunque fuera cien hombres, lo azotaría igualmente... —su voz se hundió de improviso—. ¡Bathsheba, dulce coqueta, perdóname! Te he acusado, te he amenazado, me he comportado como un patán, cuando el mayor pecador es él. ¡Te ha robado el corazón con sus interminables mentiras! Es una suerte que haya vuelto con su regimiento, que se haya marchado a otra parte y no esté aquí. Espero que no vuelva. Le ruego a Dios que no me lo ponga delante, pues la tentación sería irresistible. ¡Apártalo de mí, Bathsheba... apártalo de mí!

Boldwood permaneció por un momento tan quieto después de este discurso que parecía que su alma se hubiera relajado por completo con el aliento de sus apasionadas palabras. Volvió el rostro y se retiró, y su silueta no tardó en quedar oculta por el ocaso mientras sus pisadas se confundían con el rumor de los árboles.

Bathsheba, que había estado inmóvil como una estatua al final de la escena, se cubrió la cara con las manos e intentó con todas sus fuerzas pensar en lo ocurrido. Tan asombrosos ataques de emoción febril en un hombre tranquilo como el señor Boldwood resultaban incomprensibles, atroces. En lugar de ser un hombre acostumbrado a dominarse, era... lo que Bathsheba acababa de ver.

La fuerza de las amenazas de Boldwood residía en la relación que éstas tenían con una circunstancia que por el momento sólo Bathsheba conocía: su amado regresaría a Weatherbury en cuestión de uno o dos días. Troy no había regresado al cuartel como

Boldwood y otros suponían, sino que había ido a visitar a unos conocidos en Bath, y aún le quedaba más de una semana de permiso.

Tenía la terrible certeza de que, si Troy volvía para verla en aquel lapso de tiempo y se topaba con Boldwood, el enfrentamiento sería feroz. Se le paraba el corazón ante la sola idea de que Troy pudiera resultar herido. La menor chispa bastaría para avivar la ira y los celos de Boldwood; perdería el control como había ocurrido esa tarde. La despreocupación de Troy podía ser agresiva; podía convertirse en desdén, y la rabia de Boldwood en venganza.

Presas de un miedo casi malsano a ser considerada una muchacha ligera, esta mujer perdida ocultaba ante el mundo bajo una apariencia de frialdad la hondura y el calor de sus intensas emociones. Pero ya no había reservas. En su desesperación, en lugar de avanzar se puso a dar vueltas de un lado a otro, a lanzar manotazos al aire, apretándose la frente y sollozando desconsolada. Se sentó a pensar junto al camino, sobre un montón de piedras. Estuvo allí mucho tiempo. Sobre la oscura franja de la tierra surgían costas y promontorios de nubes cobrizas que delimitaban una verde y diáfana claridad al oeste del cielo. Un resplandor amarantino descendió entonces sobre ellas, y el imparable mundo hizo girar a Bathsheba hasta la perspectiva contraria, en dirección este, donde las estrellas palpitaban indecisas. Buscó la silenciosa agonía de los astros entre las sombras del espacio, pero no encontró nada. Su atormentado espíritu estaba muy lejos, junto a Troy.

Capítulo XXXII

Noche — Cascos de caballos

Reinaba en Weatherbury un silencio como el que se percibe en un cementerio, y los que allí vivían yacían casi tan inmóviles como los muertos. El reloj de la iglesia dio las once. El aire estaba tan vacío de otros sonidos que el ronroneo del reloj que precede inmediatamente a las campanadas resultó audible, así como su chasquido al concluir éstas. Las notas se arrastraron con la ciega cerrilidad de los objetos inanimados, propagándose y rebotando en las paredes, formando ondas contra las nubes dispersas y derramándose entre sus intersticios hacia inexploradas regiones del espacio.

Las agrietadas y enmohecidas estancias de la casa de Bathsheba estaban ocupadas esa noche únicamente por Maryann, pues, como ya se ha dicho, Liddy se había marchado con su hermana, a quien también Bathsheba se proponía visitar. Minutos después de las once, Maryann se rebulló en la cama como si algo la hubiese molestado. No tenía conciencia de lo que había podido turbar su sueño. El ruido condujo a un sueño, y el sueño a un despertar dominado por la incómoda sensación de que algo pasaba. Salió de la cama y se asomó a la ventana. El prado lindaba con ese extremo del edificio, y entre la incierta penumbra distinguió una sombra que se acercaba al caballo que allí pastaba tranquilamente. La sombra agarró al caballo por el cuello y lo llevó hasta el otro extremo del campo. Distinguió entonces algo que resultó ser un

vehículo, pues tras varios minutos aparentemente dedicados a enjaezar al animal, Maryann oyó el trote del caballo por la carretera, mezclado con el ruido de unas ruedas ligeras.

Tan sólo dos variedades de la especie humana podían haberse deslizado como un fantasma por el prado, igual que aquella sombra misteriosa: una mujer o un gitano. No cabía pensar en una mujer a esas horas de la noche, de manera que sólo podía tratarse de un ladrón que acaso conociera la vulnerabilidad de la casa en esa noche determinada, y por ello la había elegido para su arriesgada empresa. Además, y para que la sospecha se tornase en convicción, había gitanos en Weatherbury Bottom.

Maryann, que no se atrevió a gritar en presencia del ladrón, perdió el miedo cuando vio que se marchaba. Se vistió apresuradamente, bajó a toda prisa la desvencijada escalera con sus cientos de crujidos, y corrió a casa de Coggan, la más cercana, para dar la alarma. Coggan avisó a Gabriel, que volvía a alojarse en casa de aquél como antaño, y juntos fueron hasta el prado. No cabía duda de que el caballo había desaparecido.

—¡Escuchad! —ordenó Gabriel.

Prestaron atención. Se oía claramente en el aire inmóvil el trote de un caballo que subía por Longpuddle Lane, un poco más allá de donde se encontraba el campamento de los gitanos.

—Es nuestra Dainty... reconozco su trote —dijo Jan.

—¡Válgame Dios! ¡La señorita se pondrá hecha una furia y dirá que somos imbéciles cuando vuelva! —gimió Maryann—. ¡Ojalá hubiera pasado estando ella en casa, así no seríamos responsables ninguno de nosotros!

—Tenemos que ir tras él —dijo Gabriel con decisión—. Yo responderé ante la señorita Everdene de lo que hagamos. Sí, lo seguiremos.

—Pues no sé cómo —dijo Coggan—. Nuestros caballos son demasiado lentos, salvo la pequeña Poppet; pero somos dos. Aunque puede que ahí al lado encontremos a esa pareja...

—¿Qué pareja?

—Tidy y Moll. Los del señor Boldwood.

—Esperadme aquí —dijo Gabriel. Y echó a correr colina abajo hacia la granja de Boldwood.

—El señor Boldwood no está en casa —le advirtió Maryann.

—Tanto mejor —dijo Coggan—. Sé adónde ha ido.

Menos de cinco minutos tardó Oak, sin dejar de correr, en regresar con dos caballos en la mano.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Coggan, dándose la vuelta y asomándose de un salto por encima del seto sin esperar respuesta.

—De debajo de los aleros. Sabía dónde los guardan. ¿Sabes montar a pelo, Coggan? No hay tiempo para buscar sillas.

—¡Como un héroe! —dijo Jan.

—Maryann, vuelve a la cama —le gritó Gabriel por encima del seto.

Adentrándose en los prados de Boldwood, los dos hombres escondieron el ronزال de los caballos, que, al verlos llegar con las manos vacías, se dejaron dócilmente asir de las crines, donde se les colocó el arreo con gran destreza. A falta de bocado y de riendas, pasaron la cuerda por la boca del animal y la anudaron al otro lado. Oak montó de un salto y Coggan se encaramó a un banco. Subieron hasta la cancela y salieron al galope en la dirección tomada por la yegua de Bathsheba y el ladrón. De quién era el vehículo al que se había enjaezado la yegua era asunto que aún no estaba claro.

Llegaron a Weatherbury Bottom en cuestión de tres o cuatro minutos. Atisbaron entre la maleza que crecía en la cuneta. Los gitanos se habían marchado.

—¡Serán villanos! —exclamó Gabriel—. ¿Por dónde se habrán ido?

—De frente, tan seguro como que Dios creó las manzanas —dijo Jan.

—Muy bien; llevamos mejores monturas y podremos alcanzarlos —dijo—. ¡Al galope!

Era imposible oír el ruido del carro. El sonido metálico de la carretera se tornó más suave y terroso cuando dejaron atrás Weatherbury, donde las últimas lluvias habían empapado y ablandado el terreno, pero sin llegar a embarrarlo. Llegaron a un cruce. Coggan frenó bruscamente a Moll y desmontó.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel.

—Ya que no los oímos, tenemos que encontrar su rastro —dijo Jan, rebuscando en los bolsillos. Encendió una cerilla y la acercó al suelo. La lluvia había caído con más fuerza en esa zona; el agua había borrado las huellas de pies o de cascos anteriores a la tormenta, y se habían formado pequeños charcos que reflejaban como ojos la llama de la cerilla. Descubrieron unas huellas recientes y secas, y un par de rodadas claras que, a diferencia de las demás, no eran como pequeños surcos. Las huellas de esta impresión más reciente ofrecían abundante información: aparecían en pares equidistantes, separados entre sí cosa de un metro o metro y medio; las de las patas derecha e izquierda, delanteras y traseras, eran exactamente contrarias.

—¡De frente! —exclamó Jan—. Estas huellas indican que van a galope tendido. No me extraña que no lo oigamos. Y el caballo va sujeto al arnés... mira las rodadas. ¡Es nuestra yegua; estoy seguro!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Jimmy Harris la herró la semana pasada, y reconozco sus herraduras entre diez mil.

—Seguro que los demás gitanos se marcharon antes o tomaron otra dirección —dijo Oak—. ¿No has visto más huellas?

—No. —Cabalgaron en silencio durante largo y tedioso rato. Coggan llevaba un viejo reloj de imitación que había heredado de algún genio de la familia; el reloj dio la una. Encendió otra cerilla y volvió a examinar el camino.

—Por aquí han pasado a medio galope —dijo, deshaciéndose de la cerilla—. Es un ritmo de locura para un calesín. Van a toda marcha, pero aún podemos alcanzarlos.

Apretaron el paso y entraron en Blackmore Vale. El reloj de Coggan dio las dos. Cuando volvieron a inspeccionar el camino, las huellas de los cascos estaban espaciadas y dibujaban una especie de zig zag, como las farolas de las calles.

—Esto significa que van al trote —dijo Gabriel.

—Ahora van más despacio —dijo Coggan alegremente—. Los alcanzaremos.

Avanzaron rápidamente otros cuatro o cinco kilómetros.

—¡Un momento! —dijo Jan—. Veamos cómo han subido esta colina. Eso nos ayudará —volvió a prender una cerilla en las polainas para realizar la inspección.

—¡Hurra! —exclamó Coggan—. Han subido por aquí. Los alcanzaremos antes de tres kilómetros.

Cabalaron más de cuatro kilómetros y se detuvieron a escuchar. No se oía nada, salvo un molino que soltaba un ronco chorro de agua a través de una trampilla, insinuando funestas posibilidades de ahogarse a quien intentara saltarlo. Gabriel desmontó al llegar a una curva. Las huellas eran la única señal que les indicaba el camino, y había que tomar grandes precauciones para no confundirlas con otras más recientes.

—¿Qué significa esto? Aunque creo que lo sé —dijo Gabriel, mirando a Coggan mientras éste acercaba la cerilla al suelo, cerca de la curva. Coggan, que empezaba a acusar el cansancio tanto como los jadeantes caballos, volvió a escudriñar los enigmáticos signos. Esta vez sólo había tres que correspondiesen a la forma habitual de una herradura. El cuarto era como un punto.

—¡Vaaaya! —exclamó Coggan.

—Está coja —dijo Gabriel.

—Sí; Dainty está coja —asintió Coggan muy despacio, sin dejar de mirar las huellas.

—Tenemos que seguir —dijo Gabriel, subiéndose de nuevo a su sudorosa montura.

Aunque la carretera estaba en su mayor parte en tan buen estado como cualquier carretera rural, se trataba en realidad de un camino secundario. En la última curva llegaron a la vía principal que conducía a Bath. Coggan recobró el ánimo.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó.

—¿Dónde?

—En Sherton Turnpike. El guardián de esta barrera es el mayor dormilón que existe de aquí a Londres. Se llama Dan Randall; lo conozco desde hace años, de cuando guardaba la barrera de Casterbridge. Entre la cojera de la yegua y la barrera, la cosa está hecha.

Avanzaron con extrema cautela. No hablaron hasta que sobre el umbrío fondo del follaje distinguieron cinco barrotes blancos que se interponían en su camino, un poco más adelante.

—¡Silencio... estamos muy cerca! —advirtió Gabriel.

—Iremos despacio por la hierba —dijo Coggan.

Los barrotes blancos quedaban ocultos en el centro por una sombra oscura situada delante de ellos. El silencio de aquella hora solitaria quedó perforado por una exclamación procedente de ese lugar.

—¡Eh! ¡La barrera!

Al parecer había habido otra llamada anterior que no llegaron a oír, pues, al acercarse a la barrera, la caseta del guardia se abrió y éste salió a medio vestir, con una vela en la mano. La luz iluminó a todo el grupo.

—¡No abra la puerta! —gritó Gabriel—. ¡Ha robado el caballo!

—¿Quién? —preguntó el guardabarrera.

Gabriel miró a quien conducía el calesín y vio que era una mujer: Bathsheba; su ama.

Al oír la voz de Gabriel, Bathsheba apartó el rostro de la luz. Pero Coggan la había visto.

—¡Pero si es el ama! ¡Podría jurarlo! —dijo, sin salir de su asombro.

Era Bathsheba, quien para entonces ya estaba en condiciones de recurrir al ardid que tan buenos resultados le daba en momentos de crisis no amorosa: disimular su sorpresa con aparente frialdad.

—Y bien, Gabriel —preguntó tranquilamente—. ¿Adónde vais?

—Pensábamos... —empezó a decir Gabriel.

—Yo voy a Bath —dijo Bathsheba, haciendo gala de una seguridad que Gabriel no había podido mostrar—. Un asunto importante me ha obligado a cancelar mi visita a Liddy y a ponerme en camino de inmediato. ¿Por qué me estáis siguiendo?

—¡Creíamos que habían robado el caballo!

—¡Cómo se os ocurre! ¡Qué tontería no darse cuenta de que fui yo quien cogió el carro y a la yegua! No conseguí despertar a Maryann ni entrar en casa, aunque estuve diez minutos aporreando su ventana. Tuve la suerte de encontrar la llave de la caseta donde se guarda el calesín, y no necesité molestar a nadie más. ¿No se os ocurrió que sería yo?

—¿Cómo iba a ocurrírseos, señorita?

—Tal vez no. ¡Pero si son los caballos del señor Boldwood! ¡Por Dios bendito! ¿Qué habéis hecho? ¿Por qué me buscáis problemas? ¿Es que una mujer no puede moverse un centímetro de la puerta de su casa sin que la persigan como a un ladrón?

—¿Cómo íbamos a saberlo, sin que usted nos lo advirtiera? —dijo Coggan—. Las damas no salen de casa a estas horas, señorita. Eso es una norma social.

—Dejé una nota, para que la vierais por la mañana. La escribí con tiza en la puerta de la caseta. Decía que había vuelto a por la yegua y el carro y que me marchaba. Que no había conseguido despertar a nadie y que volvería pronto.

—Tenga en cuenta, señorita, que no podíamos verla hasta que se hiciera de día.

—Eso es cierto —dijo, y aunque al principio se sintió ofendida, su culpa era demasiado grande para reprenderlos de verdad por mostrarle una lealtad tan valiosa como excepcional. Y con exquisita gracia añadió—: Os agradezco sinceramente que os hayáis tomado tantas molestias, pero hubiera preferido que no cogieseis los caballos del señor Boldwood.

—Dainty está coja, señorita —observó Coggan—. ¿Podrá seguir su camino?

—Se le metió una piedra en el casco. Desmonté para sacársela a cien metros de aquí. Me las arreglaré perfectamente, gracias. Tengo que llegar a Bath por la mañana. Ahora, ¿queréis hacerme el favor de volver a casa?

Bathsheba volvió la cabeza —la vela del guardabarrera brilló rápidamente sobre ella, iluminándole los ojos—, cruzó la barrera y pronto quedó envuelta entre las densas sombras de las misteriosas ramas estivales. Coggan y Gabriel se subieron a sus caballos y, abanicados por el aire aterciopelado de la noche de julio, regresaron por donde habían venido.

—¡Extraño capricho! ¿No te parece, Oak? —preguntó Coggan, con curiosidad.

—Sí —dijo Gabriel, escuetamente.

—¡No llegará a Bath antes de que amanezca!

—Coggan, ¿qué tal si no decimos nada de lo ocurrido esta noche?

—Soy de la misma opinión.

—De acuerdo. Estaremos de vuelta a eso de las tres, y entraremos sigilosos como corderos.

La atormentada reflexión de Bathsheba junto al camino la llevó finalmente a la conclusión de que sólo había dos soluciones para su desesperada situación. La primera era mantener a Troy alejado de Weatherbury hasta que la indignación de Boldwood se hubiese

aplacado; la segunda era tomar en consideración los consejos de Oak y las amenazas de Boldwood, y alejarse de Troy por completo.

¡Ay! ¿Podía abandonar este nuevo amor —animar a Troy a que renunciase a ella diciéndole que no lo amaba—, no volver a hablar con él y suplicarle, por su propio bien, que tras su estancia en Bath no volviera a verla nunca y no regresara a Weatherbury?

Era una idea aterradora, pero, por un momento, la consideró seriamente, si bien se permitió, como hacen las muchachas en situaciones semejantes, imaginar lo feliz que podría ser si Troy fuese Boldwood y el camino del amor fuese el camino del deber; y sufrió inútilmente al pensar que su amado se enamoraría de otra después de haberla olvidado, pues había calado tan hondo en la naturaleza de Troy que era capaz de adivinar sus inclinaciones con bastante exactitud; sin embargo, por desgracia no lo amaba menos al pensar que no tardaría en dejar de amarla, sino que lo amaba mucho más todavía.

Se puso en pie de un salto. Quería verlo de inmediato. Sí, le suplicaría en persona que la ayudase a resolver aquel dilema. Aunque le enviase una carta para mantenerlo a distancia, ésta no llegaría a tiempo, y tampoco estaba segura de que él se mostrase dispuesto a escucharla.

¿Estaba Bathsheba completamente ciega al hecho evidente de que el refugio que proporcionan los brazos de un amante no es precisamente la mejor ayuda para tomar la decisión de renunciar al amor? ¿O se engañaba, estremeciéndose de placer, al pensar que adoptando esa vía para librarse de él se aseguraba al menos un último encuentro con su amado?

Era de noche. Serían cosa de las diez. El único modo de conseguir su propósito era abandonar la idea de visitar a Liddy en Yalbury, regresar a la granja, enganchar la yegua a la calesa y partir de inmediato hacia Bath. El plan se le antojó en un principio imposible: el viaje era pesado, incluso para un caballo fuerte;

además, no calculó bien la distancia. La aventura era de lo más arriesgada para una mujer, de noche y sola.

Pero ¿podía marcharse con Liddy y dejar que las cosas siguieran su curso natural? No, no; eso nunca. Sentía tal torbellino emocional que no podía escuchar las vanas súplicas de la cautela. Regresó al pueblo.

Avanzaba despacio, pues no quería llegar a Weatherbury antes de que los vecinos se hubiesen acostado y, sobre todo, antes de que Boldwood se hubiese tranquilizado. Se proponía hacer el viaje a Bath durante la noche, ver al sargento Troy por la mañana, antes de que él saliese a su encuentro, despedirse de él y rechazarlo. Luego, para que la yegua pudiera descansar (y ella llorar a gusto, pensó), se quedaría en Bath hasta el día siguiente y regresaría a primera hora de la mañana. De esa manera, podría llevar a Dainty a trote suave durante todo el día, encontrarse con Liddy en Yalbury por la tarde y regresar con ella a Weatherbury cuando lo desearan, sin que nadie se enterase de su estancia en Bath...

Éste era el plan de Bathsheba, pero, en su ignorancia topográfica, como recién llegada al lugar, calculó que no tardaría mucho más de la mitad de lo que realmente tardó. No obstante se dispuso a llevar a cabo su propósito, con el éxito inicial que acabamos de relatar.

Capítulo XXXIII

Bajo el sol — Un presagio

Pasó una semana sin noticias de Bathsheba, ni explicación de sus devaneos.

Luego llegó una nota para Maryann, donde se decía que el asunto que había llevado a su ama a Bath aún requería su presencia en esta ciudad, pero que confiaba en regresar transcurrida otra semana.

Pasó otra semana. Empezó la cosecha de la avena, y todos trabajaban en los campos bajo el monocromático cielo de agosto, entre el aire tembloroso y las breves sombras del mediodía. En el interior de la casa sólo se oía el zumbido de las moscardas; fuera, el silbido de las guadañas y el rumor de la avena trenzada como una cabellera al rozarse unas plantas con otras cuando sus tallos altos, del color del ámbar, caían con fuerza al ser segados. Cada gota de humedad que no procedía de las botellas y las frascas de sidra correspondía a la lluvia de sudor que caía de las frentes y las mejillas. Todo lo demás estaba seco.

Estaban a punto de retirarse a descansar un rato bajo la amable sombra de un árbol que había junto a la valla, cuando Coggan vio una figura con chaqueta azul y botones de latón que corría hacia ellos campo a través.

—¿Quién será? —preguntó.

—Espero que no le haya ocurrido nada malo al ama —dijo Maryann, quien en compañía de otras mujeres ataba las gavillas de

avena—, porque esta mañana tuve un mal presentimiento. Cuando fui a abrir la puerta, se me cayó la llave y se partió por la mitad. Romper una llave es un mal augurio. Ojalá que la señorita estuviese en casa.

—Es Cain Ball —dijo Gabriel, dejando de mover la guadaña.

Oak no estaba obligado por su contrato a ayudar en los campos, pero como el mes de la cosecha es un momento de gran ansiedad para los agricultores, y el grano era propiedad de Bathsheba, decidió echar una mano.

—Va vestido con sus mejores galas —observó Matthew Moon—. Ha estado unos días fuera, desde que se le inflamó el dedo; dijo que como no podía trabajar se tomaría unas vacaciones.

—Buen momento para tomarse vacaciones... excelente —dijo Joseph Poorgrass, enderezando la espalda, pues, como algunos de sus compañeros, tenía la costumbre de descansar de vez en cuando en días tan calurosos por cualquier insignificancia; pero la aparición de Cain Ball en un día de trabajo, vestido de domingo, era un acontecimiento de primera magnitud—. Tiene gracia que yo haya leído *El viaje del peregrino* y que Mark Clark haya aprendido un nuevo juego de cartas en lo que se cura un dedo inflamado.

—Mi padre se dislocó un brazo para poder cortejar a su novia —dijo Jan Coggan en tono perentorio, enjugándose el sudor del rostro con la manga de la camisa y echándose el sombrero hacia la nuca.

Para entonces, Cainy estaba ya cerca del grupo de cosechadores, quienes pudieron ver entonces que llevaba una enorme rebanada de pan con jamón en una mano y que iba comiendo mientras corría; la otra mano estaba vendada. Cuando se acercó un poco más, la boca cobró la forma de una campana y Cainy empezó a toser violentamente.

—¡Cainy! —dijo Gabriel con severidad—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no corras mientras comes? Un día de éstos te vas a ahogar.

Cainy tosió y dijo:

—Se me ha ido un trozo de comida por mal sitio. ¡No se imagina lo que ha pasado, señor Oak! He estado en Bath, porque se me infectó un padraastro en el pulgar; y he visto... —volvió a toser.

En cuanto Cain mencionó el nombre de Bath, todos soltaron las guadañas y los rastrillos para rodear al muchacho. Por desgracia, el trozo de comida seguía obstaculizando su capacidad narrativa, a lo cual se sumó entonces un estornudo que hizo saltar del bolsillo su enorme reloj, que quedó colgando como un péndulo delante del joven.

—Sí —continuó Cainy, dirigiendo sus pensamientos hacia Bath y siguiéndolos con la mirada—. Al fin he visto el mundo... y también he visto al ama... Ahoc, ahoc, ahoc.

—¡Qué lata de chico! —dijo Gabriel—. Siempre te atragantas y no puedes contar lo que tienes que contar.

—¡Ahoc! ¡Vaya! Por favor, señor Oak, se me acaba de meter un mosquito en el estómago, y por eso me ha vuelto a entrar la tos.

—Si, eso es lo malo. Que siempre tienes la boca abierta, so granuja.

—Es terrible que se te meta un mosquito en la boca, ¡pobre chico! —observó Matthew Moon.

—Bueno, ¿a quién viste en Bath...? —interrumpió Gabriel.

—Vi al ama —continuó el joven pastor—, paseando con un soldado. Se acercaban el uno al otro cada vez más, hasta que terminaron cogidos del brazo, como si fueran novios, ¡ahoc, ahoc!, como si fueran novios, ¡ahoc!, como si fueran novios... —Perdiendo el hilo en este punto, al mismo tiempo que el aliento, el informante levantó la vista y miró hacia el campo, como si buscara alguna pista —. Bueno, el caso es que vi al ama con un soldado... ¡ahoc, ahoc!

—¡Maldito chico! —exclamó Gabriel.

—Lo siento, señor Oak, le ruego que me disculpe —dijo Cain Ball, mirando a Oak con reproche, los ojos bañados en su propio rocío.

—¡Que beba un poco de sidra... eso le suavizará la garganta! —dijo Jan Coggan mientras levantaba una botella de sidra, la descorchaba e introducía el cuello de la botella en la boca de Cainy. Joseph Poorgrass empezaba a pensar con aprensión en las graves consecuencias de que Cainy Ball se ahogase por la tos y de que la historia de sus aventuras en Bath muriera con él.

—Antes de hacer nada, siempre me digo: «Dios mío, ayúdame», y tú deberías hacer lo mismo, Cain Ball —dijo Joseph, en tono jactancioso—. Es una gran protección y hasta podría salvarte de morir ahogado en cualquier momento.

El señor Coggan vertió el licor con generosidad sin límites en la padeciente boca de Cain; la mitad de la sidra se derramó por fuera de la botella, la mitad de lo que llegó a entrarle en la boca bajó por la garganta, y la mitad de lo que bajó se fue por mal sitio, saliendo entre toses y estornudos y rociando al grupo de cosechadores como una llovizna que, por un momento, quedó suspendida en el aire soleado como una pequeña exhalación.

—¡Qué estornudo tan inoportuno! ¡No puedes tener mejores modales, jovencito! —protestó Coggan, retirando la botella.

—¡Se me ha metido la sidra por la nariz! —exclamó Cainy, en cuanto estuvo en condiciones de hablar—. Y luego me ha resbalado por el cuello y me ha mojado el dedo enfermo, y me ha ensuciado mi mejor traje y mis botones brillantes.

—Pobre chico; esa tos es de lo más inoportuna —dijo Matthew Moon—. Y tiene una interesante historia que contarnos. Dale en la espalda, pastor.

—Soy así —se lamentó el joven Cain—. Mi madre dice que siempre me ponía muy nervioso cuando me apremiaban.

—Cierto, cierto —dijo Joseph Poorgrass—. Los Ball han sido siempre una familia muy nerviosa. Yo conocí al abuelo del chico... un hombre muy nervioso y muy discreto, refinado como un caballero. Se ponía colorado por cualquier cosa, casi tanto como yo... ¡pero eso es un defecto mío!

—Nada de eso, Poorgrass —dijo Coggan—. Ésa es una cualidad muy noble en ti.

—Bueno, bueno. No me gusta airear las intimidades... no me gusta nada —murmuró Poorgrass con timidez—. La verdad es que nos acostumbramos a todo. Yo preferiría que nadie se diera cuenta de este defecto mío; pero quizá cuando nací, a mi Hacedor todo le pareció posible y no se molestó en concederme ningún talento... ¡Tú a lo tuyo, Joseph! ¡Tú a lo tuyo! Un deseo bien extraño, vecinos, éste de ocultar y rechazar los elogios. En el Sermón de la Montaña se habla de los tocados por la sabiduría, entre los que puede incluirse también a los humildes.

—El abuelo de Cainy era un hombre muy listo —observó Matthew Moon—. Inventó un manzano que hoy lleva su nombre. ¿Lo sabías Jan? Injertó un manzano enano con un reineta y un camuesa roja. Con lo que ganó se fue a vivir a una pensión con una mujer sin estar unido a ella legítimamente, pero en fin... era lo que se dice un hombre listo.

—Bueno —dijo Gabriel con impaciencia—, ¿qué viste, Cain?

—Vi al ama en una especie de parque, donde había bancos y arbustos y flores, paseando del brazo de un soldado —continuó Cain con decisión y con la vaga idea de que sus palabras ejercían un efecto notable sobre las emociones de Gabriel—. Creo que el soldado era el sargento Troy. Se sentaron allí y estuvieron más de media hora, hablando de cosas románticas. Y ella se puso a llorar como si la estuviesen matando. Y cuando se marcharon, tenía los ojos brillantes y estaba blanca como un lirio; y se miraban el uno al otro con toda la confianza que pueden mostrarse un hombre y una mujer.

Los rasgos de Gabriel parecieron tensarse.

—¿Qué más viste?

—Muchas cosas.

—¿Blanca como un lirio? ¿Estás seguro de que era ella?

—Sí.

—Bueno. ¿Y qué más?

—Vi grandes escaparates en las tiendas y grandes nubes en el cielo. Mucha lluvia. Y árboles muy viejos en los campos de alrededor.

—¡Idiota! ¿Qué más nos vas a contar? —dijo Coggan.

—Dejadlo en paz —intervino Joseph Poorgrass—. Lo que el chico quiere decir es que el cielo y la tierra en el reino de Bath no son distintos a los de aquí. Lo hace por nuestro bien, para que aprendamos cosas de otras ciudades; y tendremos que aguantarnos.

—Y la gente de Bath —prosiguió Cain— sólo necesita encender el fuego por capricho, porque las fuentes termales ofrecen directamente agua hirviendo.

—Eso es tan cierto como que estoy aquí —observó Matthew Moon—. Otros viajeros me han contado la misma historia.

—Allí sólo beben agua —informó Cain—, y parece que les gusta, viendo cómo se la tragan.

—Bueno, a nosotros nos parece una costumbre bárbara, pero creo que a los de allí no les importa —dijo Matthew.

—¿Y las fuentes no dan comida además de bebida? —preguntó Coggan, torciendo la mirada.

—No... la verdad es que me he pasado el día a remojo... un buen remojón. Dios no les ha concedido nada más que agua, y eso para mí es un fastidio.

—Bueno, como mínimo es un sitio curioso —comentó Moon—, y la gente que vive allí también debe de ser curiosa.

—¿Dices que la señorita Everdene y el soldado iban paseando juntos? —preguntó Gabriel, regresando junto al grupo.

—Sí. Ella llevaba un vestido de seda dorado, muy bonito, rematado con un encaje negro, y tan tieso que se podría sostener sólo, sin necesidad de piernas dentro. Estaba preciosa. Y llevaba un peinado magnífico. Y cuando el sol se reflejaba en el vestido de la

señorita y en la casaca roja de él... ¡madre mía! Estaban impresionantes. Se les veía en toda la calle.

—¿Y qué pasó después?

—Luego fui al zapatero para que me pusiera clavos en las botas, y luego fui a la pastelería y pedí el pastel más barato, uno que estuviera un poco rancio; tenían algunos mohosos y azules, pero no del todo. Y mientras me lo comía, fui a dar un paseo y vi un reloj con una esfera enorme.

—¡Pero eso no tiene nada que ver con el ama!

—¡Se lo contaré todo si deja de interrumpirme, señor Oak! —protestó Cain—. Si me pone nervioso, me entrará la tos, y no podré contarle nada.

—Tiene razón... Dejadlo a su ritmo —dijo Coggan.

Gabriel adoptó una actitud de desesperada paciencia, y Cainy siguió diciendo:

—Había casas enormes, y se veía mucha más gente a todas horas que en los clubs de Weatherbury los días de reunión. Entré en iglesias muy grandes y también en capillas. ¡Cómo rezaban los curas! Sí: se arrodillan y levantan las manos unidas, y los anillos de oro que llevan en los dedos, y que se han ganado por rezar tan bien, brillan y parpadean que da gloria. ¡Ah... cómo me gustaría vivir allí!

—Nuestro pobre párroco, Thirdly, no gana para comprarse anillos así —dijo Matthew Moon, con aire pensativo—. Y es un hombre de lo mejor que ha pisado la tierra. No creo que el pobre Thirdly tenga siquiera un anillo de cobre o de hojalata. ¡Sería un adorno fantástico para lucir en las tardes oscuras, cuando está en el púlpito iluminado por la luz de las velas! Pero es imposible. ¡Ah, qué injusta es la vida!

—A lo mejor no le gusta llevar anillos —dijo Gabriel, en tono forzado—. Bueno, ya basta. Sigue, Cain... deprisa.

—Ah... y la nueva moda es que los curas lleven bigote y barba —continuó el ilustre viajero—. Igualitos a Moisés y Aarón; y los fieles nos sentimos como los hijos de Israel.

—Un sentimiento muy justo... muy justo —observó Joseph Poorgrass.

—Y ahora hay dos religiones en el país: la anglocatólica y la calvinista. Y yo me dije: «Hay que actuar como es debido». Y por la mañana iba a la iglesia anglocatólica y por la tarde a la calvinista.

—Un chico como Dios manda —aprobó Joseph Poorgrass.

—En la iglesia anglocatólica rezan cantando, y veneran todos los colores del arco iris; en la calvinista, rezan predicando y veneran sólo el blanco y el gris. Y luego... no volví a ver a la señorita Everdene.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —exclamó Oak, con enorme decepción.

—Creo que se arrepentirá, si es cierto que tiene tanta intimidad con ese hombre —dijo Matthew Moon.

—No es cierto —intervino Gabriel, indignado.

—Ella sabrá lo que hace —dijo Coggan—. El ama tiene demasiado sentido común bajo esos rizos negros para cometer una locura así.

—Él no es un hombre tosco, ni ignorante. Ha tenido una buena educación —dijo Matthew dubitativamente—. Se hizo soldado por pura insensatez, y a las muchachas les gustan los pecadores.

—Veamos, Cain Ball —dijo Gabriel con gran impaciencia—, ¿juras rotundamente que la mujer que viste era la señorita Everdene?

—Cain Ball, ya no eres un niño de teta —dijo Joseph con el tono sepulcral que las circunstancias exigían— y sabes lo que significa un juramento. Ten en cuenta que es una declaración muy importante, que es la piedra angular de la que nos habla Mateo el evangelista: «El que caiga sobre esta piedra se estrellará, y sobre el que ella caiga será triturado». Y ahora, ¿juras delante de todos los aquí presentes que tus palabras son ciertas, como pregunta el pastor?

—¡Por favor, señor Oak! —dijo Cainy, mirando con inquietud a todos, uno por uno, impresionado por la magnitud espiritual de la situación—. No me importa decir que es verdad, pero preferiría no tener que decir que es condenadamente cierto, si eso es lo que me piden.

—¡Cain, Cain! ¿Cómo te atreves? —preguntó Joseph con severidad—. Se te pide que jures por lo más sagrado y tú juras como el malvado Semeí, hijo de Guerá, que maldecía a todo el mundo. ¡Debería darte vergüenza, jovencito!

—¡No, no lo haré! Lo que usted quiere es atormentar a un pobre chico, señor Poorgrass... ¡eso es! —dijo Cain, rompiendo a llorar—. Es verdad que vi a la señorita Everdene y al sargento Troy, pero si usted quiere que lo convierta en una verdad atroz, entonces a lo mejor se trataba de otra persona.

—No hay manera —dijo Gabriel, volviendo a su trabajo.

—¡Cain Ball, eres de lo que no hay! —gruñó Joseph Poorgrass.

Las guadañas de los cosechadores se pusieron de nuevo en movimiento, y con ellas se reanudaron los mismos sonidos. Sin esforzarse por parecer alegre, Gabriel tampoco hizo nada por mostrar su abatimiento. Pero Coggan, que sabía muy bien de qué pie cojeaba su compañero, aprovechó un momento en que se encontraron en un rincón para decirle:

—Deja de pensar en ella, Gabriel. ¿Qué más te da de quién se enamore, si sabes que no puede ser tuya?

—Eso es precisamente lo que me digo —respondió Gabriel.

Capítulo XXXIV

De vuelta en casa — Un embaucador

Esa misma tarde, a la hora del crepúsculo, Gabriel estaba apoyado en la cancela del jardín de Coggan, echando un último vistazo antes de retirarse a descansar.

Un vehículo avanzaba despacio por el margen herboso del camino. Se oían las voces de dos mujeres que conversaban. Hablaban en tono natural, en modo alguno amortiguado. Oak reconoció al instante las voces de Bathsheba y de Liddy.

El carro pasó de largo. Era la calesa de la señorita Everdene. Liddy y el ama eran las únicas ocupantes del vehículo. Liddy se interesaba por Bath, y su compañera respondía en tono alegre y desenfadado. Bathsheba y la yegua parecían cansadas.

El inmenso alivio de saber que Bathsheba había vuelto, sana y salva, anuló cualquier otro pensamiento, pues Oak sólo podía alegrarse por su regreso. Se olvidó por completo de las graves noticias recibidas.

Estuvo allí un buen rato, hasta que se borró la diferencia entre el este y el oeste del cielo, y las huidizas liebres empezaron a brincar con valentía por las colinas oscuras. Y allí permaneció otra media hora, hasta que vio pasar una sombra sigilosa y oscura.

—Buenas noches, Gabriel —dijo el transeúnte.

Era Boldwood.

—Buenas noches, señor —respondió Gabriel.

Boldwood desapareció camino arriba, y Oak se fue a la cama poco después.

El hacendado se dirigía a casa de la señorita Everdene. Llegó a la entrada y, acercándose a la puerta, vio luz en el salón. Los postigos no estaban cerrados. En el interior de la casa estaba Bathsheba, estudiando unos papeles o tal vez unas cartas. Se encontraba de espaldas a Boldwood. Éste se acercó a la puerta, llamó y esperó con los músculos tensos y una ceja enarcada.

No había estado en aquel jardín desde su último encuentro con Bathsheba en la carretera de Yalbury. Silencioso y solitario, se había sumido desde entonces en taciturna meditación sobre el carácter femenino, juzgando como comunes a todas las mujeres las características de la única en la que él se había fijado. Se había ido aplacando poco a poco, hasta que decidió hacer esta visita. Quería disculparse y pedirle perdón a Bathsheba, pues se sentía avergonzado por haberse puesto violento y acababa de saber que ella había regresado al parecer de visitar a Liddy, porque Boldwood no tenía noticia alguna de su escapada a Bath.

Preguntó por la señorita Everdene. Liddy lo recibió con extrañeza, pero él no advirtió nada. La criada entró en la casa, mientras lo hacía esperar en la puerta, y, entretanto, alguien cerró el postigo del salón. Boldwood lo interpretó como un mal augurio. Liddy salió poco después.

—La señorita no puede recibirlo, señor.

El hacendado cruzó apresuradamente la cancela del jardín. Aún no lo había perdonado... eso era todo. Pero la había visto, y era para él una delicia y una tortura verla en la misma estancia que había compartido con ella como invitado de honor a comienzos de ese mismo verano, y en la que ahora se le negaba la entrada.

No se dio prisa por volver a casa. Eran por lo menos las diez cuando, paseando por la zona baja de Weatherbury, oyó que un carruaje entraba en el pueblo. El vehículo cubría el trayecto hasta una localidad del norte y era propiedad de un vecino de

Weatherbury, en la puerta de cuya casa se detuvo entonces. El farol adosado a la capota del coche iluminó una silueta escarlata y dorada, que fue la primera en apearse.

«¡Ah! —se dijo Boldwood—. Vuelve para verla.»

Troy entró en la casa del cochero, donde se había alojado durante su última visita al pueblo. Boldwood se sintió animado por una súbita determinación. Fue rápidamente a su casa. En cuestión de diez minutos estaba otra vez en la puerta del cochero, como si tuviera intención de preguntar por Troy. Pero, mientras se acercaba, alguien abrió la puerta y salió de la vivienda. Oyó que la persona en cuestión se despedía de los inquilinos con un «Buenas noches», y reconoció la voz de Troy. Era extraño que se marchara tan repentinamente nada más llegar. Boldwood, no obstante, corrió hacia él. Troy parecía llevar en la mano un bolso de tela; el mismo que traía cuando llegó. Al parecer se marchaba esa misma noche.

Echó a andar colina arriba, apretando el paso. Boldwood lo abordó.

—¿Sargento Troy?

—Sí... soy el sargento Troy.

—Acaba de llegar del norte, ¿verdad?

—Acabo de regresar de Bath.

—Soy William Boldwood.

—Entiendo.

El tono en que pronunció esta única palabra era lo único que Boldwood necesitaba para ir directo al grano.

—Quiero hablar con usted —dijo.

—¿De qué?

—De la mujer que vive allí arriba... y de una mujer a la que ha engañado.

—Me maravilla su impertinencia —dijo Troy, poniéndose en camino.

—Escúcheme —interrumpió Boldwood, deteniéndose delante de él—. Le maraville o no, va usted a tener una charla conmigo.

Troy detectó una sorda determinación en el tono de Boldwood, observó su complexión robusta y vio el enorme garrote que llevaba en la mano. Recordó que eran más de las diez. Parecía oportuno ser amable con él.

—Muy bien, será un placer escucharlo —dijo Troy, dejando la bolsa en el suelo—. Sólo le pido que hable en voz baja, porque podrían oírnos desde la casa.

—Muy bien... estoy al corriente de su... compromiso con Fanny Robin. Debo decir, además, que soy la única persona en el pueblo que lo sabe, además de Gabriel Oak. Debería casarse con ella.

—Supongo que sí. De verdad lo deseo, pero no puedo.

—¿Por qué?

Troy estaba a punto de dar una respuesta apresurada, pero se contuvo y dijo:

—Soy demasiado pobre. —Su voz había cambiado. Antes había hablado como si nada le importase. Ahora hablaba como un embaucador.

Boldwood no estaba en situación de reparar en los matices del tono, y continuó diciendo:

—Le hablaré con franqueza; no pretendo entrar en ningún debate sobre lo que está bien o lo que está mal, sobre el honor o la deshonra de una mujer, ni tampoco juzgar su conducta. Mi intención es proponerle un trato.

—Comprendo —dijo Troy—. ¿Qué tal si nos sentamos aquí?

Había un tocón debajo del seto, al otro lado de la calle, y allí se sentaron.

—Yo me había prometido con la señorita Everdene y pensaba casarme con ella —dijo Boldwood—, pero entonces apareció usted y...

—No había ningún compromiso.

—Sí lo había.

—Yo no me habría interpuesto si ella hubiera estado comprometida con usted.

—¡Al diablo si lo hubiera estado!

—Entonces, lo estaba.

—Si usted no hubiera aparecido, tengo la absoluta seguridad... sí, digo seguridad... de que ella me habría aceptado ya. Si usted no la hubiera conocido, tal vez se habría casado con Fanny. Hay una gran diferencia social entre la condición de la señorita Everdene y la suya, señor Troy, para que sus devaneos terminen en matrimonio. Lo único que le pido, por lo tanto, es que no vuelva a molestarla. Cásese con Fanny. Yo le compensaré sobradamente.

—¿Cómo?

—Le pagaré bien por ello. Ahora mismo. Acordemos una cantidad y me ocuparé de que no pasen penurias en el futuro. Se lo diré claramente. Bathsheba sólo está jugando con usted: es usted demasiado pobre para ella, como le digo. Deje de perder el tiempo pensando en una unión que nunca llegará a realizarse y acepte a cambio otra más justa y moderada, que podrá consumir mañana mismo. Coja su bolsa, dese media vuelta, váyase de Weatherbury ahora, esta misma noche, y le daré cincuenta libras. A Fanny le daré otras cincuenta para que pueda preparar la boda, cuando usted me diga dónde está viviendo; y el día de la boda le entregaré quinientas más.

Mientras formulaba su oferta, Boldwood no logró sino revelar demasiado a las claras, por el tono de voz, la debilidad de su posición, de sus propósitos y de sus métodos. No había en su actitud atisbo alguno de la firmeza y dignidad de antaño, y, meses atrás, él mismo habría tachado de imbécil e infantil un trato como el que en ese momento estaba proponiendo. Se observa en el hombre enamorado una fuerza de la que carece cuando es libre; pero hay en el hombre libre una amplitud de miras que en el enamorado es inútil buscar. Semejante desviación responde necesariamente a la estrechez; y aunque el amor enriquece las emociones, también disminuye la capacidad. Boldwood ejemplificaba esto en grado insólito; nada sabía de la situación de Fanny Robin, ni de su

paradero; nada sabía de las posibilidades de Troy y, sin embargo, se había pronunciado sobre todo ello.

—Me gusta más Fanny —dijo Troy—, y, si como usted dice, la señorita Everdene no está a mi alcance, saldré ganando de todas todas si acepto su dinero y me caso con Fan. Pero no es más que una criada.

—Eso no importa. ¿Acepta el trato?

—Acepto.

—¡Ah! —dijo Boldwood, en tono más relajado—. Si le gusta más Fanny, ¿por qué ha venido aquí para destruir mi felicidad?

—En este momento quiero más a Fanny —dijo Troy—. Pero Bathsh... la señorita Everdene me fascinó y desplazó a Fanny durante algún tiempo. Ahora eso ha terminado.

—¿Cómo puede terminar tan pronto? ¿Y por qué ha vuelto aquí?

—Hay razones de peso. ¡Cincuenta libras de una vez! Usted lo ha dicho.

—Lo he dicho. Y aquí están... Cincuenta libras —le entregó a Troy un paquete pequeño.

—Lo tiene todo a punto... Parece que esperaba que aceptase el trato —dijo el sargento, cogiendo el paquete.

—Pensé que podría interesarle.

—Usted sólo tiene mi palabra de que cumpliré con lo pactado, mientras que yo al menos tengo cincuenta libras.

—También he pensado en eso, y creo que si no puedo apelar a su honor sí puedo confiar en su... llamémoslo perspicacia. No querrá usted perder las quinientas libras prometidas y de paso ganarse la enemistad de un hombre que está dispuesto a ser un amigo sumamente útil.

—¡Calle! ¡Escuche! —dijo Troy, con un susurro.

Se oían pasos ligeros en la carretera, justo encima de ellos.

—Es ella. Tengo que verla.

—Ella... ¿Quién?

—Bathsheba.

—¡Bathsheba sola a estas horas de la noche! —exclamó Boldwood con asombro y sobresalto—. ¿Por qué tiene que verla?

—Me esperaba esta noche... Tengo que hablar con ella y despedirme, tal como usted desea.

—No veo la necesidad.

—No puede hacer ningún mal... Si no hablo con ella, vendrá a buscarme. Usted escuchará todo lo que le diga. Eso le ayudará a cortejarla cuando me haya marchado.

—Lo dice usted con sorna.

—En absoluto. Y recuerde esto: si ella no sabe lo que ha sido de mí, pensará en mí mucho más que si le digo lisa y llanamente que he venido para abandonarla.

—¿Promete limitarse a eso? ¿Podré escuchar todo lo que dice?

—Absolutamente todo. Ahora, siéntese allí, cuide de mi bolsa, y preste atención a lo que oye.

Las pisadas se acercaban, deteniéndose ocasionalmente como si la persona estuviese pendiente de algún sonido. Troy exhaló un silbido suave y aflautado.

—¡Cumpla con lo acordado! —murmuró Boldwood, presa de la inquietud.

—Ha prometido guardar silencio —dijo Troy.

—Y lo vuelvo a prometer.

Troy dio un paso al frente.

—Frank, cariño, ¿eres tú? —Era la voz de Bathsheba.

—¡Dios mío! —exclamó Boldwood.

—Sí —respondió Troy.

—Cuánto has tardado —continuó ella con ternura—. ¿Has venido en el coche? Lo oí entrar en el pueblo, pero fue hace ya rato. Ya pensaba que no te vería.

—No podía fallar —dijo Frank—. ¿Lo sabes, verdad?

—Bueno, pensaba que no fallarías —dijo ella alegremente—. ¡Es una suerte, Frank! Esta noche estoy sola en casa. Los he despachado a todos, y nadie sabrá de tu visita al dormitorio de tu

dama. Liddy quería ir a ver a su abuelo, para contarle sus vacaciones, y le dije que podía quedarse allí hasta mañana... cuando tú te vayas.

—Perfecto —dijo Troy—. Cariño, tengo que recoger mi bolsa, porque tengo allí las zapatillas y el peine. Tú vete a casa. Estaré allí dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

Bathsheba se dio la vuelta y volvió a subir por la colina.

Mientras tenía lugar este diálogo, Boldwood se mordía los labios, y su rostro se bañaba de un sudor pegajoso. Luego se acercó a Troy. Troy se volvió hacia él y cogió la bolsa.

—¿Quiere que le diga que he venido para abandonarla y que no puedo casarme con ella? —preguntó el soldado socarronamente.

—No, no. Espere un momento. Quiero decirle algo más —dijo Boldwood, con un áspero susurro.

—Ya ve usted que tengo un dilema —dijo Troy—. Puede que sea un mal hombre, víctima de mis impulsos, que me empujan a hacer lo que no debería. Pero no puedo casarme con las dos. Y tengo dos razones para elegir a Fanny. La primera es que en conjunto me gusta más, y la segunda es que usted me compensará por ello.

En ese mismo instante, Boldwood se abalanzó sobre él y lo agarró del cuello. Troy sintió que Boldwood apretaba cada vez con más fuerza. Su arrebató fue totalmente inesperado.

—Un momento —dijo, jadeando—. ¿Es que quiere hacer daño a su amada?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Boldwood.

—Déjeme respirar —respondió Troy.

Boldwood dejó de apretar, y dijo:

—¡Por el amor de Dios, estoy dispuesto a matarlo!

—Y destruirla a ella.

—Salvarla.

—¿Salvarla? ¿Cómo, si no me caso con ella?

Boldwood lanzó un gemido. Soltó al soldado de mala gana y lo empujó contra el seto.

—¡Me está usted torturando! —dijo.

Troy rebotó como una pelota y a punto estuvo de arremeter contra Boldwood, pero se dominó y dijo en voz baja:

—No merece la pena medir mi fuerza con usted. Es un modo poco civilizado de resolver los problemas. Pronto dejaré el ejército, por la misma razón. Ahora, después de la revelación que acaba de tener sobre los sentimientos de Bathsheba por mí, ¿no cree que sería un error matarme?

—Sería un error matarlo —repitió Boldwood mecánicamente, con la cabeza gacha.

—Mejor mátese usted.

—Mucho mejor.

—Me alegra que lo comprenda.

—Troy, cácese con ella, y no haga lo que acabo de proponerle. La alternativa es terrible, pero quédese con Bathsheba. ¡Renuncio a ella! Tiene que amarlo de verdad para entregarse a usted en cuerpo y alma, como ha hecho. ¡Pobre mujer! ¡Qué ciega está!

—¿Y qué pasa con Fanny?

—Bathsheba tiene dinero —continuó Boldwood, con gran ansiedad—, y además será una buena esposa. ¡Vale la pena que se apresure usted a casarse con ella!

—Pero también tiene carácter, por no decir genio, y no seré más que un esclavo para ella. Con la pobre Fanny Robin puedo hacer lo que quiera.

—Troy —suplicó Boldwood—. Haré lo que me pida, con tal de que no la abandone. Por favor, Troy, no la abandone.

—¿A quién? ¿A la pobre Fanny?

—No; a Bathsheba Everdene. ¡Ámela! ¡Ámela tiernamente! ¿Cómo puedo hacerle ver lo ventajoso que será para usted conseguirla cuanto antes?

—No quiero conseguirla de ninguna manera.

El brazo de Boldwood volvió a salir disparado hacia Troy. Reprimió el impulso y se desmadejó como si sintiera un dolor intenso.

Troy siguió diciendo:

—Pronto abandonaré el ejército y entonces...

—¡Quiero que se case usted de inmediato! Será lo mejor para ustedes dos. Se aman, y debe dejarme que lo ayude.

—¿Cómo?

—Pues ofreciéndole las quinientas libras por Bathsheba en lugar de por Fanny, para que puedan casarse en seguida. Pero ella no las aceptará. Se las daré a usted el día de la boda.

Troy se quedó asombrado por el absurdo capricho de Boldwood. Despreocupadamente, dijo:

—¿Y me dará algo ahora?

—Sí, si así lo quiere. Pero no llevo mucho más dinero encima. Sólo esto; tómelo, es suyo.

Boldwood, más como un sonámbulo que como un hombre consciente, sacó la bolsa de tela que usaba a modo de cartera y rebuscó en su interior.

—Tengo otras veintiuna libras. Dos billetes y una moneda. Pero antes de que nos separemos tiene que firmar usted un contrato.

—Págueme. Iremos directamente a su casa y firmaré lo que usted quiera para garantizarle que cumpliré sus deseos. Pero ella no debe saber nada de esto.

—Por supuesto —dijo apresuradamente Boldwood—. Aquí tiene el dinero. Si viene usted a mi casa firmaremos el contrato por lo que falta, indicando las condiciones.

—Primero iremos a verla a ella.

—¿Por qué? Venga conmigo, y mañana iremos a ver al vicario. —Pero hay que consultarlo con ella; al menos informarla.

—De acuerdo; adelante.

Subieron la colina hacia la casa de Bathsheba. Cuando se detuvieron en la entrada, Troy dijo:

—Espere aquí un momento. —Abrió la puerta y se deslizó en el interior, dejando la puerta entornada.

Boldwood esperó. Al cabo de dos minutos, una luz se encendió en el pasillo. Boldwood vio entonces que habían echado la cadena por dentro. Troy apareció con una vela en la mano.

—¿Acaso tenía miedo de que entrase? —preguntó despectivamente Boldwood.

—Nada de eso. Es que tengo tendencia a asegurarme de las cosas. ¿Quiere hacer el favor de leer esto? Yo le alumbraré.

Troy le entregó un recorte de periódico a través de la ranura de la puerta, y acercó la vela.

—Ese párrafo —dijo, señalándolo con el dedo.

Boldwood lo miró y leyó:

ENLACES MATRIMONIALES

El día 17, en la iglesia de san Ambrosio de Bath, oficiado por el reverendo G. Mincing, se celebró el matrimonio entre Francis Troy, hijo único del difunto Edward Troy, doctor en Medicina, natural de Weatherbury y sargento del Undécimo Regimiento de Dragones, y Bathsheba, única hija viva del difunto John Everdene, de Casterbridge.

—Esto podría llamarse una buena estocada, ¿eh, Boldwood? —dijo Troy. Una desdeñosa carcajada siguió a sus palabras.

El papel cayó de las manos de Boldwood. Troy siguió diciendo:

—Cincuenta libras por casarme con Fanny. No está mal. Otras veintiuna por no casarme con Fanny, sino con Bathsheba. Bien. Apoteosis: ya soy el marido de Bathsheba. Ahora, Boldwood, sufrirá el ridículo destino al que inevitablemente se enfrenta quien se entromete entre un hombre y su mujer. Y otra cosa. Por malo que sea, no soy tan mezquino para convertir el matrimonio o la desgracia de ninguna mujer en un acto de compraventa. Fanny me

dejó hace tiempo. No sé dónde está. La he buscado por todas partes. Una cosa más. Dice usted que ama a Bathsheba, pero al menor indicio cree usted en su deshonor. ¡Ese amor no vale nada! Ahora que le he dado una lección, quédese con su dinero.

—¡No lo quiero! ¡No lo quiero! —dijo Boldwood, con un susurro.

—Pues yo tampoco —dijo Troy con desprecio. Envolvió el paquete con el dinero y lo tiró a la carretera.

Boldwood lo amenazó con el puño.

—¡Lacayo de Satanás! ¡Bestia negra! ¡Me las pagarás! Óyeme bien. ¡Me las pagarás!

Troy soltó otra carcajada. Cerró la puerta y echó la llave por dentro.

Durante toda esa noche, la oscura silueta de Boldwood deambuló por las colinas y los valles de Weatherbury como las infelices sombras del Aqueronte.

Capítulo XXXV

En la ventana

A la mañana siguiente, muy temprano, a la hora del amanecer y del rocío, el caótico canto de los pájaros se propagó por el aire saludable, mientras el pálido azul del cielo aparecía cubierto aquí y allá por jirones de nubes incorpóreas que no lograban oscurecer el día. Todas las luces de la escena eran amarillas, en lo que a su color se refiere, y todas las sombras se veían atenuadas, en cuanto a su forma. Las plantas que trepaban por la fachada de la vieja casa solariega estaban dobladas por el peso de las grandes gotas de agua, que ejercían sobre los objetos situados tras ellas el efecto de diminutas lentes con un enorme poder de aumento.

Antes de que el reloj diese las cinco, Gabriel Oak y Coggan pasaron por el cruce del pueblo en dirección a los campos. Aún se veía la casa del ama cuando Oak creyó ver que se abría uno de los postigos de las ventanas superiores. Los dos hombres se encontraban en ese momento medio ocultos por un saúco que empezaba a cargarse de negros racimos de frutos, y se detuvieron antes de salir de su sombra.

Un hombre muy apuesto se apoyó ociosamente en la celosía de la ventana. Miró al este y al oeste, escudriñando la mañana. Era el sargento Troy. Llevaba su casaca roja, pero sin abrochar, y tenía el aspecto sereno de un soldado en actitud de descanso.

Coggan fue el primero en hablar, mirando tranquilamente a la ventana:

—¡Se ha casado con él!

Gabriel lo había visto todo y se había dado la vuelta sin decir palabra.

—Supongo que nos lo comunicarán hoy mismo —continuó Coggan—. Anoche oí pasar un carro por la puerta de casa... tú habías salido —miró a Gabriel—. ¡Por todos los Santos, Oak, qué pálido estás! ¡Pareces un cadáver!

—¿Sí? —dijo Oak, esbozando una débil sonrisa.

—Apóyate en la cancela. Esperaré un poco.

—De acuerdo, de acuerdo.

Se quedaron allí un rato. Gabriel miraba al suelo con indiferencia. Sus pensamientos se proyectaron hacia el futuro, y allí, representadas en años ociosos, contempló las escenas de arrepentimiento que sucederían a aquel acto apresurado. Supo de inmediato que se habían casado. ¿Por qué de un modo tan misterioso? Se sabía que el viaje de Bathsheba a Bath había sido espantoso, pues calculó mal la distancia; se sabía que la yegua se había lastimado y que había tenido que pasar más de dos días en la ciudad. Pero era impropio de Bathsheba hacer las cosas a escondidas. A pesar de todos sus defectos, Bathsheba era la personificación de la franqueza. ¿Habría caído en una trampa? Ese matrimonio no sólo causaba en Gabriel un terrible dolor, sino que además le producía perplejidad, aunque se había pasado la semana anterior dominado por la sospecha de que tal vez fuera éste el desenlace del encuentro entre Bathsheba y Troy lejos de casa. El tranquilo regreso de Bathsheba en compañía de Liddy había disipado sus temores hasta cierto punto. Tal como ese movimiento imperceptible que pasa por ser quietud se halla infinitamente alejado de la quietud, así su esperanza, indistinguible de la desesperación, se había alejado de la desesperación.

En pocos minutos se pusieron en camino hacia la casa. El sargento aún seguía en la ventana.

—¡Buenos días, camaradas! —gritó, con voz alegre, al ver que se acercaban.

Coggan respondió al saludo.

—¿No piensas decir nada? —le preguntó a Gabriel—. Yo le daría los buenos días... No te cuesta nada, y así lo tendrás contento.

Gabriel decidió entonces que, puesto que lo hecho hecho estaba, debía tomárselo de la mejor manera posible, pues era la mayor muestra de amabilidad que podía ofrecerle a su amada.

—Buenos días, sargento Troy —respondió, en tono espectral.

—Esta casa es muy tétrica y está llena de recovecos —dijo Troy, sonriendo.

—¡A lo mejor no se han casado! —aventuró Coggan—. Puede que ella no esté en casa.

Gabriel sacudió la cabeza. El soldado se volvió ligeramente hacia el este, y el sol tiñó su casaca escarlata con un resplandor anaranjado.

—Pero es una casa muy bonita —contestó Gabriel.

—Puede que sí. Pero me siento como el vino joven en una botella vieja aquí dentro. Creo que habría que instalar ventanas de guillotina, y alegrar un poco estas paredes de madera. O quitar la madera por completo y empapelarlas.

—Sería una pena.

—No lo creo. Al parecer, un filósofo dijo en cierta ocasión que los antiguos arquitectos, los que trabajaban cuando el arte era algo vivo, no mostraban ningún respeto por el trabajo de sus antecesores, sino que lo echaban todo abajo y lo transformaban a su antojo. ¿Por qué no podemos hacer nosotros lo mismo? «La creación y la conservación no casan bien —decía— y un millón de anticuarios no bastan para inventar un estilo.» Yo pienso exactamente lo mismo. Creo que hay que modernizar esta casa, para que nos sintamos más a gusto.

El soldado se dio la vuelta e inspeccionó el interior de la habitación, como para reforzar sus ideas acerca de las reformas.

Gabriel y Coggan siguieron su camino.

—Oye, Coggan —dijo Troy, como inspirado por un recuerdo—. ¿Sabes si ha habido algún caso de locura en la familia de Boldwood?

Jan reflexionó un momento.

—Una vez oí decir que un tío suyo era un poco raro, pero no sé si es verdad —dijo Coggan.

—No tiene importancia —dijo Troy alegremente—. Esta semana trabajaré con vosotros en los campos, pero antes tengo que resolver algunos asuntos. Que paséis un buen día. Seguiremos siendo amigos, como siempre. No soy un hombre orgulloso; nadie podrá decir eso del sargento Troy. Las cosas como deben ser. Aquí tenéis media corona para que bebáis a mi salud.

Troy lanzó la moneda con destreza por encima de la valla en dirección a Gabriel, quien evitó recogerla, al tiempo que enrojecía de ira. Coggan torció la mirada, se inclinó hacia delante y atrapó la moneda en su rebote sobre la carretera.

—Para ti —dijo Gabriel con desprecio, casi con desafío—. ¡Yo no necesito sus regalos!

—Procura que no se te note demasiado —dijo Coggan, con aire pensativo—. Si se ha casado con ella, escucha bien lo que te digo, a partir de ahora será el jefe. Por eso más vale decir «amigo» hacia fuera, aunque por dentro estés enfadado.

—Puede que lo mejor sea no decir nada; pero de ahí no paso. No puedo fingir, y si la única manera de conservar mi puesto en esta granja es dejar a un lado mis diferencias con él, entonces perderé mi trabajo.

Un jinete, al que habían visto acercarse hacía rato, se acercó a ellos.

—Es el señor Boldwood —dijo Oak—. ¿Qué querría decir Troy con esa pregunta?

Coggan y Oak saludaron respetuosamente al hacendado, aminoraron el paso por si se les solicitaba algo y, viendo que no era

así, se detuvieron para dejarle pasar.

Las únicas señales del terrible dolor que Boldwood había combatido durante la noche, y que aún seguía combatiendo, eran la palidez de su rostro, la prominencia de las venas en la frente y las sienes y la intensidad de las arrugas alrededor de la boca. El caballo lo transportaba, y hasta el avance del animal parecía revelar una gran desesperación. Por espacio de un minuto, Gabriel se sobrepuso a su propio dolor al percibir el de Boldwood. Observó su cuerpo robusto erguido sobre el caballo, la cabeza vuelta hacia ningún lado, los codos pegados a las caderas, el ala del sombrero impecablemente vuelta hacia abajo, hasta que los claros perfiles de su silueta se perdieron poco a poco colina arriba. Para alguien que conocía a aquel hombre y su triste historia, su postración impresionaba más que cualquier arrebató. La discordancia entre lo que sentía el alma y lo que mostraba el cuerpo llegaba directa y dolorosamente al corazón; y así como hay en la risa momentos más terribles que en el llanto, había en la firmeza de aquel hombre agonizante una expresión mucho más honda que la de cualquier grito.

Capítulo XXXVI

Peligra la riqueza — La juerga

Una noche, a finales de agosto, cuando la experiencia del matrimonio era aún una novedad para Bathsheba y el tiempo seguía seco y bochornoso, un hombre se encontraba inmóvil en el patio de la granja de arriba de Weatherbury, contemplando la luna y el cielo.

La noche tenía un aire siniestro. Una cálida brisa del sur abanicaba despacio las cumbres de los objetos más altos y, en el cielo, las nubes tenues navegaban formando ángulos rectos con sus compañeras de otros estratos, nunca en la dirección de la brisa. Vista bajo el velo de nubes, la luna presentaba una palidez metálica. La luz impura teñía los campos de amarillo, como si se encontrasen al otro lado de una vidriera. Esa misma tarde, las ovejas habían vuelto a la granja cabeza contra cola, los grajos se habían comportado de un modo extraño y los caballos se agitaban recelosos y asustados.

El trueno era inminente y, a la vista de otros detalles, iría probablemente seguido de una de esas lluvias prolongadas que marcan el final de la temporada seca. Antes de que hubiesen transcurrido doce horas, el ambiente de la cosecha sería ya parte del pasado.

Oak observaba con inquietud los ocho almiares desnudos y desprotegidos, enormes y cargados de la rica cosecha anual de la mitad de la granja. Se dirigió al granero.

Ésa era la noche escogida por el sargento Troy —que para entonces gobernaba las propiedades de su esposa— para celebrar la cena y el baile de la cosecha. El sonido de los violines y la pandereta, así como los brincos regulares de muchos pies, se tornó más claro a medida que Oak se acercaba al granero. Llegó junto a las grandes puertas, una de las cuales estaba ligeramente entornada, y atisbó en el interior.

El centro del edificio, junto con el hueco de uno de los extremos, se había despejado por completo para dejar libre un espacio de casi dos tercios del total, muy adecuado para la fiesta, mientras que el otro extremo albergaba la avena apilada hasta el techo y cubierta con lienzos. Ramos y guirnaldas verdes decoraban las paredes, las vigas y los improvisados candelabros, y justo enfrente de Oak se alzaba un podio con una mesa y varias sillas. En el podio había tres violinistas y junto a ellos un hombre frenético, con el pelo alborotado y las mejillas bañadas en sudor, que agitaba una pandereta en la mano.

Concluyó el baile, y una nueva fila de parejas formó en el suelo de roble negro para el siguiente.

—Ahora, señora, y sin ánimo de ofender, ¿qué baile le gustaría a continuación? —preguntó el primer violín.

—La verdad es que me da lo mismo —respondió la voz clara de Bathsheba, que, apostada en el rincón del granero, observaba la escena desde detrás de una mesa llena de copas y comida. Troy estaba apoltronado junto a ella.

—Entonces —dijo el violinista—, me atrevería a decir que la pieza más adecuada para la ocasión es *La alegría del soldado*, puesto que un galante soldado acaba de casarse en esta granja. ¿No les parece, hijos míos y caballeros?

—Sí, sí, *La alegría del soldado* —exclamó un coro de voces.

—Gracias por el cumplido —dijo alegremente el sargento, al tiempo que tomaba a Bathsheba de la mano y la llevaba hasta el centro de la pista de baile—. Aunque haya obtenido la dispensa de

Su Graciosa Majestad para abandonar el Undécimo Regimiento de Dragones y ocuparme de mis nuevas obligaciones aquí, seguiré siendo un soldado en espíritu y me sentiré soldado mientras viva.

Empezó el baile. En cuanto a los méritos de *La alegría del soldado*, no podía haber, y nunca las había, dos opiniones distintas. Se había comprobado en los círculos musicales de Weatherbury y sus alrededores que esta melodía, al cabo de tres cuartos de hora de atronador zapateado, seguía teniendo un poder mucho más estimulante para los pies que el comienzo de cualquier otro baile. El encanto adicional de esta pieza era lo admirablemente bien que se adaptaba a la pandereta, instrumento en absoluto inferior en manos de un músico que supiera entender correctamente las convulsiones, los espasmos, el baile de san Vito y el aterrador frenesí que produce cuando alcanza la cumbre de su perfección. La inmortal melodía concluyó con un do arrancado del violoncelo con la sonoridad de un cañonazo, y Gabriel decidió no demorar más su entrada. Evitó cruzarse con Bathsheba y se acercó cuanto pudo al podio, donde estaba sentado el sargento Troy bebiendo coñac con agua, mientras los demás bebían sin excepción sidra y cerveza. Gabriel tenía dificultades para abrirse camino hasta el sargento, y le envió el mensaje de que bajase un momento. El sargento respondió que no podía atenderlo.

—Decidle entonces que sólo he venido para comunicarle que se avecina una tormenta y que habría que proteger los almiares.

—El señor Troy dice que no lloverá —respondió el emisario— y que ahora no está para preocupaciones.

A diferencia de Troy, Oak tenía la melancólica tendencia a parecer como una vela junto al gas, y como era incapaz de relajarse salió del granero con la intención de irse a casa; dadas las circunstancias, no estaba de humor para la fiesta en el granero. Al llegar a la puerta se detuvo un momento. Troy estaba hablando.

—Amigos, lo que estamos celebrando esta noche no es sólo la fiesta de la cosecha. También estamos celebrando una boda. Hace

poco tuve la felicidad de llevar al altar a esta dama, y hasta el momento no habíamos podido hacer pública la noticia en Weatherbury. Para hacerlo como es debido, y para que todo el mundo se vaya a la cama contento, he ordenado que traigan unas botellas de coñac y unos termos de agua caliente. Se servirá una triple ronda a cada invitado.

Bathsheba apoyó una mano en el brazo de Troy y, con el rostro muy pálido le suplicó:

—¡No, no les des coñac, por favor, te lo ruego, Frank! Les sentará mal. Ya han bebido demasiado.

—Es cierto. No queremos nada más, gracias —dijeron uno o dos de los hombres.

—¡Puaaah! —exclamó el sargento, despectivamente. Y, levantando la voz como iluminado por una idea nueva, dijo—: ¡Amigos, mandaremos a las mujeres a casa! Ya es hora de que se vayan a la cama. ¡Y montaremos una buena juerga para nosotros solos! Los cobardes pueden irse a otra parte a buscar trabajo para el invierno.

Bathsheba salió del granero con indignación, seguida de las mujeres y los niños. Los músicos, que no se sintieron «invitados», se deslizaron en silencio hasta su carro y engancharon el caballo. Troy y los hombres se quedaron solos en el granero. Oak, con ánimo de no parecer innecesariamente desagradable, se quedó un poco más; luego se levantó y se dispuso a salir tranquilamente, mientras Troy le insultaba amistosamente por no quedarse a tomar la segunda ronda.

Gabriel se encaminó hacia su casa. Al llegar a la puerta, tropezó con algo blando, mullido y de cuero, como un guante de boxeo. Era un sapo que cruzaba humildemente el camino. Lo levantó, pensando que sería preferible matarlo para ahorrarle más sufrimiento, pero al ver que no estaba herido volvió a dejarlo sobre la hierba. Sabía muy bien lo que significaba ese mensaje de la Naturaleza. Y el siguiente no tardó en llegar.

Al encender la luz de la habitación vio sobre la mesa una raya fina y brillante, como si alguien hubiese dado una pincelada de barniz. Siguió con la mirada el rastro serpenteante hasta que vio una enorme babosa que tenía sus razones para entrar en la casa esa noche. La Naturaleza volvía a indicarle que se preparase para el aguacero.

Se sentó a pensar por espacio de casi una hora. Entretanto, dos arañas negras de las que suelen verse en las casas con techumbre de paja estuvieron paseando por el techo y finalmente cayeron al suelo. Esto le recordó que si algo sabía entender a la perfección era el instinto de las ovejas. Salió de la casa, atravesó corriendo dos o tres prados en dirección al rebaño, saltó un seto y observó a los animales.

Se encontraban apiñadas en un extremo alrededor de unos tojos, y lo primero que le llamó la atención fue que no se movieron ni echaron a correr cuando la cabeza de Oak apareció de improviso por encima de la valla. Estaban poseídas por un terror mayor que el terror al hombre. Pero no era éste el detalle más notorio: las ovejas estaban agrupadas de tal modo que sus colas, sin excepción alguna, apuntaban hacia la mitad del horizonte por donde se acercaba la tormenta. Formaban un apretado círculo interior, a partir del cual se distribuían en círculos más amplios, formando una especie de gargantilla de encaje como en los cuadros de Van Dyck, mientras el macizo de tojos se alzaba como un cuello.

Eso bastó para que Oak se reafirmara en su opinión original. Sabía que estaba en lo cierto, y que Troy se equivocaba. Hasta la última voz de la naturaleza anunciaba unánimemente el cambio. Pero estas mudas formas de expresión tenían dos interpretaciones distintas. Al parecer estallaría primero una tormenta eléctrica, y a continuación caería una lluvia fría y continua. Los animales inferiores parecían muy conscientes de la lluvia, pero nada sabían de la tormenta eléctrica previa; mientras que las ovejas eran muy conscientes de la tormenta y nada sabían de la lluvia.

La rara combinación de ambas condiciones meteorológicas hacía que la situación resultase mucho más preocupante. Oak regresó al patio de la granja. Todo estaba en calma, y las puntas cónicas de los almiares se alzaban oscuras contra el cielo. Había cinco almiares de trigo en el patio, y tres montones de centeno. Una vez trillado, cada montón de trigo valdría aproximadamente treinta cuartos de libra; el centeno como mínimo cuarenta. Sirviéndose de una sencilla operación, Oak calculó mentalmente el valor que el grano tendría para Bathsheba, o para cualquiera:

$$5 \times 30 = 150 \text{ cuartos} = 500 \text{ libras}$$

$$3 \times 40 = 120 \text{ cuartos} = 250 \text{ libras}$$

Setecientas cincuenta libras en la forma más divina que el dinero puede adoptar: la del alimento necesario para el hombre y las bestias. ¿Se arriesgaría a que aquella cantidad de grano quedase reducida a menos de la mitad de su valor por la insensatez de una mujer?

—¡De ningún modo, si puedo evitarlo! —dijo Gabriel.

Éste fue el argumento que Oak aparentemente manejó para sus adentros. Pero el hombre es un palimpsesto, incluso para sí mismo, y escribe una cosa claramente visible y otra distinta entre líneas. Es posible que bajo el impulso utilitarista hubiese otro heroico: «Ayudaré hasta el último momento a la mujer a la que tanto he amado».

Volvió al granero con la intención de buscar ayuda para cubrir los almiares esa misma noche. Todo estaba en silencio, y Oak habría pasado de largo convencido de que la fiesta había terminado de no haber sido por una pálida luz, amarilla como el azafrán en contraste con la verdosa blancura del exterior, que salía por una de las cerraduras de la puerta.

Gabriel se acercó a mirar. Lo que vio fue una escena insólita.

Las velas que colgaban entre los adornos florales se habían consumido por completo y habían chamuscado en algunos casos las hojas enredadas en ellas. La mayoría se había extinguido, pero otras aún humeaban, apestaban y goteaban grasa sobre el suelo. Y allí, debajo de la mesa, recostadas sobre formas y sillas en todas las posturas concebibles salvo en la perpendicular, se hallaban los pobres campesinos, con las cabezas tan cerca del suelo que parecían trapos y escobas. En mitad de la escena resplandecía roja y distinta la figura del sargento Troy, recostado en una silla. Coggan estaba tumbado sobre la espalda, con la boca abierta, roncando, igual que algunos otros; la sincronizada respiración de la congregación horizontal producía un ruido sordo, como el de Londres en la distancia. Joseph Poorgrass estaba enroscado a la manera de un erizo, con la aparente intención de exponer al aire la mínima parte posible de su cuerpo, y tras él apenas se vislumbraban los insignificantes restos de William Smallbury. Los vasos y las copas seguían sobre la mesa, y también una jarra de agua vuelta del revés de la que manaba un hilillo que, siguiendo su curso con asombrosa precisión por el centro de la larga mesa, caía en el cuello del inconsciente Mark Clark, con un goteo monótono y constante como el de la estalactita en una cueva.

Gabriel miró con desesperación al grupo integrado, con una o dos excepciones, por todos los hombres sanos de la granja. Comprendió al instante que para salvar los almiarés esa noche, o a la mañana siguiente, no podría contar salvo con sus propias manos.

Un débil tintineo resonaba por debajo del chaleco de Coggan. Era su reloj que daba las dos.

Oak se acercó al cuerpo yacente de Matthew Moon, quien generalmente se encargaba de la dura tarea de hacer las pacas de paja, y lo zarandeó con fuerza. De nada sirvió.

Gabriel le gritó al oído:

—¿Dónde están tu maza, tu vara y tus estacas?

—Debajo de las sillas de montar —respondió mecánicamente Moon, con la rapidez inconsciente de un médium.

Gabriel le soltó la cabeza, que rebotó en el suelo como una pelota. A continuación se acercó al marido de Susan Tall.

—¿Dónde está la llave del almacén?

No hubo respuesta. La pregunta volvió a formularse, con idéntico resultado. Que alguien le gritara en plena noche no suponía tanta novedad para el marido de Susan Tall como para Matthew Moon. Oak dejó caer la cabeza de Tall y se dio la vuelta.

A decir verdad, los hombres no eran los culpables de que la fiesta hubiese terminado de un modo tan triste y desmoralizador. El sargento Troy había insistido sin tregua, vaso en mano, en que la bebida había de ser el vínculo de su unión, y, dadas las circunstancias, nadie se había atrevido a rechazar la invitación. Acostumbrados desde su juventud a no beber nada más fuerte que la sidra o la cerveza, no era de extrañar que todos a una hubieran sucumbido con extraordinaria sincronía al cabo de una hora.

Gabriel se sintió profundamente abatido. La orgía auguraba desgracia para la testaruda y fascinante Bathsheba, a quien aquel hombre leal sentía en su interior como la personificación de todo lo dulce, luminoso e imposible.

Apagó las velas que aún ardían, para evitar el peligro en el granero; cerró la puerta dejando a los hombres sumidos en su profundo sueño y salió de nuevo a la noche solitaria. Una brisa cálida, como procedente de los labios de un dragón a punto de tragarse el planeta, lo abanicó desde el sur, mientras que justo al norte, en el punto contrario, se alzaba la sombría e informe masa de una nube, con el viento en contra. Se elevó de un modo tan poco natural como si la alzasen desde abajo con una maquinaria. Entretanto, las nubes más débiles se habían desplazado hasta un rincón del sureste, como aterrorizadas por la enorme nube, como una prole de niños en presencia de un ogro.

De camino al pueblo, Oak tiró una piedrecilla contra la ventana del dormitorio de Lab Tall, con la esperanza de que Susan abriese; pero nadie se movió. Dio la vuelta hasta la puerta trasera, que no se había cerrado para que Lab pudiera entrar, y se acercó hasta el pie de la escalera.

—Señora Tall, he venido a por la llave del almacén para coger las telas —anunció Oak con voz estentórea.

—¿Eres tú? —preguntó Susan Tall, medio adormilada.

—Sí —dijo Gabriel.

—Ven a la cama so granuja, holgazán... ¡mira que andar a estas horas levantado!

—No soy Lab... Soy Gabriel Oak. He venido a por la llave del almacén.

—¡Gabriel! ¿Por qué te haces pasar por Lab?

—No me he hecho pasar por nadie. Creía que...

—¡Sí lo has hecho! ¿Qué buscas aquí?

—La llave del almacén.

—Pues cógela. Está colgada del clavo. A la gente que molesta a las mujeres a estas horas de la noche deberían...

Gabriel cogió la llave sin esperar a oír la conclusión de la invectiva. Diez minutos después su silueta solitaria arrastraba cuatro telas impermeables por el patio, y dos de los montones del preciado grano quedaron de inmediato cómodamente cubiertos con dos telas cada uno. Acababa de salvar doscientas libras. Quedaban descubiertos tres montones de trigo, y no había más telas. Oak miró debajo de los bancos de piedra y encontró una horca. Se subió al tercer montón de grano y empezó a trabajar, con la idea de colocar las gavillas superiores unas sobre otras, rellenando los huecos con la paja suelta.

Hasta entonces todo iba bien. Mediante este improvisado ardid, el trigo de Bathsheba estaría a salvo por espacio de una o dos semanas, siempre y cuando no hiciese mucho viento.

Luego se ocupó del centeno. El único modo de protegerlo era proporcionarle un techo. Pasó el tiempo, y la luna se retiró definitivamente. Era la despedida del embajador antes de la guerra. La noche tenía un aspecto demacrado, enfermizo. Finalmente llegó una profunda expiración desde el cielo, en forma de lenta brisa, comparable a un fallecimiento. En ese momento sólo se oía en el patio el ruido sordo de la maza para clavar las estacas, y, de vez en cuando, el crujido de la paja.

Capítulo XXXVII

La tormenta — Los dos juntos

Una luz aleteó sobre el paisaje, como un reflejo de alas fosforescentes surcando el cielo, y un estruendo sacudió el aire. Fue la primera señal de que se avecinaba la tormenta.

El segundo trueno fue más intenso, aunque el relámpago que lo siguió resultó comparativamente poco visible. Gabriel vio que había una vela encendida en el dormitorio de Bathsheba, y una sombra que deambulaba detrás de los postigos.

Llegó entonces el tercer destello. Eran extraordinarias las maniobras que se estaban produciendo en las vastas regiones del firmamento. El relámpago cobró entonces el color de la plata y encendió los cielos como un ejército ataviado con cota de malla. El estruendo se convirtió en estertor. Desde su elevada posición, Gabriel dominaba una extensión de cinco kilómetros. Setos, arbustos y árboles se perfilaban con la nitidez de un grabado de líneas. En un prado pastaba un rebaño de novillos, cuyas formas resultaron visibles justo en ese momento, galopando con caótica y enloquecida confusión, lanzando al aire pezuñas y colas, acercando las cabezas a la tierra. Un álamo situado en primer plano parecía un trazo de tinta sobre un plancha de metal pulida. La imagen se desvaneció poco después y todo quedó sumido en una oscuridad tan intensa que Gabriel hubo de trabajar a tientas y a ciegas.

Había clavado la vara —una larga lanceta de hierro pulida por el uso— en el montón, para sujetar las gavillas. Una luz azul iluminó el

cenit, parpadeando de un modo indescriptible muy cerca de la punta de la vara. Fue el cuarto de los relámpagos. De inmediato se oyó un chasquido: seco, claro y breve. Gabriel comprendió que no estaba en lugar seguro y decidió bajar cuanto antes.

Aún no había caído una sola gota de lluvia. Se frotó la frente cansada y observó una vez más las formas negras de los montones desprotegidos. ¿Realmente era tan valiosa su vida? ¿Qué proyectos tenía para empeñarse en evitar riesgos, cuando una tarea tan urgente y decisiva no podía realizarse sin riesgo? Se quedaría en el almiar, pero tomaría ciertas precauciones. Bajo los bancos de piedra que sostenían los almiarés encontró una cadena larga, que se usaba para atar a los caballos. Subió la cadena hasta lo alto de la escalera, pasó la vara por el grillete en un extremo y dejó el otro extremo en el suelo. Clavó la punta acoplada a la vara y, a la sombra del improvisado pararrayos, se sintió medianamente a salvo.

Antes de que pudiera coger de nuevo sus herramientas estalló el quinto rayo, con la agilidad de una serpiente y el alarido de un demonio. Era verde como una esmeralda y reverberó de un modo asombroso. ¿Qué era lo que la luz le había revelado? Por encima de la cresta del almiar, divisó ante él una silueta oscura y aparentemente femenina. ¿Sería la única mujer audaz de la comarca? ¿Sería Bathsheba? La silueta avanzó un paso; Oak no vio nada más.

—¿Es usted, señora? —preguntó Gabriel a la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —interrogó la voz de Bathsheba.

—Gabriel. Estoy protegiendo el almiar.

—¡Ah, Gabriel! ¿Eres tú? He ido a buscarlos. Me despertó la tormenta y pensé en el grano. Estoy desesperada. ¿Crees que podemos salvarlo? No encuentro a mi marido. ¿Está contigo?

—No, no está aquí.

—¿Sabes dónde está?

—Dormido, en el granero.

—Prometió que se ocuparía de los almiarés, ¡y nadie ha hecho nada! ¿Puedo ayudar? Liddy no se atreve a salir de casa. ¡Qué extraño encontrarte aquí a estas horas! Seguro que puedo hacer algo.

—Vaya pasándome las gavillas, una por una, si no le da miedo subirse a la escalera en la oscuridad —dijo Gabriel—. Cada segundo es vital, y eso nos ahorrará un montón de tiempo. Después del relámpago no hay tanta oscuridad.

—¡Haré lo que haga falta! —dijo con decisión. Al momento se echó una gavilla al hombro, trepó hasta los talones de Gabriel, dejó la gavilla detrás de la vara y bajó en busca de otra. En su tercera subida, el almiar se iluminó de pronto con el intenso brillo de la cerámica esmaltada, revelando hasta el último nudo de cada brizna de paja. En la ladera de la colina, frente a Gabriel, surgieron dos formas humanas, negras como la tinta. El almiar perdió su brillo y las siluetas se desvanecieron. Gabriel volvió la cabeza. Era el sexto rayo que llegaba desde el este, a sus espaldas, y las formas oscuras que había visto en la ladera correspondían a las sombras de él y de Bathsheba.

A continuación llegó el trueno. Costaba creer que una luz tan celestial pudiese engendrar un sonido tan diabólico.

—¡Qué horror! —exclamó Bathsheba, asiéndose de la manga de Gabriel. Él se dio la vuelta y la agarró del brazo para que no cayera. En ese mismo instante, cuando estaba vuelto hacia ella, el cielo volvió a iluminarse, y Gabriel vio una copia del alto álamo de la colina dibujada en negro sobre la pared del granero. Era la sombra del árbol, proyectada por un rayo secundario procedente del oeste.

Cuando cayó el siguiente rayo, Bathsheba ya había bajado a tierra y estaba cargando otra gavilla, pero soportó el resplandor sin el menor estremecimiento, con trueno incluido, y volvió a subir con su cargamento. Todo quedó sumido en el silencio por espacio de cuatro o cinco minutos, y no se oía más que el crujido de las varas que Gabriel clavaba apresuradamente. Pensó entonces que lo peor

de la tormenta había pasado, pero al momento hubo otro estallido de luz.

—¡Sujétese! —dijo Gabriel, quitándole la gavilla del hombro y volviendo a agarrar a Bathsheba del brazo.

Entonces, el cielo se abrió. El inesperado estallido del rayo no permitía reconocer en un primer momento el peligro indecible que entrañaba, y Bathsheba y Gabriel sólo captaron su majestuosa belleza. Surgía del este, del oeste, del norte, del sur, y era una perfecta danza de la muerte. Formas de esqueletos modeladas con huesos de fuego azul se dibujaron en el aire: bailaban, saltaban, avanzaban a grandes zancadas, corrían y se mezclaban en una confusión sin par. Entremezcladas con los esqueletos ondeaban serpentinatas verdes, tras las cuales se apreciaba una amplia masa de luz menos intensa. Al mismo tiempo, y desde todos los rincones del cielo a punto de desplomarse, llegó algo que podría llamarse un grito, pues si bien ningún grito se asemejaba a aquel sonido, su naturaleza era más la de un grito que la de cualquier otra cosa terrena. Entretanto, una de las truculentas siluetas había iluminado la punta de la vara de Gabriel y la recorría sin ser vista, deslizándose por la cadena hasta llegar a la tierra. Gabriel quedó cegado por la luz, pero sintió el brazo cálido de Bathsheba que temblaba en su mano: una sensación nueva y sin duda emocionante. Pero el amor, la vida, todo lo humano parecía insignificante frente a aquel universo enfurecido.

Oak apenas tuvo tiempo de trasladar estas impresiones al pensamiento y de ver cómo brillaban las plumas rojas del sombrero de Bathsheba mientras el álamo del que ya se ha hablado ardía al rojo vivo y una más de aquellas terribles voces se confundía con el último estrépito de la anterior. La explosión fue increíble, violenta y despiadada, y se adentró en sus oídos con un golpe seco, sin la reverberación que confiere la cualidad tímbrica de un tambor a un trueno más lejano. Bajo el resplandor que surgía de cada rincón de la tierra y de la amplia bóveda del cielo, vio que el árbol se había

partido por la mitad longitudinalmente y que una enorme costra de corteza se había desprendido del tronco. La parte que aún quedaba en pie mostraba la madera desnuda como una franja blanca. El rayo había alcanzado el árbol. Un olor a azufre inundó el aire; luego, todo quedó en silencio y negro como una cueva del Cedrón^[28].

—¡Nos hemos librado por los pelos! —dijo Gabriel precipitadamente—. Será mejor que baje de aquí.

Bathsheba no decía nada, pero Gabriel la oía jadear rítmicamente, igual que oía el rumor de la gavilla a sus espaldas en respuesta a sus aterrorizadas pulsaciones. Bajó de la escalera y, pensándolo mejor, Gabriel decidió seguirla. La oscuridad era impenetrable hasta para el ojo más agudo. Se quedaron quietos al pie del almiar, uno junto al otro. Bathsheba sólo parecía pensar en el mal tiempo. Oak sólo pensaba en ella. Finalmente, dijo:

—Parece que la tormenta ya ha pasado.

—Yo también lo creo —dijo Bathsheba—. Aunque siguen cayendo muchos relámpagos. ¡Mira!

El cielo estaba iluminado por una luz continua, fruto del encadenamiento de los relámpagos, tal como un sonido ininterrumpido surge de una sucesión de golpes de gong.

—No es nada grave —dijo Gabriel—. No entiendo que no llueva. Pero gracias a Dios, es mucho mejor así. Voy a subir otra vez.

—Gabriel, eres mucho más amable de lo que merezco. Me quedaré contigo para ayudarte. ¡Ay! ¿Por qué no están aquí los demás?

—Estarían si pudieran —dijo Oak, con vacilación.

—Lo sé —dijo ella, y, muy despacio, añadió—: Están todos durmiendo en el granero, borrachos; y mi marido está con ellos. Es eso, ¿verdad? No creas que soy una mujer amedrentada e incapaz de afrontar las cosas.

—No estoy seguro —dijo Gabriel—. Iré a mirar.

Se acercó hasta el granero, dejando a Bathsheba sola. Miró entre las rendijas de la puerta. Todo estaba en completa oscuridad,

igual que lo había dejado, y aún se oía, como en la ocasión anterior, el zumbido regular de los ronquidos.

Sintió una brisa suave cerca de su mejilla y se dio la vuelta. Era el aliento de Bathsheba. Lo había seguido y estaba mirando por la misma rendija.

Gabriel hizo enormes esfuerzos por apartar el doloroso y repentino pensamiento que le vino a la cabeza y, amablemente, observó:

—Si pudiera seguir ayudándome, señorita... señora, a subir unas cuantas gavillas más, ganaríamos mucho tiempo.

Oak reanudó la tarea, se subió a la escalera y continuó ocupándose de la paja. Ella lo siguió, pero sin cargar ninguna gavilla.

—Gabriel —dijo, en un tono impresionante y extraño.

Oak la miró. Bathsheba no había vuelto a decir palabra desde que volvieron del granero. El suave y constante parpadeo de la tormenta que agonizaba dibujaba un rostro marmóreo contra el cielo negro. Bathsheba estaba sentada casi en el vértice del almiar, con los pies recogidos debajo del cuerpo y apoyada en el extremo superior de la escalera.

—Sí, señorita.

—Supongo que pensaste que cuando me fui precipitadamente a Bath, esa noche, lo hice con la intención de casarme.

—Al final sí... Al principio no lo había pensado —respondió, algo sorprendido por la brusquedad con que se abordaba el asunto.

—¡Y los demás pensaron lo mismo!

—Así es.

—¿Y tú me culpaste por ello?

—Bueno, un poco.

—Lo sabía. Verás, lo cierto es que me importa tu opinión, y quiero explicarte algo... He querido explicártelo desde que llegué, pero me pareció que estabas enfadado conmigo. Si me muero... y

es posible que muera pronto... sería horrible que tuvieras una idea falsa de mí. Por eso quiero que me escuches.

Gabriel interrumpió su labor.

—Esa noche me fui a Bath con la firme intención de terminar mi relación con Troy. Debido a ciertas circunstancias, ocurridas después de mi llegada, finalmente nos casamos. ¿Lo ves ahora de otra manera?

—Sí... en cierto modo.

—Tal vez debería decir algo más, ahora que he empezado. No creo que pueda herirte, porque sin duda sabes a ciencia cierta que nunca te he amado, y que si te digo esto es sólo con la intención que acabo de manifestarte, y con ninguna otra. Me sentía sola, en una ciudad extraña, y mi yegua estaba herida. Al final ya no sabía qué hacer. Comprendí, cuando ya era demasiado tarde, que el escándalo se cebaría sobre mí por haberme visto con él a escondidas, de ese modo. Y estaba a punto de marcharme cuando él dijo que ese día había visto a una mujer más hermosa que yo, y que no podía responder de su constancia si yo no era suya de inmediato... Yo estaba triste y preocupada —se aclaró la voz y esperó un momento, como para recuperar el aliento—. Por eso, entre los celos y la preocupación, ¡me casé con él! —concluyó, entre susurros, pero con inesperado ímpetu.

Gabriel no dijo nada.

—Él no tiene la culpa, pues era cierto que... que había visto a otra mujer —añadió apresuradamente—. Y ahora que ya lo sabes no quiero que hagas ningún comentario sobre esta cuestión. Es más, te lo prohíbo. Sólo quería que conocieras esa parte de mi historia, antes de que llegue el momento en que ya no puedas saberlo. ¿Quieres que siga cargando gavillas?

Subió por la escalera y reanudaron su trabajo. Gabriel no tardó en percibir la languidez de sus movimientos y, con maternal ternura, le dijo:

—Será mejor que vuelva a casa, si está cansada. Puedo terminar yo solo. Si el viento no cambia de dirección, lo más probable es que no llueva.

—Me iré si no soy de ayuda —dijo Bathsheba, en tono abatido—. Pero ¿y si te ocurriera algo?

—Claro que es usted de gran ayuda, pero no quiero seguir fatigándola. Ya ha hecho más que suficiente.

—¡Tú sí que has hecho más que suficiente! —exclamó ella, con gratitud—. ¡Mil veces gracias por tu devoción, Gabriel! Buenas noches... Sé que haces todo lo que puedes por mí.

Su silueta se empequeñeció en la penumbra hasta perderse de vista, y Gabriel oyó caer el cerrojo de la cancela al paso de Bathsheba. Volvió al trabajo como en sueños, pensando en lo que ella acababa de confesarle y en las contradicciones de aquel corazón femenino que la había impulsado a hablarle esa noche con más ternura de la que jamás había mostrado cuando aún no se había casado y era libre de hablar con toda la ternura que quisiera.

Un crujido procedente de la cochera lo sacó de su meditación. La veleta del tejado acababa de moverse y este cambio del viento era señal de que se avecinaba una lluvia desastrosa.

Capítulo XXXVIII

Lluvia — El encuentro de dos solitarios

Eran las cinco de la mañana, y el alba prometía estallar apagada y cenicienta.

El aire cambió de temperatura y se agitó con mayor brío. Una brisa fresca circulaba formando remolinos transparentes en torno al rostro de Oak. El viento había vuelto a cambiar un poco y soplaba ahora con más fuerza. En cuestión de diez minutos, hasta el último viento del cielo se había puesto en marcha. Parte de la paja apilada en el almiar de trigo empezó a girar vertiginosamente por el aire y hubo de ser reemplazada y asegurada con algunas barras que encontró a mano. Hecho esto, Oak volvió a ocuparse con ahínco del centeno. Una enorme gota de lluvia le golpeó en la cara; el viento doblaba las esquinas con un rugido, los árboles se mecían hasta la base del tronco y las ramas se quebraban en su desesperada lucha. Colocando palos por todas partes y de todas las maneras, centímetro a centímetro fue protegiendo del desastre el impresionante montón de trescientos cincuenta kilos. La lluvia había empezado a caer con severidad y Oak no tardó en sentir que el agua formaba fríos y húmedos surcos en su espalda. Pronto estuvo calado hasta los huesos, mientras el tinte de la ropa resbalaba hasta formar un charco al pie de la escalera. La lluvia caía oblicuamente, atravesando el aire oscuro como espinas líquidas, formando un todo ininterrumpido desde su comienzo en las nubes hasta su final en Oak.

De pronto recordó que ocho meses antes había luchado contra el fuego en el mismo lugar y con la misma desesperación con que en ese momento luchaba contra el agua... y todo por el vano amor de la misma mujer. Y sin embargo, ella... Pero Gabriel era generoso y leal, y apartó de sí estos pensamientos.

Eran las siete de una mañana oscura como el lodo cuando Gabriel bajó del último almiar y exclamó lleno de agradecimiento:

—¡Misión cumplida!

Estaba chorreando, agotado y triste, aunque menos triste que empapado y cansado, pues se alegraba de haber culminado con éxito una buena empresa.

Empezaron a llegar del granero sonidos débiles, y Gabriel miró en aquella dirección. Los hombres salían de uno en uno y en parejas, torpes y abatidos, salvo el primero de todos, que llevaba una casaca roja y avanzaba con las manos en los bolsillos, silbando alegremente. Los demás lo seguían arrastrando los pies, con aire avergonzado: el cortejo recordaba a los pretendientes del ilustrador John Flaxman en su viaje al infierno, capitaneados por Mercurio. Las encorvadas figuras cruzaron el pueblo, con Troy a la cabeza, y entraron en la granja. Ni uno solo volvió la vista hacia los almiarés, ni pareció pensar un solo instante en lo que pudiera haber sido de ellos.

Oak no tardó en marcharse a casa, por un camino distinto. Frente a él, sobre la húmeda y brillante superficie del camino, vio a alguien que caminaba aún más despacio, debajo de un paraguas. El hombre se dio la vuelta con sobresalto; era Boldwood.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, señor? —preguntó Oak.

—Sí, es un día muy lluvioso. Estoy bien, muy bien, gracias; bastante bien.

—Me alegro de oírlo, señor.

Boldwood pareció volver poco a poco a la realidad.

—Parece usted cansado y enfermo, Oak —dijo entonces, mirando con desgana a su compañero.

—Estoy cansado. Y usted parece nervioso, señor.

—¿Yo? En absoluto. Estoy perfectamente. ¿Qué le hace pensar eso?

—No parece usted tan seguro como de costumbre.

—Se equivoca —dijo Boldwood secamente—. A mí no me afecta nada. Tengo una constitución de hierro.

—He estado trabajando toda la noche para proteger los almiarés, y he terminado justo a tiempo. En la vida había tenido que luchar tanto... Supongo que los suyos están a salvo, señor.

—Sí, claro —respondió Boldwood. Y tras un instante de silencio añadió—: ¿Qué me ha preguntado, Oak?

—Le decía si sus almiarés están protegidos.

—No.

—¿Ni siquiera los grandes, los que están debajo de los bancos de piedra?

—No.

—¿Y los que están debajo del seto?

—No. Se me olvidó decirle al empajador que se ocupara de ellos.

—¿Y tampoco el pequeño, el que está debajo de la escalera de la cerca?

—El pequeño tampoco. Este año no me he ocupado de los almiarés.

—Entonces no salvará siquiera el diez por ciento del grano, señor.

—Puede que no.

—No se ha ocupado de ellos —repitió Gabriel muy despacio, para sus adentros. Es difícil describir la intensidad del efecto que esa frase produjo en Oak en aquel momento. Llevaba toda la noche sintiendo que esa muestra de abandono que él se había esforzado por reparar era anormal y única, un ejemplo aislado en toda la comarca. Y sucedía sin embargo que en ese mismo momento y en la misma parroquia había ocurrido una desgracia mucho mayor sin

que nadie se preocupara ni lo lamentara. Meses antes, el hecho de que Boldwood desatendiese sus asuntos habría resultado una idea tan extravagante como que un marino olvidase que estaba en su barco. Y cuando Boldwood habló con una voz distinta, la de quien desea hacer una confidencia para aliviar la carga de su corazón, Oak comprendió que, por más que él hubiese sufrido a causa del matrimonio de Bathsheba, había un hombre que había sufrido más que él.

—Oak, usted sabe tan bien como yo que las cosas me han ido mal últimamente. Tal vez me lo merezca. Tenía la intención de asentarme un poco en la vida, pero mis planes han fracasado por completo.

—Creo que el ama debería haberse casado con usted —dijo Gabriel, sin llegar a comprender del todo que la hondura del amor de Boldwood exigía guardar silencio, por el bien del hacendado, y decidió no saltarse la disciplina de obrar del mismo modo por su propio bien—. Pero la vida a veces es así, y no sucede lo que esperamos —añadió, con la serenidad de un hombre habituado al infortunio, más que aniquilado por éste.

—Supongo que soy el hazmerreír del lugar —dijo, como si no pudiera contener las ganas de hablar del asunto, y al mismo tiempo con triste despreocupación para manifestar su indiferencia.

—No, no... no lo creo.

—Pero lo cierto es que ella nunca me plantó, como se piensan algunos. No llegó a existir ningún compromiso entre la señorita Everdene y yo. La gente lo dice, pero no es cierto. ¡Ella nunca me prometió nada! —Boldwood se quedó muy quieto y volvió hacia Oak un rostro desencajado—. ¡Ay, Gabriel! Soy débil y estúpido, y muchas otras cosas, y me siento incapaz de superar este dolor inmenso... Tenía cierta confianza en la bondad de Dios, hasta que perdí a esa mujer. Sí; creo que él me ofreció una calabaza para protegerme y, como el profeta, yo le di las gracias y me sentí feliz.

Pero al día siguiente dispuso que un gusano se adentrara en la calabaza hasta pudrirla, y ahora prefiero la muerte que la vida.

Un silencio siguió a sus palabras. Boldwood salió entonces del repentino estado de ánimo que lo había llevado a hacer tales confidencias y echó a andar de nuevo, recuperando su reserva habitual.

—No, Gabriel —dijo, a modo de conclusión, con una indiferencia que era como la sonrisa en el rostro de un cráneo—. Otros han sacado mucho más partido que nosotros en toda la vida. A veces me da pena, pero lo cierto es que ninguna mujer había tenido nunca tanto poder sobre mí durante tanto tiempo. Buenos días. Confío en que no comentará con nadie lo que acabamos de hablar aquí.

Capítulo XXXIX

De vuelta a casa — Un grito

En el camino de peaje, entre Casterbridge y Weatherbury, a unos cinco kilómetros de esta última localidad se encuentra Yalbury Hill, una de esas pronunciadas y largas elevaciones que salpican los caminos de esta ondulante región del sur de Wessex. A su regreso del mercado, es habitual que los hacendados y otros terratenientes bajen de sus calesas para aligerar peso y suban la cuesta a pie.

Un sábado por la noche del mes de octubre, la calesa de Bathsheba ascendía penosamente por esta inclinación. Bathsheba iba lánguidamente sentada en el segundo asiento, y a su lado caminaba un atractivo y apuesto joven vestido con un traje de propietario en día de mercado de extraordinaria elegancia. A pesar de que iba a pie, sostenía las riendas y el látigo y de vez en cuando atizaba ligeramente la oreja del caballo con la punta de la fusta, a modo de diversión. El hombre en cuestión era su marido, antes el sargento Troy, quien, tras haberse licenciado del ejército pagando para ello con el dinero de Bathsheba, se iba transformando poco a poco en un hacendado de talante y escuela muy modernos. La gente de ideas inmutables insistía en seguir llamándolo «sargento» cuando se encontraba con él, en cierto modo porque el joven aún conservaba el espléndido mostacho de sus tiempos militares, así como el porte soldadesco inseparable de su figura y formación.

—Sí, de no haber sido por esa infortunada lluvia habría ganado doscientas libras con la mayor facilidad, amor mío —estaba diciendo

— ¿Es que no te das cuenta de que lo ha cambiado todo? Según un libro que leí hace tiempo, la lluvia es el relato y los días de sol son los episodios de la historia de nuestro país. ¿Verdad que es cierto?

—Es que ya hemos entrado en la época en que el tiempo es más inestable.

—Sí, claro. Pero lo cierto es que estas carreras de otoño son la ruina de todo el mundo. ¡En la vida había visto un día igual! Estábamos en un lugar completamente abierto, justo en las afueras de Budmouth, y un golpe de mar nos empapó como miseria en estado líquido. ¡Viento y lluvia! ¡Dios mío! ¿Y oscuridad? Todo se puso negro como mi sombrero antes de que se celebrase la última carrera. Eran las cinco de la tarde y casi no se veía a los caballos hasta que llegaban a la meta, y mucho menos sus colores. La tierra estaba enlodada, y los buenos consejos de un amigo con amplia experiencia no sirvieron de nada. Caballos, jinetes y espectadores: todos fuimos arrastrados como los barcos en la mar. Tres de las tribunas volaron por los aires, y la pobre gente que estaba en ellas salió del desastre a cuatro patas; y en el campo contiguo había por lo menos una docena de sombreros. ¡Ay, Pimpernel normalmente se destaca, en cuanto ha recorrido sesenta metros, pero cuando vi que Policy se le acercaba, casi se me sale el corazón, amor mío!

—¿Me estás diciendo, Frank —preguntó Bathsheba con tristeza, el tono de voz dolorosamente atenuado y privado de la fuerza y la vivacidad del verano anterior—, que has perdido más de cien libras en un mes en esas dichosas carreras de caballos? Sinceramente, Frank, es una crueldad; es una tontería que te gastes así mi dinero. Tendremos que dejar la granja; ¡será el fin!

—Nada de crueldad; eso son paparruchas. Otra vez lo mismo... llorando como una magdalena. Así eres tú.

—Prométeme que no irás a la segunda carrera de Budmouth, por favor —le imploró Bathsheba. Estaba al borde del llanto, pero se contuvo.

—No veo por qué tengo que prometerlo. Lo cierto es que pensaba llevarte conmigo, si hace buen día.

—¡De eso nada! Prefiero recorrer cien kilómetros en sentido contrario. ¡Sólo de oírlo me pongo enferma!

—La cuestión de ir a la carrera o quedarse en casa tiene muy poco que ver con este asunto. Las apuestas se hacen antes de que empiece la carrera. Y que me salgan bien o me salgan mal no tendrá nada que ver con que vayamos allí el lunes que viene.

—¡No querrás decir que ya has apostado también en ésta! — exclamó Bathsheba, con una mirada agónica.

—Vamos, no seas tonta. Espera hasta que te lo cuente. Es curioso, Bathsheba, que hayas perdido por completo el valor y la frescura que tenías antes. Y te juro que si hubiera sabido lo cobarde que eres, bajo esa apariencia de osadía, nunca me habría... no sé.

Un destello de indignación surcó los ojos oscuros de Bathsheba cuando, tras este comentario, fijó la vista al frente. Continuaron avanzando sin hablar, mientras las primeras hojas de otoño que cubrían esa zona del camino caían ocasionalmente a su paso, trazando círculos en el aire. Una mujer apareció en la cima de la colina. El risco se encontraba en una cortada, y, aunque no la habían visto hasta ese momento, la desconocida estaba muy cerca de ellos. Troy se había vuelto hacia la calesa con intención de subir de nuevo y, mientras ponía el pie en el peldaño, la mujer pasó a sus espaldas.

A pesar de quedar envueltos en la penumbra, por la sombra de los árboles y la inminente llegada del crepúsculo, Bathsheba logró ver lo suficiente para discernir la extrema pobreza del atuendo de la mujer y su triste expresión.

—Disculpe, señor, ¿podría decirme a qué hora cierra el asilo de Casterbridge?

La mujer le dirigió estas palabras a Troy por encima del hombro.

Troy se sobresaltó visiblemente al oír aquella voz, aunque pareció reunir la suficiente presencia de ánimo para reprimir el

impulso de volverse a mirarla. Muy despacio, dijo:

—No lo sé.

Al oír estas palabras, la mujer levantó la vista rápidamente, observó el perfil de su cara y reconoció al soldado bajo la indumentaria del pequeño propietario rural. Una expresión de alegría y de dolor se dibujó en el rostro de la mujer. Lanzó un grito histérico y se desmayó.

—¡Pobrecilla! —exclamó Bathsheba, disponiéndose de inmediato a bajar del coche.

—¡Quédate donde estás y ocúpate del caballo! —dijo Troy, en tono perentorio, mientras le lanzaba las riendas y el látigo—. Tú conduce al caballo. Yo me ocuparé de la mujer.

—Pero...

—¿Es que no oyes? ¡Arre... Poppet!

La yegua, el carro y Bathsheba echaron a andar.

—¿Cómo diablos has llegado hasta aquí? ¡Te creía muy lejos, o muerta! ¿Por qué no me has escrito? —le dijo Troy a la mujer, en tono sorprendentemente amable, aunque apresurado, mientras la ayudaba a incorporarse.

—No me atreví.

—¿Tienes dinero?

—Ni un céntimo.

—Cielo santo... ¡ojalá pudiera darte más! Toma... es una miseria... una insignificancia. Es todo lo que me queda. No tengo sino lo que me da mi mujer, y ahora no puedo pedirle nada.

La mujer no respondió.

—Tengo que irme —continuó Troy—. Escúchame. ¿Dónde piensas pasar la noche? ¿En el asilo de Casterbridge?

—Sí; allí pensaba ir.

—No vayas; aunque, espera. Sí, sólo por esta noche. No puedo ofrecerte nada mejor... ¡mala suerte! Pasa allí la noche y quédate también mañana. El lunes tengo el día libre. Te espero a las diez en punto, junto al puente Grey's, en las afueras de la ciudad. Llevaré

todo el dinero que pueda reunir. No pasarás necesidad... te lo prometo, Fanny. Luego te buscaré alojamiento en alguna parte. Adiós. Sé que soy una bestia... pero ¡adiós!

Tras recorrer la distancia hasta la cima de la colina, Bathsheba volvió la cabeza. La mujer se había puesto en pie, y Bathsheba la vio alejarse de Troy y bajar con agotamiento la colina junto al tercer mojón que había desde Casterbridge. Troy se acercó entonces a su mujer, subió a la calesa, tomó las riendas y, sin hacer comentario alguno, fustigó al caballo hasta ponerlo al trote. Parecía muy nervioso.

—¿Conoces a esa mujer? —preguntó Bathsheba, escudriñando el rostro de su marido.

—Sí —respondió, devolviéndole la mirada con desafío.

—Eso me pareció —dijo ella, enfadada y altiva, sin dejar de mirarlo—. ¿Quién es?

Troy pensó entonces que la sinceridad no beneficiaría a ninguna de las dos mujeres.

—Nada que tenga que ver con nosotros. La conozco de vista.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo voy a saber su nombre?

—Creo que lo sabes.

—Puedes pensar lo que quieras... —completó la frase con un latigazo seco en el flanco de Poppet, y el animal salió a galope tendido. No se dijo nada más.

Capítulo XL

En el camino de Casterbridge

La mujer anduvo durante largo rato. Sus pasos eran cada vez más débiles, y tenía que forzar la vista para ver la carretera desnuda, apenas discernible en la penumbra de la noche. Su andar se redujo poco a poco a un mero tambaleo, hasta que abrió una cancela detrás de la cual había un almiar de heno. Se sentó al pie del almiar y se quedó dormida.

Despertó sumida en lo más hondo de una noche sin luna ni estrellas. Una densa costra de nubes cubría el cielo, ocultando hasta el último punto del firmamento, y un halo distante que colgaba sobre Casterbridge se divisaba en la bóveda negra, realzada su luminosidad por el contraste con la negrura circundante. La mujer observó ese tenue resplandor.

—¡Si fuera capaz de llegar! —dijo—. ¡De reunirme con él pasado mañana! ¡Dios mío, ayúdame! Puede que muera antes de ese momento.

El reloj de una casa solariega anunció la hora desde las profundidades de la sombra: un solo toque breve y atenuado. Pasada la medianoche los relojes parecen perder su amplitud y su alcance, disminuir su sonoridad hasta un ligero falsete.

Luego una luz —dos luces— surgió de la penumbra remota y se tornó más grande. Un carro circulaba por el camino y cruzaba la cancela. Sería gente que volvía de cenar fuera. Los rayos de un farol iluminaron por un instante a la mujer agazapada, revelando

nítidamente su rostro. Su rostro era joven a primera vista, aunque viejo en lo esencial; los contornos parecían suaves e infantiles, pero las líneas más finas empezaban a endurecerse y adelgazarse.

La mujer se puso en pie, recobró fuerzas y miró a su alrededor. El camino le resultaba familiar, y observaba atentamente la valla mientras caminaba despacio junto a ella. Distinguió entonces una pálida silueta blanca; era otro mojón. Lo palpó con los dedos para reconocer los números.

—¡Dos más! —dijo.

Se apoyó en la piedra para descansar un momento, luego se incorporó y siguió su camino. Recorrió con brío una corta distancia, pero en seguida volvió a tambalearse. Se encontraba junto a un bosquecillo solitario, donde las astillas blancas que salpicaban el suelo cubierto de hojas indicaban que los leñadores habían estado serrando y amontonando leña durante el día. No se oía murmullo alguno, ni brisa, ni el más leve quebrarse de ramas. La mujer miró por encima de la cancela, la abrió y se adentró en el bosque. Cerca de la entrada se alzaba un montón de haces de leña, atados y sin atar, y troncos de todos los tamaños.

Durante unos segundos, la caminante se detuvo con esa rigidez que revela no el final, sino la momentánea suspensión de un movimiento previo. Adoptó la actitud de quien escucha, bien los sonidos del mundo exterior, bien el discurso imaginario del pensamiento. Un observador atento detectaría indicios de que más bien se concentraba en esta última posibilidad. Además, como se demostró a continuación, ejercitaba de un modo extraño una capacidad creativa como la del genial Jacquet Droz, el diseñador de prótesis mecánicas para sustituir extremidades humanas.

Con ayuda de la aurora de Casterbridge, y sirviéndose de las manos, la mujer escogió dos palos de los montones. Eran casi rectos, medían algo más de un metro y formaban en la punta una horquilla, como la letra Y. Se sentó, cortó las ramitas superiores y echó a andar con ayuda de los bastones. Colocó las horquillas

debajo de cada brazo, a modo de muleta, comprobó su resistencia, cargando tímidamente el peso en ellas, y echó a andar nuevamente. Había sabido procurarse una ayuda material.

Las muletas cumplían su función. El sonido de sus pasos y el tamborileo de los bastones en el camino eran los únicos ruidos audibles. Había dejado atrás el último mojón y miraba con ansiedad a la cuneta, a la espera de ver pronto el siguiente. Las muletas, pese a que resultaron sumamente útiles, tenían sus limitaciones. El mecanismo se limita a transmitir la fuerza, pero no es capaz de generarla por sí solo, de tal modo que el esfuerzo seguía recayendo en el cuerpo y los brazos. Estaba agotada y cada paso que daba era más débil. Finalmente perdió el equilibrio y cayó a tierra.

Allí quedó tendida, en un montón informe, por espacio de más de diez minutos. La mañana resonaba en las llanuras, ponía en movimiento las hojas muertas que yacían inmóviles desde el día anterior. Se arrodilló con enorme esfuerzo y acto seguido se levantó sobre sus pies. Apoyándose en una de las muletas, dio un primer paso, luego otro, luego un tercero, sirviéndose de ellas como meros bastones. De este modo bajó por Mellstock Hill, hasta que vio otro mojón y un poco más allá el comienzo de una verja de hierro. Se agarró al primer barrote y miró a uno y otro lado.

Las luces de Casterbridge se distinguían individualmente. Se acercaba la mañana y cabía esperar que no tardasen en circular algunos carros. Escuchó con atención. Sólo oía ruidos funestos: el aullido de un zorro que emitía sus tres notas huecas a intervalos de un minuto, con la precisión de un tañido fúnebre.

—¡Poco más de un kilómetro! —murmuró la mujer—. Un poco más —añadió, tras una pausa—. A un kilómetro está el ayuntamiento, pero el asilo se encuentra al otro lado de Casterbridge. ¡Casi dos kilómetros, y habré llegado! Cinco o seis pasos cada diez metros. Tengo que recorrer mil setecientos metros. Cien veces seis, seiscientos. ¡Dios mío, ten piedad!

Avanzaba agarrándose a la verja, apoyando primero una mano en los barrotes, luego la otra, inclinándose hacia ellos mientras arrastraba los pies.

La mujer no era dada a los soliloquios, pero los sentimientos extremos debilitan al débil en la misma medida en que fortalecen al fuerte. Volvió a decir en el mismo tono:

—Creo que ya sólo quedan cinco barrotes; ni uno más. Necesito fuerzas para llegar hasta el final.

Era esta idea una muestra de aplicación práctica del principio de que es preferible tener fe en una ficción que carecer de fe por completo.

Pasó los cinco barrotes y se detuvo en el quinto.

—Recorreré otros cinco si pienso que el sitio al que deseo llegar se encuentra entre los cinco siguientes. Puedo hacerlo.

Pasó otros cinco.

—Ya sólo quedan cinco.

Pasó otros cinco.

—Cinco más.

Los pasó.

—Ese puente de piedra es el final de mi viaje —dijo, al divisar el puente sobre el Froom.

Se arrastró hasta el puente. El esfuerzo hacía que cada exhalación de la mujer se perdiese en el aire para no regresar jamás.

—Ahora vamos a concentrarnos en la verdad —dijo, tomando asiento—. La verdad es que me queda apenas medio kilómetro. —Dejarse seducir por algo que sabía falso le había proporcionado fuerzas para recorrer el último medio kilómetro, algo que de lo contrario no habría podido afrontar. Lo cierto es que la mujer, merced a una extraña intuición, había comprendido la paradójica verdad de que la ceguera puede ser más eficaz que la clarividencia, y la cortedad de miras más que su amplitud; que la limitación, y no la comprensión global, es lo que se precisa para asestar un golpe.

Ese medio kilómetro representaba ahora para la mujer, enferma y agotada, una prueba severa e implacable. Era el despiadado rey de su mundo. El camino discurría a través de Durnover Moor, que se extendía a ambos lados. Observó el espacio abierto, las luces, suspiró y volvió a apoyarse en un pretil del puente.

Nunca se había ejercitado la ingenuidad con tanto ahínco como esta mujer ejercitaba la suya. Rebuscaba en su agitado pensamiento cualquier ayuda, método, ardid o mecanismo que le permitiese recorrer esos últimos y desesperados quinientos metros sin que nadie la viese, pero los desechaba todos por impracticables.

Pensó en usar palos, ruedas, en arrastrarse, incluso en echarse a rodar, pero el esfuerzo de las dos últimas alternativas era aún mayor que el de caminar. Había agotado todas sus artimañas. Era presa de la desesperación.

—¡No puedo más! —murmuró. Y cerró los ojos.

Desde la franja de sombra que había al otro lado del puente parecía desprenderse una silueta que avanzaba por la pálida blancura del camino. Se deslizaba con sigilo hacia la mujer yacente.

La mujer advirtió que algo rozaba su mano; algo cálido y blando. Abrió los ojos y la sustancia le rozó la cara. Un perro le estaba lamiendo la mejilla.

Era un animal enorme, robusto y tranquilo, que se alzaba oscuro contra el horizonte bajo a más de medio metro de los ojos de ella. No estaba claro si era un terranova, un mastín o un samoyedo, pues parecía su naturaleza demasiado extraña y misteriosa para pertenecer a cualquier variedad entre estas populares razas. La imposibilidad de incluirlo en raza alguna lo convertía en la encarnación ideal de la grandeza canina, en una forma genérica común a toda la especie. Bajo esta forma se personificaba la noche en su aspecto triste, solemne y benévolo, no en su otra cara furtiva y cruel. La oscuridad dota a los seres más pequeños y ordinarios de fuerza poética, e incluso la agonizante mujer logró dar cuerpo a esta idea.

Miró al perro desde su posición yacente tal como en otras ocasiones, estando de pie, había mirado a un hombre. El animal, tan solo e indefenso como ella, se alejó respetuosamente uno o dos pasos cuando ella se movió, pero, viendo que no lo rechazaba, volvió a lamerle la mano.

Un pensamiento cruzó por la cabeza de la mujer como un relámpago.

—¡Tal vez pueda ayudarme! ¡Tengo que intentarlo!

Señaló en dirección a Casterbridge, pero el perro no pareció entenderla. Se alejó trotando. Luego, al ver que ella no podía seguirlo, regresó y empezó a gemir.

La mujer alcanzó la cumbre de su esfuerzo y su ingenio cuando, con el impulso más triste y la respiración agitada, logró incorporarse y, apoyando los delgados brazos en los hombros del perro, se agarró con fuerza y le murmuró al oído palabras de aliento. Su tono era de alegría, pese a la pena de su corazón, pero lo más extraño era que el fuerte necesitase el estímulo del débil y que el más profundo desánimo pudiese incitar a la alegría. El animal avanzó despacio, y ella lo siguió con desmayo, cargando la mitad de su peso en el cuerpo del animal. A veces se caía, como cuando caminaba con ayuda de las muletas o agarrada a los barrotes. El perro, que para entonces había comprendido plenamente los deseos de la mujer y su incapacidad para realizarlos, se desesperaba en estas ocasiones; le tiraba del vestido y echaba a correr. Ella lo llamaba para que volviese, y prestaba atención a los sonidos humanos con la sola intención de evitarlos. Era evidente que quería ocultar su presencia en el camino y su estado de abandono.

Avanzaban, naturalmente, muy despacio. Llegaron al pie del pueblo, y las farolas de Casterbridge surgieron ante ellos como Pléyades caídas cuando torcieron hacia la izquierda y se adentraron bajo la sombra densa de la avenida de castaños para bordear el municipio. Y así cruzaron el pueblo hasta alcanzar su meta.

En el anhelado lugar situado en las afueras del pueblo se alzaba un pintoresco edificio. En su origen había sido un mero cajón que hacía las veces de vivienda. La estructura era tan frágil, tan desnuda, que traslucía la lúgubre realidad de su interior, tal como la forma de un cuerpo resulta visible bajo una sábana.

Más tarde, la naturaleza, como si se sintiera ofendida, acudió en su ayuda. La hiedra creció hasta tapizar por completo las paredes y conferir al lugar el aspecto de una abadía, y resultó además que la vista que desde su fachada se ofrecía de las chimeneas de Casterbridge era una de las más extraordinarias del condado. Un conde dijo en cierta ocasión que daría su renta anual por gozar desde la puerta de su casa de la vista de que disfrutaban los huéspedes. Y muy probablemente los huéspedes cambiarían esa vista por la renta anual del conde.

El edificio de piedra constaba de un bloque central con dos alas, sobre las que se alzaban como centinelas varias chimeneas largas y esbeltas, que en ese momento gemían tristemente al compás del viento suave. En la pared había una puerta, y junto a ésta un alambre hacía las veces de campana. La mujer se incorporó cuanto pudo sobre sus rodillas y logró alcanzar la manivela. La movió y cayó de bruces, doblándose como un arco.

Eran casi las seis, y se oían ruidos en el interior del edificio que era el puerto de descanso de aquella alma exhausta. Junto a la puerta grande se abrió otra más pequeña, y un hombre apareció en el interior. Al ver el montón de ropa tirado en el suelo, fue en busca de una luz y volvió a salir. Entró por segunda vez y regresó con dos mujeres.

Las mujeres cargaron con el cuerpo postrado y lo ayudaron a cruzar el umbral. El hombre cerró la puerta.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó una de las mujeres.

—Sólo Dios lo sabe —dijo la otra.

—Hay un perro fuera —murmuró la agotada viajera—. ¿Se ha ido? Él me ha ayudado.

—Lo ahuyenté a pedradas —dijo el hombre.

El cortejo avanzó un poco más: el hombre, en cabeza, sostenía la luz, seguido de las flacas mujeres que cargaban el cuerpo menudo y frágil. De este modo entraron en la casa y desaparecieron.

Capítulo XLI

Sospecha — Se busca a Fanny

Bathsheba habló muy poco con su marido esa noche, cuando volvieron del mercado, y tampoco él parecía dispuesto a comunicarse con ella. Se condujo en todo momento con una desagradable mezcla de inquietud y silencio. El día siguiente, que era domingo, transcurrió más o menos del mismo modo, con silencio por ambas partes, y Bathsheba fue a la iglesia por la mañana y por la tarde. El lunes se celebraban las carreras de Budmouth. Por la noche, Troy dijo repentinamente:

—Bathsheba, ¿podrías darme veinte libras?

El rostro de Bathsheba se tensó de inmediato.

—¿Veinte libras?

—La verdad es que me hacen mucha falta. —La expresión de Troy reflejaba una urgencia intensa y extraña. Era la culminación del estado de ánimo que había tenido durante todo el día.

—¡Ya, para esas carreras de mañana!

Troy no respondió al instante. El error de Bathsheba resultaba ventajoso para un hombre que se sentía incómodamente observado en ese momento.

—¿Y qué si lo necesito para las carreras? —dijo al fin.

—¡Ay, Frank! —exclamó Bathsheba, con un tono cargado de súplica—. Hace sólo unas semanas decías que yo era mil veces más dulce que todos tus placeres juntos, y que renunciarías a ellos por mí; y ahora ¿no estás dispuesto a renunciar a éste que es más

una preocupación que un placer? Por favor, Frank. Déjame fascinarte con todo lo que te puedo ofrecer: con hermosas palabras y hermosas miradas, con todo lo que se me pueda ocurrir... Quédate en casa. Dile que sí a tu mujer... ¡dile que sí!

Bathsheba daba rienda suelta a lo más tierno y cariñoso de su carácter, requería impulsivamente la aceptación de su marido sin los disimulos y las defensas con que su temperamento cauteloso la obligaba a conducirse en los momentos de frialdad. Pocos hombres habrían podido resistirse a aquella súplica no exenta de dignidad que reflejaba su hermoso rostro, ligeramente retraído y ladeado en esa actitud que expresa más que las palabras a las que acompaña y que parece expresamente pensado para este tipo de ocasiones especiales. Si la mujer no hubiera sido su esposa, Troy habría sucumbido de inmediato pero, como lo era, pensó que no podía seguir engañándola.

—El dinero no es para pagar deudas de juego —confesó.

—¿Para qué es? Me preocupas con esas responsabilidades tan misteriosas, Frank.

Troy se mostró vacilante. No la amaba lo suficiente para dejarse llevar por ella, pero las circunstancias le obligaban a ser cortés.

—Me juzgas mal con tus sospechas —dijo—. Ese exceso de celo con que me tratas no te favorece nada.

—Creo que tengo derecho a protestar un poco, puesto que soy quien paga —dijo Bathsheba, con un gesto entre la sonrisa y el mohín.

—Desde luego, y una vez hecho lo primero, supongamos que pasamos a lo segundo. Bathsheba, divertirse está muy bien, pero no vayas demasiado lejos porque podrías terminar lamentándolo.

Bathsheba se sonrojó.

—Ya lo hago —dijo, apresuradamente.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Que mi romance haya terminado.

—Todos los romances terminan con el matrimonio.

—No me gusta que hables así. Me partes el alma cuando te pones así de arrogante.

—Y tú me quitas las ganas. Creo que me odias.

—No te odio... sólo odio tus defectos. Los odio.

—Sería preferible que intentases curarlos. Encontremos un justo equilibrio con las veinte libras y seamos amigos.

Bathsheba lanzó un suspiro de resignación.

—Tengo más o menos ese dinero en casa para los gastos corrientes. Si te hace falta, cógelo.

—Estupendo. Gracias. Creo que mañana saldré antes de que te levantes.

—¿Es preciso que vayas? ¡Ah! Antes los demás tenían que encandilarte con todo tipo de promesas para alejarte de mí. Y me llamabas cariño. Pero ahora no te importa cómo pase los días.

—Tengo que ir, a pesar de los sentimientos —dijo Troy, al tiempo que observaba su reloj de bolsillo y, como movido por principios contradictorios, abrió la tapa, descubriendo un mechón de pelo oculto en su interior.

Bathsheba, que casualmente había levantado la vista en ese momento, vio el reloj y vio el mechón de pelo. Enrojeció de dolor y de sorpresa y, antes de que tuviera tiempo de pensar si era prudente o no responder a su marido, varias palabras salieron de su boca.

—¡Un mechón de pelo de mujer! ¿De quién es, Frank?

Troy había cerrado bruscamente el reloj y, con toda naturalidad, para disimular los sentimientos que la visión había provocado, dijo:

—¡Tuyo, naturalmente! ¿De quién va a ser? Se me había olvidado por completo que lo tenía guardado.

—¡Qué mentira tan grande, Frank!

—¡Te digo que lo había olvidado! —dijo él, levantando la voz.

—No me refiero a eso... Es de pelo rubio.

—Tonterías.

—Me estás insultando. Sé que es de pelo rubio. Y ahora, dime de quién es. Quiero saberlo.

—Muy bien... Te lo diré, sin más preámbulos. Es de una joven con la que iba a casarme antes de conocerte.

—En ese caso deberías decirme su nombre.

—No puedo.

—¿Está casada?

—No.

—¿Está viva?

—Sí.

—¿Es guapa?

—Sí.

—¡Es asombroso que lo sea, la pobre, con una desgracia tan grande!

—¿Desgracia? ¿Qué desgracia? —preguntó Troy.

—La de tener el pelo de un color tan espantoso.

—¡Ah! ¡Bueno... a mí me gusta! —dijo Troy, recobrando la compostura—. Todo el mundo admiraba su pelo cuando lo llevaba suelto, cosa que no ocurría a menudo. Es un pelo muy bonito. La gente se volvía para mirarla. ¡Pobre muchacha!

—¡Bah! ¡Eso no es nada... eso no es nada! —exclamó Bathsheba, con un conato de despecho—. Si me importase tu amor como me importaba antes, te diría que la gente también se volvía a mirarme a mí.

—Bathsheba, no seas tan histérica y celosa. Ya sabías cómo sería la vida conyugal, y si temías estos imprevistos no deberías haberte casado.

Troy le había infligido una honda amargura: Bathsheba sentía que el corazón se le salía por la boca, y le dolían los lagrimales de contener el llanto. Pese a la vergüenza que le producía manifestar sus emociones, finalmente estalló, diciendo:

—¡Esto es lo que recibo por amarte! ¡Ay! Cuando me casé contigo te quería más que a mi propia vida. Habría muerto por ti...

¡puedo afirmar con total sinceridad que habría muerto por ti! Y ahora tú me desprecias, y dices que soy tonta por casarme contigo. ¿Te parece justo restregarme mi error por la cara? Tengas la opinión que tengas de mi inteligencia, no debes manifestarla con tanta crueldad ahora que me tienes en tu poder.

—Yo no puedo evitar que las cosas salgan mal —dijo Troy—. ¡De verdad que las mujeres serán mi ruina!

—No deberías guardar un mechón de pelo de otra mujer. ¿Verdad que lo vas a quemar, Frank?

Frank continuó como si no la hubiese oído.

—Hay asuntos que están por encima de mi respeto por ti: reparaciones necesarias... vínculos de los que tú nada sabes. Y si tú te arrepientes de haberte casado, yo también.

Temblando, Bathsheba le puso una mano en el brazo y, con una mezcla de tristeza y persuasión, le dijo:

—¡Sólo me arrepiento si no me amas más que a nadie en el mundo! De lo contrario no me arrepiento, Frank. Tú no te arrepientes porque antes hayas amado a alguien más de lo que me amas a mí, ¿verdad?

—No lo sé. ¿Por qué dices eso?

—No piensas quemar ese mechón de pelo. Te gusta la mujer que tiene ese pelo tan bonito... sí; es bonito... mucho más que mi miserable melena negra. En fin, qué más da. No puedo evitar ser fea. ¡Si te gusta más ella, allá tú!

—Hasta hoy, que lo he sacado de un cajón, no había vuelto a mirar ese mechón de pelo desde hacía meses. Eso puedo jurártelo.

—Pero acabas de decir «vínculos». Entonces... ¿esa mujer con la que nos encontramos...?

—Fue ese encuentro lo que me hizo acordarme del mechón de pelo.

—Entonces, ¿es suyo?

—Sí. Y ahora que ya me lo has sacado, espero que estés contenta.

—¿Y cuáles son esos vínculos?

—¡Ah! Eso no es nada... sólo era una broma.

—¡Sólo una broma! —dijo Bathsheba, con tristeza y asombro—. ¿Cómo puedes gastar bromas cuando yo estoy destrozada? Dime la verdad, Frank. No soy tonta y tú lo sabes; aunque sea una mujer y tenga mis momentos de debilidad. ¡Vamos! Trátame bien —dijo, mirándole a la cara con franqueza y temor—. No pido mucho. Sólo justicia. ¡Nada más! Antes pensaba que sólo sería feliz si el hombre al que eligiera por esposo me rendía el más alto homenaje. Hoy me conformaría con algo menos duro que la crueldad. ¡Sí! ¡La Bathsheba fuerte e independiente ha llegado a esto!

—¡Por el amor de Dios, no te desesperes tanto! —dijo Troy en tono irascible, levantándose y saliendo de la habitación.

No bien se hubo marchado, Bathsheba estalló en grandes sollozos, en sollozos secos y cortantes que no eran suavizados por las lágrimas. Pero tomó la decisión de reprimir toda muestra de emoción. Estaba derrotada, aunque no lo admitiría mientras viviera. Su orgullo se había evaporado con el desolador descubrimiento de su propia destrucción por casarse con un hombre menos noble que ella. Se enfurecía y se rebelaba, como un león enjaulado. Su alma se había alzado en armas y la sangre le ardía en la cara. Hasta que conoció a Troy, se había sentido orgullosa de su posición como mujer: era una bendición para ella saber que sus labios no habían sido tocados por ningún hombre en la tierra, que su cintura jamás había sido rodeada por los brazos de un amante. Ahora se odiaba a sí misma. En otro tiempo había albergado un secreto desprecio por las muchachas que se convertían en esclavas del primer hombre guapo que les dijese algo. Nunca le había agradado la idea del matrimonio en abstracto, como a la mayoría de las mujeres a quienes conocía. Sumida en un torbellino de pasión por su amante, había aceptado casarse con él, pero, incluso en los momentos más felices, sentía que se había sacrificado, en lugar de ganar y recibir honores. Aunque no conocía siquiera el nombre de esa divinidad,

Diana era la diosa a quien Bathsheba instintivamente adoraba. Que nunca, con miradas, palabras o gestos había incitado a un hombre a acercarse a ella, que siempre se había sentido autosuficiente y, en la independencia de su corazón de muchacha, había intuido cierta degradación en el hecho de renunciar a la sencillez de su vida de soltera para convertirse en la humilde mitad de un indiferente todo matrimonial, eran circunstancias que ahora recordaba con amargura. ¡Ojalá no hubiese cometido semejante locura, por respetable que fuese! ¡Ojalá pudiera volver a detenerse en la cima de la colina de Norcombe y desafiar a Troy o a cualquier otro hombre a contaminar un sólo pelo de su cabeza con ese tipo de intromisiones!

A la mañana siguiente se levantó más temprano que de costumbre y mandó ensillar a su caballo para hacer su ronda por la granja, como era habitual. Cuando regresó a las ocho y media, su hora normal de desayunar, fue informada de que su marido se había levantado, había desayunado y se había marchado a Casterbridge con la calesa y con Poppet.

Después del desayuno se mostró fría y controlada —tal como era realmente— y se acercó hasta la cancela con intención de dar un paseo por otra zona de la granja que seguía supervisando personalmente en la medida en que sus obligaciones domésticas se lo permitían, para acabar descubriendo invariablemente que Gabriel Oak, por quien empezaba a sentir el sincero afecto de una hermana, le había tomado la delantera. Claro que a veces pensaba en él como en un viejo amante, y fantaseaba por momentos con la idea de cómo habría sido la vida con él como marido; y también en cómo habría sido la vida con Boldwood en las mismas circunstancias. Pero, aunque capaz de sentir, Bathsheba era poco dada a los sueños fútiles, por lo que este tipo de cavilaciones eran breves y sólo aparecían cuando el abandono por parte de Troy resultaba más evidente de lo normal.

Vio que un hombre muy parecido al señor Boldwood se acercaba por el camino. Era el señor Boldwood. Bathsheba se sonrojó intensamente y observó. El propietario de la granja vecina se detuvo a bastante distancia y le tendió una mano a Gabriel Oak, quien se encontraba en un sendero que cruzaba el prado. Los hombres se acercaron entonces y se enzarzaron en una seria conversación.

Continuaron así durante largo rato. Joseph Poorgrass pasó junto a ellos empujando una carretilla cargada de manzanas colina arriba, en dirección a la residencia de Bathsheba. Boldwood y Gabriel lo llamaron, hablaron con él unos minutos y a continuación se marcharon los tres, Joseph cuesta arriba con su carretilla.

Bathsheba, que había observado la escena con cierta sorpresa, experimentó un gran alivio cuando Boldwood se dio la vuelta.

—Y bien, Joseph, ¿cuál es el recado? —le preguntó.

Poorgrass detuvo la carretilla y, adoptando esa actitud de refinamiento que exigía la conversación con una dama, respondió a Bathsheba desde el otro lado de la cancela.

—Nunca volverá a ver a Fanny Robin, por más que se empeñe, señora.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto en el asilo de Casterbridge.

—¡Que Fanny ha muerto... eso es imposible!

—Sí, señora.

—¿De qué ha muerto?

—No lo sé con seguridad, pero me inclinaría a pensar que ha sido por su frágil constitución. Era una muchacha tan delicada que no soportaba el menor aprieto; al parecer se apagó como una vela. Se puso muy enferma por la mañana y, debido a la debilidad y el cansancio, murió por la tarde. Pertenece legalmente a esta parroquia, y el señor Boldwood va a enviar un carro a las tres de la tarde para traerla hasta aquí y enterrarla en casa.

—¡No consentiré que el señor Boldwood haga eso! ¡Lo haré yo misma! Fanny era la criada de mi tío y, aunque sólo estuvo conmigo

un par de días, me corresponde a mí. ¡Qué noticia tan triste! ¡Que la pobre Fanny se encuentre en un asilo! —Bathsheba empezaba a saber lo que era el dolor, y hablaba con auténtico sentimiento—. Ve a casa del señor Boldwood y dile que la señora Troy cumplirá con el deber de recoger a una antigua criada de la familia... No debemos trasladarla en un carro; buscaremos un coche fúnebre.

—No creo que haya tiempo, señora.

—Tal vez no —dijo, pensativamente—. ¿A qué hora dices que debemos estar allí? ¿A las tres?

—A las tres de la tarde, señora.

—De acuerdo... adelante. A fin de cuentas siempre será preferible un carro bonito que un coche fúnebre. Coge el carro nuevo, el azul, con las ruedas rojas, y lávalo bien. Y, Joseph...

—Sí, señora.

—Coge unas siemprevivas y otras flores para colocar en el ataúd... Coge muchas flores, para cubrirla de flores por completo. Busca unas cuantas ramas de durillo y de boj variado, y de artemisa, y algunos ramos de crisantemos. ¡Y que conduzca el viejo Pleasant, que la conocía tan bien!

—Así lo haré, señora. Tengo que decirle que he quedado con cuatro trabajadores en la puerta de la iglesia para trasladarla y enterrarla según el rito de la Junta de Guardianes del asilo, tal como dicta la ley.

—¡Dios mío! ¡Fanny ha terminado en el asilo! ¡Ojalá me hubiese enterado antes de todo esto! La creía muy lejos de aquí. ¿Cuánto tiempo ha vivido allí?

—Sólo un par de días.

—¡Ah! ¿Entonces no estaba alojada allí de modo permanente?

—No. Primero estuvo viviendo en una ciudad-guarnición, al otro lado de Wessex, y luego se ganó la vida durante varios meses sirviendo en casa de una viuda muy respetable. Según me han dicho llegó al asilo el domingo por la mañana y al parecer recorrió a pie todo el camino, desde Melchester. Lo que no sé es por qué dejó

su trabajo; pero yo no diría que haya sido por una mentira. Ésta es la historia, en resumen.

—¡Ayyy!

Ninguna piedra preciosa pasó jamás con tanta rapidez del rosado al blanco como el rostro de la joven esposa cuando, con un largo suspiro, salieron de su boca las siguientes palabras:

—¿Pasó por nuestro camino de peaje? —preguntó, en tono repentinamente ansioso.

—Creo que sí... ¿Quiere que avise a Liddy, señora? ¿Se encuentra usted bien? Parece usted un lirio... ¡tan pálida y débil!

—No, no la avises. No es nada. ¿Cuando pasó por Weatherbury?

—El sábado por la noche.

—Nada más, Joseph. Puedes irte.

—Sí, señora.

—Espera un momento, Joseph. ¿De qué color tenía el pelo Fanny Robin?

—¡La verdad, señora, es que si me lo pregunta con tanta solemnidad, como si estuviera prestando testimonio, le aseguro que no lo recuerdo!

—No importa; ve y haz lo que te he dicho. Espera... bueno, no. Vete.

Se alejó del hombre para que no pudiera reconocer el menor indicio del estado de ánimo que se había apoderado de ella, y entró en casa con una angustiosa sensación de desfallecimiento y un fuerte latido en una ceja. Al cabo de una hora, oyó el carro y salió a mirar, con dolorosa conciencia de su aspecto confundido y apabullado. Joseph, vestido con sus mejores galas, se disponía a emprender el viaje. Las flores y las ramas de arbusto iban apiladas en el carro, tal como Bathsheba había ordenado; pero en ese momento apenas las vio.

—¿Quién era su novio, Joseph?

—No lo sé, señora.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí, señora; completamente.

—¿De qué estás seguro?

—Estoy seguro de que lo único que sé es que llegó por la mañana y murió por la tarde, y que no habló con nadie. Oak y el señor Boldwood sólo me dijeron estas palabras: «La pequeña Fanny Robin ha muerto, Joseph». Eso me dijo Gabriel, mirándome a la cara con fijeza, como hace siempre. Yo lo sentí mucho y dije: «¡Ay! ¿Y cómo ha muerto?». «Ha muerto en el asilo de Casterbridge —dijo él— aunque puede que no tenga demasiada importancia cómo murió. Llegó al asilo a primera hora del domingo, y murió por la tarde. De eso no cabe duda.» Entonces yo pregunté por dónde andaba últimamente, y el señor Boldwood se volvió hacia mí y cortó un cardo con la punta del bastón. Me dijo que había estado sirviendo en Melchester, como ya le he contado, y que vino caminando desde allí a finales de la semana pasada. Que pasó por aquí el sábado, cuando estaba anocheciendo. Luego me dijeron que le diese a usted recado de la muerte, y se marcharon. Puede que haya sido el viento de la noche el que la ha matado, señora, porque la gente decía que se la veía mal. Tosía mucho en invierno. En todo caso, ahora ya no tiene sentido que nos preocupemos por eso, puesto que todo ha terminado.

—¿Has oído alguna otra historia distinta? —preguntó Bathsheba, mirándolo con tanta intensidad que a Joseph le temblaron los ojos.

—¡Ni una palabra, señora! ¡Se lo aseguro! Casi nadie se ha enterado de la noticia todavía.

—Me extraña que Gabriel no me lo haya comunicado personalmente. Siempre hace todo lo posible por verme, aunque se trate de algo sin importancia. —Bathsheba se limitó a murmurar estas palabras, con la vista clavada en el suelo.

—Puede que estuviera ocupado, señora —sugirió Joseph—. Además, a veces parece que sufre y que no deja de dar vueltas en la cabeza a cosas relacionadas con otros tiempos en los que estaba

en mejor posición que ahora. Es un hombre muy peculiar, pero es un magnífico pastor, y ha aprendido en los libros.

—¿Crees que tenía algo en la cabeza cuando te estaba hablando de esto?

—Tengo que decir que sí, señora. Se le veía muy abatido, y también al señor Boldwood.

—Gracias, Joseph. Es suficiente. Vete ya, o llegarás tarde.

Bathsheba, sin aplacar su tristeza, entró de nuevo en casa. En el curso de la tarde le dijo a Liddy, quien ya estaba al corriente de lo ocurrido:

—¿De qué color tenía el pelo la pobre Fanny Robin? ¿Lo sabes? No consigo recordarlo. Sólo la vi uno o dos días.

—Era claro, señora; pero lo llevaba más bien corto y oculto debajo del gorro, y apenas se veía. Pero un día la vi con el pelo suelto, cuando se iba a acostar, y era precioso. Rubio como el oro.

—¿Su novio era un soldado, no es cierto?

—Sí. Del mismo regimiento que el sargento Troy. Dice que lo conocía muy bien.

—¡Cómo! ¿El señor Troy ha dicho eso? ¿Y cómo ha sido?

—Un día le pregunté si conocía al novio de Fanny. Y dijo que sí, que lo conocía tan bien como a sí mismo y que no había en todo el regimiento un hombre que le gustase tanto.

—¡Ah! ¿Eso dijo?

—Sí. Y dijo también que el parecido entre él y ese joven era tan grande que a veces la gente los confundía...

—¡Por el amor de Dios, Liddy, cállate ya! —exclamó Bathsheba, con esa nerviosa arrogancia que dan las preocupaciones.

Capítulo XLII

La carga de Joseph — La posada de Buck's Head

Un muro de piedra circundaba el asilo de Casterbridge, salvo en uno de sus extremos. Se alzaba allí un gablete alto y prominente, cubierto como la fachada por un tapiz de hiedra. No había en este gablete ventana, chimenea, ornamento o protuberancia de ninguna clase. Su única particularidad, a excepción de la densa fronda de hojas verde oscuro, era una pequeña puerta.

La situación de la puerta era peculiar. El umbral se hallaba a un metro del suelo y, en un primer momento, costaba encontrar una explicación para este hecho, hasta que los surcos dibujados inmediatamente debajo de ella sugerían que la puerta se usaba sólo para el acceso de mercancías y personas desde un vehículo aparcado en el exterior. En conjunto, la puerta se asemejaba mucho a la Puerta del Traidor de la Torre de Londres, trasladada a otro espacio. Los penachos de hierba que crecían libremente en las grietas del umbral indicaban que el uso de esta entrada era sólo ocasional.

Cuando el reloj del asilo de South Street anunciaba las tres menos cinco, un carro azul y rojo repleto de ramas y flores apareció en el extremo de la calle y se acercó hacia esta parte del edificio. Mientras las campanadas aún balbucían una deformada versión de *Mambrú se fue a la guerra*, Joseph Poorgrass tocó la campana y recibió instrucciones de colocar el carro contra la puerta, debajo del

gablete. La puerta se abrió entonces, y un austero ataúd de olmo empujado por dos hombres quedó instalado en el centro del vehículo.

Uno de los hombres se colocó junto al féretro, se sacó del bolsillo un trozo de tiza y garabateó sobre la tapa un nombre y otras palabras. (Hoy creemos que estas cosas se hacen con más delicadeza, colocando una placa.) Uno de los hombres cubrió el ataúd con un paño negro, algo raído pero aún decente, mientras el otro cerraba la puerta trasera del carro y le entregaba a Poorgrass un certificado de registro; acto seguido, los dos hombres entraron en el edificio y cerraron la puerta. Su relación con la difunta, breve como había sido, concluyó para siempre.

Joseph dispuso entonces las flores como se le había pedido, y las ramas alrededor, hasta que resultó difícil adivinar lo que transportaba el carro. Hizo restallar el látigo, y el bonito coche fúnebre se deslizó colina abajo para tomar el camino de Weatherbury.

La tarde pasaba deprisa y, al mirar a la derecha, en dirección al mar, mientras caminaba junto al caballo, Poorgrass veía extrañas nubes y volutas de bruma que rozaban los arrecifes que rodeaban el paisaje. La bruma se tornaba cada vez más densa, arrastrándose indolente entre los valles, entre los marchitos y acartonados lirios del páramo y la ribera. Sus formas húmedas y esponjosas se cerraban en el cielo. Era una súbita eclosión de hongos atmosféricos que hundían sus raíces en el vecino mar, y para cuando el caballo, el hombre y el cadáver entraron en el bosque de Yalbury, aquella obra silenciosa de una mano invisible los alcanzó hasta envolverlos por completo, anunciando la llegada de las primeras brumas del otoño.

El aire era como un ojo cegado de repente. El carro, con su cargamento, ya no rodaba sobre la división horizontal entre la claridad y la opacidad, sino que se hallaba incrustado en el cuerpo elástico de la monótona palidez circundante. No había en el aire ningún movimiento perceptible, ni una sola gota de agua caía sobre

las hojas de las hayas, los abedules y los abetos del bosque. Los árboles se erguían con actitud decidida, como si anhelasen un viento que acudiera a mecerlos. Una sobrecogedora quietud emanaba de todos los objetos, tan intensa que el crujido de las ruedas del carro se convertía en estruendo, y los rumores sólo audibles durante la noche se distinguían nítidamente individualizados.

Joseph Poorgrass contempló primero el triste cargamento que asomaba ligeramente entre las flores y luego la insondable oscuridad entre los altos árboles, borrosos y sin sombra, de un gris espectral. Se sentía cualquier cosa menos alegre y anhelaba siquiera la compañía de un niño o de un perro. Detuvo el caballo y aguzó el oído. No se oían pasos ni ruedas por ninguna parte, y el funesto silencio sólo se quebró cuando algo pesado cayó de entre las ramas de un árbol y se posó con un golpe seco en el ataúd de la pobre Fanny. Para entonces la niebla había saturado los árboles: el ruido correspondía a la primera gota de agua que caía de las hojas rebosantes de rocío. El eco vacío que produjo en su caída le recordó dolorosamente a la nefasta muerte. Luego cayó otra gota gruesa, y a continuación dos o tres más. El goteo se hizo constante sobre las hojas muertas, sobre el camino y los viajeros. Las ramas más próximas estaban cargadas de gotas grises como los ancianos, y las hojas cobrizas de los álamos aparecían igualmente cubiertas de gotas, como diamantes en una cabellera caoba.

En la aldea que había junto al camino, llamada Roy-Town, justo detrás del bosque, se encontraba la antigua posada de Buck's Head. Se hallaba a unos dos kilómetros de Weatherbury y, en los tiempos de apogeo de la diligencia era el lugar donde muchos vehículos se detenían para descansar y cambiar de caballos. Los establos se habían demolido y era muy poco lo que quedaba además de la propia posada, que, un poco apartada del camino, indicaba su posición a los transeúntes con un cartel colgado de la rama horizontal de un olmo que crecía enfrente.

Los viajeros —pues por aquel entonces apenas se había desarrollado el turismo— decían al ver este árbol que a los artistas les agradaba representar el cartel colgado de esa manera, pero que ni siquiera ellos habían visto jamás un cartel tan perfecto. Fue precisamente cerca de este árbol donde ahora se encontraba el carro donde también Gabriel se detuvo en su primera visita a Weatherbury, pero la oscuridad le impidió ver tanto el cartel como la posada.

Las normas de la posada eran las tradicionales, hasta el punto de quedar grabadas en la memoria de los huéspedes como fórmulas inalterables, como por ejemplo:

Si quiere más bebida, dé un golpe con la jarra.

Si quiere tabaco, grite.

Para llamar a la chica que atiende el local, diga:
«¡Camarera!».

Para llamar a la dueña, diga «¡Patrona!», etc, etc, etc.

La visión del amable cartel resultó un gran alivio para Joseph que, deteniendo de inmediato al caballo, se dispuso a satisfacer un deseo que lo acuciaba desde hacía rato. Se sentía muy abatido. Acercó la cabeza del caballo a la hierba del camino y entró en la posada para tomar una jarra de cerveza. Al entrar en la cocina, situada un escalón por debajo del vestíbulo, que a su vez se encontraba un escalón por debajo del camino, Joseph Poorgrass tuvo la grata visión, en forma de esferas de color cobrizo, de los rostros de Jan Coggan y Mark Clark. Los propietarios de dos de los gaznates más agradecidos de los contornos, sin transgredir los límites del decoro, se hallaban sentados cara a cara en torno a una mesa circular de tres patas, provista de un borde de hierro para evitar que las copas cayeran accidentalmente de un manotazo.

Podría decirse que aquellas caras se asemejaban al sol poniente y a la luna llena brillando frente a frente sobre el planeta.

—¡Pero si es nuestro vecino Poorgrass! —exclamó Mark Clark—. Con esa cara no puedes hacer los honores en la mesa del ama, Joseph.

—He recorrido seis kilómetros con una compañera muy pálida —dijo Joseph, dejando escapar un estremecimiento atenuado por la resignación—. Y a decir verdad, estaba empezando a afectarme. No he visto ni comida ni bebida desde el desayuno, y apenas tomé un tentempié en el campo.

—¡Pues bebe, Joseph, no te refrenes! —dijo Coggan, ofreciéndole una jarra de tres cuartos llena hasta los topes.

Joseph dio un largo trago; luego, otro más largo y, dejando la jarra, dijo:

—Es una bebida deliciosa, deliciosa de verdad, y viene muy bien para aliviar mi triste cometido, por así decir.

—Cierto; beber es una delicia —dijo Jan, como quien repite una verdad tan familiar que apenas advierte cómo su lengua la articula; y, levantando la copa, Coggan inclinó poco a poco la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para que su alma expectante no se apartase por cualquier nimiedad un solo instante de su dicha.

—Tengo que marcharme —dijo Poorgrass—. No es que no me apetezca echar un trago con vosotros, pero los vecinos perderían su confianza en mí si me viesen aquí.

—¿Y qué te traes entre manos, Joseph?

—Regreso a Weatherbury. Tengo a la pobre Fanny Robin ahí fuera, en el carro, y debo estar en la puerta de la iglesia a las cinco menos cuarto.

—Sí... ya me lo han dicho. Al final la han metido en una caja de madera, y no hay quien pague el chelín para que redoblen las campanas ni la media corona de la sepultura.

—La parroquia pagará la media corona de la sepultura, pero no el chelín, porque las campanas son un lujo. Pero enterrarla hay que

enterrarla... pobrecilla. De todos modos, creo que el ama lo pagará todo.

—¡La chica más guapa que he visto en la vida! Pero ¿a qué viene tanta prisa, Joseph? La pobre está muerta, y no puedes resucitarla. Siéntate tranquilamente y tómate otra con nosotros.

—Beberé un poquito más con vosotros, amigos. Pero sólo un momento. Las cosas son como son.

—Por supuesto que tomarás otro trago. Un hombre es dos veces hombre después de beber. Te sientes radiante y lleno de calor, y afrontas el trabajo sin ninguna dificultad, y todo marcha sobre ruedas. Beber mucho es malo, y vuelve a la gente huraña, como ese hombre de la taberna; mucha gente no tiene el don de disfrutar de la bebida, pero, puesto que a nosotros se nos ha concedido esa facultad, debemos hacer buen uso de ella.

—Cierto —asintió Mark Clark—. Es un talento que el Señor ha tenido la generosidad de otorgarnos, y no debemos despreciarlo. ¡Pero entre los curas y los oficinistas y los profesores y esas reuniones tan formales, el buen vivir y la alegría se han olvidado por completo! ¡Por mis huesos que así es!

—Bueno, ahora sí que tengo que irme —dijo Joseph.

—¡Vamos, vamos Joseph... tonterías! La pobre chica ha muerto. ¿Qué prisa tienes?

—Espero que la Providencia no se enfade conmigo por esto —dijo Joseph, tomando asiento de nuevo. Es cierto que he tenido momentos de debilidad últimamente. Este mes ya me he emborrachado una vez, y falté a la iglesia un domingo, y ayer solté un par de maldiciones. Por eso no quiero excederme. La otra vida es la otra vida, y no hay que dilapidarla a la ligera.

—Yo creo que serás miembro de la junta de la iglesia, Joseph. Estoy seguro.

—¡No, no, no! No llegaré tan lejos.

—Yo, por mi parte, soy devoto incondicional de la Iglesia de Inglaterra.

—Sí, tienes fe, y yo también —dijo Mark Clark.

—Yo no me tengo por gran cosa; no me gusta —continuó Coggan, con esa tendencia a hablar de los principios que propicia la cebada—. Pero jamás he cambiado una sola de las enseñanzas. Me adhiero con todas mis fuerzas a la fe en la que he nacido. Sí. Hay que decir algo en defensa de la Iglesia, y es que un hombre puede ser miembro de la Iglesia y pasar un buen rato en la taberna sin preocuparse ni pararse a pensar en doctrinas de ninguna clase. Pero para ser un buen feligrés hay que ir a la iglesia, aunque nieve o aunque truene, y conducirse con el frenesí de un potro desbocado. No es que los miembros de la Iglesia no sean listos a su manera. Son capaces de elevar hermosas oraciones por sus familias y por los naufragios que salen en los periódicos.

—Desde luego... desde luego —dijo Mark Clark, con sentimiento corroborador—. Pero nosotros, los fieles, tenemos que llevarlo todo escrito de antemano, maldita sea; de lo contrario no sabemos qué decirle a un patrón tan grande como el Señor, como si fuésemos recién nacidos.

—Los curas se manejan mejor con los de arriba que nosotros —observó Joseph pensativamente.

—Sí —dijo Coggan—. Todos sabemos muy bien que si alguien irá al Cielo, son ellos. Se han esforzado mucho y se lo merecen. No soy tan tonto para creer que los que cumplimos las normas de la Iglesia tenemos las mismas posibilidades que ellos, porque sabemos que no es así. Pero desprecio a la gente que cambia de religión para ganarse el Cielo. Como si yo cambiara mi testimonio por unas cuantas libras. Os digo, vecinos, que cuando se me helaron las patatas, nuestro párroco, Thirdly, fue quien me dio un saco de semillas, aunque él apenas tenía para cultivar, ni dinero para comprarlas. Si no hubiera sido por él no habría podido sembrar una sola patata en mi huerto. ¿Creéis que podría carecer de fe después de eso? No. Seguiré junto a los míos. Y si nos equivocamos, pues nos equivocamos. ¡Caeré con los que caigan!

—Bien dicho... muy bien dicho —observó Joseph—. En fin, amigos, ahora sí que tengo que irme. No puedo quedarme más. El párroco me estará esperando en la puerta de la iglesia, y ahí fuera en el carro tengo a una mujer.

—¡No seas tan miserable, Joseph Poorgrass! Al párroco no le importará. Es un hombre generoso. Me ha visto en los bares muchas veces, y he consumido grandes cantidades en el curso de una vida larga y turbia. Pero nunca ha puesto el grito en el cielo por eso. Siéntate.

Cuanto más tiempo se quedaba Joseph Poorgrass, menos le preocupaban las responsabilidades que se le habían encomendado para esa tarde. Los minutos pasaban sin sentirse, hasta que las sombras de la noche se volvieron perceptiblemente más profundas y los ojos de los tres hombres meras chispas de luz en la oscuridad. El reloj de Coggan dio las seis en el interior de su bolsillo, con su levedad habitual.

Se oyeron entonces pasos apresurados en la entrada, y la puerta se abrió para dar paso a Gabriel Oak, seguido por la muchacha de la posada que alumbraba el camino con una vela. Oak miró con severidad las caras de los comensales, una alargada, las otras dos redondas, que lo miraban como un violín y dos cacerolas. Joseph Poorgrass parpadeó y se escondió en segundo plano.

—¡De verdad que estoy avergonzado de vosotros! ¡Esto es vergonzoso, Joseph, vergonzoso! —dijo, lleno de indignación—. Y tú, Coggan, ¿dices que eres un hombre y te comportas así?

Coggan miró a Oak indefinidamente, cerrando ora un ojo ora el otro sin que en ello interviniese su voluntad, como si no fuesen órganos sino seres adormilados y dotados de una personalidad propia.

—¡No te lo tomes así, pastor! —dijo Mark Clark, mirando con desaprobación la vela, que parecía tener un interés muy especial en sus ojos.

—Nadie puede hacer daño a una mujer muerta —dijo finalmente Coggan, con la precisión de una máquina—. Ya se ha hecho por ella todo lo que se podía hacer... lo demás no está en nuestra mano. ¿Por qué razón tiene que afanarse un hombre por un trozo de barro sin vida, incapaz de ver o de sentir o de saber lo que se hace con él? Si estuviera viva, yo habría sido el primero en ayudarla. Si necesitara comida y bebida, se la pagaría sin dudarle. Pero está muerta, y por más que corramos no le devolveremos la vida. Ya no está aquí... y el tiempo que le dediquemos es tiempo perdido. ¿Por qué hay que darse tanta prisa en algo que no es necesario? Bebe, pastor, y seamos amigos, porque mañana todos podemos estar igual que ella.

—Podemos —dijo Gabriel enfáticamente, poniéndose a beber él también para no perder la ocasión ante la eventualidad aludida, mientras Jan expresaba sus pensamientos sobre el mañana con la siguiente canción:

*¡Mañana, mañana!
Y mientras encuentre paz y abundancia en mi casa,
con el corazón libre de enfermedad y pena,
compartiré con mis amigos lo que el día de hoy me ofrezca,
y les dejaré que pongan la mesa mañana,
mañana...*

—¡Guárdate tus proclamas, Jan! —exclamó Oak; y volviéndose a Poorgrass añadió—: Y tú, Joseph, que te comportas como un canalla y te equivocas al pensar que eres un santo, estás borracho como una cuba.

—¡No, pastor Oak, no! Atiende a razones, pastor. Lo único que me pasa es que la pena me multiplica la visión, y por eso te veo doble... quiero decir, por eso tú me ves doble.

—Eso es muy malo —observó Mark Clark.

—A mí me pasa siempre después de un rato en el bar —dijo Joseph humildemente—. Sí, lo veo todo doble, como si fuera un santo de los tiempos de Noé y entrase en el arca... Ssssí —añadió, muy afectado al sentirse despreciado, y echándose a llorar—. Creo que soy demasiado bueno para vivir en Inglaterra. Debería haber vivido en el Génesis, por derecho propio, como otros hombres sacrificados, ¡entonces no mmme habrían llamado bbbborracho!

—¡Ojalá te portases como un hombre de temple, en lugar de quedarte ahí sentado, lloriqueando!

—¿Un hombre de temple? ¡... Ya, claro! Permíteme llevar humildemente el nombre de borracho... permíteme ser un hombre que se arrodilla arrepentido. Antes de hacer nada, siempre digo: «Ayúdame, Dios»; desde que me levanto hasta que me acuesto, y estoy dispuesto a aceptar toda la vergüenza que pueda haber en ese acto de devoción. ¡Ja, sí! ¿Conque no soy un hombre de temple? ¿Acaso he consentido alguna vez que el orgullo me dé una patada en el trasero sin quejarme valientemente y cuestionar el derecho a obrar así? ¿Me atrevo a hacer esa pregunta?

—No podemos decir que lo hayas hecho, Héroe Poorgrass —admitió Jan.

—¡Jamás he consentido semejante trato sin cuestionarlo! ¡Y, sin embargo, ante un testimonio como el que acabo de ofrecer, el pastor dice que no soy hombre de temple! En fin, dejémoslo estar. ¡Qué buena amiga es la muerte!

Viendo que ninguno de los tres estaba en condiciones de ocuparse del carro durante el resto del viaje, Gabriel no dijo nada, pero volvió a cerrar la puerta y fue hasta el vehículo, vagamente perceptible entre la niebla y la penumbra de la tarde mohosa. Sacó la cabeza del caballo de la amplia zona de hierba que el animal había dejado pelada, colocó las ramas que cubrían el féretro y se adentró en la noche malsana.

Poco a poco había corrido por el pueblo el rumor de que el cuerpo que traían para enterrar ese día era cuanto quedaba de la

infortunada Fanny Robin, que había seguido al Undécimo Regimiento desde Casterbridge hasta Melchester y aún más allá. Pero, gracias a la discreción de Boldwood y a la generosidad de Oak, no llegó a saberse que el amante al que seguía era Troy. Gabriel confiaba en que la verdad no saliese a la luz al menos hasta que la muchacha llevase varios días enterrada, cuando las barreras de la tierra y del tiempo, y la sensación de que los hechos habían quedado en cierto modo encerrados en el olvido, atenuasen el doloroso impacto que la revelación y los injustos comentarios subsiguientes podrían tener en ese momento para Bathsheba.

Cuando Gabriel llegó a la vieja casona de Bathsheba, camino de la iglesia, todo estaba oscuro. Un hombre salió del jardín y, gritando entre la niebla que caía entre ellos como harina espolvoreada, preguntó:

—¿Eres Poorgrass? ¿Traes el cadáver?

Gabriel reconoció la voz del párroco.

—Traigo el cadáver, reverendo —respondió Gabriel.

—Acabo de preguntarle a la señora Troy por la causa del retraso. Me temo que ya es demasiado tarde para celebrar el sepelio con la debida dignidad. ¿Tienes el certificado del registro?

—No —dijo Gabriel—. Espero que lo tenga Poorgrass; pero está en la posada de Buck's Head. Se me olvidó pedírselo.

—Eso facilita las cosas. Aplazaremos el funeral hasta mañana por la mañana. Podéis dejar el cuerpo en la iglesia o en la granja, y que los enterradores lo traigan por la mañana. Han estado esperando más de una hora, pero ya se han ido a casa.

Gabriel tenía sus razones para oponerse al plan, aunque Fanny hubiese sido una trabajadora de la granja durante años, en vida del tío de Bathsheba. Una sucesión de imágenes de las tristes circunstancias que podrían derivarse de aquel retraso revoloteó en su cabeza. Pero su voluntad no era ley, y entró en la casa para preguntarle a su ama cuáles eran sus deseos sobre el particular. La encontró de un humor impropio en ella: lo miraba con recelo y

perplejidad, como si algo le rondase la cabeza. Troy no había regresado. En un principio, Bathsheba aceptó con expresión indiferente la propuesta de Gabriel de llevar el féretro a la iglesia sin más tardanza, pero un momento después, mientras seguía a Gabriel hasta la cancela, adoptó bruscamente una actitud de extrema solicitud con Fanny, y dijo que metieran a la muchacha en la casa. Oak le hizo ver la conveniencia de dejarla en el carro, tal como estaba, rodeada de ramas y de flores, y de aparcar el carro en la cochera hasta la mañana siguiente. Pero no hubo manera.

—Es una falta de consideración y no es cristiano dejar a la pobre chica en la cochera toda la noche —objetó Bathsheba.

—Muy bien —dijo el párroco—. Me ocuparé de que el funeral se celebre a primera hora de la mañana. Tal vez la señora Troy tenga razón al pensar que nunca es demasiado el respeto que merece la difunta... No debemos olvidar que, aunque la muchacha cometiese el grave error de marcharse de casa, sigue siendo nuestra hermana. Y debemos creer que la infinita bondad de Dios también la alcanza a ella, y que es miembro del rebaño de Cristo.

Las palabras del sacerdote se propagaron por el aire denso con una cadencia triste, aunque no perturbada, y Gabriel soltó una lágrima realmente sincera. Bathsheba no parecía emocionada. El párroco se marchó entonces, y Gabriel encendió un farol. Buscó a otros tres hombres para que lo ayudasen, y entre todos transportaron a la díscola muchacha hasta la casa, depositando el féretro sobre dos bancos en el centro de una pequeña sala de estar situada junto al vestíbulo, tal como indicó Bathsheba.

Todos excepto Oak abandonaron la estancia. Gabriel se quedó indeciso junto al cadáver. Se sentía profundamente preocupado por la triste ironía que las circunstancias suponían para la mujer de Troy, y por su impotencia para evitarlas. Pese al cuidado con que se había conducido durante todo el día, había terminado ocurriendo lo peor que podía ocurrir con el entierro. Imaginó que toda una tarde de trabajo y esfuerzo podía concluir con un terrible descubrimiento

que acaso arrojara sobre la vida de Bathsheba una sombra que el paso de los años quizá lograra atenuar, pero que nunca desaparecería por completo.

De pronto, como en un último esfuerzo por salvar a Bathsheba de al menos una angustia inmediata, volvió a mirar como había hecho un momento antes las letras escritas con tiza sobre el ataúd. El texto decía sencillamente: «Fanny Robin e hijo». Gabriel sacó un pañuelo y borró con cuidado las dos últimas palabras, dejando visible sólo el nombre de la muchacha. Luego salió de la habitación y cruzó en silencio la puerta principal.

Capítulo XLIII

La venganza de Fanny

—¿Me necesita para algo más, señora? —preguntó Liddy poco después, apostada junto a la puerta con una palmatoria en la mano y dirigiéndose a Bathsheba, que estaba sentada triste y sola en el gran salón, junto al primer fuego de la temporada.

—Ya no te necesito esta noche, Liddy.

—Si quiere me siento a esperar al señor. No tengo miedo de Fanny, si puedo esperar en mi habitación con una vela encendida. Era una chica tan inocente que su espíritu no podría aparecerse a nadie, aunque quisiera. Estoy segura.

—¡No, no! Vete a la cama. Yo lo esperaré hasta las doce y, si a esa hora no ha llegado, también me acostaré.

—Ya son las diez y media.

—¿De verdad?

—¿Por qué no espera arriba, señora?

—¿Por qué no? —repitió Bathsheba con desgana—. No vale la pena. Aquí estoy junto al fuego, Liddy. —Y acto seguido, con un impulsivo y ansioso susurro, exclamó—: ¿Has oído decir algo extraño de Fanny? —No bien hubo pronunciado estas palabras, una expresión de indecible pesar nubló su cara, y Bathsheba estalló en lágrimas.

—No... ¡ni una palabra! —dijo Liddy, mirando con asombro a la mujer que lloraba—. ¿Por qué llora así, señora? ¿Se encuentra mal? —se acercó a Bathsheba con la mayor condolencia.

—No, Liddy. No te necesito. La verdad es que no sé por qué me ha dado por llorar tanto últimamente. Antes nunca lloraba. Buenas noches.

Liddy salió del salón y cerró la puerta.

Bathsheba se sentía sola y desesperada; no más sola de lo que se había sentido antes de casarse, pero esta nueva soledad era al presente lo que la soledad de una montaña es a la soledad de una caverna. Y durante los últimos días había empezado a albergar inquietantes pensamientos sobre el pasado de su marido. Sus caprichosos sentimientos de esa noche sobre el lugar de descanso provisional de Fanny respondían a una extraña combinación de impulsos en su corazón. Tal vez fuera más exacto definirlos como una firme rebelión contra sus prejuicios, como la violenta reacción de un bajo instinto de falta de caridad capaz de negar a la difunta cualquier sentimiento por el hecho de haberla precedido, mientras aún estaba viva, en el corazón de un hombre al que ella en modo alguno había dejado de amar, aun cuando su amor se hallase en ese momento herido de muerte por la gravedad de sus celos.

Cinco o diez minutos más tarde volvieron a llamar a la puerta. Allí estaba otra vez Liddy, que entró unos metros en la sala y se detuvo con vacilación, hasta que al fin dijo:

—Maryann acaba de oír una cosa muy extraña, pero creo que no es verdad. Creo dentro de un par de días lo sabremos con seguridad.

—¿De qué se trata?

—De nada que tenga que ver con usted o con nosotros, señora. Es algo sobre Fanny. Lo mismo que oyó usted.

—Yo no he oído nada.

—Quiero decir que desde hace una hora circula por Weatherbury una historia escandalosa y que... —Liddy se acercó a su ama y le susurró al oído, muy despacio, el resto de la frase, inclinando la cabeza en dirección a la sala donde se encontraba Fanny.

Bathsheba se echó a temblar de la cabeza a los pies.

—¡No me lo creo! —dijo, muy nerviosa—. En la tapa del féretro sólo hay un nombre escrito.

—Yo tampoco lo creo, señora. Y mucha gente no lo cree, porque si fuera cierto lo habríamos sabido antes... ¿No le parece, señora?

—Puede que sí o puede que no.

Bathsheba se dio la vuelta y centró la vista en el fuego, para que Liddy no pudiera ver su rostro. Viendo que el ama no iba a decir nada más, Liddy se retiró en silencio, cerró la puerta sin hacer ruido y se fue a la cama.

Esa noche, mientras seguía observando el fuego, el rostro de Bathsheba habría despertado el cariño incluso de quienes menos la querían. El triste destino de Fanny Robin no despertaba en ella el menor sentimiento de triunfo, aun cuando ella fuese la Esther de aquella pobre Vasti^[29] y sus destinos pudieran entenderse en cierto modo como contrarios. Cuando Liddy entró en la habitación por segunda vez, los hermosos ojos que se cruzaron con los suyos tenían una expresión lánguida y cansada. Cuando salió después de contar aquella historia, los mismos ojos expresaban un dolor en plena ebullición. Su sencilla naturaleza de campesina, alimentada por principios anticuados, quedó apenada por algo que habría afectado muy poco a una mujer de mundo, y ese algo era que tanto Fanny como su hijo, si es que realmente estaba embarazada, habían muerto.

Bathsheba tenía razones para establecer cierta relación entre su propia historia y la vagamente sospechada tragedia de Fanny; razones que ni Oak ni Boldwood, siquiera por un momento, le reconocían. El encuentro con la pobre mujer el sábado anterior no había sido presenciado por nadie, y nada se había comentado al respecto. Oak podía albergar las mejores intenciones para ocultar durante el máximo tiempo posible los detalles sobre lo que le había ocurrido a Fanny pero, de haber sabido que Bathsheba ya intuía algo, no habría hecho nada por prolongar los minutos de

incertidumbre que estaba viviendo, si bien la certeza que pondría fin a todo ello sería peor que la peor de las sospechas.

Bathsheba sintió de pronto un deseo irrefrenable de hablar con alguien con mayor entereza que ella, y de este modo sacar la fuerza necesaria para soportar las sospechas con dignidad y las atroces dudas con estoicismo. ¿Dónde encontraría un amigo así? Desde luego no en casa. Era, con mucho, la más fría de las mujeres que vivían bajo ese techo. Quería aprender a ser paciente y a suspender el juicio por espacio de algunas horas, pero nadie podía enseñarle cómo. ¡Si pudiera acudir a Gabriel Oak! Pero eso era imposible. Le admiraba su manera de soportar las cosas. Boldwood, que parecía de sentimientos más profundos, elevados e intensos que Gabriel, aún no había aprendido, como tampoco ella, la sencilla lección que éste daba muestras de dominar en cada gesto y cada mirada: que entre la multitud de intereses que lo rodeaban, los que afectaban a su bienestar personal no eran los más absorbentes ni importantes. Oak escudriñaba pensativamente el horizonte de las circunstancias sin prestar especial atención a su situación personal en el conjunto. Así era como deseaba ser Bathsheba. Pero a Oak no le atormentaba la incertidumbre en lo más íntimo de su ser, como le ocurría a ella en ese momento. Oak sabía todo lo que ella deseaba saber sobre Fanny... de eso estaba segura. Si fuera a su encuentro para preguntarle sólo: «¿Qué hay de verdad en toda esta historia?», Gabriel se sentiría obligado a contárselo todo. Y el alivio sería inmenso. No necesitaría decir nada más. Él la conocía tan bien que jamás se alarmaría si ella daba alguna muestra de comportamiento excéntrico.

Se envolvió en una capa, fue hasta la puerta y la abrió. Hasta la última hoja y la última rama estaban inmóviles. El aire seguía cargado de humedad, aunque algo menos que por la tarde, y el continuo goteo del agua sobre las hojas caídas bajo las ramas adquiría casi una cualidad musical, regular y sedante. Parecía preferible estar fuera de casa que dentro, y Bathsheba cerró la

puerta y echó a andar despacio hasta que llegó frente a la casita de Gabriel, donde ahora vivía solo tras abandonar la vivienda de Coggan, agobiado por la falta de espacio. Sólo había luz en una ventana de la planta baja. Los postigos no estaban cerrados, ni las persianas y cortinas echadas, pues ni el robo ni el hecho de ser observado eran circunstancias que preocupasen al ocupante de la casa. Gabriel estaba sentado; leía. Desde donde se encontraba, Bathsheba lo veía perfectamente: muy tranquilo, la cabeza apoyada en una mano, tan concentrado que sólo de vez en cuando levantaba la vista hacia la vela que ardía junto a él. Al cabo de un rato miró el reloj y, en apariencia sorprendido por lo avanzado de la hora, cerró el libro y se puso en pie. Se disponía a acostarse, pensó Bathsheba; debía llamar de inmediato. ¡Pero, ay, no se decidía! No se sentía capaz. Por nada del mundo podía revelarles ni una pizca de su pena en aquel momento, y mucho menos pedirle a las claras información sobre la causa de la muerte de Fanny. Tendría que sospechar, intuir, enfadarse y soportarlo todo sola.

Como un vagabundo sin hogar, echó a andar por el camino, arrullada y fascinada por el ambiente de armonía que parecía emanar de la casita y que tan tristemente faltaba en su hogar. Gabriel apareció en una de las habitaciones del piso de arriba, dejó su vela en el alféizar de la ventana y se arrodilló para rezar. El contraste de aquella escena con la rebelde y agitada existencia de Bathsheba resultó insoportable para ella, y no pudo seguir mirando. En modo alguno debía turbar esa paz con sus quebraderos de cabeza. Recorrería el vertiginoso y confuso camino hasta el final, tal como había empezado. Con el corazón encogido, volvió a subir por el camino y se metió en casa.

Aún más agitada por la lección que acababa de darle Gabriel, se detuvo en el vestíbulo y se quedó mirando la puerta de la habitación donde yacía Fanny. Entrelazó los dedos, echó la cabeza hacia atrás y se apretó la frente con las manos calientes, al tiempo que decía, con un histérico sollozo:

—¡Le pido a Dios que me cuentes tu secreto, Fanny!... ¡Espero que no sea cierto que seáis dos! ¡Si pudiera meterme dentro de ti siquiera por un instante, lo sabría todo!

Pasó un rato, y Bathsheba añadió lentamente:

—Y lo sabré.

Pasado el tiempo, Bathsheba no fue capaz de calibrar el estado de ánimo que la llevó a hacer lo que al fin hizo esa memorable noche de su vida. Fue al trastero en busca de un destornillador. Al cabo de un rato, breve aunque indefinido, se encontró en la salita, temblando de emoción, con los ojos nublados y un atroz latido en la cabeza, de pie junto al féretro abierto de la muchacha cuyo final tanto afectaba a su propia vida, y diciéndose con voz ronca, al tiempo que miraba:

—¡Era preferible saber lo peor, y ahora lo sé!

Era consciente de haber llegado a aquella situación tras realizar una serie de actos como sumida en un sueño delirante; de haber seguido como método la idea que con deslumbrante claridad había estallado en su pensamiento mientras se encontraba en el vestíbulo; de haber subido las escaleras escuchando atentamente la respiración profunda de sus criadas, para asegurarse de que todas dormían; de haber vuelto a bajar y haber abierto la puerta de la sala donde yacía la joven muerta, y de haberse dispuesto a hacer sin más tardanza algo que, de haber imaginado que haría de noche y sola, la habría aterrorizado, pero que, una vez hecho, no había sido tan terrible como la prueba concluyente de la conducta de su marido, el cual sin ninguna duda estaba al corriente del último capítulo de la historia de Fanny.

Bathsheba hundió la cabeza en el pecho, y la respiración que había estado conteniendo por la intriga, la curiosidad y el interés, salió entonces como un leve gemido: «¡Ahhhh!». Y el silencio de la habitación prolongó su queja.

Sus lágrimas caían a raudales junto a la inconsciente pareja que yacía en el ataúd; eran lágrimas de origen confuso, de naturaleza

indescriptible, casi imposibles de definir salvo como lágrimas de pura tristeza. A buen seguro que el fuego de aquel llanto había vivido en las cenizas de Fanny, pues los acontecimientos se habían confabulado para llevarla hasta allí de un modo tan natural, discreto y eficaz. Fanny había realizado la única proeza —la de morir— capaz de convertir en grandiosa una situación mezquina. Y, para ello, el destino había previsto ese reencuentro en plena noche que, en la desbocada imaginación de Bathsheba, transformaría en éxito el fracaso de su compañera, en triunfo su humillación, en fortuna su infortunio, arrojando sobre la propia Bathsheba una luz llamativa y ridiculizante, que dibujaba una sonrisa irónica en todo cuanto la rodeaba.

El rostro de Fanny aparecía enmarcado por su pelo rubio, y ya no había espacio para la duda sobre el origen del rizo que Troy conservaba en su reloj. En la febril fantasía de Bathsheba, aquel rostro inocente y blanco expresaba una leve conciencia triunfal del dolor con que se vengaba del dolor que a ella se le había infligido, con el implacable rigor del «Ojo por ojo y diente por diente».

Bathsheba pensó por un momento que la única salida posible a aquella situación era la muerte inmediata, que, si bien consideró inconveniente y atroz, ponía límites insoslayables a la inconveniencia y la atrocidad, mientras que las penas de la vida eran infinitas. Sin embargo, incluso el proyecto de desaparecer muriendo no era sino un pobre plagio del método de su rival, aunque exento de las razones que engrandecían a la difunta. Daba vueltas por la habitación, como hacía siempre cuando estaba nerviosa, con las manos crispadas, mientras pensaba y expresaba con palabras rotas: «La odio, aunque no deseo odiarla, porque sé que es horrible y mezquino. ¡Pero la odio! ¡Sí, mi cuerpo insiste en odiarla, aunque mi alma no lo quiera!... Si al menos estuviera viva, podría enfadarme con ella y tendría alguna justificación para ser cruel, pero vengarse de una pobre mujer muerta es algo que se vuelve contra mí. ¡Dios, ten piedad! ¡No puedo soportarlo!».

Tanto se asustó Bathsheba de su estado de ánimo, que buscó a su alrededor algo donde refugiarse de sí misma. Le vino a la cabeza la imagen de Oak arrodillándose esa noche y, con el instinto de imitación que anima a las mujeres, se aferró a esa idea, decidida a arrodillarse y, a ser posible, rezar. Gabriel había rezado; ella también rezaría.

Se arrodilló junto al féretro, se cubrió la cara con las manos y, durante un rato, la habitación quedó silenciosa como una tumba. Bien por pura mecánica, bien por cualquier otra razón, cuando Bathsheba se puso en pie su ánimo se había serenado y lamentó los contradictorios instintos que poco antes la habían dominado.

En su deseo por expiar su culpa, cogió unas flores de un jarrón que había junto a la ventana y las dispuso alrededor de la cabeza de Fanny. No tenía otro modo de mostrar su afecto por los que se marchaban que ofreciéndoles flores. No supo cuánto tiempo estuvo ocupada con esta tarea. Se olvidó de la hora, de la vida, de dónde estaba, de lo que hacía. Un portazo en la entrada de la cochera la hizo volver en sí. Poco después, la puerta de la casa se abrió y se cerró, unos pasos cruzaron el vestíbulo, y su marido apareció en el umbral de la salita y se quedó mirándola.

Troy lo fue entendiendo todo poco a poco y contempló la escena anonadado, como si la considerase una ilusión fruto de un hechizo maligno. Bathsheba, pálida como un cadáver, lo miró con idéntico desconcierto.

Las intuiciones responden tan poco a una inducción legítima que, en ese momento, mientras permanecía apostado en la entrada, Troy no fue capaz de relacionar a Fanny con lo que estaba viendo. La primera idea confusa que le vino a la cabeza fue que alguien de la casa había muerto.

—Pero... ¿qué? —preguntó con perplejidad.

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme! —dijo Bathsheba, más para sí que para él. Se acercó a la puerta con la mirada perdida, y lo apartó para salir.

—¿Qué ha pasado, por el amor de Dios? ¿Quién ha muerto? — preguntó Troy.

—No puedo decírtelo; deja que me vaya. ¡Necesito aire!

—No. ¡Quédate! ¡Insisto! —la agarró de la mano, y la voluntad pareció abandonar a Bathsheba, que se dejó caer en un estado de absoluta pasividad. Troy, sin dejar de sujetarla, entró en la habitación y, de este modo, cogidos de la mano, marido y mujer se acercaron hasta el ataúd.

La vela reposaba en un escritorio, muy cerca de ellos, y su luz inclinada aumentaba nítidamente los fríos rasgos de la madre y del bebé. Troy observó la escena, soltó la mano de su mujer al comprenderlo todo con siniestra claridad, y se quedó inmóvil.

Tan quieto estaba que se diría que había perdido la fuerza por completo. La colisión de sentimientos que se confundían unos a otros terminaba por neutralizarlos a todos, de tal suerte que ninguno prevalecía sobre los demás.

—¿La conoces? —preguntó Bathsheba, la voz como un eco encerrado procedente del interior de una celda.

—La conozco —dijo Troy.

—¿Es ella?

—Es ella.

En un principio se había mantenido perfectamente erguido. Ahora, casi paralizado, se apreciaba en su esqueleto un conato de movimiento, tal como en la noche más oscura puede distinguirse un poco de luz al cabo de algún tiempo. Se inclinó poco a poco hacia delante. Su expresión se suavizó y la consternación dio paso a una tristeza infinita. Bathsheba lo miraba desde el otro lado, los labios aún entreabiertos y la mirada perdida. La capacidad de sentir intensamente es proporcional a la fuerza del carácter, y es posible que con todo su sufrimiento, mayor en proporción a su fuerza, Fanny jamás hubiese sufrido en un sentido absoluto tanto como Bathsheba sufría en ese momento.

Troy se hincó de rodillas con una indefinible mezcla de remordimiento y veneración, e, inclinándose sobre Fanny Robin, la besó dulcemente, como se besa a un niño que duerme para no despertarlo.

Ante la visión de aquel gesto para ella insoportable, Bathsheba saltó sobre él. Los intensos sentimientos que había experimentado a lo largo de su existencia desde que supo lo que eran los sentimientos, parecieron coincidir en un solo impulso. La repugnancia y la indignación que había sentido poco antes, mientras reflexionaba sobre el honor comprometido, la anticipación, el robo de su maternidad por parte de otra mujer, estalló con irrefrenable y brutal violencia. Todo quedó eclipsado por el simple pero intenso vínculo entre marido y mujer. Antes había suspirado por su independencia, y ahora clamaba a gritos contra la ruptura de esa unión que había deplorado. Echó los brazos al cuello de Troy, y suplicó con desesperación, desde lo más hondo de su alma:

—No... ¡no los beses! Por favor, Frank, no puedo soportarlo... ¡No puedo! Yo te amo más que ella. Bésame a mí, Frank... ¡bésame a mí! ¡Por favor, Frank, bésame a mí!

Había algo tan anormal y desconcertante en el dolor infantil y en la simpleza de semejante súplica en una mujer del calibre y la independencia de Bathsheba, que Troy, apartando sus brazos tensos del cuello, la miró con perplejidad. La revelación de que todas las mujeres fuesen en el fondo iguales, incluso aquellas tan distintas en lo accesorio como lo eran Fanny y la mujer que estaba junto a él, era tan inesperada que Troy apenas podía creer que aquélla fuese su orgullosa Bathsheba. Le pareció animada en ese momento por el espíritu de la propia Fanny, pero la impresión sólo duró unos instantes. Una vez hubo pasado la sorpresa momentánea, Troy cambió su expresión por una mirada imperiosa y categórica.

—¡No te besaré! —dijo, apartándola de su lado.

Habría sido preferible que Bathsheba no fuese más allá. Pero es posible que, dado lo angustioso de las circunstancias, hablar fuese el único error comprensible, aunque no perdonable en ella, ahora que su legítima rival no era más que un cadáver. Absorbió de nuevo todos los sentimientos que había manifestado en su arrebatado de debilidad y, con un enorme esfuerzo por dominarse, dijo:

—¿Tienes algo que decir? —habló en tono amargo y extrañamente bajo, en realidad con la voz de otra mujer.

—Tengo que decir que he sido un hombre malo y miserable — fue la respuesta de Troy.

—Y que esta mujer es tu víctima; igual que yo.

—¡Ah! No me provoques, señora. Esta mujer significa mucho más para mí, incluso muerta, de lo que tú hayas significado, signifiqués o puedas significar. Si Satanás no me hubiese tentado con esa cara tan linda y tus malditas coqueterías, me habría casado con ella. En ningún momento pensé otra cosa, hasta que te cruzaste en mi camino. ¡Ojalá Dios hubiera querido que así fuera! ¡Ahora es demasiado tarde! ¡Y merezco vivir atormentado por lo que he hecho! —se volvió entonces a Fanny y dijo—: Pero no te preocupes, cariño. ¡Ante el Cielo declaro que tú y sólo tú eres mi mujer!

Un largo y sofocado grito de infinita desesperación y rabia salió de los labios de Bathsheba al oír estas palabras, un gemido de angustia como jamás se había oído entre aquellas viejas paredes. Fue el «Todo está cumplido» de su unión con Troy.

—Si ella es... eso, ¿qué... soy yo? —añadió, como continuación del mismo grito, y entre sollozos lastimeros; y lo extraño de semejante abandono en ella no hizo sino empeorar la situación.

—Tú no eres nada para mí... nada —dijo Troy, sin compasión alguna—. Una ceremonia ante un sacerdote no construye un matrimonio. Moralmente no soy tuyo.

Se apoderó entonces de Bathsheba el incontenible impulso de huir de él, de salir corriendo de allí, de esconderse y escapar a sus

palabras a cualquier precio, sin detenerse siquiera ante la misma muerte. No esperó un instante; abrió la puerta y salió corriendo.

Capítulo XLIV

Debajo de un árbol — Reacción

Bathsheba echó a andar por la carretera oscura, sin saber adónde huía y sin importarle nada. No tomó conciencia de su situación hasta llegar junto a una puerta, al otro lado de la cual crecía un matorral junto a un gran roble y unos álamos. Al observarlo con mayor detenimiento, pensó que había estado en aquel lugar de día en alguna ocasión, y lo que parecía una barrera vegetal infranqueable era en realidad un helecho marchito. En su desesperación, no se le ocurrió nada mejor que entrar y esconderse; y, al hacerlo, atisbó un espacio protegido de la niebla junto a un tronco caído, donde se dejó caer sobre un enmarañado lecho de frondas y tallos. Amontonó mecánicamente unos cuantos manojos a su alrededor para resguardarse de la brisa, y cerró los ojos.

Bathsheba no tuvo clara conciencia de si durmió o no durmió esa noche. Pero cuando volvió en sí, mucho tiempo después, lo hizo más tranquila y con la cabeza más fría, al reparar en la interesante escena que tenía lugar entre los árboles, por encima y alrededor de ella.

Un tosco parloteo fue el primer sonido.

Un gorrión acababa de despertarse.

A continuación se oyó un «Chii-uuuuis-uuuuis», desde otro árbol.

Era un pinzón.

Luego: «Tink-tink-tink-tink-a-chink», desde el seto.

Era un petirrojo.

«¡Chac, chac, chac!», encima.

Una ardilla.

Luego, desde el camino:

—¡Con mi ra-ta-tá y mi ron-pon-pón!

Era un joven labrador. Venía en sentido contrario y, a juzgar por la voz, Bathsheba creyó que era uno de los chicos de su granja. El muchacho iba seguido por un cortejo de pisadas sonoras y, entre los helechos, Bathsheba distinguió en la pálida luz del alba un grupo de caballos de su propiedad. Se detuvieron a beber en una alberca al otro lado del camino. Los vio meterse en la alberca haciendo aspavientos, beber, levantar la cabeza y beber de nuevo, mientras el agua goteaba de sus bocas formando hilillos de plata. Se repitieron los aspavientos, los caballos salieron de la alberca y dieron la vuelta en dirección a la granja.

Bathsheba siguió mirando a su alrededor. El día empezaba a clarear, y las acaloradas acciones y decisiones del día anterior contrastaban morbosamente con los colores y la frescura del aire. Vio que tenía el regazo y el pelo salpicado de hojas rojas y amarillas, que habían caído del árbol y se habían posado en silencio durante su duermevela. Se sacudió el vestido, y un montón de hojarasca revoloteó en la corriente de aire que Bathsheba levantó al incorporarse, «como fantasmas hechizados y en fuga»^[30].

Había una abertura hacia el este, y el resplandor del sol, que aún no había aparecido, atrajo su mirada hacia ella. Desde sus pies, y entre los hermosos helechos amarillentos de plumosos brazos, el terreno descendía en pendiente hasta una hondonada donde se había formado una especie de ciénaga salpicada de hongos. La neblina matinal colgaba sobre la ciénaga, como un ostentoso aunque magnífico velo de plata, inundado de luz del sol y, no obstante, semiopaco, mientras el seto situado detrás quedaba parcialmente oculto por su lechosa luminosidad. En las paredes de la hondonada crecían penachos de juncos, y aquí y allá brotaba una peculiar especie de lirio, cuyas hojas brillaban como guadañas bajo

el sol naciente. Pero la ciénaga tenía un aspecto malsano. De su húmeda y viscosa capa parecía emanar la esencia de todas las cosas maléficas de la tierra y de las aguas subterráneas. Los hongos crecían de cualquier manera sobre las hojas y la madera podrida, exhibiendo unos sus sombreros viscosos, otros sus láminas supurantes. Los había marcados con grandes manchas, rojos como la sangre arterial, y también azafranados, altos y esbeltos, con tallos como macarrones. Algunos se asemejaban al cuero, en todos los tonos del marrón. La hondonada parecía un criadero de pestilencias pequeñas y grandes rodeado de confort y salubridad, y Bathsheba se levantó temblando al pensar que había pasado la noche junto a un lugar tan lúgubre.

Se oían ahora en el camino otras pisadas. Bathsheba seguía teniendo los nervios rotos; olvidó agazaparse, y el viandante apareció ante su vista. Era un colegial, con la bolsa del almuerzo colgada del hombro y un libro en la mano. Se detuvo junto a la cancela y, sin levantar la vista, siguió murmurando palabras en un tono demasiado bajo para que ella pudiera oírlo.

—«Oh, Señor, Oh, Señor, Oh, Señor, Oh, Señor»... Eso me lo sé del libro. «Danos, danos, danos, danos, danos»... Eso me lo sé. «La gracia, la gracia, la gracia, la gracia»... Eso también me lo sé. — Siguió repitiendo palabras del mismo modo. Al parecer el niño era de los torpes. El libro era un salterio, y aquélla su manera de aprender las colectas. En los momentos de mayor apuro siempre parece que una capa superficial de la conciencia se separa del resto y presta atención a cualquier nimiedad, y a Bathsheba le hizo gracia el método del niño.

Para entonces, el estupor había dado paso a la ansiedad, y la ansiedad empezaba a dejar espacio al hambre y la sed. Una silueta se dibujó en el promontorio situado sobre la ciénaga, medio oculta entre la neblina, y caminó hacia Bathsheba. La mujer —pues de una mujer se trataba— se aproximó con recelo, mirando inquieta hacia todas partes. Cuando se desvió un poco más a la izquierda y se

acercó, Bathsheba vio el perfil de la recién llegada contra el cielo soleado y reconoció la sinuosa caída desde la frente hasta la barbilla, sin ángulo alguno ni línea concluyente, como el familiar contorno de Liddy Smallbury.

Su corazón saltó de gratitud ante la idea de no estar completamente abandonada, y se levantó de un brinco.

—¡Ay, Liddy! —dijo, o intentó decir; pero sus labios se limitaron a dibujar las palabras. No salió sonido alguno. Había perdido la voz después de pasar la noche en ese ambiente cargado.

—¡Ay, señora! Cuánto me alegro de haberla encontrado —dijo Liddy, nada más verla.

—No puedes cruzar —dijo Bathsheba con un susurro que en vano intentó ampliar para que llegase a oídos de Liddy. Liddy, sin darse cuenta, se metió en la ciénaga, al tiempo que decía:

—Creo que aguantará mi peso.

Bathsheba nunca olvidó la imagen fugaz de Liddy cruzando la ciénaga para ir a su encuentro bajo la luz de la mañana. Burbujas iridiscentes de húmedo y frío aliento subterráneo brotaban de la tierra sudorosa junto a los pies de la muchacha a medida que ésta avanzaba, siseando al explotar y expandirse en el vaporoso cielo. Liddy no se hundió, como Bathsheba había imaginado.

Aterrizó sana y salva al otro lado y observó el hermoso aunque pálido y cansado rostro de su joven ama.

—¡Pobrecilla! —exclamó Liddy, con los ojos llenos de lágrimas—. Anímese un poco, señora. Aunque...

—No puedo hablar más alto... Me he quedado sin voz por el momento —dijo Bathsheba, apresuradamente—. Supongo que la humedad de la ciénaga se la ha llevado. Liddy, no me hagas preguntas. ¿Te envía alguien?

—Nadie. Cuando vi que no estaba usted en casa, pensé que algo malo había ocurrido. Me pareció oír su voz anoche, bastante tarde; por eso, como sabía que había pasado algo...

—¿Está él en casa?

—No; se marchó justo antes de que yo saliera.

—¿Se han llevado a Fanny?

—Todavía no. Pero se la llevarán pronto... a las nueve.

—Entonces no iremos a casa. ¿Qué te parece si charlamos un poco en el bosque?

Liddy, que no llegaba a entenderlo todo, ni siquiera parte del episodio, asintió, y juntas echaron a andar entre los árboles.

—Es mejor que vuelva a casa, señora, y que coma algo. ¡Va a coger una pulmonía!

—De momento no volveré... puede que no vuelva nunca.

—¿Quiere que le traiga algo de comer y algo más para echarse sobre la cabeza que ese chal que lleva?

—Si eres tan amable, Liddy.

Liddy desapareció y regresó al cabo de veinte minutos con una capa, un sombrero, unas rebanadas de pan con mantequilla, una taza y un poco de té caliente en una tetera de porcelana.

—¿Se han llevado a Fanny? —preguntó Bathsheba.

—No —respondió Liddy, mientras servía el té.

Bathsheba se abrigó y comió y bebió moderadamente. Su voz se tornó entonces algo más clara, y su rostro recuperó un poco de color.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Deambularon por el bosque durante casi dos horas. Bathsheba respondía con monosílabos a la charla de Liddy, pues tenía el pensamiento puesto en una sola cosa. La interrumpió diciendo:

—¿Se habrán llevado ya a Fanny?

—Iré a ver.

Volvió diciendo que los hombres acababan de llevarse el cadáver; que habían preguntado por Bathsheba y que ella había respondido que la señora no se encontraba bien y no podía recibir a nadie.

—Entonces creen que estoy en mi dormitorio.

—Sí —dijo Liddy; y se atrevió a añadir—: Cuando vine a buscarla dijo usted que tal vez no volvería a casa nunca. No lo decía en serio, ¿verdad, señora?

—No. He cambiado de opinión. Sólo las mujeres sin orgullo huyen de sus maridos. Hay algo peor que el hecho de que te encuentren muerta en la casa de tu marido por sus malos tratos, y es que te encuentren viva en otra parte. He estado pensando en ello esta mañana, y he elegido mi castigo. Una esposa que huye es un obstáculo para todo el mundo, una carga para sí misma y un motivo de desprecio... y eso crea una desgracia mayor que nada de lo que pueda ocurrirle en casa... aunque también implique cosas insignificantes, como son los insultos, las palizas y la muerte de hambre. Liddy, si alguna vez te casas, ¡Dios no lo quiera!, te verás en una situación terrible. Pero, ten en cuenta lo que te digo: no flaquees. Quédate en tu sitio y deja que te corten en pedazos. Eso es lo que yo voy a hacer.

—¡Ay, señora! ¡No hable usted así! —dijo Liddy, tomándola de la mano—. Yo sabía que tenía usted demasiado juicio para marcharse. ¿Puedo preguntarle qué cosa tan terrible ha ocurrido entre usted y él?

—Puedes preguntarlo; pero no voy a decírtelo.

Diez minutos más tarde regresaron a la casa por un camino que la rodeaba, y entraron por la puerta de atrás. Bathsheba subió a un desván que no se usaba, y Liddy la acompañó.

—Liddy —dijo, sintiéndose algo más animada, pues la juventud y la esperanza empezaban a reafirmarse—, vas a ser mi confidente en este momento... Necesito que alguien lo sea... y te elijo a ti. Voy a instalarme aquí durante algún tiempo. ¿Quieres encender un fuego, colocar una alfombra y ayudarme a poner cómodo este lugar? Luego, quiero que Maryann y tú subáis esa cama de madera que hay en la habitación pequeña, y una mesa y algunas otras cosas... ¿Qué puedo hacer para matar el tiempo?

—Hacer dobladillos a los pañuelos es una buena distracción — dijo Liddy.

—¡No, no! Detesto coser... nunca me gustó.

—¿Tricotar?

—Tampoco.

—Podría terminar su dechado. Ya sólo le faltan los claveles y los pavos reales. Y después podría enmarcarlo y colgarlo junto al de su tía, señora.

—Los dechados están pasados de moda... son pueblerinos. No, Liddy. Prefiero leer. Súbeme unos libros... que no sean modernos. No tengo ánimos para leer nada nuevo.

—¿Algunos de los antiguos de su tío, señora?

—Sí, de esos que guardamos en cajas. —Un leve resplandor iluminó su cara mientras decía—: Trae la *Tragedia de la doncella*, de Beaumont y Fletcher, y *La novia de luto*, y... déjame pensar... *Pensamientos nocturnos*, y *La vanidad de los deseos humanos*.^[31]

—¿Y esa historia del negro que mató a su mujer, Desdémona? Es muy triste, pero en este momento le sentará muy bien.

—Liddy, has estado hurgando en mis libros sin decírmelo. ¡Y te dije que no lo hicieras! ¿Cómo se te ocurre pensar que me sentará bien? No me sentaría nada bien.

—Pero si los demás...

—Los demás, nada. No quiero leer libros tristes. ¿Para qué voy a leer libros tristes? Tráeme *Amor en la aldea*, y *La chica del molino*, y *Doctor Syntax*, y algunos tomos del *Espectador*.^[32]

Bathsheba y Liddy pasaron el día en el desván como si estuvieran en una barricada. Tal precaución resultó innecesaria por lo que a Troy respectaba, pues no se dejó ver por los alrededores ni causó ningún contratiempo. Bathsheba estuvo sentada junto a la ventana hasta que se puso el sol, intentando leer unas veces, otras observando sin demasiada atención cada movimiento del exterior y escuchando sin demasiado interés cada sonido.

El sol se puso rojo como la sangre esa noche, mientras una nube violácea captaba sus rayos al este del cielo. Sobre este fondo oscuro, el lado oeste de la torre de la iglesia —la única parte del edificio visible desde las ventanas de la granja— se alzaba claro y luminoso, la veleta erizada de rayos. A eso de las seis, los jóvenes del pueblo se reunieron allí, como era su costumbre, para jugar al rescate. El lugar estaba consagrado a esta antigua diversión desde tiempos inmemoriales, pues las viejas gradas ofrecían una buena guarida abierta al cementerio de la iglesia, donde la tierra estaba dura y pelada como el pavimento por los pies de los jugadores. Veía las cabezas castañas y rubias de los chicos que corrían a toda velocidad a derecha y a izquierda, con las mangas de sus camisas blancas brillando al sol, y oía de cuando en cuando un grito y una carcajada que alteraban la quietud de la tarde. Estuvieron jugando durante un cuarto de hora, hasta que el juego concluyó bruscamente y los jugadores saltaron el muro y desaparecieron al otro lado, detrás de un tejo que a su vez se encontraba medio oculto tras un álamo que extendía su abundante follaje dorado y exhibía las líneas negras de sus ramas.

—¿Por qué han dejado de jugar de repente? —preguntó Bathsheba cuando Liddy volvió a entrar en la habitación.

—Creo que ha sido porque llegaron dos hombres de Casterbridge y empezaron a colocar una gran lápida tallada —dijo Liddy—. Los chicos fueron a ver de quién era.

—¿Tú lo sabes? —preguntó Bathsheba.

—No —respondió Liddy.

Capítulo XLV

El romanticismo de Troy

Cuando su mujer salió de casa a media noche, lo primero que hizo Troy fue cubrir a la difunta, para que nadie la viese. Una vez hecho esto subió las escaleras, se tiró en la cama sin desnudarse y esperó con angustia la llegada de la mañana.

El destino lo había tratado desastrosamente durante las últimas veinticuatro horas. Había pasado el día de un modo muy distinto a como había planeado. Siempre es necesario vencer cierta inercia para poner en marcha una nueva línea de acción, tanto en nosotros mismos como en las circunstancias, que parecen aliarse para no permitir mejora alguna.

Una vez obtuvo las veinte libras de Bathsheba, había añadido a esta cantidad hasta el último céntimo que logró reunir por sus propios medios, hasta un total de siete libras y diez céntimos. Con este dinero, veintisiete libras y diez céntimos, había salido apresuradamente de casa aquella mañana para acudir a su cita con Fanny Robin.

Al llegar a Casterbridge, dejó el caballo y el carro en una posada, y cuando faltaban cinco minutos para las diez volvió al puente, en la parte baja del pueblo, y se sentó en el parapeto. Los relojes anunciaron la hora, pero Fanny no aparecía. Lo cierto es que en ese momento dos empleados del asilo la vestían por primera y última vez con las mejores ropas que la dulce muchacha había tenido el honor de lucir. Pasó un cuarto de hora, media hora. Un torrente de

recuerdos acompañó la espera de Troy. Era la segunda vez que Fanny rompía un compromiso con él. Llevado por la rabia, juró que sería la última, y a las once en punto, luego de pasear y observar las piedras del puente hasta aprenderse de memoria todos los líquenes que las cubrían, y de escuchar el tintineo del agua hasta que se le hizo insoportable, se levantó de un salto, fue a la posada a por su calesa y, con amarga indiferencia hacia el pasado e inconsciencia hacia el futuro, decidió ir a las carreras de Budmouth.

Llegó al hipódromo a las doce, y se quedó allí o en la ciudad hasta las nueve. Pero la imagen de Fanny, tal como se le había aparecido entre las tristes sombras de ese sábado por la tarde, no abandonaba sus pensamientos, como tampoco lo hacían los reproches de Bathsheba. Juró que no apostaría y mantuvo su promesa, pues al salir de la ciudad a las nueve de la noche, sólo había gastado unos cuantos chelines.

Se dirigió a casa a trote lento, y fue entonces cuando por primera vez le asaltó el pensamiento de que la enfermedad había impedido a Fanny cumplir su promesa. Esta vez no había confusión posible. Lamentó no haberse quedado en Casterbridge para hacer averiguaciones. Una vez en casa, desenganchó tranquilamente al caballo y entró para recibir, como ya hemos visto, la terrible noticia que allí lo aguardaba.

En cuanto hubo claridad suficiente para distinguir los objetos, Troy se levantó de la cama y, sin importarle lo más mínimo dónde pudiera estar Bathsheba, como si hubiera olvidado su existencia, bajó sigilosamente las escaleras y salió de la casa por la puerta de atrás. Se dirigió al cementerio y buscó una sepultura abierta y vacía, la que se había cavado el día anterior para Fanny. Una vez localizada, fue corriendo hasta Casterbridge, deteniéndose sólo una vez para murmurar un rato en la colina donde vio a Fanny con vida por última vez.

No bien llegó a la ciudad, bajó por un callejón y abrió unas verjas coronadas por un letrero con la siguiente inscripción: «Lester, cantero y marmolista». Dentro yacían desperdigadas piedras de todos los tamaños y formas, con inscripciones en memoria de personas anónimas que aún no habían fallecido.

Troy estaba tan distinto en su aspecto, palabras y actos, que incluso él mismo percibía la falta de parecido, y abordó la tarea de comprar una lápida como un hombre totalmente inexperto. No era capaz de pensar, calcular o economizar. Deseaba algo concreto, y estaba decidido a conseguirlo, como un niño.

—Quiero una buena lápida —le dijo al hombre que se encontraba en una pequeña oficina dentro del patio—. La mejor que pueda ofrecerme por veintisiete libras.

Era todo su dinero.

—¿Todo incluido en esa cantidad?

—Todo. Grabar el nombre, un coche fúnebre hasta Weatherbury y la instalación. Y la quiero ahora mismo.

—Esta semana no podemos hacer ningún trabajo especial.

—La necesito ya.

—Si le gusta alguna de las que tenemos almacenadas, podríamos prepararla en seguida.

—Muy bien —dijo Troy con impaciencia—. Veamos lo que tiene.

—Ésta es la mejor que tengo —dijo el cantero, mientras entraba en un cobertizo—. Es de mármol, con talla de hojas entrelazadas y medallones debajo; ésta es la losa, con el mismo adorno, y éste el borde la sepultura. Sólo pulirlo todo me costó once libras: la piedra es de la mejor calidad, y le garantizo que resistirá la lluvia y el hielo durante cien años sin corroerse.

—¿Cuánto cuesta?

—Podría grabar el nombre y montarla en Weatherbury por la cantidad que usted ha ofrecido.

—Termínelo hoy y le pagaré ahora mismo.

El hombre aceptó, sorprendido por el estado de ánimo de aquel hombre que no vestía de luto. Troy escribió entonces el texto del epitafio, realizó el pago y se marchó. Regresó por la tarde y vio que la inscripción estaba casi terminada. Esperó en el patio hasta que embalaron la lápida y observó cómo la cargaban en el carro y salían en dirección a Weatherbury, dando instrucciones a los dos hombres que la llevaban de preguntar en la sacristía por la sepultura de la persona indicada en la inscripción.

Estaba bastante oscuro cuando Troy salió de Casterbridge. Llevaba un cesto pesado debajo del brazo, y con él emprendió su camino a grandes zancadas, deteniéndose de vez en cuando en puentes y puertas para desprenderse su carga y descansar un rato. A medio camino, en la oscuridad, se cruzó con los hombres y el carro que habían transportado la lápida. Se limitó a preguntar si habían hecho lo acordado y, una vez seguro, siguió andando.

Llegó al cementerio de Weatherbury a eso de las diez y fue directamente hasta la esquina donde había visto la sepultura vacía esa mañana. Se encontraba en el lado oscuro de la torre, oculta a la vista para quienes pasaban por el camino, en un lugar ocupado hasta entonces por montones de piedras y matorrales de alisos, ahora despejado y listo para celebrar el sepelio, después de usar la tierra para rellenar otras zonas.

Allí estaba la tumba, tal como habían dicho los hombres, blanca como la nieve y visible en la oscuridad, con su lápida, su losa y su borde de mármol. En el centro había mantillo, para sembrar.

Troy depositó el cesto junto a la sepultura y desapareció unos minutos. Volvió con una pala y un farol, con el que iluminó el mármol mientras leía la inscripción. Colgó el farol de la rama más baja del tejo y sacó del cesto esquejes de diversas especies de flores. Había ramos de campanillas de invierno, bulbos de jacinto y azafrán de primavera, claveles, rosas y clavelinas, lirios, nomeolvides, margaritas, cólquico y otras variedades para el final del año.

Dejó las flores encima de la hierba y, con expresión impasible se dispuso a plantarlas. Colocó las campanillas en una hilera, por fuera de la cerca, y el resto dentro del recinto de la sepultura. Hizo dos filas de jacintos y azafrán, y colocó algunas de las flores de verano en la cabeza y en los pies de Fanny, los nomeolvides sobre su corazón. Las flores sobrantes las distribuyó en los espacios libres.

Abatido como estaba, Troy no era consciente de que había algo de absurdo en aquellos actos fútiles y románticos, dictados por el remordimiento por su indiferencia anterior. Comoquiera que sus orígenes familiares se situaban a ambos lados del Canal, mostraba en circunstancias como aquélla la inflexibilidad propia del inglés, combinada con esa incapacidad para distinguir la frontera que separa el sentimiento de la sensiblería, característica de los franceses.

Era una noche nublada, pesada y muy oscura, y los rayos del farol de Troy se dispersaban entre los tejos con un extraño poder lumínico, parpadeando hacia el negro techo de nubes. Sintió una gota de lluvia en el dorso de la mano, al tiempo que otra entraba por las aberturas del farol, haciendo que la vela chisporrotease antes de apagarse. Troy estaba agotado y, como ya era cerca de medianoche y la lluvia amenazaba con arreciar, decidió dejar los últimos retoques para el día siguiente. Caminó a tientas junto al muro y sobre las tumbas en la oscuridad, hasta llegar al lado norte. Se metió debajo del porche, se reclinó en un banco y se quedó dormido.

Capítulo XLVI

La gárgola y sus hazañas

La torre de la iglesia de Weatherbury era una construcción cuadrada del siglo XIV, con dos gárgolas de piedra en cada una de las cuatro caras de su parapeto. De las ocho tallas, sólo dos continuaban cumpliendo con su función, que era canalizar el agua a través de un caño desde el tejado de plomo. Uno de los dos caños de cada lado había sido cerrado, por considerarlo superfluo, y otros dos estaban rotos y atascados, asunto éste de escasa trascendencia para el bienestar de la torre, pues las dos bocas que aún funcionaban bastaban para hacer todo el trabajo.

Se ha afirmado en ocasiones que no hay criterio más veraz sobre la vitalidad de cualquier período artístico que la fuerza de los grandes espíritus de la época en lo grotesco, argumento que, en el caso del arte gótico, es sin duda irrefutable. La torre de Weatherbury era en cierto modo un ejemplo precoz del uso del parapeto ornamental en las parroquias, a diferencia del que se hacía en las catedrales, y las gárgolas, que son el correlato necesario del parapeto, eran en verdad notables, de la talla más audaz que una mano pudiera esculpir y del diseño más original que un cerebro pudiera concebir. Se advertía en ellas, por así decir, esa simetría en la distorsión menos característica del arte grotesco británico que del continental. Las ocho gárgolas eran diferentes. Quien las miraba se convencía de que no había en la tierra nada más espantoso que las gárgolas de la cara norte, hasta que daba la vuelta y veía las de la

cara sur. De estas dos, sólo la situada en el ángulo sureste atañe a nuestra historia. Su aspecto era demasiado humano para ser un dragón, demasiado pícaro para ser un hombre, demasiado animal para ser un demonio, y demasiado poco parecido al de un ave para ser un grifo. Esta horrible criatura de piedra estaba como cubierta por un pellejo arrugado; tenía las orejas cortas y erguidas, los ojos salidos de sus órbitas, y con los dedos y las manos se agarraba los extremos de la boca, que parecía abrirse así para dar paso al agua que vomitaba. Los dientes de la hilera inferior estaban casi destruidos, pero aún conservaba los de arriba. Y de este modo, sobresaliendo casi un metro de la pared en la que apoyaba los pies, la criatura llevaba cuatrocientos años burlándose del paisaje circundante, en silencio durante la temporada seca y emitiendo una especie de borboteo y bufido cuando llovía.

La lluvia arreciaba fuera mientras Troy dormía en el porche. La gárgola escupió en ese momento. Poco después, un pequeño reguero de agua empezó a recorrer los veinte metros que separaban la boca del suelo, golpeado por las gotas de agua que caían a gran velocidad. El agua bajaba cada vez con mayor abundancia y fuerza, salpicando cada vez más lejos de ese lado de la torre, y, cuando la lluvia se convirtió en torrente, el chorro empezó a escupir agua a raudales.

Seguiremos ahora su curso hasta la tierra. El final de la parábola líquida se separa de la pared y avanza sobre los zócalos mohosos, sobre un montón de piedras, sobre el borde de mármol, hasta el centro de la sepultura de Fanny Robin.

Hasta muy poco antes, el chorro había caído sobre algunas piedras sueltas y desperdigadas que actuaron como escudo protector de la tierra. Durante el verano, las piedras se habían desprendido del suelo, de manera que ya sólo quedaba la tierra desnuda para resistir el azote del agua. Hacía años que el chorro no llegaba tan lejos de la torre como esa noche, y se estaba desatendiendo esta circunstancia. Sucedió que este rincón oscuro

podía pasar dos o tres años sin acoger a nadie, y cuando finalmente lo hacía, se trataba de un indigente, un cazador furtivo o cualquier otro pecador indigno.

El torrente que salía de las mandíbulas de la gárgola lanzaba toda su venganza sobre la tumba. El mantillo, fértil y de color rojizo, empezó a hervir como el chocolate. El agua se acumulaba y se filtraba cada vez más, y el rugido del charco que formaba se propagaba en la noche como el principal de los ruidos producidos por el diluvio. Las flores que con tanto cariño había plantado el arrepentido amante de Fanny empezaron a moverse y a estremecerse en su lecho de tierra. Las violetas de invierno se doblaron muy despacio hasta convertirse en una mera alfombra de barro. Las campanillas y otros bulbos pronto se sumaron a la danza sobre aquella masa en ebullición, como los ingredientes de un puchero. Las plantas más espigadas se desprendieron y quedaron flotando sobre la superficie.

Troy no despertó de su incómodo sueño hasta bien entrada la mañana. Llevaba dos noches sin dormir en una cama y tenía los hombros entumecidos, los pies doloridos y la cabeza cargada. Recordó dónde estaba, se levantó, tiritó, cogió la pala y salió del porche.

La lluvia había cesado por completo, y el sol brillaba entre las hojas verdes, marrones y amarillas, que centelleaban barnizadas por las gotas de lluvia, produciendo un efecto similar al que se observa en los paisajes de pintores flamencos como Ruysdael y Hobbema, repleto de esa belleza infinita que surge de la unión del agua y del color bajo una luz intensa. El aire estaba tan transparente por la lluvia que los tonos del otoño situados a una distancia media resultaban tan intensos como los cercanos, y los campos remotos interceptados por el ángulo de la torre aparecían en el mismo plano que la propia construcción.

Llegó al camino de grava que bordeaba la torre por detrás. En lugar de ser pedregoso, como la noche anterior, el camino estaba

cubierto por una fina capa de barro. En un punto del camino vio un montón de raíces, como cuerdas blanqueadas y limpias, como un manojo de tendones. Lo recogió. ¿No serían las primulas que había plantado? Vio un bulbo, otro y otro, a medida que avanzaba. No cabía duda de que eran los azafranes de primavera. Con expresión abatida y atónita, Troy dio la vuelta a la esquina y descubrió los destrozos de la lluvia.

El agua acumulada sobre la tumba se había filtrado en la tierra, formando un agujero. La tierra estaba removida y esparcida sobre la hierba y el camino en forma de barro marrón, como el que Troy acababa de ver, y la lápida de mármol aparecía salpicada con las mismas manchas. Casi todas las flores se habían desprendido de la tierra y yacían con las raíces hacia arriba allí donde el chorro las había arrastrado.

Troy frunció el ceño con fuerza. Apretó los dientes y los labios como sacudido por un gran dolor. Una extraña confluencia de emociones hizo que este singular accidente le hiriese como la peor de las estocadas. Su rostro rebotaba expresividad en ese momento, y quien lo hubiera visto entonces difícilmente habría podido creer que aquel hombre hubiese reído, cantado y susurrado palabras de amor en el oído de una mujer. Maldecir su amarga suerte fue su primer impulso, pero incluso esa mínima rebeldía precisaba un esfuerzo imposible, tal era el dolor que lo atenazaba. La imagen se superpuso al oscuro escenario de los días anteriores, de manera que la situación alcanzó su clímax, y Troy no pudo soportarlo por más tiempo. De temperamento sanguíneo, sabía esquivar el dolor sencillamente pasándolo por alto. Apartaba la reflexión sobre cualquier fantasma hasta que el asunto quedaba suavizado por el tiempo. Plantar flores en la tumba de Fanny había sido quizá un modo de escapar a su dolor, mas parecía sin embargo como si alguien conociese sus intenciones y hubiese decidido burlarse de él.

Casi por primera vez en su vida, mientras se encontraba junto a la tumba desmantelada, quiso ser otro hombre. Raro es que una

persona dotada de gran instinto animal no sienta que el hecho de que su vida le pertenezca es precisamente lo que la convierte en una vida más llena de esperanzas que la de otros, por mucho que se le parezca en todos los sentidos. A su fugaz manera, Troy había sentido cientos de veces que no podía envidiar la condición de otras personas, pues para disfrutar de tal condición era imprescindible tener una personalidad diferente, y él no deseaba ser de otra manera. No había tenido en cuenta las peculiares circunstancias de su nacimiento, las vicisitudes de su vida, la meteórica incertidumbre de todo lo relacionado con su persona, pues todo ello correspondía al héroe de su historia, sin el cual no habría historia para él; y parecía que, por la propia naturaleza de las cosas, todo terminaba resolviéndose a su debido tiempo y favorablemente. Esa misma mañana la ilusión se desvaneció por completo y, por así decir, Troy pasó de repente a odiarse a sí mismo. Lo repentino del cambio era más aparente que real. Un arrecife de coral que se asoma a la superficie del mar es para el horizonte como si nunca hubiese emergido, y a menudo es sólo el toque final el que parece producir algo que lleva mucho tiempo siendo un hecho consumado.

Se quedó allí, pensando... un miserable. ¿Adónde ir? «Dejad que el maldito siga siendo maldito», fue la implacable condena escrita en el inútil esfuerzo de su recién nacida solicitud. A un hombre que ha agotado su fuerza primaria avanzando en una sola dirección, no le queda mucho ánimo para invertir su camino. Desde el día anterior, Troy había invertido modestamente el suyo, pero se desanimaba ante el menor obstáculo. Dar media vuelta resultaba durísimo incluso con la ayuda de la Providencia; pero descubrir que la Providencia, lejos de ayudarlo a emprender un nuevo camino o de mostrarle el menor deseo de favorecerlo, se burlaba de su primer intento, torpe y decisivo, era más de lo que la naturaleza podía soportar.

Se alejó despacio de la tumba. No se molestó en rellenar el agujero, sustituir las flores o ninguna otra cosa. Se limitó a tirar su

cartas y a renunciar a su partida desde ese momento y para siempre. Salió del cementerio en silencio y sin ser visto, pues los vecinos aún no se habían levantado, y cruzó los campos para salir a la carretera con el mismo sigilo. Poco después se encontraba lejos del pueblo.

Entretanto, Bathsheba seguía voluntariamente recluida en el desván. La puerta sólo se abría para que Liddy entrase y saliese; se había instalado una cama para ella en la pequeña habitación de al lado. A eso de las diez, la criada vio la luz del farol de Troy en el cementerio al mirar casualmente por la ventana mientras cenaba, y llamó la atención de Bathsheba al respecto. Observaron con curiosidad el fenómeno durante un rato, hasta que el ama ordenó a Liddy que se fuese a dormir.

Bathsheba no durmió bien esa noche. Cuando Liddy se hubo dormido y su respiración sonaba suavemente en la habitación contigua, la señora de la casa seguía mirando el pálido resplandor que surgía de entre los árboles: un brillo intermitente que parpadeaba como un faro giratorio, aunque, por su apariencia, no lograba deducir que alguien pasaba y volvía a pasar por delante del farol. Se quedó allí sentada hasta que empezó a llover y la luz se extinguió, y se retiró a la cama para recordar con agotamiento la morbosa escena de la noche anterior.

Casi antes de que se advirtiera el primer indicio del alba, Bathsheba se levantó y abrió la ventana para aspirar con fuerza el aire fresco de la mañana, ahora que los cristales de la ventana aparecían humedecidos por las lágrimas temblorosas de la lluvia nocturna y cada uno de los paneles se rodeaba de un pálido resplandor procedente de los rayos amarillos como prímulas que se filtraban a través de una nube en el recién despertado cielo. Los árboles descargaban gotas de lluvia sobre las hojas caídas, y desde la iglesia llegaba otro sonido, peculiar y no intermitente como los demás: el murmullo del agua al caer en un charco.

Liddy llamó a la puerta a las ocho en punto, y Bathsheba fue a abrir.

—¡Menudo aguacero ha caído esta noche, señora! —dijo Liddy, después de preguntar por el desayuno.

—Sí, tremendo.

—¿Ha oído ruidos extraños en el cementerio?

—Oí un ruido extraño. Me pareció que era el agua que caía de los caños de la torre.

—Sí, eso dijo el pastor, señora. Ha ido a ver qué pasaba.

—¡Ah! ¿Ha estado aquí Gabriel esta mañana?

—Entró sólo un momento, como hacía antes, aunque últimamente había dejado de hacerlo. Pero nos pareció raro, porque los chorros de la torre salpican siempre sobre las piedras, y este ruido era como un caldero en ebullición.

Incapaz de leer, pensar o trabajar, Bathsheba le pidió a Liddy que se quedase a desayunar con ella. La inocente muchacha continuó dando rienda suelta a su lengua sobre los últimos acontecimientos.

—¿Piensa acercarse a la iglesia, señora?

—No creo —dijo Bathsheba.

—Creí que quizá querría ver dónde han enterrado a Fanny. Los árboles ocultan la sepultura desde esta ventana.

Bathsheba tenía toda clase de temores ante el encuentro con su marido.

—¿Ha pasado la noche en casa el señor Troy? —preguntó.

—No señora; creo que se ha ido a Budmouth.

¡Budmouth! Esa palabra ofrecía una perspectiva atenuada de Troy y sus hazañas; dieciocho kilómetros los separaban en ese momento. Detestaba interrogar a Liddy sobre las andanzas de su marido, y lo cierto es que hasta el momento se había esforzado por evitarlo. Pero para entonces todo el mundo sabía que había habido un terrible desencuentro entre ellos, y era inútil disimular. Bathsheba

había alcanzado ese punto en el que la gente deja de preocuparse por lo que los demás puedan pensar.

—¿Qué te hace pensar que ha ido allí?

—Laban Tall lo vio en el camino de Budmouth esta mañana, antes de desayunar.

Por un momento, Bathsheba se liberó de la dura carga que había sentido durante las últimas veinticuatro horas, del pesar que había sofocado en ella la vitalidad de la juventud sin reemplazarlo por la sabiduría de la madurez, y decidió salir a dar un paseo. Así, cuando hubo terminado de desayunar, se caló su gorrito y se encaminó hacia la iglesia. Eran las nueve en punto, y los hombres habían vuelto al trabajo después del almuerzo, por lo que no era probable que se encontrara con ellos. Sabiendo que Fanny había sido enterrada en la peor zona del cementerio, lo que en la parroquia se conocía como «detrás de la iglesia», en un lugar que no se veía desde el camino, le fue imposible resistir la tentación de entrar y ver ese espacio que, por toda clase de sentimientos nefastos, al mismo tiempo tanto temía contemplar. Era incapaz de superar la impresión de que existía cierta relación entre su rival y la luz que había visto entre los árboles.

Bathsheba rodeó el contrafuerte hasta que vio el agujero y la lápida, su delicada superficie venosa salpicada y manchada de barro tal como Troy la había visto y dejado dos horas antes. Al otro lado de la escena estaba Gabriel. Miraba fijamente la sepultura, y la sigilosa llegada de Bathsheba aún no había logrado llamar su atención. Bathsheba no reparó de inmediato en que la espléndida aunque destrozada tumba era la de Fanny, y miró a ambos lados en busca de algo más humilde, de un simple montículo de tierra. Dirigió entonces la vista al lugar donde miraba Oak, y leyó la siguiente inscripción:

ERIGIDA POR FRANCIS TROY

AL QUERIDO RECUERDO DE FANNY ROBIN

Oak vio a Bathsheba y su primera reacción fue observar con atención cómo recibía aquel descubrimiento que a él mismo le había dejado perplejo. Pero a Bathsheba no le afectaban demasiado aquellas cosas en ese momento. La convulsión emocional empezaba a ser la tónica dominante de su vida, y le dio los buenos días a Gabriel para pedirle a continuación que rellenase el agujero con la pala que había en el suelo. Mientras él cumplía sus deseos, ella recogió las flores y se dispuso a plantarlas con ese cariño y ese esmero con que las mujeres manipulan las raíces y las hojas, y que tan bien parecen entender las flores. Le pidió a Oak que hablase con los coadjutores para que girasen el caño instalado en la boca de la gárgola, de manera que el chorro cayese lateralmente y no volviera a repetirse lo ocurrido. Por último, con la innecesaria generosidad de una mujer cuyos instintos han terminado por llenarla de amargura en lugar de amor, limpió las manchas de barro de la lápida como si le gustasen las palabras de aquella inscripción, y se fue a casa.

Capítulo XLVII

Aventuras en la costa

Troy echó a andar sin rumbo fijo hacia el sur. Una mezcla de sentimientos, de disgusto por la monotonía y el tedio de la vida rural y de tristes imágenes de la mujer que yacía en el cementerio, de remordimiento y de desprecio por su mujer, lo impelía a buscar su hogar en cualquier lugar de la tierra que no fuese Weatherbury. El triste final de Fanny se le aparecía con la nitidez de una imagen que amenazaba con ser indeleble y hacía que la vida en casa de Bathsheba le resultase insoportable. A las tres de la tarde se encontraba al pie de una cuesta de casi dos kilómetros de longitud, que conducía hasta el risco de una hilera de colinas, en paralelo sobre el mar, que formaban una barrera monocorde entre las tierras cultivadas y el paisaje más agreste de la costa. Por la colina discurría un camino casi recto y de un blanco perfecto, cuyos bordes se acercaban y estrechaban progresivamente hasta encontrarse con el cielo en la cima, unos cuatro kilómetros más adelante. A lo largo de este estrecho e incómodo plano inclinado no se observaba el menor indicio de vida en la tarde luminosa. Troy subía penosamente con una languidez y un desánimo que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. El aire era tibio y bochornoso, y la cima parecía alejarse a medida que él avanzaba.

Por fin llegó a la cumbre, y una espléndida y nueva perspectiva se extendió ante sus ojos con un efecto similar al que debió de tener en Balboa la visión del océano Pacífico. El ancho mar, del color del

acero, apenas esbozado por débiles líneas que parecían grabadas con la intensidad justa para no alterar su uniformidad, se desplegaba frente a él, mientras a la derecha, cerca de la ciudad y el puerto de Budmouth, el sol caía a plomo, borrando los colores y sustituyéndolos por una capa aceitosa y clara. Nada se movía en el cielo, la tierra o el mar salvo los flecos de espuma blanca que bordeaban los ángulos más cercanos de la costa y lamían como lenguas las rocas contiguas.

Bajó la cuesta y llegó a una pequeña cala encerrada entre los acantilados. Sintió Troy que su ánimo se refrescaba y decidió descansar y darse un baño antes de proseguir su camino. Se desnudó y se zambulló en el agua. La cala, tranquila como un estanque, carecía de interés para un nadador, y con la intención de disfrutar de las olas, Troy salió nadando entre las dos agujas de roca que formaban las columnas de Hércules de aquel Mediterráneo en miniatura. Resultó que fuera de la cala fluía una corriente desconocida que, si bien no tenía fuerza suficiente para arrastrar una embarcación, podía causar dificultades a un nadador si lo pillaba desprevenido. La corriente lo arrastró primero hacia la izquierda y luego directamente a mar abierto.

Recordó entonces aquel siniestro lugar. Muchos bañistas habían rogado allí morir en tierra firme, mas, como Gonzalo en *La tempestad*, sus súplicas no habían sido escuchadas; a Troy empezó a parecerle posible engrosar el número de ahogados. No se veía ninguna embarcación en las inmediaciones, sólo la ciudad de Budmouth tendida sobre el mar en la distancia con aspecto de observar tranquilamente los esfuerzos de Troy, y junto a la ciudad el puerto apenas esbozado por una pálida trama de cabos y mástiles. A punto de agotar las fuerzas en su intento por volver a la cala, adentrándose con sus débiles brazadas varios centímetros más de lo que deseaba, respirando sólo por la nariz y poniéndose de espaldas una docena de veces, nadando a mariposa y así sucesivamente, Troy pensó que su último recurso era cortar el agua

con una ligera inclinación, y así llegar a cualquier punto de la costa, limitándose a dar un suave impulso hacia la orilla mientras se dejaba arrastrar por la marea. Descubrió que el proceso, necesariamente lento, no era tan difícil como imaginaba y, aunque no tenía posibilidad de llegar a tierra —los objetos de la costa pasaban junto a él en triste y lenta procesión—, se acercaba perceptiblemente al extremo de un cabo situado más a la derecha y claramente definido sobre la zona iluminada del horizonte. Mientras fijaba la vista en esta lengua de tierra como única salvación en medio de lo desconocido, una forma en movimiento rompió el perfil de la punta, y acto seguido apareció un barco, tripulado por varios marineros, que aproaba hacia el mar abierto.

Troy recuperó espasmódicamente toda su energía para prolongar la lucha un poco más. Mientras nadaba con el brazo derecho, levantaba el izquierdo para llamar la atención del barco, chapoteando y gritando con todas sus fuerzas. Desde la posición del sol poniente, su figura blanca resultaba claramente visible al este de la barca sobre el fondo oscuro del mar, y los hombres lo vieron de inmediato. Cambiaron la dirección de los remos para girar el bote y avanzaron con decisión hacia él, hasta que, cinco o seis minutos después de su primer saludo, dos de los marineros lo izaron por la popa.

Formaban parte de la tripulación de un bergantín y se habían acercado hasta la costa para pisar tierra firme. Le prestaron toda la ropa de la que pudieron prescindir para que se protegiera del aire cada vez más fresco, y prometieron llevarlo a tierra a la mañana siguiente. Así, sin más demora, pues empezaba a ser tarde, pusieron de nuevo rumbo hacia el fondeadero donde se encontraba su nave.

La noche caía lentamente sobre el ancho mar y, no a mucha distancia de ellos, allí donde la línea de la costa trazaba una curva y formaba una larga cinta sobre el horizonte, empezaron a divisarse unos puntos de luz amarilla que indicaban la posición de Budmouth

al encenderse las farolas del paseo marítimo. El chapoteo de los remos era el único sonido del mar y, a medida que se abrían camino entre las aguas, las sombras de las farolas se tornaban más anchas y densas, como si cada una de ellas lanzase una espada de fuego sobre las olas, hasta que a lo lejos, entre otras siluetas igualmente borrosas, se alzó la forma del navío hacia el cual se dirigían.

Capítulo XLVIII

Surgen las dudas — Las dudas persisten

Bathsheba soportó la ausencia de su marido primero horas y luego días, con ligera sensación de sorpresa y ligera sensación de alivio; pero ninguna de ambas sensaciones se alzaba en ningún momento por encima de ese plano que normalmente llamamos de indiferencia. Ella le pertenecía: la certeza de aquella posición era tan obvia, y las probabilidades del desenlace estaban tan condicionadas, que no podía especular sobre ninguna contingencia. Dejó de verse como mujer extraordinaria y contempló su aciago destino con la indiferencia de un extraño, pues dibujaba su persona y su futuro con colores tan oscuros que ninguna realidad era capaz de superar. Había perdido la fuerza de su orgullo juvenil, y con ella la ansiedad respecto a los años venideros, pues la ansiedad reconoce alternativas favorables y desfavorables, y Bathsheba había decidido que no había para ella ninguna alternativa digna de interés. Tarde o temprano —no demasiado tarde— su marido volvería a casa. Y entonces sus días como propietarios de la granja estarían contados. El agente de la propiedad había recelado desde el principio de ella como heredera de James Everdene en razón de su sexo, su juventud y su belleza; pero la peculiar voluntad de su tío, su insistencia en la capacidad de Bathsheba para sacar adelante la propiedad y en su fuerza para dirigir los rebaños que de repente le cayeron en las manos, incluso antes de concluir las negociaciones, hicieron que todo el mundo cobrase confianza en su capacidad y

que nadie volviese a poner objeciones de ninguna clase. Bathsheba albergaba últimamente grandes dudas sobre los posibles efectos legales del matrimonio en su situación, pero aún no se había registrado su cambio de apellido y lo único claro era que, en caso de incapacidad suya o de su marido para reunirse con el agente antes del día de enero en que vencía el pago, se tendría muy poca consideración con ellos pues, en realidad, era muy poca la que merecían. Una vez fuera de la granja, la pobreza sería ineludible.

Así pues, Bathsheba vivía con la impresión de que sus propósitos se habían desbaratado. No era mujer que supiese pasarse sin cosas buenas, a diferencia de las menos listas y enérgicas, aunque más domesticadas de su género, para quienes la esperanza funciona como un mecanismo de relojería que se activa tan sólo con comida y techo; pero al reparar claramente en lo fatal de su error, aceptó su situación y esperó el final con frialdad.

El primer sábado tras la partida de Troy fue a Casterbridge sola, cosa que no había hecho desde que se casó. Ese sábado, paseaba despacio entre la multitud de propietarios rurales congregada como de costumbre a las puertas de la lonja, y también como de costumbre era observada por los burgueses convencidos de que esas vidas tan saludables tenían el alto precio de verse excluidas de cualquier posible concejalía, cuando un hombre, que al parecer la había estado siguiendo, le dijo algo a otro que se encontraba a la izquierda de ella. Bathsheba tenía un oído tan fino como el de un animal salvaje y escuchó claramente lo que se decía, a pesar de encontrarse de espaldas.

—Estoy buscando a la señora Troy. ¿Es esa mujer?

—Sí, creo que es esa joven —respondió el otro hombre.

—Tengo que comunicarle algo muy delicado. Su marido se ha ahogado.

Como si tuviera dotes proféticas, Bathsheba exclamó, con un grito sofocado:

—Eso no es verdad. ¡No puede ser verdad! —luego no dijo ni oyó nada más. El hielo que últimamente había logrado formar, se quebró de repente, y un torbellino se apoderó de ella. Se le nubló la vista y cayó al suelo.

Pero no llegó a tocarlo. Un hombre de aspecto lúgubre que la había estado observando desde el pórtico de la lonja de trigo mientras ella paseaba entre el gentío, echó a correr en el momento de su exclamación y la cogió en brazos justo cuando perdía el sentido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Boldwood, mirando al portador de las malas noticias, mientras sostenía a Bathsheba.

—Su marido se ahogó esta semana en Lulwind Cove. Un guardacostas encontró sus ropas y las llevó a Budmouth ayer.

Un extraño fuego iluminó los ojos de Boldwood, y se adivinó en su rostro un destello de emoción contenida ante un pensamiento inefable. Todas las miradas estaban pendientes de él y de la inconsciente Bathsheba. Boldwood la elevó cuanto pudo del suelo y alisó los pliegues de su falda, tal como un niño recogería a un pájaro abatido por la tormenta y le arreglaría las plumas alborotadas, y así la llevó hasta la posada de King's Arms. Pasó con ella bajo el pasadizo hasta una sala privada y, cuando hubo depositado su preciada carga en un sofá, Bathsheba abrió los ojos. Al recordar lo ocurrido, murmuró:

—¡Quiero irme a casa!

Boldwood salió de la estancia. Se detuvo un momento en el pasillo para recuperarse de la impresión. La experiencia había sido demasiado intensa para que su conciencia pudiera asimilarla y, ahora que al fin podía, todo había pasado. Durante unos instantes gloriosos había tenido a Bathsheba en sus brazos. ¿Qué más daba que ella no lo supiera? La había tenido junto a su pecho, y había estado cerca del de ella.

Continuó su camino y, dando órdenes a una mujer para que se ocupara de ella, salió a confirmar los detalles del caso. Todo parecía

limitarse a lo que ya sabía. Ordenó entonces que engancharan el caballo de Bathsheba a la calesa y, cuando todo estuvo a punto, volvió para informarla. Descubrió que, pese a seguir un poco pálida e indispuesta, había mandado llamar al hombre de Budmouth que trajo la noticia, para que le contara cuanto supiera.

Como no estaba en condiciones de volver a casa sola, Boldwood, con la mayor de las delicadezas, se ofreció a buscarle un cochero o a llevarla en su faetón, más cómodo que el coche de Bathsheba. Ella rechazó amablemente ambos ofrecimientos, y el granjero se marchó de inmediato.

Media hora más tarde, tras hacer un esfuerzo por sobreponerse, ocupó su asiento y tomó las riendas como de costumbre, como si nada hubiese pasado de cara al exterior. Salió de la ciudad por una tortuosa callejuela y condujo despacio, ajena al camino y al paisaje. Aparecían las primeras sombras de la tarde cuando Bathsheba llegó a casa y, una vez allí, tras apearse del vehículo y dejar al caballo en manos del mozo, subió directamente las escaleras.

Liddy se encontró con ella en el rellano. La noticia había llegado a Weatherbury media hora antes que Bathsheba, y Liddy examinó con atención la cara de su ama. Ésta no tenía nada que decir.

Entró en su dormitorio, se sentó junto a la ventana y pensó y pensó hasta que la envolvió la noche y sólo fueron visibles las líneas más marcadas de su silueta. Alguien se acercó a la puerta, llamó y la abrió.

—¿Qué ocurre, Liddy?

—He estado pensando que debe de haber algo para que se ponga —dijo Liddy con vacilación.

—¿A qué te refieres?

—Al luto.

—No, no, no —dijo Bathsheba precipitadamente.

—Habrás que hacer algo por el pobre...

—De momento no. No es necesario.

—¿Por qué no, señora?

—Porque aún está vivo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Liddy, llena de asombro.

—No lo sé. Pero ¿no crees que si fuera cierto se sabría algo más o lo habrían encontrado, Liddy? No sé por qué, pero creo que su muerte habría sido diferente. ¡Estoy completamente convencida de que está vivo!

Bathsheba se mantuvo firme en su opinión hasta el lunes, cuando dos circunstancias se aliaron para debilitarla. La primera fue un breve párrafo en el diario local en el que, con metódico estilo y sobre la base de meras presunciones acerca de la muerte de Troy, se ofrecía además el importante testimonio del joven doctor Barker, de Budmouth, quien en una carta al editor afirmaba haber presenciado el accidente. Decía el autor de la carta que se encontraba paseando por el acantilado en el extremo opuesto de la cala, justo cuando se ponía el sol, y que vio a un bañista arrastrado por la corriente hasta la embocadura de la cala, por lo que supo al instante que no había oportunidad de salvación para él a menos que tuviese una musculatura prodigiosa. La marea lo llevó hasta detrás de un saliente de la costa, y el señor Barker lo siguió por tierra en la misma dirección. Pero cuando al fin llegó a un lugar con altura suficiente para tener una vista general del mar, el sol ya se había puesto y no pudo ver nada.

La otra circunstancia fue la llegada de la ropa de Troy para que Bathsheba la identificara, aunque eso ya lo habían hecho los que revisaron las cartas que llevaba en los bolsillos. Pese a su agitación, Bathsheba comprendió con absoluta claridad que Troy se había desnudado con el pleno convencimiento de volver a vestirse casi de inmediato, y por eso le resultaba perversa la idea de que sólo la muerte pudiese impedirselo.

Se dijo entonces que si los demás se sentían seguros de sus opiniones era extraño que ella no pudiera. Se le ocurrió una idea

rara, y se sonrojó. Supongamos que Troy se hubiese ido con Fanny al otro mundo. ¿Lo habría hecho intencionadamente, preparándolo de manera que su muerte pareciese un accidente? En cualquier caso, la idea de cómo lo aparente podía ser muy distinto de lo real —avivada por sus antiguos celos de Fanny y el remordimiento que Troy había mostrado esa noche— no la cegaba hasta el punto de impedirle percibir una diferencia menor, menos trágica, aunque mucho más desastrosa para ella.

Esa noche, junto al fuego y bastante tranquila, Bathsheba cogió el reloj de Troy, que acababan de devolverle junto con el resto de sus pertenencias, y abrió la tapa tal como lo hiciera una semana antes. Allí estaba el rizo de pelo rubio que había servido de mecha para aquella explosión.

—Él era de ella y ella de él; deben marcharse juntos —dijo—. Yo no soy nada para ninguno de los dos. ¿Por qué voy a guardar este rizo de pelo? —lo cogió y lo sostuvo sobre el fuego—. No, no lo quemaré. Lo conservaré como recuerdo de ella, ¡pobrecilla! —añadió, apartando bruscamente la mano.

Capítulo XLIX

Los progresos de Oak — Una gran esperanza

El final del otoño y el invierno siguieron su curso, y una densa capa de hojas cubrió la turba y el musgo en los claros de los bosques. Bathsheba, que antes había vivido en un estado de suspensión emocional que no era incertidumbre, vivía ahora en un estado de quietud que no era precisamente tranquilidad. Mientras creyera que Troy seguía vivo podría pensar en su muerte con ecuanimidad; pero, ahora que tal vez lo había perdido, lo lamentaba de veras. Mantenía la granja en funcionamiento, recibía sus beneficios sin preocuparse demasiado y gastaba dinero en nuevas empresas como había hecho en el pasado, un pasado que, si bien no era muy lejano, parecía infinitamente alejado de su presente. Bathsheba lo contemplaba como una gran laguna, como si ella estuviese muerta y aún conservase la capacidad de razonar, gracias a la cual, como los apolillados amantes del poeta Robert Browning, podía sentarse y pensar en el gran regalo que era la vida.

Sin embargo, una excelente consecuencia de su apatía general fue el tanto tiempo aplazado nombramiento de Oak como capataz, aunque, como Gabriel llevaba ya mucho tiempo ejerciendo dicha función en la práctica, el cambio, más allá del incremento sustancial del salario que llevaba aparejado, fue para el mundo exterior puramente nominal.

Boldwood vivía inactivo y recluso. La lluvia había arrasado gran parte de su cosecha de trigo y de centeno. El grano había retoñado

y crecido hasta formar una intrincada maraña, y últimamente se usaba para alimentar a los cerdos. La extraña desidia responsable de aquella ruina era motivo de habladurías entre las gentes del lugar, y se había sabido, por uno de sus empleados, que la causa de la pérdida no respondía al desconocimiento pues, en varias ocasiones y con toda la insistencia posible, Boldwood había sido informado por sus trabajadores del peligro que corría el grano. La imagen de los cerdos asqueados ante las espigas podridas pareció inquietar a Boldwood, que una noche mandó llamar a Oak. No se sabe si influyó en ello el hecho de que Bathsheba lo hubiese nombrado recientemente capataz de la granja, pero lo cierto es que Boldwood le propuso a Gabriel que se ocupase también de la supervisión de su granja, pues en verdad necesitaba esa ayuda y no encontraría hombre más fiable que él. No cabía duda de que la mala estrella de Gabriel empezaba a declinar.

Cuando tuvo conocimiento de esta propuesta —pues Oak estaba obligado a consultarle—, Bathsheba se opuso lánguidamente en un principio. Pensó que la gestión de las dos granjas era demasiado trabajo para un solo hombre. Boldwood, aparentemente decidido por razones más personales que comerciales, propuso facilitar a Oak un caballo para su uso particular, de tal modo que, al estar las dos granjas tan próximas, el plan no revestiría dificultad alguna. Boldwood no se comunicó directamente con Bathsheba mientras duraron las negociaciones, sino que se limitó a hablar con Oak, quien actuó en todo momento como intermediario. Finalmente, todo se arregló armoniosamente y, a partir de ese momento empezó a verse a Oak montado en una robusta jaca recorriendo todos los días al trote los dos mil acres de terreno a lo largo y a lo ancho, con espíritu jovial, como si las cosechas fuesen de su propiedad, mientras la dueña de una mitad y el dueño de la otra se quedaban sentados en sus respectivos hogares en lúgubre y penosa reclusión.

A resultas de la nueva situación, empezó a comentarse en la parroquia, durante la primavera siguiente, que Gabriel Oak barría

mucho hacia dentro.

—¿Qué os parece? —comentó Susan Tall—. Gabriel Oak se está convirtiendo en un señorito. Ahora lleva unas botas relucientes y sin un solo remiendo, dos o tres veces a la semana, y un sombrero alto los domingos, y ya casi se ha olvidado de lo que es un sayo. ¡Cuando veo que la gente de pronto se da esos aires, me quedo de piedra!

Se había sabido que Gabriel, pese a percibir un salario fijo de Bathsheba independientemente de las fluctuaciones de los beneficios agrícolas, había llegado a un acuerdo con Boldwood en virtud del cual recibiría una participación en los ingresos... una participación ciertamente modesta, pero sin duda muy superior a un simple salario y con unas posibilidades de crecimiento que éste no tenía. Algunos empezaban a considerar a Oak un hombre «próximo», pues, si bien su posición había mejorado sustancialmente, no vivía mejor que antes: seguía ocupando la misma casita, cultivando sus propias patatas, remendando sus calcetines y a veces incluso haciendo la cama con sus propias manos. Pero, como no sólo era indiferente a la opinión pública hasta el punto de la provocación, sino también un hombre que se aferraba con insistencia a los viejos usos y costumbres por el mero hecho de ser viejos, había razones para dudar de sus propósitos.

Una gran esperanza había germinado en Boldwood, cuya irracional devoción por Bathsheba sólo podía calificarse de simple locura que ni el tiempo ni las circunstancias, ni las malas ni las buenas noticias, eran capaces de debilitar o destruir. Esta esperanza febril volvió a crecer como una semilla de mostaza en la tranquilidad posterior a la apresurada conjetura de que Troy había muerto ahogado. Boldwood la alimentaba con temor y casi evitaba pensar en ello, no fuera a ser que los hechos revelasen la futilidad del sueño. Bathsheba, a quien finalmente habían convencido para llevar luto, entró en la iglesia así vestida, con un aspecto que venía a reforzar modestamente en Boldwood la fe en que estaba llegando

el momento —tal vez aún estuviera muy lejos, pero sin duda se acercaba— en que su espera se vería recompensada. Intentaba pensar que la dura lección que Bathsheba había recibido la había vuelto mucho más considerada hacia los sentimientos de los demás, y confiaba en que, llegado el momento de casarse en el futuro con algún hombre, ese hombre sería él. Había en ella un fondo de buenos sentimientos: los reproches que se hacía a sí misma por el daño que sin querer le había causado dependerían ahora en mayor medida de su encaprichamiento y su desengaño. Boldwood podría acercarse a ella por la vía de su buen carácter y proponerle un acuerdo comercial amistoso que habría de cumplirse en un futuro, ocultándole por completo el lado pasional de sus deseos. Éstas eran sus esperanzas.

Para aquel hombre de mediana edad, puede que Bathsheba tuviese entonces un encanto aún mayor. Había limado ciertas intemperancias de su carácter; el fantasma del placer había demostrado no ser suficiente como alimento cotidiano para el espíritu, y con ello había entrado en esta segunda fase poética sin perder en el proceso demasiado de la primera.

El regreso de Bathsheba, tras una visita de dos meses a su vieja tía en Norcombe, proporcionó al impasible y anhelante Boldwood un pretexto para interesarse directamente por ella —ahora que ya se cumplía el noveno mes de su viudedad— y hacerse una idea de cuál podía ser su estado de ánimo con respecto a él. El regreso se produjo en plena recogida del heno, y Boldwood se las ingenió para acercarse a Liddy, que echaba una mano en las faenas del campo.

—Me alegra verte aquí, Lydia —le dijo amablemente.

Liddy se sonrió tontamente, al tiempo que se preguntaba qué podía llevar a Boldwood a hablarle con tanta familiaridad.

—Espero que la señora Troy se encuentre bien tras su larga ausencia —continuó, insinuando en cierto modo que el vecino de corazón más frío no podía decir menos de ella.

—Está muy bien, señor.

—Y aliviada, supongo.

—Sí, aliviada.

—¿Has dicho preocupada?

—No. He dicho que está aliviada.

—¿Te cuenta todas sus cosas?

—No, señor.

—¿Algunas?

—Sí, señor.

—La señora Troy tiene mucha confianza en ti, Lydia; y es muy sabio de su parte.

—Sí que la tiene, señor. He pasado con ella muchas vicisitudes, y estuve a su lado cuando el señor Troy se marchó. Y si volviera a casarse de nuevo, me gustaría seguir viviendo con ella.

—Te lo ha prometido... es lo más natural —dijo el astuto amante, estremeciéndose todo él ante la presunción que las palabras de Liddy parecían garantizar: que su amada había pensado en casarse de nuevo.

—Bueno... no me lo ha prometido exactamente. Pero yo lo supongo.

—Claro, claro; lo comprendo. Cuando ella habla de la posibilidad de volver a casarse, tú concluyes que...

—Nunca habla de eso —dijo Liddy, pensando que el señor Boldwood se estaba poniendo muy pesado.

—Claro que no —replicó él rápidamente, sintiendo que sus esperanzas volvían a desvanecerse—. No alejes tanto el rastrillo, Lydia. Es preferible hacer movimientos cortos y rápidos. Bueno, puede que ahora que vuelve a ser dueña absoluta de todo sea más sensato para ella no volver a renunciar a su libertad.

—Es verdad que una vez la señora dijo, aunque no lo decía en serio, que tal vez se volviera a casar dentro de siete años a partir del año pasado, por si el señor Troy volvía y la reclamaba como esposa.

—Entiendo, dentro de seis años a partir de ahora. Quizá. Podría casarse ya, a juicio de cualquier persona sensata, aunque los

abogados digan lo contrario.

—¿Se lo ha preguntado? —inquirió Liddy inocentemente.

—Por supuesto que no —respondió Boldwood, poniéndose colorado—. Liddy, el señor Oak ha dicho que te quedes sólo el tiempo que quieras. Voy a seguir paseando. Buenas tardes. Se alejó irritado consigo mismo y avergonzado por primera vez en su vida de haber obrado con segundas intenciones. El pobre Boldwood era tosco como un ariete, en cuanto a delicadeza se refiere, y se sentía molesto y con la sensación de haber resultado ridículo y, peor aún, de haberlo sido. Pero a fin de cuentas había sacado algo en claro, y ésa era su recompensa. La noticia era excelente y, si bien no estaba exenta de tristeza, era oportuna y real. En menos de seis años a partir de ese momento, Bathsheba podía casarse con él. Había algo definitivo en aquella esperanza pues, aun admitiendo que no hubiese una intención sólida en las palabras de Bathsheba cuando le habló a Liddy de matrimonio, sí revelaban su postura al respecto.

Este grato descubrimiento lo acompañaba ahora constantemente. Seis años era mucho tiempo, pero también mucho menos que nunca, idea que últimamente se había visto obligado a soportar. Jacob sirvió como criado durante siete años en dos ocasiones por amor a Raquel; ¿qué eran entonces seis años por una mujer como Bathsheba? Intentó encontrarle el gusto a la idea de esperarla en lugar de conquistarla de inmediato. Boldwood sentía que su amor era tan profundo, tan intenso y eterno que acaso ella jamás llegase a hacerse una idea de su alcance, y la paciencia tal vez le proporcionara la oportunidad de ofrecer una dulce prueba de ello. Aniquilaría esos seis años de vida como si fueran minutos, pues valoraba muy poco aquel lapso de tiempo en comparación con su amor. Y durante esos seis años de intangible y etéreo cortejo, le haría ver a ella lo poco que le importaba todo lo que no fuera la consumación de sus deseos.

Entretanto con el verano llegó la semana en que se celebraba la feria de Greenhill, a la que normalmente asistía la gente de

Weatherbury.

Capítulo L

La feria del ganado — Troy roza la mano de su esposa

Greenhill era el Nijni Novgorod^[33] de Wessex del sur, y el día más movido, alegre y bullicioso de todo el calendario era el día de la feria del ganado. Esta reunión anual se celebraba en la cima de una colina que albergaba en buen estado de conservación los restos de una antigua fortaleza, formada por una enorme muralla y un foso ovalado que rodeaba la cima del promontorio, derruido en algunas zonas. Un tortuoso camino ascendía hasta las dos aberturas principales, situadas en lados contrarios, y en el prado de unos diez o quince acres rodeado por el talud era donde tenía lugar la feria. Algunas construcciones permanentes salpicaban el lugar, si bien la mayoría de los visitantes se alojaban en tiendas de campaña para descansar y alimentarse durante su estancia en el lugar.

Los pastores que acudían con sus rebaños desde lugares lejanos salían de casa dos o tres días, incluso una semana, antes de la feria, y avanzaban con sus animales escasos kilómetros cada jornada, no más de dieciséis o veinte, pernoctando en prados alquilados junto al camino, en lugares previamente elegidos, donde los animales pastaban luego de haber ayunado durante todo el día. El pastor de cada rebaño marchaba detrás, con un hatillo en el que llevaba sus provisiones para la semana colgado del hombro, y en la mano el cayado que usaba como báculo en su peregrinación. Algunas ovejas se cansaban o quedaban cojas, y de vez en cuando

se producía un alumbramiento durante el camino. Para hacer frente a estas contingencias, a menudo acompañaba a los rebaños procedentes de los puntos más remotos un poni y un carro, en el que se transportaba a las más débiles.

Las granjas de Weatherbury, sin embargo, no se encontraban tan lejos de la colina, por lo que estos preparativos eran innecesarios en su caso. Pero los rebaños de Bathsheba y de Boldwood sumaban en conjunto una valiosa e imponente multitud que exigía enorme atención, de manera que Gabriel, además del pastor de Boldwood y Cain Ball, los acompañaba durante el recorrido a través de la vieja y deteriorada ciudad de Kingsbere y hasta lo alto de la meseta, seguido, claro está, del perro George.

Cuando el sol del otoño inclinaba sus rayos sobre Greenhill esa mañana, iluminando la planicie cubierta de rocío, una nebulosa de polvo flotaba entre los setos que surcaban el amplio espacio en todas direcciones. Los setos convergían poco a poco en la base de la colina, y se veía a los rebaños ascender por los serpenteantes senderos que trepaban hasta la cumbre. Así, en lenta procesión, pasaban por la abertura hacia la que conducían las sendas, multitud tras multitud, con cuernos y sin cuernos: manadas azules y manadas rojas, manadas tostadas y manadas marrones, incluso verdes y teñidas de color salmón, según la imaginación del artista y las costumbres de la granja. Los hombres gritaban, los perros ladraban con la mayor animación, pero el tropel de animales, tras un viaje tan largo, se mostraba casi indiferente a estos intimidantes sonidos, aunque lanzaba balidos quejumbrosos por lo insólito de las circunstancias, mientras un pastor se alzaba aquí y allá en mitad del rebaño, como un ídolo gigantesco entre una multitud de devotos postrados.

La mayor parte de las ovejas que acudían a la feria pertenecían a las razas de South Down, de lana corta y fina y excelente carne, y a la antigua de Wessex, de cuernos enroscados y pelo blanquísimo. A la segunda correspondían principalmente las ovejas de Bathsheba

y de Boldwood. Entraron en fila a eso de las nueve, con sus cuernos vermiculados pegados a los carrillos en forma de perfectas espirales geométricas, y una pequeña oreja rosada y blanca debajo de cada cuerno. Antes y después llegaban otras variedades, ovejas como leopardos por la suntuosidad de su pelaje, a falta sólo de las manchas. Había también ejemplares de la raza Oxfordshire, cuya lana empezaba a rizarse como el pelo blondo de un niño; aunque en eso las superaban las afeminadas Leicester, de pelo menos rizado que las Costwold. Pero las más pintorescas, con diferencia, eran las pertenecientes a un pequeño rebaño de Exmoor, que casualmente habían acudido ese año. Con las caras y las patas ruanas, los cuernos grandes y oscuros, y guedejas de lana colgando sobre las frentes morenas, aliviaban notablemente la monotonía de los rebaños de la zona.

A medida que avanzaba la mañana, estos miles de animales quejumbrosos, jadeantes y cansados fueron encerrados en distintos rediles y confiados a la vigilancia de su correspondiente perro guardián, atado en un rincón del recinto. Entre los distintos rediles se formaban pasillos peatonales que no tardaron en quedar abarrotados de compradores y vendedores llegados de cerca y de lejos.

A eso del mediodía, en otra zona de la colina, era un escenario muy distinto el se imponía a la vista. Se estaba levantando allí una carpa circular, flamante y de excepcional tamaño. Los rebaños cambiaban de manos a medida que pasaba el día, aliviando las responsabilidades de los pastores, que se fijaban entonces en la carpa y se interesaban por lo que allí ocurría, interrogando al hombre que trabajaba en ella con aspecto de poner todo su empeño en hacer un nudo imposible en cuestión de segundos.

—La Real Actuación en el Hipódromo del *Viaje a York del bandolero Dick Turpin y la muerte de Black Bess* —replicaba el hombre al instante, sin volverse a mirar y sin interrumpir su faena.

En cuanto se hubo instalado la tienda, la orquesta empezó a tocar alegres melodías y el anuncio se hizo público con la aparición de Black Bess en posición bien visible, a modo de prueba viviente, si es que tal cosa era necesaria, de la veracidad de las afirmaciones oraculares que desde la tribuna se dirigían al público. Tan convencida estaba la gente de la autenticidad de estos llamamientos simultáneos a su corazón y a su inteligencia, que pronto se congregó una considerable multitud de personas; entre las primeras podía verse a Jan Coggan y a Joseph Poorgrass, que disfrutaban de su día libre.

—¡Ese rufián me está empujando! —gritó una mujer que estaba delante de Jan, volviéndose hacia él por encima del hombro cuando el gentío empezó a agolparse.

—¿Cómo no voy a empujarla cuando los que están detrás me empujan a mí? —respondió Coggan, en tono reprobatorio, volviendo la cabeza hacia la muchedumbre todo cuanto pudo sin girar el cuerpo, pues estaba como atrapado en una cárcel de carpintero.

Hubo un silencio; luego, los tambores y las trompetas lanzaron nuevamente sus notas al aire. La multitud volvió a emocionarse y arremetió de nuevo, a resultas de lo cual Coggan y Poorgrass salieron disparados contra la mujer de delante.

—¡Qué vergüenza que mujeres indefensas se vean a merced de rufianes así! —exclamó una de las señoras, tambaleándose como un junto sacudido por el viento.

—Un momento —gritó Coggan, apelando en tono grave al público en general, mientras se esforzaba por liberar sus aprisionados omoplatos—. ¿Quién ha visto mujer menos razonable? Os juro, vecinos, que, si pudiera salir de esta trampa, por mí estas mujeres podían comerse el espectáculo enterito.

—¡No te pongas nervioso, Jan! —le imploró Joseph Poorgrass con un susurro—. Son capaces de decirles a sus hombres que nos maten; a juzgar por cómo les brillan los ojos se diría que pertenecen a una especie de mujeres pecaminosas.

Jan contuvo su lengua, como si no le importase tranquilizarse para complacer a un amigo, y poco a poco llegaron al pie de la escalera. Poorgrass estaba aplastado como uno de esos muñecos que se mueven al tirar de un hilo, y los seis peniques de la entrada, que había preparado media hora antes, le ardían tanto en el puño de la mano que la mujer del vestido de lentejuelas que le recogió el dinero —con sus llamativos pendientes decorados con rombos de cristal y la cara y los hombros empolvados— lo soltó apresuradamente por miedo a que se tratase de un truco para quemarle los dedos. Y así fueron entrando todos, de tal modo que la tela de la tienda, vista desde fuera, aparecía llena de bultos como un saco de patatas, formados por las diversas cabezas, espaldas y codos que allí luchaban por hacerse un hueco.

Tras la tienda principal había otras dos más pequeñas, que hacían las veces de camerinos. Una de ellas, destinada a los actores masculinos, estaba dividida en dos por una cortina; en uno de los compartimentos, sentado en la hierba y calzándose un par de botas altas, había un joven al que al instante reconocemos como el sargento Troy.

La aparición de Troy en tales circunstancias puede resumirse muy brevemente. El bergantín a bordo del cual fue acogido en Budmouth se encontraba a punto de emprender su travesía y andaba escaso de tripulación. Troy leyó el contrato y decidió embarcarse, pero antes de zarpar enviaron un bote hasta Lulwind Cove a través de la bahía. Tal como esperaba, sus ropas habían desaparecido. Finalmente pagó con su trabajo el pasaje a Estados Unidos, donde se ganó precariamente la vida en varias ciudades como profesor de gimnasia, esgrima y boxeo. Bastaron unos meses para concluir que aquella vida no le gustaba. Había en su carácter cierto refinamiento animal y, por más que lo novedoso de la situación le agradó mientras no hubo privaciones, las cosas se pusieron muy difíciles cuando el dinero empezó a escasear. Además, tenía presente en todo momento la idea de que podía

reclamar una vivienda con todas sus comodidades si optaba por regresar a Inglaterra y a la granja de Weatherbury. A menudo conjeturaba con curiosidad sobre si Bathsheba lo habría dado por muerto. Y finalmente regresó a Inglaterra, pero el hecho de acercarse a Weatherbury perdió encanto, y cambió de idea en lo tocante a reemprender su camino allí. Al llegar al puerto de Liverpool consideró con pesimismo que, en el caso de volver a casa, su recibimiento no sería precisamente agradable. Lo que Troy tenía en lugar de emociones era una especie de arrebató sentimental que a veces le causaba tantos trastornos como una emoción fuerte y saludable. Bathsheba no era mujer de la que uno pudiera reírse, ni tampoco estaba hecha para sufrir en silencio. ¿Cómo, entonces, soportar la existencia junto a una mujer de carácter con la que desde el principio estaría en deuda por ofrecerle comida y techo? Además, no era improbable que su mujer fracasase en su empresa como propietaria de granja, si es que no lo había hecho ya, en cuyo caso él se vería obligado a mantenerla. ¡Y qué terrible sería la vida junto a ella con esas perspectivas de pobreza futura y el fantasma de Fanny interponiéndose de continuo entre ambos, angustiándolo a él y amargándola a ella! Así, llevado por una mezcla de disgusto, arrepentimiento y vergüenza, fue demorando su regreso día tras día, y habría renunciado por completo de haber encontrado en algún lugar las mismas condiciones de comodidad que allí se le ofrecían.

En aquel momento —el mes de julio previo al de septiembre en que lo encontramos en la feria de Greenhill—, coincidió con un circo ambulante que actuaba en los alrededores de una ciudad del norte. Troy se presentó ante el director para domesticar a uno de los caballos más nerviosos de la compañía, alcanzó de lleno una manzana de un disparo realizado desde el lomo del animal a galope tendido y realizó otras proezas similares. En razón de estos méritos —todos los cuales respondían en mayor o menor medida a su experiencia en el regimiento de los Dragones—, Troy fue aceptado como miembro de la troupe y se preparó la representación teatral de

Dick Turpin para que él interpretase el papel protagonista. No se sentía Troy especialmente eufórico por el aprecio con que sin lugar a dudas se le trataba, pero pensó que el acuerdo podría proporcionarle unas semanas para pensar. Y de este modo tan irreflexivo, sin ningún plan concreto para el futuro, fue como Troy llegó ese día a la feria de Greenhill junto al resto del grupo.

El suave sol del otoño había descendido, y frente al pabellón se desarrollaba el incidente que a continuación se relata. Bathsheba, a quien Poorgrass había llevado en coche hasta la feria, había leído u oído, como todo el mundo, el anuncio de que el señor Francis, el Gran Jinete Cosmopolita, interpretaría el papel de Turpin, y aún no era tan vieja ni estaba tan atribulada para no sentir un poquito de curiosidad por verlo. Este espectáculo en concreto era con diferencia el mejor de la feria, a cuya sombra se agrupaban otros muchos entretenimientos menores, como polluelos en torno a una gallina. La multitud ya estaba instalada, y Boldwood, que llevaba todo el día esperando la oportunidad de hablar con Bathsheba, al verla relativamente sola, se acercó a ella.

—Espero que le haya ido bien con las ovejas, señora Troy —dijo, en tono nervioso.

—Me ha ido bien, gracias —dijo Bathsheba, mientras el color le subía a las mejillas—. He tenido la suerte de venderlas nada más llegar, y ni siquiera ha sido necesario encerrarlas en el redil.

—¿Y ahora ya está libre de ocupaciones?

—Sí, sólo tengo que ver a otro comprador dentro de dos horas; de lo contrario me iría a casa. Estaba mirando la carpa y el anuncio. ¿Ha visto alguna vez la obra de *El viaje de Turpin a York*? Turpin era un personaje real, ¿no es cierto?

—Sí, completamente real... de la cabeza a los pies. De hecho, creo que le he oído contar a Jan Coggan que un pariente suyo conoció muy bien a Tom King, el amigo de Turpin.

—No olvidemos que Coggan es muy dado a contar historias extrañas relacionadas con sus parientes. Espero que sean todas

ciertas.

—Sí, sí. Claro que ya conocemos a Coggan. Pero Turpin es un personaje real. ¿No lo ha visto nunca escenificado?

—Nunca. Cuando era joven no me permitían acudir a lugares como éste. ¡Eh! ¿A qué vienen tantos brincos? ¡Cómo gritan!

—Supongo que acaba de salir el caballo, Black Bess. ¿Me equivoco al suponer que le gustaría ver la actuación, señora Troy? Por favor, discúlpeme si me equivoco, pero si le apetece será un placer buscarle un asiento —advirtiéndole que ella vacilaba, se apresuró a añadir—: Yo no voy a quedarme; ya la he visto otras veces.

Lo cierto es que a Bathsheba sí le apeteecía ver el espectáculo, y se había apartado un poco de la escalera porque no se atrevía a entrar sola. Confiaba en que apareciese Oak, cuya ayuda en tales circunstancias se interpretaba siempre como un derecho inalienable; pero no se veía a Oak por ninguna parte. Fue entonces cuando se decidió a aceptar:

—En ese caso, si tiene la bondad de mirar primero para ver si hay sitio, creo que me gustaría entrar un rato.

Y fue así como, poco después, Bathsheba entraba en la carpa del brazo de Boldwood, quien, después de llevarla hasta un asiento «reservado», se retiró tal como había prometido.

El reservado en cuestión era un banco elevado en una zona bien visible del círculo, alfombrado y cubierto con una tela roja, y Bathsheba descubrió al punto, con gran confusión, que era la única espectadora de la carpa con asiento reservado, mientras el resto de la multitud se apiñaba de pie en los bordes de la arena, desde donde podían disfrutar de una vista del espectáculo dos veces mejor por la mitad de dinero. De ahí que tantos ojos se volvieran para mirarla entronizada y sola en aquel lugar de honor, sobre un fondo escarlata, como si estuviera encima de los ponis y el payaso que realizaban las primeras proezas en el centro de la pista antes de que apareciese Turpin. Una vez allí, Bathsheba no tuvo más

remedio que quedarse: tomó asiento, extendiendo sus faldones con cierta dignidad sobre el espacio vacío que la rodeaba y confiriendo al pabellón un aire nuevo y femenino. A los pocos minutos divisó el cogote rojo de Coggan entre los que estaban justo debajo de ella, y el santo perfil de Joseph Poorgrass un poco más lejos.

Había en el interior de la carpa una sombra peculiar. La extraña y luminosa semiopacidad de las hermosas tardes de otoño intensificaba el efecto Rembrandt de los rayos de sol amarillos que se filtraban por agujeros y divisiones en el lienzo y atravesaban como chorros de polvo dorado la oscura neblina azulada que invadía la carpa, hasta que se posaban sobre la tela del lado contrario, brillando como lamparitas allí colgadas.

Al atisbar por una abertura desde el camerino, antes de entrar en escena, Troy vio a su despistada esposa sentada frente a él como la reina del torneo. Se sobresaltó, totalmente confundido, pues, si bien su disfraz ocultaba bastante bien su personalidad, comprendió de inmediato que Bathsheba reconocería su voz. En varias ocasiones, a lo largo del día, había pensado en la posibilidad de que alguien de Weatherbury estuviera presente y lo reconociera, pero asumió el riesgo sin pensarlo demasiado. Si me ven, que me vean, dijo. Pero allí estaba Bathsheba en persona, y la realidad de la escena superaba con creces cualquiera de sus figuraciones, hasta el punto de hacerle sentir que no se había tomado el asunto siquiera con la mitad de la seriedad que exigía.

Bathsheba estaba tan hermosa y encantadora que Troy dulcificó un poco su frialdad con la gente de Weatherbury. No imaginaba que ella tuviera tanto poder sobre él. ¿Debía seguir adelante, sin preocuparse por nada? No terminaba de decidirse. Más allá del deseo estratégico de no ser reconocido, se había despertado en él una sensación de vergüenza ante la posibilidad de que su atractiva y joven esposa, que ya lo despreciaba, lo despreciase aún más al descubrirlo en tan lamentable situación al cabo de tanto tiempo. Lo cierto es que se sonrojó sólo de pensarlo, y se sintió tremendamente

humillado por el hecho de que el disgusto que Weatherbury le producía lo hubiese llevado a peregrinar por el país de aquel modo.

Pero la inteligencia de Troy se agudizaba extraordinariamente cuando estaba desesperado. Se apartó a toda prisa de la cortina que dividía su camerino del de el director y propietario, que se presentó justo en ese momento como el individuo llamado Tom King, de la cabeza a la cintura, y como el mencionado y respetable director de la compañía, de la cintura a los pies.

—¡Menudo lío! —dijo Troy.

—¿Qué ocurre?

—Hay en la carpa un villano al que le debo dinero, y no quiero que me vea. En cuanto abra la boca me descubrirá y me perseguirá como un diablo. ¿Qué hago?

—Tienes que salir a escena.

—No puedo.

—No podemos interrumpir la función.

—Di que Turpin está afónico y no puede recitar el texto, pero que puede interpretar su papel sin hablar.

El propietario sacudió la cabeza.

—Sea como sea, no pienso abrir la boca —dijo Troy con firmeza.

—Muy bien, déjame pensar un poco. Te diré cómo lo arreglaremos —dijo el director, suponiendo que sería una torpeza ofender a su actor principal precisamente en ese momento—. No les daré explicaciones; tú sigue con la obra sin decir nada. Haz un guiño a tiempo y sacude la cabeza enérgicamente en los momentos heroicos. No se darán cuenta de que se omiten los diálogos.

La solución parecía factible, porque los parlamentos de Turpin no eran ni muchos ni largos, y el interés de la obra residía enteramente en la acción. Empezó entonces la función, y en el momento adecuado, Black Bess saltó al círculo de hierba entre los aplausos del público. En la escena que transcurre en la barrera del peaje, cuando Bess y Turpin son perseguidos a media noche por los oficiales y el adormilado guardabarrera, con su gorro de dormir,

niega que haya pasado por allí jinete alguno, Coggan exclamó con ganas un «¡Bien hecho!» claramente audible por encima del griterío, y Poorgrass sonrió con deleite, gratamente sorprendido por el fuerte contraste entre nuestro héroe, que salta la barrera tranquilamente, y la justicia personificada por sus enemigos, que han de esperar a que se levante la barrera para poder pasar. Cuando Tom King muere, Poorgrass no pudo resistir la tentación de tirar a Coggan de la mano y susurrarle, con lágrimas en los ojos:

—¡No lo han matado de verdad, Jan... sólo lo parece!

Y al llegar la última y triste escena, cuando el cuerpo del valiente y de la fiel Bess son transportados por doce voluntarios del público, nada pudo evitar que Poorgrass acudiese a echar una mano y, al tiempo que instaba a Jan a unirse a él, exclamase:

—¡Así tendremos algo que contar en la destilería de Warren los próximos años, Jan, y algo que transmitir a nuestros hijos!

Y así, durante años, Jan relató en Weatherbury, con el aire de un hombre que ha tenido interesantes experiencias a lo largo de su vida, que había tocado con la mano la pezuña de Bess mientras la llevaba cargada a hombros sobre una tabla. Si, como sostienen algunos pensadores, la inmortalidad consiste en verse entronizado en la memoria de los otros, Black Bess se volvió inmortal ese día, si es que no lo era antes.

Entretanto, Troy había añadido algunos toques a su habitual composición del personaje, con la intención de ocultar su identidad lo mejor posible, y, si bien en un primer momento, le asaltaron las dudas, la transformación operada al «cubrir» sensatamente su rostro con una malla, lo mantuvo a salvo de los ojos de Bathsheba y de sus hombres. Pese a todo, cuando terminó se sintió aliviado.

Por la tarde hubo una segunda actuación, para lo cual se iluminó la carpa. Troy actuó muy tranquilo esta vez, incluso se aventuró a introducir algunos diálogos en el momento oportuno, y estaba a punto de concluir cuando, mientras se encontraba en el extremo del círculo contiguo a la primera fila de espectadores, observó a un

metro de distancia la mirada de un hombre clavada como un dardo en el perfil de su rostro. Cambió rápidamente de posición tras reconocer en aquel hombre a Pennyways, el capataz desleal y enemigo jurado de su esposa, que aún merodeaba por los alrededores de Weatherbury.

En un primer momento, Troy decidió no hacer caso y atenerse a las consecuencias. Era muy probable que Pennyways lo hubiese reconocido, pero aún quedaba lugar para la duda. Sus recelos ante la posibilidad de que llegara a saberse lo cerca que estaba antes de su regreso a Weatherbury, si es que al fin se producía, pues sentía que su ocupación actual lo desacreditaría aún más a ojos de su mujer, volvieron con fuerza. Además, en caso de que decidiese no regresar, no le convenía que circulase el rumor de que estaba vivo y en las proximidades; y estaba ansioso por saber cómo le iban las cosas a su mujer, antes de tomar cualquier decisión.

Y, viéndose en este dilema, Troy salió de inmediato en ronda de reconocimiento. Se le ocurrió que sería muy inteligente buscar a Pennyways y hacerse amigo suyo. Se había puesto una barba postiza, y con estas trazas echó a andar por la feria. Era casi de noche, y la gente respetable se disponía a partir en sus carros y sus calesas.

Un posadero de una localidad vecina había instalado un tenderete donde tomar un refrigerio; un sencillo espacio donde procurarse el alimento y el descanso necesarios. El Anfitrión de Buen Comer (como desenfadadamente lo llamaba el diario local) era un hombre importante y respetado en el negocio de la comida en los contornos. Su tenderete estaba dividido en compartimentos de primera y de segunda clase, y al final de los de primera había otro recinto para los clientes más exclusivos, separado del resto por un buffet; detrás de éste se encontraba el posadero, que trajinaba afanoso con su delantal blanco y en mangas de camisa, y con aire de haber vivido siempre en una carpa. En este lugar reservado había sillas y una mesa que, al encenderse las velas, ofrecían un

espectáculo de lo más lujoso y acogedor, con una gran cafetera y la vajilla para el té y el café, con tazas de porcelana y bizcocho de frutas.

Troy se detuvo a la entrada de la carpa, donde una gitana freía tortitas en una pequeña hoguera hecha con ramas, y las vendía a un penique la pieza. No veía a Pennyways por ninguna parte, pero pronto distinguió a Bathsheba a través de una abertura, en el reservado situado al fondo. Troy se retiró entonces, rodeó la carpa en la oscuridad y se puso a escuchar. Oía la voz de Bathsheba a través del lienzo; conversaba con un hombre. Troy sintió una oleada de calor en la cara: ¡no tendría ella tan pocos principios como para ponerse a coquetear en una feria! Se preguntó entonces si de verdad lo daba por muerto. Para llegar hasta el fondo del asunto, Troy se sacó una navaja del bolsillo y, sin hacer ruido, practicó dos pequeños cortes transversales en la tela, que, al doblar hacia atrás las esquinas, formaron un agujero del tamaño de una galleta. Acercó la cara al agujero, pero la retiró bruscamente con un movimiento de sorpresa, pues había tenido los ojos a treinta centímetros de la coronilla de Bathsheba. Estaba demasiado cerca. Hizo otro agujero un poco más lejos y más abajo, justo detrás de una silla, desde donde le resultaba fácil y seguro mirarla en horizontal.

Desde allí abarcaba la escena por completo. Bathsheba estaba recostada, sorbiendo una taza de té que sostenía en la mano, y la voz masculina era la de Boldwood, quien al parecer acababa de traerle la taza. Ella, que parecía muy relajada, se apoyaba de tal modo en la tela de la carpa que en ésta se perfilaba la forma de su hombro, y era casi como si estuviera en brazos de Troy, el cual tuvo que separar un poco el pecho para que Bathsheba no sintiera su calor a través de la tela.

Troy volvió a sentirse agitado por sentimientos inesperados, como ya ocurrió en otro momento. Bathsheba estaba tan guapa como siempre, y le pertenecía. Tardó minutos en contener su

repentino deseo de entrar a reclamarla. Pero luego pensó que aquella muchacha tan orgullosa, que siempre lo había mirado por encima del hombro, incluso cuando lo amaba, lo odiaría al enterarse de su trabajo como artista ambulante. En caso de que decidiese dar señales de vida, debía ocultar tanto a Bathsheba como a la gente de Weatherbury aquel capítulo de su vida, para no estar en boca de todos. Lo apodarían «Turpin» para siempre. Antes de regresar debía borrar por completo los últimos meses de su existencia.

—¿Le apetece que le traiga otra taza de té antes de marcharse, señora? —preguntó Boldwood.

—Gracias —dijo Bathsheba—, pero debo irme ya. Ese hombre ha sido muy poco considerado al hacerme esperar tanto. Me habría marchado hace dos horas, de no haber sido por él. No tenía intención de venir aquí, pero no hay nada tan refrescante como una taza de té; aunque de no haber sido por su ayuda no habría podido tomarla.

Troy observó la mejilla de Bathsheba, iluminada por las velas, y se fijó en su tonalidad y en las curvas de su oreja, blancas como caracolas. Ella sacó el monedero y le insistió a Boldwood para que le permitiese pagar su consumición. Justo en ese momento, Pennyways entró en la tienda. Troy se estremeció: su plan de respetabilidad peligraba inesperadamente. Estaba a punto de abandonar su puesto de espionaje con la intención de seguir a Pennyways y comprobar si el antiguo capaz lo había reconocido, cuando la conversación lo detuvo, y comprendió que era demasiado tarde.

—Discúlpeme, señora —dijo Pennyways—. Tengo cierta información de interés para usted.

—Ahora no puedo atenderle —respondió fríamente Bathsheba. Era evidente que no soportaba a aquel hombre; lo cierto es que siempre le venía con algún cuento para obtener algún beneficio a expensas de calumniar a otros.

—Se lo escribiré —dijo Pennyways en tono confiado. Se inclinó sobre la mesa, arrancó una hoja de una libreta alabeada y, con redonda caligrafía, escribió:

Su marido está aquí. Lo he visto. ¿Quién es el tonto ahora?

Dobló el papel y se lo entregó a Bathsheba. Pero ella no lo leyó, ni siquiera extendió la mano para cogerlo. Pennyways, soltando una risotada de desprecio, se lo arrojó entonces sobre el regazo y se marchó de inmediato.

A juzgar por las palabras y los actos de Pennyways, y aunque no había podido ver lo que escribía el antiguo capataz, Troy no dudó ni por un instante de que la nota se refería a él. Nada podía hacer por evitar el descubrimiento.

—¡Maldita sea mi suerte! —murmuró y siguió lanzando imprecaciones que silbaron en la oscuridad como un viento pestilente. Entretanto, al tiempo que recogía la nota del regazo de Bathsheba, Boldwood decía:

—¿No quiere leerla, señora Troy? Si no quiere, la romperé.

—Bueno —dijo Bathsheba en tono despreocupado—, tal vez sea injusto no leerla, aunque adivino de qué se trata. Quiere que lo recomiende o viene a contarme algún escándalo relacionado con mis jornaleros. Siempre hace lo mismo.

Bathsheba sostenía la nota en la mano derecha. Boldwood le acercó un plato de pan con mantequilla y ella, para coger una rebanada, se pasó la nota a la mano izquierda, en la que aún sostenía el monedero; luego bajó la mano al costado, muy cerca de la tela de la carpa. Había llegado para Troy el momento de ganar la partida, y tuvo el impulso de que podía jugar sus cartas. Continuó un rato observando la hermosa mano, las puntas de los dedos sonrosadas y las venas azules de la muñeca, rodeada por una pulsera de coral: ¡qué familiar le resultaba todo! Entonces, con esa

velocidad de acción a la que tan adepto era, deslizó sigilosamente la mano por debajo de la tela, que no estaba sujeta al suelo; levantó un poco la lona, sin apartar el ojo del agujero, le arrancó la nota de los dedos, soltó la tela y echó a correr en la oscuridad hacia el talud y la zanja, sonriendo al oír el grito de asombro que lanzó Bathsheba. Bajó por fuera del parapeto, rodeó a toda prisa el fondo de la zanja y volvió a subir, para acercarse tranquilamente hasta la entrada de la carpa. Su intención era sorprender a Pennyways e impedir que repitiera su anuncio mientras él no lo estimase oportuno.

Llegó así a la puerta del tenderete y, mezclándose entre los grupos de personas allí reunidas, buscó ansiosamente a Pennyways con la mirada, pues naturalmente no quería llamar la atención preguntando por él. Un par de hombres comentaban que acababa de cometerse un intento de robo contra una joven dama, levantando la tela de la tienda donde ella estaba sentada. Al parecer, el pícaro había tomado el papel que ella tenía en la mano por un billete de banco, pues se lo había quitado y se había largado con él, sin preocuparse por el monedero. Decía la gente que el disgusto y la decepción del ladrón al descubrir que su botín no tenía ningún valor sería una buena burla. No obstante, el suceso no parecía haber trascendido demasiado, pues no había logrado interrumpir al violinista que tocaba junto a la puerta del tenderete, ni a los cuatro viejos encorvados que con rostro adusto y bastón en mano bailaban al son de la melodía. Tras ellos se encontraba Pennyways. Troy se deslizó hacia él, le hizo una seña y le susurró unas cuantas palabras. Y con expresión de mutuo acuerdo, los dos hombres se adentraron en la noche.

Capítulo LI

Bathsheba conversa con su escolta

Para el regreso a Weatherbury, se acordó que Oak llevaría a Bathsheba a casa, al descubrirse a última hora de la tarde que Joseph volvía a sufrir de su antigua dolencia, la de ver doble, y no podía confiarse en él como cochero y protector de una mujer. Pero Oak estaba tan ocupado, eran tantos los asuntos que atender sobre los rebaños de Boldwood que no se habían vendido, que Bathsheba, sin decirle nada ni a él ni a nadie, decidió volver a casa por sus propios medios, como había hecho muchas veces desde la lonja de Casterbridge, y confiar en su buen ángel para realizar el viaje sin contratiempos. Pero tras el encuentro casual (al menos por parte de ella) con Boldwood en el tenderete, no fue capaz de rechazar el ofrecimiento de éste de cabalgar junto a ella como escolta. Había atardecido sin que Bathsheba se diese cuenta, pero Boldwood le aseguró que no había razón alguna para preocuparse, pues la luna saldría en cuestión de media hora.

Inmediatamente después del incidente ocurrido en la carpa de los refrigerios, Bathsheba se levantó con intención de marcharse — esta vez muy alarmada y sinceramente agradecida por la protección de su antiguo amante—, aunque lamentando la ausencia de Gabriel, cuya compañía prefería con creces, pues la consideraba más adecuada al tiempo que más agradable, por ser su capataz y empleado. Pero esto no era posible; bajo ningún concepto debía tratar a Boldwood con aspereza, porque ya lo había maltratado en

una ocasión, y, en cuanto salió la luna y estuvo lista la calesa, Bathsheba emprendió el camino a casa, aparentemente ajena a la oscuridad, pues la luna y la colina inundada de luz parecían encontrarse en un mismo plano, mientras que el resto del mundo yacía entre ambas como sumido en una inmensa sombra. Boldwood montó su caballo y siguió la calesa muy de cerca. Así bajaron hasta el llano, donde los ruidos de la gente que aún seguía en la colina llegaban como voces procedentes del cielo, y las luces parecían las de un campamento celestial. No tardaron en adelantar a los que alegremente se habían rezagado en las proximidades de la colina, atravesar Kingsbere y salir al camino principal.

El fino instinto de Bathsheba había percibido que la incondicional devoción de su vecino seguía intacta, y sintió una honda simpatía por él. Esta circunstancia la había desanimado bastante aquella tarde, al recordarle la locura que había cometido; volvía a desear, como había deseado meses antes, reparar su error de alguna manera. De ahí que la compasión por aquel hombre que persistía en su amor pese al daño que le causaba y la permanente tristeza que lo invadía, traicionase a Bathsheba hasta el punto de mostrarle una consideración tan imprudente que casi parecía ternura y reforzaba en el pobre Boldwood el exquisito sueño de los siete años de servicio de Jacob.

Pronto encontró Boldwood una excusa para avanzar desde la retaguardia y cabalgar junto a ella. Habían recorrido unos seis kilómetros a la luz de la luna, charlando con desgana a través de las ruedas del carro sobre la feria, la granja, lo eficiente que era Gabriel para ambos y otros asuntos intrascendentes, cuando Boldwood dijo de pronto, con la mayor sencillez:

—Señora Troy, ¿piensa en volver a casarse algún día?

Aquella pregunta, lanzada a bocajarro, causó gran confusión en Bathsheba, quien tardó más de un minuto en responder:

—No he pensado seriamente en ese asunto.

—Lo entiendo muy bien. Pero hace casi un año que murió su esposo, y...

—Olvida usted que su muerte no llegó a probarse del todo, y que tal vez esté vivo. En ese caso yo no estaría viuda —dijo, aferrándose a la mínima salida que tal situación le proporcionaba.

—Cierto que no llegó a probarse del todo, pero sí pudo probarse circunstancialmente. Un hombre lo vio ahogarse. Ninguna persona sensata duda de su muerte; y supongo que usted tampoco, señora.

—Yo tengo mis dudas, de lo contrario habría actuado de otro modo —dijo amablemente Bathsheba—. Tengo desde el principio la extraña sensación de que tal vez no haya muerto. Desde entonces me lo he explicado de distintas maneras. Pero, aunque estuviera casi convencida de que no volveré a verlo, no pienso en casarme con otro. Sería despreciable por mi parte incurrir en ese tipo de pensamientos.

Se quedaron un rato en silencio y, cuando entraron en una pista poco frecuentada que discurría a través de un prado comunal, los crujidos de la silla de Boldwood y los muelles de la calesa eran los únicos sonidos audibles. Boldwood puso fin al silencio.

—¿Se acuerda usted de cuando perdió el conocimiento y la llevé en brazos hasta la posada de King's Arms, en Casterbridge? Todo el mundo tiene su oportunidad en la vida; y ésa fue la mía.

—Lo sé... lo sé muy bien —dijo ella, apresuradamente.

—Nunca podré dejar de lamentar que las cosas se torcieran hasta el punto de que usted me rechazase.

—Yo también lo siento mucho —dijo Bathsheba, controlándose al punto—. Lo que quiero decir, ya lo sabe, es que siento que usted pensara que yo...

—Me produce un extraño placer pensar en el tiempo que pasé con usted... que yo significué algo para usted antes que él, y que usted «casi» me pertenecía. Pero ya sé que eso no significa nada. Usted nunca se sintió atraída por mí.

—Sí me sentí atraída; y además lo respetaba.

—¿Y ahora también?

—¿Cuál de las dos cosas?

—¿Qué quiere decir?

—¿Si le agrado o si me respeta?

—No lo sé... no puedo decírselo. Es difícil para una mujer definir sus sentimientos en un lenguaje creado principalmente por el hombre para expresar los suyos. ¡Mi actitud con usted fue desconsiderada, inexcusable, mezquina! Lo lamentaré eternamente. Si hubiese podido hacer algo para enmendar mi conducta lo habría hecho con sumo gusto. Nada deseaba más que reparar ese error. Pero no fue posible.

—No se culpe... no se portó tan mal como imagina. Si tuviera usted una prueba definitiva de que está viuda, Bathsheba... ¿repararía usted ese error casándose conmigo?

—No sé qué decir. Creo que aún es demasiado pronto.

—¿Y en el futuro?

—Tal vez.

—En ese caso, ¿sabe que dentro de seis años puede casarse sin necesidad de más pruebas, sin que nadie pueda poner objeciones o culparla?

—Sí —respondió rápidamente—. Lo sé. Pero no vale la pena hablar de eso. ¿Quién sabe dónde estaremos todos dentro de seis o siete años?

—Pasarán sin que nos demos cuenta, y cuando hayan pasado parecerá que ha sido un tiempo muy breve, mucho más de lo que parece ahora.

—Sí, sí. Ya he tenido ocasión de comprobarlo.

—Escúcheme, entonces —suplicó Boldwood—. ¿Se casará conmigo si espero todo ese tiempo? Reconozca que me debe una compensación... compéñeme de esa manera.

—Pero, señor Boldwood... seis años...

—¿Quiere casarse con otro hombre?

—¡Desde luego que no! Lo que quiero decir es que ahora no quiero hablar de eso. Tal vez no sea correcto y no debería permitirlo. Dejémoslo estar. Mi marido puede estar vivo, como ya le he dicho.

—Por supuesto que no hablaré si usted no quiere. Pero la corrección nada tiene que ver con las razones. Soy un hombre maduro que desea protegerla durante el resto de nuestras vidas. Por su parte, al menos, no hay pasión ni apresuramiento censurable... por la mía puede que sí. Pero no puedo dejar de advertir que, si por compasión y para reparar su error decide usted llegar a un acuerdo conmigo a largo plazo, un acuerdo que arregle las cosas y me haga feliz, aunque sea tarde, no se le podrá censurar nada como mujer. ¿Acaso no he ocupado el primer lugar para usted? ¿No ha sido usted casi mía? Seguro que puede decirme al menos esto: ¿volvería a aceptarme en caso de que las circunstancias lo permitieran? ¡Hable, se lo ruego! ¡Por favor, Bathsheba, prométame (no es más que una pequeña promesa) que si vuelve a casarse se casará conmigo!

Hablaba con tanta vehemencia que Bathsheba en ese momento casi tuvo miedo de él, aunque lo comprendía. Era sencillamente un temor físico: la debilidad del fuerte; no había ni aversión emocional ni repugnancia interior. Con cierta inquietud en la voz, pues recordaba claramente su arrebató en el camino de Yalbury y temía que su furia volviese a desatarse, dijo:

—Nunca me casaré con otro hombre mientras usted quiera hacerme su esposa, pase lo que pase... pero lo cierto es que me ha pillado por sorpresa.

—Dejémoslo así... ¿en que se casará conmigo dentro de seis años? No hablaremos de accidentes inesperados, pues todo puede ocurrir. Pero esta vez sé que mantendrá su promesa.

—Por eso no me atrevo a prometer nada.

—¡Prométalo! Acuértese del pasado y sea benévola.

Bathsheba soltó el aire y dijo en tono lúgubre:

—¡No sé qué hacer! Yo no lo amo, y mucho me temo que nunca seré capaz de amarlo como una mujer debe amar a su marido. Si entiende usted eso, y aun así puedo hacerle feliz con la simple promesa de casarme con usted dentro de seis años en caso de que mi marido no vuelva, entonces es un gran honor para mí. Y si aprecia usted este gesto de amistad por parte de una mujer que ya no se valora como antes y que tiene muy poco amor que dar, entonces, sí lo...

—¡Lo promete!

—Lo considero, si es que no puedo prometerlo pronto.

—Pero ¿pronto podría ser nunca?

—No, nada de eso. Quiero decir pronto. Para Navidad, digamos.

—¡Para Navidad! —no dijo nada más, hasta que al fin añadió—: No volveré a decirle nada hasta entonces.

Bathsheba se hallaba en un extraño estado de ánimo que mostraba hasta qué punto el alma es esclava del cuerpo y el espíritu etéreo depende de la carne y la sangre tangibles. No es excesivo afirmar que se sentía coaccionada por una fuerza mayor que su propia voluntad, no sólo para hacer una promesa sobre un asunto especialmente vago y remoto, sino para figurarse que debía hacer esa promesa. A medida que pasaban las semanas entre la noche en que tuvo lugar esta conversación y el día de Navidad, su ansiedad y su perplejidad fueron en aumento.

Un día, por accidente, habló con Gabriel de su dilema en un tono extrañamente confidencial. Sintió cierto alivio, un alivio sordo y sin alegría. Estaban repasando las cuentas y mientras trabajaban sucedió algo que impulsó a Gabriel a decir, refiriéndose a Boldwood:

—Él nunca la olvidará, señora. Nunca.

La preocupación de Bathsheba afloró de inmediato. Fue entonces cuando le habló de cómo había vuelto a meterse en el

atolladero; de lo que Boldwood le había pedido, y de que esperaba su aceptación.

—La razón más triste de todas para decir que sí —dijo con pesar— y la verdadera razón por la que creo que debo hacerlo, para bien o para mal, es algo que no le he contado nunca a nadie... Creo que si no le doy mi palabra se volverá loco.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Gabriel en tono grave.

—Lo creo —continuó ella, con absoluta franqueza—; y Dios sabe que lo digo de todo corazón, pues me siento muy apenada y preocupada... Creo que el futuro de ese hombre está en mis manos. Su vida depende por completo de cómo lo trate yo. ¡Ay, Gabriel, tiemblo sólo de pensar en mi responsabilidad, porque es terrible!

—Bueno, yo creo, señora, como ya le dije hace años, que su vida no es nada sin usted; pero no me parece... espero que no sea tan terrible como usted imagina. Siempre ha sido un hombre sombrío y raro, ya lo sabe. Pero puesto que la situación es tan triste y excepcional, ¿por qué no le da una promesa condicional? Yo en su caso lo haría.

—Pero ¿es eso correcto? Algunos actos impulsivos de mi pasado me han enseñado que cuando a una mujer la están observando tiene que andarse con mucho cuidado para conservar siquiera un mínimo de respeto; por eso quiero ser discreta en esta ocasión. Dentro de seis años... podríamos estar todos en la tumba, aunque el señor Troy no regrese, ¡lo cual no es imposible! Esto hace que todo el plan resulte un poco absurdo. ¿No te parece ridículo, Gabriel? No sé cómo ha llegado a albergar esa esperanza. ¿Crees que está mal? Tú eres mayor que yo y...

—Ocho años mayor, señora.

—Sí, ocho años... ¿y está mal?

—Tal vez sea un acuerdo poco común entre un hombre y una mujer; pero no veo nada malo en ello —dijo Oak, muy despacio—. En realidad, lo único que me hace dudar de si debe casarse con él de cualquier manera es que usted no lo ama... pues supongo que...

—Sí, puedes suponer que no hay amor —dijo ella bruscamente—. El amor es algo totalmente pasado, triste, gastado y miserable para mí... no puedo amarlo ni a él ni a nadie.

—Esa falta de amor es precisamente lo que impide que su acuerdo con él cause mal alguno. Si hubiera una pasión intensa, si fuera eso lo que la anima a querer olvidar la desaparición de su marido, entonces estaría mal; pero un acuerdo con el corazón frío, por agradecimiento a un hombre, es algo muy distinto. El pecado, en mi opinión, señora, está en pensar en casarse con un hombre al que no ama honrada y sinceramente.

—Estoy dispuesta a pagar por ello —dijo Bathsheba con firmeza—. No puedo quitarme de la conciencia la idea de haberle hecho tanto daño por pura vanidad. Si yo no le hubiera gastado aquella broma, él nunca habría querido casarse conmigo. ¡Ojalá pudiera pagarle con dinero el daño que le hice, para quitarme ese pecado del alma!... Tengo esa deuda, y sólo puedo pagarla de una manera; por eso creo que estoy obligada a hacerlo si es que aún tengo algún control sobre mi honestidad, sin pararme a pensar en el futuro. Cuando un vividor se juega sus expectativas, no deja de ser responsable, por más que su deuda sea una imprudencia. Yo me he portado como un jugador, y lo que ahora te pregunto es: teniendo en cuenta mis propios escrúpulos y el hecho de que a ojos de la ley mi marido sólo está desaparecido y ningún hombre puede casarse conmigo hasta que hayan pasado siete años... ¿soy libre para pensar en ello, aunque sea una especie de penitencia, pues de eso se trata? ¡Detesto casarme en tales circunstancias, y desprecio a las mujeres que obran así!

—Parece que todo depende de que usted piense que su marido está muerto, como piensa todo el mundo.

—Supongo que llegaré a convencerme, porque no puedo dejar de pensar que si estuviera vivo habría vuelto hace mucho tiempo.

—Entonces, en un sentido religioso, es usted tan libre como cualquier viuda para «pensar» en volver a casarse de nuevo al cabo

de un año. ¿Por qué no le pide consejo al reverendo Thirdly sobre cómo obrar con el señor Boldwood?

—No. Cuando busco una opinión abierta para aclarar una situación en general, y no un consejo especial, nunca acudo a un profesional. Por eso me gusta que el sacerdote opine de leyes, el abogado de medicina, el médico de negocios y mi administrador... es decir tú... de moral.

—¿Y de amor...?

—Yo.

—Me temo que ese argumento tiene una pega —dijo Oak con severa sonrisa.

Bathsheba no respondió de inmediato. Luego dijo:

—Buenas noches, Gabriel.

Había hablado con franqueza, y ni le pedía a Gabriel ni esperaba de él respuesta más convincente de la que había recibido. Pero en lo más íntimo de su atribulado corazón, sentía en ese momento una ligera punzada de decepción, por algo que no se atrevía a reconocer. Oak en ningún momento había manifestado su deseo de verla libre para poder casarse con ella... en ningún momento había dicho: «Yo también puedo esperarla, igual que él». Ése era el agujón que tenía clavado. Y no porque hubiese prestado oídos a tales hipótesis. Nada de eso... ¿Acaso no dejaba de decir que ese tipo de pensamientos sobre el futuro eran inoportunos, y acaso no era Gabriel demasiado pobre para hablarle a ella de sus sentimientos? Pero al menos podía haber insinuado algo sobre su antiguo amor por ella, o haberle preguntado, como quien no quiere la cosa, si podía hablarle de él. Eso habría sido bonito y considerado, si no más; y en tal caso ella habría demostrado lo amable e inofensivo que el «no» de una mujer puede ser en ocasiones. Pero aquel consejo tan frío, precisamente el que ella había pedido, tuvo alterada a nuestra heroína toda la tarde.

Capítulo LII

Caminos convergentes

I

Llegó la Nochebuena, y la fiesta que Boldwood ofrecería esa noche era el gran tema de conversación en Weatherbury. No era lo infrecuente de celebrar fiestas de Navidad en la parroquia lo que convertía ésta en algo especial, sino el hecho de que Boldwood fuera el anfitrión. El anuncio había sonado extraño e incongruente, como una partida de croquet en los pasillos de una catedral, o como si un juez muy respetado se subiese a un escenario. No cabía duda de que la fiesta prometía ser de lo más animada. Ese día se recogió en el bosque una gran rama de muérdago y se colgó en el vestíbulo de la casa del soltero. Trajeron también acebo y yedra en abundancia. Desde las seis de la mañana y hasta pasado el mediodía, la gran chimenea de la cocina rugió y centelleó con toda su potencia, mientras el hervidor, el cazo y el caldero de tres patas se alzaban en mitad de las llamas como Shadrach, Meshach y Abednego^[34], y mientras de continuo se asaba y rociaba junto al fantástico resplandor.

Más tarde se encendió la chimenea del gran vestíbulo alargado hasta el cual descendía la escalera, y se retiraron todos los obstáculos para crear una pista de baile. El leño que iba a servir de soporte para el fuego de la noche era el tronco entero de un árbol,

tan pesado que no había manera de cargarlo ni hacerlo rodar hasta su destino; por eso dos hombres tuvieron que arrastrarlo con cadenas y palancas cuando se acercó la hora de la reunión.

Pese a todo, no se respiraba en la casa espíritu de fiesta. Era la primera vez que su propietario hacía tal cosa, y la hacía como por obligación. La pretendida alegría se empeñaba en pasar por grandeza solemne; todo el esfuerzo organizador fue realizado fríamente por sus asalariados, y una sombra parecía recorrer las habitaciones diciendo que los preparativos eran impropios del lugar y del solitario que allí vivía, y por lo tanto no eran buenos.

II

Bathsheba se encontraba a esta hora en su habitación, vistiéndose para la fiesta. Había pedido velas, y Liddy entró para colocar una a cada lado del espejo.

—No te vayas, Liddy —dijo Bathsheba, casi con timidez—. Estoy ridículamente nerviosa... no sé por qué. Ojalá no tuviera que asistir a ese baile; pero ya no tengo escapatoria. No he vuelto a hablar con el señor Boldwood desde el otoño, cuando le prometí que nos veríamos en Navidad para hablar de negocios, pero no me imaginaba que sería así.

—Pues yo creo que debemos irnos ya —dijo Liddy, que pensaba acompañar a Bathsheba, pues Boldwood no había hecho discriminaciones a la hora de invitar.

—Sí, claro que iré —dijo Bathsheba—. Pero es que yo soy «la razón» de esta fiesta, ¡y eso es lo que me fastidia! No se lo digas a nadie, Liddy.

—Claro que no, señora. ¿Es usted la razón de la fiesta?

—Sí. Soy la razón de la fiesta... yo. De no ser por mí no habría fiesta. No puedo decirte más... no hay más que decir. Ojalá nunca hubiera venido a Weatherbury.

—Es malo, señora... desear estar peor de lo que se está.

—No, Liddy. Desde que vivo aquí no he dejado de tener problemas, y esta fiesta me causará aún más problemas.

Tráeme el vestido de seda negra y veamos qué tal me sienta.

—¿No irá a ponerse ese vestido, señora? Lleva catorce meses de luto y debería alegrarse un poco en una noche así.

—¿Lo crees necesario? No; iré como siempre. Si me pongo un vestido claro la gente hablará de mí, y parecerá que me estoy divirtiendo aunque me muestre solemne en todo momento. No me apetece nada ir a esa fiesta; pero da igual, quédate conmigo y ayúdame a vestirme.

III

También Boldwood se estaba vistiendo a la misma hora. Un sastre de Casterbridge lo ayudaba a ponerse un traje nuevo que acababan de llevarle a casa.

Nunca se había mostrado Boldwood tan quisquilloso, poco razonable y difícil de complacer respecto a su indumentaria como en ese momento. El sastre no dejaba de dar vueltas a su alrededor, tirando de la cintura, tirando de la manga, colocando el cuello, y, por primera vez en su vida, Boldwood no se cansaba. En otras ocasiones el hacendado había calificado de infantiles tantas sutilezas, pero esta vez no hubo críticas filosóficas ni apresuradas por otorgar la misma importancia a una arruga que a un terremoto en América del Sur. Boldwood se declaró finalmente casi satisfecho,

pagó la factura y el sastre salió por la puerta justo cuando Oak entraba para informar de cómo había ido el día.

—Ah, Oak —dijo Boldwood—. Espero verte aquí esta noche. Anímate. No pienso ahorrar gastos ni esfuerzos.

—Intentaré venir, señor, aunque tal vez me retrase un poco —dijo Gabriel tranquilamente—. Me alegra mucho ver este cambio en usted.

—Sí... tengo que reconocerlo. Esta noche me siento animado: alegre y más que alegre... tanto que casi me pongo triste al pensar que todo pasará en seguida. A veces, cuando tengo demasiadas esperanzas y me siento tan despreocupado, resulta que un problema acecha en la distancia. Por eso recibo el pesimismo con contento y temo la felicidad. Puede que esto sea absurdo... me parece absurdo. Puede que al fin haya llegado para mí el día.

—Espero que sea un día largo y hermoso.

—Gracias... gracias. Aunque es posible que mi alegría responda a una frágil esperanza. Y aun así debo confiar en mi esperanza. Es fe, no esperanza. Creo que esta vez cuento con mi invitada. Me tiemblan un poco las manos, Oak. No puedo atarme el pañuelo al cuello. ¿Quieres hacer el favor de ayudarme? Lo cierto es que no he andado bien últimamente, como sabes.

—Lo siento, señor.

—No tiene importancia. Hazlo lo mejor que puedas, por favor. ¿Sabes si está de moda algún tipo de nudo en especial, Oak?

—No lo sé, señor —dijo Oak. Su voz se había puesto triste.

Boldwood se acercó a Gabriel y, mientras éste le ataba el pañuelo, el hacendado continuó hablando con gran agitación:

—¿Crees que las mujeres cumplen sus promesas, Gabriel?

—Cuando no suponen para ellas un inconveniente tal vez sí.

—... O más bien una insinuación de promesa.

—Yo no puedo responder de una insinuación —dijo Oak, con un deje de amargura—. Es una palabra llena agujeros como un colador.

—No hables así, Oak. Te noto bastante cínico últimamente, ¿a qué se debe? Parece que hemos intercambiado los papeles: yo me he convertido en el hombre joven y esperanzado y tú en el hombre viejo y descreído. De todos modos, ¿crees que una mujer cumple con su promesa, no de casarse, sino de llegar al acuerdo de casarse en el futuro? Tú conoces a las mujeres mejor que yo... dime.

—Temo que sobrestima usted mis conocimientos. Pero una mujer puede cumplir su promesa cuando la hace con la sincera intención de reparar una ofensa.

—De momento no hemos llegado muy lejos, aunque creo que no tardaremos... sí, lo sé —dijo, con un impulsivo susurro—. La he presionado sobre el particular, y se inclina a mostrarse amable conmigo, y a pensar en mí como marido en un futuro lejano, y con eso me basta. ¿Cómo iba a esperar más? Está empeñada en que una mujer no puede casarse hasta que hayan pasado siete años desde la desaparición de su marido, porque no se encontró su cuerpo. Puede que sea sólo esta razón legal la que influye en ella, o puede que haya también causas religiosas, pero es reacia a hablar del asunto. Sin embargo, ha prometido —insinuado— que esta noche ratificaría un compromiso.

—Siete años —murmuró Gabriel.

—No, no... ¡no es eso! —dijo Boldwood con impaciencia—. Cinco años, nueve meses y unos días. Ya han pasado casi quince meses desde que él desapareció, y hay algo maravilloso en un compromiso de poco más de cinco años.

—Parece mucho tiempo. No construya demasiado sobre ese tipo de promesas, señor. Recuerde que ya lo decepcionaron una vez. Sus intenciones pueden ser buenas; pero... todavía es joven.

—¿Decepcionarme? ¡Eso nunca! —exclamó Boldwood con vehemencia—. Nunca me prometió nada la primera vez; ¡por lo tanto no rompió su promesa! Si ahora me lo promete, se casará conmigo. Bathsheba es una mujer de palabra.

IV

Troy estaba sentado en un rincón de la taberna White Hart, en Casterbridge, fumando y bebiendo un humeante brebaje de un vaso. Se oyó un golpe en la puerta, y apareció Pennyways.

—¿Lo has visto? —preguntó Troy, señalando hacia una silla.

—¿A Boldwood?

—No... al abogado Long.

—No estaba en casa. Estuve allí primero.

—Es un fastidio.

—Supongo que sí.

—Lo que no entiendo es que porque un hombre parezca haberse ahogado, sin haberse ahogado realmente, se le haga responsable de todo. No consultaré con ningún abogado.

—No se trata de eso exactamente. Si un hombre cambia su apellido y toma medidas para engañar al mundo y a su mujer, es un tramposo, y a ojos de la ley es sencillamente un delincuente y un vagabundo; y eso es un delito.

—¡Ja, ja! Bien dicho, Pennyways. —Troy se había reído, pero luego dijo, con cierta ansiedad—: Lo que quiero saber es lo siguiente. ¿Crees que realmente hay algo entre ella y Boldwood? ¡De veras que jamás lo hubiera creído! ¡Cuánto debe de odiarme ella! ¿Has descubierto si ella lo ha incitado?

—No he podido averiguar nada. Al parecer él siente algo, pero no puedo hablar por ella. No sabía ni una palabra de todo esto hasta ayer mismo, y lo único que oí fue que asistiría a la fiesta que Boldwood da en casa esta noche. Dicen que es la primera vez que va a su casa. Y dicen también que no ha vuelto a hablar con él desde que estuvieron en la feria de Greenhill. Pero ¿qué sabe la gente? Lo que sí es cierto es que ella no parece sentir nada por él... se muestra muy distante y muy poco interesada. Eso lo sé.

—Yo no estoy tan seguro... Es una mujer atractiva, Pennyways, ¿no crees? Reconoce que nunca has visto criatura más elegante y espléndida. Te juro por mi honor que cuando la vi ese día en la feria me pregunté cómo había podido dejarla sola durante tanto tiempo. Pero estaba atrapado por ese maldito espectáculo, del que al fin me he librado, gracias a las estrellas. —Se quedó un rato fumando en silencio y luego añadió—: ¿Cómo estaba cuando pasaste por allí, ayer?

—Bueno, no me hizo mucho caso; ya se lo puede imaginar. Pero parecía encontrarse bien, por lo que yo vi. Se limitó a mirar mi insignificante cuerpo con sus ojos altivos, pero apartó la mirada rápidamente, como si sólo fuera un árbol sin hojas. Acababa de salir con la yegua para supervisar la prensa de la sidra; había estado cabalgando y tenía las mejillas encendidas y la respiración agitada, y su pecho subía y bajaba, subía y bajaba justo delante de mis ojos. Los hombres estaban a su alrededor, prensando la pulpa y trajinando de acá para allá, y no paraban de decir: «Cuidado, señora: se va a manchar el vestido». Y ella decía: «No importa». Entonces Gabriel le trajo un poco de sidra recién hecha, y ella tuvo que bebérsela con una caña, no de la manera normal. Y dijo: «Liddy, lleva a casa unos cuantos galones para hacer vino de sidra». Sargento, yo no era para ella más que un trozo de astilla en un horno industrial.

—Tengo que verla en seguida. Tengo que verla. ¿Oak sigue siendo el capataz, no es cierto?

—Sí, eso creo. Y también de la granja de Boldwood. Lo dirige todo.

—Debe de ser difícil para él ser su capataz, como para cualquier hombre de su talla.

—Eso no lo sé. Ella no puede pasarse sin él, y como él lo sabe se siente muy independiente. Ella tiene sus puntos débiles, pero yo nunca he conseguido encontrárselos.

—Te lleva ventaja, tienes que reconocerlo: es un animal superior... un tejido más fino. Pero haz lo que te digo y ni esta diosa altiva, este elegante ejemplar del género femenino, mi mujer, mi Juno (ya sabes que Juno era una diosa), ni ella ni nadie te hará daño. Veo que hay que indagar más. Pero entre una cosa y otra, creo que mi plan está bien trazado.

V

—¿Qué tal estoy, Liddy? —preguntó Bathsheba, mientras le daba el último retoque a su vestido antes de apartarse del espejo.

—Nunca la había visto tan bien. Bueno sí... sólo esa noche, hace un año y medio, cuando entró usted muy enfadada y nos riñó por hablar de usted y del señor Troy.

—Supongo que todos pensarán que me he propuesto cazar al señor Boldwood —murmuró—. Seguro que lo dicen. ¿No debería aplastarme un poco el pelo? Tengo miedo de ir, pero también temo herirle si no voy.

—En todo caso, señora, no podría ir vestida más sencilla, a menos que se pusiera un saco de arpillera. Es la emoción lo que le da un aire tan especial esta noche.

—No sé qué pasa; por un lado me siento fatal y por otro me siento radiante. Ojalá hubiera seguido sola, como he estado durante el último año, sin esperanzas, ni temores, ni placer, ni dolor.

—Supongamos que el señor Boldwood le pide que se escape con él... es sólo una suposición, señora... ¿qué haría?

—Liddy... no hables así —dijo Bathsheba en tono severo—. No me gustan esas bromas. ¿Has entendido?

—Lo siento, señora. Pero, como las mujeres somos tan raras, sólo decía que... Bueno, no volveré a hablar de eso.

—Nada de bodas para mí en muchos años; si llego a casarme será por razones muy distintas a las que piensas o a las que otros pueden imaginar. Dame mi abrigo, es hora de irse.

VI

—Oak —dijo Boldwood—, antes de que te vayas, me gustaría contarte lo que he estado pensando últimamente. Me refiero a nuestro acuerdo sobre tu participación en los beneficios de la granja. Esa participación es pequeña, demasiado pequeña, teniendo en cuenta que yo apenas me ocupo de nada, mientras que tú le dedicas mucho tiempo y esfuerzo. Y como el mundo empieza a iluminarse para mí, quiero demostrarlo aumentando tu participación. Haré una escritura pública del acuerdo que me parezca más conveniente, pues ahora no tenemos tiempo de hablar de eso, y luego lo discutiremos tranquilamente. Tengo la intención de abandonar por completo la gestión de la granja, y hasta que tú puedas correr con todos los gastos seguiré siendo tu socio. Luego, si me caso con ella, y espero hacerlo, creo que así será, entonces...

—Por favor, no hable de eso, señor —dijo Oak apresuradamente—. No sabemos lo que puede ocurrir. Podría llevarse muchos disgustos. Del dicho al hecho hay mucho trecho, como dice el refrán. Yo le aconsejaría... y le ruego que me perdone por hacerlo... que no esté demasiado seguro.

—Lo sé, lo sé. Pero mi idea de aumentar tu participación sólo tiene que ver contigo. Creo que conozco un poco tu secreto, Oak; que tu interés por ella va más allá del de un simple capataz o un empleado. Pero te has portado como un caballero; por eso, a mi manera de rival triunfador, aunque sólo parcialmente pues mi triunfo es fruto de tu bondad, quisiera demostrarte definitivamente mi

amistad en estas circunstancias que sin duda han sido dolorosas para ti.

—No es necesario, gracias —se apresuró a decir Oak—. Debo acostumbrarme a la situación; otros hombres lo han hecho, y yo haré lo mismo.

Oak se retiró entonces. Se sentía incómodo por lo que le había dicho Boldwood, pues volvía a ver que esa pasión inagotable lo transformaba.

Boldwood se quedó un rato a solas en su habitación, ya vestido y preparado para recibir a los invitados, y la preocupación por su aspecto dio paso a una profunda solemnidad. Miró por la ventana y contempló el pálido perfil de los árboles contra el cielo, y el crepúsculo que se hundía en la oscuridad.

Se acercó entonces a un armario y, de un cajón cerrado con llave, sacó una cajita redonda del tamaño de un pastillero para guardársela en el bolsillo. Pero antes abrió la caja y miró un momento en su interior. Contenía una alianza engastada de diamantes, que a juzgar por su aspecto parecía haber comprado recientemente. Estuvo un rato mirando los destellos de las piedras, si bien su expresión revelaba que el aspecto material le importaba más bien poco y que sus pensamientos estaban en el supuesto hilo argumental de la futura historia del anillo.

Se oyeron rodadas en la entrada de la casa. Boldwood cerró la caja, se la guardó con cuidado en el bolsillo y salió al rellano. El anciano mayordomo llegaba en ese momento al pie de la escalera.

—Están llegando, señor. Son muchos. A pie y en coche.

—Estaba a punto de bajar. Ese coche que he oído, ¿es el de la señora Troy?

—No, señor. Aún no ha llegado.

Boldwood adoptó de nuevo una expresión reservada y grave, aunque no lograba disimular sus sentimientos cuando pronunciaba el nombre de Bathsheba; y su febril ansiedad continuaba

manifestándose por cómo movía los dedos a la altura del muslo mientras bajaba las escaleras.

VII

—¿Qué tal mi camuflaje? —le preguntó Troy a Pennyways—. Estoy seguro de que nadie me reconocerá.

Se estaba abotonando un grueso abrigo gris de corte antediluviano, con capa y cuello alto, este último subido y rígido, como un muro circular, que casi llegaba hasta el borde de la gorra que le cubría las orejas.

Pennyways apagó la vela de un soplido, levantó la vista y observó a Troy con deliberación.

—¿Finalmente ha decidido ir a la fiesta?

—¿Decidido? Sí, desde luego.

—¿Por qué no le escribe una carta? Está metido en un atolladero, sargento. Todo saldrá a la luz si vuelve a casa, y las noticias no serán bien recibidas. Le aseguro que yo de usted me quedaría así... como un hombre soltero llamado Francis. Está bien tener una buena esposa, pero ni la mejor esposa del mundo es mejor que la soltería. Ésa es mi opinión, y tengo fama de listo.

—¡Tonterías! —exclamó Troy, malhumorado—. Ella tiene un montón de dinero, y una casa, y una granja, y caballos, y comodidades, y yo vivo con lo puesto, como un aventurero menesteroso. Además, no tiene sentido hablar de eso ahora; ya es demasiado tarde, y me alegro. Esta tarde me han visto y me han reconocido. Tendría que haber vuelto a casa el día siguiente a la feria, pero tú empezaste a hablar de la ley y a decir tonterías sobre la separación. No pienso esperar más. ¡Cómo diablos se me metería en la cabeza la idea de huir! ¡No me lo explico! Sentimentalismo

estúpido... eso fue. ¡Pero quién iba a pensar que su mujer tendría tanta prisa por librarse de su apellido!

—Yo sí. Ella es muy mala.

—Pennyways, recuerda con quién estás hablando.

—Yo sólo digo, sargento, que yo de usted volvería a marcharme al extranjero... aún no es demasiado tarde. No creo que sea bueno echarlo todo a perder y crearse mala fama sólo para vivir con ella... porque seguro que lo de su trabajo como actor saldrá a la luz, y usted lo sabe, aunque piense lo contrario. ¡La que se va a armar si aparece usted en la fiesta de Boldwood!

—Umm, sí. Creo que no voy a ser bien recibido si ella está con él —dijo el sargento, soltando una risita—. Seré como Alonso el Bravo^[35]; cuando llegue, los invitados se sentarán en silencio y asustados, y la risa y la alegría se interrumpirán, y las luces de la sala arderán con una llama azul, y los gusanos... ¡Puaaj, horroroso! Pide que nos traigan más coñac, Pennyways; acabo de sentir un terrible escalofrío. Bueno, ¿qué más necesito? Un bastón... debo llevar un bastón.

Pennyways pensó que estaba en un aprieto pues, en el supuesto de que Bathsheba y Troy se reconciasen, tendría que recuperar la confianza de ella para conservar la protección de su marido.

—A veces pienso que ella aún lo quiere, y en el fondo es una buena mujer —dijo, para curarse en salud—. Pero desde fuera es imposible estar seguro. Está claro que si se empeña en ir a la fiesta irá, sargento. Yo, por mi parte, haré lo que me diga.

—Déjame ver qué hora es —dijo Troy, vaciando su vaso de un trago—. Las seis y media. Iremos despacio y llegaremos antes de las nueve.

Capítulo LIII

Concurratur: horae momento^[36]

Un grupo de hombres esperaba en la oscuridad junto a la entrada de la casa de Boldwood, con las cabezas vueltas hacia la puerta, que de vez en cuando se abría y se cerraba para dar paso a los invitados o a los criados, y un rayo de luz dorada iluminaba entonces el suelo por espacio de un instante antes de desaparecer, dejando sólo el resplandor, como una luciérnaga, del farol que colgaba sobre la puerta, entre las plantas.

—Lo han visto en Casterbridge esta tarde... eso dijo el chico — comentaba uno de ellos entre susurros—. Y esta vez yo lo creo. Ya sabéis que nunca llegaron a encontrar su cuerpo.

—Es muy extraño —dijo otro—. Supongo que ella no sabe nada.

—Ni una palabra.

—A lo mejor él no quiere que lo sepa —dijo otro hombre.

—Si está vivo y anda por los alrededores, es que se propone algo malo —dijo el primero—. Pobrecilla. Me da lástima de ella, si eso es cierto. La arrojará a los perros.

—No lo creo. Se estará tranquilito —dijo uno, dispuesto a ofrecer una visión más optimista del caso.

—¡Qué tonta ha sido por liarse con ese hombre! Es una mujer independiente y terca; por eso te entran ganas de decir que se lo merece, en lugar de compadecerla.

—¡No, no! En eso no estoy de acuerdo. No era más que una niña, no lo olvides. No sabía cómo son los hombres. Si lo que dicen

es cierto, me parece un castigo demasiado duro; más de lo que merece. ¿Quién viene? —exclamó al oír pasos que se acercaban.

—William Smallbury —dijo una oscura silueta entre las sombras, acercándose y uniéndose al grupo—. Una noche oscura como un seto, ¿verdad? Casi me caigo de la tabla al cruzar el río y termino en el fondo. En la vida me había pasado cosa igual. ¿Sois empleados de Boldwood? —preguntó, escrutando sus rostros.

—Sí... todos. Llevamos aquí unos minutos.

—Ah... ahora te reconozco. Eres Sam Samway. La voz me resultaba familiar. ¿Entramos?

—En seguida. Pero antes dime una cosa, William —susurró Samway—. ¿Has oído esa historia tan extraña?

—¿Cuál? ¿Os referís a que dicen que han visto al sargento Troy? —preguntó Smallbury, bajando también la voz.

—Sí; en Casterbridge.

—La he oído. Laban Tall me lo contó... pero no lo creo. Vaya, me parece que aquí está Lab.

Se acercaba un sonido de pasos.

—¿Lab?

—Sí, soy yo —dijo Tall.

—¿Sabes algo más de lo que me contaste?

—No —dijo Tall, uniéndose al grupo—. Y me inclino a pensar que más vale guardar silencio. Si resulta que no es cierto, sólo servirá para inquietar al ama y hacerle daño; y si resulta que es cierto, no servirá de nada anticipar los problemas. Dios quiera que sea mentira, pues aunque Henery Fray y algunos otros hablan mal de ella, conmigo siempre se ha portado bien. Tiene mal genio y es impulsiva; pero es una chica valiente y jamás diría una mentira, por dura que fuera la verdad. Yo no le deseo ningún mal.

—Cierto que nunca dice las mentirijillas que suelen contar las mujeres; y eso es algo que puede decirse de muy pocas. Lo que tiene que decir te lo dice a la cara: nunca esconde nada.

Se quedaron en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos, mientras del interior de la casa llegaban alegres sonidos. La puerta se abrió entonces, dejando escapar la luz, y la familiar silueta de Boldwood apareció en el rectángulo iluminado; la puerta volvió a cerrarse, y Boldwood echó a andar tranquilamente por el sendero.

—Es el amo —susurró uno de los hombres, al ver que Boldwood se les acercaba—. Será mejor que nos calleemos. Volverá a entrar en seguida. Le parecerá extraño que estemos aquí sin hacer nada.

Boldwood se acercó y pasó junto a los hombres sin verlos, pues se encontraban debajo de unos arbustos. Se detuvo, se inclinó sobre la cancela y aspiró el aire con fuerza. Le oyeron decir en voz baja estas palabras:

—¡Le pido a Dios que ella venga! De lo contrario esta noche será muy triste para mí. ¡Ah, mi amor! ¡Mi amor! ¿Por qué me tienes en ascuas?

Lo dijo para sí, pero todos lo oyeron claramente. Boldwood quedó en silencio después, y el ruido del interior se tornó de nuevo audible hasta que, minutos más tarde, se oyó un carro que bajaba por la colina. Los hombres se acercaron y se detuvieron junto a la cancela. Boldwood corrió a abrir la puerta; y la luz iluminó a Bathsheba mientras subía por el camino.

Boldwood controló su emoción al darle la bienvenida. Los hombres vieron que ella reía y se disculpaba en el momento de saludarlo. Él la acompañó hasta la casa, y la puerta volvió a cerrarse.

—¡Santo cielo! ¡No sabía que estaba así con él! —dijo uno de los hombres—. Pensaba que el pobre ya había puesto fin a sus fantasías.

—Si piensas eso es que no conoces al amo —dijo Samway.

—Prefiero que no sepa que hemos oído lo que acaba de decir —observó un tercero.

—Deberíamos haberle dado la noticia de inmediato —continuó el primero, con inquietud—. Creo que esto traerá más cola de lo que pensamos. Pobre señor Boldwood; será muy duro para él. Ojalá que Troy estuviese ahí dentro. ¡Que Dios me perdone por decir eso! Es un sinvergüenza por jugar así con su mujer. Desde que llegó a Weatherbury todo ha ido mal. Yo ya no tengo ánimos para la fiesta. ¿Por qué no vamos primero un rato a la destilería de Warren, vecinos?

Samway, Tall y Smallbury aceptaron la propuesta, y los demás entraron en la casa. Los tres hombres se acercaron a la destilería por el huerto contiguo, en lugar de ir por la calle. La ventana estaba iluminada, como de costumbre. Smallbury iba un poco por delante de los otros dos; de pronto se detuvo, se volvió rápidamente a sus compañeros y dijo:

—¡Chsss! ¡Mirad!

Vieron entonces que la luz de la ventana no iluminaba la pared de yedra, como siempre, sino algo que se encontraba muy cerca del cristal. Era una cara.

—Acerquémonos un poco —susurró Samway; y se acercaron de puntillas. Ya no había duda sobre la veracidad de la historia. La cara de Troy estaba casi pegada a la ventana, y Troy miraba hacia dentro. No sólo miraba sino que parecía muy interesado en la conversación que tenía lugar en la destilería, entre Oak y el propietario.

—¿Todo este derroche es en honor de ella, verdad? —preguntaba el anciano—. Aunque quiere hacernos creer que está celebrando la Navidad.

—No lo sé —dijo Oak.

—Pues yo te lo aseguro, créeme. No entiendo que Boldwood se comporte como un bobo a estas alturas, que ande detrás de esa mujer, loco por ella, mientras a ella le importa un cuerno.

Al reconocer a Troy, los hombres cruzaron el huerto tan sigilosamente como habían llegado. El destino de Bathsheba

cargaba el aire de la noche. En todas partes se hablaba de ella. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, todos a una se detuvieron instintivamente.

—Me he quedado de piedra al verlo —dijo Tall, lanzando un suspiro.

—Yo también —dijo Samway—. ¿Qué hacemos?

—No creo que sea asunto nuestro —murmuró Smallbury, en tono dubitativo.

—¡Claro que lo es! Es asunto de todo el mundo —dijo Samway—. Sabemos perfectamente que el amo va por mal camino, y ella no tiene ni idea de nada. Debemos comunicárselo de inmediato. Tú la conoces mejor, Lab. Ve y di que quieres hablar con ella.

—No me atrevo —dijo Lab, muy nervioso—. Creo que si alguien lo hace tiene que ser William. Es el mayor.

—Ni lo sueñes —dijo Smallbury—. El caso es peliagudo. Él mismo se presentará ante ella dentro de unos minutos; ya lo veréis.

—Eso no lo sabemos. Vamos, Lab.

—Muy bien. Si no hay más remedio, lo haré —dijo Tall, a regañadientes—. ¿Qué digo?

—Di que quieres ver al amo.

—Eso no. No pienso hablar con el señor Boldwood. Si se lo digo a alguien será al ama.

—De acuerdo —dijo Samway.

Lab se acercó a la puerta. Al abrirla, el bullicio de los invitados, concentrados en el vestíbulo, rodó hacia el exterior como una ola, hasta quedar varado, y se volvió a apagar al cerrarse la puerta. Los dos hombres esperaban con impaciencia, observando cómo las oscuras copas de los árboles se mecían sobre el cielo y temblaban de vez en cuando por una ráfaga de viento; parecían muy interesados en la escena, aunque, claro está, no lo estaban. Uno de ellos empezó a dar vueltas, llegó al punto desde el que había partido y se detuvo con la sensación de que no era momento de andar.

—Supongo que Lab ya habrá visto al ama —dijo Smallbury, rompiendo el silencio—. Aunque a lo mejor ella no ha querido hablar con él.

La puerta se abrió y apareció Tall.

—¿Y bien? —preguntaron al unísono.

—Al final no le he dicho nada —balbuceó Lab—. Estaban muy ocupados, intentando animar un poco la fiesta. Parece que falta alegría, aunque hay de todo. No me he atrevido a intervenir y estropearlo todo... ¡No sería capaz, aunque fuera para salvar mi vida!

—Será mejor que vayamos juntos —dijo Samway en tono lúgubre—. Veré si tengo ocasión de hablar con el amo.

Y así entraron en el vestíbulo, que había sido el espacio escogido y preparado para la fiesta, por sus dimensiones. Los hombres y las muchachas más jóvenes al fin se decidían a bailar. Bathsheba no sabía cómo comportarse, pues a fin de cuentas era poco más que una muchacha, pero le pesaba enormemente su posición de propietaria. A veces pensaba que no debía haber ido, por ningún concepto, pero luego se decía que habría sido una descortesía y finalmente optó por la solución intermedia de quedarse sólo una hora y escabullirse sin llamar la atención, pues desde un primer momento había decidido que en modo alguno podía bailar, cantar ni participar activamente en la fiesta.

Cuando hubo pasado la hora en cuestión, charlando y observando, Bathsheba fue a decirle a Liddy que no tuviera prisa, y se preparó para partir en una salita que, como el vestíbulo, también estaba bien iluminada y decorada con acebo y yedra.

No había nadie en la habitación, pero apenas llevaba un momento allí cuando apareció el anfitrión.

—Señora Troy... ¿no pensará marcharse? —dijo—. Apenas hemos empezado.

—Si me disculpa, me gustaría irme ya. —Estaba nerviosa, pues recordaba su promesa y sospechaba lo que Boldwood iba a decirle

—. Pero, como aún es temprano —añadió—, volveré dando un paseo, para que Liddy y mi capataz puedan quedarse lo que quieran.

—Estaba esperando el momento de hablar con usted —dijo Boldwood—. Seguramente sabe lo que quiero decirle.

Bathsheba guardó silencio y miró al suelo.

—¿Me dice que sí? —preguntó Boldwood con ansiedad.

—¿A qué? —susurró ella.

—¡Eso es evadirse! ¿A qué iba a ser? A su promesa. No quiero importunarla en modo alguno, ni que nadie lo sepa. ¡Pero deme su palabra! Ya sabe que es un mero acuerdo entre dos personas, al margen de la pasión. —Boldwood sabía cuán falsas eran sus palabras en lo tocante a él, pero había comprobado que ése era el único tono en el que ella le permitía acercarse—. Prométame que se casará conmigo dentro de cinco años y tres cuartos. ¡Me lo debe!

—Sé que se lo debo —dijo Bathsheba—, si usted me lo pide. Pero soy una mujer distinta... una mujer infeliz... y no... no...

—Sigue siendo muy hermosa —dijo Boldwood. Lo dijo sinceramente, por pura convicción, sin que nada indicase que se trataba de un mero halago para aplacarla y ponerla de su parte.

Sin embargo, de poco sirvieron en ese momento, pues Bathsheba, con un murmullo carente de pasión que confirmaba la veracidad de sus palabras, dijo:

—Eso no me produce ningún tipo de sentimiento. No tengo la menor idea de qué debo hacer en mi situación, y no tengo quien me aconseje. Pero si tengo que darle mi palabra, se la doy. Se la doy como pago de una deuda, con la condición, claro está, de que se confirme que estoy viuda.

—¿Se casará conmigo dentro de cinco o seis años?

—No me presione demasiado. No me casaré con nadie más.

—Pero podría usted decirme una fecha, ¿o es que su promesa no vale nada?

—¡No lo sé, por favor, deje que me vaya! —dijo, sintiendo que se le hinchaba el pecho—. ¡Tengo miedo! Quiero ser justa con usted, pero eso supone ser injusta conmigo, y a lo mejor hasta resulta ser una violación de los Diez Mandamientos. Hay muchas dudas sobre su muerte; por eso es terrible. ¡Deje que consulte con un abogado si debo hacerlo o no, señor Boldwood!

—Sólo diga que sí, querida mía, y verá cómo todo pierde importancia; una feliz y cariñosa relación durante seis años, y luego el matrimonio. ¡Diga que sí, Bathsheba! —suplicó con voz ronca, incapaz de mantenerse por más tiempo en el plano de la mera amistad—. Comprométase conmigo; lo merezco de veras, pues la he amado más que nadie en el mundo. Y si no he sabido medir mis palabras y me he mostrado desmedidamente apasionado con usted, créame que no ha sido con intención de disgustarla. Estaba desesperado, Bathsheba, y no sabía lo que decía. ¡Seguro que usted no dejaría sufrir a un perro lo que yo he sufrido, si lo supiera! A veces no quiero que sepa lo que he sentido, y otras veces me desespera que nunca llegue a saberlo. ¡Sea bondadosa y deme al menos un poco, ya que yo estaría dispuesto a dar mi vida por usted!

Los ribetes de su vestido, al temblar bajo la luz, mostraban la agitación de Bathsheba, que al final estalló en lágrimas:

—¿No me presionará más... si le digo que dentro de cinco o seis años? —dijo entre sollozos, cuando pudo pronunciar esas palabras.

—Sí, dejaré que el tiempo lo decida.

—Muy bien. Si él no vuelve, me casaré con usted dentro de seis años a partir de hoy... si los dos seguimos vivos —dijo solemnemente.

—Y aceptará esto en prenda.

Boldwood se acercó a ella, le cogió las manos y las levantó hasta su pecho.

—¿Qué es? ¡No puedo llevar un anillo! —exclamó, al ver lo que Boldwood le mostraba—. ¡Además, no consentiré que nadie sepa nada de este compromiso! Podría no ser correcto. Además, no es

un compromiso normal, ¿o sí? No insista, señor Boldwood... ¡por favor! —Agobiada por no ser capaz de apartar su mano de él, pateó el suelo con fuerza y las lágrimas afloraron de nuevo a sus ojos.

—No es más que una promesa... sin sentimientos. La firma de un acuerdo práctico —dijo él, más tranquilo, pero sin dejar de sujetarle la mano—. ¡Vamos! —y le introdujo el anillo en el dedo.

—No puedo llevarlo —dijo ella, llorando como si fuese a estallarle el corazón—. Me está asustando. ¡Es un plan descabellado! ¡Por favor, quiero irme a casa!

—Sólo por esta noche; ¡llévelo sólo esta noche para complacerme!

Bathsheba se sentó en una silla y escondió el rostro en su pañuelo, pese a que Boldwood no le soltaba la mano. Al cabo de un rato, con una especie de susurro desesperado, dijo:

—De acuerdo. Lo llevaré esta noche, si lo desea tanto. Pero suélteme ya. Lo llevaré, de verdad; lo llevaré esta noche.

—¿Y será el comienzo de un grato compromiso secreto de seis años, que terminará en boda?

—Supongo que sí, puesto que usted se empeña tanto —dijo, abandonando por completo cualquier resistencia.

Boldwood le apretó la mano y la dejó caer en el regazo de Bathsheba.

—Me siento muy feliz —dijo—. ¡Que Dios la bendiga!

Salió de la habitación y, cuando pensó que ella ya se habría recuperado, envió a una de las criadas. Bathsheba disimuló como pudo el efecto de la última escena, siguió a la muchacha y poco después bajaba con ella las escaleras con el sombrero y el abrigo puestos, lista para marcharse. Para llegar hasta la puerta había que cruzar el vestíbulo, pero se detuvo un momento al pie de la escalera para mirar por última vez lo que ocurría en la fiesta.

En ese momento no había música ni baile. En uno de los espacios especialmente habilitados para los empleados, un grupo de invitados cuchicheaba con aspecto de estar muy enfrascados en

la conversación. Boldwood, que estaba de pie junto a la chimenea y parecía demasiado absorto en las visiones derivadas de la promesa que Bathsheba acababa de hacerle como para enterarse de nada, reparó de pronto en la extraña actitud del grupo y en sus recelosas miradas.

—¿Qué es lo que os preocupa? —preguntó.

Uno de ellos se volvió y respondió con aire incómodo:

—Hablabamos de algo que ha oído Lab, señor.

—¿Noticias? ¿Alguien se casa o se promete? ¿Un nacimiento, una muerte? —inquirió jovialmente el amo—. Cuéntanos, Tall. A juzgar por tu aire de misterio parece algo terrible.

—No, señor. Nadie ha muerto —dijo Tall.

—Ojalá se tratara de eso —susurró Samway.

—¿Qué dices, Samway? —preguntó Boldwood, con cierta brusquedad—. Si tienes algo que decir, dilo; de lo contrario, vete a bailar.

—La señora Troy acaba de bajar —le dijo Samway a Tall—. Si quieres hablar con ella, es el momento.

—¿Sabe usted qué les pasa? —le preguntó Boldwood a Bathsheba, que se encontraba al otro lado de la sala.

—No tengo la menor idea.

Se oyó un golpe seco en la puerta. Uno de los hombres la abrió al punto y salió al exterior. Regresó diciendo:

—Preguntan por la señora Troy.

—Estoy lista —dijo Bathsheba—. Pero no le he pedido a nadie que viniese a buscarme.

—Es un desconocido, señora —dijo el hombre que estaba junto a la puerta.

—¿Un desconocido?

—Que pase —ordenó Boldwood.

Se transmitió el recado, y Troy, cubierto hasta los ojos, como ya hemos visto, entró en la casa.

Se hizo un silencio sepulcral y todas las miradas se clavaron en el recién llegado. Los que acababan de enterarse de que andaba por el vecindario lo reconocieron al instante; los que no lo sabían se quedaron perplejos. Nadie se fijó en Bathsheba. Estaba apoyada en las escaleras. Fruncía el ceño con fuerza; estaba muy pálida, con los labios entreabiertos, mirando fijamente a su visitante.

Boldwood era de los que no cayó en la cuenta de que se trataba de Troy.

—¡Pase, pase! —invitó cordialmente—. ¡Tómese un ponche con nosotros, forastero!

Troy avanzó entonces hasta el centro del vestíbulo, se bajó el cuello del abrigo y miró a Boldwood. Ni siquiera entonces reconoció éste que la encarnación de la ironía celestial, que ya en una ocasión arruinara su felicidad, volvía para azotarlo y arrebatarle su alegría por segunda vez. Troy soltó una risotada mecánica. Fue entonces cuando Boldwood lo reconoció.

Troy se volvió hacia Bathsheba. La angustia de la pobre muchacha iba más allá de lo imaginable o lo narrable. Se había desplomado sobre el último escalón y estaba sentada allí, con la boca amoratada y seca, los ojos oscuros fijos en él con expresión ausente, como si todo fuese una espantosa visión.

Troy habló entonces:

—¡Bathsheba, he venido a buscarte!

Ella no respondió.

—Ven a casa conmigo. ¡Vamos!

Bathsheba movió un poco los pies, pero no se levantó.

Troy se acercó hasta ella.

—Vamos, señora. ¿No has oído lo que he dicho? —dijo, en tono perentorio.

Una voz extraña llegó desde la chimenea... una voz que sonaba lejana y confinada, como salida de una mazmorra. Casi ninguno de los presente reconoció en aquel tono apagado la voz de Boldwood. La desesperación lo había transformado.

—¡Bathsheba, váyase con su marido!

Pero ella seguía sin moverse. Lo cierto es que su palidez era extrema... aunque aún no se había desmayado. Se encontraba sumida en un estado de ceguera mental; su cerebro quedó totalmente privado de luz por espacio de un minuto, aunque tampoco podía decirse que se hubiese oscurecido.

Troy extendió una mano para tirar de ella, pero Bathsheba se apartó bruscamente. Era evidente que tenía miedo de él, y Troy, muy enfadado, la agarró del brazo y tiró con fuerza. Bien porque la pellizcara, bien por el simple roce, lo cierto es que Bathsheba se retorció y lanzó un grito breve y ahogado.

El grito resonó durante varios segundos y fue seguido por la ensordecedora noticia que el eco propagó por toda la habitación, causando la perplejidad de los presentes. El tabique de roble tembló a consecuencia de la sacudida, y la estancia se llenó de humo gris.

Asombrados, todos volvieron las miradas hacia Boldwood. A su espalda, sobre la chimenea, había un soporte para escopetas, como en todas las casas de campo, que albergaba dos armas. Cuando Bathsheba gritó, la desesperación se esfumó del rostro de Boldwood. Se le hincharon las venas, y un brillo febril iluminó su mirada. Se volvió rápidamente, cogió una de las armas, apretó el percutor y disparó sobre Troy.

Troy cayó al suelo. La distancia que separaba a los dos hombres era tan escasa que la bala le entró directamente en el cuerpo sin perder un ápice de su fuerza. Troy soltó un largo suspiro gutural... Hubo una contracción... una distensión; sus músculos se relajaron y quedó inmóvil.

Entre el humo se vio que Boldwood seguía ocupado con la pistola. Era de doble cañón; apresuradamente, había sujetado el gatillo con un pañuelo y se disponía a descargar el segundo cañón sobre sí mismo. Samway fue el primero en darse cuenta y, en medio del horror general, saltó sobre él. Pero Boldwood ya había tirado del pañuelo, y la escopeta se disparó por segunda vez; la bala fue a

parar, gracias a la oportuna intervención de Samway, contra la viga que cruzaba el techo.

—¡Da lo mismo! —jadeó Boldwood—. Puedo morir de otro modo.

Se apartó entonces de Samway, cruzó la habitación hasta llegar junto a Bathsheba y le besó la mano. Se puso el sombrero, abrió la puerta y se adentró en la oscuridad, sin que nadie intentase impedirselo.

Capítulo LIV

Después de la conmoción

Boldwood tomó la carretera alta y torció en dirección a Casterbridge. Desde allí caminó con paso firme por Yalbury Hill, cruzó el llano, subió por Mellstock Hill y, entre las once y las doce, atravesó el páramo que conducía hasta la ciudad. Las calles estaban casi desiertas y las farolas parpadeantes sólo iluminaban las hileras de los escaparates y las franjas blancas del pavimento sobre el que resonaban sus pasos. Torció a la derecha y se detuvo delante de un arco de piedra cerrado por una puerta de hierro tachonada. Era la entrada de la prisión, sobre la cual había un farol que permitió al desdichado caminante encontrar la campana.

La portezuela se abrió al fin, y apareció un portero. Boldwood dio un paso al frente y dijo algo en voz baja. Cuando, al cabo de un rato, llegó otro hombre, entró, la puerta se cerró a sus espaldas y se alejó del mundo para siempre.

Mucho antes de este momento todos en Weatherbury estaban sobre aviso, y la desesperada acción que puso fin a la alegría de Boldwood era del dominio público. Oak fue de los primeros en enterarse de la catástrofe estando fuera de la casa y, cuando acudió a ella, unos cinco minutos después de la partida de Boldwood, se encontró con una escena horrorosa. Las mujeres, aterrorizadas, se apiñaban contra las paredes como las ovejas cuando hay tormenta, y los hombres no sabían qué hacer. En cuanto a Bathsheba, había cambiado. Estaba sentada en el suelo junto al cuerpo de Troy, la

cabeza de él apoyada en su regazo, donde ella la había colocado. Le apretaba con un pañuelo en el pecho para cubrir la herida, aunque apenas había brotado una gota de sangre, mientras con la otra mano le agarraba con fuerza una de las suyas. La convulsión la había devuelto a su ser. El coma temporal había pasado, y la actividad había retornado. Los actos de resistencia, que parecen comunes en el campo de la filosofía, son infrecuentes en el terreno de la conducta, y Bathsheba volvía a ser asombrosamente dueña de sí, pues su filosofía era su conducta y rara vez consideraba practicable lo que no practicaba. Estaba hecha de la materia de la que están hechas las madres de los grandes hombres. Era indispensable para los grandes proyectos, odiada en las fiestas, temida en las tiendas y amada en momentos de crisis. Recostado en el regazo de su mujer, Troy era el centro de atención en mitad de la espaciosa estancia.

—Gabriel —dijo Bathsheba automáticamente cuando Oak llegó a la casa, volviendo hacia él un rostro del que sólo se reconocían los rasgos principales, pues todo lo demás se había esfumado—. Ve a Casterbridge inmediatamente y trae un médico. Creo que es inútil, pero ve de todos modos. El señor Boldwood ha disparado a mi marido.

Su manera de comunicar los hechos, en un tono tan sereno y con palabras tan sencillas, tuvo mucho más fuerza que una declamación cargada de dramatismo, y en cierto modo contribuyó a sedimentar lo ocurrido y ayudó a los presentes a enfocar como es debido las imágenes distorsionadas que se habían formado en sus cabezas. Sin hacer poco más que un brevísimo resumen de la escena, Oak salió corriendo, ensilló un caballo y se puso en camino. Hasta que hubo recorrido más de un kilómetro no cayó en la cuenta de que habría sido mejor enviar a otro a hacer el recado y quedarse él en la casa. ¿Qué habría sido de Boldwood? Alguien debería haber ido en su busca. ¿Estaría furioso? ¿Habría habido una pelea? ¿Cómo había llegado Troy hasta allí? ¿De dónde venía? ¿Cómo se

había producido su extraordinaria aparición cuando muchos lo suponían en el fondo del mar? En cierto sentido, Oak estaba preparado para la reaparición de Troy, pues había oído rumores sobre su regreso poco antes de llegar a casa de Boldwood; pero el fatal suceso había ocurrido antes de que pudiera sopesar la información. Sin embargo, era demasiado tarde para pensar en enviar a otro, de manera que siguió cabalgando, muy alterado por las preguntas que se hacía, sin fijarse en una robusta figura que caminaba bajo el oscuro seto en la misma dirección que él, a unos cinco kilómetros de Casterbridge.

Los kilómetros que había de recorrer, y otros inconvenientes propios de lo avanzado de la hora y la oscuridad de la noche, retrasaron la llegada del médico, el señor Aldritch, y pasaron más de tres horas desde el momento en que se produjo el disparo hasta que el doctor entró en la casa. Oak tuvo que quedarse en Casterbridge para informar a las autoridades, y supo entonces que Boldwood también había llegado a la ciudad y se había entregado voluntariamente.

El médico, que entró apresuradamente en el vestíbulo de Boldwood, lo encontró oscuro y desierto. Se dirigió a la parte trasera de la casa, donde se encontró con un anciano en la cocina al que le hizo varias preguntas.

—Ella se lo ha llevado a su casa, señor —dijo el informador.

—¿Quién? —preguntó el médico.

—La señora Troy. Estaba muerto, señor.

Esta información lo dejó muy sorprendido.

—No tenía ningún derecho a hacer eso —dijo el médico—. Habrá que abrir una investigación, y debería haber esperado instrucciones.

—Sí, señor. Ya se le insinuó que debía esperar hasta que la ley estuviese al corriente, pero dijo que la ley no significaba nada para ella y que no dejaría el cadáver de su marido abandonado para que la gente viniese a verlo desde todos los rincones de Inglaterra.

El señor Aldritch se dirigió de inmediato a casa de Bathsheba. La primera persona con la que se encontró fue la pobre Liddy, que parecía haber menguado notablemente en el curso de las últimas horas.

—¿Qué han hecho?

—No lo sé, señor —dijo Liddy, con la respiración entrecortada—. Mi señora se ha encargado de todo.

—¿Dónde está?

—Arriba, con él. Cuando lo trajeron a casa y lo subieron al piso de arriba, ella dijo que no necesitaba la ayuda de los hombres. Luego me llamó y me pidió que preparase el baño, y después me dijo que me fuese a dormir, porque tenía mal aspecto. Se encerró en la habitación con él y no dejó que entrase nadie. Yo decidí esperar de todos modos en la habitación de al lado, por si me necesitaba. Lleva más de una hora moviéndose, pero sólo salió una vez en busca de velas, porque se habían consumido. Dijo que la avisásemos cuando llegasen usted o el reverendo Thirdly, señor.

Justo en ese momento, Oak llegaba con el sacerdote, y todos subieron las escaleras precedidos por Liddy Smallbury. Reinaba un silencio sepulcral cuando se detuvieron en el rellano. Liddy llamó a la puerta, y el frufrú del vestido de Bathsheba resonó en la habitación; la llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Bathsheba mostraba una expresión serena, casi rígida, como el busto de Melpómene, la musa de la Tragedia.

—Ah, señor Aldritch, al fin ha venido —murmuró, sin apenas abrir los labios, y volvió a cerrar la puerta—. Y también el señor Thirdly. Bueno, ya está todo hecho; ahora nadie puede verlo —pasó junto al reverendo, cruzó el rellano y entró en otra habitación.

Atisbando en el interior de la cámara mortuoria que Bathsheba acababa de abandonar, vieron todos, a la luz de las velas colocadas sobre la cómoda, una silueta alta y rígida que yacía en el rincón del dormitorio, envuelta en una tela blanca. Todo estaba en perfecto

orden. El médico entró y, al cabo de unos minutos salió al rellano, donde aguardaban Oak y el reverendo.

—Efectivamente está todo hecho, tal como ha dicho —observó el señor Aldritch, en tono apagado—. El cuerpo ha sido desnudado y debidamente amortajado. ¡Cielo santo... esta chiquilla! ¡Debe de tener el temple de un estoico!

—Sólo tiene un corazón de esposa —fue la respuesta que llegó como un susurro hasta los tres hombres, que, al volverse, vieron a Bathsheba junto a ellos. Luego, como para demostrar que su fortaleza era más fruto de la voluntad que espontánea, se desplomó en silencio en mitad del grupo y quedó convertida en un informe montón de tela. La simple conciencia de que ya no era necesario realizar un esfuerzo sobrehumano puso fin bruscamente a sus fuerzas.

Se la llevaron a una habitación contigua, y los cuidados médicos, que habían sido inútiles en el caso de Troy, resultaron valiosísimos en el de Bathsheba, que sufrió una serie de desvanecimientos de apariencia preocupante durante algún tiempo. La metieron en la cama y, una vez el médico concluyó que no corría peligro, Oak abandonó la casa. Liddy se quedó con ella y la oyó gemir entre susurros durante la madrugada de aquella infortunada noche:

—Todo es culpa mía... ¡Cómo voy a vivir! ¡Ay, Dios, no puedo seguir viviendo!

Capítulo LV

Marzo del año siguiente — «Bathsheba
Boldwood»

Pasamos rápidamente al mes de marzo, a un día de brisa sin sol, escarcha ni rocío. En Yalbury Hill, aproximadamente a medio camino entre Weatherbury y Casterbridge, donde el camino de peaje corona la colina, se había reunido una numerosa concurrencia que miraba con frecuencia hacia el norte. Un puñado de gentes ociosas, una partida de lanceros y dos trompetas se congregaban entre los carros, en uno de los cuales viajaba el jefe de policía. Entre los curiosos, muchos se habían encaramado a la cortada abierta para construir la carretera, y había varios hombres y niños de Weatherbury, como Poorgrass, Coggan y Cain Ball.

Media hora más tarde empezó a divisarse una débil nube de polvo en el lugar esperado y poco después un coche de postas que traía a uno de los dos jueces del distrito occidental subió la colina y se detuvo al llegar a la cima. El juez cambió de coche mientras los trompetistas lanzaban al aire sus florituras con los carrillos hinchados y se formaba una procesión con los vehículos y los lanceros en dirección a la ciudad; los hombres de Weatherbury, volvieron rápidamente a su trabajo en cuanto vieron al juez.

—Joseph, te he visto merodeando cerca del coche —dijo Coggan mientras regresaban—. ¿Te has fijado en la cara del juez?

—Sí —dijo Poorgrass—. Lo he mirado fijamente, como para leer en su alma; y había clemencia en sus ojos... o, para decirlo con la

precisión que se exige de nosotros en un momento tan solemne, en el ojo con el que me miraba.

—Espero que todo salga bien —dijo Coggan—, aunque todo parece indicar que saldrá mal. En cualquier caso, no pienso asistir al juicio, y os aconsejo a los demás que hagáis lo mismo. Se pondría muy nervioso si nos viera a todos allí, mirándolo como si fuera un mono de feria.

—Justo lo mismo que dije yo esta mañana —observó Joseph—. «La Justicia se dispone a ponerlo en su balanza, —me dije—, y si no se muestra firme, tendrá todas las de perder.» Y uno que pasaba por allí dijo: «¡Escuchad, escuchad! Un hombre capaz de hablar así merece ser escuchado». Pero no me gusta darle vueltas al asunto, porque mis palabras son sólo mis palabras, y tampoco son muchas; aunque lo que dicen algunos se extiende por todas partes, como si la naturaleza los hubiese dotado para esa misión.

—Así es, Joseph. Y ahora, vecinos, como ya os he dicho: que todo el mundo se quede en casa.

La moción fue aprobada, y todos esperaron con ansiedad las noticias del día siguiente. La intriga se vio no obstante aliviada por un descubrimiento que se produjo durante la tarde y que arrojó más luz sobre la conducta y la situación de Boldwood que cualquiera de los detalles precedentes.

Quienes tenían un trato más estrecho con él lo habían notado nervioso y de un humor extraño desde la feria de Greenhill y hasta el día de Nochebuena, pero nadie había apreciado síntomas inequívocos del trastorno mental que sólo Bathsheba y Oak habían sospechado en algunos momentos. Se encontró entonces en un armario cerrado con llave una extraordinaria colección de artículos. Había varios juegos completos de ropa femenina, de diversos y caros materiales: seda, satén, popelina y terciopelo; todos de los colores favoritos de Bathsheba. Había dos manguitos, de marta y de armiño. Pero sobre todo había un joyero con cuatro pulseras de oro y varios pendientes y anillos de excelente calidad y manufactura.

Todos estos objetos habían sido comprados ocasionalmente en Bath y en otras ciudades, y guardados furtivamente en la casa. Se hallaban esmeradamente envueltos en papel, y cada paquete llevaba una etiqueta que decía: «Bathsheba Boldwood», y una fecha correspondiente a seis años después.

Estas tristes pruebas de una mente enloquecida de amor y preocupación eran el tema de discusión en la destilería de Warren cuando Oak llegó de Casterbridge con noticias de la sentencia. Se presentó a media tarde, y su cara, al recibir el resplandor del horno, bastaba para contarle todo. Boldwood, como todos suponían, había sido declarado culpable y condenado a muerte.

Para entonces todos estaban convencidos de que Boldwood no era moralmente responsable de sus actos. Ciertos hechos conocidos con anterioridad al juicio apuntaban con fuerza en la misma dirección, si bien carecían del peso necesario para ordenar un dictamen sobre el estado mental de Boldwood. Resultaba asombroso, ahora que empezaban a levantarse sospechas de locura, cómo se recordaban innumerables circunstancias accesorias para las cuales no cabía más explicación que la existencia de un trastorno mental; entre otras el abandono de la cosecha el verano anterior.

Se elevó una petición al ministro del Interior en la que se anticipaban las circunstancias que podían justificar la revisión de la sentencia. El escrito no fue «firmado en bloque» por los habitantes de Casterbridge, como suele ocurrir en tales casos, pues Boldwood nunca había tenido demasiados amigos en la ciudad. A los comerciantes les parecía natural que un hombre que, al adquirir sus bienes directamente del fabricante, se había atrevido a violar el primero de los grandes principios de la vida en la provincia —a saber, que Dios había creado los pequeños núcleos rurales para proporcionar clientes a las pequeñas ciudades rurales—, necesariamente hubiese confundido los Diez Mandamientos. Los promotores de la petición fueron un puñado de hombres de bien que

tal vez considerasen con demasiada emoción los hechos recientemente descubiertos y reunieron pruebas con la esperanza de sacar el delito, desde el punto de vista moral, de la esfera del asesinato premeditado, para entenderlo simplemente como un acto de locura.

El resultado de la petición se esperaba en Weatherbury con hondo interés. La ejecución se había fijado para las ocho de la mañana del sábado, unos quince días después de la sentencia, pero el viernes por la tarde seguía sin haber respuesta. En ese momento, Gabriel salía de la prisión de Casterbridge, adonde había ido a despedirse de Boldwood, y decidió tomar un camino secundario para no cruzar el centro de la ciudad. Al pasar por la última casa, oyó unos martillazos y, alzando la cabeza, se dio la vuelta para mirar un momento. Por encima de las chimeneas veía la parte superior de la entrada de la cárcel, resplandeciente bajo el sol vespertino, y varias siluetas allí reunidas. Eran los carpinteros que levantaban un poste en el patio. Apartó la mirada rápidamente y aceleró el paso.

Era de noche cuando llegó a casa, y la mitad del pueblo salió a recibirlo.

—No hay noticias —dijo Gabriel, con aire cansino—. Me temo que no hay esperanza. He estado con él más de dos horas.

—¿De verdad crees que estaba fuera de sí cuando lo hizo? —preguntó Smallbury.

—Francamente, no me atrevo a asegurarlo —respondió Oak—. De todos modos, ya hablaremos de eso en otro momento. ¿Ha habido algún cambio en el estado de la señora durante esta tarde?

—Ninguno.

—¿Está abajo?

—No. Sigue igual. Está sólo un poquito mejor que en Navidad. No ha dejado de preguntar si habías vuelto, si había noticias; estamos hartos de responder. ¿Quieres que vaya a decirle que estás aquí?

—No —dijo Oak—. Aún queda una oportunidad; pero no podía quedarme más tiempo en la ciudad... después de verlo a él. ¿Está por aquí Lab?

—Sí —dijo Tall.

—He pensado lo siguiente. Que vayas a la ciudad esta noche, a última hora; sal de aquí sobre las nueve, espera allí un rato y vuelve a eso de las doce. Si a las once sigue sin haber respuesta dirán que no hay nada que hacer.

—Espero que le perdonen la vida —dijo Liddy—. Si no lo hacen, ella también se volverá loca. Pobrecilla; ha sufrido muchísimo. Merece un poco de compasión.

—¿Ha cambiado mucho? —preguntó Coggan.

—Si no la veis desde Navidad, no la reconoceréis. Tiene una mirada tan triste que no parece la misma. Hace sólo dos años era una muchacha llena de vida, ¡y ahora no es nada!

Lab partió tal como se le indicaba, y, a las once de la noche, un grupo de vecinos se concentraron en la carretera de Casterbridge para esperar su regreso; entre ellos estaban Oak y casi todos los demás hombres de Bathsheba. Aunque en su fuero interno pensase que debía morir, Gabriel deseaba imperiosamente que Boldwood se salvara, pues había en él cualidades que apreciaba. Cuando ya estaban todos cansados, al fin se oyeron los cascos de un caballo en la distancia:

*En silencio primero, como si sobre turba caminase,
luego, traqueteando por el camino del pueblo
avanzaba a buen paso, ni más ni menos que adelante*^[37]

—Ahora lo sabremos en seguida, sea lo que sea —dijo Coggan, y todos bajaron desde la pendiente en la que habían estado esperando hasta el camino, donde el jinete se detuvo haciendo cabriolas.

—¿Eres tú, Laban? —preguntó Gabriel.

—Sí... ya estoy aquí. No morirá. Permanecerá recluido indefinidamente, al arbitrio de su Majestad.

—¡Hurra! —exclamó Coggan, con el corazón henchido—. ¡Dios todavía se impone sobre el diablo!

Capítulo LVI

Una belleza solitaria — Después de todo

Bathsheba revivió con la primavera. La profunda postración que siguió a la febrícula disminuyó perceptiblemente una vez la incertidumbre llegó a su final.

Pero seguía pasando sola la mayor parte del tiempo; se quedaba a en casa o, como mucho, salía al jardín. Rehuía a todo el mundo, incluso a Liddy, y era imposible que se confiara con nadie o que reclamase compasión.

A medida que transcurría el verano empezó a pasar más tiempo al aire libre y a interesarse en los asuntos de la granja por pura necesidad, aunque no salía a caballo ni supervisaba personalmente las cosas, como era su costumbre. Un viernes por la noche del mes de agosto salió a pasear por el camino y entró en el pueblo por primera vez desde los tristes sucesos de la pasada Nochebuena. Sus mejillas aún no habían recuperado su color habitual, y su vestido negro como la tinta realzaba su palidez hasta un punto sobrenatural. Cuando llegó a una tiendecita situada al otro extremo del pueblo, justo en frente del cementerio, Bathsheba oyó cánticos dentro de la iglesia y comprendió que el coro estaba practicando. Cruzó el camino, abrió la cancela y entró en el cementerio, protegida de las miradas de quienes se encontraban dentro por los altos alféizares de las ventanas. Se dirigió con paso seguro al rincón donde Troy había estado sembrando flores en la sepultura de Fanny Robin, y llegó hasta la tumba de mármol.

Un gesto de satisfacción animó su rostro al leer la inscripción completa. Primero estaban las palabras del propio Troy:

ERIGIDA POR FRANCIS TROY
AL QUERIDO RECUERDO DE FANNY ROBIN,
FALLECIDA EL 9 DE OCTUBRE DE 18...
A LOS 20 AÑOS.

Debajo podía leerse ahora una nueva inscripción:

EN LA MISMA SEPULTURA YACEN
LOS RESTOS DE FRANCIS TROY,
FALLECIDO EL 24 DE DICIEMBRE DE 18...
A LOS 26 AÑOS.

Mientras leía y reflexionaba, las notas del órgano resonaron de nuevo en la iglesia, y con el mismo paso ligero Bathsheba rodeó el pórtico y se puso a escuchar. La puerta estaba cerrada, y el coro ensayaba un nuevo himno. Bathsheba se sintió estremecida por emociones que últimamente había creído muertas para siempre. Las finas voces de los niños le transmitían nítidamente las palabras del salmo, aunque ellos ni las entendían ni pensaban en lo que decían.

*Condúceme, amable luz, entre las tinieblas circundantes,
condúceme hacia delante.*

Los sentimientos de Bathsheba siempre dependían en cierto modo de su capricho, como les sucede a tantas mujeres. Algo muy grande se instaló en su garganta y le subió a los ojos, y pensó que, si las lágrimas querían fluir, no haría nada por evitarlo. Fluyeron en abundancia, y una cayó sobre el banco de piedra que tenía al lado.

Una vez hubo empezado a llorar sin saber por qué, no pudo parar, pues se agolpaban en ella demasiados pensamientos, perfectamente conocidos. Habría dado cualquier cosa por ser como aquellos niños, ajenos al significado de las palabras que pronunciaban, pues eran demasiado inocentes para sentir la necesidad de expresar algo similar. Las ardientes escenas de su breve experiencia parecían renacer con emoción añadida justo en ese momento, y aquellas que en su día no tuvieron emoción, se cargaban de ella entonces. Sin embargo, la pena acudía más como un lujo que como el azote de tiempos pasados.

Como tenía la cara hundida entre las manos, no reparó en una silueta que se acercaba en silencio hasta el pórtico y, al verla, hizo primero amago de retirarse y luego se detuvo para mirarla. Bathsheba tardó un rato en levantar la cabeza y, cuando miró a su alrededor, tenía la cara mojada y los ojos llorosos y apagados.

—Oak —exclamó, desconcertada—, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Sólo unos minutos, señora —dijo Oak respetuosamente.

—¿Piensas entrar? —preguntó Bathsheba; y desde el interior de la iglesia, como un apuntador, llegó el siguiente mensaje:

*Amaba el día claro y, a pesar de los miedos,
el orgullo guió mi voluntad, para no recordar tiempos
pasados.*

—Sí —dijo Gabriel—. Soy miembro del coro, como sabe. Llevo varios meses cantando como bajo.

—No lo sabía. En ese caso no te entretengo.

Largamente queridos y entretanto escapados,

cantaban los niños.

—No se vaya por mí, señora. Creo que esta noche no iré al ensayo.

—Ah no... no me voy por ti.

Se quedaron entonces sin saber qué decir, mientras Bathsheba intentaba secarse la cara hinchada sin que él lo notase. Al cabo de un rato, Oak dijo:

—Hace mucho tiempo que no la veo... ni hablo con usted, ¿verdad? —pero temió despertar recuerdos tristes, y se interrumpió, diciendo—: ¿Iba a entrar en la iglesia?

—No —dijo—. He venido a ver la sepultura, para comprobar si habían tallado la inscripción como yo quería. No te preocupes por hablar de lo que los dos estamos pensando en este momento, si eso es lo que deseas.

—¿Y lo han hecho como usted quería? —preguntó Oak.

—Sí. Ven a verla, si no lo has visto todavía.

Fueron juntos hasta la tumba.

—¡Han pasado ocho meses! —murmuró Gabriel al ver la fecha—. Parece que fue ayer.

—A mí me parece que han pasado años... muchos años, y que entretanto he estado muerta. Ahora me voy a casa, Oak.

Oak echó a andar tras ella.

—Me gustaría hablarle de un asunto sin importancia, si me lo permite —dijo con vacilación—. Es un asunto de negocios, y creo que es el momento de mencionárselo.

—Desde luego.

—El caso es que pronto tendré que dejar la supervisión de la granja, señora Troy. Estoy pensando en irme de Inglaterra, aunque no inmediatamente... la próxima primavera.

—¡Irte de Inglaterra! —exclamó, con sorpresa y sincera decepción—. ¿Por qué, Gabriel, para qué vas a hacer eso?

—Bueno, me parece que es lo mejor —balbuceó Gabriel—. He pensado probar suerte en California.

—Pero si todo el mundo piensa que ibas a quedarte con la granja del pobre señor Boldwood...

—He renunciado; aunque de momento no he firmado nada, pero tengo razones para no aceptar. Terminaré mi año como administrador, y luego me iré.

—¿Y qué voy a hacer yo sin ti? Ay, Gabriel, creo que no deberías marcharte. Llevas mucho tiempo conmigo; hemos pasado momentos buenos y momentos malos; somos viejos amigos y... me parece injusto. Había pensado que, aunque te quedaras con la otra granja en usufructo, podrías seguir echando una mano en la mía. ¡Y ahora me dices que te vas!

—Lo habría hecho con mucho gusto.

—¡Pero, ahora que estoy más indefensa que nunca, te vas!

—Sí, es una lástima —dijo Gabriel, en tono afligido—. Es precisamente esa indefensión la que me empuja a irme. Buenas tardes, señora —concluyó, con claras ganas de marcharse; y acto seguido salió del cementerio por un camino que ella con ninguna excusa podía tomar.

Bathsheba se fue a casa con una nueva preocupación en la cabeza que, por ser más acuciante que penosa, le venía muy bien para distraerla de la tristeza crónica que dominaba su vida. Estaba pensando mucho en Oak y en sus ganas de huir de ella; y entonces recordó varios incidentes de los últimos encuentros con Gabriel que, aunque triviales si se consideraban aislados, en conjunto denotaban un claro rechazo de su compañía por parte de él. Se apoderó de ella como un gran dolor la idea de que su último pretendiente estuviese a punto de renunciar y huir. Él, que había creído en ella y se había puesto de su parte cuando el resto del mundo estaba en contra, finalmente se había hartado como los demás; se desentendía, y la dejaba sola para librar sus batallas.

Pasaron tres semanas, y hubo más pruebas del desinterés de Gabriel por Bathsheba. Ella notó que, en lugar de entrar en la salita que servía de oficina para llevar las cuentas de la granja, y esperar,

o entregar un memorándum como hacía durante los meses en que estuvo recluida, Oak jamás se presentaba cuando calculaba que ella podía estar, y sólo entraba a horas extemporáneas, cuando su presencia en esa parte de la casa era menos probable. Si necesitaba instrucciones enviaba un emisario o una nota, sin encabezamiento ni firma, lo que obligaba a Bathsheba a responder en el mismo estilo escueto. La pobre Bathsheba empezó a sufrir entonces la peor de las torturas: la sensación de ser despreciada.

El otoño pasó tristemente entre pensamientos de parecida melancolía, y llegó el día de Navidad, cuando se cumplía un año de su viudedad legal y dos y cuarto de su vida en solitario. Al examinar su corazón, resultaba asombrosamente extraño que los recuerdos que la fecha podía suscitar —lo ocurrido en la casa de Boldwood— no la afectaban en absoluto; estaba, por el contrario, angustiosamente convencida de que todos renegaban de ella —no sabía por qué— y de que Gabriel era el cabecilla de los recusantes. Ese día, al salir de la iglesia, miró con la esperanza de que Oak, cuya voz había oído desde la galería de la manera más natural, acaso se cruzase en su camino, como hacía antes. Allí estaba, como siempre, detrás de ella. Pero al ver que Bathsheba se daba la vuelta, nada más cruzar la cancela y encontrar una excusa para alejarse, dijo lo primero que le vino a la cabeza y desapareció.

Con la mañana siguiente llegó el golpe decisivo; Bathsheba lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Llegó una carta oficial de Gabriel en la que le comunicaba que cancelaba su compromiso a partir del día de Nuestra Señora.

Bathsheba tomó asiento y lloró con amargura sobre la carta. La ofendía y le dolía que el amor incondicional de Gabriel, que había llegado a considerar como un derecho inalienable, se le retirase de pronto de ese modo. Además, le desesperaba la perspectiva de verse de nuevo a merced de sus propios recursos: pensaba que nunca volvería a tener fuerzas para ir al mercado, regatear y vender. Desde la muerte de Troy, Oak se había ocupado de las ventas y de

las ferias, llevando sus negocios al tiempo que los propios. ¿Qué haría ahora? Su vida se estaba volviendo insufrible.

Tan desolada se sentía esa tarde que, totalmente necesitada de compasión y consuelo, y destrozada por haber destruido al parecer la única amistad verdadera que había conocido, se puso el gorro y la capa y bajó hasta casa de Oak justo después de la puesta de sol, guiada por los pálidos rayos amarillos de la luna creciente.

Una buena hoguera ardía al otro lado de la ventana, pero no se veía a nadie en la habitación. Llamó a la puerta, muy nerviosa, y pensó entonces si era correcto que una mujer fuese a visitar a un hombre soltero que vivía solo, aunque fuese su administrador y aunque ella en apariencia tuviera la intención de hablar de negocios, sin más. Gabriel abrió la puerta, y la luna le iluminó la frente.

—Señor Oak —dijo Bathsheba, sin apenas fuerzas.

—Sí, yo soy el señor Oak —dijo Gabriel—. ¿A quién tengo el honor de...? ¡Vaya, qué tonto, señora! ¡No la había reconocido!

—Ya no seré tu señora por mucho más tiempo, ¿verdad, Gabriel? —dijo, en tono patético.

—Creo que no... Pero pase, señora. Encenderé una vela —dijo Oak, con cierta torpeza.

—No; por mí no te molestes.

—Rara vez recibo la visita de una dama, y temo no estar a la altura de las circunstancias. ¿Quiere sentarse, por favor? Aquí tiene una silla; y allí hay otra. Siento que todas tengan el asiento de madera y sean bastante duras; estaba pensando... comprar sillas nuevas —dijo Oak, disponiendo dos o tres para ella.

—Son suficiente para mí.

Tomó asiento ella, tomó asiento él, mientras el fuego danzaba en sus caras y sobre los viejos muebles,

todos relucientes
tras largos años de uso,^[38]

que constituían las pertenencias de Oak y proyectaban a su vez un baile de reflejos. Era muy extraño para aquellas dos personas, que se conocían bastante bien, sentirse cohibidos e incómodos por el hecho de encontrarse en un lugar distinto y en circunstancias distintas. En el campo, o en casa de ella, nunca habían sentido vergüenza; pero ahora que Oak era el anfitrión, sus vidas parecían retroceder hasta los días en que eran dos desconocidos.

—Te parecerá extraño que haya venido, pero...

—No, no; en absoluto.

—Verás... Gabriel; estoy muy preocupada porque creo que te he ofendido, y que te marchas por eso. Me daba mucha pena, y no he podido dejar de venir.

—¡Ofenderme! ¡Usted no podría ofenderme nunca, Bathsheba!

—¿No te he ofendido? —preguntó con alegría—. Entonces, ¿por qué te vas?

—No voy a emigrar. Cuando se lo dije no era consciente de que usted no quería, de lo contrario ni se me habría pasado por la cabeza —dijo, con la mayor sencillez—. He arreglado las cosas para quedarme con la granja del señor Boldwood, y la tendré en mis manos el día de Nuestra Señora. Ya sabe que recibo una participación en el negocio desde hace tiempo. Sin embargo, eso no me impediría seguir ocupándome de sus asuntos como hasta ahora, si no fuera por las cosas que se han dicho sobre nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Bathsheba, con sorpresa—. ¡Cosas sobre tú y yo! ¿Qué cosas?

—No puedo decírselo.

—Creo que es mejor que me lo digas. Ya has sido mi mentor en muchas ocasiones, y no veo por qué tienes miedo de hacerlo ahora.

—Esta vez no es por nada que usted haya hecho. En resumidas cuentas, lo que ocurre es que yo he andado por aquí lloriqueando y esperando a quedarme con la granja del pobre Boldwood con la esperanza de conseguirla a usted algún día.

—¡De conseguirme! ¿Qué significa eso?

—De casarme con usted, sencillamente. Usted me ha pedido que se lo cuente; ahora no me culpe.

Bathsheba no se habría mostrado más asustada si hubiesen disparado un cañón junto a su oído, tal como Oak esperaba.

—¡Casarse conmigo! No pensaba que pudiera tratarse de eso —dijo en voz baja—. Es demasiado absurdo... demasiado pronto... pensar en eso.

—Desde luego; es demasiado absurdo. Y no quiero hacer algo así; tendría que haber pensado que las cosas ya estaban suficientemente claras a estas alturas. Desde luego, desde luego que usted es la última persona en el mundo con la que debería pensar en casarme. Es demasiado absurdo, como dice.

—Demasiado pronto han sido mis palabras.

—Disculpe que la corrija, pero ha dicho usted: «Demasiado absurdo», y yo también lo digo.

—¡Discúlpame tú también! —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Lo que he dicho es: «Demasiado pronto». Pero no tiene la menor importancia... ninguna. Sólo quería decir «demasiado pronto». De verdad, Gabriel, tienes que creerme.

Gabriel la miró largo rato a la cara, pero el fuego se había debilitado y no se veía gran cosa.

—Bathsheba —dijo con ternura y sorpresa, acercándose a ella—. ¡Si al menos supiera una cosa! ¡Que me permitirá amarla y conquistarla y casarme con usted después de todo! ¡Si al menos supiera eso...!

—Pero eso no lo sabrás nunca —murmuró ella.

—¿Por qué?

—Porque nunca lo pides.

—¡Ay, ay! —exclamó Gabriel, con una ligera risa de alegría—. Querida mía...

—No tendrías que haberme enviado esa carta tan dura esta mañana —interrumpió ella—. Demuestra que no te importo nada y que estabas dispuesto a abandonarme, como todos los demás. Ha

sido muy cruel de tu parte, teniendo en cuenta que yo he sido tu primer amor y tú el mío. ¡Eso no lo olvidaré!

—Dime una cosa, Bathsheba. ¿Has visto alguna vez alguien más provocador? —preguntó, riendo—. Sabes perfectamente que a mí, como hombre soltero y encargado de llevar los negocios de una mujer muy atractiva, me tocaba el papel más difícil... más aún teniendo en cuenta que la gente sabía que yo sentía algo por ti; y supongo, por como han hablado de nosotros, que quizá pueda haber afectado a tu buen nombre. Nadie sabe lo que he pasado por culpa de eso.

—¿Y eso es todo?

—Todo.

—¡Cuánto me alegro de haber venido! —exclamó con agradecimiento, levantándose de la silla—. He pensado mucho más en ti desde que me imaginé que no querías volver a verme. Pero ahora tengo que irme, antes de que me echen de menos. ¡Ay, Gabriel! —dijo, con risa ligera, mientras se acercaban a la puerta—, parece exactamente que he venido a hacerte la corte... ¡es terrible!

—Y es maravilloso —dijo Oak—. He bailado alrededor de tus caprichosos tobillos durante kilómetros y días, mi preciosa Bathsheba; por eso difícilmente se me puede envidiar esta visita.

La acompañó hasta la colina, explicándole los detalles de su futura titularidad de la granja. Hablaron muy poco de sus sentimientos mutuos, pues las frases bonitas y las expresiones cálidas eran acaso innecesarias entre amigos tan íntimos. Era el suyo ese afecto sólido que surge (si es que llega a surgir) cuando al conocerse dos personas descubren primero los aspectos más ásperos de sus respectivos caracteres y desconocen los mejores hasta mucho después, mientras el amor va creciendo en los intersticios de una dura masa de realidad prosaica. Este tipo de camaradería, que suele darse como resultado de la coincidencia de intereses, rara vez se superpone al amor entre hombres y mujeres, pues éstos se unen, no en el esfuerzo, sino meramente en el placer.

Cuando, no obstante, una feliz circunstancia permite que prospere, este sentimiento mixto resulta ser el único amor más fuerte que la muerte: ese amor que ni el agua puede saciar, ni las inundaciones pueden anegar; en comparación con él lo que normalmente entendemos por pasión resulta evanescente como el vapor.

Capítulo LVII

Noche y mañana de bruma — Conclusión

—La boda más íntima, secreta y sencilla que se pueda celebrar.

Ésas habían sido las palabras que dijo Bathsheba a Oak una tarde, poco después de lo ocurrido en el capítulo anterior, y Gabriel se pasó una hora exacta de reloj pensando en cómo cumplir sus deseos al pie de la letra.

«Una licencia... claro, necesitamos una licencia —se dijo al fin—. Muy bien; lo primero, la licencia.»

Una noche oscura, días más tarde, salía con aire misterioso de la oficina del juez en Casterbridge. De camino a casa, oyó pasos fuertes delante de él y, al adelantar al caminante, descubrió que era Coggan. Entraron juntos en el pueblo y llegaron hasta un pequeño callejón situado detrás de la iglesia que conducía a la casa de Lab Tall, que recientemente había sido nombrado sacristán de la parroquia y se moría de miedo los domingos cuando al recitar los pasajes más difíciles de los Salmos veía que nadie lo seguía.

—Buenas noches, Coggan —dijo Oak—. Yo sigo por aquí.

—¡Vaya! —exclamó Coggan, sorprendido—. ¿Qué pasa esta noche que se te ve tan pletórico, señor Oak?

Parecía una falta de generosidad no informar a Coggan, dadas las circunstancias, pues siempre se había mostrado firme y leal cuando él sufría por Bathsheba, por lo que le dijo:

—¿Puedes guardar un secreto, Coggan?

—Ya me has puesto a prueba, y lo sabes.

—Es cierto, y lo sé. La señora y yo pensamos casarnos mañana por la mañana.

—¡Por todos los santos del Cielo! Mira que lo he pensado de vez en cuando; de veras. Pero ¡cómo lo has guardado tan en secreto! Bueno, eso no es asunto mío y te deseo mucha felicidad a su lado.

—Gracias, Coggan. Aunque te aseguro que a mí me habría gustado menos misterio, y también a ella, de no haber sido porque ciertas cosas no nos permiten celebrar una boda alegre. Bathsheba está empeñada en que no quiere que el pueblo entero acuda a la iglesia a mirarla (la verdad es que está un poco intimidada y nerviosa), y yo respetaré sus deseos.

—Entiendo. Supongo que es lo que hay que hacer. Y ahora vas a ver al sacristán.

—Sí; ven conmigo si quieres.

—Me temo que tus esfuerzos por guardar el secreto se irán al traste —dijo Coggan, mientras seguían caminando—. La mujer de Lab Tall lo proclamará a los cuatro vientos en menos de media hora.

—En eso tienes razón; no se me había ocurrido —dijo Oak, deteniéndose de pronto—. De todos modos, supongo que tengo que decírselo esta noche, porque se marcha temprano.

—Se me ocurre cómo podemos resolverlo —dijo Coggan—. Iré a su casa y diré que quiero hablar con Lab en la puerta. Tú te quedas detrás. Cuando salga le cuentas tu historia. Ella no adivinará para qué lo he llamado; me inventaré algo sobre el trabajo en la granja para disimular.

El plan parecía viable. Coggan avanzó con audacia y llamó a la puerta de la señora Tall. Salió a abrir ella en persona.

—Quiero hablar con Lab.

—No está en casa, y no llegará hasta las once. Ha tenido que ir a Yalbury para terminar un trabajo. Yo te puedo ayudar igualmente.

—No lo creo. Espera un momento —y Coggan rodeó la esquina del porche para consultar con Oak.

—¿Quién está ahí? —preguntó la señora Tall.

—Un amigo —dijo Coggan.

—Dile que el ama lo espera en la portezuela de la iglesia mañana a las diez —susurró Oak—. Que acuda sin falta y vestido con sus mejores galas.

—Lo de la ropa nos delatará —dijo Coggan.

—No hay más remedio. Díselo.

Y así fue como Coggan transmitió el recado.

—Recuerda que haga frío o calor, nieve o trueno, tiene que ir —añadió Jan—. Es muy importante. Tiene que hacer de testigo porque el ama ha de firmar unos papeles de participación con otro propietario durante muchos años. De eso se trata. Y ahora ya lo sabes, señora Tall; no te lo habría dicho si no te apreciase tanto.

Coggan se retiró antes de que ella pudiese preguntar nada más, y a continuación se dirigieron a la vicaría sin despertar sospechas. Después, Gabriel se fue a casa y se preparó para el día siguiente.

—Liddy —dijo Bathsheba esa noche, cuando se iba a la cama—. Si no me despierto, quiero que me avises mañana a las siete en punto.

—Usted siempre se despierta antes, señora.

—Sí, pero tengo algo importante que hacer, que te comunicaré a su debido tiempo; y es preferible asegurarse.

Bathsheba se despertó por sí sola a las cuatro, y ninguna artimaña le sirvió para volver a conciliar el sueño. A eso de las seis, convencida de que se le había parado el reloj, no pudo esperar más. Llamó a la puerta de Liddy y consiguió despertarla al cabo de un rato.

—¡Pensaba que era yo quien tenía que avisarla! —dijo la desconcertada Liddy—. Todavía no son las seis.

—¡Claro que sí! ¡Cómo puedes decir eso, Liddy! Sé que son mucho más de las siete. Ven a mi habitación lo antes posible; quiero que me cepilles el pelo.

Cuando Liddy llegó a la habitación de Bathsheba, la señora ya estaba esperando. Liddy no entendía a qué venían tantas prisas.

—¿Qué pasa, señora? —preguntó.

—De acuerdo, te lo diré —dijo Bathsheba, con una maliciosa sonrisa en los ojos—. ¡El propietario Oak viene hoy a cenar conmigo!

—El propietario Oak... ¿y nadie más?... ¿Los dos solos?

—Sí.

—¿Le parece prudente, señora, después de lo que han dicho? —preguntó su compañera, dubitativamente—. El buen nombre de una mujer es un género tan perecedero que...

Bathsheba se echó a reír, con las mejillas arreboladas, y, aunque no había nadie más, le susurró a Liddy al oído. Liddy se quedó clavada y luego exclamó:

—¡Dios Santo! ¡Qué noticia! Se me acelera el corazón.

—El mío también está bastante desenfrenado —dijo Bathsheba—. ¡Pero ya no hay nada que hacer!

La mañana era húmeda y desapacible. Pese a ello, a las diez menos veinte, Oak salía de casa, y

*Subía la colina
con ese caminar
que adopta un hombre cuando va en busca de su amada,*

[39]

llamaba a la puerta de Bathsheba. Diez minutos más tarde un paraguas grande y otro más pequeño salían por la misma puerta y emprendían el camino hasta la iglesia entre la niebla. No había más de cuatrocientos metros, y estas dos personas tan juiciosas consideraron innecesario coger la calesa. Había que estar realmente muy cerca para ver que quienes caminaban bajo el paraguas eran Oak y Bathsheba, cogidos del brazo por primera vez

en la vida: Oak con un abrigo hasta las rodillas, y Bathsheba con una capa hasta los zuecos. Pero, aunque vestía de un modo tan sencillo, parecía ciertamente rejuvenecida:

Como si la rosa hubiera de cerrarse para volver a ser capullo.^[40]

El descanso había devuelto el color a sus mejillas, y, habiéndose peinado esa mañana, a petición de Gabriel, como lo hacía cuando vivía en Norcombe Hill, para él era sin duda la muchacha de aquel sueño fascinante, lo cual tampoco tenía nada de extraordinario, pues Bathsheba no pasaba de los veintitrés o veinticuatro años. En la iglesia esperaban Tall, Liddy y el párroco, y el acto se celebró en un abrir y cerrar de ojos.

Esa misma tarde Gabriel y Bathsheba tomaban tranquilamente el té en el salón de la casa de ésta, pues habían acordado que él se instalaría allí, porque aún no tenía dinero, ni casa, ni muebles dignos de tal nombre, aunque no tardaría en conseguirlos, mientras que a ella, en comparación, le sobraban las tres cosas.

Justo cuando Bathsheba estaba sirviendo una taza de té, una salva de cañón saludó sus oídos, seguida de lo que parecía un tremendo estallido de trompetas delante de la casa.

—¡Vaya! —exclamó Oak, entre risas—. Ya sabía yo que los muchachos estaban tramando algo, a juzgar por sus caras.

Cogió el candil y salió al porche, seguido de Bathsheba, que llevaba un chal sobre la cabeza. La luz iluminó a un grupo de hombres reunidos en el camino de gravilla, que, al ver a la pareja de recién casados, lanzaron un fuerte ¡hurra!, al tiempo que el cañón volvía a resonar al fondo, seguido de un terrible estruendo de tambor, pandereta, clarinete, serpentón, viola tenor y bajo: las reliquias vivas de la orquesta de Weatherbury, instrumentos venerables y carcomidos que en su día celebraron las victorias de

Marlborough en manos de los antepasados de quienes ahora tocaban. Los músicos se adelantaron y marcharon hacia la casa.

—Seguro que todo ha sido cosa de Mark Clark y de Jan —dijo Oak—. Pasad amigos; comed y bebed algo con mi mujer y conmigo.

—Esta noche no —dijo Mark Clark, con inequívoco aire de abnegación—. Gracias de todos modos; ya encontraremos un momento más oportuno. Pero no podíamos dejar que pasara el día sin una pequeña nota de admiración. Si mandas algo de beber a la destilería de Warren nos vendrá muy bien. ¡Larga vida y felicidad al vecino Oak y a su linda esposa!

—Gracias, gracias —dijo Gabriel—. Mandaremos algo inmediatamente a la destilería de Warren. Tenía el presentimiento de que muy probablemente recibiríamos la visita de nuestros viejos amigos, y ahora mismo se lo estaba diciendo a mi mujer.

—¡Hay que ver —dijo Coggan en tono crítico, volviéndose a sus compañeros— cómo ha aprendido a decir «mi mujer» con tanta naturalidad, teniendo en cuenta lo inexperto que es aún en el matrimonio! ¿Eh, vecinos?

—Nunca he oído a un hombre que lleve veinte años casado decir «mi mujer» en un tono más familiar —dijo Jacob Smallbury—. Habría resultado más natural si lo hubiera dicho un poco más fríamente; pero ahora no cabe esperar eso.

—Ya mejorará con el tiempo —dijo Jan, guiñando un ojo.

Oak se echó a reír, Bathsheba sonrió (pues por aquel entonces rara vez reía) y los amigos se dieron la vuelta, dispuestos a marcharse.

—Sí; tú lo has dicho —añadió Poorgrass con un suspiro de alegría, cuando se alejaban—; le deseo que sea muy feliz con ella; aunque hoy he estado un par de veces a punto de decir como el profeta Oseas, en mi tono bíblico, que es mi segunda naturaleza: «Efraim se ha apegado a los ídolos: dejadlo solo»^[41]. Pero las cosas son como son y lo cierto es que podrían haber sido peor. Por eso doy gracias.



THOMAS HARDY. Nació el 2 de junio de 1840 en Higher Bockhampton, Dorsetshire (Gran Bretaña). Hijo de un cantero, de 1862 a 1867 trabajó para un arquitecto y más tarde, en Dorset, continuó en la construcción.

Desde 1874 pudo mantenerse de su escritura y en este mismo año se casa con Emma Gifford. Su matrimonio duró hasta el fallecimiento de su esposa en 1912, que lo motivó a escribir su libro

de poemas *Lo que queda de una vieja llama*. En 1914 se casó por segunda vez con Florence Dugdale que sería su biógrafa después de su muerte.

Novelista de la era victoriana, para algunos abanderado del naturalismo pesimista, publicó sus dos primeras novelas con seudónimo, *Remedios desesperados* (1871) y *Bajo el árbol* (1872). Las dos siguientes, *Unos ojos azules* (1873) y *Lejos del mundanal ruido* (1874), fueron firmadas con su nombre y gozaron del éxito. Después escribió algunas obras menores, como *Los Woodlander* (1887) y *Pequeñas ironías de la vida* (1884). Autor además de *El regreso del nativo* (1878), *El alcalde de Casterbridge* (1886); *Tess, la de los D'Urbervilles* (1891), que fue llevada al cine por Roman Polanski en 1979 y *Jude el oscuro* (1895).

Poemas de Wessex (1898) y *Poemas del pasado y del presente* (1901) contienen poemas escritos tiempo atrás. Muchos consideran *Dinastías*, escrito entre 1903 y 1908, su mejor libro de poesía. Sus poemas cortos, líricos y visionarios, se publicaron en los libros *Risas del tiempo* (1909), *Sátiras de circunstancias* (1914), *Momentos de visión* (1917), *Poemas líricos* (1922), *Fantasías humanas* (1925) y *Palabras en invierno* (1928). Entre los más conocidos se encuentran «Abril de 1914», «Wessex Heights», «En tinieblas, yo», «El funeral de Dios» y «La naturaleza que interroga».

Thomas Hardy falleció el 11 de enero de 1928 en Max Gate.

Notas

[1] Se refiere a la revista *Cornhill*, donde apareció la novela por entregas. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]* <<

[2] Wessex (de *West Saxon*): uno de los reinos de la Inglaterra Anglosajona (c. 494-497), formado por Dorset y una gran parte del suroeste de Inglaterra. <<

[3] Heptarquía: los siete reinos de los anglos y los sajones en los siglos VII-VIII: Kent, Essex, Sussex, Wessex, Anglia del Este, Mercia y Northumbria. <<

[4] En Revelaciones 3, 14-22, los cristianos de Laodicea son acusados de indiferencia. <<

[5] Declaración de fe redactada por el Concilio de Nicea en 325 d. C., que se recita durante la Sagrada Comunión. <<

[6] Véase *The Life of Samuel Johnson* (1791), de James Boswell (1740-1795). <<

[7] En el Libro VI de *El Paraíso perdido*, Satanás se convierte en un cormorán para contemplar el Paraíso encaramado al Árbol de la Vida. <<

[8] Diosa invocada por las mujeres durante el parto porque su madre, Juno, la trajo al mundo sin dolor. <<

[9] Del parlamento de Macbeth al recibir la noticia de que Lady Macbeth ha muerto. (*Macbeth* V, v). <<

[10] Bathsheba (Betsabé) era la hermosa mujer de Uriah, el hitita. <<

[11] Antiguo valle que hoy es el mar Muerto, donde cayeron los reyes de Sodoma y Gomorra en su huida de una batalla. <<

[12] Diosa de la fertilidad venerada por los cananeos. <<

[13] Hechos 13, 6-12: Elymas, que se quedó ciego como castigo por tratar de disuadir a la gente de abrazar la fe cristiana, iba siempre buscando a alguien que le llevara de la mano. De ahí los «dedos abiertos» de Oak. <<

[14] Mateo 4, 16. <<

[15] Gerard Terburg o Terborch (1617-81), pintor flamenco; o tal vez su padre (1584-1662). Gerard Douw (1613-75), pintor flamenco y discípulo de Rembrandt. <<

[16] Jueces, 16, 9. <<

[17] Primera Epístola a los Tesalonicenses 5, 2. <<

[18] Uno de los seis magistrados atenienses: redactores, guardianes e intérpretes de la ley escrita. <<

[19] Ixion, rey de los pastores de Tesalia, intentó seducir a Hera, la esposa de Zeus, el padre de toda la humanidad, y como castigo fue atado para siempre a una rueda de fuego. Hardy compara este castigo con los grilletes de las prisiones del siglo XIX <<

[20] Milton, *Lycidas*, (1637), ll.

*The hungry Sheep look up, and are not fed,
But swoln with wind, and the rank mist they draw,
Rot inwardly, and foul contagion spread... <<*

[21] Shakespeare, *Hamlet* (II, ii). Guildenstern responde a la pregunta de Hamlet, «¿Cómo estáis?», diciendo «Felices por no estar en exceso felices» <<

[22] [Eclesiastés 7, 26 <<](#)

[23] Virgilio, *Égloga* VI. <<

[24] Lugar maldito próximo a Jerusalén donde floreció el culto a Molech, con sus sacrificios humanos, en los tiempos de Ajaz y Manasés. (Libro Segundo de los Reyes 33, 10; Jeremías 29, 1-15.)

<<

[25] El calvinista John Knox (c. 1505-72) arengó a la joven y católica reina María de Escocia. <<

[26] Ovidio, *Remedia Amoris*, I, 144. <<

[27] «Cuando dos dolores aquejan simultáneamente pero no en el mismo lugar, el más intenso eclipsa al otro», Hipócrates, Aforismos, 2, 46. <<

[28] Valle situado al suroeste de Jerusalén, relacionado con el culto a Molech. Josué lo profanó y lo usó como incinerador de basura. (Libro Segundo de los Reyes 23, y Jeremías 7, 31.) <<

[29] Vasti era la legítima esposa del rey Asuero de Persia; fue desplazada por la hermosa Esther por negarse a participar en un acto impúdico. <<

[30] Shelley, *Oda al viento del oeste* (1820). <<

[31] La Tragedia de la doncella: The Maid's Tragedy (1610), tragedia isabelina; La novia de luto: The Mourning Bride (1677), tragedia de William Congreve; Pensamientos nocturnos: Night Thoughts on Life, Death and Immortality (1742-1746), poema didáctico de Edward Young; La vanidad de los deseos humanos: The Vanity of Human Wishes (1749), poema de Samuel Johnson. <<

[32] Amor en la aldea: Love in a Village (1762), ópera cómica de Isaac Bickerstaff, autor asimismo de La chica del molino (The Maid of the Mill) (1765), otra ópera cómica; Doctor Syntax (1809-1821): serie de poesías cómicas de William Combe; Espectador: Spectator, periódico cómico editado por Addison y Steele entre 1711 y 1714 <<

[33] Ciudad soviética, hoy llamada Gorki, famosa por la gran feria que se celebraba en ella durante los meses de agosto y septiembre

<<

[34] Compañeros de Daniel, que resultaron ilesos tras ser arrojados a un horno por el rey Nabucodonosor por negarse a venerar su estatua <<

[35] En su balada *Alonzo the Brave and Fair Imagine* (1795), Matthew Gregory Lewis relata lo que ocurre cuando el fantasma del amante de ésta regresa en mitad de su boda <<

[36] *Concurritur: horae momento cita mors venit aut victoria laeta*
(Horacio, *Sátiras*, I, i, 7-8). «Empieza la batalla: en un momento viene la rápida muerte o la alegre victoria.» <<

[37] *Marmion* (1808), de Walter Scott, canto 4, estancia 31 <<

[38] William Barnes, de su poema *Woak Hill* <<

[39] De «Patty Morgan the Milkmaid's Story», incluido en *The Ingoldsby Legends*, del reverendo R. H. Barham (1788-1864) <<

[40] Keats, *The Eve of St Agnes* (1820) <<

[41] Oseas 4, 17. <<